



BIBLIOTECA MISTICA CARMELITANA

OBRAS
DEL
P. JERONIMO GRACIAN
DE LA MADRE DE DIOS

EDITADAS Y ANOTADAS
POR EL
P. SILVERIO DE SANTA TERESA, O. C. D.

TOMO II

**LAMPARA ENCENDIDA — CONCEPTOS
JOSEFINA Y OTRAS OBRAS**



BURGOS
TIPOGRAFIA «EL MONTE CARMELO»
1933

LAMPARA ENCENDIDA

COMPENDIO DE LA PERFECCION.

En el qual se trata lo que deue hazer el alma, para con Dios, para con su proximo, y para consigo mismo, y para la perfecta guarda de su Regla.

Y de la Oracion mental, y espiritu con que se deue rezar el Oficio Diuino, y oyr la Missa, y otras deuotas meditaciones, y de la Confession y Communion.

Ordenado por Fray Geronymo Gracian de la Madre de Dios, de la Orden de nuestra Señora del Carmen.

Bonum mihi quia



humiliasti me, ut dis-

cam iustificationes

tuas. Psalm. 118.

CON PREVILEGIO

En Brusselas, En casa de Roger Velpio Impressor jurado. cerca de Palacio. Año de M. DC. IX.

BIBLIOTECA MÍSTICA CARMELITANA

OBRAS DEL P. JERÓNIMO GRACIÁN

BIBLIOTECA MISTICA CARMELITANA

— 16 —

OBRAS

DEL

P. JERONIMO GRACIAN
DE LA MADRE DE DIOS

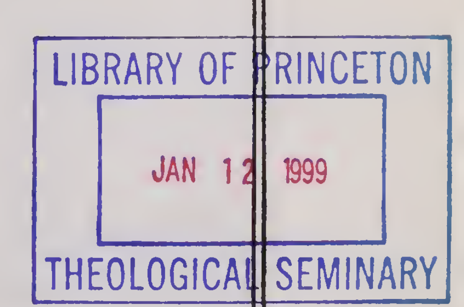
EDITADAS Y ANOTADAS POR EL

P. SILVERIO DE SANTA TERESA, O. C. D.

TOMO II

LÁMPARA ENCENDIDA. — CONCEPTOS. — JOSEFINA Y OTRAS OBRAS

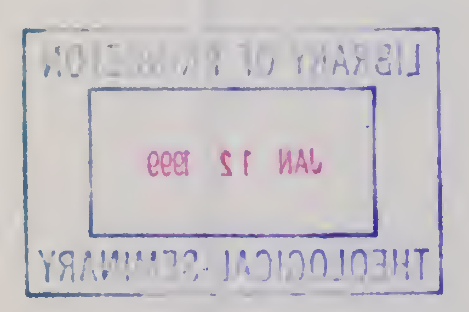




BURGOS

TIPOGRAFIA DE «EL MONTE CARMELO»

1933.



NOS, FR. BONIFACIUS A S. FAMILIA, VICARIUS GENERALIS FRATRUM DISCALCEATORUM ORDINIS BEATISSIMAE VIRGINIS MARIAE DE MONTE CARMELO.

Cum volumen secundum operum Ven. P. Fr. Hieronymi Gracian a Matre Dei, nunc a R. P. Fr. Silverio a Sta. Teresia, Ordinis nostri sacerdote profeso diligenter compositum juxta severiores criticae regulas, duo censores deputati examinaverint, nihilque in eo contra fidem bonosque mores invenerint, libenter concedimus licentiam ut typis edatur, servatis omnibus de jure servandis.

Datum Romae, 30 Maii anni 1933.

Fr. Bonifacius a S.ª Familia,
Vic. gen.

Fr. Fridericus a SSmo. Sacramento,
Secrius.

L. S.

Nihil obstat.
Censor
Lic. Aemilius González.

Burgis, 6 Junii 1933.
Imprimatur:
ARCHIEPISCOPUS.

L. † S.

Excmi. ac Rmi, Dni. mei Archiepiscopi mandato
Dr. Josephus Ortega,
Can. Secrius,



CASA GENERALIZIA
DEI
CARMELITANI SCALZI

ROMA (34)
CORSO D' ITALIA N. 38

J. M. J T.   P. C.

Roma, 30 de diciembre de 1932.

M. R. P. Silverio de Santa Teresa.
Burgos.

Muy Rdo. estimado Padre: Indecible ha sido la alegria que he sentido al recibir el tomo I de las Obras de nuestro V. P. J. Gracián que V. R. se ha dignado enviarme. Sabia que V. R., con la diligencia que le caracteriza, se ocupaba en la preparación de esta publicación; pero no esperaba que le fuese posible ofrecernos tan pronto una obra de tal magnitud.

Le agradezco muy de veras el obsequio y la grande labor que por amor a la Orden ha llevado a cabo. No dudo que este agradecimiento y admiración que yo siento por V. R. y por lo mucho y bien que está haciendo en pro de nuestros incomparables místicos, lo sentirán todos los buenos Hijos de la Virgen del Carmen y de Santa Teresa.

Pidiendo al Señor que le conceda largos años de vida y perfecta salud para que pueda dar cima a sus grandes empresas, me es sumamente grato enviarle una bendición especial y reiterarme su afectísimo y menor h.º en Xto.

Fr. Guillermo de S. Alberto
Prep. Gral.

INTRODUCCIÓN

El presente volumen comprende los tratados siguientes:

Lámpara encendida.—Debajo de este título general incluye su autor varios tratados que ordena a la perfección que deben conseguir los padres y hermanos de la Orden de Nuestra Señora del Carmen para los que fueron compuestos. «Para dar noticia de estas cosas» —escribe el P. Gracián en el Prólogo—«me pareció componer este libro, llamado *Lámpara encendida,* en que trato de la perfección, oración mental y vocal y verdadera confesión y comunión, con que se da luz al amor de Dios, espíritu, intención recta, propósito firme, misericordia, pureza y aspereza que han de llevar en las manos de las obras (como lámpara encendida) las almas que pretendieren gozar eternamente de Cristo».

El primer tratado que trae el P. Gracián en *Lámpara encendida* es el que publicó en 1586 en Lisboa con el título de *Luz de la perfection religiosa*: «en el qual se trata lo que deue hazer el alma para con Dios, para con su próximo y para consigo misma: y para la perfecta guarda de su regla y de los tres votos de Obediencia, Castidad y Pobreza, por el P. Fr. Hierónymo Gracian de la Madre de Dios, Prior Prouincial de los descalzos carmelitas de la Prouincia de Portugal (grabado en madera que representa a la Santísima Virgen cobijando bajo su manto a sus devotos). En Lisboa. Impressa con licencia por Manuel de Lyra». Un tomo de 132 por 80 mm. y 56 hojas foliadas, sin los Prólogos y Tablas (1).

Después de un corto Prólogo a los Descalzos y Descalzas de Nuestra Señora del Carmen, viene la Tabla que comprende diez capítulos. Los tres primeros tratan de la caridad con Dios, con el prójimo y consigo mismo, y los siguientes de la Observancia de la Regla y Constituciones (IV) y del voto de obediencia (V), de Castidad (VI) y pobreza (VII). El VIII da una instrucción breve para conservar el camino de la perfección; el IX habla de los diez grados

---

1 La edición lisboeta ha sido recientemente reproducida en Valencia por don Eduardo Juliá Martínez, como ya se dijo en el tomo anterior, página XXIV, nota.

de la caridad y el décimo de las diez señales que tiene el alma que ama a Dios.

Años adelante se trazó nuevo plan, según el cual *Luz de la perfección religiosa* formaría la primera parte de las tres de que debía constar la obra, que dió, en 1593, a la luz en Nápoles. Cada parte lleva título y paginación propias e independientes. El título de la primera sufre una pequeña modificación. Es como sigue: *Compendio de la perfection religiosa*: «en el qual se trata lo que deue hazer el alma para con Dios, para con su próximo y para consigo misma: y para la perfecta guarda de su regla y tres votos. Y de la oración mental y spiritu con que se deue rezar el officio diuino y oyr la missa. Por el P. Fr. Hieronimo Gracian de la Madre de Dios, Vicario Prouincial de los Descalzos Carmelitas de la Prouincia de Portugal (Grabado que representa el busto de la Santisima Virgen). Ex officina Horatii Saluiani. In Napoli, per Gio. Jacomo Carlino, et Antonio Pace. 1593». Un volumen de 140 por 95 mm., 52 hojas foliadas, y cuatro sin foliar de Prólogo y Tablas.

La siguiente portada dice: «Segvnda Parte: *de la oración mental y de svs partes y condiciones*. (El mismo grabado que en la parte anterior y con el mismo pie de imprenta, año de impresión y dimensiones tipográficas. Se compone de 58 hojas foliadas, más la portada y otra de indices al fin.

«Tercera parte: *Del Spiritv y devocion con que se ha de dezir el officio diuino, celebrar el sacrificio de la missa y rezar el Pater noster*». El mismo grabado, formato, imprenta y año de impresión. Cuarenta y ocho hojas foliadas.

Por fin, con el título de *Lámpara encendida*, salieron estos tratados y algunos más el año de 1609, en Bruselas, bajo la inspección del mismo P. Gracián: *Lampara encendida / Compendio / de la Perfección* / «en el qual se trata lo que deue hazer el alma, para con Dios, para con su proximo, y para consigo misma, y para la per-/ fecta guarda de su Regla. / Y de la oración mental, y espíritu con que se deue rezar el / Oficio diuino y oyr la missa y otras deuotas meditacio/nes, y de la Confession y Communion / . Ordenado por fray Geronymo Gracian de la Madre de Dios, de / la Orden de nuestra Señora del Carmen. / (El escudo suyo habitual de la Cruz y las cadenas del cautiverio). Con privilegio en Bruselas, en casa de Roger Velpio Impressor jurado cerca de Palacio. Año de M.DC.IX». Un volumen de 185 por 140 milimetros y 88 páginas, la portada y siete hojas más sin foliación. Al reverso de la portada se ponen los títulos abreviados de que consta el tomo. En la siguiente, el Privilegio

del Consejo Real de Castilla (Valladolid, 4 de septiembre de 1601). A continuación se leen la Summa del Privilegio (24 de octubre de 1604), Privilegio de Flandes (1 de marzo de 1608), Licencia del General del Carmen, Fr. Enrique Sylvio (26 de agosto de 1603), Licencia del P. Gil González, vicario provincial de los Carmelitas Calzados de Castilla (Madrid, 10 de mayo de 1604) y Aprobación del Censor Francisco de Galarza (Valladolid, 27 de agosto de 1601).

Dedica la obra a D. Sancho Ruiz de Liovi Foleti, Borja y Cardona, marqués de Guadaleste, etc., etc. (hoja y media).. El Prólogo (hoja y media) lo dirige a los Padres y Hermanos de la Orden de Nuestra Señora del Carmen.

En la edición de Bruselas dejó su autor estos tratados en su redacción definitiva (1). Aunque no muchas, en casi todos los capítulos introduce algunas modificaciones a las de Lisboa y Nápoles. En la presente edición se publican conforme a la de Bruselas, de la que poseemos un ejemplar. Hemos visto algunos más en diversas Bibliotecas. Debemos advertir, que los tratados que el P. Gracián incluyó bajo el título de *Lámpara encendida,* aunque con portada y paginación propias, suelen venir cosidos en un solo volumen en pergamino. En la colocación de ellos no se observa ningún orden. Aquí los mencionaremos según vienen en la presente edición.

Del Espiritv y / devoción / con qve se ha de dezir / el Oficio diuino, celebrar el sacrificio de / la Missa y rezar el Pater noster / y el Aue Maria /. Por el P. Fr. Geronimo / Gracian de la Madre de Dios / Carmelita / . (El escudo de la cruz y las cadenas). En Brvsselas. En Casa de Roger Velpio, Impressor jurado, año de 1608». Consta de 174 páginas del formato del anterior tratado.

Contiene reflexiones muy devotas y oportunas para rezar el Oficio divino con mucho provecho espiritual y la explicación de cada una de sus partes. Lo mismo practica respecto de la Santa Misa y significación de los ornamentos que viste el sacerdote al celebrarla. Luego sigue una breve declaración del Paternoster y Avemaría, esta última, nueva, pues no la vemos en la edición napolitana. Nuevo es también el «Sumario de las devociones y meditaciones más devotas y provechosas para rezar Padrenuestros y Avemarías», que publica a continuación, curioso y piadoso, como podrá apreciar el lector por sí mismo. En dicho Sumario se habla de la devoción a nuestro

1 Hablando de ella en su *Peregrinación de Anastasio,* dice: "*Lámpara encendida,* que trata de la perfección y oración mental y vocal. Imprimido primero en Pamplona, después en Nápoles, en español e italiano; y, finalmente, más añadido y enmendado, se ha impreso en Bruselas."

adorable Redentor, a la Santísima Virgen, en diversas formas, á los Angeles, a San José, a los Apóstoles, a los Sacramentos, al Carmen y otras muchas. Como tratados de vulgarización, para su época fueron muy notables, porque entonces no abundaban los manuales sobre estos temas como en nuestros tiempos. Aún hoy se pueden leer con mucho provecho.

El tratado de *Oración mental* lo publicamos en el tomo anterior (1).

Svma breve de / la confession / y comvnion / ordenada por el P. M. / Fray Geronymo Gracian de la Madre de Dios, / de la Orden de Nuestra Señora del / Carmen. En Brusselas, etc. 1608. Un volumen, de las mismas dimensiones del anterior y 61 hojas paginadas. Es una explicación breve y provechosa de la confesión y comunión. Al fin de ella publica una corta instrucción, una «Regla de vivir con espíritu y consideración en las obras que cada día hacemos para que sean más meritorias y perfectas» (2). Por esta edición publicamos la presente.

Conceptos / del / divino amor / sobre los ocho li- / bros de los Cantares / de Salomón. / Declarados por el maestro Fray Gerony-/mo Gracian de la Madre de Dios, / religioso de la Orden de Nu/estra Señora del Carmen. (Escudo de la cruz y cadenas). «En Bruselas, por Roger Velpio y Huberto Antonio, cerca de Palacio, año de 1612. Con licencia y privilegio de los Superiores». Un volumen de 120 por 95 mm. y 234 páginas, un Prólogo y Tablas, que hacen siete hojas sin foliar. El reverso de la última publica un grabado en madera en que aparece una religiosa (¿la M. Teresa?) de rodillas que sostiene un corazón al que Jesús, sentado, da fuerte lazada diciendo: «Yo ataré tu corazón con lazo de amor tan fuerte, que me ames hasta la muerte».

Una pluma como la del P. Gracián no podía resistirse a poner comentario al *Cantar de los Cantares.* Algunos puso en notas al tratado de los *Conceptos del Amor de Dios,* de la Santa, pero en los presentes se extiende mucho más, con la facilidad y erudición escriturísticas que le son habituales en materias de espíritu. Lo dedica, como otros libros suyos, a la Reforma de Sta. Teresa. «No trato en estos *Conceptos*»—escribe en el Prólogo—«amores de Ulises con Penélope, ni declaro oráculos de Sibilas, sino de amores entre Cristo y el alma, declarados con los oráculos que el Espíritu Santo habla en estos Cantares por la boca de Salomón, interpretando del latín

---

1 Cfr. pág. XXVIII y 333-372.

2 Este tratado le había incluido antes en *El devoto peregrino,* según nos dice el mismo autor en el Diálogo XII de *Peregrinación de Anastasio.*

en romance las palabras, como hicieron los Setenta intérpretes de hebreo en griego. Ofrézcolos a V. R. con entrañable amor de hermano, satisfaciendo al deseo y petición de muchos que me han pedido que (pues hice imprimir los *Conceptos del Amor de Dios* que sobre algunas palabras de los Cantares escribió la Beata Madre Teresa de Jesús con unas anotaciones mías), prosiguiese en la mesma doctrina sobre todos los ocho Capítulos». Así lo ejecuta. Al fin de ellos, en siete hojas (pp. 235-248) publica un *Arte breve de amar a Dios en ocho reglas que ponen los Cantores para saber cantar....*

Conceptos del divino amor se publicó también en la edición de 1616, pero cuando la Inquisición tomó el acuerdo de no permitir comentarios o glosas al *Cantar de los Cantares*, el tratado se arrancó de los ejemplares de la edición. Ni uno sólo hemos visto sin esta mutilación. El que poseo se expurgó el 21 de enero de 1641 por Fr. Jerónimo Frigola. Algunos ejemplares que sin duda se escaparon a las pesquisas de los ministros de la Inquisición los hemos visto purgados desde 1773 a 1787.

Para la presente edición nos hemos valido de un ejemplar de la de 1612, la primera y única que hizo el padre Gracián. Lo propio decimos del *Arte breve de amar a Dios.* En algunas cartas a sus hermanas de España, escritas desde Flandes, que se publicarán en el siguiente tomo, hace algunas referencias a estos Comentarios.

Música espiritual. De las alabanzas del Santísimo Sacramento. «En que se trata de la fe, consideración, amor, adoración e imitación con que se ha de alabar y de la preparación con que se ha de recibir...»

Escribió este curioso y piadoso tratado en 1612, dos años antes de su muerte. La ocasión de escribirle la expresa en el Prólogo a las Religiosas de la Concepción Jerónima del Monasterio del Corpus Christi de Madrid, unido al P. Gracián con fuertes lazos de gratitud y devoción. Dice en él: «Escríbeme V. R. que el Rey nuestro Señor (Dios le guarde), alcanzó ahora de Su Santidad otros cien años de perdón a todos los que dijeren o escribieren: «Alabado sea el Santisimo Sacramento», y que los cantores las han puesto en punto de canto de órgano y las cantan en acabando la solemnidad que ahí se hace cada jueves, que me ha dado deseo de verme en la iglesia y ayudar a cantar en esa capilla». Un hecho tan sencillo dió ocasión al P. Jerónimo para escribir este tratadito, que rebosa de amor a la Sagrada Eucaristía, en el cual vierte muchísima piedad, oración, erudición y teología.

No he logrado ver de este escrito otra edición que la de 1616, y por ella lo publicamos.

De los días de su última senectud es el tratado *Arte de bien morir, en que se trata de las reglas, apercibimientos, ejercicios, devociones, industrias, sufragios, y avisos para la buena muerte.* Consta de siete partes, y cada parte de siete capítulos. Todos están encaminados a preparar el alma para una santa muerte, mediante la doctrina práctica y oportuna que da, tanto cuando las personas están sanas, como cuando enferman y se hallan en el período agónico. La parte sexta trata de los sufragios que los vivos pueden y deben hacer por las almas del purgatorio, y la séptima de las condiciones que ha de tener el que ayudare a bien morir, y le da algunos avisos para que su ejercicio sea más eficaz en aquella hora decisiva para el moribundo. En el capítulo VII de la parte IV, dice que no copia allí algunas oraciones devotas que venían al caso, porque pensaba publicar un librito ex profeso con el título de *Manuale Morientium.* La muerte atajó este propósito piadoso del P. Gracián.

Arte de bien morir fué la última obra que compuso el P. Jerónimo. Todavía en 1614, en que murió, la estaba escribiendo. En el capítulo séptimo de la parte VI leemos: «Y este año de 1614 acaeció en Amberes otro tanto con uno que se murió en Holanda y se apareció a un hermano suyo». Con fecha 5 de mayo de 1614, decía en una carta a su hermana Juliana de la Madre de Dios: «Lo haré en acabando de imprimir este *Arte de morir bien.* El 15 de septiembre del mismo año, seis días antes de su muerte, le dice a su hermana, que le enviaba el libro del *Arte de bien morir,* de suerte que debió de terminar su impresión poco antes de su fallecimiento.

No he visto ningún ejemplar de esta época, y para la presente edición nos hemos valido del que trae la de 1616.

Discurso / del misterioso / nombre de / María / ordenado por Fr. Gerónymo Gracian de la Madre / de Dios, de la Orden de Santa María del Carmen. / (Escudo de la cruz y cadenas). «En Bruselas por Roger Velpio y Hub. Ant. 1612. Un volumen de 150 por 95 mm. de 24 hojas sin foliar. Habla ingeniosa y devotamente en diez capítulos de otros tantos misterios de la Santísima Virgen. Dedica este tratadito al trinitario P. Rojas, muy devoto de la Reina de los Angeles. También vió la luz en la edición de 1616. Por la de 1612 se regula la presente, aunque las dos están conformes.

Regla / de la Virgen / María / Maestra de toda perfeción, para las almas sus deuotas / . Collegida de las palabras de la mesma Virgen y / diuidida en siete capítulos y veynticinco / punctos, por el M. Fr. Geronymo / Gracian de la Madre de Dios / Carmelita. (Escudo de la cruz y cadenas). «En Bruselas. Por Roger Velpio y Huberto Antonio, impressores jurados, cerca de Palacio, año de 1611».

Siete hojas de las dimensiones del anterior tratado. En siete capítulos habla muy ceñidamente de la pureza, amor de Dios y del prójimo, misericordia y benignidad de la Virgen, de su espíritu, colegido del *Magnificat*, de su penitencia, pobreza y otras virtudes. Es muy devota y también se publicó en la edición de 1616, conforme en un todo a la de Bruselas, por la que se hace la presente.

Una de las principales obras del P. Gracián es su *Josefina*, donde expone con mucha unción, piedad, erudición y fondo teológico las excelencias del humilde obrero de Nazareth. En un breve «Prólogo al lector» explica la ocasión de escribir este tratado. «La devoción del glorioso San José, el provecho de las almas y la ternura que me causaron las lágrimas de unos carpinteros, benigno lector, me movió a escribir este sumario de sus excelencias. Fué el primer Santo que me cupo en suertes por devoto. Confesé mucho tiempo a la M. Teresa de Jesús, que en su devoción fundó los monasterios de Carmelitas Descalzas; veo que el Redentor del mundo dice excelencias de San Juan Bautista para nuestro provecho, porque mueve mucho al alma y levanta el espíritu ver las excelencias de los Santos, y parecióme haría fruto saberse las excelencias de San José». Luego cuenta cómo estos carpinteros de Roma, en su presencia, año de 1596, pidieron al Maestro del Sacro Colegio licencia para imprimir unas oraciones en honor del Santo, y al negársela se echaron a llorar. El caso enterneció al dicho Maestro y al P. Gracián. De estas lágrimas salió la *Josefina*, fresca y jugosa, como fruto del amor y de la compasión.

El P. Gracián indica a continuación las fuentes de que se sirvió para escribir el tratado, que puede decirse son todas las que antes de él alumbraron sobre el padre de Jesús los escritores católicos. Su plan le expone en las siguientes palabras: «El estilo que pienso guardar será breve, compendioso, llano y el más claro que yo pudiere, dividiendo esta obra en cinco libros de cinco títulos de San José que se coligen de la Sagrada Escritura, y cada libro en cinco capítulos, de cinco excelencias que a cada uno de los títulos corresponden».

Hablando de esta obra el P. Gracián en *Peregrinación de Anastasio* escribe: «*Josefina*, de las excelencias del glorioso San José, que se imprimió en español e italiano en Roma, y se ha tornado a imprimir en Barcelona, Madrid y Bruselas. Ha hecho este libro mucho fruto para los espíritus, porque declara el espíritu de este Santo, para acrecentar su devoción, y para muchos predicadores que han tomado materia para predicar sus alabanzas» (1).

1 Cfr. *Biblioteca Mistica Carmelitana*, t. 16, p. 178).

No he visto ejemplares de las ediciones que aquí cita de Roma, Barcelona y Madrid, pero sí la de Bruselas, que es la más principal, por ser la última edición que corrigió su autor: *Josephina / Svmmario / de las exce- / lencias del / glorioso S. Joseph, / Esposo de la Virgen María. / Recopilado de diuersos Auctores por el maestro Fray / Geronimo Gracian de la Madre de Dios, de la Orden de Nuestra Señora del Carmen.* (Escudo, cruz y cadenas). «En Brvselas En Casa de Jvan Momarte, detrás de la Casa de la Villa. Año 1609». Un volumen de 190 por 150 mm., 132 hojas paginadas y siete al principio, sin la portada, por paginar.

En el reverso de dicha portada un grabado representa los desposorios de María y José ante el Sumo Sacerdote. Sigue un Breve laudatorio de Clemente VIII (16 de septiembre de 1597), donde concede a su autor ciertos derechos de impresión y venta; el «Privilegio del Consejo Real de Castilla» (Valladolid, 24 de septiembre de 1603), «Suma del Privilegio de Aragón» (La Ventosilla, 24 de octubre de 1604); «Privilegio de Flandes» (Bruselas, 1 de marzo de 1608); Licencia del maestro General Enrique Silvio (Francfort, 26 de agosto de 1603); del Provincial de España (Madrid, 1 de diciembre de 1603) y del P. José Villegas, S. J. (Valladolid, 29 de agosto de 1603). Este califica la *Josefina* de tratado «devoto y pío» y de «muy buena y sana doctrina y da mucha inteligencia».

Dedica la obra a la Infanta Isabel Clara Eugenia, muy devota del Santo Patriarca y de la Reforma del Carmen.

La *Josefina* se imprimió también en la edición de las obras del P. Gracián en 1616, y posteriormente debió de alcanzar algunas reediciones más. En 1790 se hizo de esta obra, y se publicó en Madrid, un Resumen acompañado al fin de una novena al Santo. De este Resumen se publicó nueva edición en Málaga el año de 1800, en un tomo en 8.º de 142 páginas. Al fin trae un ejercicio devoto para el día 19 de cada mes y unas poesías al Santo Patriarca. Por unas u otras razones, ha sido ésta la obra más leída del P. Gracián. ¡Cuánto hubiera gozado con su lectura la Reformadora del Carmelo! ¡Un libro tan hermoso a su bendito San José, escrito por su Eliseo!

La presente edición de la *Josefina* se ha hecho por la de Bruselas. El propio P. Gracián envió a España muchos ejemplares de esta obra, como veremos en su correspondencia epistolar.

Damos remate al presente volumen con tres sermones del P. Gracián: el primero en honor de la Santa; el segundo trata de la antigüedad de la Orden del Carmen, y el tercero del velo de una religiosa. Los tres fueron predicados en Bruselas, y los publicamos

conforme a la edición que se hizo en dicha ciudad, en Roger Velpio, 1611, el primero, con el título de *Declaración en qve se trata de la perfecta vida y virtudes de la B. M. Theresa de Jesús y de las fundaciones de sus monasterios.* Con él se imprimió el segundo: *Sermón del origen y fundaciones de la Orden del Carmen y Conventos de Nuestra Señora del Carmen.* Ambos hacen un volumen 150 por 95 mm., y 94 páginas. En paginación aparte se dió a la luz el *Velo a una religiosa* dedicado a los Archiduques, y publicado en 1612 en Bruselas, en Roger Velpio y Hub. Ant. 37 páginas de las mismas dimensiones que los sermones anteriores.

Se han verificado las citas de la Sagrada Escritura, muy frecuentes en el P. Gracián. En cuanto a las de los Santos Padres, que se querían citar por la edición de Migne, ha sido preciso dejar el trabajo donde estaba cuando el incendio de los conventos en España. La prudencia más elemental obligó a tomar ciertas medidas, que no ha sido posible rectificar; porque, desgraciadamente, la tormenta no se ha despejado aún. Quiera Dios que se disipe pronto y se pueda trabajar con más tranquilidad y con más medios.

Fr. Silverio de Sta. Teresa, O. C. D.

Burgos, 15 de Marzo de 1933.





FR. JERÓNIMO GRACIÁN DE LA MADRE DE DIOS

Superior de los Carmelitas Descalzos, célebre por sus trabajos, virtudes y letras. Nació en Valladolid el año 1545 y murió en Bruselas el de 1614.

(Grabado antiguo).



LAMPARA ENCENDIDA



LAMPARA ENCENDIDA

Compendio de la perfección, en el cual se trata de lo que debe hacer el alma para con Dios, para con su prójimo y para consigo misma y para la perfecta guarda de su regla y de la Oración mental y espíritu con que se debe rezar el Oficio divino y oir la Misa y otras devotas meditaciones, y de la Confesión y Comunión.

PROLOGO

A los Padres y Hermanos de la Orden de Nuestra Señora del Carmen.

Semejante es el reino del cielo, dice el Señor, a diez vírgenes que tomando sus lámparas en las manos salieron a recibir al desposado y a la desposada, y las cinco de ellas, que eran prudentes, porque perseveraron en llevarlas encendidas, entraron con el Esposo en las bodas eternas (1), etc. El alma perfecta esposa de Cristo, carísimos Padres y Hermanos, se llama reino, porque tiene el reino de Dios dentro de sí (2), y porque todo lo criado pone debajo de sus pies, como dice Filón (3), y dícese reino de cielos, porque su conversación es celestial (4). Confía, ama y medita en las cosas del cielo, y sólo en un punto toca a la tierra como la esfera perfecta en el plano, a semejanza de las ruedas de Ecequiel (5), que tenían espíritu de vida, según Arnobio lo declara (6). Llámalas el Señor diez por la observancia de los diez mandamientos, que en esto, dice Gregorio Nacianceno, consiste todo nuestro bien (7); pues el que ama a Dios, guarda sus mandamientos, y el Padre Eterno le ama, y a él viene y hace morada en su corazón (8). Son vírgenes, porque quiere el Señor que sean castas como ángeles del cielo, de quien son parientes, según San Ambrosio (9), y por esta virtud, como dice Clemente Alejandrino (10), se aventajan tanto de las otras almas, cuanto

1 Matth., XXV, 1.
2 Luc., XVII, 21.
3 Philo., *De mundi opificio.*
4 Ad Philip., III, 20.
5 Ezech., I, 15-20.
6 ML. 53, 434.
7 Orat. ad subditos timore perculsos.
8 Joan, XIV, 23.
9 ML. 16, 202, 214.
10 Libr. 3. *Stromat.*

dista el cielo de la tierra. Salen al recibimiento, porque han de dejar el mundo y salir de él, y de sí mismas y de sus cuidados; que así como es imposible, dice San Cipriano (1), ver con los mismos ojos juntamente el cielo y la tierra, así lo es, sin salir de la consideración y afecto de las cosas terrenales, gozar del cielo interior del espíritu. Salen a recibir al Esposo, porque imitan en todo a Cristo, su Esposo, y en esto ponen toda su diligencia. De la cual imitación trata divinamente Justino, folósofo, mártir (2); y reciben también a la Esposa, porque la devoción de la Virgen María y su imitación es de gran fruto, y por esa causa dice San Ignacio, puso Dios en ella tantas y tan soberanas virtudes. Son prudentes, porque esta virtud es la guarda del espíritu verdadero, como refiere S. Doroteo (3); y finalmente, llevan en su mano las lámparas encendidas, porque por la lámpara encendida se significa la perfección, la cual no es una sola virtud sino una música y armonía divina que resulta de la consonancia de muchas virtudes en el alma, como dice Lactancio Firminiano (4); una divina cadena eslabonada de santos deseos, la llama Macario (5); un timiama y perfume de diversos olores de santos propósitos la dice Basilio (6); y a un jardín espiritual de diversas y divinas flores la compara Crisóstomo (7). Y, finalmente, es la perfección una lámpara encendida, en la cual se halla el fuego de la caridad que vino a traer Dios a la tierra, y quiere que se encienda en nuestros corazones (8) la luz de la oración y espíritu recibida de aquel Señor que es luz verdadera que alumbra a todo hombre que viene en este mundo (9), fundada en la torcida de la recta y no torcida intención; a quien el Señor por otro nombre llama ojo simple, con la cual todo el cuerpo de nuestras obras será resplandeciente (10). Y esta recta intención está asentada sobre un propósito firme, comparado al mechero de la lámpara; con el cual dice David: Juré y establecí guardar los juicios de tu justicia (11). Y así como el aceite hace arder la lámpara, así el amor del prójimo, la misericordia, piedad, benignidad y blandura de corazón es la que más aprovecha para perfeccionar el espíritu; que el que dijere que ama a Dios a quien no ve, y no amare a su prójimo que tiene delante, no dice verdad, dice S. Juan (12). De esta misericordia y amor del prójimo se olvidan muchos engañados con celo falso y contenciones; que los que por aquí caminan, dice San Pablo (13), son hombres y andan como hombres, y al cabo de la jornada se hallarán las lámparas muertas. Mas conviene que este aceite de la misericordia se funde sobre el agua de la pureza del alma, que se adquiere con la confesión y penitencia verdadera. Porque, como dice el Señor, los limpios de corazón verán a Dios; y finalmente, en la lámpara hallamos el vidrio que significa la resistencia a

Caridad. Oración.

Intención recta.

Propósito firme.

---

1 De 12 ascensión. animae.
2 Orat. ad orthod. q. 205.
3 Doctrin. 6. ne proximum judicemus.
4 *De opificio Dei*, cap. 20.
5 MG. 34, 762-766.
6 Homil. in Gordian. martyr.
7 Homil. 4 ad popul. Anthioq.
8 Luc., XII, 49.
9 Joan., I, 8.
10 Matth., VI, 22.
11 Ps. CXVIII, 106.
12 Joan., IV, 20.
13 I ad Cor., III, 3.

las contradicciones, persecuciones, tentaciones y trabajos; o la buena guarda del cuerpo y sentidos que se limpia y purifica con el cilicio y ceniza de la aspereza y memoria de la muerte y otras santas meditaciones. Para dar noticia de estas cosas me pareció componer este libro llamado *Lámpara encendida*, en que trato de la perfección, oración mental y vocal, y verdadera confesión y comunión, con que se da luz al amor de Dios, espíritu, intención recta, propósito firme, misericordia, pureza y aspereza que han de llevar en las manos de las obras, como lámpara encendida, las almas que pretendieron gozar eternamente de Cristo. Y aunque sé que no faltarán calumniadores, el nombre de *Lámpara encendida* me defenderá, si el estilo fuere humilde, sincero, llano, y sin elegancia de palabras y altos y subidos conceptos de que abundan los enriquecidos de sabiduría y prudencia humana, pues dice el santo patriarca Job: *irredetur justi simplicitas, lampas contempta apud cogitationes divitum* (1). Querría yo que como lámpara encendida, llevase este mi libro fuego de espíritu, luz de doctrina, agua de claridad de ingenio y vidrio de seguridad, como lleva, por la bondad del Señor, rectitud de intención y deseo de aprovechar a las almas; que con este fin hice imprimir para vuestras reverencias, cuya perfección, espíritu y salvación siempre deseo y ruego.

Título del libro.

---

1 Job., XII, 4, 5.

COMPENDIO DE LA DOCTRINA DE LA PERFECCIÓN

CAPITULO PRIMERO

DE LA CARIDAD DEL ALMA PARA CON DIOS.

Así como la vida del cuerpo nace del alma y se conserva con ella, así la vida del alma y el estado de la perfección nace de la caridad y en sola ella consiste, sin la cual, aunque habłemos con lenguas de hombres y de ángeles, seremos como la campana que tañe, dice el apóstol San Pablo (1), y aunque dejemos abrasar nuestros cuerpos y derramemos toda nuestra sangre y demos toda nuestra hacienda a pobres, no somos nada ni nos vale nada. Esta soberana virtud nos hace hijos de Dios, herederos del cielo, participantes con los espíritus celestiales de los bienes eternos, verdaderos religiosos y dignos del nombre de hijos de la Virgen María, a quien pretendemos perfectamente imitar y servir.

SIETE COSAS HA DE HACER EL QUE PERFECTAMENTE QUIERE AGRADAR Y SERVIR A DIOS.

I

Limpieza de pecado mortal.

La primera, tener el alma muy bien limpia de pecado mortal, de tal suerte que no tenga conciencia ni sepa pecado mortal que haya hecho, que no haya confesado enteramente, ni viva con escrúpulo de alguno que parezca no haber declarado bien en la confesión y haber hecho penitencia de él como convenía, según lo que la flaqueza humana puede saber, y hacer muy a menudo propósitos firmísimos de no hacer pecado mortal por cuanto hay en el mundo, aunque muramos cien mil muertes por ello. Sin esta limpieza en vano se trabaja buscando cualquier otra cosa de perfección de espíritu; porque mientras supiéremos que estamos en pecado y no procuráremos salir de

1 Ad Cor., XIII, 1.

él e hiciéremos penitencia, no amamos a Dios; y mientras viviéremos con escrúpulos de pecados pasados, que nos parezca no estar bien confesados, no asentará la perfección en nuestros corazones.

II

Pureza de pecados veniales.

La segunda es procurar con todas fuerzas evitar los pecados veniales, poniendo resistencia y fuerza en resistir al pecado venial por amor de Dios. Esta pureza es importantísima para el amor, porque así como ama poco la esposa a su esposo que no quiere hacer otras obras sino las que le manda con el puñal a los pechos, así ama poco el alma a su Dios, que no se quiere guardar de caer sino sólo en los pecados mortales. De esta pureza nace la perseverancia para no caer en los mortales, porque el que menosprecio pocas cosas, poco a poco caerá, dice el Sabio (1), y con ella se conserva la suavidad del espíritu, que es como el bálsamo; que aunque sean moscas los pecados veniales, las moscas que mueren destruyen el olor y suavidad del bálsamo, dice el mismo Sabio (2). Procure, pues, el que quisiere esta pureza, dos cosas: la primera, cuente los pecados veniales en que de ordinario suele caer y tráigalos muy delante de los ojos; la segunda, haga tanta instancia en resistir a un pecado venial y en no dejarse caer en él, como solía hacer instancia en resistir a los pecados mortales. Y con estas dos cosas, aunque muchas veces caiga en veniales, no se maraville, pues dice la Escritura: siete veces al día cae el justo (3).

III

No hacer imperfección conocida.

Lo tercero es que huya, cuanto fuere posible, de las imperfecciones, y sabiendo que una cosa es imperfección, procurar de poner instancia en no hacerla, con deseo de no hacer cosa que no sea agradable a su Criador. Las imperfecciones son en dos maneras: unas hay naturales, que nacen de enfermedad, flaqueza, condición natural o ignorancia o cosas semejantes, que no están en nuestra mano, de las cuales hasta que estemos en el cielo, no es posible vernos libres. Otras imperfecciones hay voluntarias y libres, que nos podríamos refrenar en ellas, que son faltas, aunque no llegan a pecados veniales, como la falta de compostura exterior, quebrar el hilo de la oración mental dejándola por poca ocasión, demasía en la risa o tristeza en el gesto y cosas semejantes. Con estas imperfecciones ha menester el alma hacer lo mismo que con los pecados veniales, que es conocerlas muy bien y procurar con gran instancia de quitarlas e irse

1 Eccli., XIX, 1. 2 Eccles., X, 1. 3 Prov., XXIV, 16.

reprimiendo en ellas con la mortificación interior y exterior, que es el cuchillo de piedra con que se cercenan estas demasías, y con el fuego del amor de Dios que abrasa estas pajuelas y purifica el oro y quita estas escorias.

IV

Presencia de Dios.

Lo cuarto es que lo más continuamente que pudiere ande en la divina presencia: Traía yo siempre, dice el real profeta David, al Señor en mi presencia; porque está a mi mano derecha para que yo no me mueva (1). Solía decir también nuestro Padre Elías: Vive el Señor en cuya presencia estoy (2). Y por bendición da este buen Señor a los Recabitas, que fueron antiguos de nuestra Orden, que no faltaran algunos de sus sucesores que anden siempre en su presencia hasta que el mundo se acabe, como refiere el profeta Jeremías. Cuatro maneras hay de presencia de Dios: la primera es la del Santísimo Sacramento con quien el alma está hablando, puesta en su presencia, conociendo ser verdadero Dios, sin que sea necesario hacer otras imaginaciones ni discursos para buscar la divina presencia; la segunda es presencia imaginaria, que es cuando la imaginación forma una imagen y figura de Cristo, la cual trae siempre junto a si o dentro de sí, con quien habla y trata todos sus negocios; la tercera es presencia intelectual, que nace del conocimiento de la fe, con que sabiendo que está Dios presente en todo lugar por esencia, presencia y potencia, donde quiere que vuelve los ojos tiene respeto a este Dios, y en cualquier criatura le considera que la está dando ser y siempre le trae tan presente y cerca de sí, que no ha menester buscarle en otra parte, aunque no le vea con los ojos del cuerpo ni forme imagen alguna en la imaginación. De la manera que hablando un hombre con su amigo, aunque no ve el alma sino el cuerpo, habla con el alma y la tiene respeto, porque los movimientos del cuerpo dan muestra que tiene alma, y si estuviese el cuerpo solo y sin alma, no le hablaría ni escucharía, así hemos de considerar que todo este mundo es como un cuerpo que tiene dentro de sí a Dios, que le está dando ser y conservando. Pues cuando levantares los ojos al cielo y vieres los rayos del sol y que los cielos atruenan, que los hombres andan y todas las criaturas se conservan, habla, trata y ten respeto a Dios, que es como alma de este cuerpo a quien traerás presente en todas las cosas. La cuarta y última manera de presencia de Dios es la unitiva, la cual hace que el alma traiga dentro de sí a Jesucristo en quien está obrando y vive en quietud y reposo, y ningún movimiento ni pensamiento tiene que no sea de Cristo en ella y de ella en Cristo. Nace esta cuarta presencia muchas veces del Sacramento de la comunión, en la cual se pretende el alma transformar en este gran Señor y unirse de veras con él. Estas cuatro ma-

1 Ps. XV, 8. 2 III Reg., XVII, 1.

neras de presencia de Dios he puesto para que guarde aquella con quien mejor se hallare, y procure de nunca perder la presencia de Dios de una o de otra manera; en cansándose en la una, puede acudir a la otra.

V

Intención actual en las obras.

La quinta es procurar en las obras que hiciere tener intención actual de agradar y servir a Dios con ellas, y hacerlas con solo este fin, porque haciéndose con solo este fin y respeto, suben mucho de punto en el merecimiento. Esto nos aconsejó el Apóstol San Pablo, diciendo: Si comiereis o bebiereis, o hiciereis otra cualquier cosa, sea en gloria de Dios (1). De tres maneras podemos tener intención de servir a Dios en nuestras obras. La primera es intención habitual: esta intención es cuando hacemos alguna obra buena, porque todas las obras de virtud de su naturaleza son enderezadas a Dios, como a último fin, aunque nosotros no nos acordemos de enderezarlas. La segunda intención es la virtual, que es cuando hacemos propósitos de que todas las obras que hiciéremos sean para agradar y glorificar a nuestro Dios y en honra y gloria suya. Y de aquella intención nacen las obras, aunque no nos acordemos de ella cuando las vamos haciendo; como cuando en la oración de la mañana vamos contando lo que hemos de hacer entre día, y lo proponemos con intención de agradar a Dios; y aunque después se nos olvide esta intención, tiene la obra mayor merecimiento en virtud de aquella intención que tuvimos por la mañana que si solamente llevara la intención habitual. La tercera manera es intención actual, cuando al tiempo que hacemos la obra, la referimos a Dios, y esto es sin comparación de mucho mayor merecimiento y con que el alma se perfecciona en pocos dias. Y porque las obras son muchas y no se le olviden y se vaya ejercitando, conviene reducirlas a número, como a diez o doce. Como si dijésemos, vestirse, ir al coro, ponerse en la oración mental, comenzar a estudiar o a trabajar en su oficio, decir misa, tratar con alguna persona de negocios de su salvación, comer, ponerse a recreación, leer u oir alguna lección, ir a visitar algún enfermo, hacer examen de conciencia, desnudarse y acostarse y semejantes obras que son las ordinarias. Procure, pues, tenerlas contadas, y en el examen de mediodia o de la noche mire en cuál de ellas dejó de poner la actual intención y el fin de hacerla por sólo agradar a Dios, y castigarse por esta falta y proponga la enmienda para adelante. Con este ejercicio se alcanza mucha gracia y perfección en las obras ordinarias que hacemos.

---

1 I ad Cor., X, 31.

VI

Engrandecimiento de los deseos.

Lo sexto es juntar con la obra, por pequeña que sea, un deseo de otra obra mayor y más excelente, como si sentándose a comer, hiciese este acto: Señor, siéntome a comer por tu honra y gloria; y si como es esto fuera dar de comer a cien mil pobres, por honra tuya lo hiciera. De la misma manera, cuando se desnuda puede hacer este acto: Señor, por ti, para darte gusto, me quiero desnudar para acostarme, y con el mismo contento me desnudara para que me atenacearan vivo por no te ofender mortal ni venialmente. Y así puede ir en todas las demás obras que hiciere, levantando el corazón a cosas más altas para que Dios sea ensalzado, según aquellas palabras del Espíritu Santo: Llegará el hombre a corazón alto, y será ensalzado el Señor (1).

VII

Imitación verdadera de Cristo.

Lo sétimo y último es verdadero propósito y deseo de no hacer cosa ni decir palabra ni tener pensamiento en que no imite al que Cristo tuviera, procurando en los exámenes de conciencia de la mañana y de la tarde contar muy bien las obras, palabras y pensamientos que hubiere tenido y que no tuviera Cristo, y castigarse por ellos, y entre día traer alguna señal, como algunas cuentas, para ir contando las cosas que hiciere indignas de Cristo.

CAPITULO II

DEL AMOR Y TRATO CON EL PROJIMO.

Preguntándole un doctor de la ley al Señor ¿cuál era el mayor mandamiento? Le respondió: Amarás a tu Señor Dios, etc. y el segundo, semejante a éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo (2).

SIETE COSAS SE HAN DE HACER CON EL PROJIMO PARA ADQUIRIR PERFECCION.

I

No hacer ni decir ni desear mal a nadie.

La primera es procurar con todas las fuerzas posibles que ninguno reciba agravio de obra ni palabra nuestra, y en el corazón repugnar a cualquier deseo que nos venga del agravio de nuestro hermana, poniendo en esto toda nuestra felicidad, porque quien dijere que ama a Dios a quien no ve, y no ama a su prójimo que tiene delante de los ojos, mentiroso es, dice el glorioso San Juan (3). Siete

1 Ps. LXIII, 7. 2 Matth., XXII, 37, 39. 3 I Joan., IV, 20.

grados tiene el rencor: el primero es, que de tener el natural contrario al natural de nuestro prójimo de suerte que no nos confrontamos en la condición, o de haber recibido agravio de él, nace el no darme gusto las cosas de mi hermano, aunque sean buenas, y darme mayor disgusto sus faltas que las de otro, y esto sin ser en mi mano; y se puede llamar hacerme contradición o tentarme con él. El segundo, juzgar sus cosas a la peor parte allá dentro de mi corazón. El tercero, tratar estos juicios y faltas con otro mi amigo como en vía de murmuración. El cuarto, mostrar esta mala voluntad y este desabrimiento que yo tengo a la misma persona con quien estoy desabrido. El quinto, desear con determinación muerte, afrenta o notable mal de aquel prójimo. El sexto, decirle palabras injuriosas. El sétimo, hacerle obras en su persona o en su honra que sean pecado mortal. Y este querer mal a mi prójimo es en dos maneras. La primera, con sola la perturbación de la pasión que remueve la cólera y la ira, repugnando la razón. La segunda, consintiendo la razón en los pensamientos del rencor que la pasión propone. Pues lo que aquí pretendemos es que, aunque la pasión no se pueda refrenar tan presto, y el no parecerme a mí bien las obras de fulano por no ser buenas o en mi perjuicio o ser mi natural contrario a ellas, que a lo menos tenga firme en no hacerle mala obra ni decirle malas palabras ni tener pensamiento consentido de su mal, pues está todo esto en mi mano. Y en lo que toca al sosegar la pasión, la mucha contrición de mis pecados, la continuación en la oración y el fervor en el amor divino lo hará: que al fin Dios pone término al mar alterado del apetito para que se sosiegue y manda a las ondas de las pasiones que cesen; y cuando viene la divina palabra, se halla el ánimo sosegado. Guardémonos de los seis grados postreros, que son libres y voluntarios, que lo natural, que es el primer grado, Dios lo perfeccionará.

II

No aficionarse demasiadamente a ningún prójimo.

La segunda es tener la rienda al corazón para que no se vaya demasiadamente en afición a ninguna criatura, por santa y perfecta que sea, sino que, pues la razón de amar al prójimo es universal con todos, que es porque son criaturas hechas a imagen y semejanza de Dios y redimidas con la sangre de Jesucristo, corra igualmente el amor en todos con la mayor intensión y fuerza que pudiere ser, por sólo amar a este Dios; y si el natural se inclinare más a uno que a otro por partes o talento o perfección que tenga, sin mirar al norte de la razón, siempre esta particularidad del corazón se juzgue por sospechosa, ahora sea amor entre hombres ahora entre mujeres o trocados; y quede el alma por una parte como desamorada en no acudir con particular afición a particular corazón por solo el ímpetu de la pasión, y por otra parte aficionadísima por cualquiera prójimo, de tal manera, que dé por cada uno la vida y la sangre, si fuere menester, y agradecida con todos. Y esto entiéndese

en lo interior, que en lo exterior menester son muestras para poder vivir en el mundo; pero lo que se hace en estas muestras, no ha de entrar dentro en el corazón, el cual ha de ser tan noble y generoso, que solo Dios llene su deseo; y las criaturas, aunque sean todas ellas juntas, no le satisfagan.

III

Dar buen ejemplo a todos y no escandalizar a ninguno.

Lo tercero que conviene se haga con los prójimos es procurar edificarlos, haciendo siempre obras ejemplares, diciendo palabras que los atraigan a Dios, guardándose de dar ocasión de pecar, pues murió Jesucristo por salvar las almas, y quiere que los religiosos seamos como candelas encendidas puestas sobre el candelero para dar luz y expeler las tinieblas de la ignorancia y sal para sazonar las desabridas costumbres de los hermanos (1). Hay algunos que dicen que aman a Dios, y a trueque de no perder un punto de la quietud de su espíritu, que a ellos les parece que lo es, o de no ponerse a riesgo de una murmuración o de algún otro trabajo o peligro, pudiendo granjear almas para Cristo, no lo hacen y quieren disfrazar la pusilanimidad y esconder el talento recibido con nombre de humildad y silencio (2); los cuales si de veras amasen a este Señor que tanto amó las almas, que dió la vida por sus amigos, entenderían que nadie tiene mayor caridad que el que la pone por ellos (3); y con esta fervorosísima virtud andarían sedientos del aprovechamiento de sus hermanos, y mostrarían esta sed y hambre de justicia con palabras encendidas y fervorosas y obras ejemplares, sacudiendo de sí una maldita vergüenza y empacho de sus buenas obras, que con título de huir de la vanagloria los traerá a que oigan por su mal estas palabras de Cristo: El que tuviere vergüenza de confesarme delante de los hombres, tendré yo vergüenza de confesarle delante del Padre Eterno (4).

Y si estos tales me dijeren que importa mucho no ponerse en ocasión de la vanagloria, estén seguros que cuando por la gloria de Dios quisieren aprovechar a otras almas y mortificarse en la vergüenza dañosa que digo, que el Señor les guardará de vanagloria. Hay otros que a trueque de seguir su propio parecer y la santidad formada a su modo, aunque vean que se escandalizan muchas almas y toman ocasión de ser imperfectas, no hacen caso de ello, pareciéndoles que como no sea pecado lo que hacen, aunque den ocasión de escándalo, no hace al caso. Estos se habrían siempre de acordar de aquellas palabras del Señor: El que escandalizare uno de los pequeñuelos, que son los humildes y sencillos, mejor le sería que con una piedra de molino al pescuezo (5) fuese lanzado en el mar. Procure, pues, quien quisiere agradar a Dios, andar quitando las ocasiones en que cualquiera pueda tropezar.

---

1 Matt., V, 16.
2 Matth., XXV, 18.
3 Joan., XV, 13.
4 Matth., X, 33.
5 Matth., XVIII, 6.

IV

Amor de los enemigos.

Lo cuarto que debe hacer el siervo de Dios para con su prójimo es darse mucho al amor de los enemigos y a rogar a Dios por ellos y hacer bien a quien le hace mal, persigue y calumnia. Nuestro Doctor y Maestro Jesucristo, que fué quien mejor entendió en lo que consistía la perfección, no nos la puso en otras virtudes que, aunque parecen muy importantes, no llegan a la excelencia de esta virtud, que es amar los enemigos. Y así dice por San Mateo: Amad a vuestros enemigos, haced bien a quien os aborrece, orad por quien os persigue y calumnia, porque seais hijos de vuestro Padre celestial que está en los cielos, sed perfectos, etc. (1) Como quien dice, en esto se ve la perfección más que en otras virtudes particulares. Pues según dice el profeta Isaías: Muchos dirán el día del juicio: Señor, que ayunamos y afligimos nuestros cuerpos, ¿por qué nos condenas? A los cuales responderá el Juez: Porque el día de vuestro ayuno hacíais vuestra voluntad y queríais llevar por el cabo la venganza (2).

Y es así que muchos piensan que sirven a Dios con virtudes que les dan gusto, y hacen antes su voluntad que la divina, pues si hiciesen la voluntad de Dios, no guardarian tan en agraz los rencores e injurias de mucho tiempo. El alma que quisiere con brevedad alcanzar la perfección, use de esta industria y téngala siempre en su corazón. Ponga delante de sí todas aquellas personas que le dan desabrimiento, por cualquier razón que sea, ora sea por haberle hecho mal o por no ser de su condición o por otra cualquier causa, y como cosa en que más se agrada a Jesucristo que en otra ninguna, comience a rogar por ellas y ponga toda su felicidad en alcanzar bienes para aquellos prójimos, olvidándose de sí mismo, y todo lo que querria para sí, pídalo primero para ellas, y créame que con este olvido de sí, arrojando sus cosas en las manos de Dios, y con este impetuosísimo deseo del bien de aquellas personas, alcanzará tantos bienes y tan en breve tiempo la perfección, que le valga más un día en estos palacios de la caridad, que mil (3). Y pues el Señor nos enseñó en el *Paternoster* a pedir al Padre Eterno perdón de pecados como nosotros perdonamos a los que nos ofenden (4), por el mismo camino parece que nos enseña a pedir virtudes, las cuales nos dará como nosotros las deseáremos para los que nos ofenden. Pues diga el alma hablando con su Cristo de esta manera: Señor, pues primero te acordaste de rogar a Dios por tus enemigos que de encomendar a San Juan tu Madre Virgen cuando te crucificaban, lo que te suplico es, que en honra y gloria tuya des a fulano y a fulano, etc., que me persigue, la salud, honra, hacienda y vida que ha menester,

---

1 Matth., V, 44, 45.
2 Isai., LVIII, 3.
3 Ps. LXXXIII, 11.
4 Matth., VI, 12.

y si para esto fuere necesario que me la quites a mí, yo lo consiento a trueque de que lo des a ellos; dales, Señor, la gloria eterna y todos los bienes que se pueden desear. Con esta manera de oración se afervora mucho en el amor de sus enemigos y anda interiormente besándoles los pies y con un entrañable deseo de su salvación, y pareciendo que se descuida de sí, le comunica el Señor tal espíritu y tanta perfección, cual su divina Majestad da a entender a los deseosos de salvarse y de alcanzar perfección.

V

Mirar al prójimo como a imagen viva de Cristo.

La quinta cosa que se ha de hacer con el prójimo es nunca mirarle como a particular persona sino como a una imagen viva de Cristo, si fuere hombre; y si mujer, como a verdadera imagen de Nuestra Señora, y como almas amadas de Dios y redimidas con su preciosísima sangre. Haciendo costumbre de esta consideración de mirar las almas con estos ojos, gánanse innumerables frutos en el amor, modestia, respeto, sinceridad, castidad y otras innumerables virtudes, cuyos contrarios vicios nacen de la falta de esta consideración, y hacen ojos de paloma, que son ojos sencillos, de los cuales dice el Señor: Si tu ojo fuere sencillo, todo tu cuerpo será resplandeciente (1), dando a entender que de la sinceridad de estos ojos de paloma nace el resplandor de todas las virtudes.

VI

Sujeción y respeto a cualquier persona.

Lo sexto que se debe hacer con el prójimo es andar humilde, sujeto y obediente a cualquier persona de cualquier estado y condición que sea. Nace esta sujeción de la oración apreciativa, en la cual el alma considera a Dios como a infinito e inmenso, de infinita bondad y sabiduría, y engrandece en su corazón a este Señor, teniendo todo lo demás por lo más bajo y abatido que se puede pensar. Luego considera que todas las demás criaturas, por bajas que sean, son más excelentes que su alma, pues que siendo nada, ha ofendido a Dios; de aquí se le sigue un abatimiento tan grande ante Dios y todas las criaturas, que no osa levantar los ojos a ninguna de ellas, aunque sea a una hormiga; y como ve que la más excelente criatura de todas las que hay acá es el hombre para quien Dios crió todas las cosas, y en quien puso de tal manera su corazón que se hizo hombre y murió por él en una cruz, de aquí le nace un respeto y reverencia a cualquier hombre, por sólo ser hombre, que se tiene por indigno de levantar los ojos a mirarle, y le parece que le hace Dios gran merced, si una criatura tan excelente le riñe, maltrata o afrenta, para

---

1 Matth., VI, 23.

que en alguna manera se acuerde de él; y si le ama o favorece o habla bien, da gracias al Señor por tan soberano bien, y queda siempre abatido y humillado y amando tan excelente criatura, dando por bien empleado el gastar la hacienda, honra y vida por el bien de su alma redimida y comprada por tan alto precio. Y como la razón de esta sujeción y reverencia no es otra que ser el hombre imagen de Dios, amado de él y redimido por su sangre, de aquí le viene que no hay difirencia en esta sujeción de cualquier hombre, siquiera sea rey o labrador, señor o esclavo, aunque en lo exterior y manera de trato hace sus diferencias de respetos, que es bien que se guarden, llamando al inferior con palabras de inferior, aunque le tenga en el corazón en posesión de superior.

VII

Tomar todas las cosas de los prójimos por propias.

La sétima y última cosa que ha de hacer con su prójimo es tener todas las cosas de su hermano por propias suyas, los bienes y buenos sucesos, como si a él mismo le aconteciesen, alegrándose en ellos y dando a Dios gracias por ellos; los sucesos desabridos, calamidades y trabajos, afligiéndose de ellos y entristeciéndose y pesándole, como si a él mismo le hubiesen acontecido; y de que los hermanos sirvan a Dios y le agraden y haya siempre almas que sigan la bandera de la cruz, en cualquier estado que estén y de cualquier Religión que sean, se alegre como si fuese él mismo o fuesen los de su Religión. Si oyere decir que hay pecados en el mundo, duélanle aquellos pecados, y tenga contrición por ellos y haga penitencia pidiendo al Señor perdón, de la manera que Jesucristo nuestro bien tomó sobre sus hombros todos nuestros pecados y murió por ellos en la cruz. Esto es lo que el Señor nos manda, cuando dice: Amarás a tu prójimo como a ti mismo (1). Y la unión de corazón es tan deseada de su Majestad, que nos la manda tener, diciendo: Que nos amemos unos a otros como él nos amó (2).

CAPITULO III

DE LO QUE DEBE HACER EL ALMA PARA CONSIGO MISMA, SI QUIERE CAMINAR A LA PERFECCION.

Ningún enemigo tenemos mayor que nosotros mismos y que más daño nos haga y con quien sea más dificultosa la pelea; porque al cabo de mucho ejercicio espiritual, se queda nuestro amor propio entrañado en los huesos, que nos contamina la perfección. Y para que el alma se sepa avenir con él y conservarse con rectitud en sí misma, conviene que haga las siete cosas siguientes.

---

1 Matth., XXII, 39. 2 Joan., XV, 12.

I

Conocimiento del amor propio.

La primera, conocer muy bien su amor propio y la cantidad de él; éste se conoce de dos maneras: la primera, cuando el fin que nos mueve a hacer cualquier obra, ahora sea de virtud ahora de vicio, es solo nuestro gusto, comodidad, interés o provecho y no el dar contento y gusto a nuestro Dios. Y es de advertir que de dos maneras podemos poner a Dios por fin de nuestras obras: la primera, poniéndole por solo fin e intención de nuestros deseos, sin que miremos a nosotros de ninguna manera; y cuando las obras fueren así hechas, van libres de todo amor propio. La segunda, cuando ponemos a Dios por fin de nuestras obras y buscamos también en ellas nuestra comodidad, gusto, contento e interés, y decimos que las hacemos por solo servicio de Dios. Los que esto hacen, van cebando el amor propio con las cosas de virtud, y después se hallarán muy atajados cuando se les ofrezca cualquier ocasión desabrida o alguna contradicción, porque no van del todo libres de amor propio. La tercera, cuando no miramos a Dios sino solo a nuestro gusto o comodidad, y entonces nacen nuestras obras puramente de amor propio.

La segunda cosa en que se conoce el amor propio es en los demasiados sentimientos y aflicciones que el alma tiene cuando se le ofrece cosa que no sea a su gusto o que le toque a la honra o propia estima. Y es de notar que muchas veces nos quiere engañar el mismo amor propio cuando recibimos el agravio, haciéndonos entender que no nos pesa por nuestro daño sino por la ofensa que hizo a Dios el que nos agravió, y querémosle disfrazar con celo de Dios. A quien de esta manera se siente de sus agravios, se le puede preguntar que si en tanto tiene la honra de Dios que le pesa de la ofensa que le hace el que le dice una palabra afrentosa ¿por qué no le pesa de tantos millares de infieles y herejes que ofenden a su Señor muy mucho más que aquel que le afrentó? Pues el que se hallare con estos sentimientos demasiados y con buscar sus comodidades, créame que está lleno de amor propio, y no se tenga por seguro en el camino de la perfección, antes que tema, en ofreciéndose la ocasión luego faltará.

II

Mortificación interior y exterior.

La segunda cosa que ha de hacer para consigo es una continua mortificación todo el tiempo que le durare la vida, y en faltándole este azote de la mano, por más que le parezca que haya subido a la cumbre de la perfección, crea que esta bestia desenfrenada de sí mismo le ha de despeñar. Procure mortificar cada uno sus potencias y sus pasiones de esta manera. Los ojos, quitándolos al mejor tiempo que gustaren de aquello que miraban, o si miraren o gustaren

demasiadamente de ver algo, como campo, yerbas, fuentes, etc., por el mismo caso que los ojos gustaren, la voluntad se levante a gustar de amar aquel gran Señor que crió cosas tan excelentes y hermosas, deleitándose en esta hermosura del Criador, de suerte que por una parte o por otra, el alma siempre se aproveche o con perder aquel gusto o del mismo gusto subir al gusto espiritual; no hablamos ahora del gusto sensual ilícito, que ese siempre se ha de quitar, sino del que es lícito pero no necesario. De la misma manera mortifique el oído con quitarle de oir palabras impertinentes y músicas delicadas, o si las oyere, levantar el espíritu a Dios y a las músicas celestiales; y así los demás sentidos corporales, como el gusto, tacto y olfato. Mortifique también la imaginación y las pasiones del apetito, que son el amor y el aborrecimiento, el deseo, la alegría y la tristeza, la esperanza y desesperación, temor, atrevimiento y la ira con este cuchillo de piedra de la mortificación; circuncidando lo interior y exterior se hará digno de ser llamado hijo de Dios.

III

Aborrecimiento propio.

La tercera cosa que ha de hacer es aborrecerse, cobrando contra sí un odio, rencor y enemistad, la mayor que pudiere, como contra quien más daño le hace en su salvación. Si aborrezco a quien me quita la hacienda y más a quien me quita la honra y muy mucho más a quien me pretende quitar la vida del cuerpo, sin comparación tengo de aborrecer mucho más a quien me quiere quitar la vida eterna del alma. Esta me pretendo yo quitar a mi mismo por dar contento a mi cuerpo y gusto a mi sensualidad; y así de día y de noche tengo de andar tras mí mismo, riñendo conmigo, afligiéndome y castigándome, sin que se pase día ninguno que no me haga algún enojo o sufra de buena gana el que otros me hicieren.

IV

Silencio y refrenamiento de la lengua.

La cuarta cosa que perfecciona un alma en sí misma es el refrenar la lengua, y más los religiosos que los seglares, pues sus reglas les mandan guardar silencio: porque si alguno dijere que es religioso y no refrenare su lengua, vana es su religión (1), dice el Apóstol Santiago. Unos refrenan la lengua cerrando del todo la boca para no hablar si no es preguntándoles alguna cosa, y procuran responder con muy pocas y muy pensadas palabras. Otros que están más obligados a hablar, hacen costumbre de primero que hablen las palabras con la boca delante de su prójimo, haber hablado las

1 Jacob., I, 26.

mismas con el corazón delante de Dios, y el que de esta manera habla, con buena balanza tiene pesadas sus palabras para no tropezar en la lengua, y que sea su caída incurable y mortal.

V

Clausura y recogimiento.

Lo quinto que ha de hacer para consigo misma es buscar con todas sus fuerzas el recogimiento interior de sus sentidos y exterior de lugar recogido y apartado de gentes, nunca fiándose de sí mismo, como quien tuviese un león feroz, que mientras está encerrado está manso, y en saliendo donde puede estar suelto, hace carnicería; en la misma posesión ha de tener cada uno su sensualidad por más sujeta, rendida y mortificada que le parezca la tenga; porque con el distraimiento, ocasiones y derramamiento del alma, aunque sea hijo de buenos padres, como Dina, caerá (1), y aunque sea entre sus propios parientes, como Tamar, pecará (2); y aunque sea más fuerte que Sansón (3), se enflaquecerá; y más sabio que Salomón, se cegará (4); y más perfecto que David, se pervertirá (5); mas si está recogido en su cueva como Elías (6), gozará del silbo delicado de la inspiración; si guarda encerramiento en su casa como Jacob, y no anda a caza de las ocasiones como Esaú (7), bajarán ángeles del cielo y subirán deseos de su espíritu por la escalera de su corazón (8); y finalmente, aunque sea un Tomás (9), si no se halla a puerta cerrada como los discípulos de Cristo, se hará incrédulo de las grandezas del espíritu y será menester particular milagro para que meta los dedos de sus potencias en el costado abierto para nuestra salvación.

VI

Contrición y penitencia.

La sexta cosa que conserva a un alma en sí misma con la perfección que se requiere es contrición de los pecados y verdadera penitencia de ellos, acordándonos los que somos religiosos, que a eso entramos en la religión, a llorar nuestros pecados y los de nuestros hermanos; este solo camino purifica la conciencia, aumenta la gracia, engendra las virtudes, preserva de los vicios, es libre de ambición, soberbia y vanagloria, y es el camino carretero para la bienaventuranza.

---

1 Gen., XXXIV, 2.
2 Gen., XXXVIII.
3 Judic., XVI, 19.
4 III Reg., XI, 4.
5 II Reg., XI,
6 III Reg., XIX, 12.
7 Gen., XXV, 27.
8 Gen., XXVIII, 12.
9 Joan., XX, 19-29.

VII

Discreción y guarda de la salud.

La sétima cosa que ha menester un alma para consigo misma es no dejarse llevar de sus ímpetus y deseos de suerte que ponga en riesgo su salud; porque sin ella mal puede ejercitarse en los ejercicios arriba dichos ni durar en el rigor de la penitencia ni andar puntual en la guarda de su Regla y Constituciones; pero porque muchas veces el amor propio se disfraza con discreción y guarda de la salud corporal, conviene sacar el pleito que suele haber entre la discreción y deseos de penitencia, de poder de nuestro libre albedrio, recusándole como apasionado, y que se remita a la obediencia y consejo de los confesores; los cuales si sentenciaren contra los deseos de la penitencia, aunque le quiten la posesión del rigor, nunca se deje la causa desamparada ni deje de ejercitarse en todo lo que pudiere, como no haga daño a la salud.

CAPITULO IV

DE LA OBSERVANCIA DE LA LEY DE DIOS, OBLIGACIONES DE SU ESTADO, REGLA Y CONSTITUCIONES.

Una de las cosas que más conviene a todos, principalmente al religioso, y en que más de veras se ha de ejercitar es en la guarda de su ley, Regla y Constituciones; porque si desea hacer la voluntad divina y ésta se declara por la ley y estatutos, quien no se aficionare a ellos parece que no ama tanto a Dios como conviene; el cual se queja por el profeta Jeremías, diciendo: ¿Qué es esto, que mi amado en mi casa hace muchas faltas? (1). Y para que cada uno se esfuerce a guardarlos, ejercitese en las siete cosas siguientes:

I

Piense que está en lugar sagrado.

La primera, piense, si fuere religioso, cuán obligado está a ser santo, pues está en lugar sagrado y en compañía de santos; y cuánto ha castigado Dios a los que han hecho faltas en lugares santos. A Nadab y Abiud (2) tragó vivos la tierra porque ofrecían fuego ajeno. Y así piense el religioso que faltare a sus reglas y constituciones en este paraíso terrenal y templo de Dios vivo de la Religión, que se hará un lucifer en soberbia, y será privado de las virtudes naturales que Dios le dió, y le tragará vivo la tierra del deseo y apetito del mundo; si mintiere de lo que propone a los pies de su prelado cuando le dan la profesión, morirá muerte eterna y no verá la gloria

1 Jerem., XI, 15. 2 Lev., X, 1, 2.

del Señor, como dice el Profeta Isaías: En la tierra de Santos pecó, pues no verá la gloria del Señor (1). Y aunque es verdad que todas las constituciones y reglas no obligan a pecado mortal, pero por no guardarlas y la costumbre de quebrantarlas, permite el Señor que se venga a caer en el menosprecio de ellas y en otros grandes males por donde se condenen. Si el Señor mandaba cortar el árbol que no hacia fruto en su viña (2), ¿cuán más cierto es que mandará cortar el árbol que hace mal fruto?

II

Memoria de los propósitos e inspiraciones divinas.

Lo segundo, traiga a la memoria las inspiraciones que Dios le dió y todos sus propósitos antiguos con que vino a buscar perfección en el estado en que está, y haga ejercicio de estos propósitos antiguos, siquiera un dia en la semana, que le hará mucho al caso para llevar con suavidad los trabajos.

III

Meditación de la ley, Regla y Constituciones.

Procure lo tercero juntar a la meditación ordinaria que tiene en el tiempo de la oración, la meditación de algún capítulo de la Regla para irse ejercitando en ella y aficionando a su observancia. Esto se nos manda diciendo que pensemos de día y de noche en la ley del Señor; y puede ir haciendo sus meditaciones de la Regla los días de la semana, ejercitándose cada día en desear cumplir con perfección una de las virtudes principales de la Religión, por el orden siguiente. Domingo, la obediencia; lunes, la castidad; martes, la pobreza; miércoles, el oficio divino; jueves, la confesión, comunión, capitulo y examen de conciencia; viernes, la penitencia, aspereza de vestidos y de cama, abstinencia y ayuno; sábado, lo que toca a la paz, humildad, celo de almas y las demás virtudes pertenecientes a ello. Y cada uno de estos dias lea y medite las reglas y constituciones que vienen con aquella virtud.

IV

Referir los deseos de la oración a la guarda de la Regla.

Lo cuarto que aprovecha mucho para guardar la Regla y Constituciones es cuando el alma está afervorada en algunos grandes deseos de Dios, que de verdad desea cualquier género de martirio por este Señor, referir entonces aquellos mismos deseos a lo que más dificultoso se le hace, el guardar de su Regla y Constituciones, haciendo

---

1 Isai., XXVI, 10. 2 Luc., XIII, 7.

este discurso en su meditación: Señor, por quien tú eres y por servirte en alguna cosa, me holgaría de muy buena gana de dejarme quemar vivo; pues más fácil cosa es hacer por ti tal y tal cosa, etc. Y entonces traiga a la memoria aquellos puntos de las Constituciones que le parecen más graves y dificultosos y saque de la oración un vivo deseo de ejercitarse en ellos.

V

Traer resumida en puntos la Regla y Constituciones.

Lo quinto que ayuda mucho a la observancia es traer resumidos todos los puntos que le hacen al caso de la Regla y Constituciones para el ejercicio de la virtud, y para tenerlos a la mano e irse en el examen de conciencia mirando y examinando por ellos, porque fácilmente se olvidan si no se pone diligencia; y puedense traer en un cartapacito pequeño con otros puntos que cada uno hubiere menester para afervorar su espiritu; y en el mismo cartapacio aparte los puntos de aquellas Constituciones en que más de ordinario suele caer para andar más cuidadoso en no quebrantarlas.

VI

Rogar a los superiores y súbditos le adviertan de lo que falta en la observancia.

Lo sexto, ruegue humildemente a todos los de casa, así superiores como súbditos, le avisen y adviertan cuando falta en alguna cosa de lo que está obligado a la observancia de la Regla y Constituciones. Y también le avisen de las cosas de que se escandalizan en su manera de vivir para que se enmiende, y reciba de todos humildemente las reprensiones y avisos que le dieren.

VII

Cada mes haga alguna penitencia particular por las faltas de aquel mes.

Finalmente, hace mucho al caso que cada mes escojamos un día para hacer examen de todas las cosas que se han hecho en él, y tomar por costumbre aquel día hacer alguna penitencia particular por ellas. Con este ejercicio se va purificando el alma en la guarda de la Regla, y esto es ser religioso y ser observante en la Religión, que traer el hábito y no guardar lo que se profesa, es hipocresía, según dice el glorioso San Agustín (1). De la manera que aquí hablamos de los religiosos, pueden hacer los seglares proporcionalmente para la guarda de la ley de Dios y obligaciones de su estado.

---

1 ML. 39, 1573.

CAPITULO V

DE LA OBEDIENCIA.

Porque la Religión es estado de vida perfecta, tratando en este libro de la perfección, con justa causa tratamos de los tres votos obediencia, castidad y pobreza; y lo primero del de la obediencia.

Es la obediencia el primer voto de la Religión y el principio y como fundamento de toda la vida religiosa, según dice el santo Concilio Tridentino (1). Puédese la obediencia guardar de muchas maneras: la primera, con sola la obra exterior, y es que haga el súbdito lo que le manda el prelado quedándole la voluntad repugnante, y cumpliendo con la obra por solo temor, vergüenza o respeto humano; la segunda, de sola voluntad, cuando aunque la voluntad quiera cumplir lo que manda la obediencia, el apetito queda rebelde y hace con contradicción la obra. Lo tercero, de obra, voluntad y apetito, mas no de entendimiento, cuando lo que se manda se hace con buena voluntad y gusto, aunque el entendimiento se queda con sus razones de que lo contrario fuera más acertado para el negocio particular que le mandan. Lo cuarto, de obra, voluntad y apetito y entendimiento, cuando lo que manda el prelado se hace de buena gana y con gusto, y cegamos el entendimiento sin dejarle discurrir a que haya cosa más acertada que lo que manda la obediencia, si el mismo prelado no manda que discurramos y pensemos en el negocio, porque entonces el discurrir también es obediencia; y cuando llega a tanto que no solamente no discurre el entendimiento en lo contrario pero ha hecho ya costumbre de cegarse, teniendo siempre por más acertado lo que es obediencia y se queda en el alma con una ignorancia santa, como un jumento acerca de Dios (2), esta es la más perfecta obediencia de todas. Es grande el merecimiento de la obediencia porque encierra en sí los actos de todas las virtudes. De la fe, porque el obediente cree que lo que el prelado manda, no siendo malo, lo manda Dios, y que como trazas dadas por Dios, saldrán muy mejor que lo que él pensaba, aunque le parezca lo contrario. De la esperanza, porque confía de veras que saldrá mejor la obra de Dios que manda el prelado, que no la que él piensa e imagina ser mejor, y así se arroja a hacer la obediencia. De la caridad, porque entonces se ve si ama a Dios, si cumple en todo la voluntad divina; y por fe sabemos que la voluntad de la obediencia es voluntad de Dios, conforme a aquellas palabras: El que a vosotros oye, a mi oye, etc. (3). De la prudencia, porque no hay mayor virtud en el entendimiento que saberse refrenar por amor de Dios y quitarle sus discursos, poniéndolos en los que no pueden ser falsos, que es en los de la obediencia; porque ya que el prelado se engañe en mandarme, nunca me engaño yo en obedecerle. De la justicia, porque desde que hice el voto de obediencia de mi voluntad al superior, y todas las veces

---

1 Sess. 25, c. 1, *De refor.* 2 Ps., LXXII, 23. 3 Luc., X, 16.

que se la quito, hago injusticia. De la fortaleza, porque en ninguna cosa mostraré tanto ser fuerte como en rendirme a mi mismo y lo que es más dificultoso de rendir, que es el libre albedrio. De la templanza, porque si yo mortifico mi amor propio y propio parecer, fácil me será mortificar los demás deseos que de esto me nacen.

CON SIETE CONDICIONES HA DE GUARDAR EL ALMA LA OBEDIENCIA.

I

Presteza.

La primera es velocidad y presteza, sin esperar tiempo alguno.

II

Gusto.

La segunda, con gusto, suavidad y buena gracia, sin desabrir al prelado y hacer que mande las cosas a voces o muchas veces.

III

Sinceridad.

La tercera, con llaneza y sinceridad, sin réplicas, excusas ni declaraciones o interpretaciones de lo que me manda, cuales son las que suele dar el amor propio.

IV

Alegría.

La cuarta, con alegria, sin tristeza o muestra de ella.

V

Fortaleza.

La quinta, con fortaleza de ánimo, sin descaecimiento, flojedad y cansancio.

VI

Perseverancia.

La sexta, con perseverancia todo el tiempo que durare la vida; porque muchos hay que el año del noviciado y cuando empiezan son obedientes, y después cuando más habian de aprovechar, desfallecen; y el que perseverare hasta el fin, dice el Señor, será salvo (1).

---

1 Matth., X, 22.

VII

Humildad.

La sétima y última, con humildad y reconocimiento de mi propia miseria, teniéndome por tan bajo interior y exteriormente delante del prelado que aún no ose levantar los ojos a él. Lo mismo que aquí decimos del religioso que ha hecho voto de obediencia, se entiende del seglar que tiene superior, aunque no haya hecho voto de le obedecer.

CAPITULO VI

DE LA CASTIDAD.

Entre las virtudes que más resplandecen, la castidad puso sobre todas su silla, porque ella es la hermosura del alma, la salud de las potencias, luz del entendimiento, pues dice el Sabio: Que no mora la sabiduría en cuerpo sujeto a pecados (1); corona en la lucha más fuerte que tenemos, que es la de nuestra carne, y lo que más agrada a los ojos de Dios en nuestras conciencias. Los que siguen al Cordero en la bienaventuranza adonde quiera que va, son vírgenes (2); y las desposadas del buen varón, que es Cristo, castas son y vírgenes, como dice San Pablo; la Madre Virgen de almas castas quiere ser servida; y no hay cosa que haga parentesco entre los ángeles y los hombres mejor que la castidad, como dice S. Ambrosio (3). Estos limpios de corazón verán a Dios (4), y le cantarán cantar nuevo de alabanza, y derribarán sus coronas a los pies del Cordero (5), serán dignos levitas en la casa de Dios, cuando de tal manera guardaren la castidad que se abstengan de comer aún hasta el granillo de la pasa, como se dice en los Números (6), que quiere decir, apartarse de la más mínima ocasión que tuvieren; y serán finalmente moradores de la ciudad santa de Jerusalén, que es más pura que el cristal, como se dice en el *Apocalipsis* (7). Y tanto cuanto es más excelente esta virtud, es más aborrecida de los malos, despreciada de los mundanos y perseguida de los demonios. Pero para que se guarde con la perfección que conviene, parecióme dar luz en siete cosas siguientes:

I

Luz de la gravedad del pecado deshonesto, principalmente en los religiosos.

La primera, que siempre traigamos en la memoria lo mucho que se enoja el Señor con los deshonestos, y particularmente con los que han hecho voto de castidad. Abominable es el adulterio, tanto, que

---

1 Sap., I, 4.
2 Apoc., XIV, 4.
3 ML. 16, 202, 214.
4 Matth., V, 8.
5 Apoc., IV, 10.
6 Num., VI, 3.
7 Apoc., XXI, 11.

por ocasión de uno que se cometió con una mujer de un levita en la tribu de Benjamín, se enojó el Señor de manera que costó las vidas de muchos hombres (1). Y con ser David tan amado de Dios, por un adulterio que cometió como flaco (2), después de haberle llorado con tantas lágrimas de sus ojos que regaban su estrado (3), le castigó Dios con la muerte del hijo que nació de Betsabe (4), con la persecución de Absalón (5) y con las desgracias de la muerte de Amon y fuerza de Tamar (6) y finalmente con la afrenta que su propio hijo le causó siendo adúltero con sus propias mujeres. Y con razón, por cierto, el adulterio es gravísimo pecado por la ofensa que hace la adúltera al marido; y tanto cuanto el marido fuere más generoso y noble, será mayor la afrenta y mayor el pecado. Pues ¿quién podrá decir la gravedad del pecado que hace una religiosa o religioso cuando comete adulterio a tan generoso, infinito y buen Esposo como Jesucristo, Rey de reyes y Señor de señores, con quién verdaderamente se desposó, cuando hizo el voto de castidad y recibió el velo de religiosa? Gran maldad es que una hija de buenos padres, que tiene hermanos honrados y principales, los afrente con una deshonestidad dándoles ocasión para que se maten con quien fué la causa, como acaeció a los hijos de Jacob, que llevaron a cuchillo al príncipe de Sichen (7) y a los moradores de la ciudad de Sicar, porque se atrevió a forzar a su hermana Dina.

¿Pues cuál será la afrenta que hace una religiosa a su madre, la Virgen María y a sus hermanos, los ángeles? que es gente de tanto punto de honra que sabrán muy bien vengar el atrevimiento que tuviere con pláticas y pensamientos deshonestos la hija de la Virgen María, que no se atreviera en el estrado de su madre ni delante de sus hermanos ni aun a levantar los ojos. El estupro y fuerza que se hace a una virgen es tan detestable pecado, que aun los emperadores gentiles pusieron pena de muerte contra quien le cometiese, no haciendo caudal de castigar otros pecados, por graves que sean, que hay en la república ¿pues cuál será la pena constituída por las leyes divinas a quien se atreviere a una virgen consagrada a Dios; y a la misma, si se pusiere en ocasión, aunque sea con solo el pensamiento consentido? Y pues que el Padre celestial, que es Dios, es espíritu, y los que le adoran, en espíritu y verdad conviene que le adoren (8), las que en espíritu no fueren castas, aunque por falta de ocasiones lo sean en el cuerpo, no dejarán de ser desechadas de las divinas bodas, dándoles con la puerta en los ojos como a las vírgenes locas (9). Todos sabemos cuánto agravio se hace al lugar sagrado si no se mora en él con reverencia, y a cualquier cosa consagrada si se llega a ella sin respeto y temor, pues por solo llegar Oza al arca del Señor fué muerto (10), y los que vendían palomas en el templo echados con azote y enojo por Jesucristo (11). Pues ¿cuál será el delito del que se atreviere a poner los ojos sin respeto en

---

1 Judic., XIX, XX.
2 II Reg., XI.
3 Ps. VI, 7.
4 II Reg., XII, 14.
5 II Reg., XV.
6 II Reg., XIII.
7 Gen., XXXIV, 25.
8 Joan., IV, 24.
9 Matth., XXV, 12.
10 II Reg., VI, 7.
11 Matth., XXI, 12.

los templos vivos, que son las religiosas consagradas a Dios, que moran en lugares consagrados, cuales son los monasterios, y de ellas mismas, si dieren ocasión a tan gran 'mal?

No dudo sino que haga Dios mayor castigo que en el tiempo del rey Antíoco, cuando en el templo se vieron deshonestidades (1); y que por solo un pecado de éstos envió castigo universal a todo un reino, como le quiso enviar en tiempo de Abimelec por el mal pensamiento que tuvo con la esposa de Abraham (2). Entre los pecados que hay en la deshonestidad, uno de los mayores es el incesto, cuando un hermano o padre acometiese lo que aun las bestias brutas rehusan con sus hijas o hermanas, que bien caro le costó a Amón, hijo de David, lo de su hermana Tamar (3), pues poco después fué muerto a puñaladas por Absalón, y a los dos viejos la sensualidad con Susana, pues fueron apedreados (4). Y tanto cuanto fuere mayor el parentesco y en más noble sangre, será mayor la abominación del incesto. Pues ¿qué oidos hay que no tiemblen, si acaso acaeciese, qué sacerdotes, que se llaman presbiteros, que en griego quiere decir los viejos y quizá padres espirituales, y por lo menos hermanos no con parentesco de sangre corruptible y de mundo sino de sangre de Jesucristo, Cordero sin mancilla, se atreviesen a poner el corazón en hijas espirituales o las religiosas que a esto les diesen ocasión alguna? Concluyo, pues, diciendo que la gravedad de este pecado deshonesto en las Religiones abraza en sí lo más grave de los gravísimos pecados deshonestos, como del adulterio, rapto, estupro, incesto y sacrilegio; y por esa causa debe de andar el demonio tan ansioso de hacer caer en alguno por pequeño que sea.

II

Luz de los pensamientos.

Lo segundo que aprovecha para guardar con perfección la castidad es que un alma entienda de raíz sus pensamientos; porque el demonio muchas veces pretende derribar el corazón con algún pensamiento deshonesto y dejar estar al alma dándose de puñaladas en seco sin que se entienda, hasta que cuando abra los ojos de su ceguedad, se vea ardiendo en los infiernos.

Cuatro maneras hay de pensamientos: la primera, pensamientos consentidos; la segunda, delectaciones morosas; la tercera, pensamientos detenidos; la cuarta, primeros movimientos. Cuando estos pensamientos son de cosa que es pecado mortal, como de un acto carnal, entonces el consentido y la delectación morosa son pecados mortales. El detenido es pecado venial, y el primer movimiento no es pecado ninguno. Pensamiento consentido es la determinación de la voluntad al pecado que se piensa y quiere, aunque no se ponga en efecto la obra. Y conócese ser consentido en tres señales. La primera, cuando el alma se acuerda muy bien y sabe de cierto que consintió y

---

1 II Machab., VI, 4.
2 Gen., XX, 3.
3 II Reg., XIII, 28, 29.
4 Dan., XIII, 62.

se determinó a pecar. La segunda, cuando hace alguna obra, por pequeña que sea, enderezada a lo que el pensamiento propone; como quien hubiese tenido un pensamiento de matar a un hombre y de este naciese ceñirse una daga, o quien hubiese tenido pensamiento de deshonestidad y de este naciese escribir un billete, que aunque después se arrepienta y cese de la mala obra comenzada, claro está que consintió, pues llegó a alguna ejecución, y el consentimiento precede a la ejecución, uso e imperio entre los actos de la voluntad. La tercera, cuando el pensamiento nace de corazón ya rendido sin resistencia alguna, como cuando uno está determinado de matar un hombre y anda en esas enemistades, los pensamientos que ordinariamente trae, son consentidos; y lo mismo es quien anda aficionado con determinación de alcanzar el deleite sensual que desea.

Delectación morosa es un gusto y contento con los malos pensamientos querido y entendido, aunque por otros respetos la voluntad niegue la ejecución en la obra, que por solo el respeto de Dios no la negara; como si un hombre airado, que por cobarde no daría de puñaladas a su enemigo o por no poderlo hacer, se estuviese deleitando en pensar que se las ve dar y gusta con la ira de aquel mal pensamiento. El pensamiento detenido es cuando el alma no desecha tan presto el mal pensamiento, sino tiene flojedad en resistirle, o sin causa legítima se pone en ocasión donde le vengan semejantes pensamientos, y este es pecado venial. Primer movimiento es pensamiento que se resiste o no se consiente ni el alma es floja o negligente en desecharle, que este tal, aunque sea importuno, pegajoso y que dura todo el día, no solamente no es pecado, pero por el trabajo de esta contienda merece el alma mucha gracia, y de la victoria con que sale de ella alcanza corona y premio, la cual se da *legitime certanti*, que es decir, al que peleare varonilmente en la batalla de sus pensamientos y tentaciones.

Tres señales hay para conocer que el pensamiento no es consentido sino primer movimiento. La primera, cuando el alma no está cierta que consintió ni ve en si alguna de aquellas tres señales que arriba dijimos del pensamiento consentido. La segunda, cuando hace alguna señal exterior, cualquiera que sea, para no consentir, como decir una Avemaría o el nombre de Jesús, hacerse una cruz en el pecho, dar luego alguna limosna, darse algún pellizco, apartarse del lugar donde está, besar la tierra, tomar alguna disciplina o cosas semejantes, que alguna de ellas es bien se haga, según fuere la tentación y la oportunidad del tiempo o lugar lo requiere. Esta señal aprovecha mucho para los escrupulosos para que no estén afligiéndose y despedazándose por saber si consintieron o no. La tercera, cuando al alma le da pena y disgusto el mismo pensamiento; porque buena señal es que si le da pena, que no lo quiere; y si no lo quiere, que no consiente.

Para mayor declaración de esta manera de pensamientos es de notar, que de la misma suerte acontece en la pelea y batalla interior que en la exterior; como si se ofreciese que a un soldado le acometiese un enemigo y éste que le acomete, lo primero, fuese ruin y flaco y a las primeras cuchilladas el soldado le vence y hace huir;

lo segundo, si este enemigo fuese más valiente y se estuviese acuchillando una hora con él o cuatro horas dando y recibiendo heridas; lo tercero, si este enemigo fuese mucho más valiente y con tan gran ímpetu le acomete que da con el soldado en tierra pidiendo se le rinda, y el soldado diese voces a su capitán pidiendo socorro sin quererse rendir, el cual luego le favorece y libra de manos del enemigo, de ninguna de estas tres maneras queda el soldado rendido; pero si el mismo soldado se fuese de su voluntad a ser esclavo, o si en la batalla, comenzando a pelear, por no cansarse peleando, se diese y dejase vencer, o si viéndose caído no llamase a su capitán sino que se rindiese y dejase atar y llevar preso pareciéndole que es imposible alcanzar victoria, de cualquiera de estas tres suertes queda vencido. De la misma manera acontece en la batalla con los pensamientos, que hay unos pensamientos malos que son flacos, y el alma está fervorosa y devota, y luego los vence no consintiendo o haciendo acto de la virtud contraria, y antes le sirven de afervorarse más en el espíritu. Hay otros pensamientos más pegajosos e importunos, y cógenla más flaca, y pelean por muchos ratos y horas; pero al fin se sale de ellos con victoria. Hay otros pensamientos y tentaciones aún muy más fuertes, y el alma está tan flaca, que la atan luego las manos y la derriban con un ímpetu tan grande que le parece imposible resistir. Y aunque esté de esta manera, congójase de verse con estos pensamientos y tiene voluntad de no pecar, y acude y llama a Dios de la manera que puede para que le favorezca, y él es tan fiel, que no permitirá que nadie sea tentado más de lo en que pudiere resistir, como dice el Apóstol (1). Esta tal alma en ninguna de estas tres maneras consiente, sino, aunque sean los pensamientos pegajosos como los segundos y fuertes como los terceros, siempre se quedan primeros movimientos. Pero si cuando en el mal pensamiento luego consiente el alma por la mala costumbre que tiene de pecar o por causa de la pasión y sensualidad que le ciega, o si habiendo comenzado a pelear se cansa, y por no sustentar el trabajo de la batalla se rinde, o si cuando es muy fuerte e importuno, se deja postrar la voluntad y se da por vencido, pareciéndole que la fuerza de la tentación es consentimiento de la voluntad, de cualquiera de estas maneras consintió y pecó. Y es mucho de notar, que ni el durar ni la importunación del mal pensamiento ni la fuerza de él es consentimiento, como piensan los escrupulosos, que les parece que no despidiéndose luego el pensamiento de la imaginación ya es consentido, y así nunca salen de escrúpulos y tormento interior, y llegan hasta perder el juicio, porque en los escrupulosos son más importunos los pensamientos que en los que no lo son. También es de notar que nunca el alma se ha de dar por vencida, por más fuerte que le parezca que es la tentación, aunque le parezca que haya caído y consentido. Porque el mayor arpón que los demonios tienen es hacer creer que ya está caída en pecado; y que pues faltó en el consentimiento, que goce de la dulzura de la

---

1 I ad Cor., X, 13.

sensualidad en la obra pues así como así pecó con el consentimiento; o postrarle la voluntad y hacerle en creyente que no podrá resistir para que no quiera pelear. Guárdese el soldado de Cristo de estas dos cosas y siempre procure pelear con su enemigo, que su capitán Cristo Jesús le favorecerá y saldrá con la victoria.

III

Noticia de las aficiones sensuales.

Lo tercero que conviene que tenga el alma para guardar perfectamente la castidad es luz de las aficiones sensuales, y que sepa cómo entran en el corazón para poner los reparos que conviene en diversas baterías. Para mayor claridad de esta materia pongamos este ejemplo.

Tomemos un poco de yesca y cerca de ella una brasa de fuego; cuatro jornadas hay desde que la brasa se llega a la yesca hasta que la yesca queda hecha brasa. La primera, sécase la yesca con la presencia del fuego; la segunda, echa de sí como un humillo ya que se quiere emprender el fuego; la tercera, saltan centellas de fuego de la brasa en la yesca, y unas prenden y otras no; la cuarta, habiendo prendido algunas centellas, abrásase toda la yesca y queda hecha brasa. De la misma manera se ha el corazón, que es como una yesca, y el fuego es la sensualidad y la ocasión. Puesta, pues, la ocasión delante del corazón, viendo o hablando o acordándose de alguna persona amable por ser discreta, o hermosa, o rica o que le haya hecho bien, etc., lo primero, sécase el corazón de los gustos y regalos que tenía en Dios y en la penitencia y lágrimas, y comiénzanle a dar desabrimiento el coro, la oración, el silencio, la obediencia y las demás cosas espirituales que le solían dar contento. Lo segundo, nácele una inquietud en el corazón con aquella persona, que le va y viene a la memoria mil veces sin desecharla de la presencia, que es como un humo y desasosiego interior y una cierta perturbación causada de la ponzoña sensual que va ya caminando por las venas adelante. Y es mucho de notar, que en los religiosos, aunque el demonio no granjee sino estas dos jornadas y aun sola la primera, está muy contento, ha hecho mucha hacienda para el infierno; porque quitándolos el gusto de los ejercicios espirituales, queda la vida de la Religión como vida de gran trabajo. Y un religioso de esta manera perturbado, perturba toda una comunidad, y por esa causa quiere y pretende con tantas fuerzas, ocasiones y billetes pláticas vanas, lectura de libros lascivos y mundanos y otras cosas, que aunque al parecer son niñerías, son la total perdición y destrucción de los monasterios. Y pone tanta fuerza en que no se quiten ni reformen, que cuando se trata de esto, parece que todo el infierno se levanta contra quien habla en cosa de clausura y reformación. La tercera jornada de la afición sensual es cuando de esta inquietud que ya tiene el alma con aquella persona que le pareció bien, le comienzan a saltar centellas de deseos deshonestos, y viene la rociada de artillería de

los pensamientos torpes, uno y otro, que aunque muchas de estas centellas no prendan sino que se resistan, y muchas balas de estas vayan por el aire, al fin, alguna vez da alguna en el corazón y se enciende un tal fuego, que es después malo de apagar. Y es aquí de advertir la sutileza del demonio, que a los principios no van estos deseos a lo más malo de la torpeza por más cautelosamente engañar, mas antes el corazón se pone luego muy fuerte, en que por ninguna cosa haría tal abominación, sino dan estas pelotas en los arrabales, y consiéntense pensamientos de cosas que si se hiciesen, serían pecado mortal o por lo menos ocasión de él, aunque no sean las más torpes.

La cuarta jornada es cuando habiendo consentido el corazón en pensamientos deshonestos, va continuando los deseos hasta quedar del todo rendido y andarse procurando la ejecución de la obra. Y es también mucho de notar que muchas veces el demonio la estorba, impide y dificulta, porque, quizá, si se pusiesen por obra los tales deseos, la vergüenza de la misma torpeza o la afrenta y corrimiento y tristeza natural u otros daños que a ella se siguen, daría ocasión de convertirse y salir de pecado; y quiere más este maldito y traidor que se esté pudriendo en su cieno, revolcándose como bestia en este su estiércol para que la majestad de Dios sea más ofendida y quede el alma más engañada. Acuda, pues, el que quisiere guardar la castidad a resistir en todas las jornadas que hace la sensualidad con el reparo de las virtudes. Para no llegar a la primera, guárdese de las ocasiones con mucho recogimiento. Si estuviere en ella, para no entrar en la segunda acuda a los ejercicios de la oración, aunque sea sin gusto ninguno. Si se viere en la segunda, resista mucho con la memoria de la muerte y de las penas del infierno para no entrar en la tercera. Y si estuviere en la tercera, dése mucho a la contrición continua de los pecados pasados y pensamientos presentes. Y si acaso estuviere en la cuarta, apague el fuego con la confesión y comunión a menudo, y con mucho cilicio, disciplina y lágrimas y sepa resistir, pues son bien diestros los enemigos en pelear.

IV

Subida de la afición natural al amor divino.

Así como hay cuatro fuegos: el uno, el celestial, que es el cielo empíreo donde habitan los bienaventurados, que *pyr* en griego quiere decir fuego, y así cielo empíreo significa cielo de fuego; el segundo, el elemental, que es el supremo de los cuatro elementos; el tercero, el material, que es el que acá usamos; el cuarto, el infernal, que atormenta y no luce; y así como el fuego elemental y material están en medio del celestial e infernal, así en el alma hay cuatro maneras de amor y afición. La primera, es el amor divino; la segunda, es la afición natural; la tercera, afición sensual y del apetito, y estas dos aficiones nacen de muchas cosas. Unas veces de carne y sangre, cual es el amor con que aman las madres a

sus hijos; otras de haber recibido buenas obras, otras de las partes y talentos, como de la hermosura, discreción y otras perfecciones del amado, las cuales naturalmente atraen y tiran a sí el apetito sin mal fin; el cuarto es el amor carnal y torpe, cuyo fin es gusto y deleite del cuerpo. La afición y amor natural y el sensual están en medio del divino y carnal, que pueden subir a acrecentar el amor de Dios y abatirse a hacerse amor torpe. Y así como el subir y navegar agua arriba es con trabajo, y el bajar y navegar agua abajo es sin ninguno con solo descuido y dejarse llevar; así subir de la afición natural y del apetito al amor divino, cuesta trabajo, mas ser llevados del natural y sensual al torpe y carnal, es fácil, que en descuidándose el alma luego se cae.

Hago aquí diferencia del amor natural llamándole fuego elemental al sensual y del apetito, que comparo al fuego material de la leña, porque el natural es más seguro, como el que tiene el padre a su hija y el marido a su mujer. El sensual es más peligroso, como el que tiene el galán a su dama hermosa, cuando es sin ningún deseo de torpeza y carnalidad sino a la buena fin para sólo parlar. Procure, pues, quien quisiere aprovecharse mucho en espíritu, subir de la afición natural y del apetito a la divina, tomando por instrumento el amor que se tiene a la criatura para más amar al Criador. Pongamos por caso: Hase aficionado una persona a otra por las virtudes que en ella ve, o por el parentesco o buenas obras recibidas, o por otro cualquier respeto, y naturalmente se le va el corazón a quererla bien; cuando se viere de esta manera aficionado, haga lo siguiente:

Lo primero, tiemble y tema de esta afición, recélese y recátese de ella, y nunca se asegure por más santo que sea y por más santa persona que le parezca en quien pone los ojos; porque muchos asegurándose de esta falsa amiga, dulce acíbar y engañosa ponzoña, se han hallado después metidos en tales lazos y enredos y atado el corazón tan fuertemente, que es menester mucho favor divino para romper estas ataduras y salir libre para sacrificar al Señor hostia de alabanza (1). Lo segundo, de la persona de quien más estuviere aficionado se aparte más, recate y rehuya, no queriendo en la afición ninguna muestra exterior por pequeña que sea; porque si la afición es fuerte, por más determinaciones que tenga el alma de no pasar el pie de la mano, puesta la ocasión presente, rompe el león del apetito las cadenas de la razón, y en un instante se hace tal estrago en la conciencia, que tiene después bien que llorar por mucho tiempo. Lo tercero, procure, cuando le viniere a la memoria aquella persona a quien se aficionó y su hermosura y talentos, hacer comparación de ella y de sus partes y virtudes a Cristo; como si el que ama es su padre, madre o hermano, poner los ojos en Cristo como en más verdadero padre, madre y hermano de quien verdaderamente ha recibido el ser y la conservación de él. Si es hermosa, comparar aquella hermosura con la hermosura de Cristo. Si

---

1 Ps. CXV, 17.

sabio, rico, discreto, etc., considerar cuán más sabio, discreto y rico es su Esposo Jesús; y por esta vía, como está ya el corazón ablandado con la consideración de estas perfecciones en la criatura, la toma por escalón para subir a mayor fervor de amor para con el Criador. Lo cuarto, procure nunca mirar aquella persona ni considerarla sino juntamente con Cristo, y en ella mirar a Cristo, aficionándose juntamente al mismo Cristo con aquella afición que tiene aquella persona de quien está aficionada. De esta manera se toman armas de los mismos enemigos para cortarles la cabeza, como hizo David, y subir a mayor perfección; y se hurtan los pasos de los egipcios, para sacrificar a Dios de Israel (1).

V

Mirar las personas que viere como si fuesen almas solas.

Lo quinto que aprovecha mucho para la perfección de la castidad es purificar la vista con la meditación; y todas las veces que viere sus prójimos, nunca mirarlos como si fuesen hombres sino ángeles o almas redimidas por la sangre de Jesucristo, criadas a imagen y semejanza de Dios. De aquí nace un cierto respeto que no le deja atreverse a poner el corazón carnal y deshonestamente en cosa tan estimada y preciosa; y si acaso se le va deslizando, rehuya de ello, como si fuese pensamiento de blasfemia. Pongamos por caso: Mira a una imagen de Cristo muy hermosa o una imagen de Nuestra Señora muy bien acabada, vásele al corazón algún pensamiento torpe y deshonesto con aquella imagen, de aquel pensamiento le da tan grande horror y espanto como de una gran blasfemia, y retráese luego con mucha presteza. Pues ¿qué imagen hay en el mundo y qué retrato tan vivo de Cristo como cualquier hombre? ¿Y qué imagen de Nuestra Señora pintada tan al vivo como cualquiera mujer? Pues considerándolos como imagen de Cristo y Nuestra Señora, si acaso se le fuere el apetito a pensamiento torpe, retráigale con aquel horror y espanto que si le viniese un pensamiento de blasfemia.

VI

Particular devoción con Nuestra Señora.

Lo sexto que deben hacer las almas que se vieren muy perseguidas de pensamientos y tentaciones sensuales y deshonestas es ser muy particularmente aficionadas y devotas de Nuestra Señora y de la cruz, y demás de las otras devociones, rezar cada día a su limpísima Concepción alguna cosa, como tres Avemarías, con este intento que les guarde su pureza y castidad, y cuando se acostaren o se vieren en algunos lugares ocasionados, abrácense con la cruz de Cristo, la cual han de traer como espada contra las tentaciones.

---

1 Exod., XII, 35.

VII

Claridad en la confesión y guarda de los pecados y ocasiones que suelen ser causa de las caídas sensuales.

Lo sétimo que debe hacer quien quiere perfecta castidad es nunca jamás por vergüenza dejar de declarar en la confesión todo cuanto le hiciere el escrúpulo en este género, contando las obras, palabras y pensamientos; y por el mismo caso que alguna cosa le haga vergüenza, decirla al confesor hasta que algún confesor docto le diga que aquello no lo ha menester confesar.

Guárdese de la vergüenza, que no hay cosa que tenga más almas en el infierno de gentes que la tienen para no declararse en la confesión, y les falta para dejarse llevar de sus apetitos y torpezas. Guárdese también de la soberbia y desprecio de otras personas que vieren caídas en esta miseria, y de los juicios temerarios de ellas, y de la gula, sensualidades y regalos del cuerpo; de la confianza vana de sí y de murmurar de personas que hubieren caído, y de ponerse en las ocasiones, que por más fuerte, santo y sabio que sea, si no huyere la ocasión y se apartare de los vicios, tenga por cierta su caída.

CAPITULO VII

DE LA POBREZA.

Salviano en el libro primero *Del verdadero juicio y providencia de Dios,* entre otras cosas que trata de la pobreza, dice estas palabras: El ayuno y la pobreza y las enfermedades no son trabajo para los que las quieren y abrazan sino para los que las desechan y rehuyen, que el ánimo del que las padece hace que sean pesadas o livianas y suaves. No se les hacía grave a aquellos antiguos fabios y cincinatos de ser pobres para enriquecer su república. Diógenes y Sócrates y otros filósofos amaban la pobreza porque ponian su ánimo en otras cosas más altas que las riquezas mundanas, que era el amor de la filosofia; hasta aquí son palabras de Salviano. Pero para qué nos hemos de acordar ahora de fabios ni cincinatos ni Diógenes, pues el Espíritu Santo nos pone otros mejores que ellos, que se preciaron de la pobreza, y mediante el desprecio de las riquezas, alcanzaron en esta vida y en la otra abundancia de bienes temporales y espirituales. Jacob con solo su báculo pasó el rio Jordán y alcanzó después el desposorio de Lia y de Raquel y las riquezas de Labán, su suegro (1). Y Moisés, apacentando las ovejas de Jetró (2), que no tenía ganado propio, vino a ser caudillo del pueblo escogido de Dios y libertarle del cautiverio de Egipto. Ruth andaba a espigar (3), pero vino a ser madre de los reyes de Israel. David, el más mínimo y pobre de los hijos

1 Gen., XXXII. 10. 2 Exod., III, 1. 3 Ruth., I, 1-7.

de Isaí, fué ungido por rey de mano de Samuel, profeta (1) Elías, necesitado de pedir un jarro de agua y un poco de pan a la viuda Sareptana (2), vino a tener tal espíritu, que con su oración alcanzó remedio para el pueblo que perecía de hambre. Tobías y su mujer vinieron a tanta pobreza, que si no es lo que ella ganaba a tejer (3), no había otra cosa para el sustento de la casa, y después vino él a alcanzar la vista de los ojos con que vió a su hijo casado por mano del ángel con una mujer muy principal y un dote muy crecido. San Pedro decía al que le pidió limosna: No tengo plata ni oro, y sanóle, que estaba tullido (4). San Pablo ganaba de comer con el trabajo de sus manos con estar tan ocupado en la predicación, que fué príncipe de los predicadores, y así decía él mismo: Andamos pobres, muertos de sed y de hambre, etc. (5), y al fin ninguno ha sido verdaderamente pobre, que no haya alcanzado grandes bienes y riquezas. Pues tenga por muy cierto el religioso que de veras abrazare esta soberana virtud de la pobreza y fuere verdadero pobre de hacienda y de voluntad, que alcanzará el desposorio de Lía, que es la vida activa, y de Raquel, la vida contemplativa, y las riquezas espirituales de la gracia: podrá ser caudillo de otras almas y llevarlas al cielo, como Moisés; será esposo de Cristo nuestro rey, que es más excelente que el esposo de Ruth, y ungido por rey de la bienaventuranza, que es mejor reino que el que alcanzó David; alcanzará el celo y espíritu de Elías y abrírsele han los ojos del conocimiento con que vea enriquecido el hijo de su libre albedrío más que el hijo de Tobías; y será verdadero sacerdote, sucesor de San Pedro y predicador del Evangelio, como San Pablo y los demás apóstoles. Cosa es digna de admiración que los religiosos antiguos como los hijos de los Profetas en tiempo de Eliseo (6) de quien se escribe que su comida era pan y legumbres desabridas, y los hijos de los Recabitas, de quien dice Jeremías que ni tenían casas, ni viñas, ni oro ni plata, con tan entrañable deseo amasen y buscasen la pobreza y los religiosos cristianos la aborrezcan; pues demás del voto que de ella tienen hecho, profesan de adorar, seguir e imitar a Jesucristo, Salvador del mundo, que escogió ser tenido por hijo de un pobre carpintero y de una Madre tan pobre, que, como dice San Ignacio, no tenía sino lo que ganaba de comer con el trabajo de sus manos (7), de quien nació, envuelto en unos pobres pañales, en un pesebre, sin tener hasta que murió desnudo en la cruz donde poder reclinar su cabeza; que si considerasen de veras esto, acabarían de amar esta soberana virtud de la pobreza. Y habiendo hecho el voto de ella, es mucho de llorar que no estén contentos con la falta de los bienes temporales; y, lo que más es, que muchos tengan puesto el ojo de su deseo en lo superfluo, a los cuales llama hipócritas el bienaventurado S. Agustín (8) en un sermón que hace; porque aunque en lo exterior sean pobres, en lo

1 I Reg., XVI, 13.
2 III Reg., XVII, 10.
3 Tob., II, 19.
4 Act., III, 6.
5 I ad Cor., IV, 11.
6 IV Reg., IV, 38-40.
7 In Epist. ad Joan. Evang.
8 ML. 39, 1573.

interior son ricos; hacen voto de pobreza, pero no desecharían los dineros y hacienda, si los hubiesen a las manos. Para que se guarde con perfección este voto de la pobreza parecióme advertir las consideraciones siguientes:

I

Gravedad del pecado de la propiedad.

La primera considere el religioso que el pecado de la propiedad es más grave en los religiosos que otros pecados muy escandalosos que causarían gran espanto y horror, si los viesen cometer los seglares; los cuales aunque son gravísimas ofensas y hay por ellas puestas muy graves penas en las Religiones, pero al fin no son contra lo esencial de la Religión, que son los tres votos, como es el pecado de la propiedad. Y según dice el santo Concilio Tridentino (1), si alguno de los tres votos faltare, toda la Religión dará gran caída. Y tienen en sí los tres votos tan estrecho lazo de amistad, que en faltando el uno, los otros dos peligran: porque al religioso propietario bien le podemos dar por desobediente y decir que está a peligro de deshonesto. Bien debían de entender aquellos antiguos la gravedad de este delito, pues en tiempo del profeta Eliseo (2), Gieci quedó lleno de lepra, porque habiendo renunciado el mundo, codició las dádivas de Naman Siro.

II

Escándalo en la Iglesia.

Lo segundo considere el escándalo que se da en el monasterio y en toda la Iglesia Católica, y el daño que se hace a la Religión, que está infamada en boca de los seglares, que dicen que los religiosos que han profesado y votado pobreza, y no tienen, ni pueden tener dominio en cosa, pues todo es del monasterio, siendo propietarios, roban la hacienda ajena, tomándolo de lugar sagrado cual es el convento y cometiendo en esto como un sacrilegio y como quien robase de la Iglesia. Y si Ananías y Safira, que eran casados, quedaron muertos a los pies de San Pedro porque escondieron algunos dineros de la hacienda que habían vendido (3) ¿qué será de los religiosos propietarios?, que son como los fariseos avarientos, a los cuales Jesucristo nuestro bien tanto aborrecía.

III

Venden los propietarios por bajo precio lo que ha costado grande.

Lo tercero piense el religioso que por un poco de hacienda y una niñería pierde la verdadera pobreza, y en cuán bajo precio estima aquella perla y piedra preciosa, que, como dice el Señor en el Evan-

---

1 Sess. 25, c. 1, *De reform.* 2 IV Reg., V, 27. 3 Act., V, 5, 10.

gelio, se compra vendiendo todo lo que tenía (1), y dejado padre y madre, hermanos, galas, rentas y hacienda, dándolo todo por ella, ¡cuán mal hacen en darla por tan bajo precio habiendo costado tanto valor!

IV

Anéganse los propietarios en su misma nao.

Considere lo cuarto, que la mayor ignorancia, ceguedad y yerro que hay en el mundo es si una persona que se hubiese escapado de ser ahogado en el mar, entrándose en una buena nao, quisiese con mucho trabajo henchir la misma nao de agua de la mar y anegarse en ella. No menos, por cierto, es ignorante el religioso que habiendo salido del peligro de las riquezas, que son espinas que ahogan la buena semilla de la palabra divina (2), como dijo el Señor y hacen tan dificultosa la salvación, que es más fácil entrar un camello por el agujero de una aguja que entrar un rico en el reino del cielo (3), habiéndose ya puesto en salvo en la nao de la Religión, quisiese con mucho trabajo, fatiga y afán meter de la misma riqueza que dejó en el siglo dentro de la Religión, anegándose en ella con este afecto propietario.

V

Ofende el propietario a toda la Santísima Trinidad.

Tiemble el religioso que se viere propietario, de hacer una notable afrenta a todas las tres personas de la Santísima Trinidad. Ofende al Padre, pues desconfía de su omnipotencia y le parece que no le vestirá ni sustentará el que viste los campos de flores y yerba y los cielos de luz, los peces de escama, las aves de pluma y los brutos de sus pieles, y como dice la Escritura: Cubre de nubes el cielo, y da el agua deseada a la tierra; cría el heno en los montes y la yerba para el provecho de los hombres; da a las bestias su sustento y a los pollitos de los cuervos, cuando las madres desconociéndolos por el vello blanco que les ven nacer, los desamparan muchos días y ellos acuden dando voces y clamando a su Criador, les pone el cebo en la boca con las manos de su providencia (4). Ofenden también al Hijo, de cuya sabiduría infinita dudan, pues él fué el que hizo el camino de la verdadera pobreza, y sabe muy bien que se pueden pasar y sustentar con ella; y finalmente ofenden al Espíritu Santo a cuya bondad y misericordia son ingratos; pues él es el que les inspiró que tomasen la Religión e hiciesen voto de pobreza, y con los desabrimientos, disgustos y acedias que con ella tienen, hacen agravio a este divino consolador, que da sus regalos

---

1 Matth., XIII, 46.
2 Ibid. 22.
3 Matth., XIX, 24.
4 Ps. CXLVI, 8-11.

y riquezas espirituales en esta vida y en la otra a los verdaderos pobres de espíritu, cuyo es el reino de los cielos (1).

VI

Las penas que los Concilios y Sagrados Cánones tienen puestas a los propietarios.

No solamente en la Religión hay castigos y excomuniones puestas contra los que cayeren en este vicio de la propiedad, sino también los sagrados Cánones y los Concilios antiguos y modernos ponen graves penas a los que ofenden en él; y si alguno cuando moría le hallaban propietario, hay leyes que no le puedan enterrar en sagrado sino en el muladar. Y si este vicio no fuera tan aborrecible a nuestra madre la Iglesia, no pusiera penas tan graves, pues de su condición no es rigurosa sino misericordiosa y piadosísima madre, y paloma sin hiel para con todos sus hijos, especialmente los más queridos y amados, que son los religiosos.

VII

Entender cuál es propiedad.

Lo sétimo que aprovecha mucho para la guarda de la pobreza es entenderse muy de raíz qué sea propiedad y la gravedad que este pecado tiene. Propiedad es tener algunos bienes o hacienda como propios. Lo primero, el religioso que tiene rentas u otros bienes raíces, como viñas, casas, heredades, sin que el convento sea señor de ello, está en vicio de propiedad. Lo segundo, el que tuviere dineros u otras alhajas contra la voluntad de su superior o a excusas de él o escondidamente, siendo notable cantidad, es propietario. Lo tercero, quien diere o recibiere alguna cosa notable contra la voluntad de su superior o sin licencia o consentimiento tácito o expreso, está en vicio de propietario. Lo cuarto, el que tuviere afecto y voluntad determinada de tener propiedad, aunque de obra no la tenga, está en pecado de propietario. Y es gran lástima ver cuando se comienza a relajar la virtud de la pobreza cuán fácilmente entra en el corazón este afecto de propiedad.

Para mayor declaración de esta materia notemos dos cosas: La primera, que la esencia de la Religión consiste, entre otras cosas, en no tener propio; y es la que hace que toda la hacienda sea de todos, y que ninguno se pueda alzar con su parte a tener cosa alguna por suya propia; y la Religión está obligada a darle todo lo que hubiere menester de comer y de vestir, conforme a la posibilidad y orden que se profesa; y si el monasterio es pobre, que no tiene para dar de los bienes de la comunidad todo lo que el religioso ha menester, puede el monasterio hacer a cada uno procurador de sí

---

1 Matth., V, 3.

mismo, así como cuando el monasterio está reformado tiene procuradores y otros oficiales para acudir a cada uno con lo que hubiere menester, y por esta vía en monasterios que no dan lo necesario pueden con licencia de los superiores buscarlo y tenerlo los súbditos; pero cuando el monasterio diese lo necesario para vestido y comida y lo demás, no puede el religioso tenerlo escondidamente; y aunque no le dé lo necesario, no puede tener lo supérfluo, aunque le dé licencia el prelado para buscarse lo necesario; y este es el trabajo grande que hay en las Religiones que no dan a todos lo necesario, porque medir cuál sea lo necesario y cuál lo supérfluo es muy dificultoso.

La segunda, que como sea tan fácil en donde no hay rigor de la pobreza, entrar el afecto de propiedad y deseo de dineros y demasias, muchos religiosos y religiosas hay que, aunque no los tengan, viven con este deseo y comulgan a menudo, y acaece comulgar sin arrepentimiento del mal estado de afecto propietario en que están, y vánse haciendo pecados gravísimos y críanse almas inclinadas a cualquier desasosiego.

Lo que hemos dicho de estas tres virtudes, obediencia, castidad y pobreza, de que los religiosos hacen votos, se puede entender en su modo de los seglares, que aunque no los hagan, quieren caminar a la perfección y ser santos, pues a todos convida el Señor que lo sean diciendo: *Sancti eritis, quoniam ego sanctus sum* (1).

CAPITULO VIII

DE UNA BREVE INSTRUCCION PARA CONSERVAR EL CAMINO DE LA PERFECCION Y HALLAR EL MAS PERFECTO Y AGRADABLE DESEO DEL ALMA.

Semejante es el reino de los cielos, dice el Señor, al mercader que busca buenas perlas, y habiendo hallado una preciosa, vende todo lo que tiene para mercarla (2). Quien quisiere conservarse en gracia, acrecentar merecimiento, acaudalar virtudes, granjear paz y quietud de espíritu, llegar al reino de la perfección y al de la bienaventuranza de la gloria, conviene que sea buen mercader del cielo, y para serlo guarde los avisos siguientes:

Lo primero, por ninguna ocasión y suceso que le acaezca deje la frecuencia de los Sacramentos. Lo segundo, ninguna ocupación y negocio le quite cada día el tiempo que tuviere determinado para orar, y si se estorbare, restitúyalo en otro del mismo dia o del siguiente. Lo tercero, comulgue cada día espiritualmente al tiempo que el sacerdote en la misa consume, haciendo todas las prevenciones que haría si sacramentalmente comulgase. Lo cuarto, tenga en la memoria todos sus pecados, y no haya día que por lo menos no haga tres actos de contrición de todos ellos: uno cuando se levanta de la cama, otro al mediodia, otro al acostarse; y comience en la oración mental por esta memoria de los pecados para que vaya la oración fundada en humildad. Lo quinto, cuando se acuesta a la noche para dormir, sea como si se echase en la sepultura para mo-

1 Levit., XI, 45. 2 Matth., XIII, 45.

rir, procurando de tener averiguados todos sus negocios y acabadas sus cuentas, restituídas sus deudas y descargada su conciencia. Enséñese a dormir abrazado con alguna cruz o puestos los brazos en cruz como difunto, para que más al vivo se represente como muerto. Lo sexto, considere que cada día es el postrero y no le queda otro para hacer penitencia de toda la vida pasada, y que aquella misma noche ha de ir delante de Dios a juicio para dar la cuenta de todos sus pensamientos, palabras y obras.

Lo séptimo, algunas veces, por lo menos cada semana una, se ponga a examinar muy de propósito las cosas de su alma; y si fuere necesario, sea con tinta y papel, con mucha más diligencia que se suele poner en cualquier otro negocio; y saque en limpio las pérdidas y ganancias de su espíritu y las virtudes que ha menester y le faltan; los vicios que tiene de que se debe apartar y sus malas costumbres que conviene mortificar, para que procure adquirir lo que le falta y hacer que le encomienden a Dios. Lo octavo, ningún día se le pase sin el ordinario examen de conciencia, por lo menos a la noche, donde cuente las faltas de aquel día y haga por ellas alguna penitencia, y vea cómo ha guardado los propósitos que por la mañana tuvo en la oración. Lo nono, si cayere en algún pecado mortal, lo que Dios no quiera, procure tener por particular devoción que no venga la noche sin haberse confesado de él o arrepentido con propósito de confesarle lo muy presto que pudiere, temiendo siempre detenerse un solo punto en tan mal estado. Lo décimo, siempre se acuerde de la eternidad de gloria o pena que queda por venir para tomar las cosas de esta vida por lo que son y las eternas por verdaderas. Lo undécimo, préciese de ser siervo de Dios, y no se le dé nada que le vean confesar y comulgar a menudo, que muchos, con título de huir de la vanagloria, se retraen y avergüenzan de que les vean frecuentar Sacramentos, y con esta vergüenza falsa, bautizada con falso título de humildad, han caído y tornado a los descuidos de la vida pasada. Lo duodécimo, no haya día ninguno que no haga alguna obra exterior por amor de Dios, como dar alguna limosna o hacer alguna penitencia o cosa semejante; y procure lo más que pudiere que todas sus obras ordinarias o las más sean hechas con actual fin de agradar a Dios. Que con estos doce avisos que continuare guardar, se hará curioso mercader.

Las perlas que se buscan en la oración, que son los buenos deseos que el alma saca en su espíritu cuando ora, aunque parezcan innumerables, se pueden reducir a doce.

La primera, los bienes temporales, como son, vida, salud, honra o hacienda que el alma desea para sí o para sus parientes, amigos o encomendados. La segunda, gustos y regalos en la oración; la tercera, quietud de espíritu y paz interior; la cuarta, perdón de sus pecados; la quinta, alcanzar virtudes; la sexta, gracia; la sétima, padecer trabajos por Cristo; la octava, compadecerse en los dolores y pasión del Señor; la novena, perfección de vida; la décima, perseverancia; la undécima, gloria eterna; la duodécima, la gloria y honra de Jesucristo, deseando que sea conocido y adorado de todos en el cielo y en la tierra tanto como Su Majestad merece; y que su

alma en particular le sirva y agrade con todas sus fuerzas y potencias, empleándose en todo cuanto pudiere que sea mayor honra y gloria suya.

Todas estas son buenas perlas, y que es bien que el alma las busque y desee. La duodécima es la más preciosa, la cual ha de procurar dando por ella todo cuanto tuviere. Cómprase esta perla, haciendo un contrato con Cristo, en el cual se encarga el alma de todas las cosas de su Señor y se olvida de las suyas propias, dejándolas en las manos del mismo Cristo en quien de verdad confía que le dará lo que le conviene mucho mejor que él lo sabría pedir y desear; y así se olvida de sus mismas necesidades por acordarse de las cosas en que su divino Esposo puede ser más servido, como lo hizo el mismo Señor con su Padre Eterno, cuando dijo: *Omnia mea tua sunt, et omnia tua mea sunt* (1). Como el alma llegue a este deseo en la oración, se puede asegurar de su espíritu que va bien, sea cualquiera el motivo que haya tenido y el camino por donde le hayan llevado, siquiera sea por meditación y discurso, siquiera por un simple modo de contemplación, siquiera la lleven por visiones y revelaciones, siquiera por vía ordinaria, siquiera le regalen con gustos, siquiera se halle con sequedades, porque el talento y metal del espíritu colígese por el fin de la oración, que es el deseo de la voluntad, y no por los medios y caminos diversos que tiene.

Este deseo puede ser en dos maneras: la primera, en común, deseando que Cristo sea honrado en todo el mundo y de todas las naciones de la manera que merece ser glorificado y conocido; la segunda, en su particular, deseando que mi alma honre, alabe y glorifique a Jesucristo tanto cuanto él merece; así como una nao que tiene dentro de sí una particular estancia o aposento, aplicado para una particular persona y para su hacienda y mercaderías, asi aquel deseo grande es como la nao; y este deseo segundo es como el aposento de ella. Y de la manera que un mercader que está esperando que la nao se acabe de cargar para navegar a Indias y traer riquezas a su rey, pone el deseo de dos maneras, la una en toda la nao con todo lo que va dentro, deseando que vaya toda muy enriquecida y llegue a salvamento, la otra, en su particular mercancía, no sólo deseando que vaya toda muy enriquecida y llegue en salvamento, ni sólo deseando que vaya lleno su aposento sino trabajando de su parte por llenarla y ayudando lo más que puede a los otros para que toda la nao navegue; así el corazón pone unas veces su deseo en que sea Cristo honrado en todo el mundo, y que todos los gentiles, infieles y herejes conozcan a Jesucristo y le adoren; y que la Iglesia se conserve, la fe se aumente, las Religiones y toda la gente eclesiástica se perfeccione y cosas semejantes. Otras veces pone su deseo en que su alma glorifique a Cristo, frecuentando los Sacramentos, y procurando vivir con pureza y deseando morir por Cristo, si fuere menester, y padecer trabajos y cruz por él, humillarse, cumplir perfectamente con las obligaciones de su estado y la perfección de su espíritu.

---

1 Joan., XVII, 10.

El deseo universal y común es muy sano, seguro y cierto y más fácil de poner por obra. El particular es más eficaz, y mueve y purifica la conciencia. Y así como la nao tiene dentro de sí las mercaderías, así todos los deseos de las particulares virtudes han de nacer y estar comprendidos en este universal deseo de agradar a Dios; y así como la mercadería que está fuera de la nao se teme que puede ir perdida, así el deseo particular que no es regulado y comprendido debajo del deseo de agradar a Cristo Nuestro Señor, no le ha de tener el alma por tan santo; de manera que si desea hacer penitencia, ha de ser con este fin de agradar a Cristo para que sea perfecto como conviene. De aquí se sigue que todas las personas que ponen eficacia en algún particular deseo de alguna virtud, en tanto grado que si no lo alcanzan, se afligen y perturban y pierden la oración y la paz del alma, no llevan verdadero metal de espíritu. Pongamos por caso, si desea penitencia o comulgar a menudo, y la obediencia se lo quita, sabiendo como sabe que la obediencia es voluntad de Dios, está claro que desea cumplir su propio apetito, y así va guiado por amor propio y muy a peligro de dar al traste en lo principal, aunque le parezca que crece en alguna particular virtud.

Síguese lo segundo, que así como el mercader primero fabrica la nao y después la carga de mercaderías, así el alma primero se ha de ejercitar y fundar en los deseos universales, después los ha de ir particularizando con los de las particulares virtudes.

Síguese lo tercero, que así como el mercader codicioso no se contenta con ver una nao grande ocupada con poca mercadería, teniendo capacidad para llevar mucha, así el alma nunca se contenta con lo poco que hace y con lo poco que ve que Cristo es adorado y conocido en el mundo, y querría que con más fervor y de más gentes y con mayores obras fuese glorificado, deseando que todos los hombres del mundo fuesen perfectos cristianos, afligiéndose de ver que haya algún corazón criado que no se ocupe en alabanza de este Señor; de donde se suele seguir hambre y sed de justicia tan grande, que solamente en el cielo se pueda hartar y satisfacer; porque mientras se vive acá en la tierra, sírvele de una perpetua cruz, la cual, mientras más van creciendo los regalos de Dios, más crece, porque se va aumentando más el amor; y el que no llevare este celo sino que toda la oración va a parar a particulares regalos de su alma, temo que va por camino sospechoso.

Síguese lo cuarto, que hay muchos que van engañados en los deseos; unos en no procurar ser buenos mercaderes del cielo sino deteniéndose en cosas vanas de la tierra; otros en no mirar todas las buenas perlas para escoger la preciosa sino satisfacerse con cualquier deseo; otros en emplear todo su caudal en alguna buena perla, dejada la preciosa, gastando todo su tiempo y meditación en alcanzar alguna virtud particular; otros en hacer fuerza y eficacia en una de estas virtudes, quedándose muy tibios y flojos en el deseo universal de agradar a Dios; otros contentándose y satisfaciéndose con algún modo sobrenatural de oración, como es alguna visión, revelación, éxtasis o algunos gustos sensibles y deleitosos

de espíritu, olvidándose de este universal bien que sólo hinche y satisface.

Síguese lo quinto, que así como el mercader que va en la nao aposentado en un particular aposento de ella, hinche de mercaderías su aposento y pertenencia y procura ayudar a los que puede para que lleven las suyas, y con los que no puede, pide y desea que hagan lo mismo para que toda la nao se cargue bien y navegue, así el alma perfecta lo que toca a ella misma pide, desea, procura, y hace todo cuanto puede en el mundo para que Jesucristo sea honrado y glorificado en todas las obligaciones que le tocan, afligiéndose no sólo de los pecados sino del tiempo o coyuntura que pierde en que no granjea esta honra de Dios, y con todos cuantos trata pide y desea la misma gloria de Cristo; y así siempre está hambrienta de lo que le falta a su Señor sin satisfacerse jamás de nada.

CAPITULO IX

DE LOS DIEZ GRADOS DE LA CARIDAD.

La caridad y divino amor, según el Apóstol San Pablo, es el fin del precepto que nace de puro corazón, buena conciencia y fe no fingida (1); es cumplimiento de la ley y la mayor de todas las virtudes y el preciosísimo tesoro y oro encendido que nos aconseja San Juan que compremos; el fuego que Dios vino a poner al mundo (2), madre de las virtudes y la que hace que los hombres sean más semejantes a Dios que ninguna otra virtud, y, según dice San Próspero, es propia virtud de los santos y el calor natural que da vida, sin la cual quien no ama queda en muerte (3), y sólo con ella, dice San Bernardo, puede el alma de alguna manera pagar a Dios lo que le debe. Por esta causa me pareció resumir brevemente los doce grados de caridad que los santos escriben, para que procure ir subiendo de grado en grado hasta la soberana unión, que es la cumbre de la caridad, y la perla preciosa y el más excelente deseo del que quisiere llegar al fin que pretende de la perfección a quien todos los religiosos caminamos.

El primer grado de amor es en el cual el amor *facit languere utiliter*; hace enfermar con provecho. Esto es un descaecimiento y un cesar de las cosas del mundo, con que el alma ya no anda tan bulliciosa y ganosa de ellas como solía, sino que cayendo en la cuenta de la bajeza que son, se le caen los brazos para tratarlas. Nace del deseo de servir al Señor y del conocimiento de la vanidad que tienen en sí las cosas perecederas.

El segundo *quaerere Deum incesanter*: buscar a Dios y su santo servicio sin cesar jamás. Y esto se ve que hace cuando en todo lo que trata querría hallar a Dios y su servicio. Con este amor se levantaba la esposa de su cama, donde no podía reposar porque no hallaba allí a su amado de noche, y decía a los que topaba pre-

1 I ad Timoth., I, 5. 3 I Joan., III, 14.
2 Apoc., III, 18.

guntando por él: ¿Habéis visto por ventura al amado de mi alma? (1). Quiere decir que el alma que busca a Jesús en la cama de su propia voluntad echada y descuidada, no le hallará; por tanto es menester que levante el espíritu, y que ande preguntando por él.

El tercero, *operari indesinenter*: obrar sin cesar, porque en las obras que se hacen por Dios, se ve quién le ama, y cuando de veras ama, que no se le hacen un día los siete años de servicio de Labán por alcanzar la hermosa Raquel de la quietud de espíritu (2). Mi trabajo, dice San Bernardo, no es de una hora, y si más fuere, no lo siento según el gran amor que tengo.

El cuarto, *sustinere infatigabiliter*, sufrir muchos trabajos sin cansarse. Dice San Agustín que aunque haya muchas cosas grandes y pesadas que hacer, el amor las hace fáciles, pocas y livianas (3); y la razón es porque el que ama a Jesús trabajado, siempre está deseando trabajos por él.

El quinto es, *appetere impatienter*, apetecer a Dios sin paciencia cuando no tiene paciencia para aguardar, sino conociendo cuán bueno es, querria luego gozar de él, o no tiene paciencia para esperar ni dilatar las cosas de su santo servicio. Desea y falta mi alma en los palacios del Señor, decía David (4). Quiere decir, que tiene tan gran deseo que le falta la paciencia para esperar, y se aflige y desfallece viendo que no se cumplen sus deseos. Decia Raquel a Jacob: Dame hijos, si no moriréme (5). Otro tanto dice cualquier alma que ama de veras a Jesucristo, pidiéndole hijos de merecimiento; y de aquí nace quitar toda la ociosidad y andar diligente en el servicio de Dios.

El sexto, *currere velociter*, que es correr con gran ligereza en el camino de Dios, aumentando más y más buenas obras del servicio de su divina Majestad. De esta yerba estaba herido el corazón del Real Profeta cuando decía: Así como el ciervo desea las corrientes de las aguas, así desea mi alma a ti mi Dios (6). Dice S. Bernardo: El que ama ardientemente, corre con mayor ligereza y alcanza a Dios con mayor presteza.

El sétimo, *audere vehementer*, que es un gran atrevimiento que recibe el alma con Dios, porque la perfecta caridad, según dice el Apóstol, lanza de si el temor (7). A este atrevimiento se llega por el camino de mucho respeto y temor de Dios, considerando la grandeza de la divina Majestad, y yendo poco a poco entendiendo ser infinita su bondad y misericordia como lo es la justicia y majestad, se va atreviendo hasta llegar a la consideración de la infinita bondad, que le hace perder todo el temor y cobrar un gran atrevimiento. No de otra suerte la santa Ester iba temblando y turbada al principio que entró en la presencia del rey Asuero, mas después que le vió extender el cetro y reconoció la gana que tenia de hacerle mercedes, sentóse a su lado y libró su pueblo, y con imperio mandó

---

1 Cant., III, 3.
2 Gen., XXIX, 20.
3 ML. 38, 444.
4 Ps. LXXXIII, 3.
5 Gen., XXX, 1.
6 Ps. XLI, 1.
7 I Joan., IV, 18.

ahorcar al traidor de Amán (1). Dice el bienaventurado San Bernardo estas palabras, hablando de este atrevimiento. ¡Oh, santa ánima!, ten reverencia, porque éste es tu Dios, y ¿por ventura no has de llegar a él sino a adorarle, porque la honra del rey ama el juicio y respeto? (2); yo confieso que eso es verdad, mas cuando el amor corre a rienda suelta, ni aguarda juicio ni se templa con consejo ni se refrena con vergüenza ni se sujeta a la razón. Hasta aquí son palabras de San Bernardo.

El octavo, *astringere, indissolubiliter*, que es abrazar apretando fuertemente a Dios con los dos brazos del entendimiento y voluntad, y cuando el mismo Señor abraza consigo al alma, la causa de este abrazo es el amor, según dice el gran Dionisio, porque hace abrazar y juntar los dos corazones que se aman; y si el alma es discreta, no ha de soltar a su Dios hasta que le dé la bendición de la manera que el buen Jacob luchaba, abrazado fuertemente con Dios, y aunque le quedó coja la pierna izquierda y él trasudando y cansado de luchar, con ánimo fuerte le decía: Vive el Señor, que no te tengo de soltar hasta que me eches la bendición (3).

El nono, *ardere utiliter*, que es abrasarse el corazón y el alma con fuego del amor; y aunque cuando se comienza sea poco el calor, vase después afervorando el corazón hasta que lanza de sí llamaradas de amor, que no solamente abrasan las potencias interiores haciéndolas andar conforme a la voluntad del Señor, pero también salen a componer lo exterior, y después que está el alma bien encendida en sí, salta la llama hasta encender los corazones de los prójimos. De este fuego habla el Real Profeta cuando dice: Encendióse mi corazón dentro de mí y creciendo la meditación, dió llamaradas de fuego de amor (4); y el glorioso Apóstol: Anden hirviendo en amor vuestros espíritus (5). Y no es mucho, que si Nuestro Señor es fuego abrasador (6) y vino a traer fuego a la tierra de los hombres (7) dando su espíritu en lenguas de fuego (8), que el alma que de veras le ama se le abrase el corazón.

El décimo y último grado de amor, que es la perfección de la vida cristiana, es la unión perfecta con Dios y la imitación y semejanza perfecta de Cristo, de que muy a la larga hemos escrito en otras partes.

CAPITULO X

DE LAS DIEZ SEÑALES QUE TIENE EL ALMA QUE AMA A DIOS.

Así como no puede saber nadie de sí que está en gracia, tampoco no puede saber que está en caridad y ama a Dios como conviene; mas para consuelo y aliento de algunos, suelen poner los santos diez señales. La primera, cuando de buena gana piensa las cosas de Dios es señal que le ama, según aquello de la Sabiduría:

---

1 Esther, V, 1, 2.
2 Ps. XCVIII, 4.
3 Gen., XXXII, 24-26.
4 Ps. XXXVIII, 4.
5 Ad Rom., XII, 11.
6 Deuter., IV, 24.
7 Luc., XII, 49.
8 Act., II, 3.

pensar en ella, quiere decir en la Sabiduría eterna que es el Hijo de Dios, es consumado sentido (1). La segunda, cuando mora de buena gana en la casa de Dios, y así Ana, según dice San Lucas (2), nunca salía del templo hasta que vió a Jesús dulcísimo que ella tanto deseaba. La tercera, cuando habla de buena gana cosas divinas o con Dios; y así aconseja S. Pedro en la primera carta, que el que hablare sea siempre palabras de Dios (3). La cuarta, cuando de buena gana oye estas palabras y procura de acordarse de ellas, como la Virgen guardaba todas las palabras confiriéndolas en su corazón (4). La quinta, cuando de buena gana da por amor de Dios y hace limosna, y así dice San Juan: El que tiene bienes de este mundo, y ve a su hermano con necesidad y cierra las entrañas de la misericordia, ¿cómo es posible que ame a Dios? (5). La sexta, cuando padece trabajos por Cristo de buena gana; así dice el Sabio: El oro se prueba con el fuego, pero el amor de Dios en el horno de las tribulaciones (6). La sétima, cuando obedece de buena gana a los mandamientos de Dios, San Juan dice: Este es amor de Dios, que guardemos sus mandamientos (7). La octava, cuando amamos lo que Dios ama y aborrecemos lo que Dios aborrece; y así dijo el Señor por San Mateo: El que hiciere la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, éste es mi hermano, madre y hermana (8). La novena, cuando se resfría el amor de las cosas del mundo; dice San Gregorio: Tanto se resfría un alma de los cuidados del siglo, cuanto se levanta al amor de Dios. La décima, cuando honra y venera mucho los ministros y sacerdotes de Dios. Dice el Eclesiástico: Con todas tus fuerzas ama al que te hizo, y no dejes sus ministros. Y añade el mismo: Honra a Dios de todo tu corazón, y honra los sacerdotes (9); ves aquí las señales que tiene el que ama a Dios. Por tanto, procura de guardarlas, porque cumplas con este soberano mandamiento.

Particular devoción y encendido amor al Santísimo Sacramento.

Así como en el Santísimo Sacramento del altar se suman, recopilan y encierran todas las maravillas de Dios, según las palabras de David: Dios hizo memoria de todas sus maravillas dándose en manjar a los que temen (10), asi la suma y compendio de toda la perfección y la más clara señal del divino amor es la encendida devoción y amor con este divino pan. Esta devoción se colige de aquellos tres panes que dice San Lucas que dará el amigo al que con perseverancia se los pidiere. Pan en griego quiere decir todo, y todo, según Aristóteles, es lo mismo que perfecto (11); y así tres panes significan tres todos y tres partes de la perfección.

El primer pan es todo lo que medito y procuro poner dentro de mi alma, habiéndola vaciado de todo mal y aniquilado en ella lo

---

1 Sap., VI, 16.
2 Luc., II, 37.
3 I Petr., IV, 11.
4 Luc., II, 51.
5 I Joan., III, 17.
6 Eccli., II, 5.
7 I Joan., V, 3.
8 Matth., XII, 50.
9 Eccli., VII, 32, 33.
10 Ps. CX, 4, 5.
11 Arist., lib. *De coel. et mundo.*

que es mundo. Porque considero que está dentro de mi corazón el Padre Eterno, el Hijo, el Espíritu Santo, Cristo en cuanto hombre, la Virgen María, todos los ángeles y todos los santos, y que de todas estas personas se compone aquel reino, de quien se dice: El reino de Dios está dentro de vosotros (1). Pues cuando voy a la oración, o a comulgar o a cualquier otra cosa buena, hago cuenta que el que en mi obra no soy yo, que ya yo no vivo sino Cristo en mí (2), que es el mismo Sacramento, en quien hay aquellas siete cosas que en mí y dentro de mí piden, desean, aman, piensan y creen todo lo que yo había de pedir, desear, amar, pensar y creer. El segundo pan es este mismo todo, y el reino que está en el altar a quien el primer pan pide y ama, etc. El tercer pan es el mismo que está en todos mis prójimos para quien también como para mí pido y deseo, etc. Al Padre se pide, pureza, fortaleza y perseverancia; al Hijo, luz, oración y presencia de Dios; al Espíritu Santo, amor de Dios, caridad del prójimo y rectitud de intención; a Cristo su imitación, humildad y mansedumbre; a la Virgen, castidad, recogimiento y rendimiento; a los ángeles, recato, diligencia y adoración; a los santos penitencia, fe viva y paciencia. Y así como Dios es uno en esencia y trino en personas, así estos tres panes se unen y juntan en el alma, y de esta unión y virtudes ejercitadas y deseadas de mí para gloria de Dios y bien para mí y para mi prójimo, nace la plenitud y henchimiento del alma, que harta y satisface el espíritu, con que se camina a la perfección y se alcanzará mayor hartura cuando nos apareciere la gloria en la bienaventuranza (3).

---

1 Luc., XVII, 21.
2 Ad Gal., II, 20.
3 Ps. XVI, 15.



DEL ESPIRITU Y DEVOCION

Con que se ha de decir el oficio divino, celebrar el sacrificio de la Misa y rezar el Paternoster y el Avemaría.

CAPITULO PRIMERO

DE COMO SE HAN DE DECIR LAS HORAS CANONICAS CON ESPIRITU Y LO QUE EN CADA UNA SE DEBE MEDITAR.

Cuán agradable sea loar y glorificar a Dios con los salmos, himnos y cánticos del oficio divino y horas canónicas que en la Iglesia se celebran, nos dan a entender los moradores del cielo que tienen por oficio cantar sin cesar ante el trono del Cordero, diciendo: Santo, Santo, Santo eres Dios de las batallas (1), como dice San Juan en el Apocalipsis, y el profeta Isaías (2) y nuestra madre la Iglesia en el prefacio de la misa. Y así cantaron *Gloria in excelsis* cuando el Redentor nació (3), con los cuales nos aconseja San Gregorio que cantemos himnos de loores y alabanzas a nuestro Dios. Y el real profeta David nos da ejemplo de esto, que tenía capilla de cuatro mil cantores, que cantando y tañendo con suave música los salmos que él componía, glorificaban, loaban, bendecían y adoraban a este Señor a quien él daba loores siete veces al día, y se levantaba a la media noche a confesarle y reconocerle por los juicios de su justificación (4), y tantas veces en los mismos salmos nos aconseja que le loemos con todos los instrumentos de música que pudiéremos. Moisés, Ana, Débora, Isaías, Ecequías y los demás profetas y padres del Testamento Viejo le cantaron cantares de alabanzas, como refiere la Sagrada Escritura; y Cristo nuestro bien, después de haber dicho el himno, que es canto de alabanza, se levantó de la cena (5), para entrar en la batalla de su pasión; los sagrados apóstoles cantaban y bendecían a este Señor, como se colige de los Actos. Por esta causa amonesta el apóstol San Pablo en la carta que escribe a los colosenses, que hagamos lo mismo, diciendo: Afervoraos y amonestaos unos a otros, con salmos, himnos y cantares espiri-

---

1 Apoc., IV, 8.
2 Isai., VI, 3.
3 Luc., II, 14.
4 Ps. CXVIII, 164, 62.
5 Matth., XXVI, 30.

tuales, cantando con gracia divina en vuestros corazones (1). Las mismas palabras dice escribiendo a los efesios. Por la cual causa, dice el santo Concilio cuarto Toledano, que tenemos ejemplo de cantar himnos y salmos de Cristo y sus santos discípulos.

Pero como Dios es espíritu y conviene que los que le adoran sea en espíritu y verdad (2), según el Redentor dijo a la Samaritana, y el oficio divino sea la principal oración vocal con que glorificamos a Dios, para que con mayor merecimiento y fruto de nuestras almas le celebremos, conviene procuremos guardar en él la mayor devoción y atención que ser pudiere; y así dice el glorioso San Basilio, que si hablando con un príncipe de la tierra, es bien que no estemos desatentos ni volviéndole las espaldas con descortesía y mala crianza (3) ¿cuánta mayor atención, devoción y reverencia es bien que tengamos hablando con el príncipe del cielo, que gusta del agua de la devoción cuando se la llevamos en los vasos del salmo (4), y se enfada del pueblo que le alaba con sola la boca teniendo su corazón (5) lejos de su presencia? Porque si orare con sola la lengua, dice el apóstol San Pablo (6), mi alma se quedará sin fruto, por tanto oraré con la boca y también con el corazón. Por esta causa el papa Inocencio III en el Concilio general, dice estas palabras: En virtud de santa obediencia, estrechamente mandamos que recen el oficio divino, así nocturno como diurno, con la mayor atención y devoción que pudieren; dando a entender en estas palabras que mientras habla la boca, esté ocupado el corazón con pensamientos y deseos que correspondan con las palabras que decimos para que devotamente se pueda orar. Y aunque esta devoción no se alcanza en todas las almas por las mismas consideraciones, y cada uno piensa y desea según Dios guía su espíritu, parecióme para instruir a los que de nuevo quisieren comenzar, declararles las consideraciones y espíritu que será bien llevar para que vayan aprovechando como desean.

Para esto digamos cuál fué la institución de las horas canónicas y lo que en cada una se ha de meditar, y la declaración de los actos interiores que a cada parte de ellas es bien que corresponda conforme a lo que algunos santos escribieron.

La intención de la Iglesia nuestra madre en las horas canónicas es loar a Dios por ser quien es y por los beneficios que de él hemos recibido, principalmente por el más excelente de todos que fué la venida de Cristo al mundo para nos redimir. Y así todas las veces que rezamos el oficio, hemos de llevar intención de glorificar a Dios, mostrando con la boca el deseo que tenemos de alabarle en el corazón.

Siete horas canónicas tiene la Iglesia diputadas para esto: conviene a saber: Maitines y Laudes, Prima, Tercia, Sexta, Nona, Vísperas y Completas; para que siete veces nos acordemos de Dios y le demos gracias y pidamos favores, como declara el Concilio Agatense que se celebró en tiempo del papa Zósimo; y así como la semana

---

1 Ad Colos., III, 16.
2 Joan., IV, 23.
3 *De vita perfecta.*
4 Ps. LXX, 22.
5 Matth., XV, 8.
6 I ad Cor., XIV, 14, 15.

tiene siete días, que significan los siete en que fué criado el mundo, y el mismo mundo siete edades, y son siete los dones del Espíritu Santo y este número de siete significa todo, así es bien que con David siete veces al día le digamos alabanzas por haber criado el mundo, por habernos redimido y por habernos enviado el Espíritu Santo con sus dones.

Maitines y Laudes.

Del oficio nocturno que se comprende en Maitines y Laudes, refiere San Jerónimo sobre aquellas palabras de San Matéo: A la media noche se oyó un clamor (1), que tuvo principio de los Apóstoles; los cuales en memoria de haber nacido Cristo a la media noche y de haber muerto Dios a los primogénitos de Egipto en aquella hora, y que el Señor oró en el monte Olivete a la media noche, a esta hora loaban a Dios.

A Maitines se han de considerar estos tres pasos. El primero, la última cena y cómo el Señor lavó los pies a sus discípulos; el segundo, la institución del Santísimo Sacramento; el tercero, la oración del huerto con la agonía y sudor de sangre que en ella padeció.

Prima.

De la Prima dice Casiano y hace mención San Cipriano y San Isidoro, que se canta al salir del sol en memoria de la Resurrección del Señor, y en ella se celebra la memoria de estos tres pasos. El primero, cuando prendieron al Redentor y le llevaron a casa de Anás y las afrentas que allí recibió; el segundo, cuando fué llevado a casa de Caifás y de allí a casa de Pilatos; el tercero, cuando fué afrentado en casa de Herodes.

Las horas de tercia, sexta y nona se coligen de los Actos de los Apóstoles, que en ellas oraban y los antiguos hebreos usaban lo mismo. En ellas nos acordamos del misterio de la Santísima Trinidad, como dice San Cipriano y San Isidoro y San Jerónimo, declarando la oración de Daniel y de sus tres compañeros. De las cuales horas y de las demás del día se entiende aquella parábola de San Mateo, donde dice que el Padre de compañas salió a prima, tercia, sexta y nona a buscar obreros (2).

Tercia.

A hora de Tercia estaban esperando los sagrados discípulos al Espíritu Santo y por esta causa se canta el himno: *Nunc, Sancte, nobis Spiritus*; en que le pedimos venga sobre nuestras almas para que la lengua, corazón, obras y palabras abrasadas con el fuego del amor se ejerciten en divinas alabanzas. Hanse de meditar en ella estos

---

1 Matth., XXV, 6. 2 Matth., XX, 1-6.

tres pasos. El primero, cómo fué vuelto el Señor a casa de Pilatos y en ella negado de San Pedro; el segundo, cómo fué azotado con cinco mil y tantos azotes; el tercero, cómo fué coronado de espinas, y el paso del *Ecce homo.*

Sexta.

Sexta, que es al medio día, hemos de meditar, lo primero, cómo fué condenado a muerte; lo segundo, cómo llevó la cruz a cuestas; lo tercero, cómo fué en ella enclavado.

Nona.

A Nona se meditan las siete palabras que el Señor habló en la Cruz; lo segundo, cómo expiró en ella, poniendo el alma en las manos de su Padre Eterno; lo tercero, la lanzada y llaga del costado.

Vísperas.

De las Vísperas refiere San Jerónimo ser de muy antiguo tiempo recibidas entre los cristianos, y en ellas particularmente nos ejercitamos en la devoción con Nuestra Señora; por lo cual los pasos que se meditan pertenecen a su compasión y dolor. El primero es de las angustias que sintió al pie de la Cruz; el segundo, el descendimiento de la Cruz y el aparejarse la Virgen para recibir en sus brazos a su Unigénito Hijo muerto; el tercero, la quinta angustia, cuando habiéndole descendido de la cruz le tenía en sus brazos acompañándole al llanto el glorioso San Juan Evangelista y las Marías.

Completas.

De las Completas, dice San Ambrosio, que le parece las instituyó la Iglesia de lo que vemos hacer a las aves; que poco antes que se vayan a recoger en sus nidos y árboles cantan con mucha suavidad, que parece estar alabando al que las crió. Lo mismo conviene que hagan los siervos de Dios al tiempo que se les acaba la jornada del día. Hanse de pensar en esta hora otros tres pasos. El primero, cómo aparejaron el cuerpo del Redentor ungiéndole y envolviéndole en el sudario para ponerle en la sepultura; el segundo, cómo fué sepultado; el tercero, la soledad de la Virgen, etc. Estos pasos de la pasión procure el religioso traer a la memoria antes de comenzar la hora, o mientras estuviere diciendo los salmos o en cada salmo considere uno de estos pasos, y verá el aprovechamiento que halla su espíritu rezando el oficio divino.

Versus.

Haec sunt septenis propter quae psallimus horis.
Matutina ligat Christum, qui crimina purgat.
Prima replet sputis: causam dat Tertia mortis.
Sexta cruci nectit, latus ejus Nona bipertit.
Vespera deponit tumulo; Completa reponit.

CAPITULO II

DE LAS PARTES QUE TIENE EL OFICIO DIVINO Y LO QUE SIGNIFICAN Y EL ESPIRITU QUE SE HA DE PROCURAR EN CADA UNA DE ELLAS.

El fin del oficio divino, como arriba hemos dicho, es loar y glorificar a Dios; y pues no solamente quiere ser loado con la boca sino también con el corazón, conviene que en cualquiera de las horas canónicas y en todas sus partes pongamos la atención y devoción más conforme a lo que nuestra madre la Iglesia desea. Contiene el oficio divino las partes siguientes: la primera, exordio; la segunda, invitatorio; la tercera, himnos; la cuarta, antífonas; la quinta, salmos; la sexta, cánticos; la séptima, versículos; la octava, bendiciones; la nona, lecciones; la décima, responsorios; la undécima, capítula; la duodécima, oración. Todas estas hay en los Maitines y algunas en las demás horas canónicas.

Exordio.

Exordio llamamos *Pater noster, Ave, María* y *Credo,* y *Domine, labia mea* y *Deus, in adjutorium meum intende, etc.* Es mucha razón que queriendo loar a Dios y pedirle mercedes comencemos por la más excelente oración de todas, y así para recoger el corazón y ponerle en Dios y en Nuestra Señora, decimos el Paternoster, que es la suma de todas las oraciones y el Avemaría. Y porque para loar a Dios conviene que le creamos y confesemos, por esa causa decimos el Credo. Y porque, como dice el apóstol San Pablo, ninguno puede decir el nombre de Jesús si no es en el Espíritu Santo (1), ni glorificar a Dios si él mismo no le abriera la boca y diere palabras con que ser loado, reconociendo nuestra insuficiencia, pedimos nos la abra, diciendo: *Domine, labia mea aperies; et os meum annunciabit laudem tuam* (2): Señor, abre mis labios para que mi boca te acierte a loar, Y también porque los demonios nos pretenden quitar y robar la atención y devoción trayendo pensamientos impertinentes y cuidados vanos a nuestra memoria, pedimos favor y ayuda contra ellos, diciendo: *Deus, in adjutorium, etc.* Señor, entiende en mi ayuda y no tardes en ayudarme; y luego el alma con todo el ímpetu que puede, declara su intento, que es glorificar a Dios, y arroja la eficacia de la voluntad para este fin diciendo: *Gloria Patri, et Filio, et Spiritu Sancto, etc.,* que son palabras ordenadas en el Concilio Niceno primero, donde se encierra el fin de todo el oficio divino, que es glorificar a la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo.

---

1 I ad Cor., XII, 3. 2 Ps. L, 17.

Invitatorio.

El Invitatorio es para convidar a todos los que están en estado de poder glorificar a Dios que nos ayuden: porque es tanto lo que merece ser loado y glorificado, que tiene el alma en poco todo lo que puede hacer por sí sola y querría que todo el mundo la ayudase. Convida en el primer verso a Jesucristo en cuanto hombre y a su sacratísima Madre, diciendo: *Venite, exultemus Domino, etc.* (1): Venid, regocijémonos en el Señor, digamos júbilos de alabanza a Dios, que es nuestra salud; confesemos su benditísimo nombre delante su presencia y glorifiquémosle con salmos. Dicho este verso, imaginemos que entran por el coro para ayudarnos a honrar y glorificar al Padre Eterno, y procuremos tenerlos cabe nosotros para que nos ayuden. En el segundo verso convidamos a los ángeles del cielo, diciendo: Venid, adoremos al Señor porque nuestro Dios es gran Señor y Rey grande sobre todos los dioses. Porque no desechará el Señor su pueblo, que en su mano están todos los fines de la tierra y él mira las alturas de los montes. Como quien dice, si os pareciere atrevimiento que os convidamos a loar a Dios siendo nosotros criaturas tan bajas y vosotros tan excelentes, mucho más merece este Señor; porque es gran Dios y gran Rey y no tiene en poco su pueblo, pues tomó nuestra naturaleza humana haciéndose hombre por nosotros y en su mano están los fines de la tierra, que quiere decir, las más altas y más bajas criaturas que hay en ella, y mira las alturas de los montes, que son los más encumbrados y excelentes ángeles. Podríamos también declarar este verso llamando las alturas de los montes la soberbia de los ángeles malos que cayeron, como dando en rostro la soberbia que tuvieron, por la cual fueron derribados del cielo; para que no desprecien ni tengan en poco los ángeles buenos venirnos a ayudar a loar a Dios, aunque en su comparación seamos tan viles criaturas, pues la humildad a todo se abaja. Dicho este verso hagamos cuenta que todo nuestro coro se llena de ángeles que con fervor y espíritu del cielo nos incitan a las divinas alabanzas.

En el tercer verso convidamos a los santos de la bienaventuranza a loar a Dios, por ser criador del mundo, diciendo: *Quoniam ipsius est mare, etc.* Venid, santos, glorifiquemos a nuestro Dios, porque suya es la mar y él la crió y sus manos fabricaron la tierra. Venid, adorémosle y postrémonos en su presencia. Lloremos delante de Dios que nos crió, porque él es nuestro Señor Dios y nosotros somos su pueblo y ovejas de su rebaño. Y dicho este verso, parézcanos que vemos entrar en el coro todos los bienaventurados del cielo; y procure imaginar que convida y pone cada uno cabe sí a sus devotos; y así rezará el oficio con más alegría y devoción alegrándonos de ver con nosotros tan santa compañía.

En el cuarto verso convidamos a los justos de la tierra, diciéndoles: *Hodie si vocem ejus, etc.* Si hoy oyéreis su voz, no os endurezcáis el corazón, como aconteció a los padres antiguos cuando

---

1 Ps. XCIV, 1.

venían por el desierto a la salida de Egipto, que me tentaron, probaron y vieron mis obras; como quien dice: Recibid las divinas inspiraciones al punto que os vinieren y recataos de cualquier peligro, aunque sea de la más mínima desconfianza, no os acontezca lo que a algunos de aquellos antiguos, que se descuidaron, etc. Dicho este verso, damos asiento a todos los justos de la tierra supliendo con el espíritu la ausencia de los siervos de Dios que en aquella hora están ocupados en otras cosas.

En el quinto verso convidamos a los pecadores, imaginando que les vemos entrar en el coro, y que Dios se está enojando e indignando contra ellos por la obstinación y dureza que tienen, y así les dice las mismas palabras que a los antiguos padres endurecidos, y les amenaza si no se convierten, diciendo: *Quadraginta annis, etc.* Cuarenta años hice bien y mercedes a esta gente, y con todo eso puedo decir: Siempre yerran en sus corazones y ellos nunca conocen mis caminos, pero yo les juro por mi indignación que no me entre en mi descanso. Como quien dice: No les aprovechan los bienes y mercedes que de mi mano han recibido, pero si no se convierten, no me entrarán en mi bienaventuranza. Quien oye estas palabras y ve que está en el número de los pecadores, reconociendo sus pecados, tiembla y teme y se arrepiente, convierte y humilla, y con reverencia y respeto comienza a loar a su Dios.

Himno.

Dicho el invitatorio se sigue el Himno, que es cantar entonado de alabanzas divinas, de quien refiere Eusebio en la *Historia Eclesiástica* que en los conventos e iglesias que el glorioso evangelista San Marcos fundó en Alejandría se compusieron muchos. Y después el glorioso San Ambrosio, San Hilario, San Gregorio y los demás santos latinos ordenaron otros. Mientras el himno se canta con la boca, ha de haber en el corazón un alto y fervoroso deseo de Dios y de su honra y gloria con espíritu encendido y levantado; y esta es la causa porque mientras se dice el himno siempre estamos levantados y en pie en el coro.

Antífona.

Antífona en griego quiere decir antes del canto o contra el canto, y es como el blanco y paradero donde va a parar toda la devoción de los versos de los salmos y como el tema de un sermón o razonamiento. El glorioso S. Isidoro dice que los santos de la iglesia griega cantaban antífonas (1). También Casiodoro (2) refiere que Ignacio obispo de Antioquía, tercero después de S. Pedro y contemporáneo de los apóstoles vió una visión de ángeles que cantaban himnos, y antífonas de la Santísima Trinidad, y desde entonces se usaron las antífonas en la iglesia antioquena y en las demás. Procúrase tener en el corazón

1 *De Ofiic.*, lib. I, c. 7. 2 *Hist. Trip.*, lib. I.

cuando se dice la antífona, un acto de encendida caridad; de donde tomó la Iglesia costumbre que en los santos que tuvieron en esta vida y en la otra caridad aventajada, se dice al principio la antífona entera y también al fin; y por esa causa se llaman santos dobles porque fué su caridad doblada y perfecta en este mundo y en el otro. En los demás santos a quien la Iglesia no quiere atribuir tan alta perfección comienza la antífona al principio, y dícenla entera al fin, dando a entender que en esta vida tuvieron caridad, pero en la bienaventuranza la tienen perfecta.

Salmos.

Los Salmos, según declara el bienaventurado San Jerónimo (1) sobre San Pablo, son cantares de alabanzas de Dios, y algunas veces se añaden instrumentos de música para mayor suavidad del espiritu; y así, cuando dice el Apóstol: Amonestaos unos a otros con salmos, himnos y cánticos espirituales, dice el glorioso Jerónimo: Himno es como el que cantaron los tres niños en el horno de Babilonia, salmos los de David, cánticos como los de Moisés. Corresponde en el interior del espíritu, cuando el salmo se canta, un deseo de Dios, y porque este deseo ha de ser fervoroso y perseverante, acordámonos de la perseverancia de él con que los de un coro están sentados y del fervor con que los del otro coro están en pie; y así esta diversidad de estar asentados o levantados da a entender el fervor y perseverancia que ha menester tener el alma en los deseos de Dios.

Versículos.

Acabados los salmos del primer nocturno, dícese un Versículo que es una advertencia para que vuelva el alma a la atención y devoción con que comenzó el oficio, si acaso cantando los tres salmos se hubiere en alguna cosa distraído; y como en penitencia de aquella distracción y para tornar a recoger el espíritu dice otro Paternoster, *submissa voce,* como al principio que comenzó las horas.

Bendiciones.

El pedir las Bendiciones, diciendo: *Jube, domine, benedicere,* es en reconocimiento de humildad que el alma tiene de que no se halla suficiente para hablar cosas divinas delante de toda la corte celestial que le está oyendo, si el Señor no se lo mandare y le echare su bendición; mas cuando se lo mandare y con su bendición se atreve a leer. El hebdomadario, que está en lugar de Cristo, es el que da la bendición; con ella se alcanza el divino favor para acertar a decir la lección con tal gracia y espíritu que mueva los corazones de los oyentes.

---

1 Super Epist. ad Colos., 3.

Lecciones.

De las Lecciones dice Rábano ser antigua costumbre de la Iglesia, que se lean en el coro estando uno en pie leyendo, y los demás asentados oyéndolas con atención para informarse de las cosas de Dios que allí se leen, y tener motivo de tornar con espíritu a las alabanzas divinas, que se comenzaron a cantar en los salmos primeros.

Responsorios.

Y porque acabada la lección responde el coro cantando y repitiendo aquellas palabras que han de quedar más fijas en la memoria, con que el alma se ejercite haciendo propósitos de lo que más fuerza le hizo en el corazón, así después de las lecciones se dicen los Responsorios. Y es necesaria la atención mientras se oye la lección para concebir el alma los propósitos y deseos que de ella pretende sacar.

Y de la manera que en las fortalezas que temen enemigos se hacen tres velas o nocturnos para que todo el tiempo de la noche haya centinelas despiertas que puedan tocar alarma, estorbarles la entrada y defender la fortaleza; así en esta torre del monte Líbano de la Iglesia, puesta en frontera contra Damasco (1), que quiere decir el poder de los demonios, es necesario que haya siempre soldados de Dios en vela de oración a los tres tiempos o velas de la noche, y de ahí tomaron nombre los tres nocturnos o vigilias.

Capítula.

La Capítula se llama de este nombre porque en un Concilio se aconseja que para levantar el espíritu y poner atención en los oyentes *capitula quaedam legantur,* que quiere decir, unos capítulos breves y de pocas palabras pero sustanciosos y compendiosos para que el alma haga de ellos memoria y le sirvan como regla de bien vivir.

Cánticos.

Los Cánticos, como el de Moisés, Zacarías, Ana, Abacuc, Isaías, los tres compañeros de Daniel y los demás cánticos, son cantares de alabanzas divinas entonando la voz para mostrar más fervoroso espíritu y levantar el alma más altamente a las cosas soberanas.

Oración.

La Oración es lo último de todo el oficio, con que pedimos a Dios mercedes por intercesión de aquel santo de quien rezamos. Si rezáremos de santo, debemos imaginar que está en medio de nuestro coro; y si de dominica o feria, poniendo delante a Cristo nuestro bien, y acordándole aquel misterio suyo de que entonces le vamos

1 Cant., VII, 4.

dando gracias. Hanse de guardar, cuando decimos la oración, las condiciones de los que aciertan a pedir bien, que son humildad y confianza porque alcancemos lo que deseamos.

Esto es lo que principalmente se debe advertir en el rezado del oficio divino; y si los que las rezan tuviesen mucha cuenta con irse perfeccionando en la atención y devoción de las horas canónicas, hallarían en poco tiempo mucho aprovechamiento; porque a la verdad no hay mejores devociones que decir con atención y devoción el oficio, y hacer con perfección lo que estamos obligados según el estado y oficio que profesamos.

CAPITULO III

DE LA DEVOCION, ATENCION Y ESPIRITU QUE SE DEBE TENER OYENDO MISA, Y DE LA SIGNIFICACION DE LOS ORNAMENTOS Y PARTES DE ELLA.

No es mi intento en estos capítulos declarar los misterios de la misa con la particularidad que de ellos escribieron Nicolao Cabasila y Odón, obispo cameracense, Hildeberto, obispo cenomagense y el maestro Floro y San Germano obispo constanciense, San Isidoro en el libro *De los Oficios,* San Ireneo, mártir, en el libro *De Sacrificio Misae,* y el papa Inocencio III, Titelman, Gabriel y los demás autores, así antiguos como modernos, que de ello han escrito; sino solamente con la mayor brevedad y resolución que pudiere, declarar el espíritu, devoción, atención y consideración que conviene tengan en tan alto sacrificio, así los que asisten oyendo la misa como el que la celebra. Porque si acertásemos a aprovecharnos del tesoro que en ella se halla encerrado, ninguna de las demás devociones y ejercicios espirituales nos sería de tanto aprovechamiento. Declararé lo primero qué sea misa, y luego la significación de los ornamentos y partes de ella para guiar los espíritus a la atención y devoción que deben procurar.

Antes de decir qué cosa sea misa, quiero poner los nombres con que la llaman los Santos y qué quiere decir este nombre misa. El glorioso San Dionisio Areopagita en la Epístola a Demófilo, llama a la misa sacrificio santísimo. Y en el libro de la *Ecclesiastica Hierarchia,* celestial misterio, Eusebio la llama sacrosanto sacrificio lleno de Dios; Teodoreto en su Historia, ofrenda del saludable sacrificio; y escribiendo sobre el Exodo, sacrificio del Cordero del Señor. San Cirilo, escribiendo contra Nestorio, santo sacrificio, vivífico e incruento. San Juan Damasceno en la vida de Barlaam, la llama sacrificio sin sangre, y sacramento tremendo, impoluto y vital. El emperador Constantino Magno en la epístola que escribió a los Obispos de Tiro, llama a la misa santos misterios. San Ignacio, obispo niceno, en la vida de San Tarasio obispo, la llama sacrificio del Cordero que quita los pecados del mundo. San Juan Crisóstomo sobre la epístola a los de Corinto la llama sacrificio tremendo y celebración de la muerte de Cristo. Y finalmente, por este nombre de la misa, la llama el glorioso San Agustín, San Ambrosio, San Gregorio

y muchos Concilios y papas, y así se llamaba en el tiempo de la primitiva Iglesia, como se colige del glorioso San Clemente papa, de San Ignacio, discípulo de San Juan Evangelista en la epístola a los esmirnenses, y de Abdías, discípulo de San Simón y Judas en el libro de sus vidas, y del canon décimo de los apóstoles, donde se dice que el que no perseverare en oración hasta que la misa se acabe, sea castigado por ello.

Este nombre misa unos dicen que se deriva de este verbo latino, *mitto*, que quiere decir enviar; porque antiguamente cuando se comenzaba la misa se enviaban fuera de la iglesia los catecúmenos y energúmenos, como se colige de San Dionisio, o porque es sacrificio que el pueblo envía a Dios por mano del sacerdote, como declara Hugo en el libro *De Sacramentis*, o según el maestro de las sentencias, porque Dios envía un ángel del cielo para que se le presente, según aquellas palabras del canon: *Jube haec perferri per manus sancti Angeli tui, etc.* Finalmente, según el glorioso Santo Tomás, porque en ella se sacrifica Cristo que fué *missus a Patre*, enviado del Padre Eterno. Otros dicen que este nombre misa es vocablo hebreo, que quiere decir lo mismo que sacrificio. Así lo declaró Juan, obispo rosense, y Ruardo Taper y otros autores. Y hállase esta significación en el Deuteronomio, capítulo diez y seis. Y también en el mismo Deuteronomio, capítulo quince se halla significar este nombre, misa, lo mismo que don o dádiva graciosa.

De aquí se sigue que la misa es un altísimo sacrificio que los hombres hacen al Padre Eterno del cuerpo y sangre de su Unigénito Hijo, reconociéndole por Dios y un reconocimiento de vasallaje y servicio que le hacen como a rey de un tributo que vale precio infinito, un presente que le llevan, como a señor y padre del más excelente don que se le puede ofrecer, que es su Unigénito Hijo y su muerte y pasión. Para lo cual es de considerar que el Padre Eterno es nuestro Dios, nuestro Rey, nuestro Padre y Señor, y nosotros sus criaturas, sus vasallos, sus hijos y esclavos. Y pues es bien que las criaturas sacrificaban a Dios reconociéndole por Dios, y los vasallos deben vasallaje y reconocimiento a su Rey dándole de sus haciendas alguna parte de tributo porque viven en sus tierras, y los hijos y esclavos llevan a sus padres y señores dones y presentes con que dan a entender el amor que les tienen; de la misma manera debemos nosotros sacrificio a nuestro Dios con que le reconozcamos por Dios, servicio y vasallaje como a Rey con que le paguemos algo de lo mucho que de él hemos recibido, y le presentamos dones y presentes para muestra del amor que le tenemos como al que es nuestro padre.

Hablando lo primero de la misa en cuanto es sacrificio, declaremos qué es lo que se sacrifica y quién sacrifica y a quién ofrecemos el sacrificio. Lo que se sacrifica es Cristo y su muerte y pasión; el que sacrifica es el sacerdote en persona de Cristo, y a quien sacrificamos es a Dios, criador del cielo y de la tierra.

No ha habido nación tan bárbara en el mundo que no haya hecho algún sacrificio a sus dioses sacrificando criaturas. Los egipcios sacrificaban espigas a la diosa Isis; los escitas, caballos al dios

Marte; los atenienses un buey y cuerpos muertos que desenterraban; los griegos, ovejas blancas y negras; los lidios, lechones; los romanos una oveja coronada. Dejemos ahora a los franceses antiguos y a los indios bárbaros que se sacrificaban a sí mismos matándose, y los demás sacrificios de quien hace mención Teodoreto, Herodoto, Pausanias, Alejandro ab Alexandro y otros autores. En todos estos sacrificios lo que se sacrificaba era criatura: el que sacrificaba falso sacerdote y a quien se ofrecía el sacrificio, el demonio y falso ídolo.

Mas nosotros sacrificamos a Dios verdadero por sacrificio, y somos sacerdotes de Jesucristo verdadero Dios y hombre, y ofrecemos sacrificio al Padre Eterno. Y así la diferencia que hay de lo falso a lo verdadero, de Dios al demonio, del Criador a la criatura, esa hay entre el sacrificio de la misa y esotros sacrificios de los gentiles. Los hebreos eran verdaderos sacerdotes, y ofrecían al verdadero Dios de Israel becerros, corderos, tortas de pan y las demás cosas que se leen en el Levítico, y la mayor excelencia que tenian sus sacrificios era ser figura y sombra de este alto y divino sacrificio del Altar, y así cuando excede lo figurado a la figura, tanto excede nuestro sacrificio al antiguo; y si vemos con cuánta atención, reverencia y respeto las demás naciones sacrificaban a los demonios ¿por qué nos descuidamos del respeto que debemos tener en tan alto sacrificio?

Decíamos que el que sacrifica es el sacerdote en persona de Dios Hijo y acepta el sacrificio el Padre Eterno. Para declaración de lo cual es de saber que dos cosas hizo Cristo estando en la cruz: la primera, padeció dolores inmensos y sufriólos con mucha paciencia, amor y voluntad. La segunda fué ofrecerse a sí mismo al Padre Eterno como sacrificio y hostia para nuestra salvación para que mediante su muerte y mirándole el Padre como a tan agradable hostia y sacrificio, perdonase los pecados del mundo y en esto consiste el oficio de Redentor. La primera de estas dos cosas tuvo en su misma persona solamente y no la comunicó a los sacerdotes: pues vemos que el sacerdote que dice la misa no siente en sí mismo los dolores que Cristo sintió en la cruz; mas la segunda hizo en su persona y en nombre de los sacerdotes y se la comunicó a ellos, dándoles poder para hacer lo mismo que hizo en la cruz todas las veces que celebrasen la misa. Y así subiéndose al cielo queda este sacrificio en la tierra, y le ordenó en la última cena con el admirable Sacramento del Altar, donde está el mismo Cristo que en la cruz padeció y el valor de su muerte y pasión; y consagró a sus discípulos por sacerdotes, dándoles el mismo poder que él tuvo para sacrificarse a si mismo, con facultad de sustituirle en otros ministros para que no falten sacerdotes hasta que el mundo se acabe; y esta es la causa porque dice el glorioso San Clemente en el libro de las *Constituciones de los Apóstoles,* que el primer sacerdote y príncipe de todos los sacerdotes, fué el Unigénito Hijo de Dios, Cristo Jesús, que por nosotros se hizo hombre y se ofreció en sacrificio a Dios Padre, y antes que padeciera nos cometió a nosotros los sacerdotes a hacer lo mismo que él hizo, etc.

De aquí se sigue lo primero, que quien quisiere saber en una palabra cómo tiene de oir o celebrar misa, guarde este documento. Haga

lo mismo que hiciera si se hallara en el monte Calvario al pie de la cruz, ofreciendo al Padre Eterno a Cristo con su pasión y muerte, y con el mismo respeto, reverencia, confianza, amor y temor que allí estuviera, procure de estar en la misa, y lo que no hiciera estando al pie de la cruz acompañando a la sacratísima Virgen, no lo haga estando en la misa, procurando de no distraerse ni mirar vanamente, juzgar, parlar ni murmurar o tener los pensamientos en otra parte, pues no por otra causa, como arriba decíamos, los sagrados doctores llaman a este altísimo sacrificio, tremendo, etc. Y esté muy cierto que lo mismo que alcanzara y ganara al pie de la cruz, gana y alcanza oyendo la misa, si guardare la misma devoción, atención y reverencia.

Síguese lo segundo, que pues el sacerdote hace y representa la persona de Cristo, ha de procurar de vestirse en lo interior de las virtudes, pensamientos y deseos que Cristo tuvo cuando se ofreció al Eterno Padre en hostia y sacrificio estando en la cruz; y mientras más semejante fuere a Cristo en la cruz, más excelentemente dice la misa, y lo mismo ha de procurar el que la oye. Decíamos que a quien se ofrece el sacrificio es Dios, al cual suplicamos por los merecimientos de su Hijo y por el valor de su sangre, muerte y pasión, nos perdone los pecados y dé gracia, virtud y gloria. De aquí se sigue que aunque no seamos merecedores de bien alguno llevando de nuestra parte tal abogado y medianero y ofreciéndole sacrificio tan agradable, podemos tener confianza de alcanzar todo lo que pedimos y deseamos. Decíamos también que decir misa es pagar a Dios el tributo, servicio y vasallaje que le debemos como a rey, por las mercedes y beneficio que de su divina mano hemos recibido; y si le pagáramos con hacienda aunque se la diéramos toda y nuestras vidas con ella, fuera todo muy poco para lo que le debemos; pero pagándole con tan excelente precio como es Cristo Jesús, con el valor infinito de su muerte y pasión, es suficiente tributo para reconocerle por Rey. De aquí se sigue que todas nuestras limosnas, ayunos y penitencias y las demás cosas que hacemos, si las juntamos con la muerte y pasión de Cristo y con el valor de ella, que ofrecemos al Padre Eterno en la misa, suben grandemente de precio y estima; y será bien que cuando oímos la misa, las ofrezcamos juntándolas con este divino precio y valor. Y así como el fuego da más calor a los que más cerca de él se llegan, así Cristo y su pasión comunica más gracia a los que más se le llegan e imitan. Lléganse los hombres e imitan a Cristo participando de su muerte y pasión con la pureza de alma, limosnas, ayunos y penitencias y las demás buenas obras que hacen en estado de gracia; de aquí es que mientras más pureza tuvieren y más obras hicieren por Cristo, se hacen más capaces y disponen para que se les comunique en la misa mayor gracia y se les perdonen más pecados.

También la misa es un presente y don que hacemos al Padre Eterno de la mejor fruta de la tierra y del cielo, el cual don es Cristo Jesús, Cordero escogido entre todo lo que hay en el mundo, mediante el cual presente ganamos la voluntad de Dios para alcanzar los bienes y mercedes que deseamos. De aquí es que quien lleva tan buen pre-

sente, aunque por su persona no merezca nada, puede con confianza pedir todo lo que quisiere sin ser corto en demandar; porque su boca será medida en el alcanzar de él mercedes, de la manera que cuando el hijo, criado o esclavo lleva un presente a su padre o señor, si le ve contento y alegre con el presente, se atreve a pedirle lo que quiere; Así que conviene que el que celebra la misa o la oye, viendo al Padre tan contento con tan excelente dádiva y presente como la de su Unigénito Hijo, su muerte y pasión, no sea corto en pedir mucho y para muchos, ni deje de rogar en la misa por todos cuantos se le encomendaren.

Para mayor declaración de esta doctrina, hagamos cuenta que cuando viene un rey a un pueblo, sale todo el pueblo a ofrecerle un presente o llevarle el dinero que le deben de los tributos y vasallaje. Todos pagan lo que deben, y todos ofrecen presente y todos le reconocen por rey, y todos asisten a darle la obediencia; mas no hablan todos, porque sería confusión y no se entenderían, sino escogen uno que sea más viejo y prudente o echan suertes para que aquel en quien cupiere la suerte, hable y tome en sus manos el tributo o presente para darle a la persona del rey en nombre de todos los demás que asisten a lo mismo. De la misma manera, los que oyen la misa van delante del Rey Eterno a ofrecerle el presente y tributo del cuerpo y sangre de Cristo, y porque no es bien que todos hablen, escógese uno que sea como más anciano, que por esa causa se llama presbítero, que en griego quiere decir el más viejo, ya que no sea en edad, a lo menos halo de ser en discreción y prudencia. Y porque le cabe tan buena suerte como ser embajador entre Dios y los hombres se llama clérigo, que quiere decir escogido por suertes; porque *cleros* en griego, quiere decir la suerte. Y porque toma con sus manos la hostia consagrada para darla al Padre Eterno en nombre de todos, se llama sacerdote, que quiere decir el que da las cosas sagradas. De aquí se sigue cuánta pureza, devoción, espíritu, sabiduría, discreción y rectitud ha menester el que es escogido para tan gran oficio, y con cuánta atención han de estar los que oyen la misa ayudando a lo mismo que el sacerdote hace.

El primer sacerdote de la nueva ley que ofreció pan y vino fué Cristo Jesús, a quien el real Profeta llama sacerdote eterno según el orden de Melquisedec (1), porque Melquisedec ofreció pan y vino a Abrahán cuando volvió de la batalla (2). Y la primera misa que dijo fué el jueves de la Cena, cuando instituyó el Santísimo Sacramento un día antes que padeciese. Después los sagrados discípulos las comenzaron a decir en diversas partes. El glorioso San Pedro celebró la primera misa de pontifical en Antioquía. Y San Juan Evangelista en Asia, como refiere Hugo de Santo Vítore en el libro segundo de *Sacramentis*, y San Antonino en la primera parte. Qué oraciones dijesen los Apóstoles en estas misas primeras, no se sabe más de que el glorioso San Gregorio en una epístola que escribe a Juan obispo siracusano, dice que los sagrados apóstoles decían en la misa el *Pater-*

---

1 Ps. CIX, 4. 2 Gen., XIV, 18.

noster al principio y las palabras de la consagración, mas luego se fueron añadiendo otras oraciones y ordenando liturgias y misas.

La primera misa ordenada con muchas oraciones fué del glorioso Santiago el Menor, según se refiere en la sexta Sínodo General, y dice Proclo y Nicolao metonense y Marco obispo efesino, y es admirable cosa ver las oraciones tan devotas que hay en esta misa. Después compuso misa el bienaventurado San Clemente, como refieren los mismos Proclo, Nicolao y Marco y también San Atanasio y San Epifanio, y se colige del octavo libro de las *Constituciones Apostólicas*. También ordenaron misa el glorioso San Basilio, como refiere Anfiloquio en su vida y la sexta Sinodo General. San Crisóstomo y San Ambrosio ordenaron misas que se decían antiguamente. Los mozárabes tenían diversa misa que la que ahora tenemos. Y los de Etiopía también tienen su misa etiópica en lengua de los abisinios, pero no es mi intención detenerme en declarar las particularidades y misterios que en estas misas había, sino solamente de la misa del glorioso San Gregorio, de que ahora usamos y las ceremonias, partes y ornamentos que hay en ella, diciendo el espíritu, consideración y atención que a cada cosa se debe.

CAPITULO IV

DE LA DECLARACION DE LOS ORNAMENTOS, Y DE LAS DEMAS PARTES DE LA MISA.

Ya hemos dicho que la misa es memoria de la vida y misterios de Jesucristo tocantes a nuestra redención. El sacerdote representa la persona de Cristo; el altar la cruz; la iglesia el monte Calvario; las sagradas vestiduras las insignias de la pasión; el cáliz el sepulcro; la patena la piedra con que se cubrió, los corporales el sudario y pañales con que fué envuelto, y la sacristía las entrañas de la purísima Virgen; y así cuando salen a decir la misa hanse de acordar de las obras y misterios que se representan en esto, y vestirse interiormente con los actos de las virtudes más agradables al Señor. Lo mismo han de hacer los que asisten y oyen, pues ofrecen el mismo sacrificio con el sacerdote que habla como embajador de todos.

Cuando el sacerdote entra en la iglesia a querer decir misa, haga su oración delante del altar, y acuérdese de la divina determinación e inefable amor con que la Santísima Trinidad se determinó que para reparo de nuestra caída el Verbo divino viniese al mundo a vestirse de nuestra naturaleza humana; y en reconocimiento de este amor que las tres personas divinas nos tuvieron queriendo redimirnos, puede rezar tres veces el *Paternoster,* pidiendo al Padre Eterno virtud y fuerzas, al Verbo divino luz y sabiduría, al Espíritu Santo amor y caridad para celebrar y ofrecer como conviene tan alto sacrificio.

Cuando entra en la sacristía acuérdese del inefable misterio de la Encarnación, y considerando lo que la sacristía representa, que es las entrañas de la sacratísima Virgen donde el Verbo divino encarnó, procure en este lugar tanto respeto, silencio, atención y devoción, como

se requiere a lugar que tan gran pureza representa, y traiga a la memoria que al punto que el alma de nuestro Redentor Jesucristo fué criada y unida hipostáticamente con la divinidad del Verbo, reconociendo la soberana merced que recibió de comunicársele el ser divino, se ofreció al Padre Eterno para cumplir perfectamente su voluntad, y se determinó morir en la cruz por salvar los hombres, y vivir con tanta perfección que ni un pensamiento tuviere que no fuese agradable a Dios. Pues para honra y gloria de este Cristo y de estas tres cosas que entonces hizo, haga el sacerdote y todos los que asisten a la misa estos tres actos. El primero, una determinación de hacer en todo la voluntad de Jesucristo; el segundo, un verdadero amor de los prójimos con deseo de dar la vida por la salvación de cualquier alma, si fuese menester; el tercero, un propósito firme de la pureza, rectitud y perfección de su propia conciencia, con los cuales componga su espíritu para con Dios, para con el prójimo y para consigo mismo. Y antes de vestirse rece tres Avemarías a Nuestra Señora tomándola por intercesora para hacer bien estas tres necesarias determinaciones.

No es mi intento que se dejen de hacer las demás preparaciones que escriben los santos, muchas de las cuales están en el misal y otras que cada uno tiene por devoción. Pero sé que se hallarán bien los hicieren esto, y mientras más nos prepararemos, mejor acertaremos a decir y oir la misa.

Comienza luego el sacerdote a vestirse las vestiduras sagradas, que sin ellas no es bien que celebre como mandan los papas Anacleto, Sixto y Estéfano. Porque así como la persona es sagrada y el oficio que hace sagrado, conviene que use de vestiduras sagradas, pues no sólo en la nueva ley sino en la vieja sabemos se usaban. En el Exodo en el capítulo treinta y uno, mandó Dios a Moisés, que hiciese vestiduras y ornamentos sagrados para los sacerdotes, y pues el sacerdote representa a Cristo y las sagradas vestiduras los ornamentos de su pasión, trátelos con aquella reverencia que tendría a los mismos instrumentos de ella, como manda el papa Sotero a los obispos de Italia y dice San Gregorio Nacianceno en su *Apologético* y el glorioso San Jerónimo en la epístola a Teófilo. Qué vestiduras se haya de poner el sacerdote declaralo el Concilio Remense, como refiere Brucardo diciendo: que ninguno se atreva a celebrar sin amito, alba, estola, manípulo y casulla.

Amito.

El amito significa el lienzo con que cubrían los ojos al Redentor al tiempo que le escupían y daban bofetadas. Y cuando se le pone el sacerdote sobre la cabeza, en lo interior se ha de hacer un acto de fe. Porque así como el amito primero cubre los ojos y la cabeza donde están los sentidos, y luego baja al cuello, así la fe, cubre el conocimiento natural cegando los ojos de la razón, sin querer saber ni escudriñar las causas de las cosas sobrenaturales. Luego baja al cuello porque proponemos de obedecer perfectamente lo que la fe nos enseña. Y juntamente con el acto de fe será bien hacer acto

de obediencia a nuestros superiores con propósito firme de cumplir lo que nos mandaren; y porque la fe viva con la esperanza y caridad causa salud en el alma, dice el Apóstol San Pablo que pongamos en la cabeza la celada de la salud (1) significada por el amito.

Alba.

El alba representa la vestidura blanca con que vistieron a Cristo Jesús en casa de Herodes para escarnecerle, y es señal que hemos de adornar nuestra alma con la virtud de la justicia, según dice el Apóstol, cuando nos manda armar con la loriga de la justicia (2), proponiendo en nuestro corazón de no hacer agravio a nadie y hacer todo el bien que pudiéremos a nuestros hermanos. Y porque en el hacer bien a todos y no agraviar a nadie, siempre fué buena la demasía y nunca se peca por carta de más sino por carta de menos, la hechura del alba es más larga y ancha que no justa y angosta, para que antes se sobre que no se falte en esta soberana virtud de la justicia y caridad del prójimo.

Cíngulo.

El cíngulo es señal de las cuerdas o sogas con que prendieron al Redentor del mundo y le llevaban atado ante los jueces. Y cuando nos ceñimos, hemos de proponer en nuestro corazón ser muy castos, según aquellas palabras del apóstol San Pablo: Ceñid vuestros lomos con el cíngulo de la castidad (3): y también nos los mandó ceñir el apóstol San Pedro y el Señor cuando dice en el Evangelio: Anden ceñidos vuestros lomos, con candelas encendidas en vuestras manos (4). Y porque muchas veces acaece que con título de hacer bien a los prójimos y de consolar alguna persona afligida y sola, se ablanda el corazón con piedad y familiaridad demasiada y nos ponemos a peligro de perder la castidad pasando del amor espiritual al no casto, para significar el recato con que es bien vivamos siempre, se aprieta y ajusta el alba con el cíngulo para señal que no haya demasía en las conversaciones y piedades, con que vengamos a caer en algún descuido de torpeza.

Manípulo.

El manípulo nos ponemos en señal de los cordeles con que el Redentor del mundo fué atado a la columna cuando recibió los cinco mil y tantos azotes. Pónese en el brazo izquierdo porque nos acordemos de proponer y hacer en lo interior un acto de paciencia para sufrir todos los trabajos y adversidades y no descaecer en los siniestros sucesos que nos vinieren. Y porque para la pobreza y aspereza de la religión tenemos necesidad de paciencia, al tiempo de poner el manípulo acordémonos de la vida áspera y penitente que profesamos y determinemos de ser en ella perseverantes.

---

1 I ad Thes., V, 8.
2 Ad Ephes., VI, 14.
3 Id.
4 Luc., XII, 35.

Estola.

La estola es señal de aquella cuerda con que llevaron a nuestro Redentor a la cruz por la calle de la Amargura, y cuando se pone la estola ha de corresponder en lo interior del alma un acto de verdadera mortificación. Pónese primero en la cabeza porque hemos de mortificar los sentidos, proponiendo repugnar, en cuanto pudiéremos, a nuestro gusto y apetito. Luego baja la estola haciendo una cruz en el pecho, porque la perfecta cruz y fruto de ella, y la muestra de la que deseamos es un entrañable amor a la mortificación; y el descender a los dos lados, siniestro y derecho, es porque proponemos de mortificarnos en las prosperidades no dejando llevar la voluntad con el gusto del apetito por el camino de la relajación y vana confianza, porque el lado derecho significa la prosperidad; y en las adversidades, significadas por el izquierdo, proponemos mortificarnos quitando la melancolía y tristeza que suele deprimir y hacer caer en desesperaciones y desconfianzas.

Casulla.

La casulla es señal de la vestidura inconsútil que desnudaron a Cristo al tiempo de ponerle en la cruz, y cuando nos la pusiéremos, corresponda en lo interior el acto de encendida caridad, que ésta es la que da la vida a nuestra alma y perfección a todas las virtudes, y la que hemos de ejercitar a este tiempo que salimos a celebrar, arrojando la voluntad lo más que pudiéremos en el deseo de agradar a Dios en todo cuanto se nos ofreciere.

Cuando el sacerdote sale de la sacristía, acordémonos del nacimiento de Nuestro Redentor cuando salió al mundo de las entrañas purísimas de la Virgen. Y porque Cristo es la verdadera luz que vino a alumbrar a todos los que viven en este mundo (1), y vino del cielo a la tierra para dar luz a los que estaban en tinieblas y sombra de muerte (2), por esa causa se encienden nuevas luces y van delante del sacerdote alumbrando los ministros cuando sale a decir la misa.

Introito.

Cantan en el coro el introito, que significa los deseos grandes que tenían los santos padres del Limbo de que los cielos rociasen desde arriba y las nubes lloviesen al Justo y que la tierra de la sacratísima Virgen pariese al Salvador (3). Del introito dice el glorioso Dionisio Areopagita, estas palabras. Después que el pontífice ha llegado al altar, diciendo algunas oraciones, inciénsale por todas partes y comienza a decir alguna cosa de los salmos, ayudándole todo el coro que con él asiste (4). Y porque conviene que vaya tan puro y limpio el sacerdote como se requiere para tan alto misterio, dice

---

1 Joan., I, 8.
2 Luc., I, 79.
3 Isai., XLV, 8.
4 *De Eccles. Hierarch.*

la confesión general cuando llega al altar para más purificarse, y la oración *Aufer a nobis* para ponerse devoto. Besa la cruz para estar seguro, porque es bien que comience con pureza, devoción y confianza. Antiguamente los apóstoles comenzaban la misa por el *Paternoster*. Después se usó comenzarla por algunas lecciones de profetas como ahora se hace en el Sábato Santo. Y también se decían salmos enteros en lugar del introito; mas el glorioso San Gregorio acortó los salmos dejando algunos versos de ellos y compuso el introito de la misa que ahora tenemos.

Kyrie eleison.

Hablando del Kyrie, eleison el Concilio basense dice estas palabras: Pues que así donde reside la Sede Apostólica como en todas las provincias de oriente y de Italia hay tan santa, saludable y dulce costumbre de decir el Kyrie eleison nueve veces con grande afecto y compunción de corazón, es nuestra voluntad que en todas las iglesias se guarde lo mismo, etc. Fué este concilio en los años de cuatrocientos y cincuenta. Kyrie, eleison es nombre griego, quiere decir Señor, misericordia.

Y el misterio porque hallamos en la misa de San Gregorio palabras griegas como el Kyrie, eleison y hebreas, como amen, alleluia, sabaoth, hosanna y latinas como las demás, es para que nos acordemos que el título de la cruz se escribió en estas tres lenguas, y de todas las naciones y lenguas está congregada la santa Iglesia Católica según aquellas palabras: *Qui per diversitatem linguarum cunctarum Gentes in unitate fidei congregasti, etc.* Cuando se dice el Kyrie, eleison, acordémonos que habiendo nacido Cristo Jesús en el mundo, es bien le pidamos misericordia, pues vino del cielo para salvarnos y porque esperamos con ella gozar de la compañía de los nueve coros de los ángeles que están divididos en tres jerarquias, por eso decimos nueve veces Kyrie, etc., y también en honra de la Santísima Trinidad, pidiendo al Padre misericordia para que por su omnipotencia nos haga fuertes para comenzar el bien, fuertes para resistir el mal y fuertes para perseverar en el bien, según aquellas palabras del salmo: Espera en el Señor y haz tus obras como varón fuerte, confórtese tu corazón y sufre al Señor (1). Otras tres veces decimos Christe, eleison hablando con el Hijo, porque es nuestra luz, nuestra salud y sabiduria del Padre, y pedímosle sabiduría para hallar el camino de nuestra salvación, y lo segundo, para que habiéndola hallado sepamos caminar por él, que esto es andar en verdad, y lo tercero, para que lleguemos al fin de nuestra jornada, que es la vida eterna, porque Cristo, según dice San Juan, es camino, verdad y vida (2). Del Espíritu Santo nos viene la gracia, y porque hemos menester gracia preveniente para comenzar, gracia para aprovechar y gracia para perseverar y acabar bien, repetimos otras tres veces el Kyrie, eleison en honra del Espiritu Santo. O decimos tres veces esa palabra a cada una de las tres personas, porque reconocemos que la mi-

---

1 Ps. XXVI, 14. 2 Joan., XIV, 6.

sericordia de Dios es grande, infinita y eterna, y de todas maneras queremos que use de ella con nosotros perdonándonos nuestros pecados, dándonos gracia y llevándonos a su gloria.

Gloria in excelsis Deo.

Según escribe el papa Telesforo (1), porque los ángeles cantaron la noche de Navidad a los pastores *Gloria in excelsis Deo*, es bien lo cantemos nosotros en la misa, dando muestra de la alegría y contento que tenemos de ver a Dios nacido para nuestro remedio. Esto refiere Telesforo de San Dámaso papa, de quien dice, que fué el primero que lo hizo cantar en la Iglesia. Y para que con atención, devoción y suavidad interior estemos en este paso, imaginemos la iglesia grande, en la cual dice el real profeta David que quería confesar a Dios (2). Y aunque es verdad que las cosas del cielo no son como las imagina la rudeza de nuestro pensamiento, porque son más soberanas y excelentes, pero para aprovechamiento de nuestras almas y para que tengamos más atención en la misa, imaginemos un templo redondo rodeado de gradas y asientos a manera de teatro, y que en la primera grada están asentados todos los serafines, en la segunda los querubines, en la tercera, los tronos, en la cuarta, las dominaciones, en la quinta las virtudes, en la sexta los poderíos, en la sétima los principados, en la octava, los arcángeles, en la novena los ángeles, en la décima los patriarcas y profetas, en la undécima los apóstoles y discípulos, en la duodécima los mártires, en la décimatercia, los confesores, en la décimacuarta, las vírgenes, en la décimaquinta las santas matronas y los demás santos, y, finalmente, otra grada acá en la tierra donde por una parte están sentados el papa y cardenales, arzobispos, obispos, religiosos y sacerdotes y todo el brazo eclesiástico; por otra los emperadores y reyes, príncipes y señores cristianos y todo el brazo seglar, y que en medio de este templo o teatro redondo está el altar donde se celebra la misa, y en él Jesucristo crucificado, y que todas estas criaturas del cielo y de la tierra están mirando a Cristo, oyendo y atendiendo a la misa que celebramos. Imaginemos también que vemos debajo de nosotros el lugar del purgatorio, y en él las almas que penan y están esperando que se les comunique la sangre del cordero, de la cual queramos hacer participantes a todos, a los del cielo con gloria, a los de la tierra con gracia y perdón de pecados, a los del purgatorio con refrigerio y liberación de penas.

Y estando diciendo el Gloria, acordémonos de la soberana merced que recibimos de Dios en hacerse hombre, y no contentos con las gracias que le solemos dar por este beneficio, levantemos los ojos a los cortesanos del cielo y convidémosles a que nos ayuden diciendo: *Gloria in excelsis Deo*, como quien dice: En las alturas del cielo sea dada gloria a nuestro Dios; ellos entendiendo que en lo que más gloria le podemos dar los de la tierra es en guardar su man-

---

1 Epist. I. 2 Ps. XXXIV, 18.

damiento de amarnos como él nos amó, guardando la paz tan encomendada del Señor, y en tener la voluntad recta, buena y agradable a su divina bondad, tornan a respondernos diciendo: *Et in terra pax hominibus bonae voluntatis,* mandando que nos juntemos todos los de la tierra y tengamos paz entre nosotros y buena voluntad para con Dios, y que nos unamos y juntemos con ellos para que con unión de la Iglesia militante y triunfante, salga con mayor ímpetu y afecto el glorificar la Majestad divina. Y luego juntos todos, los del cielo y de la tierra, con ímpetu y fervor de espíritu comenzamos a decir: *Laudamus te, benedicimus te, glorificamus, etc.*, dando loores, alabanzas y gracias al Padre Eterno, al Verbo Divino, al Espíritu Santo, etc. Y es tan grande la embriaguez del espíritu y lo que el alma siente con esta tan soberana compañía, que conviene que el sacerdote vuelva a recoger el pueblo para que guarde la atención de la misa que debe, diciendo: *Dominus vobiscum*, porque presupone que están como alienados y fuera de sí con el ímpetu de gozo que tienen en dar gloria a Dios, y por esta causa llaman aquella oración, que allí se dice *Collecta*, porque recoge el pueblo para la atención del sacrificio.

Dominus vobiscum.

Vuélvese al pueblo el sacerdote con esta salutación, que es la misma con que saludó Ruth a los segadores de Booz (1). Y porque desea que la Santísima Trinidad sea en nuestras almas, dice: *Dominus vobiscum,* como quien dice: El Padre os confirme con su potencia, el Hijo os alumbre con su sabiduría, el Espíritu Santo os abrase con su amor.

Es aquí de advertir que cinco veces vuelve la cara y se manifiesta el sacerdote al pueblo en memoria de las cinco que apareció Cristo el día de su Resurrección, y porque la aparición de San Pedro fué más secreta, se vuelve una vez diciendo con voz baja: *Orate, fratres,* etc. Al *Dominus vobiscum* responde el pueblo: *Et cum spiritu tuo*; las cuales palabras dijo San Pablo a Timoteo (2), dando a entender en esta manera de respuesta que hace el pueblo, desear que el sacerdote, cuando dice misa, sea espiritual y todo lleno de espíritu, según aquellas palabras de San Pablo: *Orabo spiritu, etc.* (3). Y así en este paso los que oyen la misa han de agradecer el buen deseo que tiene el sacerdote de que Dios esté con nosotros, y corresponderle deseando que él sea lleno del Espíritu Santo.

Collecta.

Luego dice la oración, la cual se llama *collecta* porque recoge al pueblo para que esté atento, como hemos dicho, o porque no se solía decir antiguamente sino estando el pueblo junto y colegido, o porque en ella recoge el sacerdote toda la devoción, suspiros, oraciones y lágrimas del pueblo para ofrecerlas a Dios, y así conviene que

---

1 Ruth., II, 4. 2 II ad Timoth., IV, 22. 3 I ad Cor., XIV, 15.

ore en nombre de todos llevando el corazón lleno de la devoción de toda la Iglesia militante y triunfante. Las más de las oraciones se acaban con *per Dominum nostrum Jesum Christum*, porque Cristo nuestro bien es medianero entre el Padre Eterno y los hombres. No quiso el glorioso San Gregorio que se dijesen las dos oraciones que se dicen después de la primera sino debajo de un *per Dominum*, de suerte que parezca una, y que todas fuesen nones y no pares, porque el número par significa división, que es la cosa más aborrecida de Dios, principalmente en este Sacramento que es Sacramento de unión, en el cual hemos de procurar estar siempre unidos con Dios por gracia y con el prójimo en caridad. Dícese una oración porque Dios es uno en esencia; tres en honra de la Santísima Trinidad; cinco en memoria de las cinco llagas, y siete por los siete dones del Espíritu Santo, y nunca se excede de este número porque el sacerdote no sea fastidioso al pueblo. A todas las oraciones responde el pueblo *Amén*, que en hebreo quiere decir lo mismo que firme o hágase así, como declara Justino, filósofo mártir, en la *Apología segunda*. Porque con los deseos y peticiones que el sacerdote pone para con Dios, se conforma y tiene los mismos el pueblo en cuyo nombre el sacerdote las ofrece.

Epístola.

Es la doctrina de los profetas y apóstoles a la cual hemos de estar atentos, preparándonos para recibir la de Jesucristo que se nos canta en el Evangelio. Antiguamente también se decía Epistola en la misa, pues el glorioso San Dionisio Areopagita en el tercer capítulo de la *Celestial Jerarquía*, dice que habiéndose dicho el introito de la misa, lean luego por orden los ministros alguna lección de Sagrada Escritura. Y algunas veces se leen profecías, otras veces epístolas de los apóstoles, porque con esta luz preparó el Señor nuestros ánimos para entender el Evangelio.

Gradual.

Acabada la Epístola, se dice el Responsorio, Gradual y Alleluia. Llámase responsorio porque vamos repitiendo algunas palabras que responden a lo que en la epístola se ha cantado; o porque decimos palabras con que declaramos la devoción que en nuestro corazón responde a la doctrina que en la epístola hemos oído. Gradual se llama porque se solía cantar a versos por diversos ministros que estaban en diversos grados de asientos, o porque vamos subiendo de grado en grado a las virtudes hasta llegar al sumo grado que es cumplir la doctrina del Evangelio que esperamos oir. Alleluia quiere decir lo mismo que load a Dios con alegría, y significa aquel inefable gozo que sentiremos en la gloria, cuando por haber oído y obedecido a las palabras del Evangelio nos veamos en ella, según aquellas palabras de Tobias: Por las plazas y barrios se cantará el Alleluia (1). Es vocablo hebreo y no se tradujo en latín porque no se puede declarar el gozo que encierra,

---

1 XIII, 22.

y acordándonos que mediante la redención de Nuestro Señor Jesucristo hemos de gozar de la alegría del cielo, decimos con ímpetu de gozo, deleite y gusto el Alleluia. Dícese tres veces porque loamos a Dios por quien él es y por los bienes que nos ha dado y loámosle en sus santos. Cántase con pausa alegre y grande porque con alegría hemos de arrojar los corazones en sus alabanzas, como dice el Sabio: Glorificazle cuanto pudiereis que más merece ser alabado.

Evangelium.

Dice el Concilio de Valencia celebrado el año 15, del rey Teodorico, que se diga el Evangelio después de haber cantado la epístola, y antes del ofertorio en la misa de los catecúmenos, y es la razón que así como los apóstoles aparejaban el camino para Cristo, así la doctrina de los apóstoles, que es la que de ordinario se canta en las epístolas, precede al Evangelio de Cristo. Enciéndense al tiempo de decir el Evangelio nuevas luces; llevan la cruz delante e inciensan el libro y el altar; porque el Evangelio de Cristo alumbró los corazones ciegos con su nueva luz de doctrina; dió olor de suavidad con su ley amorosa y suave y extendió la bandera de la cruz en todo lo criado. Cántase hacia la parte del cierzo o septentrión, porque el Evangelio lanza del mundo a Lucifer, príncipe de las tinieblas, que dijo con soberbia infernal, que había de poner su silla a la parte del cierzo y ser semejante al Altísimo (1). Y con estas cosas se acuerda el que canta el Evangelio que ha de procurar luz de sabiduría, olor de buen ejemplo y cruz de mortificación, si quiere ser verdadero ministro significado por la luz, incienso y cruz, y cuando se signa en la frente, boca y pecho para decir el Evangelio, acuérdese que no ha de tener vergüenza de predicarle, y que le ha de confesar con la boca y creer en el corazón, según aquellas palabras del apóstol San Pablo: No tengo vergüenza de predicar el Evangelio (2); y en otra parte: Con el corazón se cree para justicia y con la boca se confiesa para salud (3). Propongan lo mismo todos los que se persignan para oir el Evangelio llevando la misma devoción que lleva el ministro del altar.

Credo.

Llámase el Credo *Símbolo,* que quiere decir junta de voluntades o de consejos; porque es una junta de los artículos de la fe y de todo lo que hemos de creer que hicieron estando juntos los Apóstoles antes de ir a predicar por todo el mundo. Y porque después se levantaron algunas herejías en la Iglesia Católica, declaró el Concilio Niceno primero más particularmente los misterios del Credo, componiendo el Símbolo Niceno, que es el que en la misa se canta, y la razón de cantar el Credo, según declara el Concilio tercero Toledano celebrado en el año de 580, fué para profesar la fe cristiana, pues que hemos oído alguna parte de ella en el Evangelio; y así se ha de decir el Credo haciendo con el corazón muchos actos interiores de fe.

---

1 Isai., XIV, 13. 2 Ad Rom., I, 16. 3 Ad Rom., X, 10.

Offertorium.

En el Ofertorio ofrece el sacerdote la hostia y el cáliz con vino y agua, y el pueblo ofrece los dones que se suelen llevar a la Iglesia, como las ofrendas de pan y vino y dineros y otras cosas. Y conviene que así como ofrecen dones, ofrezcan también sus almas puras y agradables a Dios poniéndolas en manos de la divina voluntad, pues está escrito que puso Dios los ojos en Abel y luego los puso en sus dones, y no miró a Caín ni a sus dones (1) porque no le era agradable. Aparéjase el cáliz con vino y agua para dar a entender que de la llaga de Cristo manó agua y sangre, y esta sangre es el sacrificio más agradable al Padre Eterno. Y porque el agua significa el pueblo, según se dice en el Apocalipssis (2), dáse a entender que todo el pueblo procure ser una misma cosa con Cristo, como lo pedia el mismo Señor a su Eterno Padre, diciendo: Ruégote, Padre, que sean una misma cosa conmigo, como tú y yo lo somos (3). Aparéjase el sacerdote para el ofertorio incensando, lavándose las manos y orando, porque da a entender que el sacrificio que quiere hacer es odorífero en la presencia de Dios, según aquellas palabras del Apóstol: Entregóse por nosotros a Dios como hostia y oblación en olor de suavidad (4). Lávase los dedos, según dice San Dionisio en el libro *De Ecclesiastica Hierarchia,* significando que conviene que esté limpio no sólo de los pecados veniales sino también de las más mínimas imperfecciones que hubiere cometido. Hace oración diciendo: *In spiritu humilitatis, etc.*, y pide oraciones al pueblo diciendo: *Orate, fratres, pro me, etc.*, porque se conoce por indigno de hacer tan alto sacrificio si no es ayudado con oraciones.

Praefatio.

Según se colige del glorioso San Cipriano, mártir (5) y del glorioso San Juan Crisóstomo, de San Agustín (6), y San Ambrosio, antes que el sacerdote entre en aquella maravillosa oración del cánon, pretende disponer los ánimos de los oyentes diciéndoles alguna cosa de la alteza del Sacramento y de la reverencia y atención que en él deben tener, y canta alabanzas y loores a Dios para que nos sea propicio y use con nosotros de misericordia. Y así dice: Ea, hermamanos, *Dominus vobiscum*: el Señor sea con vosotros; responden. Y sea también con tu espíritu. Torna a decir: *Sursum corda*: Levantad los corazones a lo alto; responden: Ya los tenemos levantados a Dios en quien creemos, confiamos y adoramos. Dice el sacerdote: *Gratias agamus Domino Deo nostro*: Demos gracias a nuestro Señor Dios por la merced que nos ha hecho de haber levantado vuestros corazones, pues no teníais fuerzas para ello; responden: Digna y justa cosa es darle gracias por tan señalada merced. Toma ocasión

---

1 Gen., IV, 4, 5.
2 Apoc., XVII, 15.
3 Joan., XVII, 21.
4 Ad Ephes., V, 2.
5 S. Ciprian., in orat. de Nativ. Domini.
6 S. August., *De viduitate*, c. 16.

de allí el sacerdote para dar gracias a Dios por los demás beneficios de su mano recibidos, diciendo: *Vere dignum et justum est, etc.* Verdaderamente es cosa digna y justa, santa y saludable, Señor, Padre omnipotente que te demos gracias, etc., y acaba su prefacio, que todo está compuesto de alabanzas divinas.

Sanctus, Sanctus, Sanctus.

Dice el Concilio Basiliense que es tan dulce, sabrosa y amable cosa estar llamando a Dios santo, santo, santo, que no solamente en todas las misas, pero sí de día y de noche lo estuviesen las almas cantando, no les engendraría fastidio, etc. Tomó la Iglesia esta voz de aquellas palabras del profeta Isaías donde dice: Que vió al Señor sentado en su trono levantado y dos serafines diciendo: Santo, Santo, Santo eres Dios de las batallas, etc. (1). El glorioso San Juan Damasceno cuenta que habiendo pestilencia en Constantinopla en una procesión que por ella se hacía, un niño fué subido visiblemente al cielo y esperando todos con gran admiración y atención el suceso, tornó luego a bajar, diciendo que había oído cantar a los ángeles: *Sancte Deus, sancte fortis, sancte et immortalis, miserere nobis.* Y al punto que el niño acabó de decir estas palabras cesó la pestilencia; y por esta causa y ser ellas tan dulces, se mandó en el Concilio calcedonense que se digan *Sanctus* en todas las misas; y así es bien que las digamos con espíritu, a las cuales añade la Iglesia las que cantaron los niños el día de los Ramos a la entrada de Cristo Nuestro Señor en Jerusalén: *Benedictus qui venit in nomine Domini, etc.*

Te igitur.

Divídese la misa en tres partes: la primera se llamaba misa de catecúmenos, que era desde el principio hasta el prefacio; la segunda se llama canon, que comienza desde el *Te igitur,* hasta *Praeceptis salutaribus moniti, etc.*; la tercera se llama comunión, que es desde aquel punto hasta el cabo. Es el canon una oración secreta y una regla y parte principal de la misa en la cual se bendice la ofrenda, invócanse los santos, sacrifícase Cristo, conságrase la hostia y cáliz, aplícase su valor a vivos y a difuntos y danse gracias por tan alto sacrificio. Llamóse según San Isidoro, y Papias, canon, que quiere decir regla o institución. Parte del canon compuso Cristo, conviene a saber, las palabras de la consagración y las del Paternoster; parte los apóstoles, como las cruces que en él se hacen y la invocación antes de consagrar, como se colige de San Basilio; parte los papas, como San Gelasio y otros pontífices; y porque lo debió de juntar todo San Epifanio, dice San Gregorio (2) que ordenó el canon *quidam scholasticus,* que según algunos se entiende por San Epifanio.

Divídese el canon en seis partes. En la primera pedimos a Dios que bendiga el pan y vino que se ha de consagrar; y ofrécese por

---

1 Isai., VI, 3. 2 S. Gregor., in Epist. ad Joan. episcop.

la Iglesia, por el papa, por el rey, por los encomendados. En la segunda invócanse los santos juntando nuestra devoción con la suya, para que todos juntos ofrezcamos la divina ofrenda, que es Cristo Jesús, a su Eterno Padre. Y comienza desde aquellas palabras *Communicantes,* etc. En la tercera pedimos a Dios que reciba nuestros dones para que por ellos nos libre de la condenación eterna y nos dé su gracia y gloria; comienza desde *Hanc igitur.* En la cuarta pónense las palabras de la consagración con las cuales se convierte el pan en carne y el vino en sangre, y comienza esta cuarta parte desde *Qui pridie quam pateretur.* En la quinta acordámonos de la cruz y de todos los misterios de Cristo, y pedimos que por ellos sean recibidos nuestros sacrificios, comienza *Unde et memores.* En la sexta y última pedimos, mediante el sacrificio de la misa, descanso para los difuntos y parte en la bienaventuranza en compañía de los santos para nosotros los ministros; comienza desde aquellas palabras *Memento etiam Domine,* etc. *Nobis quoque peccatoribus,* etc.

Dícese el canon con voz baja para darnos a entender que hemos de tener atención en lo interior; y se declara que son tan altos y tan inefables los misterios que allí se tratan con Dios que no es bien los oiga el pueblo para que los tengan en mayor veneración. Y pues nuestra madre la Iglesia dice el canon secreto, porque no quiere que sus secretos se descubran a todos, no es bien que nosotros declaremos al pueblo las palabras del canon en este libro, sino que solamente declaremos lo que se ve hacer públicamente cuando el sacerdote está en el cánon y digamos el espíritu que se ha de tener mientras se dice.

Todo este tiempo se ha de gastar en pensar en la pasión de Cristo y en su cruz y el deseo que tenía de salvarnos muriendo en ella; y esta es la causa por qué el sacerdote hace tantas cruces. Al principio humíllase, besa el altar y comienza a hacer tres cruces, significando la obediencia y humildad que Cristo Jesús tuvo a su Eterno Padre cuando quería padecer y el dulce beso de amor de las almas por quien iba a morir. Y porque el Padre le entregó a la muerte según aquellas palabras del Apóstol: A su propio hijo no perdonó, mas por nosotros le entregó (1); y el mismo Hijo se ofreció a la cruz, según aquello que dice San Juan: Mi alma pongo por mis ovejas (2), y el Espíritu Santo también le entregó, pues murió por amor, de aquí se colige que este morir Cristo en cruz hemos de agradecer a todas las tres personas, y por esta causa hceamos las tres primeras cruces.

Más adelante hacemos cinco cruces juntas cuando decimos: *Benedictam, adscriptam, etc.,* en memoria de los cinco días de la semana santa, desde el día de Ramos hasta la feria sexta, porque en todos ellos padeció Cristo trabajos por nuestra salvación.

Cuando se levanta la hostia acordémonos de cuándo Cristo fué enclavado y levantada la cruz en alto para que todos le mirasen. El levantar del cáliz da a entender que estando así levantado delante

1 Ad Rom., VIII, 32. 2 Joan., X, 15.

de todo el mundo, derramó su sangre para nuestra salvación. Extiende el sacerdote los brazos para que nos acordemos que los extendieron a Cristo cuando le enclavaron descoyuntando sus huesos, como dice el Profeta (1). Luego hace otras cinco cruces, cuando dice: *hostiam puram, etc.*, en señal de las cinco llagas, y tórnase a inclinar y besar el altar, dando a entender la obediencia y el amor que nos mostró Cristo cuando murió en la cruz. Hace después de esto otras tres cruces, diciendo *Corpus, et sanguinem, etc.*, dando a entender que por la cruz de Cristo los bienaventurados tienen gloria y los del purgatorio alcanzan refrigerio de su pena y nosotros pecadores gracia y perdón de nuestras culpas.

Hiérese el sacerdote en el pecho diciendo: *Nobis quoque peccatoribus* en memoria de la contrición que entonces tuvo el buen ladrón, para que nosotros juntamente nos convirtamos con él, pues es el mismo Cristo el que está en las manos del sacerdote y estaba en la cruz muriendo y perdonando al buen ladrón. Finalmente, hace otras ocho cruces, tres primeras, cuando dice: *Sanctificas, vivificas, benedicis*: que significan las tres horas que estuvo Jesucristo en la cruz antes que expirase. Las otras tres *per ipsum et cum ipso, et in ipso*, significan las tres horas que estuvo muerto antes de la sepultura. Otras dos hace en el labio del cáliz y hacia el pecho para significar el misterio del agua y sangre que manaron del costado de Cristo en la cruz. Y cuando se hacen estas cruces se descubre el cáliz, porque entonces se rompió el velo del templo y se descubrió el *Sancta Sanctorum*. Y aunque es verdad que los misterios de estas cruces se declaran de otras muchas maneras por los sagrados doctores, parecióme seguir la doctrina de San Juan Crisóstomo y de los santos que las declaran así, para que el que oye la misa no salga un punto de la consideración de Cristo puesto en cruz. Todo esto dice el sacerdote en el silencio y luego levanta un poco la voz diciendo: *Per omnia saecula saeculorum*, en memoria de la voz que levantó Cristo cuando expiró *cum clamore valido, et lacrimis* (2) diciendo: *Pater, in manus tuas commendo spiritum meum* (3). Responden los circunstantes *Amen*, acompañando con deseo los clamores y lágrimas de compasión de la Santísima Virgen y de las otras santas mujeres que se hallaron al pie de la cruz.

Pater noster.

Según refieren los sagrados doctores, San Jerónimo (4), y San Agustín (5), dícese el Paternoster en la misa porque es la oración más excelente que podemos decir así para alcanzar las peticiones que en ella se contienen como para prepararnos a la comunión. Y es de advertir que en las misas cantadas tiene el subdiácono la patena cubierta, y cuando se dice el Paternoster se descubre; y porque la patena suele ser dorada y el oro significa la divinidad, quiso nuestra madre la Iglesia que en esta ceremonia entendiésemos que todo el

1 Ps. XXI, 18.
2 Ad Haebr., V, 7.
3 Luc., XXIII, 46.
4 S. Hieron. contr. Pelag., lib. 6.
5 S. August., Serm. in vigil. Pasch.

tiempo que estaba Cristo padeciendo en la cruz, la divinidad estaba como cubierta con un velo porque no se veían sino trabajos y dolores; mas en el punto que expiró en la cruz se descubrió un poco haciendo efectos de divinidad, como se vió en el terremoto, eclipse del sol, en romperse el velo del templo, etc. Y por esa causa dijo el Centurión: *Vere filius Dei erat iste* (1). Y así para significar este descubrimiento de la divinidad, descubre el diácono la patena quitando el velo que tenía delante.

Pax Domini sit semper vobiscum.

Antigua costumbre es decir en las misas *pax Domini, etc.*, como se colige de San Dionisio, libro *De Ecclesiastica Hierarchia*, y de Justino, filósofo mártir, y del papa Inocencio III, en la epístola que escribió a Decencio, obispo; dícense estas palabras porque mediante la cruz y pasión de Cristo vino la paz al mundo, y se hicieron las paces entre Dios y los hombres y entre los cielos y la tierra, y porque es razón que nos preparemos con paz para recibir el Sacramento de paz. Pero primero que se diga *Pax Domini, etc.*, levanta el sacerdote la voz en alto, diciendo: *Per omnia saecula saeculorum*, y levántase la hostia en memoria postrera de que acabado el silencio y trabajo de la muerte y pasión de Cristo, resucitó y apareció a sus discípulos, a los cuales siempre saludaba, diciendo: *Pax vobis.*

A este tiempo se divide la hostia en tres partes para significar que es ofrenda que se hace a la Santísima Trinidad, o para significar los tres estados de fieles por quien se ofrece la misa, conviene a saber, los bienaventurados significados por la parte mayor de la hostia, y los que están en el purgatorio a quien significa la otra parte donde se rompe la partícula, los cuales aunque estén seguros de su salvación, no gozan de la bienaventuranza del cielo hasta que salgan del lugar de la pena; la tercera, que es la que se echa en el cáliz, significa los que están en la vida presente, que conviene que sean compañeros de la pasión y sangre de Cristo, si quieren participar de la gloria de su resurrección. Cuando se divide la hostia, podemos traer a la memoria aquel estado de tiempo cuando Cristo expiró en la cruz, que se apartó el alma del cuerpo y la sangre que tenía en las venas se derramó. Y por esta causa de la segunda partícula, que significa el cuerpo, se parte la tercera, que significa la sangre, y cae en el cáliz en que está la sangre de Cristo. Puédese también entender por esta junta de la parte de la hostia con el cáliz la Resurrección de Cristo Jesús donde se juntó el alma con su cuerpo; y porque esta unión se hizo mediante la virtud infinita de las tres personas divinas, se hacen a ese tiempo tres cruces en la misma hostia. Y también para significar las tres paces que recibimos mediante la pasión de Cristo: paz de tiempo con que nos espere a hacer penitencia; paz del corazón con la gracia que comunica a los que de veras se convierten, y paz eterna de gloria que dará a los suyos en la bienaventuranza.

---

1 Marc., XV, 39.

Agnus Dei, etc.

Según el apóstol San Pablo, Cristo vino al mundo para perdonar pecados y para reconciliarnos y ponernos en paz con el Padre Eterno como fiel Pontífice y medianero entre Dios y los hombres; y por esta causa le consideramos después de haber subido al cielo y sentádose a la diestra del Padre ejercitando el oficio de medianero y poniéndole delante su muerte y pasión; y así levantamos a él los corazones, diciendo: *Agnus Dei, etc.* Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo, ten misericordia de nosotros. Y dase paz al pueblo para significar que conviene que nosotros andemos unidos en caridad y vivamos con paz, que es vínculo por donde se llega a la perfección, si queremos gozar de la intercesión del Príncipe de la paz (1) y de su compañía en las moradas eternas. Porque no es justo estar divididos en la tierra los que tienen por padre en el cielo al mismo Redentor, Señor y Juez asentado a la diestra del Eterno Padre, que está esperando los hijos que en este mundo moraren en paz para juntarlos consigo en la bienaventuranza; y porque nos envió al Espíritu Santo en lenguas de fuego para abrasar nuestros corazones en amor y el beso significa amor, por esta causa en aquel tiempo se da el *osculum pacis,* que tanto deseaba la Esposa en los *Cantares* (2).

Communio.

Apercíbese el sacerdote para comulgar con ejercicio de las virtudes, principalmente de la humildad, diciendo las mismas palabras del centurión cuando convidándose Cristo a ir a su casa a curarle su criado, respondió: *Domine, non sum dignus, etc.* (3). A este tiempo los seglares que no comulgaren sacramentalmente es bien que comulguen espiritualmente con el sacerdote, haciendo las mismas diligencias y apercibimientos que si comulgasen; y los que hubieren de comulgar dispongan sus conciencias para recibir tan alto Sacramento.

Communicanda.

Según refiere el glorioso San Dionisio en acabándose de recibir la sagrada comunión da el pueblo gracias por las mercedes recibidas, y principalmente por el misterio de su Redención que en la misa se celebra (4). Y en señal de esto, levantan las voces y ruéganle como a Señor que asiste en la bienaventuranza con el Padre Eterno, les dé gracia y virtud de perseverancia y por esa causa dice el sacerdote la oración postrera.

Benedicamus Domino o *Ite missa est.*

Manda el Concilio Agatense, que se celebró el año del Señor de cuatrocientos y dieciocho, que ninguno se salga de la iglesia hasta

---

1 Isai., IX, 6.
2 Cant., I, 1.
3 Matth.. VIII, 8.
4 *De Eccles. Hierarch.*, c. 6.

echada la bendición, con la cual el pueblo se despide en paz, dando gracias a Dios por los misterios de la misa y por la gracia que mediante ellos recibe. Y porque después de la venida del Espíritu Santo los sagrados discípulos fueron enviados por todo el mundo a predicar el santo Evangelio, el diácono, que representa a los discípulos se vuelve al pueblo, diciendo *Ite, Missa est.* Y el pueblo será bien que se acuerde de la merced recibida de Cristo con el Evangelio que los apóstoles les predicaron, y dé gracias a Dios diciendo *Deo gratias.*

Esto baste para declaración de la misa y dar alguna luz con que se oiga con atención y se asista a ella con devoción. Que aunque rezar en la misa vocalmente es mejor que estar sin atención, de mayor provecho es estar atentos entendiendo y participando de los divinos misterios que en ella se celebran y representan.

DECLARACIÓN DEL PATERNOSTER

Donde se trata de las peticiones que en él se contienen y de los actos interiores de voluntad y entendimiento, que son pensamientos y deseos que el alma debe tener cuando le reza.

Declara el real profeta David cuán necesario sea traer siempre ocupada el alma en buenos pensamientos y deseos diciendo: El pensamiento del hombre te confesará, Señor, y las reliquias de los pensamientos te celebrarán día de fiesta (1), como quien dice: con los buenos pensamientos te glorificarán, y el día y tiempo que se gastare en los buenos deseos, que son las reliquias que quedan de los buenos pensamientos, será día santo de fiesta agradable para ti. Porque así como con el pensamiento consentido de pecado mortal pierde el alma la gracia y se condena para siempre, así con los buenos pensamientos y deseos aumenta la gracia, conserva las virtudes, dispone el espíritu para obrar cuando venga la ocasión; ocupa el tiempo lo mejor que ser puede, resiste a los malos pensamientos, afervórase para la mayor devoción y gana eterna gloria.

Y porque la más excelente oración de todas es la del Paternoster, las peticiones, pensamientos y deseos que en sus palabras se encierran son los más altos, más necesarios y más perfectos. Por lo cual será bien que vayamos declarando en cada palabra el acto interior que le puede corresponder, según la devoción de algunos, porque rezando el Paternoster con la boca, aunque actualmente no se sienta gusto en lo que propone el deseo, como tenga intención de querer la voluntad lo que dice la boca, y el corazón no ponga contraria determinación, es acto libre y meritorio; y porque no todos en los actos interiores que hacen quedan satisfechos, ni en todo tiempo está el espíritu dispuesto para la atención interior, y sea muy fácil repetir una palabra del Paternoster por las cuentas del rosario, en que se puede emplear mucho tiempo de lo que se pierde de entre día, será bien que decla-

1 Ps. LXXV, 11.

cemos las palabras del Paternoster y algo de lo interior que el corazón desea mientras las repite con la boca.

Pater noster qui es in caelis.

ACTO DE CONFIANZA.

Pues Nuestro Señor Jesucristo nos manda que llamemos Padre a Dios, y sabemos que los padres sustentan, favorecen y amparan sus hijos, y no hay padre tan malo que pidiéndole el hijo pan le de piedra, ni si le pide huevo, le dé escorpión (1); y no tenemos a quien acudir sino a tal Padre, que es Padre de misericordia, y confesamos que está en el cielo, sustentando el mundo y dando gloria a los ángeles con estas palabras: *Pater noster qui es in caelis*, nace en nuestras almas gran confianza de que este Padre nos ha de llevar al cielo y favorecernos en todos nuestros trabajos. Y así estas palabras nos pueden animar en todos nuestros desconsuelos, desconfianzas y temores, si las repetimos muchas veces haciendo en lo interior acto de verdadera confianza.

Sanctificetur nomen tuum.

ACTO DE AMOR DE CRISTO.

Nombre de Dios se llama Cristo o nombre significa el conocimiento de Dios; y si bien miramos, todos los deseos de quien tiene pura oración van a parar en este universal deseo de que Jesucristo y su cruz, sangre y valor sea conocido, adorado, glorificado y honrado en todo el mundo, porque no puede el corazón devoto sufrir que haya hombre que no conozca y adore a Cristo Jesús, y antes le parece que es poco este mundo criado para cumplir con lo que Cristo merece; y querría que el Padre Eterno criase de nuevo otros cien mil mundos para que todos adorasen y glorificasen a su divino Hijo, y ningún otro deseo ni palabra le llena tanto como esta: Santificado sea tu nombre, glorificado sea Cristo, bendito sea Cristo, etc., haciendo en lo interior cuando la dice un fervoroso acto de amor de Cristo. También nombre significa la honra y fama; y lo tercero el nombre con que le nombramos, y así pedimos tres cosas: la primera, la honra de Dios, la segunda, la gloria y honra de Cristo, la tercera, que nadie perjure ni blasfeme su santo nombre.

Adveniat Regnum tuum.

ACTO DE MARTIRIO.

Desea tanto el alma servir a Dios que no se contenta con menos que morir por él para ir luego a gozar de su reino, no pudiendo sufrir el deseo que le causa la ausencia y amor; y así dice: Dame, Se-

1 Luc., XI, 11.

ñor que muera por ti para que reine contigo, y muera yo mil muertes por gozar de tu santísimo reino. Tres reinos de Dios hay. El primero, la gloria; el segundo, la gracia; el tercero, el reino interior del espíritu; y así en esta petición pedimos a Dios gloria eterna, gracia en este mundo y espíritu verdadero.

Fiat voluntas tua sicut in caelo et in terra.

CONFORMIDAD CON LA VOLUNTAD DE DIOS.

Ninguna persona hay que no tenga trabajos o que no le suceda algo contra su voluntad, gusto y opinión; y es gran alivio repetir muchas veces que se haga la voluntad de Dios para que cuando se ofrezca lo contrario a nuestro deseo, el alma se halle apercibida con el rendimiento de su voluntad en la voluntad divina y gane con esto aquella soberana resigación, de donde nace la paz interior, tranquilidad y serenidad de espíritu que la tiene siempre en un ser con cualquier suceso que se le ofrezca; y ejercitando este rendimiento, enséñese a hacer actos interiores de esta conformidad, diciendo, *fiat, etc.* La voluntad de Dios se nos manifiesta en tres cosas: La primera, en su ley; la segunda, en las obligaciones del estado de cada uno; la tercera, en los consejos y avisos que nos da Dios por mano de nuestros superiores y confesores, que son los que nos gobiernan; y así pedimos en esta petición que Dios nos dé guarda de su ley y mandamientos, observancia de las obligaciones que tenemos y de los consejos y mandatos de nuestros superiores.

Panem nostrum quotidianum da nobis hodie.

ACTO DE POBREZA.

Conténtase con un pedazo de pan que baste para cada día, dado por la mano de Dios, y desprecia y aborrece todas las demás riquezas y abundancia de cosas temporales del mundo de cualquier otra manera poseídas; y así dice a su Dios: Señor, dame un pedazo de pan con que hoy pueda pasar la vida para serviros y todo lo demás del mundo no lo quiero.

Pan significa lo primero el Santísimo Sacramento del Altar, lo segundo, los medios espirituales para nuestra salvación, como virtudes, sabiduría, etc.; lo tercero, los medios corporales, como salud, sustento, vestido, etc. Y así pedimos comulgar bien y lo que tenemos necesidad para salvarnos y lo temporal para conservar la vida.

Et dimitte nobis debita nostra.

ACTO DE CONTRICION.

Acuérdansele los pecados de la vida pasada y pésale en el alma de haberlos cometido y con propósito firme de confesar los que no hubiere confesado y de nunca más pecar; pide a Dios que se los perdone, llorándolos con un verdadero acto de contrición, diciendo, *Di-*

mitte, etc. Tres maneras hay de pecados, conviene a saber; pecados propios y claros, pecados ocultos y pecados ajenos; pedimos pues que todos nos los perdone Dios.

Sicut et nos dimittimus debitoribus nostris.

ACTO DE AMOR DE LOS ENEMIGOS

El camino más corto, más cierto y más seguro para llegar a la perfección es el amor de los enemigos, como dice el Señor por San Mateo: Amad a vuestros enemigos, etc. Sed perfectos, etc. (1). Como quien dice: esta es la perfección verdadera, amar los enemigos, hacer bien a los que os hacen mal, orar por los que os persiguen y calumnian; y no hay alma tan pacífica y apartada del mundo que no tenga alguno que a ella o a sus cosas no sea de alguna manera contrario o a quien no tenga algún mal querer o repugnancia de la voluntad, que muchas veces acaece sin causa y de valde. Pues quien quisiere merecer mucho delante de Dios, acuérdese de todos estos a quien no tiene tan entrañable amor como a sí mismo, y póngalos delante de los ojos perdonándoles las injurias de ellos recibidas y ofreciendo dar la vida por la salvación de cualquiera de ellos si fuese menester, así como Cristo murió rogando por sus enemigos y por todos los pecadores; y perdone las ofensas que le hubieren hecho, así como querría que le perdonase el Señor a él sus culpas, deudas y pecados, diciendo: *Sicut et nos, etc.*

Et ne nos inducas in tentationem.

ACTO DE RESISTENCIA A TODAS LAS TENTACIONES.

Cuando nos combate alguna tentación, si estuviésemos diciendo estas palabras y pidiendo a Dios favor, no caeríamos aunque más importuno y pegajoso sea el mal pensamiento y que parezca que el alma no le desecha tan presto del corazón; porque si dice alguna palabra o hace alguna obra con deseo de resistir, es señal que no consiente, pues que la victoria no consiste en echar luego de sí el pensamiento malo, que todas veces no le pueden olvidar tan presto, sino en no tener consentimiento de él en la voluntad; y por señal de que el alma no consiente, diga esta palabra: *Et ne nos inducas in* tentationem, cuando está peleando con la tentación y se viere tentado. Y si se previniese con estas armas haciendo estos propósitos de resistir cuando no está tentado, hallaríase más fuerte para resistir al tiempo de la tentación. Tres tentaciones hay y tres tentadores: mundo, diablo y carne; para todas tres pedimos favor.

---

1 Matth., V, 44, 48.

Sed libera nos a malo.

ACTO DE RECATO.

El que ama el peligro perecerá en él (1), dice la Escritura; y por esa causa es de gran fruto estar pensando en los peligros y males de la vida presente, proponiendo con el favor divino de no ponerse en ocasiones, diciendo: *Sed libera nos a malo.* De tres males pedimos a Dios ser libres: del infierno, del pecado y de los males y trabajos de esta vida, que nos pueden hacer caer con impaciencia.

Amen.

ACTO DE FIRMEZA EN LOS VOTOS Y PROPOSITOS DE LA VIDA PASADA.

Amen en hebreo quiere decir firme, y una de las cosas que el alma más siente es ver que cada día propone buenas cosas y que no persevera en ellas; antes falta al mejor tiempo volviendo atrás de lo que propuso, y que quebranta los votos que prometió y que se ha olvidado de los buenos deseos antiguos que ha tenido, y así acordándose de ellos los torna a ratificar y proponer de nuevo, diciendo esta palabra: *Amén,* firme, como quien dice: Firme estoy, Señor, en todos mis votos y propósitos, líbrame tú de todo mal, o esto, Señor, que te pido, se cumpla y sea firme.

Este Paternoster se puede rezar de muchas maneras. La primera, tomando por ejercicio considerar cada día una palabra de éstas pará meditar en ella y ejercitarse en aquel acto que le corresponde, o considerar todo el Paternoster y los siete actos. La segunda, teniendo ejercicio de pasar cada día una vez el rosario haciendo estos actos, pues se hacen con tanta presteza, que puede no durar más ni gastarse más tiempo en el deseo que está en el corazón que cuanto dura la palabra que se dice; y si llevare continuamente un mismo acto que dure mucho tiempo, aunque repita muchas veces las mismas palabras, tanto que mejor y de mayor merecimiento. La tercera, según la necesidad que el alma tiene, echar mano del rosario y decir la palabra que más le viene a propósito, como si se viese desconfiado decir muchas veces: *Pater noster qui es in caelis*; si tentado, *et ne nos in ducas, etc.* La cuarta usando de este ejercicio a tiempos desocupados, como cuando va camino, cuando espera algún negocio, cuando está de noche sin poder dormir o cuando está indispuesto el cuerpo, porque aunque no vaya haciendo mucha instancia ni vaya con interior sentimiento o gusto sensible, como el corazón no repugne a lo que la boca dice, es acto de la voluntad agradable a Dios, meritorio y fácil de hacer.

---

1 Eccli., III, 27.

DECLARACIÓN DEL AVEMARÍA

Donde se contienen las alabanzas de la Virgen y las siete peticiones que en esta salutación se le pueden hacer.

No es mi intento declarar los grandes misterios, subidos conceptos y profundas doctrinas que en las palabras del Avemaría declaran los santos, especialmente San Ildefonso (1) y San Julián Pomario (2), arzobispos de Toledo, S. Andrés Hierosolimitano, arzobispo de Creta (3), San Gregorio Nacianceno (4), San Ireneo (5), San Anselmo (6), San Efrén el de Siria, San Agustín, San Ambrosio, San Pedro Crisólogo, el divino Bernardo y otros muchos santos en particulares tratados que sobre ello hacen; y en los Comentarios sobre San Lucas, en el capítulo *Missus est angelus, etc.*, sino solamente recopilar una doctrina clara, fácil y breve con que pueda quien reza el Avemaría con atención acertar a loar y glorificar a esta Señora y a pedirle lo que más aprovechare para su alma.

Consideremos que una mujer que tuviese su marido y un solo hijo presos para justiciar por graves delitos, alcanzase poder entrar a la reina a pedir favor para que el rey revoque la sentencia y les dé por libres. Esta al entrar a hablar con la reina, la saludaría, que no había de ser descomedida, y para ganarle la voluntad la loaría de agraciada, misericordiosa, buena y santa; y sabiendo cuánto gustaría la reina, le pondría delante el bien que es tener tan buen marido como el rey, y haber sido enriquecida y dotada de buen padre, tener por hijo y fruto de bendición un príncipe excelentísimo. Y con estos loores y bendiciones que da a la reina y a su padre, esposo e hijo, la inclina a que le haga merced de interceder con el rey para la libertad de su hijo y marido. De la misma manera el alma devota viéndose condenada a muerte eterna por sus pecados, necesitada de gracia, espíritu y virtudes, y llevando presentes las necesidades de toda la Iglesia, ya que alcanza tan gran bien como que pueda entrar a hablar con la Reina del cielo y de la tierra, hija del Padre Eterno, Madre del Unigénito Hijo y Esposa del Espíritu Santo, puesta ante ella de rodillas, salúdala, lóala, pide que interceda, diciendo con la mayor atención, devoción, reverencia y afecto que pudiere estas palabras.

---

1 S. Ildephon., *De Virgin. Mariae.*
2 S. Julian, Pomar., *De laud. Mariae.*
3 S. Andreas. Hieros. super *Missus est.*
4 S. Greg. Nazianc., *De Orat. Christus patiens.*
5 S. Ireneus., *Contra haeres.*, lib. II.
6 S. Anselm., *De laud. Mariae.*

Ave María.

Ave es salutación como quien dice: Dios te salve, Dios sea con vos, estéis en hora buena, bésoos las manos, etc. También *Ave* en latín quiere decir sin ¡ay!, porque *ve* es lo mismo que ¡ay!, tristeza, pecado y dolor, y *a* significa sin, como quien dice sin pecado. *María* en lengua siriaca quiere decir Señora; en lengua caldea, ensalzada y levantada; en hebreo, estrella del mar, o la que alumbra, o mar de amargura; en latín significa muchos mares, que es plural de *mare*. Pues diciendo el alma *Ave, María*, saluda y loa a la Virgen y dice: Dios te salve, la que eres sin pecado; Señora del mundo, estrella del mar, luz nuestra; amarga en la pasión de tu Hijo; ensalzada sobre todas las criaturas, mar abundante en todas perfecciones, pídote, Señora, me alcancéis que yo viva sin ¡ay! de mi pecado y pena y luz para que me salve, consuelo en mis amarguras y trabajos, y un mar de lágrimas en mis ojos con que haga verdadera penitencia.

Gratia plena.

Con estas palabras loamos a la Virgen por la plenitud de gracia que el Señor en ella infundió, y la pedimos nos alcance gracia del Señor, que da gracia y gloria. Y así como las otras mujeres se huelgan que las llamen graciosas y hermosas, así se alegra la Virgen cuando la llaman llena de gracia, porque redunda en alabanzas del que se la dió. Cuando decimos estas palabras con alabanzas de la Virgen, digamos dentro de nuestro corazón: Bendita seais, Señora; llena de toda gracia preveniente, inspiraciones divinas, gracia habitual, gracias *gratis datas,* virtudes, perfecciones y todo género de bienes que proceden de la gracia; vos, Señora, sola en el mundo sois la más graciosa, más hermosa y más agradable interior y exteriormente de cuantas nacieron. Suplico intercedáis por mí, para que el Señor me dé su gracia.

Dominus tecum.

Alégrase una reina y cualquiera otra mujer cuando tiene buen marido, señor, rico, principal, etc., y que está siempre con ella favoreciéndola, regalándola y haciéndole mercedes. Pues también gusta la Virgen María, cuando con afecto y devoción le decimos que el Señor de todo lo criado está siempre con ella; y con esto nos atrevemos a pedir que esté siempre con nosotros y no nos desampare, diciendo: El Señor está con vos, María, por esencia, por potencia y por presencia muy más aventajadamente que en otra criatura. El Señor está con vos por fe viva, por caridad ferviente y por unión perfecta con más ventajas que en ningún ángel ni alma criada que le crea, ame, adore y reverencie; el Señor está con vos en vuestro vientre y entrañas como verdadero hijo. Suplícoos, Señora, me alcancéis, que esté siempre Dios conmigo en todas mis potencias y sentidos, en todas mis obras, palabras y pensamientos y no se aparte

dc mí ni me deje de su mano para que siempre le sirva y nunca le ofenda.

Benedicta tu in mulieribus.

Bendiciones en las Divinas Letras quieren decir, dádivas, mercedes y regalos, según aquellas palabras del salmo: Abres, Señor, tu mano y llenas a todos de bendición (1); y llamar a la Virgen bendita entre todas las mujeres es decir que ha recibido más mercedes que ninguna mujer criada. Las mujeres del Viejo Testamento eran benditas cuando tenían hijos, y decía la Escritura: *Non erit sterilis in Israel* (2), no haya estéril y que no tenga hijos en Israel. En el Nuevo Testamento son más benditas las vírgenes que las que lo dejan de ser, porque, según San Ambrosio, *cognata est Angelis ipsa virginitas* (3), y, como dice el Señor: En el cielo donde no hay bodas serán como ángeles de Dios (4). Loamos, pues, a la Virgen, porque es bendita entre todas las mujeres del Viejo Testamento por haber tenido por hijo a Dios, más bendito que todos los demás hijos, y entre las del Nuevo Testamento, por haber sido Virgen y Reina de todas las vírgenes. Cuando un padre da a una hija en dote más bienes y más hacienda que a todas las demás hijas, es gran alabanza de aquella hija mejorada, porque es señal que la ama más su padre que a las demás. Grandes bendiciones y mercedes hizo Dios a Sara la de Abrahám, a Rebeca la de Isaac; a Raquel y Lía las de Jacob, y a muchas otras mujeres; pero entre todas las que ha habido y habrá hasta el fin del mundo, ninguna ha sido tan enriquecida del Espíritu Santo como su Esposa, la Virgen María. Y así, cuando la decimos: bendita entre todas las mujeres, queremos decir: Vos, Señora, habéis recibido más mercedes, dádivas y bendiciones que ninguna de cuantas mujeres ha habido, hay ni habrá en el mundo; interceded con vuestro Esposo el Espíritu Santo, para que nos libre de la eterna maldición y oigamos la voz de: Venid, benditos de mi Padre (5), y mientras en este mundo viviéremos nos bendiga, y alcancemos las mercedes y dádivas que él desea que recibamos.

Benedictus fructus ventris tui Jesus.

Es tan grande el amor que tienen las madres a sus hijos, especialmente cuando son los que deben, que ninguna lisonja se le puede hacer mayor a una madre que loarle su hijo y bendecirla por madre de tan buen fruto. Y así como ninguna madre ni todas las madres juntas quieren más a su hijo que María a Jesús, así ninguna cosa le podemos decir más agradable a sus oídos que estas palabras: Bendito sea el fruto de tu vientre, Jesús; bendito sea Jesús, nuestro Salvador, fruto del Padre Eterno que le engendró antes que criase el lucero de la mañana (6); y fruto, Señora, de vuestro vientre, que como en libro grande le escribió la divinidad de Dios en vuestras entrañas con el estilo de hombre (7), tomando de lo más apurado de vuestra sangre para formar su santí-

1 Ps. CXLIV, 16.
2 Deuter., VII, 14.
3 S. Ambros. *De Virginibus.*
4 Matth., XXII, 30.
5 Matth., XXV, 34.
6 Ps. CIX, 3.
7 Isai., VIII, 1.

simo cuerpo. Os suplicamos Señora, nos alcancéis los doce frutos de este árbol de la vida, que son, caridad, gozo, paz, paciencia, perseverancia, mansedumbre, benignidad, piedad, fe, modestia, continencia y castidad (1), con que enriqueciéndose nuestro espíritu vayamos a gozar con él de la vida eterna.

Sancta Maria Virgo Mater Dei.

En estas palabras loamos a la Virgen María por tres causas: la primera, por ser santa; la segunda, por ser virgen, y la tercera, por ser Madre de Dios. Alégrase el Señor cuando le llamamos santo como le cantan los serafines, porque santo quiere decir puro y sin mancha de imperfección; y también quiere decir, estable, firme y constante y santificado para Dios. Las mismas alabanzas quiere que digamos a su Madre. Y el llamarla Virgen y Madre de Dios es la mayor gloria que se le puede dar; de que se alegra toda la corte celestial todas las veces que oye de nuestra boca estas palabras; porque si es honra de San Juan Bautista ser precursor, del Evangelista ser discípulo, de San Pedro ser vicario de Cristo, etc., ¿cuánto mayor honra es ser Madre de Dios? Y así con esta alabanza pedimos nos alcance que seamos santos, castos e hijos de Dios.

Ora pro nobis peccatoribus. Amén.

En estas palabras reconocemos a la Virgen Santísima por medianera, abogada e intercesora nuestra; y la rogamos ruegue por nosotros a Dios; y diciéndolas nos hemos de acordar de todo lo que hemos menester y ponerle todas nuestras necesidades delante, así pidiéndole nos alcance lo que arriba hemos dicho, como a reina y señora benignísima, misericordiosísima y que desea nuestro bien, como todo lo demás que de nuevo quisiéremos demandarle. Y concluyendo con esta materia, el que rezare el Avemaría diga en su corazón así:

Dios te salve, Virgen santa, concebida sin mácula, Señora del mundo, estrella de la mar, mar de amargura, luz nuestra, ensalzada sobre todas las criaturas, llena de toda gracia, virtudes y perfecciones; la más graciosa, hermosa y agradable de cuantas nacieron; hija del Eterno Padre, Madre del Unigénito Hijo y Esposa del Espíritu Santo, de quien nunca Dios se aparta estando con vos por fe, por gracia, por amor y por unión. Enriquecida de todos los dones del Espíritu Santo, gracias, mercedes y perfecciones divinas; árbol que nos dió el fruto tan agradable, bendito y provechoso, Jesús; santa, pura, constante y perfecta; virgen en el parto, antes del parto y después del parto y Madre de Dios. Rogad, Señora, por nosotros, alcanzando de vuestro Hijo, Padre y Esposo que nos quite todo ¡ay! de pena, pecado y tristeza; y nos dé luz, penitencia, virtudes y gracia para que siempre estemos en él y con él obrando nuestras obras, palabras y pensamientos, y alcancemos las dádivas, bendiciones y frutos que por Vos nos promete, y rogad, Señora, por todos los pecadores, así en la vida como en la hora de nuestra muerte. Amén.

---

1 Ad Gal., V, 22, 23.

SUMARIO DE LAS DEVOCIONES

Y MEDITACIONES MAS DEVOTAS Y PROVECHOSAS PARA REZAR PADRENUESTROS Y AVEMARIAS

PROLOGO

Habiendo escrito la doctrina de la oración mental y vocal y declarado el oficio divino, los misterios de la misa, el Paternoster y Avemaría, parecióme sería bueno recopilar las meditaciones y devociones más provechosas y hacer de ellas como un ramillete de flores divinas que la esposa de Cristo pueda traer en el pecho y meditar rezando Padrenuestros y Avemarías. Porque, como se colige del Concilio Coloniense y de muchos santos, ninguna oración hay más devota y provechosa que estas dos, y tengo por mejor empleado el tiempo que se gasta en rezar Padrenuestros y Avemarías con buenas devociones y meditaciones que otras oraciones por más retóricas y bien ordenadas que sean. Y así como otros han compuesto Devocionarios en que recopilan diversas oraciones, me pareció componer este Devocionario de solos Padrenuestros y Avemarías que servirá para quien no sabe rezar por libro o para quien se contentare con solas las cuentas del rosario en lugar de libro devoto. No es mi intento que uno diga todas estas devociones que aquí pongo, sino que escoja de ellas las que más le movieren.

Y así como quien entra en un jardín, escoge de las rosas y flores más olorosas; y la abeja labra su miel de lo mejor de ellas, así he procurado de la flor de mirra de la pasión, azucenas de la devoción de la Virgen, rosas y flores de devociones de otros santos, escoger las de mayor dulzura y provecho, escribiéndolas con la mayor brevedad, claridad y resolución que pudiere.

ALTAR DE ELIAS, MEDITACIONES DE LOS DOCE MISTERIOS DE LA PASIÓN Y MUERTE DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

En los Cantares dice la Esposa que subirá al monte de la mirra, y al collado del incienso (1). Por mirra se entiende la pasión, y por incienso la oración donde pretende subir la esposa enamorada de Cristo Jesús, cuyos labios se dice que destilan mirra (2), porque enseña así en lo interior de la oración como en sus Divinas Letras, que nos acordemos y consideremos lo que padeció por nosotros. Y cuando la esposa se levanta de la oración para abrir a su Amado, sus manos destilan mirra y sus dedos están llenos de mirra probadísima, porque

1 Cant., IV, 6. 2 Cant., V, 13.

las obras, palabras y pensamientos que nacen de esta meditación son más eficaces y de mayor fruto. La cual es el joyel que aconseja la Virgen María a Santa Brígida (1) traiga siempre al pecho; y con él alcanzaron los apóstoles, el glorioso San Francisco, Santa Catalina de Sena y otros muchos santos devotos las llagas que traían esculpidas en su corazón o señaladas en su cuerpo, y el gran temor y amor de Dios con que se perfeccionaron.

Qué sean los doce Misterios que se han de meditar.

Cuando el profeta Elías pidió al Señor fuego del cielo, ordenó un altar de doce piedras sobre que puso la leña y el sacrificio, regándole con agua algunas veces (2). Estas doce piedras figuran doce misterios de la pasión sobre que se ha de poner la leña de las meditaciones y la víctima de nuestra alma, acudiendo con lágrimas a pedir el fuego del amor de Dios y del prójimo, que es el fin de toda la oración.

El primer misterio es de los veinticuatro pasos principales de la pasión contados por las veinticuatro horas en que Cristo padeció o por las horas canónicas de la Iglesia, que para nosotros es aquel día grande de solemnidad de Pascua que dice San Juan. El segundo, de las doce penas de Cristo, que son como las doce fuentes de donde mana todo nuestro bien. El tercero, los siete derramamientos de la sangre que podemos llamar siete ojos o siete manantiales que salen de la piedra que dice Zacarías (3). El cuarto, las siete palabras que Cristo habló en la cruz, como siete mandas del ángel del Testamento, Cristo nuestro bien, que así le llama el profeta Malaquías (4). El quinto, los doce amigos que consolaron a Cristo padeciendo, figurados por los doce príncipes de Israel. El sexto, los doce enemigos que le causaron la pasión y muerte, que los podemos comparar a los príncipes de Edón. El séptimo, los lugares y estaciones que Cristo anduvo desde que empezó a padecer, que son como los doce signos del zodíaco por donde camina el sol. El octavo, los doce instrumentos con que padeció, figurados en los doce pares de bueyes que llevaban el arado de Eliseo (5). El noveno, las doce insignias de la pasión, como doce banderas de aquellas que dice Isaías que se levanten en las naciones (6). El décimo, las angustias de su Madre bendita que le vió padecer, que son los cuchillos que el santo Simeón profetizó que habían de atravesar su alma (7). El undécimo, los doce bienes que por su pasión vinieron, que son como las doce piedras preciosas de inestimable valor sobre que se funda la celestial Jerusalén de la gloria y de la Iglesia (8). El duodécimo, los doce frutos que colige el alma devota de la meditación de estos doce divinos misterios, que son como los doce frutos del árbol de la vida, que es Cristo crucificado (9).

---

1 Lib. I, *Revel. c. VII.*
2 III Reg., XVIII, 31.
3 Zach., III, 9.
4 Malach., III, 1.
5 III Reg., XIX, 19.
6 Isai., V, 26.
7 Luc., II, 35.
8 Apoc., XXII, 2.
9 Apoc., XX, 1.

MISTERIO PRIMERO

DE LOS VEINTICUATRO PASOS EN LAS VEINTICUATRO HORAS DE LA PASION DE CRISTO.

En todo tiempo y en cualquier hora del día nos hemos de acordar de la pasión de Cristo, la cual podemos comenzar a meditar desde las siete de prima noche del jueves santo, hasta las siete del viernes. Y en cada hora se ha de meditar uno de los pasos que en ella principalmente acaecieron, según el orden siguiente:

A las siete de prima noche del jueves Nuestro Señor Jesucristo cenó con sus discípulos y les lavó los pies. A las ocho instituyó el Santísimo Sacramento del Altar. A las nueve predicó el maravilloso sermón del Mandato. A las diez salió al huerto de Gethsemaní, habló con sus discípulos y estuvo en oración. A las once padeció la agonía y sudor de sangre y el ángel le confortó. A las doce de media noche se considera el prendimiento y el beso de Judas, y cómo fué atado y llevado a Jerusalén, y primero a casa de Anás donde recibió la bofetada. A la una cómo fué llevado a casa de Caifás donde le examinó rompiendo sus vestiduras y diciendo que blasfemaba. A las dos fué acusado por testigos falsos como destructor del templo. A las tres habiéndose entrado a reposar Caifás un poco, le dejó en poder de sus enemigos, que de palabra le injuriaron, escupieron y velaron su rostro dándole de bofetadas con escarnio. A las cuatro la última vez que le negó San Pedro con juramento. A las cinco se juntaron en concilio los judíos contra Cristo y le condenaron a muerte. A las seis de la mañana le llevaron a presentar a Pilatos que le examinó. A las siete le remitió Pilatos a Herodes, que vistiéndole con vestidura blanca le escarneció. A las ocho, vuelto a casa de Pilatos, pidieron los judíos que fuese crucificado. A las nueve fué azotado cruelísimamente con cinco mil y tantos azotes. A las diez fué coronado de espinas y el *Ecce Homo*, y fué condenado a muerte. A las once llevó la cruz a cuestas por la calle de la Amargura. A las doce de medio día fué crucificado en la cruz y escarnecido delante de la mucha gente que había venido a la fiesta de Jerusalén. A la una estando en la cruz le dieron a beber hiel y vinagre. A las dos encomendó la Madre al discípulo amado y el alma en manos del Eterno Padre. A las tres expiró en la cruz diciendo: *Consummatum est.* A las cuatro recibió la llaga del costado donde manó agua y sangre para nuestro bien. A las cinco se medita el descendimiento de la cruz y la quinta angustia de Nuestra Señora. A las seis horas cómo fué sepultado en sepulcro nuevo. A las siete la soledad de Nuestra Señora.

Estos pasos se meditan también en las siete horas canónicas que dice la Iglesia de la manera siguiente:

A Maitines, la cena, el lavatorio de los pies, la institución del Santísimo Sacramento y Mandato. A Laudes, la oración del huerto, agonía y prendimiento. A Prima, cómo fué llevado a casa de Anás, Caifás y Herodes. A Tercia, los azotes, la corona de espinas y sen-

tencia de muerte. A Sexta, el llevar la cruz a cuestas, cómo fué crucificado y le dieron a beber hiel y vinagre. A Nona, las siete palabras, la muerte de Cristo y llaga del costado. A Vísperas, el descendimiento de la cruz, el llanto de la Virgen y unción del cuerpo. A Completas, cómo fué envuelto en la sábana y la sepultura y soledad de Nuestra Señora.

Estos pasos de la pasión se pueden meditar y rezar en cada uno un Paternoster y una Avemaría de una vez, o repartidamente, por los días de la semana; y quien reza las horas canónicas, cuando dice cualquiera de ellas y cuando se oye el reloj, se puede decir: Bendita sea la hora, si es de las siete, que Jesucristo cenó, y así de las demás, etc.

SEGUNDO MISTERIO

DE LAS PENAS Y AFLICCIONES QUE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO PADECIO EN TODAS SUS PARTES, Y LOS ESTADOS DE ALMAS POR QUIEN SE HA DE ROGAR EN CADA UNO.

Lo primero, padeció Cristo Nuestro Señor en el alma aflicción suma por muchas causas; y entre otras, por las muchas almas que se habían de condenar por no aprovecharse del precio de su sangre; y así en honra y gloria de la pena de su alma se ruegue a Dios por todos los gentiles, infieles, herejes, moros y judíos para que se bauticen. Lo segundo, padeció en todo el cuerpo los azotes; hase de rogar por los que están en pecado mortal que se conviertan. Lo tercero, en la cabeza con la corona de espinas; ruéguese al Señor por todos los príncipes eclesiásticos que gobiernan la Iglesia con verdadero celo, ciencia y espíritu. El cuarto dolor fué de los huesos descoyuntados de Jesucristo; hase de rogar por la unión, paz, concordia y buen estado de los reyes y príncipes cristianos. El quinto, el rostro de Jesucristo fué afeado, acardenalado y escupido; ruéguese a Dios por los nobles, caballeros y hombres públicos que están obligados a dar buen ejemplo, que no escandalicen a los pequeñuelos con pecados y mala vida. Lo sexto, en los ojos sangrientos de Cristo; ruéguese por los doctores y predicadores, que como ojos del cuerpo místico de su Iglesia guíen las almas con doctrina de salvación. Lo séptimo, en la boca amarga con hiel y vinagre; se ha de rogar por los confesores para que administren el sacramento de la penitencia como deben. El octavo, en la mano derecha enclavada; se ha de rogar a Dios por todo el estado eclesiástico y por todos los que se llegan a recibir el Santísimo Sacramento de la Eucaristía para que le reciban con aquella rectitud y pureza que son obligados. Lo noveno, en la mano izquierda; se ruegue por el estado seglar, principalmente por los jueces, justicias y sus ministros, que sean rectos. Lo décimo, en la llaga del costado; se ha de rogar por todas las Religiones, que son como corazón de Cristo, para que vivan con la observancia, reformación y fervor que comenzaron. Lo undécimo, en el pie derecho; ruegue cada uno por sus padres, parientes, amigos, bienhechores y encomendados y

enemigos que se salven. Lo undécimo, en el pie izquierdo; por las ánimas del purgatorio que descansen.

Este orden de rogar a Dios considerando las penas, pasiones y dolores de todas las partes de Cristo, sirve de hacer memoria en la oración por todos aquellos por quien hemos de rogar, y particularmente porque los sacerdotes sepan qué orden han de llevar en los mementos de la misa. Y puédense decir doce Padrenuestros y doce Avemarías, a estas heridas de Cristo por los doce estados que hemos declarado.

TERCER MISTERIO

DE LOS SIETE DERRAMAMIENTOS DE SANGRE DE JESUCRISTO NUESTRO SEÑOR A LOS CUALES SE REZAN SIETE PADRENUESTROS Y AVEMARIAS.

Siete veces leemos haber derramado sangre Nuestro Señor Jesucristo; a los cuales derramamientos podemos rezar suplicando nos comunique el fruto de los sacramentos, y lave de los siete pecados mortales y de todas las faltas y manchas de nuestra conciencia. La primera, cuando le circuncidaron; la segunda, cuando sudó gotas de sangre en el huerto; la tercera, cuando le azotaron; la cuarta, cuando le coronaron de espinas; la quinta, cuando le quitaron la vestidura pegada a las carnes que renovaron las heridas de los azotes; la sexta, cuando le crucificaron, que derramó sangre de pies y manos; la séptima, cuando recibió la lanzada con que le abrieron el costado.

Hase de rogar al Señor que con su divina sangre nos lave, limpie y purifique de todos los afectos carnales, impenitencias, obstinaciones, durezas de corazón y toda avaricia, soberbia, vanidad de vestiduras, desenvoltura y ocasiones de pecar, y finalmente, de toda frialdad y tibieza, para que purificados y limpios con castidad y oración, misericordia, humildad, aspereza, recogimiento y caridad le sirvamos.

CUARTO MISTERIO

DE LAS SIETE PALABRAS QUE CRISTO HABLO EN LA CRUZ.

Las siete palabras son como manda de la última voluntad y codicilo que Cristo nos dejó, y siete reglas para bien pensar, bien hablar, bien vivir y bien morir.

La primera, rogando por sus enemigos, dijo a su Eterno Padre: *Pater, dimitte illis, quia nesciunt quid faciunt* (1). Padre, perdónalos que no saben lo que se hacen; en que nos enseña el amor de los enemigos y rogar por ellos, decir siempre de ellos bien y perdonar y pedir perdón a la hora de la muerte a todos los que hubiéremos o nos hubieren injuriado:

---

1 Luc., XXIII, 34.

La segunda al ladrón: *Hodie mecum eris in Paradiso* (1). Hoy serás conmigo en el paraíso. En esta palabra nos da a entender que obremos y hablemos de cosas del cielo, vivamos como si conversásemos en el paraíso con los ángeles y santos, y a la hora de la muerte tengamos gran confianza de nuestra salvación por los méritos de su pasión y muerte.

La tercera a su santísima Madre la Virgen María: *Mulier, ecce filius tuus* (2). Mujer, éste es tu hijo; y al discípulo: *Ecce mater tua*: Esta es tu Madre; en que nos encarga Cristo la devoción con la Virgen Nuestra Señora, poniéndola por intercesora en vida y muerte como piadosísima madre.

En la cuarta, *sitio*, sed tengo (3), nos encarga el deseo fervoroso del bien de las almas y el hablar y tratar de esto y afervorarnos a la hora de la muerte lo más que pudiéremos; que este fervor es la sed que satisface y harta en la gloria, según aquello de David: *Satiabor cum apparuerit gloria tua* (4).

En la quinta. *Deus, Deus meus, ut quid dereliquisti me?* (5): Señor, Dios mío, ¿por qué me desamparaste?, nos encarga que le pidamos que nunca nos desampare en vida y muerte.

En la sexta, *Pater, in manus tuas commendo spiritum meum* (6): En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu, nos enseña que nos resignemos en la voluntad de Dios y de nuestros superiores y confesores poniendo las cosas de la vida y muerte en sus manos.

En la séptima, *Consummatum est* (7): Acabado es, nos declara que de tal manera vivamos, que en cualquier punto que viniere la muerte, estén concluídos y asentados nuestros negocios para que no tengamos nada por hacer en aquel tiempo; que mejor se hace el testamento y los descargos del alma en salud que en turbación de enfermedad.

MISTERIO QUINTO

DE LOS AUXILIADORES QUE CONSOLARON A CRISTO EN TIEMPO DE SU PASION PARA SABERSELO AGRADECER.

Los que consolaron a Cristo cuando padeció, fueron: lo primero el Padre Eterno que le dió gracia para padecer; el segundo el ángel que le confortó en la agonía; el tercero la Virgen María, su Madre, que de él se compadeció; cuarto la Magdalena; quinto María Cleophe; sexto María Salomé; sétimo San Juan Evangelista que le acompañaron y asistieron al pie de la cruz; el octavo la mujer Verónica que le limpió el rostro; el noveno el buen ladrón que se convirtió; el décimo Simón Cirineo que le ayudó a llevar la cruz; el undécimo Nicodemus; el duodécimo José de Arimatea, que le ayudaron a sepultar.

---

1 Luc. XXIII, 43.
2 Joan., XIX, 26.
3 Joan., XIX, 28.
4 Ps. XVI, 15.
5 Matth., XXVII, 46.
6 Luc., XXIV, 46.
7 Joan., XIX, 30.

SEXTO MISTERIO

DE LOS ENEMIGOS Y CONTRARIOS QUE CAUSARON LA PASION Y MUERTE DE CRISTO.

El primero Judas, que le vendió; el segundo el que le dió la bofetada en casa de Anás; el tercero Anás, que le examinó; el cuarto Caifás, que le condenó; el quinto Pilatos, que le sentenció; el sexto Herodes, que le escarneció; el séptimo el ladrón que le blasfemó; el octavo los soldados que le prendieron; el noveno los judíos que le acusaron; el décimo los testigos falsos que le condenaron; el undécimo los que le velaron el rostro y abofetearon; el duodécimo los sayones que le azotaron, coronaron y crucificaron.

En este misterio procure el alma devota hacer memoria y rogar a Dios por todos los que le persiguieren y fueren sus enemigos, o en cualquier manera le ofendieren o le hayan ofendido; que se gana mucho por esta meditación acordándose de los enemigos de Cristo por quien en la cruz rogó.

SEPTIMO MISTERIO

DE LOS LUGARES EN QUE CRISTO ANDUVO AL TIEMPO DE SU PASION Y LAS ESTACIONES QUE EL ALMA DEVOTA HA DE ANDAR ACOMPAÑANDOLE EN ESPIRITU.

El primer lugar fué el Cenáculo donde lavó los pies a sus discípulos y entre ellos a Judas; el segundo en el huerto donde sudó gotas de sangre; el tercero Jerusalén donde fué llevado preso; el cuarto la casa de Anás donde fué abofeteado; el quinto la de Caifás donde fué acusado; el sexto el palacio de Herodes donde fué escarnecido; el séptimo el pretorio de Pilatos donde fué sentenciado; el octavo la calle de la Amargura donde llevó la cruz a cuestas; el noveno el monte Calvario donde fué crucificado; el décimo los brazos de la soberana Virgen donde descendió de la cruz y estuvo descoyuntado; el undécimo el sepulcro donde estuvo sepultado; el duodécimo el limbo donde descendió a librar los padres.

Considere el alma todos los lugares en que anda para que donde quiera se acuerde de Dios y se aproveche.

MISTERIO OCTAVO

DE LOS INSTRUMENTOS CON QUE CRISTO PADECIO QUE LLEGARON A SU SANTISIMA CARNE.

Aunque ordinariamente se llaman todas estas cosas insignias de la pasión, llamo instrumentos aquellas insignias que llegaron a la sacratísima carne de Cristo, de las cuales es bien que el alma haga un acecito, como el de la leña de Isaac, para subir al monte de la

perfección (1), o un ramillete que pueda traer siempre en su pecho, como hacía San Bernardo. Y comenzando por los más excelentes: El primero sea la cruz; el segundo la corona de espinas; el tercero los azotes; el cuarto la esponja que llegó a su santísima boca; el quinto la lanza que abrió su costado; el sexto, los clavos que traspasaron sus manos y pies; el séptimo las vestiduras que le desapegaron cuando se le refrescó su sangre; el octavo la columna en que fué amarrado; el noveno los cordeles con que fué atado; el décimo el lienzo de la Verónica donde quedó su rostro esculpido; el undécimo la caña que le pusieron en su mano como cetro de escarnio; el duodécimo la sábana y sudario en que fué envuelto.

NOVENO MISTERIO

DE LAS INSIGNIAS DE LA PASION QUE NO TOCARON A CRISTO Y ES BIEN QUE HAGAMOS MEMORIA DE ELLAS.

Lo primero las linternas; lo segundo las banderas y trompetas con que vinieron a prender a Cristo y llevaron a la cruz; lo tercero el cuchillo con que San Pedro cortó la oreja a Malco; lo cuarto el gallo que cantó cuando le negó; lo quinto la fuente y jarro con que Pilatos se lavó las manos; lo sexto el martillo con que hincaron los clavos; séptimo las tenazas con que los arrancaron; octavo las escalas con que le descendieron de la cruz; noveno los dados con que jugaron los sayones sus vestiduras; el décimo la caña adonde se puso la esponja; undécimo las cruces de los dos ladrones; el duodécimo los treinta dineros con que fué vendido.

DECIMO MISTERIO

DE LAS ANGUSTIAS DE LA SACRATISIMA VIRGEN MARIA

Las angustias que son siete cuchillos que atravesaron el corazón de la Virgen María, se suelen nombrar lágrimas, desconsuelo, dolor, aflicción, compasión, piedad y soledad. Pero para que con más claridad se proceda, contemos por cuchillos siete pasos principales que más atormentaron su santísima alma, para que quien la quisiere acompañar sepa lo que padeció. El primero, cuando circuncidaron a Cristo y todos los tiempos en que se le representaba su pasión; el segundo, cuando le perdió y anduvo a buscar tres días con lágrimas; el tercero, cuando Cristo se despidió de ella para ir a padecer; el cuarto, cuando le vió en el *Ecce Homo* y llevar la cruz a cuestas y estuvo al pie de la cruz; el quinto, cuando le recibió en sus brazos descendiéndole de ella; el sexto, cuando le pusieron en el sepulcro cubriendo el sepulcro con la piedra; el séptimo, la soledad. Y es de gran devoción acompañar a la Virgen en estos

---

1 Gen., XXII, 6.

pasos y consolarse en sus lágrimas, desconsuelos, dolores y aflicciones, soledad con su compasión y piedad.

UNDECIMO MISTERIO

ES DEL GRAN TESORO DE RIQUEZAS, SOBERANOS E INEFABLES BIENES QUE VINIERON AL MUNDO POR LA PASION DE JESUCRISTO, PARA PODERSELO AGRADECER.

El primer bien que vino de la pasión de Cristo Nuestro Señor fué la gloria y honra del Padre Eterno, pues con ella se glorificó y honró más que con ninguna otra cosa, según aquellas palabras de David: *Placebit Domino super vitulum novellum, cornua producentem et ungulas* (1). Llama becerro nuevo a Cristo en la cruz, uñas a sus clavos, y cuernos a la corona de espinas.

El segundo, ensalzamiento del mismo Cristo, que por su pasión fué ensalzado y levantado a supremo grado de honra, nombre y bienaventuranza, de lo cual dice San Pablo: Cristo se humilló por nosotros hasta la muerte y muerte de Cruz; por lo cual, Dios le levantó y le dió nombre sobre todo nombre (2).

El tercero, victoria de los ángeles buenos que la alcanzaron contra los demonios por la sangre de Cristo en la batalla que dice San Juan en el Apocalipsi, que vencieron *in sanguine agni* (3). Porque así como la pasión de Cristo creída por fe antes que viniese justificaba los padres antiguos, así la misma revelada a los ángeles buenos, dió victoria contra los demonios.

El cuarto, libertad de los padres del limbo que por la pasión de Cristo fueron rescatados, como escribe el profeta Zacarías, diciendo: Tú, Señor, en la sangre de tu testamento rescataste los cautivos del lago que no tenía agua (4), que quiere decir el limbo.

El quinto fué la redención del linaje humano; porque Cristo nos redimió y con su cruz como con una llave abrió el cielo que hasta entonces estaba cerrado. Lavónos, dice San Juan (5), y redimiónos de nuestros pecados con su sangre.

Lo sexto, la pasión de Cristo dió virtud a los sacramentos, que, como dicen los santos, manaron del costado de Cristo muerto en la cruz como de fuente divina que dice Isaías: *Haurietis aquas in gaudio de fontibus Salvatoris* (6).

El séptimo bien fué el valor de las indulgencias. Porque los méritos de la pasión de Cristo conservados en el tesoro de la Iglesia son precio con que se nos perdona la pena del purgatorio, cuando por la misma pasión aplicada en los sacramentos se nos ha perdonado la culpa. Y de este tesoro habla Isaías, cuando dice: Predicad medicina a los contritos e indulgencia a los cautivos, etc. (7).

---

1 Ps. LXVIII, 32.
2 Ad Philip., II, 8, 9.
3 Apoc., XII, 11.
4 Zach., IX, 11.
5 Apoc., I, 5.
6 Isai., XII, 3.
7 Ibid. LXI, 1.

El octavo tesoro fué la doctrina de nuestra salvación que Cristo en la cruz como maestro nos enseñó; y asi se entienden aquellas palabras con que nos convida Isaias a subir al monte del Señor (1), que podemos entender el Calvario, donde nos enseñará Dios sus caminos.

El noveno es el ánimo que Cristo en la cruz nos pone para todas las virtudes, porque mirando lo que obró y padeció, nos animamos a ellas. Y esto da a entender el mismo Señor cuando dice: Si me levantaren de la tierra, todo lo traeré a mi mismo (2); que es decir, a todos los corazones daré virtud, si me crucificaren.

El décimo, la pasión de Jesucristo da esfuerzo para pelear contra los demonios y todo género de tentaciones, y así dijo el mismo Señor: Ahora es el juicio del mundo, y el principe de él será lanzado fuera (3).

El undécimo, alcanzamos por la pasión de Cristo medicina contra todos los vicios y heridas espirituales del alma; porque los que le miran como deben en la cruz, sanan como sanaban los que miraban la serpiente de metal que levantó Moisés (4).

Finalmente, fúndase la Iglesia Católica en la sangre, muerte y pasión de Cristo como Eva salió del costado de Adán (5).

DUODECIMO MISTERIO

DE LOS GRANDES FRUTOS QUE RECIBE EL ALMA MEDIANTE LA PASION DE CRISTO, PARA SABERSE APROVECHAR DE ELLA.

Heme dejado para la postre este misterio, porque declarándole y poniendo ejemplo de estos doce frutos del árbol de la vida, Cristo crucificado, que aqui contaré, juntamente se enseña de qué manera se han de ejercitar todos los misterios de arriba y el modo que hemos de tener de aprovecharnos de la pasión para gran bien de nuestra conciencia.

El primer fruto es la meditación, de donde nace la viva fe y memoria de lo que Cristo padeció; y es muy agradable a Dios ir pensando el alma despacio en Cristo crucificado, y en todos estos misterios de la pasión y hacer memoria de ellos. El segundo, la petición y alcanzar en la oración lo que se pide, como es diciendo: Señor, ruégote por los dolores, derramamientos de sangre, etc. que padeció Cristo, me concedas, etc., puede hacer memoria de todo lo pasado, y la oración es durable y eficaz. El tercero es compasión de lo que Cristo padeció, que se agrada mucho que lo sintamos y nos enternezcamos de verle padecer. El cuarto es admiración que levante el espiritu viendo que padezca tanto el que es criador del cielo y la tierra, etc. El quinto, hacimiento de gracias, que es ejercicio de gran fruto ir dando gracias a Cristo por todos los mis-

1 Isai., II, 3.
2 Joan., XII, 32.
3 Ibid., 31.
4 Núm., XXI, 9.
5 Gen., II, 21.

terios de su pasión que hemos referido, como diciendo: Gracias te doy, Señor, porque cenaste y nos diste el Santísimo Sacramento, sudaste sangre, etc. El sexto, imitación de todas las obras, pasiones, palabras y pensamientos que Cristo tuvo, principalmente al tiempo de su pasión. El séptimo, temor que nace de ver lo que Cristo padeció por nuestros pecados, y que si en el árbol verde esto pasa, en el seco ¿qué pasará? (1). El octavo, confianza viendo que con deseo de nuestra salvación Cristo sufrió tantas penas. El noveno, contrición y penitencia de nuestros pecados que fueron los que verdaderamente pusieron a Cristo en la cruz. El décimo, amor de Dios que nace del grande amor que nos mostró en dar la vida y padecer tanto por nosotros. El undécimo, celo de las almas y amor verdadero del prójimo por quien Cristo padeció tantos tormentos. El duodécimo, unión y junta con Cristo crucificado cuando tenemos algún dolor y angustia, juntándole con el de Cristo en la cruz, de donde se le sigue al alma gran fruto y soberano consuelo en el padecer. Estos doce frutos son doce ejercicios de toda la pasión con que se alcanzan grandes bienes.

DECLARACION Y EJEMPLO DE LO QUE HA HE HACER EL ALMA PARA APROVECHARSE Y SACAR LOS FRUTOS DE LOS MISTERIOS DE LA PASION DE JESUCRISTO.

Va escrito este tratado de los misterios tan compendiosa y sumariamente y sólo apuntando los pasos con tan breves palabras por tres razones. La primera, porque mi intento es poner las almas en el camino de la oración mental y que ellas mismas mediten y discurran con sus entendimientos; que cuando estas meditaciones salen del propio espíritu, herido y movido con la memoria de la pasión, son más vivas y más eficaces y de mayor provecho que las meditaciones dilatadas con muchas palabras que otro les diere.

La segunda, porque para la oración vocal tengo por mejor apuntar los puntos y dejar a la propia persona que se busque palabras con que hablar con Dios, que leer oraciones compuestas y escritas a lo largo por otros, que suele quien las lee ser como quien oye una oración de ciego; mas cuando habla el corazón movido con espíritu según las necesidades y ocurrencias particulares de quien reza las palabras que el mismo se compone, son como oraciones jaculatorias y da mayor provecho.

La tercera, porque para perseverar en la oración y que no se le acaben luego los conceptos, es muy a propósito tener delante de los ojos este brevísimo tratado, para ir discurriendo por él hasta encontrar con aquel paso que le suele mover y hacer eficacia. Y aunque cuando traté del misterio de los doce frutos, apunté la manera de sacar provecho de estas meditaciones, parecióme ser necesario para más luz poner ejemplo en algún paso de la pasión, y según en él se procede, puede cada uno ir discurriendo en todos los

1 Luc., XXIII, 31.

demás. Y entre todos los doce misterios, quiero escoger el paso de cuando Cristo fué crucificado.

Para la meditación ha de considerar que está en el monte Calvario, o que delante de sus ojos o dentro de su corazón ve que enclavan a Cristo en la cruz y le levantan en alto, etc. Piense y proponga lo que entonces pensaría y propondría, y muévase el alma a servir a este Señor que tanto padeció en la cruz.

Para la petición diga así: Ruégote, Señor mío Jesucristo, por los dolores, oprobios y penas que recibiste cuando te enclavaron en la cruz, etc., me concedas gracia, etc.

Para la compasión: ¡Oh, Señor mío!, ¿es posible que en vuestra carne delicada y flaca vea yo hincar estos clavos crueles y que mi razón no se enternezca y parta de dolor? etc.

Para la admiración: Espantaos, cielos, y admírese la tierra viendo las manos y pies de Dios infinito con que os formó y anda sobre los serafines, enclavados en una cruz por una alma tan desagracida como la mía! etc.

Para el hacimiento de gracias: Gracias os doy, Señor mío, y bendígante los ángeles por los grandes bienes que me habéis dado con vuestra muerte, el gran amor que en ella me mostrasteis y lo mucho que por mí padecísteis, etc.

Para la imitación: Considerar atentamente como cuando al Señor enclavaban, rogaba por sus enemigos; e irle imitando el alma en callar y rogar a Dios por aquellos que le están persiguiendo o diciendo malas palabras, etc.

Para el temor: ¡Ay de mí, que si en el árbol verde pasa esto, en el seco ¿qué pasará? Si Cristo por mis pecados padece tan insufribles dolores en la cruz, ¿qué dolores y penas me aguardan en el infierno si no me convierto y hago penitencia de ellos? etc.

Para la confianza: Bien veo que merezco mil infiernos por los muchos pecados que he cometido; mas veo que por lavarme de ellos está Dios infinito muriendo en una cruz con inefable deseo de perdonarme; pues ¿para qué tengo de desconfiar viendo tan grande misericordia? etc.

Para la contrición: Pésame, Señor, de haberos ofendido, que mis libertades son los clavos que atraviesan vuestros pies y manos; mi gula, la hiel y vinagre que amarga vuestra divina boca, etc.

Para el amor de Dios: ¡Oh amantísimo Señor!, estos vuestros brazos extendidos en la cruz me convidan para que mi alma os dé abrazo de amor; y ese costado abierto es como una puerta que se me abre para que yo me entre en vuestro corazón: *Veni, dilecte mi*, y moremos en el monte Calvario donde os daré el vino de mis granadas, etc.

Para el celo de almas: Veo que mi Cristo está muriendo en la cruz por la salvación de cualquier alma ¿y tengo de dejar por un poco de trabajo o cualquier otro respeto humano, de ayudar a la salvación de fulano? etc.

Para la unión: Si tengo dolor de cabeza, o de cuerpo, o pies o manos hago cuenta que estoy en la cruz con Cristo, y que jun-

tamente con él me enclavan los pies, descoyuntan los huesos, etc., sintiendo en mí lo que Cristo sintió por mí, etc.

Por este camino se multiplican innumerables conceptos y peticiones en la consideración de estos doce misterios, mudando y variando las palabras según fuere el misterio y paso que se considera, que esto queda a la discreción, fervor y espíritu del siervo de Dios que atentamente meditare estos pasos; como es el misterio de los enemigos que causaron la pasión. Ruégote, Señor, por lo que sentiste cuando Judas te vendió, los sayones te enclavaron, que me libres de quien me persigue, etc. Y rezando por cada punto de los doce misterios un Paternoster y Avemaría, se hace una oración de mucho fruto. Plegue al Señor hagan el que yo deseo para más honra y gloria suya y provecho de las almas. Amén.

DEVOCIONES Y MEDITACIONES DE NUESTRA SEÑORA LA VIRGEN MARÍA

Así como la rosa, según se colige de la poetisa Safo y de Anacreonte, antiquísimo poeta griego, y refieren Aquiles, Tacio y Clemente Alejandrino, es la reina de las verduras, risa del prado, atavío de la tierra, cuidado mayor del verano, corona de las gracias y se regaba con el néctar, bebida de los dioses, así la devoción de la Virgen María, significada por la rosa, según declara San Juan Damasceno, San Epifanio, San Gregorio Nacianceno, San Jerónimo y el humildísimo Idiota, es la más excelente de todas las devociones después de la pasión de Cristo. Muchas devociones hay de la Virgen escritas por diversos santos, que aprovechan así para bien vivir como para bien morir; quiero escoger las principales y la primera sea la del rosario.

Rosario del glorioso Santo Domingo.

De muchas maneras se puede rezar el rosario. La primera, como la instituyó el glorioso patriarca de los predicadores, Santo Domingo, por particular revelación de la misma sacratísima Virgen. Y de esta devoción se instituyó la Cofradía del Rosario, que después renovó Jacobo Esprenguel, en Colonia, y Alejandro, obispo forliense a instancia de Federico III, emperador, y últimamente el Papa Sixto IV, a instancia de Francisco, duque de Bretaña, y quien le rezare, gana las gracias e indulgencias concedidas por León X, y por otros muchos sumos pontífices; y son participantes de todas las buenas obras que se hacen en la orden de Santo Domingo. Rézanse ciento y cincuenta Avemarías y quince Padrenuestros, repartidos en tres partes, y considerando los quince misterios de Nuestro Señor Jesucristo y de la Virgen María, nuestra Señora, por diversos días de la semana, a saber: lunes, los cinco misterios gozosos, Encarnación, Visitación a Santa Isabel, Nacimiento, Presentación al templo o venida de los reyes y el gozo que tuvo la Virgen cuando halló al Niño perdido. El martes, los cinco misterios dolorosos, Oración del huerto, Azotes a la columna, Corona de espinas, llevar la Cruz a cuestas y cuando Cristo fué crucificado. El miércoles, los gloriosos, conviene a saber,

la Resurrección de Cristo, su Ascensión, la venida del Espíritu Santo, la Asunción de Nuestra Señora y su Coronación. El jueves, los mismos gozos; el viernes, los dolores, y el sábado, los gloriosos; el domingo todo el rosario entero, o quien quisiere, los misterios gloriosos, y porque de esta devoción hay muchos libros escritos no me detengo más en ella.

Rosario de los treinta y tres Padrenuestros y Avemarías.

Así como el rosario de los quince misterios es devoción de la Orden de Sto. Domingo, así el rosario de treinta y tres Padrenuestros y Avemarías es devoción de los Padres Cartujos; y hay concedidas muchas indulgencias a quien lo rezare. Rézase a tres devociones. La primera, a la vida de Cristo, de los treinta y tres años que vivió en el mundo, considerando en cada Paternoster y Avemaría qué haría el Señor en aquel año y cuando fuese de aquella edad.

La segunda, en memoria de toda la parentela de Cristo y de la Virgen María, que son treinta y tres, conviene a saber: Dios, Padre de Jesús; y sus bisabuelos, Emerenciana y Stolano; sus abuelos, Ana y Joaquín; su madre, María, y el esposo de su madre, José; su tía, hermana de su madre, la segunda María, y Cleofás su marido, aunque algunos dicen que era prima o cuñada, hermana de José. Los seis hijos de esta María llamados José el Justo, Santiago el Menor, San Simón y San Judas apóstoles, Ester y Thamar; que una de estas quedando virgen, dicen algunos santos, fué desposada con San Juan Evangelista en las bodas de Canaá de Galilea. La tercera María, hermana, prima o cuñada de la Virgen, y su marido Zebedeo, y sus dos hijos, Santiago el Mayor, Patrón de España y San Juan Evangelista. Santa Ana tuvo por hermana a Ismeria que fué casada con Apra, y fueron padres de Santa Isabel, que casó con Zacarías, padre de San Juan Bautista. Tuvo también Ismeria otro hijo llamado Eliud, el cual en su santa mujer engendró cuatro hijos, llamados Emin, Neemecio, Servacio y Marcial, y toda esta generación hacen número de treinta y tres. Y es gran devoción rezar a cada uno un Paternoster, y Avemaría.

La tercera devoción de este rosario es a las once mil vírgenes, porque rezando treinta y tres Padrenuestros y treinta y tres Avemarías, al cabo del año vienen a ser once mil; y si algunas sobran, serán a devoción de los que las acompañaron al martirio. Y así como el año tiene doce meses, así fueron doce las compañeras de santa Ursula, y cada mes se puede tomar una por devota. Llámanse estas compañeras Santa Córdula, Santa Gregoria, Santa Saturnina, Santa Saturnia, Santa Clemencia, Santa Grata, Santa Paladia, Santa Rabadia, Santa Pinosa, Santa Paula, Santa Britula, Santa Mardia. Y la devoción de las once mil vírgenes es de gran fruto especial para la hora de la muerte.

Corona de Nuestra Señora.

Contiene la corona sesenta y tres Avemarías y seis Padrenuestros, en memoria y devoción de los años que la Virgen vivió en el mundo.

Rézanla los Padres Mercedarios y otras muchas personas, y hay asimismo concedidas grandes indulgencias a quien la rezare. En cada cuenta se ha de meditar lo que haría la Virgen siendo de aquella edad, desde el primer año que nació hasta el sesenta y tres que murió, con que se traen a la memoria los misterios de Cristo, o rezando en los cinco Padrenuestros los mismos misterios del rosario, y el último y las trece Avemarías ofrecido a las angustias de la Virgen.

Y quiero advertir aquí una curiosidad buena y provechosa para los que no tienen mucho tiempo de rezar vocalmente Padrenuestros y Avemarías, que puedan, rezando la corona de Nuestra Señora, ganar mucho fruto acordándose y ofreciendo lo que rezan a diversas devociones; como es, cuando llegan al primer Paternoster y Avemaría, ofreciéndolo por los que están en pecado mortal; a los tres Padrenuestros y Avemarías, acordándose de los que aquellos días se han muerto o de la Santísima Trinidad; a los cinco, por las cinco llagas según el cordón de San Francisco; a los seis, para cumplir con la Orden de la Merced y Trinidad; a los siete, en memoria de Nuestra Señora del Carmen quien trae su escapulario; cuando llegue a los treinta y tres Padrenuestros y Avemarías, el rosario que he dicho de los años de Cristo; mas cincuenta Avemarías y Padrenuestros al rosario de Sto.. Domingo; y al sesenta y seis Avemarías y Padrenuestros a la Corona de la Virgen, como hemos declarado. Porque con añadir Padrenuestros a las Avemarías del rosario se pueden ganar todas estas devociones. Y no es menester que actualmente se acuerden de los nombres que yo aquí pongo de los parientes de Cristo o de las compañeras de Santa Ursula; basta que vayan en la intención, que el Señor con quien hablamos nos entiende lo que queremos decir, aunque no se los nombremos.

De otros provechos de las cuentas del rosario.

Demás de rezar por las cuentas los Padrenuestros y Avemarías que hemos dicho, es de gran fruto, trayendo el rosario en la mano, en cada cuenta, que por eso se llaman cuentas, hacer un acto de contrición de nuestros pecados, aunque sea diciendo con la boca: Pésame, Señor, de haberle ofendido: *Tibi soli peccavi* o *dimitte nobis debita nostra,* etc. Y teniendo reducidos a número los pecados de toda la vida, a lo menos los más graves, se hace cuenta, pasando el rosario, de tantos actos de contrición, como pecados se han hecho; y esta devoción suelen llamar algunos contemplativos corona de espinas. Las oraciones jaculatorias por las cuentas son de mucho fruto, diciendo en cada cuenta: *Sanctificetur nomen tuum* o *fiat voluntas tua* u otra palabra encendida de amor, con que se despierta el espíritu a la devoción. Asimismo suele ser de fruto ir repitiendo en cada cuenta una palabra del Paternoster e ir considerando en ella; con que se gana devoción y eficacia en el alma acerca de aquella palabra, y pasando tantas veces el rosario cuantas peticiones tiene el Paternoster o cláusulas el Avemaría, se halla rezado el rosario entero con fervor.

Rosario de contrición.

Rosario de oraciones jaculatorias.

Palabras del Paternoster.

Para la presencia de Dios es muy buen ejercicio traer entre manos un rosario de cuentas apretadas a la cuerda, que no se pasen

Presencia de Dios.

ellas sino cuando quisiéremos; y cuando nos hallemos divertidos y apartados de la presencia divina, pasar una de aquellas cuentas para tornar a ella.

Rosario de actos interiores.

Ni más ni menos, para hacer actos de virtudes es muy buena curiosidad traer este mismo rosarito de cuentas pequeñas, y cada día pasar tantas cuentas y hacer tantos actos interiores de la virtud que nos pareciere o más necesidad tuviéremos, cuantos quisiéremos; contando a la noche, si hemos cumplido con esta nuestra devoción, para ir siempre creciendo en la virtud.

Examen de conciencia.

Para el examen de conciencia, especialmente quien tiene costumbre de algún vicio, es muy buen aviso, cuando cayere, pasar una de estas cuentas, y a la noche sumar las veces que ha caído, para acordarse cuando se confesare de sus faltas e irse enmendando.

Palabras santas.

Es también muy buena devoción tener algunas palabras santas, que cuando las digan sea en señal de las intenciones y deseos del corazón más fervorosos que haya tenido, como decir, Jesús, María y José, habiendo en la oración comunicado con el Señor, que todas veces que dijere Jesús, desea que Dios, Cristo, la Virgen María y todos los ángeles y santos sean conocidos, servidos, amados y glorificados tanto cuanto merecen. Y todas las veces que dijere María, que desea la salvación de todas las almas; y todas las veces que dijere José; que desea la perfección de su propia conciencia, y habiendo comunicado con el Señor estos deseos, es muy santa curiosidad repetir por las cuentas del rosario Jesús, José y María o cosas semejantes.

Indulgencias.

Para ganar sus indulgencias es muy buena curiosidad tener colegidas las oraciones de Padrenuestros y Avemarías en que más indulgencias gana, según las imágenes o medallas o cuentas benditas que tuviere, y reducirlas al número del rosario o de la parte que de él quisiere, rezándolos siempre a esta intención. Porque es casi imposible, a lo menos muy dificultoso, acordarse uno de todas las gracias e indulgencias que tiene e irlas rezando en particular.

Romerías.

También es de mucho fruto tener contadas y sabidas las imágenes o casas de devoción que más le agradan, y por tantas cuentas del rosario ir rezando a ellas como si actualmente las visitase, especialmente en personas impedidas de poder andar fuera de su casa, como son religiosas, que Nuestro Señor aceptará esta romería y quizá le será de más fruto que las que hacen algunos caminando con los pies con distraimiento del corazón y con ocasiones de ofensas divinas. Esto es lo que se me ofrece cerca del rosario.

DEVOCION Y MEDITACION DE LAS NUEVE FIESTAS DE NUESTRA SEÑORA.

Nuestra madre la Iglesia celebra nueve fiestas de Nuestra Señora, y es grande devoción decir nueve Padrenuestros y Avemarías en honra de nueve excelencias que tuvo la Virgen, pidiéndole por cada una nos alcance una particular gracia y virtud, según el orden siguiente.

Por la fiesta de la Concepción, en que se celebra la Virgen haber sido libre de todo pecado y concebida sin pecado original, le pedimos nos alcance pureza de conciencia y que seamos libres de

todo pecado. Por la Natividad, que nace como madre de gracia y misericordia, pedimos nos alcance gracia. Por su santísima Presentación al templo, como madre de toda la devoción y religión, pedimos nos alcance devoción y que los religiosos seamos verdaderamente observantes de nuestras reglas. Por la Anunciación del Angel y Encarnación del Verbo Divino, le pedimos nos alcance el amor de Dios. Por la Visitación de Santa Isabel, amor del prójimo y benignidad y misericordia. Por la fiesta que se llama *Expectatio partus* o Nuestra Señora de la O, que nos alcance verdadera confianza. Por la Purificación le pedimos sea medianera con el Señor para que purifiquemos nuestras almas con verdadera penitencia. Por la fiesta de Nuestra Señora de las Nieves, cuando se le fabricó el templo de Santa María la Mayor de Roma, le pedimos nos alcance verdadera devoción y reverencia a los templos, sacramentos, imágenes y todas cosas sagradas. Por su santísima Asunción al cielo, pedimos nos alcance que vayamos a gozar de la bienaventuranza de la gloria. Hase experimentado ser esta devoción muy provechosa para alcanzar grandes bienes, especialmente cuando se hacen decir nueve misas de estas nueve festividades.. Y las mujeres preñadas, cuando entran en el mes del parir, hallan gran consuelo en rezar esta devoción de hacer decir las nueve misas visitando algunas imágenes devotas.

DEVOCION DE LAS SIETE PALABRAS DE LA VIRGEN MARIA.

Es la sacratísima Virgen maestra de toda perfección; fundó su casa de la sabiduría sobre siete columnas, que son siete doctrinas que nos enseña y siete virtudes que en ella nos declara para bien vivir en siete palabras que habló, escritas en los Evangelistas. Y quien las dijere con espíritu y la pidiere lo que en ellas se contiene, rezando en cada una un Paternoster y un Avemaría, alcanzará grandes bienes.

Quomodo fiet istud quoniam virum non cognosco?

Esta palabra dijo la Virgen al ángel San Gabriel cuando la anunció que había de ser Madre de Dios. ¿Cómo puede ser eso, que tengo hecho voto de castidad?, en que se nos enseña que seamos castos. Pidámosle nos alcance esta virtud en obras, palabras y pensamientos.

Ecce ancilla Domini; fiat mihi secundum verbum tuum.

Cuando la Virgen entendió del ángel ser la voluntad de Dios que ella fuese su Madre, se rindió, diciendo: La esclava del Señor, se haga en mí según tu palabra, con que nos enseña el verdadero rendimiento. Pidámosla nos alcance obediencia y rendimiento con humildad verdadera a las divinas inspiraciones y mandamientos de Dios y de nuestros prelados y confesores.

Vox salutationis.

Cuando la Virgen visitó a Santa Isabel, la saludó con palabras tan dulces, amorosas y abrasadas en caridad, que Isabel quedó consolada y fué santificado en el vientre su hijo Juan Bautista. Supliquémosla que todas las palabras que habláremos con nuestros prójimos sean benignas y llenas de caridad. Y que nos abstengamos de mentiras, calumnias, murmuraciones, juramentos, blasfemias, arrogancias y cualquier otra palabra dañosa.

Magnificat anima mea Dominum, etc.

En este soberano canto del *Magnificat* nos enseña la Virgen el verdadero espíritu y oración con que hemos de tratar con Dios, que es estima y engrandecimiento de las cosas divinas; alegría y conformidad con la divina voluntad; humildad profunda, agradecimiento de las divinas misericordias y mercedes, temor filial y reverencial, espíritu fervoroso con hambre y sed de justicia, unión con que recibamos al Niño Jesús en nuestros corazones. Supliquemos a la misma Virgen nos alcance estas siete excelencias de verdadero espíritu.

Fili, quid fecisti nobis sic? Pater tuus et ego, dolentes quaerebamus te.

Hijo, ¿por qué lo habéis hecho con nosotros así, que vuestro Padre y yo con dolor os buscábamos?, dijo la Virgen a su Unigénito Hijo siendo de doce años cuando lo halló después de tres días perdido; en que nos enseña el dolor, lágrimas y contrición que hemos de tener por haber perdido a Dios de nuestra alma por nuestros pecados. Supliquemos a la Virgen nos le alcance y verdadera penitencia.

Domine, vinum non habent.

En las bodas de Canaá de Galilea, faltando el vino, le pidió esta divina Señora a su Hijo, diciendo: Señor, no tienen vino; con que nos enseña que pidamos siempre a Dios nos dé lo que hemos menester para nuestra salvación y contento y alegría espiritual, y que no le busquemos de otra parte.

Quodcumque dixerit vobis, facite.

Dijo la Virgen a los que servían a las bodas: Haced todo lo que Cristo os mandare; con que nos enseña que en todas nuestras cosas si queremos acertar, no busquemos otra que la voluntad de Dios y su mayor honra y gloria. Pidámosla nos la alcance de su Unigénito Hijo.

Diciendo estas siete palabras, y meditando y ejercitándose en las virtudes de la castidad, amor de Dios y obediencia, amor del prójimo, misericordia, verdadero espíritu y oración, contrición y penitencia, confianza en Dios y no desear otra cosa sino hacer la mayor gloria de Dios y buen gobierno de su casa y familia, alcanza el alma grandes bienes mediante la devoción de la sacratísima Virgen.

DEVOCION Y MEDITACION DEL FELICISIMO TRANSITO DE LA VIRGEN PARA ALCANZAR BUENA MUERTE.

De unas revelaciones que la sacratísima Virgen hizo a Santa Brígida y a San Mileto, obispo de Esmirna, según cuenta Vincencio, y a Santa Matilde, se colige que, cuando la Virgen pasó de este mundo y fué subida al cielo y coronada en la gloria, sucedieron siete cosas, que meditadas y pidiendo por ellas a esta divina Señora, concede siete cosas al alma para la hora de la muerte, que es de gran provecho y se puede rezar por esto siete Avemarías y siete Padrenuestros.

La primera, deseaba esta Señora salir de este mundo para ver a su Hijo; aparecióle el ángel San Gabriel con una palma dándole la buena nueva de su tránsito, y ella pidió a su Hijo se hallasen los apóstoles a su muerte y que no viese el rostro del demonio. Pida el alma a Dios por medio de la Virgen le conceda vivir de tal manera que no tema la muerte, y que al tiempo de su tránsito le ayuden los ángeles en la batalla de los demonios en la agonía.

La segunda, la enfermedad que ella reveló a estos santos de que murió, fué amor de Dios, que con un ímpetu en sumo grado se le arrancó el alma. Ruegue a Dios que la enfermedad de que muriere sea de suerte, que no le impida el amor de Dios y los ejercicios espirituales; y ejercítese entre la vida muchas veces en los cuatro actos de fe, esperanza, caridad y contrición, diciendo estas cuatro palabras: Creo en Dios; espero en Dios; amo a Dios; pésame de haber ofendido a Dios. Las cuales tenga muy bien sabidas y ejercitadas para la hora de la muerte.

La tercera, la Virgen hizo su testamento encomendando a los discípulos las virtudes que habían menester para convertir al mundo; y dicen estos santos que dos sayas pobres que tenía, mandó se diesen a vírgenes de su tribu. Una de ellas trajeron Galbio y Cándido, patricios de Constantinopla, a su ciudad en tiempo de León, emperador, y otras reliquias suyas llevaron los apóstoles a diversas partes. Procure quien quisiere bien morir, hacer su testamento en tiempo de salud y no dejar el cuidado de distribuir su hacienda para aquella hora; y pida al Señor le dé gracia para no salir de esta vida dejando agraviado a nadie en hacienda ni pleitos y revueltas entre sus herederos.

La cuarta, el cuerpo de esta Señora fué sepultado por los apóstoles que asistieron a su muerte con oraciones y cantares espirituales de himnos y salmos. Ruegue a Dios le conceda cuando muriere se hallen a su tránsito personas espirituales que le ayuden a bien morir, y granjéelos durante la vida, y que su cuerpo no carezca de eclesiástica sepultura.

La quinta, al tiempo del expirar bajó Cristo del cielo, recibió su alma en los brazos, tornó de ahí a tres días a juntarla con el cuerpo, y así resucitada en cuerpo y en alma subió a la bienaventuranza. Pida a Dios que al tiempo de su tránsito le acompañen y aparezcan Cristo Jesús y la Virgen, como han aparecido a muchos, y

que reciban su alma en sus brazos, que en una revelación que esta Señora hizo al papa Juan XXII, le ofrece asistir a la muerte de los que fueren hermanos del Orden del Carmen, como se lee en la Bula llamada «Sabatina».

La sexta, al tiempo que llegó a la bienaventuranza, dice la Virgen a Santa Matilde, que recibió el abrazo de las tres divinas personas viendo la esencia divina con tanta gloria, que de la redundancia de ella *mellifflui facti sunt caeli,* quedaron los cielos con inefable dulzura; y que el alma que le diere el parabién de esta su gloria y rezare algo por ella, alcanzará grandes bienes. Pida al Señor le dé la gloria para que fué criada y la Virgen se la alcance, alegrándose las más veces que pudiere por la gloria que dió el Señor a su Madre y porque la hizo Madre de Dios.

La séptima, la Virgen fué levantada sobre todos los santos y ángeles del cielo y coronada por reina y emperatriz de la gloria. Pida a la Virgen, acordándole la gloria de esta su coronación, le alcance en esta vida la corona de las doce estrellas que contiene las doce virtudes más principales: fe, esperanza, caridad, justicia, prudencia, fortaleza, templanza, paciencia, humildad, oración, penitencia y perseverancia, y ejercítese en ellas, que con esta meditación y ejercicio, rezando siete Padrenuestros y siete Avemarías, se alcanzan muchos bienes.

MEDITACION DEL DULCE NOMBRE DE MARIA.

Este nombre tiene cinco letras, y suélense rezar cinco salmos que en ellas comienzan:

M—*Magnificat anima mea Dominum.* A—*Ad Dominum cum tribularer clamavi.* R—*Retribue servo tuo, vivifica me.* I—*In te, Domine, speravi, non confundar.* A—*Ad te levavi animam meam.* Suélense rezar cinco Padrenuestros y Avemarías pidiendo a la Virgen por las grandezas que Dios le dió, contenidas en lo que significa este nombre María, que en lengua siriaca quiere decir señora; en la caldea, levantada sobre todo lo criado; en la hebrea, estrella de la mar, y en la misma, mirra o amarga, como lo fué en la pasión de su hijo; en la latina, mares de abundancia de todas las gracias, dones y perfecciones posibles, que el Señor le dé señorío sobre sus pasiones, espíritu levantado, luz interior para acertar, penitencia y amargura de corazón por haberle ofendido, abundancia de bienes espirituales y temporales.

DEVOCION DE LAS TRES AVEMARIAS PARA ALCANZAR CASTIDAD.

Colígese de los santos y de muchas almas que lo han experimentado, que quien rezare cada día tres Avemarías a la limpia Concepción de la Virgen, rogándola le alcance verdadera honestidad y castidad, hallará gran remedio contra las tentaciones, ocasiones y peligros deshonestos.

DEVOCIÓN DEL GLORIOSO SAN JOSÉ
ESPOSO DE LA VIRGEN MARIA

Hanse de rezar siete Padrenuestros con siete Avemarías a las angustias y gozos del glorioso San José, en la forma siguiente:

Al desposorio.

Por la angustia que este santo sintió cuando le mandaron desposar habiendo hecho voto de castidad, y el gran gozo de su corazón cuando entendió de la Virgen María, su Esposa, que quería la misma castidad y permanecer virgen y verse también empleado y con tan buena Esposa, hase de pedir a este santo le alcance gracia de su Esposa e Hijo Jesús, para que el Señor le dé el estado que fuere para mayor servicio suyo; y si tuviere estado de matrimonio o de religión, le deje perseverar en él hasta la muerte con la pureza y castidad que su divina Majestad quiere y manda.

A la turbación que tuvo cuando la vió preñada.

Por aquella congoja, aflicción y turbación que este glorioso santo tuvo cuando supo que su esposa, la Virgen, estaba preñada sin entender el misterio, y por el soberano gozo que recibió cuando le declaró el ángel ser por obra del Espíritu Santo y que había de ser Madre de Dios, pidan los que fueren casados a este santo, interceda para que Dios les libre de la peligrosa pasión de los celos, y todos sus devotos que el Señor les dé fuerza contra las sospechas, juicios temerarios y malicias del corazón, y les conceda una verdadera sinceridad y bondad de entrañas puras.

Cuando nació el Niño Jesús.

A la congoja que este santo recibió viendo la descomodidad de casa, cama, regalos y comida que había menester su esposa al tiempo de la media noche cuando parió, y la soberana gloria que sintió en la vista del recién nacido, Cristo Jesús, y los innumerables ángeles que le acompañaban cantando *Gloria in excelsis Deo,* pidan las mujeres casadas a Dios les dé hijos de bendición y buenos partos; y los que no lo son, que el Señor les conceda por medio de este glorioso santo que puedan poner en obra sus buenos deseos con merecimiento, gloria y honra de Dios.

A la huída a Egipto.

Por el gran temor, sobresalto y congoja que recibió este glorioso santo cuando fué huyendo a Egipto porque Herodes no matase el niño, como vió mataba los santos inocentes, y los trabajos que padeció por el camino y en Egipto; y por el soberano gozo que recibió con la compañía que llevaba con el niño y su Madre y los

regalos que el soberano niño le hacía cuando iba creciendo; pidan los casados les alcance vida y salud para sus hijos, y que se los libre Dios de todos los peligros en que anduvieren. Y todos los devotos de este santo, le pongan por intercesor para que el Señor les dé paciencia y sufrimiento en todas sus persecuciones y tribulaciones exteriores e interiores y les libre y defienda de sus enemigos.

A la vuelta de Egipto.

Por la turbación que este santo sintió cuando volviendo de Egipto a Jerusalén vió que reinaba Arquelao, hijo de Herodes, temiendo no matase al niño; y con enfado de los muchos pecados que había en Jerusalén donde quisiera morar por gozar de los sacrificios del templo de Salomón, se fué a morar en Nazaret, trabajando en su oficio para sustentar a su esposa y niño; y los soberanos regalos y consuelos que recibió cuando el niño era ya grande y le enseñaba doctrinas del cielo en compañía de la Sacratísima Virgen, su Madre, pidan los casados a este santo les alcance gracia para que puedan sustentar sus casas, ejercitar sus oficios y pasar su vida del matrimonio con espíritu, fervor y doctrina. Y todos los devotos de este santo, religiosos y continentes, pidan les alcance que con recogimiento y trabajo de manos se ayuden a sustentar; y que nunca el demonio les halle ociosos para que de su ociosidad no tome puerta para las tentaciones.

Al Niño perdido.

Por las lágrimas que derramó y la inefable congoja y tristeza que en su corazón sintió en aquellos tres días que el niño Jesús estuvo perdido, y la consideración de lo que había de padecer el Señor en toda su pasión, que entonces se le representó muy al vivo; y el soberano gozo que recibió juntamente con su amada esposa cuando le hallaron disputando entre los doctores, pidan al Señor los casados que les aumente la vida y salud espiritual y temporal de sus hijos; y los que guardan continencia le pidan que su divina Majestad les conceda devoción, espíritu, presencia de Dios y gozos espirituales contra las sequedades y disgustos interiores que suelen afligir el corazón.

A la muerte y resurrección de San José.

Por el glorioso tránsito de este santo y el gozo que recibió, teniendo de un lado a su Esposa y de otro a Cristo Jesús, que le tenían las manos al tiempo que expiraba; y la soberana gloria de resucitar con Cristo, cuando vino en su compañía y de los santos padres del limbo a visitar a la Virgen soberana, pidamos todos a este glorioso santo nos alcance buena muerte, y que vayamos a gozar en su compañía y de su Esposa de la vista de la esencia divina en la bienaventuranza de la gloria.

DEVOCION DE LOS NUEVE COROS DE LOS ANGELES PARA ALCANZAR CON SU INTERCESION VIRTUDES ANGELICAS

Según se colige del glorioso apóstol San Pablo (1), de S. Dionisio Areopagita (2) y el bienaventurado San Gregorio papa (3) lo declara, nueve coros hay de ángeles, conviene a saber: Serafines, Querubines, Tronos, Dominaciones, Poderíos, Virtudes, Principados, Arcángeles y Angeles. Y es muy provechosa devoción rezar nueve Padrenuestros y nueve Avemarías a estos nueve Coros de Angeles pidiéndoles nos alcancen las nueve virtudes heróicas en que ellos se aventajaron, para que mediante su intercesión, vivamos en la tierra vida angélica por el orden siguiente.

A los Serafines, que quiere decir ardientes porque están abrasados en amor de Dios de quien hace mención Isaías (4), pidamos nos alcancen verdadera caridad de Dios y del prójimo.

A los Querubines, que son los que contemplan y conocen la esencia divina, porque este nombre *Cherub* significa plenitud de ciencia divina, como aquellos dos que mandaba el Señor en el Exodo (5) se figurasen, pidamos nos alcancen fe viva, luz interior, presencia de Dios y verdadera oración.

A los Tronos, que son sillas donde Dios se sienta a juzgar, como se colige de Daniel (6), pidamos nos alcancen verdadero rendimiento a las divinas inspiraciones y obediencia a nuestros prelados.

A las Dominaciones, que profesan ser señores y libres los que sirven a Dios, figurados en aquellos caballeros encendidos en fuego de quien dice el profeta Zacarías (7) que se paseaban por los arrayanales, pidamos verdadera libertad de espíritu y que nos libre Dios de los lazos y vasallaje de respetos humanos.

A los Poderíos, que son los ángeles por quien Dios ejercita sus castigos, como aquel que mató los ciento y ochenta y cinco mil asirios, de que se hace mención en el cuarto libro de los Reyes (8) pidamos verdadero celo de la honra y gloria de Dios y salvación de las almas para no disimular pecados y maldades dando castigo a quien lo hubiere menester.

A las Virtudes, que son los ángeles por quien Dios obra sus milagros, como cuando envió el maná en el desierto llamado pan de ángeles, roguemos al Señor nos dé magnanimidad, grandeza de espíritu y que no contentándonos con las obras obligatorias, nos ejercitemos en las de supererogación.

A los Principados, que son los ángeles superiores que gobiernan y enseñan a los inferiores y mueven los cielos, pidamos intercedan

---

1 Ad Ephes., 1, 21
2 S. Dionys., lib. *De caelesti Hierar.*
3 S. Gregor., Hom. XXXIV.
4 Isai., VI, 2.
5 Exod., XXV, 18.
6 Daniel, VII, 9.
7 Zachar., VI, 1-7.
8 VI Reg., XIX, 35.

para que el Señor nos dé verdadera prudencia y el buen gobierno de su casa y familia quien las tuviere.

A los Arcángeles, que son enviados al mundo para soberanas embajadas, como el arcángel San Gabriel que vino a la Virgen Santísima, supliquemos nos alcancen verdadera castidad y honestidad en obras, palabras y pensamientos.

A los Angeles, que tienen por oficio guardar los hombres, como el que sacó a Lot de Sodoma (1) y los que rodeaban a Eliseo (2), pidamos al Señor la verdadera, profunda y perfecta humildad, que es la guarda de todas las virtudes. Esta devoción es de gran provecho para que los hombres vivan como ángeles en la tierra.

DEVOCION DE LOS SIETE ANGELES PRINCIPES.

Que hay siete ángeles príncipes y los lugares de la Sagrada Escritura y doctores de donde se coligen.

En el capítulo XII de Tobías se lee que dijo el arcángel San Rafael: Yo soy uno de los siete príncipes, que estamos asistiendo en la presencia de Dios. Y en el capítulo cuarto de Zacarías se dice que los siete ojos que están en una piedra son los siete espíritus que discurren por toda la tierra. Los siete ángeles de las siete iglesias del Apocalipsis de San Juan, capítulo primero; los siete cuernos del cordero, capítulo quinto; los siete ángeles de las siete trompetas, capítulo octavo; y los siete que tenían las siete plagas y derramaban las siete phialas o vasos de ira, capítulo quince, significan estos siete ángeles príncipes, según se colige de Clemente Alejandrino, libro sexto *Stromatum*; de Aretas sobre el cuarto capítulo del *Apocalipsis*; de Orígenes, *Homil. XX in Num.*; de San Ambrosio, libro segundo *in Lucam*; de San Jerónimo, capítulo VI *Micheae*; de Ireneo, sobre el *Apocalipsis*; como también refiere el doctor Ribera, sobre el mismo lugar.

Michael, Víctor.

Paratus ad animas suscipiendas.

Michael quiere decir: ¿Quién como Dios? Su oficio es de capitán general de los ejércitos del cielo y de la tierra, así en el Nuevo como en el Viejo Testamento. Dásele por título *Víctor*, porque venció al demonio, lanzándole del cielo, según se lee en el Apocalipsis, capítulo doce, y en otra batalla que con él tuvo sobre el cuerpo de Moisés, como escribe el apóstol San Judas en su Epístola Canónica. Recibe las ánimas de los que mueren bien para ofrecerlas al Altísimo, favoreciéndolas en la agonía y batalla del tránsito, y entrega las de los malos a los verdugos eternos.

---

1 Gen., XIX. 2 IV Reg., VI, 17.

Gabriel Nuntius fortis.

Missus est Angelus.

Gabriel, fortaleza de Dios, es embajador mayor del cielo, que preside sobre todos los ángeles, que envía el Señor a la tierra con mensajes y favorece a los hombres para que reciban y obedezcan las divinas inspiraciones. Su título es *Nuntius,* mensajero. Vino a anunciar los nacimientos de Ismael, Isaac, Sansón, Samuel y San Juan Bautista a sus madres y la Encarnación del Verbo divino a la Virgen María. Léese en el Génesis, capítulo veinte; en los Jueces, capítulo trece; Daniel, capítulo nueve; Lucas, capítulo primero. Alcanza la virtud de la obediencia. Píntase vestido de blanco con una linterna y dentro de ella, encendida, una candela en la mano izquierda, señal de la luz y vocación interior, y un ramo de azucenas en la mano derecha.

Raphael, Medicus salutis.

Viatores committo, infirmos medico.

Rafael quiere decir medicina de Dios. Es protomédico del Altísimo y preside sobre todos los ángeles que nos libran de los pecados, daños y peligros así del alma como del cuerpo. Favorece y guía a los que caminan o navegan; su título es *medicus.* Tiénenle por devoto los que quieren hacer verdadera penitencia y acertar a escoger el camino y estado para su salvación. Píntase vestido de amarillo con Tobías que lleva el pez en la mano, según lo que de él se lee en los libros de Tobías.

Uriel, ignitus Socius.

Flammescat igne caritas.

Uriel, fuego de Dios, es justicia mayor del Rey omnipotente, abrasador de corazones tibios, padrino en las batallas contra las tentaciones. Preside sobre todos los ángeles que castigan. Favorece a los hombres para que no sean castigados y para que amen a Dios, venzan las tentaciones y alcancen caridad, celo y rectitud. Su título es *ignitus socius,* compañero encendido. Píntase vestido de colorado con una espada de fuego en la mano derecha. Léese de él en el libro cuarto de Esdras, capítulo cuarto; y es el que echó a Adán y Eva del paraíso terrenal y se puso con la espada desnuda a resistir a Balaám cuando iba a maldecir al pueblo de Dios, *Números,* cap. XXII, y mató los ciento y ochenta y cinco mil asirios.

Selatiel, Orator.

Oro supplex et acclinis.

Selatiel, petición de Dios, es el abogado mayor de los hombres ante el tribunal del Rey eterno, cuyo oficio es presentar a Dios las peticiones que se hacen. Su título es *orator*; favorece para tener buena oración. Píntase vestido de azul con un incensario en la mano como el ángel de quien se dice, Apocalipsis, cap. VIII.

Iehudiel, Remunerator.

Deum laudantibus praemia retribuo.

Jehudiel, confesión o alabanza de Dios, es el maestro de capilla de los himnos, cantares y loores divinos, guardia mayor de las vírgenes y esposas de Cristo, y el que favorece para confesarse bien los penitentes, ayuda a los deseos de la mayor honra y gloria de Dios, castidad y pureza. Su título es *remunerator*. Píntase vestido de diversos colores, con una corona en la mano derecha y una disciplina o azote en la mano izquierda, porque da premio a los que glorifican a Dios y animó a los penitentes y confesores. Colígese del Exodo, capítulo XXIII.

Barachiel, Adjutor.

In opportunitatibus et in tribulatione.

Barachiel, bendición de Dios, secretario mayor de estado, que asiste a las divinas consultas que Dios hace para dar gracia, dones y mercedes a los hombres. Favorece para alcanzar los dones del Espíritu Santo. Su título es *adjutor*. Y cuando Isaías, capítulo VI, dice que el serafín tomó una brasa del altar con que se le abrieron los labios, habla de este príncipe. Hase de pintar vestido de brocado, con la falda llena de rosas que con la mano derecha va esparciendo.

DE OTROS NOMBRES QUE TIENEN ESTOS SIETE ANGELES, AUNQUE TODOS SIGNIFICAN LO MISMO.

Aunque Tritemio en el libro de *Secundeis*, cuando trata de los siete ángeles que gobiernan el mundo con los siete planetas, muda algunos de estos nombres, porque dice, que Michael gobierna con el Sol, Gabriel con la Luna, Rafael con Mercurio, Samael con Marte, Orofiel con Saturno, Anael con Venus, Zachariel con Júpiter; y Gregorio Tolosano en los Comentarios de su *Sintaxis artis mirabilis*, cap. XII, dice que según los antiguos rabinos, los siete ángeles prín-

cipes fueron de guarda de los siete patriarcas, conviene a saber:, Raciel, de Adán, Tophiel, de Sen, Teadchiel, de Abraham, Raphiel de Isaac, Piel, de Jacob, Gabriel, de Daniel, Rafael, de Tobías, declarando las significaciones de los nombres hebreos vienen a ser los mismos que he nombrado. Y así están en Palermo y en Roma, como escribe Antonio Duca en su libro de los *Siete ángeles príncipes,* donde dice que estos son los nombres y pinturas que siempre han tenido. Es muy buena devoción rezarles siete Padrenuestros y siete Avemarías, para que nos alcancen buena muerte, inspiraciones divinas, penitencia, amor de Dios, oración, divinas alabanzas, gracia, dones del Espíritu Santo y gloria.

DEVOCION DE LA SANTISIMA TRINIDAD PARA LA HORA DE LA MUERTE.

Es de muy gran fruto rezar cada día tres credos y tres Padrenuestros y Avemarías a la Santísima Trinidad, suplicando nos dé verdadera fe viva a la hora de la muerte y victoria contra las tentaciones del demonio en la agonía. Y para alcanzar de Nuestra Señora favor en la misma hora, decir con cada Padrenuestro y Avemaría, *Maria, mater gratiae, mater misericordiae, tu nos ab hoste protege et in hora mortis suscipe.*

DEVOCION DEL SANTO NOMBRE DE JESUS PARA LA HORA DE LA MUERTE.

Los sumos pontífices han concedido muchas indulgencias a los que en la hora de la muerte dijeren el nombre de Jesús; y asi como este nombre tiene cinco letras, así son a propósito para aquella hora cinco versos, diciéndolos con afecto y acto interior o cinco deseos del corazón. En cada uno un Paternoster y Avemaría. I—*In te Domine speravi, et non confundar in aeternum, etc.* confianza en Dios. E—*Eripe de inimicis meis, Deus, animam meam,* oración contra los demonios pidiendo favor. S—*Suscipe me, Domine, secundum eloquium tuum, et vivam, et non confundas me ab expectatione mea,* poner el alma en los brazos de Cristo y rogarle la reciba. V—*Vivet anima mea, et laudabit, et judicia tua adjuvabunt me.* S—*Sanctum et terribile nomen ejus,* invocando y teniendo confianza en el santísimo nombre de Jesús y rezándole cinco Padrenuestros y Avemarías.

DEVOCION DE LOS SIETE SACRAMENTOS PARA RENOVAR EL ALMA.

La gloriosa Santa Gertrudis escribió un devocionario divino de los siete Sacramentos, y es de gran fruto la meditación de ellos para bien vivir y bien morir, rezando en cada uno un Padrenuestro y Avemaría o lo que quisiere por el orden siguiente:

Bautismo y fe viva.

Acuérdese y medite que al que bautizan le piden el nombre; pónenle saliva y sal en la boca, hácenle la cruz en la frente, úngenle con el crisma, báñanle en el agua, pónenle una vestidura blan-

ca y una candela en la mano. Meditando estas cosas, proponga el alma de vivir y morir en la santa fe católica, invocando el santo de su nombre, sabiendo las cosas de la fe y confesándolas con sabiduría, agradeciendo el ser cristiano a la sangre de Cristo; y procure vivir de tal manera conforme a la fe, que pueda entrar en la otra vida con la vestidura blanca y candela encendida de la fe viva que profesó.

Confirmación y fortaleza.

Así como el obispo invoca al Espíritu Santo, y el que se va a confirmar lleva sus padrinos, úngenle en la frente y véndasela con una venda de lino, recibe un bofetón en el carrillo derecho, así es bien que cualquier cristiano meditando estas ceremonias, pida al Espíritu Santo cada día sus dones, y se acuerde de la cruz que trae en la frente, con que le armaron como soldado de Cristo para pelear contra los herejes, enemigos de Dios, y contra los de su alma, y alcanzar victoria en las tentaciones de vida y muerte pidiendo al Señor fortaleza.

Confesión y penitencia.

Es muy provechosa devoción en cayendo uno en pecado mortal, confesarse luego, si pudiere, y por lo menos cada dia antes de dormir, decir la confesión general y acordarse de sus pecados, y como si los confesase con Cristo, pedirle perdón pesándole de haberlos cometido, porque, si Dios aquella noche le llevare, se halle en buen estado.

Eucaristía y amor de Dios.

Cada día, especialmente cuando se oye misa, es bueno comulgar espiritualmente haciendo las mismas prevenciones y procurando sacar los mismos frutos que si sacramentalmente comulgase.

Matrimonio y buena vida de casados.

Acuérdense los que tienen este estado, que cuando se casaron los amonestaron tres veces y pidieron a cada uno su consentimiento, y que el sacerdote les juntó las manos haciéndoles la señal de la cruz, y bendijo las arras y el anillo y se les puso en sus dedos, y que a él le pusieron un velo sobre la cabeza, que caía sobre los hombros de la novia, y les dijeron una misa con muchas bendiciones. Meditando estas ceremonias propongan, como si entonces se casasen, de tratarse el uno al otro con amor en memoria de la pasión de Cristo; de guardarse fidelidad y gobernar bien su casa y familia, hijos y hacienda, obedeciendo la mujer al marido y el marido favoreciendo a su mujer, para que alcancen las bendiciones que Dios promete a los buenos casados.

Sacerdocio y cumplir bien las obligaciones de este estado.

Los que fueren sacerdotes, mediten las obligaciones que tienen a su oficio según los siete órdenes que recibieron. Cuando los ordenaron de corona, los cortaron los cabellos en cruz, y vistieron una sobrepelliz. Acuérdense que renunciaron al mundo y tomaron al Señor por parte de su herencia, y propongan vivir con pureza, justicia y santidad.

En las cuatro órdenes menores, en la de ostiario se acuerde y medite cuando abrió la iglesia y tocó la campana, traiga a la memoria que ha de procurar llamar almas para el cielo y abrirles la puerta de la bienaventuranza. Cuando le hicieron lector, que leyó en el libro y cantó lecciones en la iglesia, para que se dé a la lección de buenos libros y enseñar a las almas el camino de su salvación. Cuando le ordenaron de exorcista, le dieron poder para lanzar los demonios y echar los excomulgados de la iglesia; proponga trabajar lo más que pudiere para quitar pecados de las almas y estorbar descomedimientos en los templos de Dios. El acólito tiene por oficio llevar los ciriales y encender las lumbres de la iglesia; acuérdese que le llama Dios luz del mundo y procure dar buen ejemplo con su vida y costumbres.

Entre las tres órdenes mayores, el subdiácono propone castidad cuando le ordenan; ministra al diácono y recibe las ofrendas que vienen al altar, y lee la epístola. Sus vestiduras son, el amito, manípulo y dalmática. Medite con la reverencia que ha de servir en la iglesia, y sirva al sacerdote como a Cristo y enseñe la doctrina de los apóstoles como profesó. El diácono, que hace oficio de los levitas antiguos, canta el Evangelio, ministra al altar, y puede predicar. Medítense en estas ceremonias cuánto agrada al Señor que se predique su Evangelio y se enseñe la doctrina de Cristo a todo el mundo. El sacerdote, cuyo oficio es decir la misa, bautizar, predicar y absolver de los pecados, traiga a la memoria su dignidad, y procure ejercitar bien estos oficios, que son los mismos que hizo Cristo.

Extremaunción y guarda de pecados veniales.

Así como en la Extremaunción para perdón de pecados veniales y fortalecer el alma en el agonía de la muerte, se dicen primero las letanías, y luego se ungen los ojos, boca, narices, oídos, manos y pies, así es muy buena devoción para guardarse el alma de pecados veniales y de caer en ocasiones de mortales, y fortalecerse contra las tentaciones, invocar los santos que le ayuden y puede decir la letanía; y luego preparar las obras, palabras y pensamientos que hubiere de hacer, decir y pensar aquel día, y los cinco sentidos exteriores, pidiendo a Dios muy de veras le dé gracia, fuerza y espíritu para que no caiga en ninguna falta de ellos; y meditar los peligros que de presente se le ofrecen para poder caer, que con esta prevención alcanza el alma fuerzas.

Estas siete meditaciones de los Sacramentos reparte Santa Gertrudis en siete días de la semana, puédense meditar en un día o como cada uno quisiere.

DEVOCION DE LAS DOCE APARICIONES DE CRISTO RESUCITADO, PROVECHOSA PARA LA PRESENCIA DE DIOS Y AUMENTO DE LA GRACIA.

De los sagrados Evangelios y de lo que dicen los santos se colige que cuando Cristo resucitó, antes que subiese al cielo, se apareció doce veces. Que quien las meditare y ejercitare lo que significan y pidiere a Dios se le aparezca en el alma, rezando doce Padrenuestros con doce Avemarías, sentirá en sí gran fruto.

La primera, a los padres del limbo, que estaban esperando su santo advenimiento; ejercítese el alma, cuando está con trabajos, tinieblas interiores y aflicciones de espíritu, en esperar en Dios que no tardará de darle su consuelo con nueva luz. La segunda, a la Virgen María en compañía de los santos padres que sacó del limbo; sea devoto de la Virgen quien quisiere consuelos espirituales. La tercera, a la Magdalena que le buscaba con amor (1); háganse actos de amor de Dios que con ellos se alcanza su presencia en el alma. La cuarta, a San Pedro que estaba llorando por haberle negado; ejercítese en la contrición de los pecados de la vida pasada llorándolos cada día, y con esta contrición se aumenta la gracia. La quinta, a las tres Marías cuando volvieron del sepulcro donde le habían ido a ungir (2); el rezar algunas devociones es importante para la asistencia de Cristo. La sexta, a los dos discípulos que iban a Emaus tratando de la pasión de Cristo con tristeza (3); la meditación de la pasión de Cristo y compadecerse con tristeza de lo que él padeció hace mucho al caso. La séptima, a Santiago el Menor, que según se colige de Josefo y San Jerónimo, hizo voto de no se desayunar hasta verle resucitado; aprovecha mucho el ayuno y abstienencia para la buena oración. La octava, a los discípulos, cuando comió del pez asado y panal de miel (4); es buen camino para la presencia de Dios hacer limosna a pobres. La novena, a los siete discípulos que estaban pescando (5); nunca el demonio nos ha de hallar ociosos, que con el trabajo y ejercicio de manos se alcanza devoción, como se dice de San Martín: *Oculis et manibus semper intentus, invictum ab oratione spiritum non relaxabat*; estaba trabajando de manos en la presencia de Dios. La decena, a los discípulos y quinientos hermanos cuando iban a Galilea, como declara San Pablo (6); Galilea quiere decir transmigración o apartamiento, porque no aparece el Señor ni da su consuelo y presencia a los que están enfrascados en ocasiones, pláticas y tráfago del mundo. La undécima, a los discípulos, cuando Tomás metió la mano en el costado y los dedos en las llagas de pies y manos (7); que es gran bien para

1 Joan., XX, 11-19.
2 Matth., XXVIII, 9.
3 Luc., XXIV, 15.
4 Luc., XXIV. 36-42.
5 Joan., XXI, 4.
6 I ad Cor., XV, 6.
7 Joan., XX, 26-27.

alcanzar presencia divina y espíritu del Señor ser muy devoto de las cinco llagas de Cristo. La duodécima, a todos los discípulos cuando estaban perseverando en oración y se despidió de ellos y subió al cielo (1). Procure quien quisiere vivir con santidad y espíritu perseverar en los ejercicios que tomare, porque esta perseverancia es la que más hace al caso para tan gran bien.

DEVOCION DE LAS SIETE MORADAS DE CRISTO PARA PEDIRLE MERCEDES.

Dum esset Rex in accubitu suo nardus mea dedit odorem suum (2), dice la Esposa; que quiere decir: Cuando estaba el Rey, Cristo Jesús en su cama o en su morada, mi nardo dió su olor. El nardo, por ser planta odorífera de que se hacia aquel bálsamo tan precioso con que la Magdalena ungió los pies del Señor (3), significa la devoción del alma, que se aumenta considerando a Cristo en siete lugares, de cuya consideración el alma se afervora. Y por lo que Cristo recibe en cada uno de estos siete lugares, pide le haga siete mercedes.

El primero, en las entrañas del Padre Eterno con quien Cristo es uno en esencia; pida verdadero amor de Dios hasta llegar a la unión con Cristo. El segundo, en las entrañas y en los brazos y pechos de la Virgen María cuando concibió y le daba leche; pida verdadera pureza y devoción a la Virgen. El tercero, en la cruz; pida le de paciencia en todas sus tribulaciones y participación del fruto de su sangre. El cuarto, en el Santísimo Sacramento; pida buena comunión y adoración a todas las cosas divinas. El quinto, en su propia alma donde le considere con toda la corte celestial, pues está Dios en todas las cosas por esencia, potencia y presencia; pida recogimiento interior y verdadera oración vocal y mental. El sexto, en el alma del prójimo; pida caridad y misericordia, humildad y reverencia a todos los hermanos. El séptimo, en el cielo empíreo, donde está dando gloria a los bienaventurados; pida se la dé y en este mundo gracia, rezando a cada uno de estos lugares un Paternoster y Avemaría.

DEVOCION DE LOS FUNDADORES DE LA FE EN ESPAÑA PARA PEDIR AL SEÑOR SE LA CONSERVE.

Así como Cristo con doce discipulos fundó su Iglesia y predicó su fe en todo el mundo, así el glorioso Santiago el Mayor fundó la fe en España con otros doce. Y es grande devoción rezar a cada uno un Paternoster y un Avemaría, suplicando al Señor por su intercesión la conserve y prosperen las cosas de aquellos reinos. Llámanse estos doce discípulos de España y las tierras donde predicaron, San Mancio, que predicó en Evora y todo Alentejo de Portugal; San Pedro de Ratis, en las ciudades de Coimbra, Braga y toda la vera de Portugal; S. Hieroteo, de quien dice Suidas que fué gobernador de España y San Dionisio Areopagita le llama el divino, por-

1 Marc., XVI, 14-20. 2 Cant., I, 11 3 Joan., XII, 3.

que compuso los versos amatorios que cantaron los apóstoles en el enterramiento de la Sacratísima Virgen, la predicó en toda Galicia; San Saturnino predicó en Pamplona y en toda Navarra; San Hesiquio en Astorga y las partes de Alava y Vizcaya; San Segundo la predicó en la ciudad de Avila y gran parte de Castilla la Vieja; San Eugenio predicó la fe en Toledo y su reino, y en muchas partes de la Mancha; San Torcuato, llamado vulgarmente San Torcaz, la predicó en Guadix y toda su tierra; San Eufrasio, en Andújar y sus comarcas; San Indalecio la predicó en Almería y muchas partes de la Andalucía; San Tesifón en Berga hacia Gibraltar y muchas de aquellas costas; San Cecilio la predicó en Granada y todo aquel reino.

Es muy buena devoción rezar a todos estos santos doce Padrenuestros con doce Avemarías por la intención dicha.

DEVOCION PARA LAS PERSONAS CASADAS QUE DESEAN TENER HIJOS, Y PARA TODAS LAS ALMAS QUE APETECEN PONER POR OBRA LOS DESEOS QUE TIENEN EN EL CORAZON.

Dice Job en el capítulo XXXIX: *Nunquid considerasti tempus partus ibicum in petris, aut cervas parturientes observasti; incurvantur et rugitus emittunt, etc.* (1). ¿Has considerado por ventura lo que hacen las cabras montesas para parir, que se ponen sobre las piedras, y las ciervas, que se encogen y dan bramidos, etc.? en las cuales palabras da a entender, que la persona que quisiere hijos en el matrimonio u obras de merecimiento en el alma, se ponga sobre las piedras, y San Pablo dice: *Petra autem erat Christus* (2). Cristo es la piedra y sus santos son como las piedras preciosas del Apocalipsis. Y ponerse sobre estas piedras es buscar los santos que nacieron por milagro, virtud de Dios y oraciones que hicieron sus padres, y tenerlos por verdaderos devotos, y en su honra y gloria abstenerse encogiéndose y apartándose de lo que viere que les puede dar disgusto, como se encoge la cierva; imitar sus obras y rezar alguna cosa en su devoción, que es el dar bramidos de la cierva; y aunque estos santos son muchos, escojamos doce para más claridad y orden.

Lo primero, en honra y gloria de Cristo Nuestro Señor concebido por obra del Espíritu Santo, procure de vivir en estado de gracia, confiese y comulgue a menudo, y cuando se acueste haga un acto de verdadera contrición de todos sus pecados.

La Virgen María nació de madre estéril y fué Madre de Dios; récese su rosario, apártese de toda sensualidad y viva castamente.

San José fué virgen y concedióle Dios tuviese nombre de padre de tal hijo como Jesús; téngale por devoto; y por lo que sintió viendo a su Esposa preñada sin entender el misterio, huya de celos y sospechas. Y el religioso o religiosa que quisiere vivir muy en paz, váyase a la mano en los celos indiscretos.

San Joaquín, de quien dice su hija la Virgen María en una reve-

---

1 XXXIX, 1-3. 2 I ad Cor., X, 4.

lación a Santa Brígida, que no se vió más puro y santo ayuntamiento que el que tuvo con Santa Ana, por lo cual le otorgó el Señor que ella fuese concebida sin pecado original (1), es muy buen devoto para tener hijos y para obrar merecimientos con que se aumenta la gracia, que Joaquín quiere decir aumento. Pero han de procurar los casados guardar toda pureza y santidad, absteniéndose de torpes demasías. Y todas las almas procuren obrar con rectitud de intención y deseo de agradar a Dios para más merecer.

Santa Ana sufrió veinte años con mucha paciencia su esterilidad, y con mucha obediencia cumplió la voluntad de su marido a la puerta Aurea de Jerusalén cuando concibió a la Virgen María; tenga paciencia y confianza en Dios quien no tuviere hijos y cumpla la deuda matrimonial con toda humildad y obediencia. Y el alma que deseare gracia, que eso significa en hebreo, desea la observancia de la ley de Dios, humildad y paciencia.

San Juan Bautista nació por milagro de madre anciana y estéril; y pues el Señor le loa de no andar vestido con vestiduras delicadas, en su devoción absténgase lo más que pudiere de la vanidad de vestidos y ornatos, y quien sigue la religión busque en ella mortificación y aspereza.

Zacarías, cuyo nombre quiere decir en hebreo memoria de Dios, padre de San Juan Bautista, que le engendró por oraciones, es devoto para que Dios dé hijos asi en el alma como en el cuerpo a los que se dan a la oración.

Santa Isabel, visitada de María, que siendo anciana, por milagro parió a San Juan Bautista, será buena abogada para este fin, si procuran que en las visitas y conversaciones se abstenga de murmurar, mentir y otras palabras vanas, tratándose de cosas que afervoren el espíritu, como se afervoró y regocijó el niño Juan en su vientre.

Santo Domingo nació de doña Juana Daza y don Félix de Guzmán por voto que hicieron a Santo Domingo de Silos, que si les alcanzaba un hijo le llamarían Domingo, y si hija, la llamarían Mega. Ofrezca alguna cosa a sus santos devotos para este fin, que ellos favorecen a los que se les encomiendan.

San Francisco de Paula, sus padres le ofrecieron a San Francisco de Asís, si se les diese, que eran estériles. Fué santo de mucho amor de Dios; dése a este amor quien quisiere tener hijos espirituales y corporales.

San Nicolás de Tolentino, de la orden de San Agustín, se alcanzó por voto de San Nicolás, obispo. Y pues estos dos santos ayunaron mucho, aun desde pequeña edad, háganse algunos ayunos en honra y gloria suya a consejo del confesor.

San Alberto, carmelita, hijo de Benedicto y Juana, estériles, que le alcanzaron de Nuestra Señora, siguió vida de asperísima penitencia, y en su devoción es bueno hacer alguna porque Dios oiga sus ruegos.

---

1 Es decir que por su pureza los escogió Dios para padres de la Virgen, quien en atención a los méritos de Jesucristo había de ser concebida sin la mancha del pecado original.

Otros muchos Santos hay a que cada uno puede llamar por su devoción: hame parecido nombrar éstos porque los cuatro últimos son de las cuatro órdenes mendicantes, de quien es bien tener oraciones. Rece alguna cosa a cada uno de estos devotos y sea lo que quisiere y hágales decir algunas misas; que, como aconsejaban sus amigos a Job, cuando estaba en trabajo, diciendo: *Voca si est qui tibi respondeat et ad aliquem sanctorum convertere* (1); gran bien es la intercesión de los santos para alcanzar en esta vida gracia y bienes temporales y en la otra bienaventuranza de la gloria. Amén.

DEVOCION PARA LAS MUJERES PREÑADAS QUE ESTAN DE PARTO.

Cuando la preñada entra en el mes, es muy buena y probada devoción hacer decir nueve misas; las tres al Nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo; las tres a la Natividad de Nuestra Señora, y las tres al Nacimiento del glorioso San Juan Bautista, y visitar nueve días alguna de las imágenes de Nuestra Señora, de la mayor devoción que cada una tuviere, rezando en ella su rosario. Y al punto que le dieren los dolores, si hubiere lugar, si no lo más presto que se pudiere, se le digan tres misas. La primera, al alma más desamparada y olvidada de todos los vivos, que están en el purgatorio; la segunda al alma que mayores penas allí padece; la tercera, al alma que no falta más que aquella misa para salir del purgatorio, y ruéguela que así como ella mediante aquel sacrificio sale de penas y dolores, así saque a buen parto y luz la criatura mitigando los dolores de la que está pariendo. Y procure mientras está en aquel trabajo, que esté un siervo de Dios, de quien más satisfacción y devoción ella tuviere, rezando los oficios de las tres Natividades de Cristo, de la Virgen y de San Juan Bautista. Y acuérdese mediante aquellos dolores, de los dolores de la pasión de Cristo y de los santos mártires y de los que padecen en el purgatorio e infierno, diciendo con la boca, *Jesús, María, José*, o las otras devociones que más le mueven.

ABECEDARIO ESPIRITUAL, PARA PEDIR AL SEÑOR LAS VIRTUDES NECESARIAS A LA PERFECCION.

Cristo, Señor nuestro, por los méritos de vuestra pasión y cruz, pido se me conceda: A—Amor de Dios, amor del prójimo y aborrecimiento de mí mismo. B—Bondad, benignidad y beneficencia. C—Castidad, consejo y clausura. D—Diligencia, desprecio del mundo, desasimiento de todas criaturas. E—Esperanza firme, esfuerzo contra las tentaciones, examen de conciencia. F—Fe viva, fidelidad verdadera y fervor en la oración. G—Gracia, gratitud a los beneficios recibidos, guarda de los diez mandamientos, y obligación de mi estado. H—Humildad profunda, honra de Dios, hambre y sed de su servicio. J—Justicia universal, intención recta, imperio de pasiones. L—Lágrimas de contrición, lágrimas de compasión y lágrimas de devoción. M—Mansedumbre, me-

1 Job., V, 1.

moria de las cuatro postrimerías, meditación de la pasión de Cristo. N—Noticia de cosas del cielo, nueva vida con renovación de propósitos, nunca hacer cosa con escrúpulo. O—Oración, obediencia perfecta, observancia de leyes. P—Penitencia, propósitos firmes, pobreza consumada. Q—Quietud de conciencia, quietud en la oración, quietud en la vida. R—Renunciación de todo lo criado, renovación de los votos y propósitos, resignación en manos de Dios y de los superiores. S—Sabiduría divina, espíritu levantado, subida de conocimiento de las criaturas al conocimiento de Dios. T—Temor de Dios servil, temor filial, temor reverencial. V—Vida activa, vida contemplativa y vida unitiva. X—Cristo en las obras, Cristo en las palabras y Cristo en los pensamientos. Y—Imitación de Cristo, imitación de la Virgen María, imitación de los Santos. Z—Celo de la honra y gloria de Dios, celo de su ley, celo de las almas.

DEVOCION DE LOS DOCE APOSTOLES PARA PEDIRLES LAS VIRTUDES QUE SIGNIFICAN SUS NOMBRES.

Los nombres de los doce apóstoles en hebreo, siriaco y griego significan doce virtudes principales que hemos de pedir y procurar, rezando a cada uno un Paternoster y Avemaría.

Petrus significa piedra; pidamos firmeza en la fe. *Andreas* en griego significa varonil; pidamos fortaleza contra los pecados y tentaciones. *Jacobus,* desarraigador; pidamos pureza del alma, en obras, palabras y pensamientos. *Joannes,* gracia o paloma; pidamos amor de Dios y del prójimo. *Philippus,* boca de lámpara; pidamos palabras que den luz y enciendan en caridad a los prójimos con quien hablaremos. *Bartholomaeus* en lengua siriaca quiere decir hijo del que cuelga las aguas; pidamos mortificación con que tengamos a raya nuestros apetitos. *Mattheus* que significa el que recibe dones; pidamos agradecimiento de los beneficios recibidos de Dios. *Thomas* quiere decir confusión; pidamos humildad profunda con que andemos confundidos en la presencia divina por haberle ofendido. *Jacobus,* que es Santiago el Menor, cuyo nombre también significa luchador; pidamos nos dé resistencia y lucha contra nuestros apetitos, tentaciones y pecados. *Simon,* que es lo mismo que obediente; pidamos obediencia a las inspiraciones divinas y a nuestros superiores. *Judas* el hermano de Santiago, significa confesión; pidamos divinas alabanzas con que glorifiquemos, confesemos y adoremos a Dios. *Judas Iscariotes,* que un tiempo fué bueno, y cuando malo malísimo, significa confesión; pidamos buena confesión sacramental con que salgamos de pecados, que si es mala es malísima y abominable. Ejercitándonos y pidiendo estas virtudes por medio de estos doce apóstoles, se alcancen grandes bienes.

DEVOCION DE LA ORDEN DEL CARMEN.

Los que traen el Escapulario de la Virgen y son hermanos de esta Orden rezan siete Padrenuestros y siete Avemarías con Gloria Patri a las siete grandezas que tuvo la Virgen, que son las siguientes:

La primera, el cuerpo más perfecto y hermoso de todas las criaturas, donde se concibió y nació Cristo Jesús, Redentor nuestro. La segunda, el alma más santa que Dios crió después de la de Cristo, adornada de todas las virtudes, perfecciones y dones del Espíritu Santo. La tercera, la vida más excelente que hubo en el mundo en que juntó con suma perfección las tres vida, activa, contemplativa y unitiva. La cuarta, la dignidad que tuvo de ser Madre de Dios, que fué la más excelente que ninguna criatura alcanzó. La quinta, la muerte más dichosa que hubo en el mundo, que fué de amor, acompañada de los apóstoles y recibiendo el alma Cristo Jesús. La sexta, la asunción más gloriosa que jamás se vió, acompañada de ángeles en los brazos del Amado. La séptima, la coronación y gloria más soberana que se puede pensar, pues fué coronada sobre todos los santos y ángeles por Reina y Emperatriz de la bienaventuranza.

Hase de pedir a la Virgen por estas siete grandezas salud en el cuerpo, santidad en el alma, pureza en la vida, observancia a las obligaciones de su estado, buena muerte, ser libres del purgatorio y que nos alcance gloria eterna. Pues que, como se dice en la Bula Sabatina, ofreció al papa Juan XXII que favorecería a sus hermanos de la Orden, asistiría a su muerte y libraría sus almas de purgatorio.

DEVOCION DE MISAS DIVERSAS.

Misas de San Vicente Ferrer que dijo por una hermana suya con que salió del Purgatorio.

De la Santísima Trinidad, de las llagas de Cristo, de las siete fiestas y gozos de la Virgen, de la Circuncisión, de San Joaquín y de los patriarcas, de San Juan Bautista y de los profetas, de los doce apóstoles, de la Dominica in Ramis y Pasión, Feria cuarta hebdomadae sanctae con pasión, del Angel Custodio, de San Miguel; de los Angeles, de los Mártires, de las Vírgenes, de difuntos, con particular oración de aquella alma.

Misas que se llaman de San Agustín, que se suelen decir por ánimas y por cualquier necesidad, y el que las dijere, al cabo de la misa diga los evangelios, Missus est Angelus; In principio erat Verbum, y antes o después los siete Salmos penitenciales con Letanías.

De la Natividad de la Virgen, de la Anunciación, de la Visitación a Santa Isabel, de la Purificación, de la Asunción.

Misas del treintenario de San Amador que se suelen decir por las ánimas.

De la Anunciación y fiestas de Nuestra Señora; del Nacimiento de Cristo, de la Resurrección, de la Epifanía, de la Cruz, de la Ascensión, del Espíritu Santo, de la Santísima Trinidad, del Santísimo Sacramento, de los Angeles, de San Juan Bautista, las doce de

los doce Apóstoles, de San Lucas, de San Marcos, de los Mártires, de los Confesores, de las Vírgenes, de todos los Santos, de *Requiem.*

Misas que llaman de San Gregorio por difuntos.

Del Nacimiento de Cristo, del Nombre de Jesús, de las llagas, de la Resurrección de Cristo, de la Ascensión de Cristo, de la Cruz, de las siete fiestas de Nuestra Señora, de la Santísima Trinidad.

Las trece Misas que dicen reveló Nuestra Señora a una devota suya y la libró de un gran trabajo en que estaba.

Del Adviento; del Nacimiento de Nuestro Señor; de la Epifanía; de la Septuagésima; del Domingo de Ramos; de la Resurrección; de la Ascensión; del Espíritu Santo; de la Santísima Trinidad; de la Concepción de Nuestra Señora; de la Encarnación; de los Angeles, de los Apóstoles.

Misas de las nueve festividades de la Virgen que llaman del aguinaldo de Nuestra Señora, que se dicen desde el Adviento hasta el Nacimiento de Cristo.

De la Concepción, de la Natividad, de la Presentación, de la Anunciación, de la Visitación, de Nuestra Señora de la O, que se llama *Expectatio partus,* de la Purificación, de Nuestra Señora de las Nieves, de la Asunción.

Las quince misas que se suelen decir desde primero de Agosto hasta la Asunción de la Virgen, visitando los quince lugares de los principales misterios de Cristo.

De la Concepción, de la Natividad, de la Anunciación, de la Visitación, de la Purificación, de los doce Apóstoles, que es de *Communi Apostolorum,* de Corpus Christi, de la Pasión, de la Resurrección, de los Angeles, de la Ascensión de Cristo, del Espiritu Santo, de la Trinidad, de las Animas, de la Asunción de Nuestra Señora.

Tengo por cierto, que las misas de mayor devoción son las que la Iglesia canta en sus días de los santos y festividades. Lo uno porque se sigue el orden y ceremonial de la Iglesia; lo otro porque más se alcanza cuando se junta la devoción de todos los fieles que celebran aquella misa, que con la particular devoción de un sacerdote, y cuando se dice de feria se pueden decir misas de devoción (1).

---

1 Respecto de estas devociones de misas, debe atenerse a las rúbricas ordenadas por la Iglesia.

SUMA BREVE DE LA CONFESIÓN Y COMUNIÓN

PROLOGO

Para salir de pecados, alcanzar gracia, acaudalar virtudes, caminar a la perfección y gozar de la bienaventuranza de la gloria, la doctrina que más hace al caso es la de la confesión verdadera, que, como dice San Basilio (1), así como es imposible sanar de las enfermedades del cuerpo sin buena cura, así lo es sanar de las del alma sin la verdadera confesión, que quien oculta sus heridas al cirujano, dice San Agustín (2), no quiere sanar, y quien encubre sus pecados al confesor o no los confiesa como debe, no se quiere salvar. Así como el humo precede al fuego, dice Primacio (3), y San Juan Bautista fué Precursor de Cristo, dice Beda (4), así a la buena confesión se sigue el fuego de la caridad y la perfección del alma, que es unión con Cristo. Declarando San Juan Crisóstomo (5) la necesidad que tenemos de hacer verdaderas confesiones, dice: Que toda nuestra justificación consiste en ellas, según aquellas palabras: *Dic tu primus iniquitates tuas ut justificeris* (6): Di tus maldades al confesor si quieres alcanzar perdón. No es como en los tribunales seglares, que cuando uno confiesa su delito, le condena el juez, sino al contrario, que con la confesión alcanzamos misericordia y perdón, y así nos aconseja David que nos confesemos al Señor: *Quoniam bonus, quoniam in saeculum misericordia ejus* (7): Porque es bueno y misericordioso. Somos, dice Isidoro Claro, mayordomos que hemos de dar cuenta de lo recibido. Y si la diéremos buena en manos del confesor, nos dará Dios finiquito de nuestras deudas; de otra manera, atados pies y manos nos lanzarán en las tinieblas del infierno (8). Si en este mundo vivimos con desasosiegos, remordimiento de conciencia, aflicciones, pasiones desordenadas, ocasiones urgentes y dificultad a la virtud, es por no poner la eficacia posible en hacer una verdadera y entera confesión, que ésta es puerto seguro, según declara Laurencio Justiniano (9), donde las naves de nuestras conciencias están libres de los vientos y perturbación de la mar; es renovación del águila, nueva vida de la fénix, piedra donde queda el pellejo viejo de la serpiente, primavera del espíritu y principio de la vida perfecta. Bien sé que han escrito de esta materia gravísimos autores, y hay muchos libros y sumas de casos de conciencia y que no era menester que yo tomara la pluma para escribir de ello; mas vi tanto provecho el año santo, que estando

---

1 MG. 31, 1235.
2 S. August., in *Regul. cleric.*
3 Primat., lib. IV, in *Apocal.*
4 S. Beda, de Verb. Hierem.
5 S. Joan. Chrisost., Serm. de poenit.
6 Isai., XLIII, 26.
7 Ps. CV, 1.
8 Math., XXII, 13.
9 S. Laurentius Justin., *De Discipl. et perfect. monast.*

en Roma saqué esta brevísima Suma juntamente con una tabla, que después se ha impreso en otras partes, que me pareció no haría daño tornarla a sacar a luz para dar la luz de la perfección que pretendo. Que si los pecados no están bien confesados, ni las devociones, ni la oración vocal ni mental, ni el amor de Dios y del prójimo con que se camina a la perfección serán de provecho. Va en estilo de diálogo, donde habla un penitente que pregunta y un religioso que responde, por enseñar no solamente la doctrina, sino también las palabras con que nos hemos de confesar. Plegue al Señor haga el fruto que deseo.

DE LO QUE SE HA DE HACER AL PRINCIPIO DE LA CONFESIÓN

P.—*Penitente: Pregunta.* R.—*Religioso: Responde.*

P. Deseo, Padre, hacer una buena confesión y que me digáis qué haré al principio.

R. Quiéroos dar para esto tres avisos. El primero, que penséis cuando os llegáis a confesar, que os halláis a los pies de Cristo crucificado para lavaros con su sangre, y tened al confesor en lugar de Cristo tratando con él con el mayor respeto y reverencia que pudiéreis. El segundo, pensad que esta que ahora hacéis es la última confesión que habéis de hacer en toda vuestra vida, y que luego al punto que la acabéis, os habéis de morir e ir al juicio divino a dar cuenta a Dios de todas vuestras obras, palabras y pensamientos, para poner en ella la diligencia y cuidado posible. El tercero, no digáis palabras en la confesión, de cualquier suerte que sea, que no sea de pecados o para remedio de ellos, y cualesquier otras palabras de cumplimiento, cuentos, historias, consuelos, consejos y mensajes, o no las digáis o dejadlas para después o antes de haber confesado y decid la confesión general hasta *ideo precor, etc.* Luego comenzad por las faltas que habéis tenido en las confesiones pasadas y en las partes y condiciones de ellas.

P. Acúsome que no he tenido en las confesiones pasadas aquellas partes y condiciones que se requieren para tan alto Sacramento. Declaradme, Padre, qué partes sean éstas.

De las partes necesarias para que sea válida la confesión.

R. Las partes necesarias para que la confesión sea válida son tres. La primera, entereza, que si dejáis de confesar a sabiendas algún pecado mortal o circunstancia necesaria, no es válida la confesión, y cometéis un sacrilegio en dejaros absolver y uno de los mayores pecados mortales que se pueden hacer comulgando en pecado mortal. Por tres causas deja de ser entera la confesión: la primera, por vergüenza, como acaece en los pecados deshonestos; la segunda, por temor, como en los pecados de restitución, que se callan temiendo que el confesor mande restituir; la tercera, por negligencia,

cuando por no haber hecho suficiente examen se olvidan algunos pecados.

La segunda parte necesaria para la verdadera confesión es dolor de los pecados, no quiero decir dolor del cuerpo, como cuando duele la cabeza, ni dolor del apetito, como el que tenéis cuando se os muere vuestro padre, que lo sentís y lloráis, sino dolor del alma y de la razón, como cuando os pesa de ir al infierno, aunque no tengáis dolor en el cuerpo ni sintáis tristeza ni turbación en el apetito; antes puede acaecer que haya muy buen dolor y aborrecimiento del pecado, y que el apetito esté muy contrario e inclinado a la sensualidad. Como el enfermo que abrasándose con el calor de la calentura, desea beber el agua fría y por otra parte la aborrece y pesa de haberla bebido, sabiendo que es contraria a la salud, estimando en más la vida que el gusto del agua fría.

La tercera parte necesaria es propósito firme de nunca más pecar. Este propósito firme conoceréis en tres cosas. La primera, si deseáis salir de las ocasiones y mal estado y si pensáis mudar los malos tratos y costumbres que os hacían pecar mortalmente: la segunda, si procuráis no hacer nuevo pecado en la confesión como le hacen los que no confiesan enteramente: la tercera, si estáis muy pronto y aparejado para seguir lo que dijere el confesor que os conviene para no tornar más a pecar. Que muchos hay que cierran los ojos a esto, y por falta de alguna de estas tres partes, no hacen buena confesión, y si en algún tiempo de la vida pasada habéis faltado en ellas, es necesario que os tornéis de nuevo a confesar desde entonces cuando faltasteis, y por eso dicen que es muy bueno haber una confesión general para asegurar más la conciencia.

De las dieciseis condiciones para la perfecta confesión.

Para que sea perfecta la confesión, hay dieciseis condiciones que resumen los doctores en estos versos:

Sit 1. Simplex; 2. Humilis (confessio); 3. Pura; 4. Fidelis; atque; 5. Frequens; 6. Nuda; 7. Discreta; 8. Libens; 9. Verecunda, 10. Integra; 11. Secreta; 12. Lacrimabilis; 13. Accelerata; 14. Fortis, et 15. Accusans, sitque; 16. parere parata.

1. Sencilla, sin dobleces y cautelas que usan algunos para que no se entiendan bien los pecados. 2. Humilde, tratando al confesor con reverencia interior en el corazón, y exterior hablándole palabras de respeto y bien criadas, y mostrando con estar puesto de rodillas ante él, si pudiéreis, que le tenéis en lugar de Cristo. 3. Pura, no mezclada ni aguada con historias impertinentes ni pecados ajenos, de los que no podéis vos decir al confesor. 4. Fiel, diciendo con la palabra lo mismo que está en el corazón, sí por sí, y no por no; y si no os acordáis, decid no me acuerdo, sin añadir ni quitar nada. 5. Frecuente, porque es bien confesar a menudo para que no se olviden los pecados y para ganar más gracia y merecimiento y para guardaros de tornar a pecar. 6. Desnuda de retóricas y circunloquios que estorban y oscurecen el pecado, y son muestra de poca contrición y propia confusión, sino que así como el pecado está des-

nudo delante de Dios, así lo esté en las orejas del confesor. 7. Discreta, porque no han de ser las palabras torpes e insolentes, aunque los pecados lo sean. Entienda el confesor el pecado y el discreto penitente busque palabras honestas y discretas con que le decir. 8. De buena gana, pues, aunque es purga amarga la vergüenza que se padece confesando, añade el premio que se espera de la vida eterna. No vayáis a los pies del confesor por fuerza y de mala gana y como quien va a la horca, pues váis a lavaros con sangre de Cristo para alcanzar gracia. 9. Vergonzosa, no que la vergüenza os haga callar algún pecado, pero que os cause confusión y empacho, no preciándoos ni relamiendo en el haber ofendido a Dios. 10. Entera, porque, como hemos declarado, sin la entereza no es la confesión válida. 11. Secreta, de parte del confesor ha de ser de suerte, que ni por palabras ni señal ni obras haga ni diga cosa en que dé a entender que sabe pecado que le confesaron. Y aunque al penitente no obliga este secreto, es muy mal hecho hacer conversación de lo que pasa con los confesores. 12. Con lágrimas de contrición, como hemos declarado. 13. Acelerada y de prisa, pues que no tiene más letras decir uno que decil mil. Y aunque despacio se han de examinar y llorar los pecados, en poco tiempo se han de confesar y decir por no enfadar y atormentar los confesores, y estorbarles haciéndoles perder tiempo que han menester para confesar a otros. 14. Fuerte, porque no ha de ir el penitente caído y desmayado esperando a que le saquen los pecados por fuerza. 15. Acusándose sin buscar excusas para los pecados. 16. Aparejada a obedecer con propósito firme de nunca más pecar, que dijimos ser necesario. Y aunque hayáis faltado en estas condiciones en las confesiones pasadas, péseos de ello y procurad ahora de confesar bien; pero no tenéis necesidad de volveros a confesar otra vez por falta de las trece condiciones de éstas sino sólo de las tres, o cuando alguna de estas trece fuere causa de faltar en alguna de las tres partes que dijimos ser necesarias para la verdadera confesión. Como si, por no ser la confesión sencilla, no entendió el confesor todos los pecados mortales que era necesario declarar, que ya por esa causa no fué entera. Y antes que vayamos más adelante, os pregunto tres cosas. La primera, si habéis cumplido las penitencias y restituciones que os dieron en las confesiones pasadas. La segunda, si traéis algunos pecados de que os imaginéis que no os tengo de absolver, porque sería bueno comenzar por esto para que no perdamos tiempo. La tercera, si tenéis escrúpulo de algún pecado mortal que hayáis dejado de confesar en lo pasado, declaradle luego y el modo con que le confesaste, porque sepa yo si las confesiones pasadas fueron válidas para proceder como debo y saber si estáis obligado a reiterarlas.

De los diez Mandamientos y los pecados que a ellos se reducen.

P. Ya, Padre, me habéis dicho las condiciones de la buena confesión ¿cómo procederé ahora?

R. Por los diez mandamientos de la ley de Dios y reducid a ellos los cinco de la Iglesia, los siete pecados mortales, las siete

virtudes, las catorce obras de misericordia, y al fin toda la doctrina cristiana. Porque de los cinco de la Iglesia, los cuatro se reducen al tercero de la ley de Dios, que es santificar las fiestas, porque oir misa, ayunar, confesar y comulgar es con que se santifica. Y el quinto de pagar diezmos y primicias, se reduce al séptimo, que es no hurtar. De los siete pecados mortales, la soberbia se reduce al primero, la pereza podéis reducir al tercero y la ira al quinto, la gula y lujuria al sexto, la avaricia al séptimo, la envidia al octavo; y de las virtudes, la fe, esperanza y caridad al primero; la prudencia al cuarto, al quinto la fortaleza, la templanza al sexto, la justicia al séptimo y al octavo. Las obras de misericordia espirituales podéis reducir al tercero, y las corporales al séptimo. Y para que sepáis los mandamientos con más claridad para mejor confesaros, os lo quiero decir por este modo.

No hay hombre tan bárbaro que no sepa que tiene Dios, y teniéndole, no piense que está obligado a su honra y servicio. Y que no entienda que lo que no quiere para sí, no ha de querer para su hermano, pues esta verdad se conoce con la luz natural de la razón, y que no le pese de agraviar a Dios y al prójimo a quien ama. El amar y honrar a Dios se manda en el primer mandamiento, y de allí se sigue el no agraviarle de palabra jurando su nombre en vano, que es con lo que se peca en el segundo; el buscar tiempo dedicado para honrar a Dios cesando de otros trabajos corporales se manda en el tercero, que es lo mismo que santificar las fiestas. Y si yo quiero bien a mi prójimo, lo que no querría para mí no lo tengo de querer para él; y yo gustaría que mis hijos e inferiores me honrasen, y me pesaría si algún hombre del mundo me agraviase, quitándome la vida o la mujer o la hacienda o la honra, y también si pretendiese alguno quitarme la mujer o la hacienda; luego tengo de procurar honrar yo a mis padres, que es el cuarto mandamiento; y no hacer agravio a ninguno en la vida, que es el quinto; ni en la mujer o fornicando o ensuciando mi cuerpo en deleites, que es el sexto; ni agraviarle en la hacienda hurtando, que es el séptimo; ni en la honra levantándole falso testimonio, que es el octavo; y estos son los ocho mandamientos. En los dos postreros se veda el mal deseo de hacer daño codiciando la mujer ajena y las cosas ajenas. Y según esto, echad vos de ver qué agravio habéis hecho a Dios o al prójimo que no quisiérais para vos: y en lo que hubiereis agraviado más o menos, podéis luego caer en la cuenta que tal ha sido vuestro pecado.

Del primer Mandamiento.

Para daros más luz quiero discurrir brevemente por los diez mandamientos, tocando las más principales especies de pecado que en cada uno se contienen. En el primero, acusaos de las faltas que hubiereis hecho contra la fe, contra la esperanza, contra la caridad y contra la reverencia y adoración que se debe a un solo Dios verdadero. Contra la fe: si habéis caído en herejía, infidelidad o apostasía de la fe, o dudado y vacilado en ella. Contra la esperanza, acu-

saos de la desesperación; si habéis desconfiado de la misericordia de Dios; y de la presunción de la divina misericordia, como si habéis pecado tomando ocasión de que por ser Dios misericordioso, os perdonará, y con esta presunción y mala confianza váis a pecar. Porque en esto hacéis agravio a su justicia, así como en la desesperación le hacéis a su misericordia. En la caridad, acusaos de toda la falta que habéis tenido en amar a Dios o si habéis amado demasiadamente a las criaturas. En la adoración, si habéis hecho la debida reverencia a Dios y al Santísimo Sacramento y a sus santos y a sus imágenes.

También acusaos en este mandamiento, si habéis sido nigromántico o hecho cualquier género de encantamientos. Si habéis sido hechicero o brujo, o tenido cualquier pacto explícito o implícito con demonios. Si habéis creído en astrología vedada o en cualquier arte de adivinar; si habéis dado crédito a agüeros, sueños, suertes; si habéis hecho supersticiones o publicado falsos milagros o falsas reliquias. Y en la soberbia, que se reduce a este mandamiento, acusaos de la vanagloria, presunción, jactancia e hipocresía, ingratitud a Dios, ambición y vanas curiosidades.

P. Declaradme, qué es pacto implícito con el demonio?

R. Quien mide los palmos, cuenta las habas, trae huesos de ahorcado o cualquier otra cosa de hechicería que le dan; aunque él no hable con el demonio ni haga concierto claramente, virtualmente condesciende con el pacto explícito que hizo el primer hechicero que dijo semejantes palabras: Demonio, yo te entrego mi alma y las de aquellos que hicieren lo que yo dijere, con condición que cuando trajeren soga de ahorcado o quisieren saber lo que les hurtaron, les ayudes haciendo círculos, etc.

En el segundo mandamiento; si habéis jurado con mentira a Dios, o a sus santos o a las criaturas de Dios, como quien jura diciendo: Por Dios, juro a Dios, vive Dios, prometo a Dios, por el cuerpo o cabeza de Dios, etc., por Santa María, por San Pedro o San Juan o cualquiera de los santos, por esta cruz, por la fe de Dios, por vida mía, por vida de mi padre o de mi madre; así Dios me salve, así me guarde Dios; así Dios me ayude; y, así Dios me remedie y cosas semejantes. Mas advertid que estos modos de hablar, en mi conciencia, y a fe, y en mi ánima, no son juramentos, como ello se ha de entender, que no quiere decir más de cómo lo tengo en el ánimo y por la fe y crédito humano; pero no los digáis porque no se escandalicen algunos ignorantes pensando que juráis. Lo que podéis decir y es muy buena manera de hablar, es, cierto, ciertamente, en verdad, a fe de quien soy, a fe de hombre de bien, a fe de hidalgo, a fe de soldado, etc.

P. Si juro con verdad, pero sin necesidad y justicia y en cosas livianas, ¿peco?

R. No pecáis mortalmente.

P. Si juro de hacer alguna cosa mala ¿estoy obligado a cumplirla?

R. Pecáis jurando y no la habéis de cumplir.

Acerca del voto, decidme si habéis hecho algún voto absoluto o condicional y no lo habéis cumplido. De la blasfemia, si habéis blasfemado contra Dios o contra sus santos, como pese a tal, reniego, descreo, etc. De la maldición, si habéis ofrecido al diablo, o dicho otro mal a vuestro hermano, como mal fuego te queme, etc. Porque aunque las maldiciones no siempre son pecados mortales sino cuando ofrecéis al diablo, o teniendo propósito de que se cumpla lo que maldecís, es muy bien que de todo punto os abstengáis de maldecir.

Del tercer mandamiento

En el tercer mandamiento pregunto: si habéis trabajado en día de fiesta o dejado de oir misa, o estado en ella con poca atención e inquietando a otros. Y de los Mandamientos de la Iglesia; si habéis ayunado, confesado o comulgado cuando lo manda la Iglesia; y también podéis reducir de los siete Sacramentos, el Bautismo, Confirmación y Extremaunción, y decid lo que en ellos hubiéreis faltado. Y en el pecado mortal de la pereza, que aquí se reduce con sus hijas, acusaos de la pusilanimidad, tibieza, ociosidad, distracción de la oración, disgusto de las cosas de Dios, inconstancia en los buenos propósitos que hubiéreis tenido.

Del cuarto mandamiento.

En el cuarto mandamiento; si habéis honrado y obedecido a vuestros padres y confesores, amos, superiores, ancianos, y sustentado a vuestros padres carnales viéndolos con necesidad. También si siendo padre, amo o superior no habéis gobernado bien y tenido cuidado de vuestros hijos, criados, vasallos, discípulos e inferiores. Y aquí pueden entrar las obras de misericordia espirituales, que son: enseñar los simples, dar consejo y castigar a quien lo ha menester, etc. También en este mandamiento acusaos acerca del matrimonio; si no habéis tratado bien a vuestra mujer, siendo casado, y ella se acuse si no ha obedecido y honrado a su marido. Y aquí puede entrar el Sacramento del orden, con todas las obligaciones que tienen los sacerdotes, dignidades, prelados, confesores, predicadores y todas las obligaciones que cada uno tiene en su oficio y estado.

Del quinto mandamiento.

En el quinto mandamiento confesad: si habéis muerto o herido algún hombre; y la mujer se acuse si ha mal parido o puéstose a peligro de ello; si habéis perdido la salud por vuestra culpa, si habéis entrado en guerra injusta o desafío, traído bandos o enemistades; si habéis faltado en las obras de misericordia corporales no dando de comer, beber, vestir, recibir a los peregrinos, visitar encarcelados, enfermos o enterrar los muertos, etc., pudiendo y debiéndolo hacer. Finalmente todo género de ira, rencor, mala voluntad que hayáis tenido o daño que hayáis hecho a vuestro hermano.

Del sexto mandamiento.

En el sexto mandamiento: si habéis pecado, siendo vos soltero, con soltera, que se llama fornicación simple; si alguno de los dos era casado, adulterio; si era virgen, estupro; si hicisteis fuerza, rapto; si era parienta, incesto; si con religiosa, sacrilegio; si pecaste con vos mismo, polución; si hombre con otro hombre, o mujer con otra mujer, sodomía; si con bestia, bestialidad; si con el diablo, incúbito. Y lo mismo se entenderá de la mujer con el hombre, y aquí se reduce la gula, lujuria con todas sus hijas.

Del séptimo mandamiento.

En el séptimo mandamiento: si habéis hurtado tomando escondidamente o robado, o salteado caminos. Si habéis hecho algún fraude o engaño en contratos, como de compra o venta o cualquier escritura falsa. Si habéis cometido alguna usura, dando o llevando interés por prestar dineros, o alguna simonía, pagando o recibiendo cosa que valga precio por beneficios eclesiásticos o cosas espirituales. Si habéis hurtado de lugar sagrado o cosa sagrada, que es sacrilegio; o si pudiendo, no restituís lo que debéis. Aquí se reduce el no pagar diezmos y primicias y todo género de avaricia y mala ganancia.

Del octavo mandamiento.

En el octavo mandamiento si habéis levantado algún falso testimonio o sido testigo falso, si habéis tenido juicio temerario contra alguno.

P. Pues, Padre, todas las veces que yo sospecho mal de alguno ¿peco en juicio temerario?

R. No, sino con cuatro condiciones. La primera, que vos os determinéis en vuestro corazón ser verdad el mal que pensáis, porque si no os determináis, no lo es, aunque dure mucho tiempo pelear con la sospecha, diciendo: quizá no será. La segunda, cuando no hay causas bastantes para creer lo que se juzga. La tercera, cuando no es persona infamada públicamente; que si llevan a uno a azotar por ladrón, no peco juzgando que lo sea, aunque le azoten con falsas informaciones. La cuarta, cuando lo que sospecho no es cosa de pecado mortal, como juzgar de uno, que es necio, etc. También en este mandamiento entra la murmuración; si habéis murmurado u oído murmurar; y la mentira, que es en tres maneras: perniciosa, jocosa, oficiosa; la lisonja, la afrenta, el escarnio, desprecio o infamia, la calumnia y traición y todo género de envidia.

Del noveno y décimo mandamiento.

En el noveno y décimo mandamiento se contienen los pensamientos consentidos contra el sexto y séptimo, de que luego trataremos más despacio.

P. Satisfecho estoy, Padre de haberos oído declarar las especies y ramos de pecados que hay en los mandamientos; mas no me habéis dicho de los pensamientos, circunstancias y otras cosas que suele haber en cada pecado.

De las partes del pecado, obras, palabras y pensamientos.

R. En cada pecado de éstos que habéis oído o en los más de ellos, se pueden considerar cincuenta puntos principales contenidos en cinco doctrinas universales, en cada una diez. Y discurriendo con claridad por ellas: si en los mandamientos hay cien especies de pecados, multiplicando cada uno por cincuenta, se pueden hacer cinco mil preguntas, y éstas especificadas en los libros, vienen a escribirse muy grandes sumas de casos de conciencia; mas yo os lo quiero poner con brevedad, con tal artificio que vos propio discurráis muy fácilmente y podáis examinar la conciencia con estas doctrinas.

La primera doctrina es de las partes de pecado. Estas son tres: palabras, obras y pensamientos. Las obras son en tres maneras, conviene a saber, obras perfectas y acabadas, obras comenzadas, obras pretendidas.

Las palabras son en cuatro maneras: palabras claras; palabras disimuladas y rodeadas; señas y denuedos; escrituras, cartas y billetes, que todo esto reduzco a palabras.

Los pensamientos son de tres maneras: lo primero, pensamientos consentidos, cuando la voluntad se determina a poner por obra el pecado. Segundo, delectaciones morosas, cuando la voluntad ya que no se determina a la obra del pecado, consiente y se determina a deleitarse en el pensamiento tomando gusto en él. Tercero, pensamientos detenidos, cuando la voluntad no consiente, pero está entre dos aguas y no resiste como debe. Este pensamiento nunca llega a más que a pecado venial; el ejemplo hará esto muy claro. En el quinto mandamiento de no matar se pregunta: si habéis muerto algún hombre por obra acabada, de suerte que quedó muerto de vuestras manos; lo segundo, ya que no le matases, si le heriste, que fué comenzarle a matar; lo tercero, ya que no le heriste, si lo procuraste tomando armas para irle a matar; éstas son las tres maneras de obras. En las palabras, si le amenazaste diciendo claramente que le habéis de matar; lo segundo, si dijiste algunas palabras dándoselo a entender, como fulano me la pagará, etc.; tercero, si hiciste señas de ello, sin hablar palabra, como mordiéndoos el dedo o poniéndolo en la frente, que éstas son señas; si le enviaste alguna carta o billete de desafío por escrito. En los pensamientos: si os determinasteis de matarle consintiendo en la voluntad; segundo, si ya que no consentiste de matarle, si os holgábais de estar imaginando que le veías matar, cebando con aquel gusto del pensamiento vuestra cólera; tercero, si os vino alguna ira o deseo de venganza y no la desechaste tan presto. De la misma manera en todos los demás mandamientos y especie de ellos, como en el sexto: si tuviste acceso con alguna mujer, si tocamientos, si fuiste a su casa para mal; si la hablaste palabras claras de solicitación, si palabras rodeadas para atraerla, si

la hiciste señas, si la escribiste billetes; si consentiste en vuestro corazón el pecar con ella, si consentiste en holgaros en aquel pensamiento ya que no quisiste la obra; finalmente, si os detuviste en pensamientos torpes.

P. Mucho me he holgado de oir este discurso, mas yo os pregunto ¿todos los pecados tienen estas diez partes?

R. No, porque el juicio temerario se acaba sólo en el pensamiento y la blasfemia en sola la palabra; mas por la mayor parte acaece tenerlas todos. Y también los pecados que se acaban en solo el pensamiento o en sola la palabra, son causas o efectos de obras o palabras, que se reducen a los mismos pecados, como el juicio temerario es causa de decir yo a mi amigo aquel mal que juzgo del otro, o hacerle mala obra por ese respeto, y así, si bien se mira, casi todos los pecados tienen estas diez partes.

P. También os pregunto, no me tengáis por importuno, ¿cómo sabré yo, si consiento en un pensamiento o si no consiento?, que me trae esto atormentado y con grandes escrúpulos.

R. Cuatro señales hay para saber cuándo se consiente. La primera, si yo sé de cierto que consiento, de manera que no me queda duda; la segunda, si he hecho alguna obra, por pequeña que sea, para poner por obra aquel pensamiento, como si me vino pensamiento de matar un hombre y me ceñí un puñal para ello, aunque luego me arrepintiese y le dejase, claro está que consentí en el pensamiento, porque, como dicen los teólogos, el imperio, el uso y la ejecución son actos de la voluntad postreros al consentimiento. La tercera señal, cuando el pensamiento nace de corazón rendido, que entonces casi siempre es consentido.

P. ¿Qué llamáis corazón rendido?

R. Corazón determinado a la mala obra, como un enemigo que anda buscando a su contrario para matarle, o un enamorado que anda pretendiendo una mujer, claro está que casi todos los pensamientos que a éstos les vienen son consentidos, porque no tienen resguardo ninguno de irse a la mano en no consentir, pues andan buscando cómo poner por obra lo que desean. La cuarta señal, los pensamientos de los que tienen mal hábito y mala costumbre de pecar y por esa costumbre pecan, casi siempre son consentidos, como los pensamientos que trae un usurario en sus malos tratos. Y por ésto gusta tanto el diablo de rendir un corazón o de meterle en un vicio o mal hábito, porque cada día le trae a la memoria mil pensamientos de aquéllos, y como los más son consentidos, le hace caer en muchos pecados mortales.

De los dos géneros de pecados que se llaman comisión y omisión.

De la misma suerte que en cada pecado se hallan diez maneras de partes, también se hallan otros diez puntos contenidos en los dos géneros de pecados, llamados comisión y omisión. La comisión es hacer cosa mala que al alma le es vedada y prohibida, y la omisión dejar de hacer la buena a que está obligada. Porque en cada mandamiento en que se veda algún vicio, se manda la con-

traria virtud; y cuando se manda alguna virtud, se prohibe y veda el contrario vicio, y aunque no se exprima lo afirmativo o negativo, siempre se entiende; como cuando se manda amar a Dios, se manda no aborrecerle; cuando se manda no matar, también se manda conservar la vida. Y esto nace de aquellos dos universalisimos principios de todo nuestro bien: *Recede a malo, et fac bonum* (1). Apártate del mal, y haz bien. Y así los géneros de todos los pecados son *Recedere a bono,* apartarse del bien, que es la omisión, y *Facere malum,* hacer mal, que es la comisión. En la comisión hay acto interior, y obra exterior. El interior puede ir con afecto y eficacia de la voluntad, y entonces es mayor pecado; o con remisión y poca gana, y es menor pecado; y la obra mala exterior se puede hacer con publicidad o con secreto. La omisión suele nacer de seis principios, conviene a saber: negligencia en el obrar, descuido en el considerar, olvido en el acordarse, desprecio del daño o castigo que le puede venir, temor malo de las criaturas y respetos humanos, como es el qué dirán y otros semejantes. Y porque estos seis principios de la omisión son tan comunes y difíciles de entender, de aquí nacen los más de los pecados ocultos, de quien dice David: *Ab occultis meis munda me, Domine* (2). Libradme, Señor, de mis pecados ocultos. Y conviene declararse esos modos de la comisión y raíces de la omisión para entender bien la conciencia y saberse confesar y enmendar. El ejemplo lo hará claro en el quinto mandamiento.

Si cuando mataste fué con mucho afecto y gana de matarle, o que él se os metió por la espada, y casi no tuviste gana de ello; y si le mataste públicamente, donde se siguió grande alboroto y escándalo, o secretamente, que casi no lo supo nadie ni hubo muchas revueltas; ya véis cuánto va de lo uno a lo otro. En la omisión: si habéis dejado morir alguno que teníais a vuestro cargo, como si os dieron a curar algún enfermo, y por negligencia o pereza de no levantaros a darle la purga, o por descuido de no acudir a despertarle el sueño dañoso, por olvido de lo que mandó el médico, por desprecio de no se os daros nada que se muriese, por temor que os amenazó si no le diéseis agua o cosa que le dañase, o por algún otro respeto humano de vuestro interés y pretensión, le dejasteis morir. Importa mucho entenderse todo esto de raíz para poner remedio.

De las causas morales del pecado de donde nacen los pecados ajenos.

Dice también el real profeta: *Ab alienis parce servo tuo* (3). Perdona, Señor, tu siervo de los pecados ajenos. Llámanse aquellos pecados ajenos, que aunque no los hagamos, somos causa que otros los hagan; lo primero mandando; lo segundo, aconsejando que otro peque, ahora sea que se nos pida el consejo, ahora sea que se lo demos sin pedirlo; lo tercero, rogando o pidiendo que otro haga algún pecado; lo cuarto, ayudando a otro o favore-

---

1 Ps. XXXIII, 15. 2 Ps. XVIII, 13. 3 Ib.

ciéndole para que peque; lo quinto, loándole y animándole cuando va a cometer algún pecado o después de haberle cometido, cuando de este loarle toma ánimo y avilantez para pecar; lo sexto, alegrándonos y gustando de pecados ajenos; lo séptimo, escandalizando y con nuestro mal ejemplo dando ocasión que otros pequen; lo octavo, consintiendo o no estorbando pecados que otros hacen; lo noveno, recibiendo o encubriendo pecadores; lo décimo, callando o no denunciando y manifestando los pecados de otros para que no pequen o se remedien. Estas diez se llaman causas morales y en todas ellas se peca como se declara en el ejemplo puesto del quinto mandamiento. Peca el que manda, aconseja o pide a uno que maté a otro, o el que le favorece y da ánimo para matar, o le loa por haber muerto o diciéndole alabanzas si le matare, o se alegra y recibe gusto de que otro haya muerto a su enemigo; o si hizo alguna cosa mala, por pequeña que sea, de donde otro tome ocasión de matar; y si escandaliza o si no estorba, antes consiente que maten, o si encubre o recibe al matador; y si calla y no avisa que quieren matar a un hombre, o no le denuncia o manifiesta para que se estorbe o castigue. Y de la misma manera que es en el quinto mandamiento, es en el sexto y séptimo y todos los demás pecados, que tiene uno bien que examinar su conciencia, si con atención oonsidera estas diez causas morales. Y hay muchos que les parece que van bien para el cielo, porque ellos no cometen el pecado; pero al tiempo del expirar se hallarán en el infierno por haber sido causa que otros pequen, según aquellas palabras del Sabio: *Est via quae videtur homini justa, novissima autem ejus ducunt ad mortem* (1). Hay caminos que parecen al hombre buenos, mas al cabo de la jornada se hallarán en la muerte eterna. Y asi no en valde pedía el real Profeta que le perdonase Dios sus pecados ajenos (2).

P. Muchas cosas me habéis hecho revolver en la conciencia de esta doctrina de las causas morales; y es cosa terrible que yo padezca trabajo en irme a la mano para no pecar, y que por pecados de otros me vaya al infierno, y que comiendo otros la fruta y gozando del deleite, pague yo la pena. Mas yo os ruego me declaréis tres escrúpulos que se me ofrecen en esto que habéis dicho. El primero, si yo me huelgo cuando oigo contar de una valentía de un hombre que mató a otro o cosas semejantes, aunque sean pecados, por eso me iré al infierno?

R. No es el pecado holgarme yo de oir contar la valentia por la bizarría que en ella hubo, sino de que se haya cometido lo que es ofensa de Dios, que una cosa es holgarme yo de oir contar un cuento de un valiente o una maraña de un enamorado, como quien oye un libro de caballerías, otra teniendo algún rencor con el muerto, holgarme que le haya mi amigo acabado, etc. Que quien se huelga de que Dios sea ofendido, poco le ama y quiere.

P. Pues decidme del escándalo; ¿si una mujer, por haberla Dios criado hermosa, da ocasión a un hombre para que peque en su co-

---

1 Prov., XIV, 12. 2 Ps. XVIII, 13.

razón deseándola, por eso se irá ella al infierno? ¿qué ha de hacer? ¿hase de desollar la cara?

R. Hay dos maneras de escándalo, uno activo y otro pasivo; y del pasivo que viene de sola la malicia del que se escandaliza, no peca el que da la ocasión, como no pecaba Cristo cuando decía las verdades a los fariseos, aunque ellos se escandalizaban haciendo muchos pecados de ira. El escándalo activo es cuando uno es causa y ayuda al pecado del otro con su mal ejemplo y escándalo, como una doncella que está haciendo señas de una ventana, aunque ella no tenga mal pensamiento de pecar sino que lo haga por sola vanidad liviana y picardía, que llaman, si sabe que el otro consiente en pecado mortal con ella, también ella peca y está obligada a confesar aquel escándalo; como cuando dos hacen un cairel, que una tiene el hilo y otra lo teje; a entrambas a dos se da la paga. Así, aunque la que está a la ventana no quiera ser deshonesta, basta que mantenga la tela que teje y con que se enlaza el que está en la calle; y hay en esto tanta desventura en los sesteos y en todo género de pecados, cual el Señor lo remedie.

P. Decidme también, si yo no estorbo un pecado o encubro al pecador, o no le denuncio a la justicia o callo y no le descubro ¿por eso me condenaré? ¿tengo de andar siempre hecho predicador de todo lo malo que sé de otros, o acusador y denunciador?

R. Entiéndese que peca el que no estorba o calla o encubre, cuando puede y está obligado a estorbar, descubrir o denunciar; que el que no puede, no peca; como si un hombre particular oyese murmurar a otro a quien debe respeto, y no puede irle a la mano ni aprovecharía lo que le dijese, no peca callando; y si uno no está obligado a denunciar de quien ve pecar, no peca. Y en el recibir pecadores, no se entiende sino cuando por razón de recibirlos se les da ocasión de pecar, como los que viven de encubrir hurtos, o los tablajeros que reciben en su casa jugadores que pecan jugando y hurtan para jugar, blasfeman en el juego, etc., que el que recibe al pecador para librarle de la justicia pudiendo, o hacerle bien y convertirle, no peca.

De las circunstancias del pecado.

Los doctores de ordinario ponen siete circunstancias de pecados, pero extiéndolas a diez para mayor claridad de la doctrina y para el artificio de la confesión que llevo comenzado. La primera circunstancia que se ha de declarar es quién peca; conviene a saber, la calidad o estado de la persona que comete el pecado. La segunda, con quién se peca, la calidad y estado de la persona con quien se comete el pecado. La tercera, por qué, que es el fin. La cuarta, cómo, que es el modo de pecar. La quinta, con qué, que son los instrumentos con que se peca. La sexta, cuánto, que es el daño que se hizo o la grandeza y número de los pecados. La séptima, cuál, la calidad y forma con que pecó. La octava, dónde, que es el lugar. La novena, cuándo, que es el tiempo. La décima, quién ayudó, y los compañeros que tuvo para pecar. Importa mucho entenderse todas estas circunstancias para que el confesor sepa poner la penitencia que conviene,

y el penitente se pueda mejor enmendar, como en el ejemplo que llevamos del quinto mandamiento. Muy diferente pecado es si el que mata a otro es religioso o si es soldado, y de otra manera se ha de juzgar si el muerto es un príncipe y el que le mató labrador, o al contrario. Y diverso fin es matar un hombre por robarle, o matarle con una cólera; y también matarle de una estocada, de que luego muere, o asarle poco a poco al fuego. Y de los instrumentos, más peca quien está matando con un punzón, que dará más dolor y es muestra de más malicia, que no quien mata de una estocada. Y en el cuarto, mayor pecado es dar una cuchillada grande que una pequeña. Y la diversa calidad de muerte que dieren a uno hace diverso pecado, porque el degollar injustamente un caballero, no es tan gran pecado como ahorcarle. Y en la del lugar, diverso pecado es matarle en la iglesia que fuera de ella; y matarle en viernes santo, que en carnestolendas, que es el cuándo. Y en los compañeros, más peca quien acomete a uno con muchos compañeros y armas, si le mata, que si a solas le acometiese, porque no se pudo tan fácilmente defender, y así es en los demás mandamientos y pecados, que cada uno puede ir discurrienddo por este orden y hallará mucha claridad en su conciencia.

P. Válgame Dios ¿tantas circunstancias y menudencias tengo de declarar? nunca acabaré de confesarme en un año, si en cada cosa tengo de decir tan por menudo.

R. No se han de confesar todas las circunstancias, sino aquellas que mudan la especie del pecado o le agravan notablemente, que el confesor no sabe. Digo mudan la especie, porque matar por robar, que es fin de suyo malo, diversa cosa es que matar con sola una ira, porque matar por robar son dos pecados. Y no basta decir que hurtaste pecando mortalmente, si habéis hurtado cien mil ducados, que con cuatro reales que valga el hurto, se peca mortalmente; es menester declarar la cantidad. Y no basta decir que le heriste, si habéis hendido la cabeza a uno, porque son circunstancias que agravan notablemente el pecado, que cuando son otras circunstancias impertinentes, no es menester confesarlas, como no es necesario decir el que mató que iba vestido de amarillo o de colorado, o que mató en martes o en miércoles ni otras particularidades impertinentes, como hacen algunos ignorantes, que si no cuentan en cada pecado una larga historia, dicen que no salen satisfechos del confesor, y por esta causa hay hartos confesores, mártires. Y cuando ya el confesor sabe las circunstancias, no es necesario que el penitente se las declare; como cuando un confesor conoce que el penitente es casado o religioso, o por el discurso de la confesión entiende las demás circunstancias, no es menester declararlas el penitente.

De las raíces de los pecados, malicia, pasión, ignorancia, objeto y deliberación.

Las raíces de donde proceden los más de los pecados son cinco; conviene a saber: malicia, pasión, ignorancia, objeto, deliberación, y cada una de ellas tiene dos miembros.

La primera, que es malicia, por ser falta de la voluntad, el

pecado que de ella procede es el más grave de todos. Y esta malicia es en dos maneras: la primera se llama mal hábito o mala costumbre, obstinación, dureza de corazón o insensibilidad en los pecados. La segunda se dice cierta y determinada malicia, que es pecar por pecar y por hacer enojo a Dios.

La segunda raíz de los pecados es la pasión, que está en el apetito y en la sensualidad. Y así como hay dos apetitos que se llaman irascible y concupiscible, así hay dos maneras de pasión; una de la concupiscible, y éstas son seis: amor, aborrecimiento, deseo, retiramiento, alegría y tristeza. Las de la irascible se llaman esperanza, desesperación, temor, atrevimiento e ira. Estas son como once leonas encerradas en estas dos cuevas de donde salen a pelear contra la razón.

La ignorancia, que es falta de entendimiento y tercera raíz de los pecados, es en dos maneras: una afectada, que quiere decir pretendida y procurada para más libremente pecar, como el que no quisiese ir al sermón por no saber cuándo es día de ayuno y comer toda la semana; si en aquella semana hubiese cuatro témporas, ese pecaría. La segunda se llama crasa y supina, que es decir grosera y tosca, como de la gente descuidada de su salvación, que aunque algunos tienen agudeza para maldades, no curan de saber lo que les cumple, y lo podrían saber fácilmente si pusiesen alguna diligencia en ello. Y de esto hay tanto, por nuestros pecados, que bien podemos decir ser esta ignorancia crasa una puerta abierta para que innumerables almas vayan al infierno. El pecado se define *actus humanus màlus*, acto libre y malo. Si es acto, tiene objeto, y si es humano y libre, tiene deliberación de la voluntad; y así demás de la malicia, pasión e ignorancia que he declarado, el objeto y la deliberación son dos principales raíces de los pecados que ahora quiero declarar.

El objeto o la obra del pecado, o es mucho o poco, grave o leve. Si es mucho y en cosa grave, es raíz y causa de pecado mortal; pero si es cosa liviana y leve en lo que se peca, es venial.

La deliberación y consentimiento de la voluntad, si es plena y perfecta en cosa grave, causa pecado mortal; pero aunque sea en cosa grave, si no es perfecta y consentida del todo, no es más que pecado venial. Y así hay dos maneras de pecados veniales: unos por la cosa ser pequeña, como una mentira jocosa o hurtar en poca cantidad; otros por no haber determinado consentimiento de la voluntad, como son los pensamientos que no son del todo consentidos. Y hay tanta diferencia en los pecados que nacen de una raíz de estas o los que nacen de otra, como va de lo blanco a lo negro. Porque si uno se acusa que después de la confesión pasada ha pecado tres veces con una mujer y no declara que estaba amancebado con ella, y el confesor por no entender esto, le absuelve, que si lo entendiese no lé absolviera, no queda bien confesado. Y así en el ejemplo que llevamos: quien se acusa en el quinto mandamiento, declare, si mató algún hombre, porque tiene hábito, costumbre y oficio de matar hombres, como los salteadores y desuellacaras, o si le mató por la malicia y por hacer en ello pesar a Dios, sin otro motivo, o si le movió pasión de la ira o por ignorancia, como si por no saber que estaba detrás del árbol, tirando a una fiera le mató: y declare si cuando le hirió,

fué poca cosa o herida que bastase a pecado mortal; y si consintió determinadamente en el pensamiento de matarle, o si le vino algún pensamiento de cólera que no desechó tan presto, y asi en lo demás.

P. Hartas cosas me holgara de preguntaros acerca de estas raíces del pecado; sólo quiero que me digáis acerca de la ignorancia. ¿No dicen que la ignorancia excusa pecado? pues ¿cómo la hacéis ahora vos raíz del pecado?

R. Eso entiéndese de la ignorancia invencible, que es en dos maneras. Invencible de la obra y del hecho, como el que no sabe ni está obligado a saber, y hace algo que, si lo supiera, no lo hiciera; como el fraile que taña la campana, si acaso cayese la lengua y matase un hombre que pasa por la calle, y éste no sabía que se había de caer ni que habian de pasar hombres, que si supiera que estaba mal atada y que pasaban gentes no la tañera, éste tal no peca, y ésta es ignorancia del hecho. La ignorancia invencible de la ley o del derecho es, como del que va a la guerra porque le lleva su rey; y hagamos cuenta que la guerra era injusta por alguna ley, que él no está obligado a saber; este tiene ignorancia invencible del derecho que le excusa de aquellas muertes; pero baste ya esto en cuanto a la confesión.

BREVE MODO DE COMULGAR
CON PROVECHO DEL ALMA

SEIS PREPARACIONES PARA ANTES DE COMULGAR.

P.—*Penitente. Pregunta.* R.—*Religioso. Responde.*

Deseo, Padre, saber bien comulgar, y que en breves palabras me digáis lo que tengo de hacer.

R. Dijo el Señor a San Agustin: Cuando tú me comes, Agustin, no me convertirás a mí en ti, sino tú te convertirás en mí. Y de las mejores figuras del Sacramento una es la del cordero pascual. Y así como en su comida se pueden considerar doce cosas, seis antes de comerse, cuando se aparejaba y aderezaba para el sacrificio, y seis después de comido; asi el alma que comiendo a Dios es ella misma el manjar de Dios, para que se convierta en Dios y pueda comulgar bien conviene que guarde doce avisos.

Rendimiento de nuestra voluntad a la voluntad de Dios y mortificación de los apetitos.

Lo primero que hacian al cordero pascual era matarle; y así la primera cosa antes de comulgar es mortificar el apetito y la voluntad propia, diciendo: Señor, desde este punto hágase en mí vuestra voluntad; no se haga como yo lo quiero sino como vos quisiereis, apa-

1 Exod., XII.

rejado está mi corazón, véisme aquí a todo lo que mandareis. Porque así como ninguna cosa viva entra en provecho para comerse, y a San Pedro mandaron que matase los animales inmundos y sabandijas que vió en la sábana (1), así cuando está nuestra voluntad viva en su gusto y propio apetito, no se convierte y transforma en Dios Nuestro Señor.

Penitencia, contrición, confesión y satisfacción verdaderas.

Lo segundo, así como el cordero se desollaba y limpiaba, y mandaba Dios que las aves del sacrificio se pelasen con agua caliente, así después de la mortificación para comulgar bien se sigue la penitencia, contrición, confesión y satisfacción verdadera de todos los pecados mortales, lavándose el alma en el agua del dolor y lágrimas calientes al fuego del amor de Dios, para que más fácilmente se pelen las plumas viejas de los pecados y el águila quede renovada y remozada (2). Pero es mucho de advertir que así como después de pelada una ave de las plumas grandes, le quedan innumerables vellos o pelillos que, si cada uno se quisiese quitar de por sí, sería nunca acabar ocupando tiempo y tomando fatiga impertinente, sino para aderezarla mejor se hace una llamarada de fuego donde todos aquellos pelitos se chamuscan de una vez; así después de confesado un penitente de todos los pecados, no ha de andar tras todas las imperfecciones y menudencias que se le acuerdan para confesarlas por menudo, que sería nunca acabar, sino haga un acto de amor de Dios cuan eficaz pudiere, para que vayan todas estas menudencias de una vez, pues sólo los pecados mortales es necesario confesar.

Examen y pureza de conciencia.

Lo tercero, se abría el cordero sacándole todos los intestinos, asadura y redaños, según aquello del Levítico: *Intestina, et omnia quae adhaerent jecori lavabis aqua*; así después de la mortificación y penitencia, antes de comulgar, procurad hacer examen verdadero de todas vuestras potencias y ejercicios, mirando en qué ocupáis la voluntad, memoria y entendimiento, apetito y sentidos; cómo gastáis el tiempo y hacienda y empleáis los talentos, y cumplís con las obligaciones de vuestro oficio y estado, purificando toda vuestra conciencia para ofrecérsela a Dios, que le hacen asco las almas impuras y las tibias, y las vomita de su boca, como se dice en el Apocalipsis (3).

Meditación de quién es Dios y quién soy yo.

Lo cuarto, asábase el cordero como se manda en el Exodo: *Assas carnes igne comedetis* (4). Esto es en el alma la meditación, cuando puesta con Cristo en la cruz cerca del fuego del amor divino, con sosiego y espacio considera quién es Dios, a quién he de recibir, y

1 Act., X, 13. 2 Ps. CII, 5. 3 Apoc., III, 16. 4 Exod., XII, 8.

quién soy yo que le tengo de comer. Dios, infinito, yo, nada; Dios, bueno, yo, malo; Dios, omnipotente, yo, la misma flaqueza; Dios, la infinita sabiduría, yo, la suma ignorancia; finalmente, él es el justo, y yo un gran pecador. De este revolver el corazón considerando la propia miseria nuestra y la infinita misericordia de Dios, se engrasa el ánima con devoción, según aquellas palabras de David: *Sicut adipe et pinguedine repleatur anima mea* (1). Concédese cuando se hallare seca y distraída en la meditación, leer en algún libro, como *Contemptus mundi*, u otro para recogerse y afervorarse mejor, así como el cordero o cualquier otro manjar, cuando se asa, si está flaco, se lardea y unta con grosura de fuera.

Propósitos firmes y asentar en su estado.

Lo quinto, después de asado el cordero se ponía en el plato y partía; y así después de la meditación se siguen los propósitos de la voluntad poniéndose cada uno en las obligaciones de su estado; y si no tiene estado, como una doncella o estudiante, a este tiempo es buena la consideración de lo que más le conviene escoger, y pedir a Dios le dé el estado más conveniente a su salvación. Y repartir todas sus obras, palabras y pensamientos, negocios y ocupaciones en presencia de Cristo, enderezándolos para honra y gloria de Dios, proponiendo firmemente de no hacer cosa desagradable a su divina bondad y refiriéndole todo lo que hubiere de hacer.

Grandeza de deseos.

Lo sexto y en qué consiste mayor fruto es que al mismo tiempo que se recibe el Señor en la boca, se dilate el deseo lo más que pueda ser y con mayor fuerza, levantándose a cosas mayores por Dios. Porque siendo el Señor que viene a mi alma infinito, y abriéndose de los pies de este Cordero una fuente de infinita gracia, cuan grande fuere la capacidad del vaso, que es la disposición del alma, tanta gracia recibirá. Y esto quiere decir: *Dilata os tuum et implebo illud* (2). Como quien dice, abre la boca, que yo te la henchiré. Abre la boca el que comulga, cuando dice: Señor, de aquí adelante por amor de vos, no pecaré mortalmente. Abrela más, diciendo, ni pecaré venialmente. Más, procuraré de no hacer imperfección ni hacer cosa, decir palabra ni tener pensamiento que vos no haríais, diríais o tendríais, teniendo el mismo estado, edad y ejercicios que yo tengo. Abrela más, proponiendo de hacer todas cuantas obras pudiere agradables al Señor. Finalmente, ábrese más, diciendo: Señor, por no pecar ni hacer cosa que os sea desagradable y por serviros, me huelgo y consiento en todos los trabajos y afrentas que padeciere. Abrase mucho más, cuando diga: Por la misma causa, Señor, me ofrezco a padecer mil veces muerte, si vos de ello sois servido.

1 Ps. LXII, 6. 2 Ps. LXXX, 11.

P. Mucho me he holgado de oir estos seis modos de prepararme para comulgar, y para hacer yo memoria de ellos los quiero llamar mortificación, penitencia, examen, oración, propósitos y actos de virtudes, con deseos grandes de Dios, y paréceme que por falta de no aparejarnos como conviene, aprovechamos tan poco, aunque comulgamos a menudo. Mas decidme ¿qué tengo de hacer cuando acabare de comulgar, quedando un poco recogido con Nuestro Señor a quien he aposentado en mis entrañas?

DE LOS SEIS EJERCICIOS PARA DESPUES DE LA COMUNION.

Reconocimiento de la grandeza de Dios y del beneficio de la comunión.

R. Otros seis avisos hay para después de la comunión de seis cosas que se hacen del manjar en acabándose de comer.

El primero, así como el manjar después de metido en la boca se masca, así en acabando de comulgar se ha de meditar la grandeza de aquel Señor que se ha recibido, y el beneficio inefable de haber venido en alma tan indigna como la mía. Que no en valde decía el Señor en el Levítico: Que el animal que no tuviere la uña hendida y rumiare sea inmundo (1), sino para dar a entender que es necesario pensar, rumiar y meditar en la grandeza del Señor y de sus beneficios, y la bajeza del alma, para que con admiración se levante el corazón sobre sí.

Hacimiento de gracias con amor.

Así como en habiéndose tragado el manjar va al estómago donde se cuece, volviéndose en una masa blanca como leche, que se llama quilo; así a la meditación se sigue el hacimiento de gracias, acordándose de haber recibido el más supremo beneficio que se puede pensar, dándole gracias porque el mismo Cristo, verdadero Dios y hombre, a quien recibió la Virgen María en sus entrañas, por quien fué Madre de Dios; y el mismo que reciben los santos viendo su divina esencia con que son bienaventurados, a ese mismo Dios acabáis vos de recibir en vuestra alma. Mirad cómo agradeció la Madre de Dios, los ángeles y santos recibir a este Señor imitadlos en algo. Suele ser tan grande el ímpetu del amor con el hacimiento de gracias que a este punto viene en algunos que dignamente comulgan y lo consideran despacio, que parece se puede entender de esto aquellas palabras de Job: *En venter meus, ut mustum sine spiramine, quod lagunculas novas disrumpit* (2). Mi estómago está ahora como cuando hierve el mosto sin respiradero que rompe las tinajuelas nuevas. Mucho había que declarar en estas palabras, mas vayamos a lo tercero.

---

1 Levit., XI, 4. 2 Job., XXXII, 19.

Deseo de padecer en Cristo y por Cristo.

Desde el estómago hace el manjar su estación al hígado, donde se labra y se vuelve en sangre, mudando el color blanco que tenía como leche en colorado. Esta estación en el alma es un deseo de hacer penitencia y padecer trabajos por Cristo crucificado, de cuya sangre y cruz el alma participa y comienza a gustar. Porque parece imposible quien comulga bien y ama de veras a Cristo, dejar de enamorarse de la cruz y del padecer, como dice Job de los pollos del águila, que miran al sol y lamen sangre (1). Que quiere decir, que los cristianos contemplativos, porque ponen los ojos en su sol, Cristo, desean la sangre de los trabajos.

Comunicación y junta de su corazón con los corazones y deseos de los Santos.

Del hígado va la sangre al corazón donde se purifica, y desde allí subiendo a lo alto del pulmón, se engendran los espíritus vitales. Y la tercera disposición del alma que ha comulgado es olvidarse y apartar de sí todas las cosas de este mundo, juntándose con los deseos de los bienaventurados del cielo, para que de todos ellos juntos se haga uno y un corazón, según aquello de San Pablo: *Conversatio nostra in caelis est* (2). Y por esta razón se llama este Santísimo Sacramento *synaxis* en griego, que es lo mismo que comunión y junta; y cuando esto se acierta a hacer bien, es principio de gran espíritu.

Imitación de Jesucristo y entrega de todas sus obras, palabras y pensamientos.

Desde el corazón se reparte la sangre por la arteria magna y es llevada la más pura por otras arterias a todas las partes del cuerpo, y esto propiamente se llama *digerere,* que quiere decir *ad diversas partes gerere.* llevarse a diversas partes; y en este digerir bien consiste gran parte de la salud y vida del cuerpo. Y así después que el alma ha juntado sus deseos con los de los santos y bienaventurados, y que parece que es uno con todos ellos, va repartiendo todas sus obras, palabras y pensamientos y llevándolas todas a Cristo, para que él sea Señor y patrón de allí adelante de todo su interior; y hace como un capitán de una fortaleza, que habiendo venido el rey a entrar en su castillo, le lleva por todos los lugares y oficinas de él, entregándole las llaves de cada uno como a rey y señor. Y esta es una excelentísima manera de aprovecharse en la comunión, y si se sabe hacer como conviene, gana el alma innumerables bienes deteniéndose un poco en esto.

---

1 Job., XXXIX, 30. 2 Ad Philip., III, 20.

Unión y junta con Cristo.

Finalmente, así como lo último que hay en el manjar es convertirse en el que le come, porque aquella sangre purificada que va por las arterias, cuando llega a la carne, se convierte en carne, y el nervio en nervio, etc. y entonces aquel manjar recibe vida del alma que daba vida a todo el cuerpo; así lo último y supremo que hace el alma después de haber comulgado bien, es unirse y juntarse con Dios para de allí adelante poder decir: *Vivo ego, jam non ego, vivit in me Christus* (1). Vivo yo, mas ya no yo, que vive Cristo en mí. Y que todo lo que hiciere proceda de Cristo en el alma, como si de nuevo hubiese recibido por nueva alma al mismo Cristo. Esta doctrina nos enseñó el mismo Señor, diciendo: *Sicut misit me vivens Pater, et ego vivo propter Patrem, et qui manducat me, ipse vivet propter me* (2). Así como mi Padre me envió y yo vivo por el Padre, así quien me come a mí, tiene vida por mí. Pareceos que la unión de que trata esta doctrina es muy alta, mas el Señor que os concede su divino cuerpo en manjar, que es lo supremo y más alto que hay, quiere que nos dispongamos con la más alta disposición para recibirle que ser pudiere. Plegue a su divina bondad que os conceda para ello la gracia y espíritu que deseo. Amén.

Síguense doce avisos para perseverar después de la confesión y comunión.

P. Ya me habéis declarado, Padre, qué haré para confesar y comulgar bien; decidme ahora, ¿cómo me tengo de ejercitar para no tornar al pecado?

R. Así como Cristo, después que resucitó, se apareció doce veces, según se colige de las Divinas Letras y de los santos, así procurad vos hacer estas doce cosas. La primera, sed devoto de Nuestra Señora que fué la primera a quien su hijo apareció. La segunda, ejercitaos en actos de amor de Dios, pues se apareció a la Magdalena porque le buscaba con fervor. La tercera, tened cada día un rato de oración mental a la mañana o cuando pudiereis, pues con su presencia consoló a las tres Marías que se levantaron de mañana para ungirle. La cuarta, pues se apareció a San Pedro que lloraba su negación, ejercitaos en actos de penitencia haciendo algunas asperezas, como cilicios y disciplinas y contrición de vuestros pecados. La quinta, aparecióse a Santiago el Menor que hizo voto de no se desayunar hasta verle resucitado; y así vos ayunad algún día de la semana. La sexta, apareció a los dos discípulos que iban a Emaús tratando de lo que había acaecido; buscad buenas compañías y santas converciones. La séptima, pues apareció a los discípulos cuando le dieron a comer el pez asado y la miel, comulgad a menudo. La octava, ocupad bien el tiempo y trabajad de manos en memoria de cuando se apareció a los siete discípulos que estaban pescando. La nona, aparecióse a los discípulos y más de quinientos hermanos que iban a Galilea,

1 Ad Gal., II, 20. 2 Joan., VI, 58.

y pues Galilea quiere decir transmigración, dejad las ocasiones. La décima, pues se apareció a los discípulos estando a puerta cerrada en ausencia de Tomás, guardad vos recogimiento. La undécima, porque se apareció a Tomás cuando metió la mano y dedos en sus llagas; traed a la memoria la pasión y llagas de Cristo. La duodécima, aparecióse a todos los discípulos cuando subió al cielo y les mandó predicar; procurad de dar buena doctrina y ejemplo a los prójimos según lo que pudiereis conforme a vuestro estado. Que con estas doce reglas perseveraréis en gracia y subiréis a gozar de Dios en la bienaventuranza de la gloria.

REGLA DE VIVIR CON ESPÍRITU

Y CONSIDERACIÓN EN LAS OBRAS QUE CADA DÍA HACEMOS PARA QUE SEAN MAS MERITORIAS Y PERFECTAS

P. Ya me habéis enseñado, Padre, de la manera que me tengo de confesar y comulgar. Deseo saber alguna regla y manera de vivir para hacer las obras con más espíritu, perfección y merecimiento.

R. Dice el apóstol San Pablo en la primera Carta a los Corintios (1): Si coméis o bebéis o hacéis cualquier otra cosa, hacedla en honra y gloria de Dios. Porque hay algunos que con el amor de Dios y la consideración saben sazonar de tal manera sus obras y añadirles tales circunstancias y consideraciones, que merecen más en las ordinarias ocupaciones de cada día que otros en las muy heróicas y grandiosas. Estas circunstancias y consideraciones para que vuestras obras vayan en mayor honra y gloria de Dios os quiero declarar, reduciendo vuestras obras ordinarias en doce, y poniendo en cada una tres consideraciones, que como piedras preciosas engastadas las realcen por el orden siguiente:

Cuando despertáis a la mañana.

Lo primero, haced actos de verdadera contrición de todos los pecados de la vida pasada, diciendo: Pésame, Señor, de haberos ofendido y de aquí adelante nunca más pecaré. Y podéis decir la confesión general o un Paternoster y un Avemaría o cosa semejante. Lo segundo, dad gracias a Dios por todas las mercedes recibidas hasta entonces, y particularmente por la que os ha hecho de dejaros llegar hasta aquella hora para hacer penitencia de vuestros pecados y comenzarle de nuevo a servir. La tercera, haced un propósito firme y tened intención de que todo lo que hiciereis de allí adelante toda la vida, ha de ser para dar gusto a Dios y servirle, y particularmente proponed y llevad este fin en las obras que aquel día habéis de hacer. Y no os dejéis llevar de la pereza en el levantaros, sino echando a un lado la ropa y a otro el cuerpo, salid luego de la cama.

1 I ad Cor., X, 31.

Cuando os vestís.

Lo primero, acordaos de las vestiduras e instrumentos de la pasión de Cristo; como cuando os calzáis, de los clavos de los pies; y de la corona de espinas, cuando ponéis algo en la cabeza; al vestido del cuerpo, de los azotes y túnica inconsútil, etc. Lo segundo, juntamente con las vestiduras exteriores haced los actos de las virtudes interiores que les corresponden, según una doctrina que enseñó la Virgen Nuestra Señora a Santa Brígida, que está escrita en el libro primero de sus revelaciones; como cuando os calzáis, haced los dos propósitos de apartaros del mal y hacer el bien que pudiereis, que se llaman *recede a malo et fac bonum,* y así en las demás. Lo tercero, tomad el consejo del apóstol San Pablo en la Epístola a los Romanos: Vestíos de Nuestro Señor Jesucristo (1), poniéndoos en su presencia y haciendo cuenta que os entráis dentro de él para que todo lo que de allí adelante hiciereis, dijereis y pensareis, sea conforme a las obras, palabras y pensamientos que este Señor haría, diría y pensaría, si estuviese en el mismo estado, edad, salud y oficio que vos estáis.

Cuando tenéis la oración vocal o mental.

Lo primero, considerad muy de propósito quién sois que os atrevéis a hablar con Dios, quién Dios, y lo que le habéis de pedir, y procurad llegaros con la mayor reverencia, confianza y humildad que pudiereis, como pobre mendigo que va a pedir limosna a un rey de infinita majestad y misericordia. Lo segundo, rezad vuestras devociones o el oficio divino con sosiego, pausa y atención, haciéndoos fuerza en los pensamientos que distraen lo más que pudiereis. Lo tercero, haced memoria después de la oración, de aquel punto, concepto o palabra que más os ha movido para que sirva de regla de bien vivir, que traigáis todo el día presente. Y procurad juntaros con los santos del cielo para loar a Dios en tan buena compañía y capilla de celestial música, y que de todos juntos salga una común voz y petición.

Cuando oís misa.

Lo primero, haced cuenta que venís al monte Calvario y que puesto al pie de la Cruz en compañía de la Virgen, ofrecéis al Padre Eterno aquel altísimo sacrificio por mano del sacerdote. Lo segundo, pensad, cuando oís la misa, atentamente los misterios de la pasión de Cristo que en ella se celebran. Lo tercero, si no habéis de comulgar sacramentalmente, comulgad en cada misa espiritualmente, cuando el sacerdote comulga, con aquella humildad, fervor y devoción que conviene, que con éstas comuniones espirituales se gana mucha tierra para el cielo.

---

1 Ad Rom., XIII, 14.

Cuando trabajáis de manos o entendéis en cualquier hacienda de vuestra casa.

Lo primero, acompañaos de Jesucristo Nuestro Señor y de la Virgen María pensando que están a vuestros lados ayudándoos al mismo trabajo y ministerio, y hablando con ellos con algunas oraciones jaculatorias o palabras amorosas juntaréis a María con Marta, que con tal compañía y ayuda cualquier trabajo se os hará fácil y cualquier carga, por pesada que sea, muy liviana. Lo segundo, tomad motivo de las mismas obras en que entendéis para tener otras consideraciones que os sean de más provecho, como si guisáis algo al fuego, acordaos del fuego del infierno; si coséis o labráis o tejéis, etc, del modo que la Virgen, San José y otros santos harían semejantes oficios, como hacía San Martín de quien se escribe que teniendo los ojos y manos en las obras que hacía, *invictum ab oratione spiritum non relaxabat,* no opartaba su espíritu de la oración. Lo tercero, añadid a la obra de manos ordinaria que váis haciendo, algún propósito y deseo de otra obra más excelente y meritoria, como es diciendo en vuestro corazón: Señor, si esto que es escribir fuese morir por vos, de la misma manera y con el mismo gusto lo haría.

Cuando padecéis algún trabajo.

Si os viereis con alguna enfermedad o dolor, o recibiereis alguna injuria o afrenta, o os apretare el hambre, sed, cansancio, frío, calor o alguna melancolía o fuerza de tentación, haced estas tres cosas. La primera, aunque os parezca que no tengáis gusto ni devoción, decid con la boca: *Gloria Patri, etc.*, o cosa semejante, que con aquella palabra, aunque seca, da muestra el alma que no se deja vencer en la tribulación. Lo segundo, poneos con la mayor fuerza que pudiereis en Cristo crucificado juntando aquellos dolores y trabajos con los que él padeció, que con esta mezcla de las dos cruces, se enseña el alma a vivir en Cristo y a estar crucificado con él. Lo tercero, acordaos como pudiereis de los cuatro novísimos o postrimerías, muerte, juicio, infierno y gloria, cotejando vuestros trabajos con los del infierno, y mirando que se han de acabar con la muerte y el valor que tienen, pues no son casi nada los trabajos de esta vida en comparación de la gloria que esperamos.

Cuando tratáis con prójimos.

Ahora sea con los de casa o fuera de ella, lo primero, mirad el daño espiritual o temporal que de aquella plática os pueda venir, armando vuestra conciencia con recato, paciencia y devoción porque no os tomen desapercibido; y las palabras que vos dijereis sean verdaderas y las menos, y en tono más bajo, y con la mayor modestia, sinceridad y llaneza que pudiereis trayendo siempre a la memoria lo que dice el Señor por San Mateo, que de cualquier palabra ociosa que hablaren los hombres han de dar cuenta el día del juicio (1). Lo

1 Matth., XII, 36.

segundo, desead la salvación del alma de aquel prójimo con quien habláis. Lo tercero, sea quien quiera la persona con quien trataseis, miradla como a imagen viva de Cristo, si es hombre, y de Nuestra Señora, si es mujer, y no paréis en el exterior del cuerpo que viereis, sino que con ojos de paloma penetrando a lo interior, la miréis como alma redimida y bañada con la sangre de Cristo. Y pues está Dios en todo lugar por esencia, presencia y potencia y así está dentro de aquel alma, haced cuenta que es un sagrario donde está encerrado el Santísimo Sacramento o el trono de la Santísima Trinidad, acompañado de todos los santos y ángeles del cielo, que por este camino se alcanza humildad, castidad y amor del prójimo, que son las tres joyas de mayor riqueza que podemos tener.

Cuando coméis o cenáis.

Lo primero, recibid los platos que vienen a la mesa como presente que os envían del cielo. Lo segundo, metiendo el bocado en la boca, haced cuenta que os le mete Cristo con sus benditísimos dedos como bocado dado por amor, y si bebéis, poned la boca en la llaga del costado de Cristo. Lo tercero, acompañad el mascar de los bocados con *Gloria Patri, etc.*, que con estas tres cosas cumpliréis con lo que dice el Apóstol, que comáis y bebáis en gloria de Dios.

En las recreaciones.

Cuando después de comer o cenar o en cualquier otra hora, o estando enfermo o convaleciente, tomáis cualquier género de recreación y pasatiempo, que siempre habéis de procurar que sea sana y provechosa y lo menos y más moderada que ser pudiere, pues queda harto tiempo para descansar en el cielo, y este mundo es valle de lágrimas y trabajos, procurad tres cosas. La primera, que no se mezcle nada de que después haya escrúpulo que confesar, como murmuraciones o mentiras, etc., atajando lo que fuere en vuestra mano la conversación peligrosa. La segunda, pues la recreación es para gusto, no os metáis en porfías ni motejéis a nadie a quien venga disgusto, ni sea la recreación de cosas que cansen, pues el arco siempre flechado pierde su fuerza, y el espíritu siempre trabajado su virtud. La tercera, buscad tales recreaciones de que pueda venir algún fruto y provecho para el alma o para el cuerpo, como cuentos o historias, o música o algunas obras de manos que diviertan y entretengan.

En el examen de conciencia.

Este se ha de hacer antes del mediodía y a la noche antes del acostar; y para que sea como conviene, lo primero, examinad todas vuestras obras, palabras y pensamientos de aquel día, y si en ellos habéis caído en algún pecado venial o mortal; y allí os arrepentid de él con acto de contrición, y juntamente llorad todos los pecados de la vida pasada. Y por ninguna cosa del mundo os acostéis en pecado mortal sin haberos arrepentido de él, pues no sabéis si amaneceréis vivo. Lo segundo, acordaos de los propósitos que sacasteis en la oración

de la mañana, y examinad cómo los habéis guardado pesándoos de las faltas y proponiendo de nuevo lo mismo que a la mañana. Lo tercero, examinad vuestras potencias, vuestras malas costumbres, vuestras obligaciones y lo demás que es necesario para bien vivir, como si estuvieseis dando cuenta a Cristo Jesús, de la manera que os la ha de tomar cuando vuestra alma salga de las carnes.

Cuando os desnudáis para acostaros.

Lo primero, apartaos, renunciad, aborreced y desnudad de vos con acto eficacísimo de la voluntad todas las cosas criadas que os apartaren de Dios, como quien comienza de nuevo a vivir en el Señor. Lo segundo, considerad cuando desnudaban a Cristo para ponerle en la cruz por vos. Lo tercero, haced cuenta que os desnudan los sayones o que os manda desnudar el tirano para recibir muerte y martirio por Cristo según la manera de martirio que más fervor y espíritu os causare, y con aquella prontitud, diligencia y ánimo os habéis de desnudar.

Cuando os echáis en la cama.

Lo primero, sea como si os echaseis en la sepultura, teniendo concluídos todos vuestros negocios, ordenado vuestro testamento y estando siempre aparejado para morir; que quien de esta manera duerme, cuando viniere la hora de la muerte comenzará a vivir; que así dicen que se acostaba el emperador Carlos V. Lo segundo, abrazaos con una cruz interior o exterior que sea vuestra esposa, teniéndola por señal de la voluntad de Dios con quien siempre habéis de andar abrazado. Y a un lado de la cama considerad a Cristo Jesús, y al otro la Virgen María que os echan la bendición para que os durmáis. Lo tercero, poniendo la boca en la cabecera, haced cuenta que la ponéis en la llaga del costado de Cristo y quedaos durmiendo con la dulzura de aquella divina sangre, que yo os aseguro que con esta manera de dormir os libréis de malos sueños y despertéis con muy buen humor para la oración del día siguiente. Esto es lo que por ahora se me ofrece; vos podéis tomar de ello lo que os pareciere, y Nuestro Señor vaya con vos y os dé tanta gracia y espíritu como deseo y rogaré.

DECLARACIÓN DE LA FIGURA
DE LA VERDADERA PENITENCIA

Como se colige del profeta Isaías, viéndose el rey Ecequías muy cercano a la muerte, envióle Dios a su profeta Isaías que le dijo ordenase su alma, que a otro día había de morir (1). Lloró el rey vuelto a la pared haciendo penitencia; por la cual le añadió el Señor

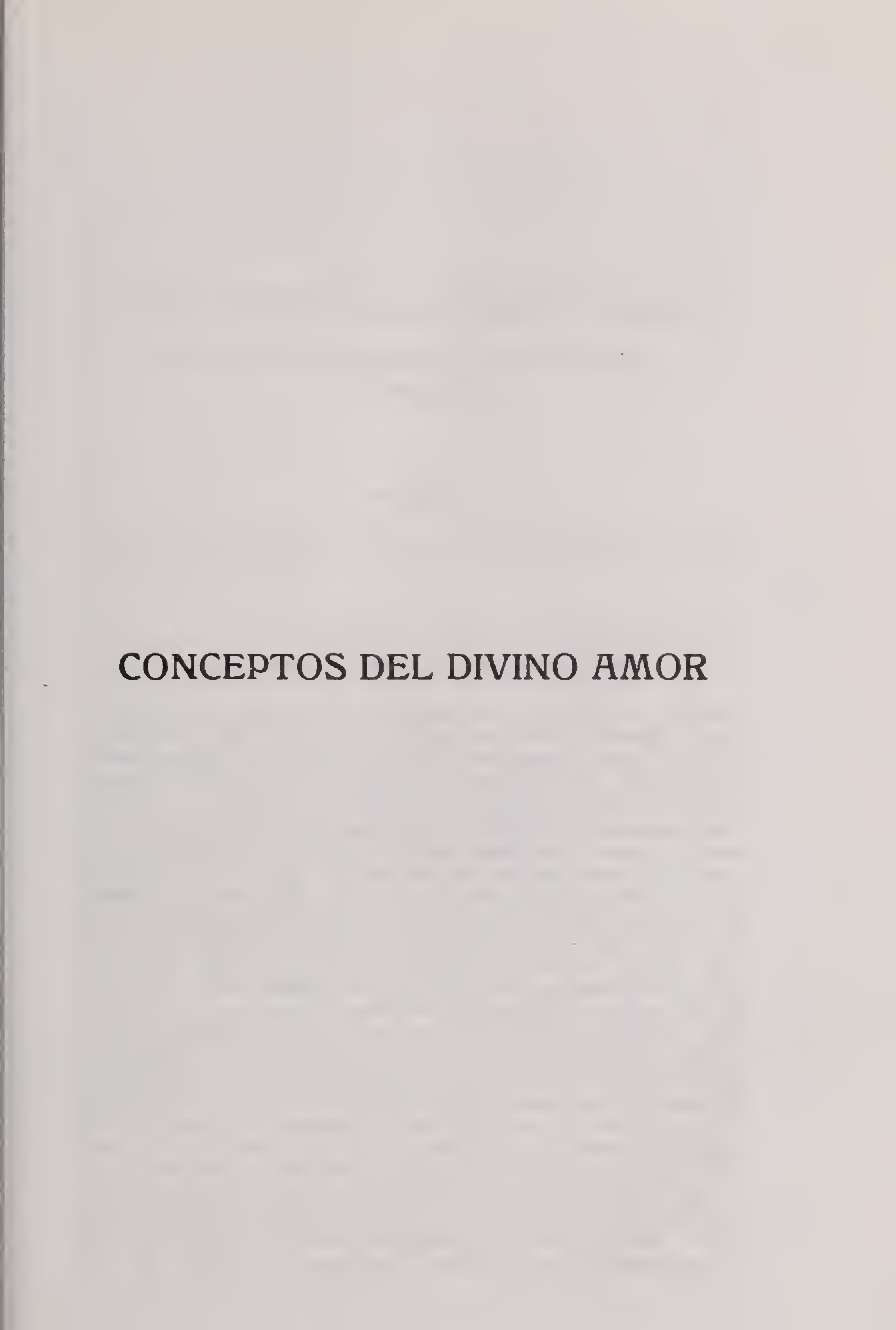
1 Isai., XXXVIII, 1.

quince años de vida, diciéndole el profeta, que en señal de esto, volveria el sol diez lineas atrás en el reloj del rey Achaz (1). Esta historia y reloj es figura muy propia de la penitencia.

A.—La primera causa de la buena penitencia es la divina voluntad, pues dice el Padre Eterno: No quiero la muerte del pecador, sino que se convierta (2).—B. De aquí viene la inspiración divina, que envia el Señor por su espíritu para que el alma llore.—C. De esta inspiración nace la luz y amor, que es como el sol de Cristo crucificado, según aquellas palabras: Os nacerá a vosotros los que teméis a Dios, el Sol de la justicia, Cristo (3).—D. De aqui nace el temor y dolor en el corazõn, mediante la intercesión de la Virgen Maria, que es más hermosa que la luna.—E. La oración de los santos que están rogando desde el cielo que se convierta el pecador.—F. Con alegría y regocijo de los moradores de la gloria que se alegran más con un pecador que hace penitencia que con noventa y nueve justos (4).—G. Y movida el alma de este dolor hace la confesión verdadera; la cual tiene entereza, dolor de los pecados y propósito firme de nunca más pecar; y ésta gobierna la mano del reloj como cuando un ángel la gobernase.—H. Porque la falsa y fingida, que es como un demonio, tenie ficción, ceguedad, obstinación, dureza, negligencia, insensibilidad, no quitar las ocasiones y la incorregibilidad, que es como la maza con que el demonio descompone la penitencia.—I. Que ha de ser sencilla, humilde, pura, fiel, a menudo, desnuda, discreta, hecha de buena gana, vergonzosa, entera, secreta, con lágrimas, breve, fuerte, acusándose, y aparejado a obedecer. Este es buen penitente y humilde, que quita de su cabeza la corona de la soberbia.—K. El verdadero penitente es como Ecequías en la cama; y el muro donde vuelve la cabeza tiene escritas las dieciseis partes de la verdadera confesión. —L. Absuelve el confesor comparado a Isaias, que para ser el que debe ha de tener celo, experiencia y prudencia.—M. El reloj tiene seis ruedas. La primera contiene todos los pecados, reducidos a los diez mandamientos: porque el que quebrantare el más mínimo de ellos, será llamado mínimo en el reino de los cielos (5). La segunda, las partes del pecado, obras, palabras y pensamientos que Dios nos ha de escudriñar, como dice el Sabio (6). La tercera, los géneros de pecados, omisión y comisión, de donde nacen los pecados ocultos. La cuarta las causas del pecado, que son principio de los pecados ajenos, de los cuales y de los ocultos pide David al Señor le libre (7). La quinta, las circunstancias, que son las raposillas que destruyen las viñas (8). La sexta, las raíces del pecado, que manda el Señor por Jeremías las arranque el confesor. Este reloj anda con dos pesas: la una es, apártate del mal; y la otra, haz bien. Todas estas partes de la penitencia se ven a la clara en la pintura por las letras de A B C

---

1 Isai., XXXVIII, 8.
2 Ezech., XXXIII, 11.
3 Malach., IV, 2.
4 Luc., XV, 7.
5 Matth., V, 19.
6 Sap., VI, 4.
7 Ps. XVIII, 13, 14.
8 Cant., II, 15.



CONCEPTOS DEL DIVINO AMOR

CONCEPTOS DEL DIVINO AMOR

SOBRE LOS OCHO LIBROS DE LOS CANTARES DE SALOMÓN

PROLOGO

EN QUE SE TRATA DEL TITULO, DOCTRINA Y ESTILO DE ESTE LIBRO Y DE LA INTENCION DEL AUTOR.

A los religiosos y religiosas Carmelitas Descalzos Fray Jerónimo Gracián de la Madre de Dios.

No es de poco precio el presente que se envía de conceptos y declaración de un buen libro, pues que grandes príncipes, emperadores y reyes le agradecen, estiman y remuneran a quien se le da. Alejandro Magno dió a su maestro Aristóteles gran suma de dineros por el libro de la *Historia de los animales* que le presentó, sin los muchos que había gastado con cazadores y pescadores para que le buscasen peces, aves y animales exquisitos y raros, de donde Aristóteles pudiera sacar los conceptos que de ellos escribió. El mismo Alejandro, cuando venció la batalla del rey Darío, de Persia, halló entre otros despojos una caja de oro, perlas y piedras preciosas que era de gran valor y mandó que aquella caja le guardasen, porque era buena para guardar en ella el libro de los versos de Homero, que, entre otras cosas, cantaban los amores de París y Elena, Ulises y Penélope. Y el emperador Tarquino Prisco pagó gran cantidad de dinero a la Sibila por uno de los tres libros de sus oráculos que quedó, habiendo quemado ella los dos. Y Tolomeo Filadelfo, rey de Egipto, envió un gran presente de oro y piedras preciosas de que iba labrada una mesa de la proposición y vasos para el templo al sumo sacerdote de Jerusalén, porque le enviase el libro de la Biblia y los intérpretes que se la tradujesen de hebreo en griego, por la relación que Demetrio Falero le hizo de que en aquel libro hallaría escritos conceptos provechosos para el buen gobierno de un rey, y guerras, historias, virtudes y los amores del rey Salomón, como se colige de Aristeas, embajador del mismo Tolomeo, en el libro que escribió de su embajada, demás de dar graciosamente li-

bertad a muchos hebreos cautivos, que su padre Tolomeo Lago había traído a Egipto, ganados en la guerras de Judea.

Nadie puede dar mayor presente que el de sus propios hijos, y nuestros conceptos son hijos de nuestro entendimiento y voluntad, engendrados con la meditación y estudio, y paridos con el trabajo que cuesta el escribirlos y hacerlos imprimir, especialmente en español y en tierras donde, por no saber los impresores la lengua, por más que se mire y entiende, quedan con muchas erratas. Y aunque la dádiva fuese pequeña, siendo dada por amor, es de gran estima, pues se contenta Dios con amor solo en pago de los innumerables beneficios que nos hace. Envío a Vuestra Reverencia en presente estos Conceptos del amor Divino, colegidos de los ocho capítulos de los *Cantares* de Salomón, que no tratan de naturaleza de animales sino de amores espirituales, que el hombre animal no percibe (1), y así no gustarè que los lean los animales inmundos que no piensan que hay otro gusto sino el del cieno de sus amores sensuales, porque no me los pisen, ni los perros murmuradores, que cuando sale algún libro a luz, están la boca abierta esperando si se cae en el suelo algún hueso, que no puede ser menos de caerse por ignorancia o descuido, pues no somos ángeles, para tener en qué roer.

Título de este libro.

No trato en estos Conceptos amores de Ulises con Penélope, ni declaro oráculos de Sibilas, sino de los amores entre Cristo y el alma, declarados con los oráculos que el Espíritu Santo habla en estos *Cantares* por la boca de Salomón, interpretando de latín en romance las palabras, como hicieron los setenta intérpretes de hebreo en griego. Ofrézcolos a Vuestra Reverencia con entrañable amor de hermano, satisfaciendo al deseo y petición de muchos que me han pedido que, pues hice imprimir los conceptos del amor de Dios que sobre algunas palabras de los *Cantares* escribió la beata madre Teresa de Jesús con unas anotaciones mías (2), prosiguiese en la misma doctrina sobre todos los ocho capítulos. Porque, aunque no alcancé a leer los *Conceptos* que ella escribió antes que se quemasen, les parece que por lo mucho que la comuniqué y traté su espiritu, sabré decir algo en esta materia. Escribo con el más breve, compendioso y claro estilo que puedo sin dilatarme en la mucha doctrina que sobre cada concepto se pudiera decir; porque donde tanta yesca de buenos deseos y pensamientos como en los corazones de Vuestra Reverencia se halla con la oración continua que profesan, pocas centellas bastan a encender el mucho fuego de amor divino que les deseo. No pretendo otro interés que la mayor honra y gloria de Dios y provecho de sus almas, ni les pido otro precio sino que procuren alcanzar este divino amor, y que rueguen al mismo Señor que yo le ame de veras, que yo rogaré mientras me durare este poco de vida que me queda, les dé tanta gracia, espíritu y amor suyo como deseo.

Doctrina y materia del libro.

Estilo y manera de proceder.

---

1 I ad Cor., II, 14.

2 Publicó esta edición el año 1611 en Bruselas, la que se repitió allí al año siguiente. Al fin de cada capítulo teresiano hace, en letra más pequeña, un corto comentario. (Cfr. B M C, t. IV, págs. LX-LXII).

TITULO DEL LIBRO

Cantares de Cantares de Salomón.

Para declaración de este título y de la doctrina que sobre los ocho capítulos de este libro tengo de tratar, me vienen muy apropósito unas palabras del glorioso San Agustín sobre aquellas del salmo *Cantate Domino canticum novum,* que dicen así: *Quod ibi dixit canticum novum, hoc dixit Dominus mandatum novum: quid enim habet canticum novum nisi amorem novum? cantare amantis est, vox hujus cantaris fervor est sancti amoris, etc.* (1), que quieren decir: lo que allí dijo David cantar nuevo, llama el Señor mandamiento nuevo, que es el del amor, porque ¿qué tiene el nuevo canto sino nuevo amor?

El cantar del amante y la voz de este cantor es el fervor del amor santo. De las cuales se colige que todo lo que en este libro se contiene es doctrina de amor. Porque si declaramos, como declaran muchos santos, en nombre del Esposo al Verbo divino y por la Esposa la humana naturaleza, hay grandes conceptos de la encarnación, nacimiento, vida, pasión y muerte de Cristo Jesús, y si por la Esposa entendemos a la Virgen María, como declara San Bernardo, aquí se contienen divinas alabanzas de esta soberana Señora y del amor que tuvo a Dios; y si se declara ser el Esposo, Cristo, y su Esposa, nuestra santa Madre Iglesia Católica Romana, puédense escribir en este sentido gravísimas e importantísimas doctrinas de los Sacramentos de la ley y fe católica, y de la fundación y gobierno de la Iglesia. Y si declarásemos en nombre de la Esposa al alma glorificada, y por el Esposo a Dios Eterno como se aman en el cielo cuando le da la vista de su esencia, con que el alma recibe bienaventuranza, contiénense en esta manera de proceder suavísimos conceptos de lo que pasa en la gloria. Mas dejando todos estos sentidos, seguiré solamente el del amor divino que hay entre Dios y el alma que vive en este mundo, refiriendo las causas, principios y raíces, afectos y efectos de este divino amor, y seguiré la letra de los mismos *Cantares,* interpretada en español como suena la latina, dividiendo esta obra en ocho capítulos y en cada uno los conceptos que se me han ofrecido por el orden siguiente:

CAPITULO PRIMERO

EN QUE SE PONEN VENTITRES CONCEPTOS SOBRE EL PRIMER CAPITULO DE LOS «CANTARES» CON QUE SE DECLARA QUE SEA AMOR DE DIOS Y SUS PRINCIPALES CAUSAS. TRATASE DE LAS PERSECUCIONES, CONOCIMIENTO PROPIO Y DE LOS LUGARES DONDE EL ALMA BUSCA A DIOS PARA MAS AMARLE.

El amor de Dios es la petición más alta que puede hacer el alma y más necesaria para su bien. Este pide la Esposa diciendo:

Béseme el Señor con el beso de su boca (2).

Porque según declara la Virgen Santísima en una relación a Santa Matilde, la boca es el deseo, y no es otra cosa el amor de Qué sea amor de Dios.

1 S. August., Serm. 256 de Tempore. 2 Cant., I 1.

Dios sino juntar nuestro deseo con el deseo de Cristo, querer lo que quiere Cristo, desear lo que él desea, rendir nuestra voluntad a la divina y tener paz con él, que cuando va con gusto, suavidad, dulzura y regalo, muy propiamente por beso se significa el amor. Y porque el alma no le tiene de su cosecha ni tiene fuerzas naturales para alcanzarle, pídele a Dios como don dado de gracia.

Causas del amor son los pechos de Cristo y de su Madre.

Este divino amor es como un fuego que abrasa las entrañas, enciende el corazón, afervora los propósitos, consume las frialdades del espíritu y le levanta hasta la esfera de la voluntad divina. Este fuego se halla en Sión, que es la devoción de la Virgen y de sus divinos pechos, y su horno está en Jerusalén de la llaga del costado de Cristo (1). Y así habiendo la Esposa entrado en estos pechos para encenderse en amor, dice:

Porque más valen tus pechos que el vino que dan de sí olores de divina fragancia (2).

Tiene el Esposo Cristo dos pechos; el uno que le crió con leche celestial, que es el de su Madre la Virgen, de donde San Bernardo recibió el rayo que le hizo tan amoroso y devoto. El otro, la llaga de su costado, de donde mana la sangre con que sustenta la Iglesia y enciende el amor en las almas. Puesto en medio de estos dos pechos, no sabía San Agustín dónde volver la cabeza. Y así como en el templo de Jerusalén había cuatro partes más principales, la puerta, el atrio, el santa y el *sancta sanctorum,* así en el costado de Cristo se consideran otras cuatro estancias: la primera, la llaga y abertura entre las dos costillas, que es como la puerta; la segunda, el hueco del costado, que es como el atrio; la tercera, las entrañas que, según dicen los de la anatomía, son tres telas que se llaman pleura, diafragma y pericardio; la cuarta, el corazón, que es como el *sancta sanctorum,* dentro del cual se hallan tres concavidades que se llaman vena cava, donde se labra la sangre que va a las demás venas; vena arterial, donde se labra la sangre que sube por las arterias para volverse en carne, nervios y huesos; arteria magna, por donde sube la sangre más pura, de que se engendran en los pulmones, con el refresco del aire que se respira, los espíritus vitales.

Lo que hay en el pecho de Cristo.

Los actos de amor que hace el alma en la llaga del costado.

¡Oh, Jesús mío! qué dulzura de amor siente y recibe el alma, cuando entrando en la llaga del costado de Cristo, a la puerta, entre las dos costillas hace los dos propósitos, el primero de apartarse de todo mal y el segundo hacer todo el bien que pudiere, y luego entrando con la consideración en el atrio y concavidad del costado, procura y propone de servir a Dios en todo lo que se ofreciere; y entrando en el santa le ofrece de servirle con obras, palabras y pensamientos, metiéndose en sus entrañas; pero con más delicadeza y fervor ama cuando entra dentro del *sancta sanctorum,* que es el Corazón de Cristo. Porque este amor le hace proponer todas las virtudes, que son como las venas por donde va la sangre del amor que da vida al alma, y subiendo el mismo amor más alto, en-

1 Isai., XXXI, 9. 2 Cant., I, 1, 2.

gendra el verdadero espíritu, y finalmente, entrando por las delicadísimas arterias de la soberana contemplación, llega a unirse con Cristo, que es lo supremo del amor. Mucho hubiera aquí que decir en estos pechos de lo que allí da Dios a las almas enamoradas, en cuya comparación el vino de la sabiduría y prudencia humana es de poco valor, porque del amor dado en la llaga de Cristo nacen las olorosas virtudes heróicas con que el alma se hace ejemplar, significadas por los olorosos ungüentos que dice la Esposa.

Los conceptos de la oración engendran el amor de Dios.

El amor tiene por principio la contemplación, así como el fuego se engendra algunas veces de la luz, cuando los rayos del sol recogidos en el anteojo de cristal abrasan la yesca en que hieren. Estos rayos y conceptos vivos que engendran el amor de Dios compara la Esposa al aceite derramado, diciendo:

Tu nombre es aceite derramado (1).

Nóminas, qué sean.

Y llámase nombre el concepto de la oración, que así lo llamaron los antiguos padres del Yermo cuando apuntando en unos libritos los conceptos que sacaban en la memoria después de orar, los llamaban nóminas. Y llámase también aceite derramado, porque con ellos arde el fuego del amor como arde el fuego que alumbra en la lámpara. Y así como el aceite cuando se derrama en la tierra cunde y penetra con gran quietud y sosiego, así los conceptos amorosos de la oración cunden y penetran toda el alma sin estruendo, inquietud ni alboroto, sino con gran paz, sosiego y seguridad, cuando son de Dios.

El juntar los dos amores, el fuerte con el tierno, es lo más perfecto del amor.

Dos maneras hay de amor de Dios: uno fuerte y animoso, que se llama *amor amicitiae*, cual era el amor de San Pedro; otro, tierno, suave y dulce, como el del evangelista San Juan, que llaman *amor concupiscentiae*. Cuando el alma junta los dos amores en uno, entonces está más bien enamorada, y por esta causa dice la Esposa:

Por tanto las doncellas fuertes te aman (2).

Y es mucho de notar aquel vocablo *adolescentulae,* porque *adolescens* en latín quiere decir mancebo fuerte, y haciéndole del género femenino *adolescentula,* significa la doncella fuerte como mancebo, y el mancebo tierno como doncella.

Dios es la causa principal del divino amor.

No tiene la Esposa fuerzas ni virtud para correr en el amor de Dios, antes siente dentro de sí una ley de carne que la lleva arrastrando a la ley del pecado (3) y, como dice un Concilio, no tiene el hombre de su cosecha otra cosa sino pecado y mentira. Y cuando se siente con esta flaqueza, frialdad y sequedad, pide al Esposo que la lleve arrastrando en pos de sí para correr con el buen ejemplo de sus virtudes en este camino de la vida amorosa, así como puestos en un mismo yugo un buey flaco y otro gallardo, gordo y valiente, entrambos a dos aran la tierra, pero el fuerte lleva como arrastrando al flaco. Esto pide la Esposa diciendo:

1 Cant., I, 2. 2 Ib. 3 Ad Rom., VII, 23.

Llévame arrastrando en pos de tí; correremos en el olor de tus angüentos (1).

Memoria de mercedes recibidas despierta el amor.

La memoria de los grandes misterios y soberanas mercedes que otras veces ha recibido la Esposa de Cristo y la de sus llagas, la despiertan para más le amar, que son como el guardajoyas, la recámara o alacenas donde el rey guarda sus tesoros. Y así quien se viere con sequedad acuérdese de las mercedes que otras veces ha recibido en la oración, que por eso dice la Esposa:

Metióme el rey en su guardajoyas, alegrarémonos en ti acordándonos de tus pechos, que valen más que el vino (2).

La rectitud causa amor de Dios.

La rectitud, bondad y justicia universal con que el alma vive sin admitir pecados, quiebras, dobleces ni malicias es la principal causa del amor, la cual tenía el santo Job de quien se dice que era varón sencillo, recto, temeroso de Dios y que se apartaba del mal (3). Y por eso dice la Esposa:

Los rectos, Señor, te aman (4).

Las persecuciones son causa del amor.

Son también causa del amor de Dios las persecuciones, tribulaciones y afrentas sufridas con paciencia por Cristo, así como del movimiento de dos palos o de los golpes del eslabón y pedernal se engendra el fuego; y cuando la persona está afrentada en el mundo y por calumnias, malicias y falsos testimonios la tienen los hombres ennegrecida la fama, vuélvese a Dios y aborreciendo todo lo criado, crece en el amor divino y está hermosa interiormente delante de su Esposo, aunque en lo exterior esté oscura y afrentada delante de las hijas de Jerusalén, que son otras almas, así como las tiendas de los agarenos o las del rey Salomón, que por de fuera eran negras, porque eran pieles o cubiertas de piel de cabra y estaban tostadas y manchadas con el agua, sol y viento, mas por dentro eran labradas de oro y sedas riquísimamente. Dios nos libre de las exterioridades que causan alabanzas humanas en quien las ve, cuando son ocasión de vanagloria, que más segura va el alma cuando lleva toda su gloria en lo interior. Por eso dice la Esposa hablando con los que la desprecian por no haber en ella señales exteriores de alabanza:

Negra soy pero hermosa, hijas de Jerusalén, como las tiendas de Cedar y las pieles de Salomón (5).

Cuáles son las mejores tribulaciones.

Y entre las cruces, aquéllas son más provechosas para acrecentar el amor de Dios que son ordenadas por el mismo Dios, que a sus más amados arguye y castiga, y así dice:

---

1 Cant., I, 3.
2 Ib.
3 Job., I, 1.
4 Cant., I, 3.
5 Ib., 4.

No me consideréis por negra, que el sol me ha parado morena (1).

Llama sol a Cristo Jesús, que es Sol de divina justicia, y camina por las virtudes heróicas que se reducen a doce, así como son doce los signos del zodíaco: *Aries* significa la humildad; *Taurus* la obediencia; *Gemini* el amor del prójimo; *Cáncer* la paciencia; *Leo* la fortaleza; *Virgo* la castidad; *Libra* la justicia; *Escorpio* el temor; *Sagitario* la contrición; *Capricornio* el aborrecimiento del pecado; *Aquario* las lágrimas; *Piscis* el recogimiento. De estas doce virtudes, que todas encierran en sí trabajos y tribulaciones, nace el verdadero amor de Dios en lo interior; aunque no resplandezca en lo exterior delante de los hombres como resplandece el hacer milagros y tener revelaciones.

Cristo se compara al sol.

Las doce virtudes heróicas que son causa del amor.

Entre las persecuciones y afrentas que ennegrecen más la honra en este mundo llevan la ventaja las causadas por los propios hermanos, especialmente si son tenidos por santos y no persiguen con mala intención, sino por llevar adelante sus opiniones contrarias en los negocios a la opinión del perseguido, porque como todos les creen por ser muchos, no puede la persona perseguida alzar cabeza ni se osa disculpar por no culpar a sus hermanos dando a entender que le persiguen sin culpa, y así se resuelve de abrazarse con las afrentas, vivir toda la vida sin honra ni estima de los hombres, recogiéndose en lo interior de su corazón para amar, temer y esperar en solo Dios, y por esa causa se disculpa de sus afrentas, diciendo:

Las persecuciones de hermanos son las mayores.

Los hijos de mi madre han peleado contra mí (2).

Otra causa hay de vivir el hombre sin honra en lo exterior y crecer el amor en lo interior; ésta es el celo de las almas, tratarlas y gobernarlas para llevarlas al cielo. Que aunque es muy agradable ejercicio al Señor que por salvarnos padeció afrentas hasta morir en cruz, como hay tantos émulos y súbditos descontentos con los prelados porque no los llevan según su apetito, aunque el prelado sea un santo, dicen mal de él, y como el cuidado que había de poner en enriquecer su alma sola, le divide en su aprovechamiento y en el de sus hermanos, no llega a alcanzar algunas muestras exteriores, cuales son revelaciones y milagros, etc., que causan estima en el mundo, a que vienen los que no tienen otro cuidado sino con sola su alma; y así dice la Esposa dando a entender esto:

El celo de almas y ejercicio de prelacías quita la honra a muchos.

Pusiéronme por guarda de viñas y no guardé mi viña (3).

Como quien dice por haberme cargado de cuidados de gobierno en que me pusieron mis hermanos eligiéndome por prelado, no atendí tanto a enriquecer mi propia alma con oración tan continua y tan grande que llegara a tener arrobamientos y revelaciones, etc., y así me he quedado oscura y pobre delante de los hombres, aunque delante de Dios enriquecida y estimada con el amor fuerte y apreciativo que nace del celo de las almas.

Querría la Esposa amar a Dios de día y de noche, y orar sin cesar un punto de este amor, y tiene experiencia que por la mañana

Búsquese Dios al mediodía.

1 Cant., I, 5. 2 Ib. 3 Ib.

se halla más enriquecida de buenos deseos y más pronta para la oración, y a la noche con el examen de la conciencia se recoge mejor; pero al mediodía, como con la comida está el cuerpo más pesado y el espíritu más bronco, no ama a Dios ni ejercita las cosas espirituales con la eficacia y fervor que querría, antes parece que el calor del medio día mete el frío del espíritu en el corazón, como acaece en el agua que está más fría en el pozo cuando hace mas calor, y que se le huye el Esposo y se aumenta y se le pierde de vista. Y así le pide con instancia para amarle siempre a la mañana, a la noche y al mediodía que le muestre donde le hallará en este tiempo, diciendo:

Enséñame, amado de mi alma, dónde sesteas y reposas al mediodía,
porque no comience yo a distraerme en pos
de las greyes de tus compañeros (1),

siguiendo la vida de los que viven olvidados de ti que no se llaman tus hijos sino tus compañeros.

Hasta aquí ha hablado la Esposa pidiendo a Dios el amor y los caminos para buscarle; ahora la responde el Esposo enseñándole el verdadero camino del perfecto amor de Dios y convidándola para que le ame. Y así el primer paso que el alma que quiere amor verdadero de Dios ha de dar y primer escalón donde ha de poner el pie, es el conocimiento propio, conocer sus pecados pasados que cometió, las faltas presentes que cada día hace, las pasiones fuertes y las ocasiones urgentes que tiene, y la inconstancia de sus deseos, la rebeldía de su corazón, la instabilidad en sus propósitos, la fuerza de su amor propio, sus malas inclinaciones y malos hábitos y costumbres y todo lo demás que le estorba de subir al perfecto amor. Que de este propio conocimiento nace la humildad, donde se funda todo el edificio del espíritu, y el cuidado de purificarle y deseo de comenzar a amar a Dios. Y el que no le tiene ni le está arraigado en él, fácilmente sale de la caridad y de la gracia, sigue sus apetitos y aun admite pecados que van creciendo en algunas personas de falso espíritu en tal manera, que llegan cerca de ser herejías, especialmente de los errores de los alumbrados, y por esta causa dice el Esposo:

Si no te conoces, oh hermosísima entre las mujeres, sal y camina
en pos de las pisadas de tus greyes y apacienta tus cabritos
cerca de las majadas de los pastores (2).

¡Oh, dulcísimo Jesús!, amorosísimo Esposo, bien mío y Señor mío, consuelo de las almas, ¿cómo respondéis palabras tan graves y que parecen tan desabridas y secas a un alma que con tanto fervor os busca? ¿No fuera bueno consolarla? ¿Siempre habéis de entrar en la oración riñendo y reprendiendo? ¿Dónde ha de ir la pobre alma sin Vos? ¿Qué provecho le hará seguir las pisadas de sus apetitos? ¿Qué

1 Cant., I, 6.   2 Ib., 7.

ganáis Vos ni ella en dejarla caer en pecados graves y tales que vengan a ser casi herejías, y llegar a las majadas o sinagogas de los pastores herejes que gobiernan sin Vos?

Señales y efectos del amor de Dios verdadero.

¡Oh, Dios mío, que ya sabemos ser condición vuestra para hacer bienes permitir penas; para dar consuelos, comenzar por disgustos; para animar, favorecer y regalar, entrar al principio de la oración reprendiendo y afligiendo el alma! ¡Mas qué poco os dura el reñir y reprender, el desconsolar y desanimar, y qué presto volvéis a consolar y regalar los corazones y darles ánimo para que más os sirvan! Tenía el rey Salomón unas carrozas o coches que le presentó Faraón, rey de Egipto, su suegro, muy ricas y preciosas, y llevábanlas unos caballos o yeguas velocísimas, briosas, galanas y las más estimadas que tenía en su caballeriza, aunque tenía en ella cuarenta mil pesebres de caballos de carros y doce mil de caballería; y así, queriendo Dios animar y regalar al alma, la compara a esas yeguas y caballos briosos de Salomón, diciendo:

A mis yeguas y caballos que andan en los coches de Faraón te comparé, amiga mía (1).

El fervor, diligencia, brío y obediencia al yugo de la ley de Dios, son los más verdaderos efectos del buen amor. El amor de las criaturas ha de ser casto y honesto.

Como quien dice: No pienses que, aunque te desconsuelo diciendo que si no tienes conocimiento propio de tus faltas, caerás en más graves pecados, te aborrezco ni desprecio, que te hago saber que te tengo en gran estima como tenía Salomón las yeguas de Faraón. Y quiero que te parezcas a ellas en ser fervorosa, diligente, sujeta al yugo de mi ley, briosa y ligera en las cosas de mi servicio como eran aquellas yeguas, que este fervor, diligencia e ímpetu, pureza, brío y obediencia de mi ley nacen del verdadero amor, y las almas negligentes, frías, tibias, flemáticas, detenidas en sus gustos y desobedientes a mi voluntad no tienen el amor verdadero que yo deseo de ti. Mas aunque seas amorosa con ferviente amor de Dios y del prójimo, quiero que no muestres con las criaturas este amoroso y encendido fervor, sino que tengas un exterior grave, casto y honesto, que ese es el color que más me agrada, y por eso digo:

Que tus carrillos son hermosos como la tórtola (2),

que es ave casta y gime, y habiendo perdido su primera compañía nunca busca otra.

Sea el fervor en el interior.

El fervor que quiero de ti es en lo interior, para que mirándome siempre dentro de tu corazón, vuelvas a mí los ojos, apartándolos de las criaturas, así como aquellas hermosas yeguas tenían los cuellos enroscados, cortos y redondos, a manera de media luna, que parecía miraban siempre a su pecho, así quiero yo que

Tu cuello sea como joyel redondo, a manera de media luna (3).

El oir sermones de doctrina sa-

Ya que te he declarado que es bueno el conocimiento propio, el fervor y la sujeción a la ley y el mirarme interiormente como si me vieres dentro de tu corazón, quitando los ojos de las criaturas y mos-

1 Cant., I, 8. 2 Ib., 9. 3 Ib.

bia y provechosa, es causa de amar a Dios.

trando modestia para que me ames como deseo, quiérote dar otro principio y camino para hallar mi amor, y éste sea oir la palabra de Dios y traerla en tus oídos como se traen los zarcillos; y no te contentes con cualquier sermones, sino busca los predicadores que predican oro de buena doctrina, provechosa y sabia, dicha con buena gracia y elocuencia, que por esta causa:

Te haremos arracadas de oro labradas de gusanillo de plata (1)

Los lugares donde el alma busca a Cristo que le causa más amor.

Las arracadas de oro es la doctrina sabia y provechosa que siempre ha de andar en los oídos, y la labor de gusanillo de plata significa la elocuencia y buena gracia con que se ha de predicar. Hasta aquí habla el Esposo enseñando a su Esposa los verdaderos principios, causas y caminos del amor de Dios; torna la Esposa a decir lo que por experiencia ha visto que le causa este verdadero amor y la vida ejemplar que de él nace, diciendo:

Cuando está el Rey en su cama, mi nardo dió su olor (2).

Las camas, asientos, tribunales o cátedras donde el Rey, Cristo Jesús, duerme, reposa y se asienta como juez a juzgar y como maestro a leer, podemos contar que son siete. La primera, las entrañas y entendimiento del Padre Eterno; la segunda, el vientre virginal y los brazos de su Madre la Virgen María; la tercera, la cruz; la cuarta, el Santísimo Sacramento; la quinta, el cielo empíreo; la sexta, mi alma propia; la sétima y última, el alma del prójimo. En estas camas se goza y descansa Cristo Jesús, y el alma abrazada con él y unida amorosamente en cada una de ellas, ejercita una virtud heróica y ejemplar, comparada al nardo, que es raíz o yerba olorosa y medicinal. Cuando está contemplando a Cristo en las entrañas del Padre Eterno, amándole como Dios infinito, resplandece en el alma un inefable amor con la virtud heróica de la magnanimidad y grandeza de corazón, con que desprecia y tiene en poco todo lo criado en comparación de Dios. Cuando con la consideración se entra con Cristo en el vientre virginal de María o le adora en sus brazos purísimos y allí le ama, alcanza con amor casto pureza de conciencia. Abrazándose y enclavándose con Cristo en la cruz, recibe paciencia en sus tribulaciones y gana de morir por su amor; de considerarle en el Santísimo Sacramento del Altar se le sigue amor del prójimo y juntarse con todas las criaturas del cielo y de la tierra para más le amar. En el cielo empíreo ama el alma a Cristo con gozo y alegría espiritual dentro de sí misma con recogimiento, y en el alma del prójimo con misericordia y humildad. ¡Oh, válgame Dios, quién tuviera mucho tiempo para escribir y declarar los grandes bienes y regalos que se ganan de considerar a Cristo en estas siete camas! ¡y cuán durable se hace la oración discurriendo de una en otra y deteniéndose en amarle en cada una! Dios lo dé a entender por experiencia, que no hay palabras para poderlo declarar a los que no lo ejercitan.

Magnanimidad.

Pureza.
Paciencia.

Amor unitivo con Dios y con el prójimo.
Gozo.
Recogimiento.
Humildad.

---

1 Cant., I, 10.   2 Ib., 11.

Prosigue la Esposa contando los bienes que le nacen del amor de Cristo cuando le trae presente y actualmente le ama y contempla, y uno de los principales es la mortificación amorosa, que es una gustosa y dulce reprensión que Dios hace al alma, advirtiéndola de los defectos en que más ordinariamente suele caer. Para mejor entender esto se advierta, que solían las doncellas pastoras de Palestina, cuando se ponían galanas, traer entre los pechos ramilletes de flores de mirra de que en aquella tierra debe de haber abundancia, y la mirra significa la mortificación, porque con ella se ungían los cuerpos muertos para que no se pudriesen, y la flor de la mirra es muy olorosa y agradable. Así Cristo Jesús cuando anda entre los pechos del alma, que son el entendimiento y voluntad, por la contemplación y amor, reprende dulcemente a su Esposa y la advierte de sus faltas, la cual sintiendo y agradeciendo esta dulce mortificación, le dice:

La mortificación y reprensión amorosa que Cristo hace al alma que le ama.

Ramillete de mirra es mi Amado para mí;
entre mis pechos morará (1).

Este ramillete o hacecico de mirra también significa la pasión de Jesucristo que ha de andar en la memoria, entendimiento y voluntad, como la traía San Bernardo cuando juntaba los instrumentos de la pasión, cruz, lanza, esponja, escala, columna, etc., como quien junta un pequeño haz de leña y se abrasaba con ellos.

La memoria de la pasión de Cristo causa amor.

No solamente la memoria y amor a Cristo causa mortificación en el alma amorosa, sino también es causa del verdadero espíritu, significado por el vino más dulce y más suave, cual era el vino de Cipro y Candía, y este espíritu no solamente es sabroso como el vino, sino también es oloroso como el más preciado bálsamo, y así, queriendo dar a entender la Esposa este fruto de espíritu que le causaba la actual contemplación y amor de Dios, dice:

El amor y memoria de Cristo son causa del verdadero espíritu.

Racimo de ciprés es mi Amado para mí en las viñas de Engadi (2).

Porque Cristo, como racimo pisado en el lagar de la cruz, da el vino del espíritu dulce, y las viñas de Engadi producían el más excelente bálsamo, que significa el espíritu provechoso y ejemplar.

Torna el Esposo a enamorar a su Esposa con divinos requiebros llamándola hermosa en lo interior con el deseo y amor, y hermosa en lo exterior con el ejercicio de las virtudes y buenas obras exteriores que del amor nacen, y avisándola que, si le quisiere ser agradable, interiormente le ame y exteriormente obre, le dice:

Tú eres hermosa, amiga mía, tú eres hermosa (3).

Los deseos interiores y obras exteriores que nacen del amor, hacen al alma hermosa y amable.

Llámala dos veces hermosa en lo interior y exterior.

Y para más le agradar hace mucho al caso la sinceridad del corazón y procurar tener entrañas buenas y sin malicia, no juzgando mal de cosa alguna que se viere, así como la paloma tiene los ojos muy hermosos y carece de hiel, y por eso dice:

La sinceridad de corazón es muy agradable a Cristo.

---

1 Cant., I, 12. 2 Ib., 13. 3 Ib., 14.

Tus ojos son de paloma (1).

La hermosura de Cristo enamora al alma.

Despierta la Esposa con estas alabanzas que le da el Esposo y con esta doctrina en que le enseña cómo le ha de ser agradable, y viendo que el amor, el ejercicio de las virtudes y la sinceridad de corazón le viene de Cristo, que en cuanto Dios y en cuanto hombre es hermosísimo y muy agradable, porque en cuanto Dios tiene hermosura esencial infinita, y en cuanto hombre es sumamente agradable a los ojos de su Eterno Padre, le dice:

Tú eres hermoso, querido mío, y agradable (2).

Las virtudes sólidas y dones del Espíritu Santo, hacen al alma perfecta.

Y viendo también que la cruz de su Esposo es de donde mayores bienes, gustos, fortaleza en las virtudes y olor de buen ejemplo recibe, dice hablando de la cruz:

Nuestra cama es florida; la madera y vigas sobre que cargan
y sustentan nuestros aposentos son de cedro, y
las enlazaduras son de ciprés (3).

La casa y aposento donde mora el Esposo es la gracia del alma; ésta está fundada sobre virtudes sólidas, que se llaman vigas de cedro, y adornada con los dones del Espíritu Santo, que son las enlazaduras del ciprés; dentro de esta casa está la cama florida que es la verdadera imitación de Cristo crucificado.

CAPITULO II

PROPONENSE DIECISIETE CONCEPTOS SOBRE EL SEGUNDO CAPITULO DE LOS «CANTARES», EN QUE SE CONTIENEN LOS PRINCIPALES FRUTOS Y AFECTOS DEL DIVINO AMOR, CUALES SON LA EMBRIAGUEZ DEL ESPIRITU, DESMAYO DE AMOR, VERDADERA CONFIANZA, QUIETUD INTERIOR, VISIONES Y HABLAS DIVINAS, Y SE DECLARA QUE EL CAMINO PARA ALCANZAR ESTOS FRUTOS ES EL VERDADERO CONOCIMIENTO DE CRISTO, PADECER TRIBULACIONES, EL EXAMEN DE CONCIENCIA Y LA PENITENCIA VERDADERA.

El conocimiento de la hermosura de Cristo despierta su amor.

El conocimiento de Cristo es lo que más mueve a su amor. Que no deja Dios de ser amado por no ser amable y bueno, sino por no ser conocido. Y de aquí es que deseando el Esposo convidar a su Esposa para que le ame, se compara a la flor y a la azucena, diciendo:

Yo soy flor del campo y lirio o azucena de los valles (4).

Como quien dice: mi nombre es nazareno, que quiere decir florido, y soy como la flor entre todas las cosas del mundo, las cuales en mi comparación son espinas; nadie te estorbará, si quieres esta flor, de alcanzarla, que no estoy encerrado ni me tiene nadie de-

1 Cant., I, 14. 2 Ib., 15. 3 Ib., 15, 16. 4 Ib., II, 1.

bajo de llave, sino que soy flor del campo común para todos los que me quisieren. Entre los lirios, rosas y flores, a mi gusto, una de las más agradables es la azucena; porque es blanca, hermosa y olorosa; su olor causa castidad y es penetrativo, y si bien se mira, tiene la azucena seis hojas blancas y en medio seis botoncitos de color de oro que rodean un botón del mismo color blanco de la azucena, y así no sé qué flor haya más parecida a Cristo. Porque Cristo tiene blancura de pureza, olor de buen ejemplo y hermosura sobre todos los hijos de los hombres (1); su memoria causa castidad y penetra con afecto hasta lo interior del espíritu, y considerándole en cuanto hombre tiene seis misterios principales, que son como las seis hojas blancas de la azucena, conviene a saber: la Encarnación, Nacimiento, Pasión, Resurrección, Subida a los cielos y haber de volver como Juez universal del mundo; en medio tiene la divinidad, en la cual es una misma cosa con el Padre y el Espíritu Santo, y tiene seis divinos atributos de los más principales, que se llaman omnipotencia, sabiduría, bondad, eternidad, justicia y misericordia, representados en los seis botones de color de oro que están en medio. Y dícese azucena de los valles, porque su morada y gusto es morar en los corazones de los humildes, como dice por Isaías.

Porqué se compara Cristo a la azucena.

Llamóse Cristo flor y azucena, y llama a su amada Esposa rosa entre espinas, porque el amor más firme, más provechoso, más dulce y agradable a Dios es el que nace entre las espinas de las tribulaciones, pues aquellos a quien Dios ama, reprende y castiga (2), y siempre que Dios da espinas de trabajos es para hacer bien y enriquecer de caridad y virtudes cuando los sufren con paciencia. Que esta paciencia tiene obra perfecta (3), y la perfección y obra perfecta es lo sumo y lo más alto del amor. Muchas son las espinas entre las cuales nace esta rosa de la caridad; y para proceder con orden, quiérolas recopilar en dieciocho maneras de tribulaciones. Seis exteriores, que son: dolores y cansancios de cuerpo, hambre y sed, frio y calor, pobreza y necesidad, afrentas y deshonras de hombres, persecuciones de pleitos y amenazas. Otras seis interiores, se llaman melancolía, temor, escrúpulos, tentaciones, pasiones fuertes y lo que llaman espíritu de blasfemia. Estas doce tribulaciones interiores y exteriores suelen ser causa de caídas en pecado a quien de ellas no se sabe aprovechar; mas para el siervo de Dios que las lleva con paciencia son espinas en que nace la rosa del amor divino. Hay otras seis que se suelen llamar tribulaciones divinas, y éstas nacen del mismo amor y aumentan el amor. Llámanse ímpetus amorosos, desmayo de amor, fuego que abrasa el corazón por verse el alma con el Amado, desconfianza de sí misma que desmaya, aborrecimiento de todas las cosas criadas, celo de las almas que come las entrañas (4). Entre estas seis espinas nace la excelente rosa del amor, y los que no le tienen no saben el gusto y provecho de las tribulaciones. Pero hay tan pocas almas que las apetezcan y deseen, que cuando alguna halláremos, podemos decir con el Esposo que:

El más preciado y provechoso amor nace con las tribulaciones.

Las tribulaciones se reducen a diez y ocho. Exteriores. Interiores.

Divinas.

---

1 Ps. XLVI, 3. 2 Apoc., III, 19. 3 Jacob., I, 4. 4 Ps. LXVIII, 10.

Así como la rosa entre espinas, así es mi amada entre las demás hijas (1).

El amor verdadero es sólo.

El verdadero amor causa que el alma se aparte del amor de todas las criaturas y sólo se abrace con Cristo, poniendo en él solo toda su confianza con desengaño de que es vanidad amar a ningún otro hombre, y de los daños que del amor de las criaturas se siguen, pues en comparación de Cristo Jesús cualquier otra persona del mundo es como árbol silvestre, dañoso y de mal fruto en comparación del manzano; y conociendo esto la Esposa, desengañada dice:

Así como el manzano en comparación de todos los árboles silvestres, así es mi Amado entre los hijos de los hombres (2).

Porque el más hermoso, más noble, más rico y más principal hombre que se puede amar, en comparación de la hermosura, riqueza, nobleza y bondad de mi Esposo, Cristo Jesús, es como la adelfa, que aunque me parezcan hermosas las flores de su conversación, me causan muerte de pecado; o como la retama, cuyo fruto es amargo, o la encina que lleva bellotas, manjar de puercos, o el roble que da agallas de vanidad.

Y conociendo esto por experiencia, aborrece el amor de todas las criaturas y dice:

Sentéme a la sombra de mi deseado, y su fruta es dulce para mi garganta (3).

Los doce frutos del árbol de la cruz que se cogen con amor de Dios.

Mi deseado, Cristo en la cruz, árbol divino de Jerusalén, cuando yo me abrazo con él olvidada de todas las criaturas, me da doce divinos frutos, que son para la salud de las gentes (4), y se llaman memoria de su pasión, admiración de su gran amor, compasión de sus grandes dolores, ternura y lágrimas de devoción, temor viendo lo que padeció por mis pecados sin tener culpa, y de lo que padeceré yo si de ellos no me arrepiento, esperanza de mi salvación, contrición y dolor de haberle ofendido, celo de la salvación de las almas por quien murió, imitación de lo que hizo y padeció estando en la cruz, alegría espiritual viendo tan gran remedio para mi salud como su sangre derramada, entrañamiento y meterme en sus llagas para ser defendida de la persecución de los demonios, y finalmente, unión y junta de mis dolores y trabajos con los de Cristo para estar crucificada en él y con él, y que ya no viva yo sino que viva Cristo en mi (5). Buenos son estos frutos, Esposa de Cristo, mas ¿por qué los llamáis dulces para vuestra garganta y no para vuestra boca? La razón es porque al principio son trabajosos y amargos como el libro que dió el ángel a San Juan (6); mas después de mascados, meditados y tragados con determinación y consentimiento, se vuelven dulces como la miel.

Embriaguez del espíritu

Hay un afecto de amor que llaman los santos embriaguez del espiritu, cuando el alma, gozando los gustos y regalos amorosos de

1 Cant., II, 2.
2 Ib., 3.
3 Ib.
4 Apoc., XXI, 2.
5 Ad Gal., II, 20.
6 Apoc., X, 9.

Cristo en una quieta, suave y profunda contemplación, queda como fuera de sí y embriagada de la dulzura del amor, como quedaron los apóstoles cuando recibieron el Espíritu Santo; y esta embriaguez suele nacer muchas veces de recibir el Santísimo Sacramento del Altar con mucha preparación y espíritu. No pierde el alma en esta embriaguez los sentidos como se pierden en los éxtasis y raptos, pero pierde la memoria y deseo de todo lo que no es Dios. Y así como el que está borracho, que todo su deseo es vino y más vino, así el alma cuando llega a esta embriaguez de amor, no desea otra cosa sino Dios y más Dios, y en todo lo demás no atina con prudencia humana; y aunque parezca que está fuera de sí, nunca estuvo con más cordura, sabiduría y discreción para las cosas divinas; y sintiendo en sí esta embriaguez la Esposa, dice:

es un divino afecto de amor.

Metióme el rey en la bodega del vino y ordenó en mí la caridad (1).

Porque así como el que entra en la bodega donde hierve el mosto, y con el gran tufo que recibe queda fuera de sí, o el que bebe vino muy fuerte de muchas cubas que hay en la bodega queda borracho, así el alma, cuando comulga con mucho espíritu, queda embriagada, fuera de sí y dentro de Dios, y alli la dan luz cómo ha de ordenar la caridad y por el orden que ha de ir amando a Dios y a las criaturas. Porque lo primero ha de amar a Dios sobre todas las cosas; lo segundo, a su alma por Dios; lo tercero, al alma de su prójimo en Dios y para Dios; lo cuarto, su vida y salud, conservándola para servicio de Dios; lo quinto, la vida y salud de su prójimo para dar gusto a Dios; lo sexto, su honra en servicio de Dios; lo sétimo, la honra de su prójimo; lo octavo, su hacienda; lo nono, la hacienda del prójimo; que hay muchos, que por no saber este orden se pierden, queriendo más su honra o su hacienda que su alma o el alma de su prójimo, y porque pervierten el orden de la caridad, van errados. Y pónese primero nuestro bien que el de nuestro prójimo, porque la caridad bien ordenada comienza por sí mismo. Hay otro afecto del amor que se llama desmayo, cuando de la gran dulzura y suavidad amorosa de Dios viene el alma a perder las fuerzas y quedar como flaca, enferma y desmayada, y aún el cuerpo algunas veces siente algo de esto, porque queda flaco y amarillo, como acontece en las demasías del amor mundano. Para fortalecerse y poder sufrir este desmayo que no la deja resollar y parece le acaba la vida, se ejercita el corazón en actos interiores y propósitos de padecer trabajos por Cristo, que estos propósitos se llaman manzanas del manzano de la cruz, y también propone y hace actos de virtudes heróicas, que se llaman flores. Y así por esta causa dice la Esposa desmayada:

Orden que ha de llevar el alma en amar.

Desmayo de amor afecto de la caridad.

Fortalecedme con flores, sustentadme con manzanas,
que me desmayo de amor (2).

Cuando viene al alma este desmayo, olvídase de todas las cosas temporales y pone los ojos en sólo las eternas, arrojándose en los

Afecto amoroso es arro-

1 Cant., II, 4. 2 Ib., 5.

jarse el alma en brazos de Cristo.

brazos de su Amado con verdadera confianza. Tiene Cristo dos brazos; el brazo derecho es la providencia de las cosas eternas y divinas con que sustenta el alma de su Esposa, como la gracia, gloria y virtudes, etc.; el brazo izquierdo es la de las cosas temporales lícitas, como la salud, honra y hacienda, etc. Pues, cuando la Esposa está de esta manera desmayada con la fuerza del amor, tiene las cosas eternas sobre sus ojos, amándolas, queriéndolas y entendiéndolas, y olvídase de las temporales, poniéndolas debajo de su cabeza, mas no por eso la desampara el Esposo y deja de dar lo temporal que ha menester para pasar la vida. Porque así como en el abrazo, el brazo izquierdo es el que sustenta la cabeza y con el derecho la abraza, así cuando el alma se olvida de su salud, honra y hacienda por Dios, el mismo Señor se la da en mayor abundancia, y eso quiere decir cuando abrazada de Cristo, dice:

Su mano izquierda debajo de mi cabeza
y con la derecha me abrazará (1).

Y teniéndola así entre sus brazos el divino Esposo, la Esposa se adormece y queda trasportada en la oración que llaman de quietud o de recogimiento, o centro del espíritu o sueño divino. Y aquí es mucho de advertir para entender bien esta doctrina que hay tres maneras de estos sueños. El primero es cuando se pierden de todo punto los sentidos y llega el alma a tener éxtasis, rapto, arrobamiento o sueño profundo, del cual no despierta cuando ella quiere, sino cuando Dios la deja, que acaece que aunque la metan un alfiler o den voces, no vuelve en sí. Este llaman los hebreos *Tardemach*. Hay otro arrobamiento, que es sueño más liviano, en el cual, aunque el alma no oye ni usa de los sentidos, fácilmente se despierta si la llaman, y éste se llama *Leumach*. Hay otro sueño muy más liviano, que propiamente podemos llamar quietud y sosiego, y en esta manera de sueño no se pierden los sentidos aunque están quietos, atentos y sin obrar, porque está el alma ocupada en alguna gran consideración o en un eficaz y fuerte amor, mas queda libre para volver en sí, hablar y distraerse de aquel pensamiento todas las veces que quisiere; a éste llaman *Zeumach*. Este modo de quietud es de mucho fruto y provecho, y cuando el Esposo tiene así a su Esposa, quítale los estorbos que la pueden inquietar, diciendo a las criaturas:

Sueño de amor es afecto del alma enamorada.

Tres maneras de sueños.

Cuánto importa perseverar en este sueño y oración de quietud.

Yo os conjuro, hijas de Jerusalén, por las cabras y ciervos
de los campos que no despertéis ni hagáis velar a mi
Amada hasta que ella quiera (2).

Como quien dice, yo os mando, criaturas, pasiones, cuidados y negocios, que no quitéis a mi Esposa esta quietud de espíritu, y así os conjuro por los más contemplativos, que son como cabras de los montes y ciervos de los campos, que no la despertéis hasta que ella quiera, y

1 Cant., II, 6. 2 Ib., 7.

digo hasta que ella quiera, porque en su mano está despertar de este sueño y dejar la contemplación y profunda quietud que tiene, así como está en su mano el pecar y perderse, pues tiene libre albedrío y sólo en mi mano está su bien y refugio (1).

Oye el alma esta palabra de su Esposo en lo interior, y sabiendo que son sus deleites estar con los hijos de los hombres (2), y detenerles en este sosiego y quietud para hablarles al corazón, dice agradeciéndole este cuidado que tiene de guardarla el sueño:

Esta voz es de mi Amado (3).

Luz que viene en la oración de recogimiento.

En esta manera de quietud de espiritu y oración de recogimiento, da Dios luz al alma enamorada de los más altos y divinos misterios de la fe, cual es el misterio de la Santisima Trinidad, de la Encarnación, Transfiguración y los frutos de la cruz, Resurrección y Subida a los cielos, que por haber acaecido en montes, los llama la Esposa montes altos y collados soberanos, y así dice:

Este mi Señor viene saltando en los montes y traspasando collados (4).

Dice que viene saltando montes, porque del monte del cielo, donde está en el monte de la esencia del Padre Eterno, bajó al monte de las entrañas de la Virgen María cuando encarnó, y de allí al monte Tabor para transfigurarse, y al monte Calvario para morir en cruz, y habiendo bajado a los infiernos, torna a subir al monte del cielo en su Ascensión. Y es tan grande el deseo con que el Verbo encarnó y murió por nosotros, que viene a estos montes con la velocidad, ligereza y presteza que la cabra montesa o cervatico viene saltando en los montes. Y cuando viene esta luz a la oración es en un momento y en un abrir y cerrar de ojos, que no hay cabra ni ciervo que más ligeramente corra, y por eso dice:

Semejante es mi querido a la cabra y cervatico (5).

Entiéndese esta velocidad en la ligereza con que viene a mi espíritu.

Lo que más mueve al amor de Dios es cuando el Esposo enclava en lo interior del alma de su querida Esposa sus ojos divinos con que la penetra el corazón y enamora, rinde, mata y derriba. Esta vista no es siempre con visiones exteriores, que lo más ordinario es en una manera de visión interior, fuerte, eficaz y amorosa, y es como cuando el galán acecha por algún agujero o resquicio de la pared o puerta o por la celosía de la ventana, que aunque no ve al que la mira, sabiendo que la está mirando y que está en su presencia, le ama y se compone en lo interior, y hace las obras con curiosidad, diligencia y gusto, de donde nació aquel aviso y palabras «mira que te mira Dios». Esto da a entender la Esposa, diciendo:

La vista interior amorosa de Dios mata el alma de amores. Visión interior qué sea.

---

1 Osee., XIII, 9.
2 Prov., VIII, 31.
3 Cant., II, 8.
4 Ib.
5 Ib., 9.

El está detrás de nuestra pared, mirando por las ventanas y por las celosías (1).

Como quien dice: entre Dios y nuestra alma está la pared de nuestro cuerpo que estorba, mientras estuviéremos en esta vida, que no le veamos rostro a rostro como le veremos en el cielo; mas cuando estamos en la oración y le amamos en lo interior de nuestro espíritu, enclava sus ojos divinos, que son de tanta fuerza que así como convirtieron a Pedro que le negó, y a la Magdalena y a Mateo y a otros grandes pecadores a quien miro con eficacia, así cuando de esta manera nos mira, nos convierte y derrite en amor.

Hablas interiores.

Y no solamente goza el alma enamorada en la oración de la luz por medio de las visiones interiores que hemos dicho, sino también habla Dios y oye el alma su voz. Y está segura que es verdadera habla de Dios y cierta revelación cuando lo que dice es en provecho de la misma alma para alcanzar en esta vida gracia, espíritu y merecimiento, y por eso dice la Esposa:

Mi Amado me habla (2).

Las verdaderas palabras interiores levantan y afervoran el corazón.

Conociendo ser voz de Dios la que oye, ¿qué os dice vuestro Esposo, alma enamorada y amada de Cristo? Dadnos de ello parte para que todos nos aprovechemos. Lo que me dice es:

Levántate, date priesa, amiga mía, paloma mía, hermosa mía y ven (3).

Levántate del pecado a la gracia, de la gracia al espíritu, de la tibieza al fervor, de las virtudes ordinarias a virtudes heróicas, y de la medianía a la alteza de corazón, y date priesa a servirme, y ven a mí con el merecimiento, pues eres mi amiga por la caridad, paloma por la sinceridad, y hermosa por el estado de la perfección que profesas.

Ya se ha pasado el invierno y los lluvaceros han cesado, ya han aparecido flores en nuestra tierra, viene el tiempo de podar, hase oído la voz de la tórtola, la higuera ha dado sus brevas, las viñas están en flor y olorosas; levántate, amiga mía, hermosa mía y ven (4).

Primavera del alma es los gustos en el amor.

En el invierno y cuando llueve están los hombres tristes, encogidos y ociosos con el mal tiempo, mas cuando viene el verano y comienza la primavera, se desenvuelven y están ligeros, alegres y aparejados para obrar. Así acaece al alma, que mientras en la vida activa se ejercita y en sola la penitencia y tiene llenos los ojos de lágrimas, encogida con solo el temor, está triste y afligida; mas después que ha hecho verdadera penitencia y pasado por la mortificación y lágrimas, llega mediante la esperanza a la primavera de la vida contemplativa y unitiva, y con el amor de Dios y del prójimo ejercita actos de virtudes

1 Cant., II, 9. 2 Ib., 10. 3 Ib. 4 Ib., 11-13.

heróicas, que son las flores. Reconoce y quita de sí los malos hábitos, como quien poda los malos sarmientos, y le vienen propósitos de castidad y limpieza, significados por el canto de la tórtola; hace obras de virtudes grandes y asperezas mayores, que aquí quiere decir brevas, y tiene flores de espíritu con ejemplo, que eso quiere decir florecer viñas y dar flor, y con más eficacia se levanta y se viene a buscar a Dios. Que aunque es buena la penitencia, mortificación, temor, encogimiento, recato, silencio y virtudes semejantes, que se parecen a lo que pasa en el invierno, no se ha de detener el alma solamente en ellas, que ha de caminar hasta entrar en la primavera del amor divino, donde nacen las obras y propósitos amorosos. Y donde más se afervora este amor, como hemos dicho arriba, es las llagas de Cristo, y por esa causa dice el Esposo:

Las llagas de Cristo afervoran al amor.

Paloma mía, que moras en los agujeros de la piedra y en la concavidad de la cerca (1).

Llama agujeros de la piedra a las llagas de los pies y manos de Cristo, que como dice San Pablo: *Petra autem erat Christus* (2) y caverna o concavidad de la cerca a la llaga del costado, porque en la cerca de la viña, que se llama de ordinario *maceria*, no hay cal que junte unas piedras sobre otras, y el cuerpo de Cristo tenía descoyuntados todos los huesos, y por esa causa llama a la llaga del costado concavidad de la *maceria* o cerca de viña; dice más el Esposo a su Esposa:

Muéstrame tu rostro y suene tu voz en mis oídos, porque tu voz es dulce y tu rostro hermoso. Cazadnos las raposas pequeñas que destruyen las viñas, porque nuestra viña ha florecido (3).

En las cuales palabras la enseña tres principios, caminos y medios para alcanzar, aumentar, conservar y perfeccionar el amor de Dios en su corazón. Al primero podemos llamar examen de conciencia; al segundo, palabras provechosas y amorosas, y al tercero, pureza verdadera. El rostro del alma es la conciencia; muestra el alma su rostro a Cristo cuando hace buen examen para confesarse bien, que es el principio de la verdadera penitencia con que se alcanza la gracia y el amor de Dios. Muestra su rostro a Cristo en el examen ordinario de la mañana y noche, cuando el alma delante de Cristo cuenta y mira todas las obras, palabras y pensamientos que ha hecho aquel día, y cómo ha guardado los propósitos que sacó de la oración, y cuenta también las faltas en que ha caído para irse enmendando de ellas y con este examen se conserva y se aumenta la gracia y amor. Muestra su rostro cuando da cuenta de su espíritu y de su interior a personas y maestros espirituales, que se llaman ojos de Cristo, porque no hay cosa más hermosa para él, que este examen de todas tres maneras. Pide que suene su voz en sus oídos, porque no hay voz que le sea

Tres caminos para la perfección del amor.

Examen de conciencia de tres maneras. Examen para la confesión. Examen en la oración. Dar cuenta del espíritu. Confesión buena. Oración vocal.

---

1 Cant., II, 14. 2 I ad Cor., X, 4. 3 Cant., II, 14, 15.

más dulce que la verdadera confesión del pecador que se oye en los oídos de Cristo, que son los confesores, y ésta es la que más hace al caso para la salvación y perfección. Voz del alma se llama la oración vocal, que cuando es atenta y encierra en sí la mental, es de mayor fruto que sola la mental, como es mejor todo el hombre compuesto de alma y cuerpo que el alma sola. También se llaman voz de la Esposa unas palabras amorosas, encendidas, afectuosas, devotas y dulces que suelen las almas decir cuando están amando, como Jesús mío, Dios mío, etc., y las que algunos llaman oraciones jaculatorias. Raposillas pequeñuelas se llaman los pecados ocultos, que siendo mortales, por pequeñas que parezcan, son muy dañosas. Raposillas pequeñuelas son las imperfecciones que detienen el alma para que no ame más a Dios, las cuales se han de buscar y cazar con mucha diligencia, si quisiere florecer en perfección y virtudes heróicas.

Palabras amorosas.

Oraciones jaculatorias.

Pecados ocultos.

Imperfecciones.

Sólo Cristo ha de ser amado.

Resuélvase, pues, la Esposa de no amar a otro sino a Cristo ni querer otra cosa sino a él, que en esta resolución consiste el verdadero amor, y así dice:

Mi Amado para mí y yo para él (1).

Y sintiendo que se deleita Cristo con almas puras y castas que perseveran en la virtud, y tienen luz y desean todo bien y aborrecen todo mal, dando la razón de lo que más le agrada, dice:

Que se apacienta entre las azucenas todo el tiempo que dura el día de la vida hasta que lleguen las sombras de la noche (2).

Que se entiende también mientras hay luz del espíritu que arroja las tinieblas de la ignorancia y errores en lo profundo del infierno.

Lo que ha de hacer el alma cuando se siente seca.

Acaece hallarse el alma desconsolada, seca, tibia y sola, pareciéndole que se le ha ido su Esposo, porque no goza de la suavísima y dulcísima presencia de su Amado como suele, y llámale que vuelva a su presencia, diciendo:

Vuelve, querido mío; vuelve y sé semejante a la cabra montesa y al cervatico sobre los montes de Bether (3).

Como quien dice: vuelve, Señor mío, a consolar mi alma con la presteza y ligereza que sueles venir a consolarme, y sienta yo en ella las mercedes y regalos semejantes a los que hiciste al mundo en el monte Sinaí, cuando después de truenos y relámpagos escribiste la ley en las tablas de piedra de Moisés, y lo que en el monte Calvario mediante tu pasión y muerte concediste al mundo, que es un vivo deseo de guardar la ley de Dios y de imitar su pasión. Este deseo suele venir después del desamparo, que estos dos montes se llaman los montes de Bether, que Bether, en hebreo, quiere decir casa de apartamiento, y cuando Dios parece que se aparta del alma dejándola padecer con sequedades, suele volver con mayor regalo y fruto a las conciencias perseverantes en el amor y oración.

1 Cant., II, 16. 2 Ib., 16, 17. 3 Ib., 17.

CAPITULO III

SOBRE EL TERCER CAPITULO DE LOS «CANTARES» QUE CONTIENEN NUEVE CONCEPTOS EN QUE SE DECLARA QUE HA DE HACER EL ALMA CUANDO SE HALLA SECA Y FRIA PARA TORNAR A LA DEVOCION. Y POR QUE CAMINOS SE SUBE AL AMOR MAS PERFECTO, MAS FUERTE Y MAS SEGURO.

Anda el alma amorosa buscando a Cristo cuando se halla apartada de él por todos los lugares que puede. Búscale dentro de sí misma procurando quietud del espíritu y cesación de sentidos, mas muchas veces no le aprovecha esta industria porque dentro de sí no le halla, y así dice:

De la manera con que se halla Dios cuando parece que se ausenta.

En mi cama, de noche, busqué al Amado de mi alma;
busquéle y no le hallé (1).

Otras veces, como no le halla dentro de sí misma, levanta la consideración al cielo y va buscando a su Amado con la memoria de los santos que vivieron en esta vida siguiendo estrechura y rigor de penitencia, y de los santos que amaron a Dios con gustos y regalos espirituales en vida quieta; pero tampoco le aprovechan estas consideraciones, porque el amor de Dios no nace de sola nuestra industria, y así dice:

Levantaréme y daré vuelta por la ciudad y en ella por las calles angostas y por las plazas buscaré a mi Amado;
busquéle y no le hallé (2).

Como quien dice: levantaré la consideración al cielo, meditaré la vida de los santos, así los que siguieron la vida activa y estrecha como los que siguieron la vida contemplativa y caminaron por las plazas anchas de la caridad, que la caridad es mandamiento áncho y fin de toda la perfección (3), pero con todo eso no le hallé. Y cuando el alma se ve así seca y que no puede ni entrando dentro de sí misma ni con la consideración del cielo tornar al abrazo, regalo, compañía y asistencia de su Cristo que solía tener, es buen consejo tomar un libro devoto, oir un sermón, plática o razonamiento de algún siervo de Dios docto y espiritual; porque con la doctrina provechosa suele levantar el espíritu, y así dice:

La buena doctrina levanta el espíritu caído.

Halláronme los veladores que guardaban la ciudad, y preguntéles:
¿por ventura habéis visto al Amado de mi alma?,
y de ahí a poco le hallé (4).

Son los veladores que guardan la ciudad de la Iglesia los doctores y maestros que escriben libros provechosos espirituales y devotos,

---

1 Cant., III, 1. 2 Ib., 2. 3 I ad Timoth., I, 5. 4 Cant., III, 3.

o predican devotamente y a provecho de las conciencias, y acaece que al punto que un alma lee un libro devoto u oye hablar de Cristo, se recoge y torna al gusto de la devoción que había perdido.

Cuando el alma esté abrazada con Cristo, procure perseverar.

Y cuando por este camino le halla, abrázase con él y hace fuerza de no dejarle en toda la vida hasta llegar a la bienaventuranza de la gloria, que es su madre la Jerusalén amada, y con esta fuerza se torna a trasponer y a quedar en el silencio interior y oración unitiva y de recogimiento de que hemos habblado, y así dice la Esposa:

Téngole y no le dejaré hasta que le meta en casa de mi madre y en la recámara de la que me engendró (1).

Y es así la verdad, que el alma cuando se ve en la oración de quietud, nunca querría salir de ella ni ocuparse en otro ejercicio espiritual ni temporal. Y el Esposo entonces la guarda el sueño porque no quiere que se distraiga, y por esta causa dice:

Yo os conjuro hijas de Jerusalén, por las cabras y ciervos de los campos que no despertéis a mi Amada hasta que ella quiera (2).

Cómo sube el alma a la perfección y por qué caminos.

Lo que el alma amorosa más desea en esta vida es subir por este desierto del mundo a lo más alto, y súbese del pecado a la gracia, de la gracia al espíritu, del espíritu a la perfección, y en el estado perfecto se sube hasta tener vida ejemplar y fortaleza contra todas las tentaciones y peligros con mayor perseverancia, acertando a hallar el camino y modo de oración y espíritu más seguro donde, aunque ella se duerma, el mismo estado del espíritu la lleva a la gracia y bienaventuranza como quien camina sobre un carro. A estos deseos del alma responden los doctores de la Iglesia dando la doctrina con tres ejemplos: el primero, del humo que sube de la pastilla o pebete cuando se quema y huele; el segundo, de la cama o lecho, y el tercero, de la carroza de Salomón, y así dicen:

¿Quién es ésta que sube por el desierto como varita de humo hecha de mirra e incienso y de todo género de olores? (3).

Cuando se enciende el pebete o se echa la pastilla en las brasas, sale el humo al principio delgado, como una vara pequeña, pero después se extiende y derrama por todo el aposento, que queda lleno de fragancia y olor. De la misma manera alcanza el alma amorosa la vida ejemplar. Porque toma el incienso de la oración y la mirra de la mortificación y los actos interiores de otras virtudes, y échalos en las brasas del amor de Dios, y aunque a los principios quien así procede no sea conocido y estimado en el mundo, después da buen olor de santidad, y al cabo de la vida queda su nombre y fama en toda la Iglesia para imitación y buen ejemplo de otros muchos.

La vida ejemplar.

Para defensa lo que se ha de hacer.

El que se quisiere librar de sus enemigos así visibles como invisibles y defenderse de sus contrarios, mientras estuviere en esta batalla reñida sobre la tierra, busque el lecho y cama de Salomón, rey pacífico,

1 Cant., III, 4. 2 Ib., 5. 3 Ib., 6.

Cristo Jesús, que allí será amparado y defendido por mano de los ángeles y espíritus celestiales. Ya hemos dicho que este lecho o cama de Cristo, es el seno o entrañas del Padre Eterno, el vientre y brazos de la madre Virgen, la cruz, el Santísimo Sacramento del Altar, el cielo empíreo, el alma propia y el alma del prójimo. A este lecho o cama de Salomón se acoge, retira y retrae la persona tentada para valerse y ampararse contra sus enemigos, como quien se acoge a sagrado cuando va huyendo de los que le quieren matar, y por esta causa dicen los veladores:

La cama o lecho de Salomón rodean sesenta fuertes de los fortísimos de Israel; todos tienen espadas y son ejercitados en el arte de pelear y tiénenlas apercibidas, empuñadas y puestas sobre su muslo por causa de los temores de la noche (1).

Como quien dice: si desconfiare el alma como desconfiaba Gieci, viendo los muchos contrarios que la rodean (2), abra los ojos con confianza, y verá los ejércitos de ángeles que la guardan con armas, apercibimiento e industria de pelear. Y entonces se animará y esforzará sin que el temor vil y cobarde la haga desfallecer. Así como el que camina sobre una litera, carro, coche o carroza va muy seguro porque el carretero sabe bien el camino, y sin cansarse como se cansaría si anduviese con sus propios pies, y aun algunas veces durmiendo se halla al cabo de la jornada y entra en el pueblo para donde caminaba, así le acaece al alma que se da de veras al amor de Dios, y entra en la carroza de Salomón a caminar con él, sujetándose con rendimiento verdadero a su divina voluntad y observancia perfecta de sus mandamientos.

Camino de vida segura.

La fábrica de esta divina carroza que lleva el alma con seguridad a la gloria, escriben los doctores con estas palabras:

Una litera o carroza ha fabricado para sí el rey Salomón, de madera del monte Líbano; las columnas de ella hizo de plata, el respaldar de oro, los estribos por donde se sube guarnecidos de grana de polvo, y todo lo de enmedio adornado con caridad por causa de las hijas de Jerusalén (3).

Las partes que tiene la seguridad de conciencia.

¡Oh, qué divina carroza en que va el alma con descanso! ¡Oh, qué estado de tanta seguridad! ¡Oh, qué modo de proceder de espíritu tan sin peligro, cuando fabrica el Esposo dentro de la conciencia estas cinco cosas: la primera, pureza en todas las potencias, y esto quiere decir madera del monte Líbano, porque Líbano, en hebreo, significa blancura; lo segundo, oir la palabra de Dios, leer en buenos libros, buscar buena doctrina y admitir las divinas inspiraciones, que esas son las columnas de plata, pues la plata por su sonido significa la divina palabra; y lo tercero, la fe viva que es el reclinatorio, respaldar y asiento sobre que el alma va firme y segura, y por esto

Pureza.

Doctrina.

Fe viva.

1 Cant., III, 7, 8. 2 IV Reg., VI, 15-18. 3 Cant., III, 9, 10.

se llama de oro, porque el oro significa la viva fe; lo cuarto, para subir a este estado los buenos deseos son como los estribos de grana, y, finalmente todo guarnecido de caridad y amor de Dios, porque cuando el alma por dar gusto a Dios y amarle vive con pureza, obedece a sus maestros, superiores y divinas inspiraciones, y hace asiento en la viva fe y tiene buenos deseos, entonces procede con más seguridad y persevera mejor en el divino amor.

Buenos deseos. Caridad.

Hijas de Sión, salid y veréis al rey Salomón con la corona con que le coronó su madre en el día de su desposorio y en el día de la alegría de su corazón (1).

Ea, esposas de Cristo, salid de pecados, de ocasiones, de imperfecciones, de vuestro amor propio, de todos vuestros deseos, y si queréis caminar con seguridad en la carroza del amor, descansar y defenderos de vuestros contrarios en la cama del rey Salomón y tener vida ejemplar, que es como varita de humo, hecha de incienso y mirra, buscad a Cristo cuando va con la cruz a cuestas, coronado con la corona de espinas que le puso su madre la naturaleza humana, pues padece en cuanto hombre y no en cuanto Dios, y con ella va al monte Calvario con el contento como si fuera a desposorio y a bodas, pues morir por vosotras para salvaros es la alegría de su corazón.

CAPITULO IV

EN QUE SE PONEN VEINTE CAPITULOS SOBRE EL CUARTO CAPITULO DE LOS «CANTARES», Y SE DECLARAN LAS PARTES, CONDICIONES Y PROPIEDADES QUE HA DE TENER EL ALMA QUE QUISIERE SER AMADA Y AGRADABLE A DIOS, Y CUALES HAYAN DE SER SUS INTENCIONES, PENSAMIENTOS, DESEOS, PROPOSITOS, PALABRAS, OBRAS Y ORACION. TRATASE DE LAS SIETE PARTES DEL BUEN ESPIRITU.

Qué sea amor de Dios.

Qué partes ha de tener el alma para agradar a Dios.

¡Oh, dulcísimo Esposo, amor mío, dulce Jesús!, mi deseo es amaros, hacer vuestra voluntad, daros gusto, serviros y guardar vuestros preceptos y mandamientos, y como sé que si Vos no me amáis, no os puedo yo amar como conviene, querría seros agradable y contentaros. Enseñadme Vos qué haré para daros gusto, qué hermosura buscaré para seros agradable, por dónde procuraré vuestro amor para que Vos me améis. Si quieres que te ame, Esposa mía, y darme gusto y contento, procura que tus intenciones sean sinceras, tus pensamientos altos, tus meditaciones y discursos puros y provechosos, tus palabras dulces y edificativas, tus obras caritativas, la observancia de la ley puntual, tus propósitos buenos y meritorios; date a la mortificación, oración, limpieza de conciencia, humildad, recato y fe viva; junta en uno tus deseos, enriquece de virtudes tus potencias, sea tu vida ejemplar, recogida y santa; guarda verdadera religión y espíritu, resiste a las

1 Cant., III, 11.

tentaciones del demonio, admite y consiente las inspiraciones divinas, y con esto me agradará y diré de tí.

Qué hermosa eres, amiga mía, qué hermosa eres (1).

Dos veces eres hermosa: en lo interior del alma y en lo exterior de las obras, porque no basta la pureza interior de los buenos deseos, si las obras son malas, ni las buenas obras, si son malos los deseos del corazón.

Tus ojos sean de paloma de más de lo que interiormente está escondido (2).

Intención sincera y santa.

Son tus ojos tus intenciones, y cuando la intención es sincera y sin hiel de malicia como de paloma que carece de hiel, todo el cuerpo de tu conciencia será resplandeciente (3), y las obras exteriores hechas con esta intención serán de mucho fruto, fuera de lo que se merece con el acto de amor de Dios que se ejercita en la interior intención actual. El basilisco emponzoña con sus ojos cuando mira, mas los ojos de la paloma son hermosos y agradables; y así es cuando miramos a los prójimos sin juzgar mal de ellos ni movernos a pecados, sino considerando que es Cristo el hombre que vemos y la Virgen María, si es mujer, pues no hay imágenes más parecidas y más vivas de Cristo y de su Madre, y no parando allí el pensamiento, hemos de imaginar que en el pecho de aquel prójimo que vemos, se abre una ventana por donde se ve lo que está dentro, que es su alma, en la cual consideramos que está el tribunal de la Stma. Trinidad acompañada de todos los ángeles y santos del cielo, pues está Dios en todas las cosas por esencia, presencia y potencia. El mirar de esta manera al prójimo se llama ver con ojos de paloma, sin lo que interiormente está escondido, y el que de esta manera se enseñare a mirar, excusa juicios temerarios, malicias, aficiones sensuales, menosprecios, odios y rencores, que de mirar con malos ojos suelen nacer, y gana humildad, reverencia y amor del prójimo, que es principio de grandes bienes.

Qué sean los ojos de paloma.

Tus cabellos como las manadas de cabras que subieron del monte Galaad (4).

Pensamientos y deseos altos y grandes.

En estas palabras da a entender el Esposo que quiere que su Esposa tenga pensamientos altos y continuos de Dios y de su servicio, nacidos del deseo de padecer martirio por Cristo. Porque las cabras son amigas de andar por los riscos, y subir en los peñascos más encumbrados royendo las hojas de las puntas de los árboles que después están despacio rumiando, y Galaad, en hebreo, quiere decir montón de testigos, y es lo mismo que el deseo del martirio, porque mártir en griego quiere decir testigo. Pues cuando el alma pone en su corazón y pensamiento hacer lo más que pudiere hasta morir por Dios, cualquier otro pensamiento y deseo le parece bajo, y así siempre se emplea en altos pensamientos y encumbrados deseos.

---

1 Cant., IV, 1. 2 Ib. 3 Luc., XI, 34. 4 Cant., IV, 1.

Tus dientes, como manadas de ovejas que subieron del lavadero, todas vienen con dos corderos y entre ellas no hay ninguna estéril (1).

La meditación y discurso.

Llama el Esposo dientes a los discursos y a la meditación del alma, porque así como los dientes mascan, desmenuzan y muelen lo que se ha de comer, así hace la meditación a lo que se ha de contemplar. Y dice que son manadas de ovejas, porque las ovejas son mansas, y que suben del lavadero con dos corderos cada una, porque siempre nuestra meditación ha de ser quieta, pura, mansa y pacífica y que vaya a parar al amor de Dios y del prójimo, que éstos son los dos corderos de la buena meditación, que la que no tiene por fin el amor de Dios y del prójimo sino solamente la luz y el saber, más propiamente lo llamaremos estudio que meditación.

Tus labios son como la cinta de seda carmesí y tu habla es dulce y como panal; debajo de tu lengua hay miel y leche (2).

Buenas palabras, cuáles han de ser.

Demás de los pensamientos que sirven al alma para la contemplación y de los discursos de la meditación, es de gran hermosura y perfeccionan en gran manera la conciencia las buenas palabras, ahora sea que hablemos con Dios y con los santos en la oración vocal, o las buenas que hablemos con los hombres cuando con ellos tratamos. Estas palabras han de ser como la cinta de seda carmesí con que la Esposa aprieta y trenza sus cabellos y desarruga la frente; y pues el color de seda carmesí significa amor, siempre hemos de hablar palabras de caridad y palabras dulces, edificativas y provechosas para nuestras almas y para quien las oye, así como es dulce y provechosa la leche y la miel. Y no han de ser palabras vanas y desatentas, sino que dentro de sí tengan y recojan los cabellos de los buenos pensamientos. Porque las palabras que se hablan con Dios en la oración vocal conviene que sean atentas, juntándolas con meditación, y las que se hablan con los hombres han de ser discretas, dulces, suaves y provechosas, como es dulce y provechosa la leche y la miel.

Así como el casco de granada, así son tus carrillos fuera de lo que dentro se esconde (3).

La compostura exterior amorosa y vergonzosa.

Lo exterior que se ve son las obras o la compostura y modestia exterior de la persona, y pues el casco de la granada tiene el color colorado y hermoso de los granos, y este color significa amor y caridad y por otra parte vergüenza, significa que quien ama a Dios muestre buena gracia en el rostro, mezclada de honestidad y vergüenza, de suerte que cuando oyere alguna palabra descompuesta, le salgan los colores al rostro; y también quiere el Esposo que las obras exteriores que hiciéremos sean de caridad y procedan de amor de Dios y recato.

Las obras de caridad.

---

1 Cant., IV, 2. 2 Ib., 3. 3 Ib.

Como la torre de David tu cuello que está edificada con defensas; mil escudos cuelgan de ella y toda armadura de fuertes (1).

No tenemos otra mejor defensa en todas nuestras batallas que hacemos contra los demonios y hombres, cuando nos quieren hacer pecar, que la oración, que es como el cuello por donde nos viene de nuestra cabeza, Cristo Jesús, el sustento de la gracia. Esta oración es como la torre de David; esta torre era fuerte, edificada con buena defensa y fortificación. Y quiere decir que contra todos los malos pensamientos hemos de acudir a la oración pidiendo en ella a Dios favor y defensa, que son escudos y armas fuertes con que resistimos los golpes de nuestros enemigos.

La oración con que el alma resiste a sus contrarios.

Tus dos pechos como dos cabriticos de la cabra, nacidos de un mismo vientre, que se apacientan entre las azucenas, mientras durare el día y se acabaren las sombras (2).

Los propósitos que se sacan de la oración son dos: conviene a saber, servir a Dios y hacer bien al prójimo: de estos dos propósitos nace el amor de Dios y del prójimo. Con estos dos afectos y propósitos cría el alma todas sus obras, palabras y pensamientos y les da la leche del merecimiento, y por esa causa los llama el Esposo dos pechos. Y dice que son semejantes a los dos cabritos iguales nacidos de un mismo vientre, porque tanto ama un alma a Dios cuanto ama a su prójimo, y tanto amará al prójimo cuanto amare a Dios, y como dice San Juan, miente el que dijere que ama a Dios a quien no ve, si aborrece a su prójimo que tiene delante (3). Estos dos deseos han de ser puros y libres de pecado, especialmente sensual, que por esa causa dice que se apacientan entre las azucenas, flor que es símbolo de la castidad, y han de durar todo el día de la vida, perseverando en ellos el alma hasta la noche de la muerte. Y es mucho de notar que los pechos crían y dan leche a otros, y los cabritillos recién nacidos casi siempre andan colgados del pecho de sus madres mamando y recibiendo leche. Porque de estos dos propósitos viene el merecimiento de todas las virtudes, y por otra parte estos mismos dos propósitos andan siempre colgados de los pechos de Cristo en la oración, mamando la leche de la luz y de los buenos deseos que de allí nacen.

Los dos propósitos de amor de Dios y del prójimo.

Iré al monte de la mirra y al collado del incienso (4).

Monte de mirra llama el Esposo a la alteza de la mortificación, y collado de incienso a la altísima oración. Porque el verdadero amor de Dios y del prójimo nace en las almas que se saben bien mortificar, no solamente quitando de sí las obras y palabras superfluas sino también los pensamientos impertinentes, y en las que perseveran mucho tiempo en oración.

Oracón y mortificación.

De esta oración y mortificación, buenos deseos y buenos pensamientos, discursos y contemplación divina que hemos dicho, nace la ver-

1 Cant., IV, 4. 2 Ib., 5. 3 I Joan., IV, 20. 4 Cant., IV, 6.

Pureza de alma.

dadera pureza del alma y vivir sin mancha de pecados y faltas, y así dice el Esposo:

Toda eres hermosa, amiga mía, y en ti no hay mancha alguna (1).

Humildad profunda.

Quien quisiere ir al cielo no ha de estar manchado, porque como dice S. Juan, ninguna cosa manchada entrará en la celestial Jerusalén de la bienaventuranza (2). Es la humildad primer principio y fundamento de todos los espirituales bienes, y así mientras el alma no bajare y se apartare de su soberbia, propia estima y vanagloria, no será coronada con la corona de las doce estrellas que tiene sobre su cabeza la Madre del Esposo (3). El monte Líbano, porque Líbano, en hebreo, quiere decir blancura, significa la soberbia, arrogancia y vanagloria con que el alma presume de sí que es blanca y pura siendo negra y oscura, y por esa causa convidándola Cristo a esta profunda humildad, le dice:

Ven del Líbano, Esposa mía, ven del Líbano y serás coronada (4).

El recato.

Demás de la humildad, agrada mucho al Señor el recato y apartarse la persona de todos los peligros y ocasiones de caer, significados por la cumbre de los montes, llamados Amana, Sanir y Hermón, donde quizá había ladrones y salteadores, y de las cuevas de leones y leopardos, que todo esto significa las malas costumbres y ocasiones de pecar, y por esa causa la dice que baje

De la cabeza de Amana, de la cumbre de Sanir y Hermón,
de las cuevas de los leones y montes de leopardos (5).

Fe viva.

Tiene el alma dos ojos: el uno es el de la razón natural y el otro el de la fe viva. Con el uno alcanza la sabiduría, prudencia y discreción humana, y con el otro la sabiduría divina y el amor y caridad de Dios. Consideremos, pues, que la Esposa está peinando sus cabellos, y los tiene juntos, puestos en la boca, trenzándolos, y que estando así, el Esposo la mira por un lado de donde ve solo el uno de sus ojos que significa el de la fe viva. Esta le agrada tanto al Señor, que dice:

Heriste mi corazón, hermana mía, Esposa, heriste mi corazón
con el uno de tus dos ojos (6).

Conviene saber, con el ojo de la fe viva. Y cuando todos tus pensamientos, que son tus cabellos, están juntos, trenzados y unidos, así como los cabellos de la Esposa cuando los tiene en la boca y se está peinando, así hieres mi corazón con tus pensamientos puestos en la boca de tu deseo, cuando van a parar a una sola cosa, que es el deseo de agradarme y servirme, y eso quiere decir:

Y en un cabello de tu cabeza (7).

---

1 Cant., IV, 7.
2 Apoc., XXI, 27.
3 Ib., XII, 1.
4 Cant., IV, 8.
5 Ib.
6 Ib., 9.
7 Ib.

De esta fe viva y unión de pensamientos nacen los dos propósitos de amor de Dios y del prójimo de que hemos hablado, que son mucho mejores que los propósitos que nacen en el alma de la discreción y sabiduría humana, porque van acompañados con virtudes ejemplares, y por esa causa dice el Esposo:

Los dos deseos de amar a Dios y al prójimo.

Qué hermosos son tus pechos, hermana mía, Esposa; más hermosos son que el vino, y el olor de tus unguentos sobrepuja a todas las cosas odoríferas (1).

Como quien dice, cuando estos dos propósitos de amar a Dios y al prójimo nacen de la viva fe y unión de pensamientos, son más hermosos y perfectos que toda la discreción, prudencia y sabiduría humana, significada por el vino, y las almas que así viven amando a Dios y al prójimo con verdad y sinceridad de ánimo, hacen gran fruto en la Iglesia de Dios con el buen ejemplo de su vida. Y su conversación y trato es tan bueno, espiritual y edificatorio, que se ve bien que nace de la oración, y eso quiere decir:

Que los buenos deseos nacen de la oración.

El olor de tus vestidos es como olor de incienso (2).

Llámase olor de vestidos, porque se viste el alma de la exterior comunicación, conversación y trato con los prójimos, que es como vestidura, y muy bien se ve en la manera de proceder que uno lleva, si tiene oración verdadera o no.

Huerto cerrado, hermana mía, Esposa, huerto cerrado y fuente sellada (3).

Es imposible que quien no guardare recogimiento interior y exterior y no escondiere las gracias, misericordias y dones que de Dios recibe, persevere mucho tiempo en el amor de Dios. Porque la vanagloria o las alabanzas humanas o la conversación mundana la harán entibiar y distraer del amor y caridad, y por esa causa llama el Esposo a su querida huerto cerrado. Ciérrase y guárdase el alma con el recato, recogimiento, encerramiento, clausura, silencio, soledad y temor, y a estas almas que así viven en soledad, visita Dios y las habla en el corazón, según aquellas palabras de Oseas: llevaréla a la soledad y hablaréla al corazón (4). En estas conciencias recatadas nace la rosa del buen deseo y la azucena de la castidad, el clavel del fervor, el manzano de la paciencia e imitación de Cristo crucificado, el vino del espíritu, el óleo de la devoción y todos los demás frutos y flores de las virtudes que se marchitan, pudren y pierden en las almas distraídas, que por no querer estar encerradas dan entrada al jabalí de la montaña (5), que es el demonio, que les destruye el fruto del merecimiento.

Recogimiento.

Fuente se llama el espíritu, y agua viva las divinas consolaciones, las inspiraciones, los dones del Espíritu Santo que da Dios al que bebiere de su gracia, que llamó por San Juan fuente de agua viva que

1 Cant., IV, 10.
2 Ib., 11.
3 Ib., 12.
4 Osee., II, 14.
5 Ps. LXXIX, 14.

salta hasta la bienaventuranza (1). Hay algunas almas indiscretas que con título de pensar que será Dios más glorificado, derraman en los oídos de quien las quisiere oir las mercedes que de Dios recibieron. Y si lo que Dios nos guarde, con fin de ser estimadas publican sus revelaciones y pudiéndolo excusar se dejan arrobar y caer en éxtasis delante de los hombres, no alcanzarán tanto como el que decía: mi secreto para mí, que por eso fué tan devoto y tan santo. Conviene, pues, que el que quisiere conservar las gracias y mercedes que recibe y recibir otras mayores, las guarde dentro de su corazón y las selle con el sello del secreto, si no es cuando a causa de que el demonio no le engañe con ilusiones, diere parte de su espíritu a otras personas, que ha de ser a pocas, devotas, doctas, espirituales y experimentadas para que le aseguren en su modo de proceder.

Hanse de encubrir los consuelos interiores.

Cuándo se han de publicar los regalos sobrenaturales.

Tus frutos son paraíso de granadas con frutas de manzanas (2).

Notable fruto es la granada, porque tiene corona de rey, la cáscara exterior es áspera y dentro tiene sus granos encendidos como rubíes, apartados con sólo una delgada tela, y es de buen sabor y agradable a la vista. El manzano siempre significó el árbol de la cruz. Y así el Esposo, queriendo declarar cuánto le agrada la verdadera religión reformada y cuánto ama al religioso que guarda bien su regla, le compara a la granada. Porque ha de tener corona como rey, y ésta es la libertad de espíritu, no sujetándose a ningún respeto humano que le haga pecar. Ha de vestir áspera y vilmente, como se vestía San Juan Bautista y los padres del Yermo y visten los religiosos reformados. Porque los que visten vestiduras delicadas moran en las casas de los reyes del mundo (3). Dentro de esta aspereza encierran los granos de las virtudes religiosas, principalmente del amor de Dios y del prójimo, y son de mucho ejemplo, edificación y provecho, y la buena religión consiste en la verdadera imitación de Cristo crucificado, que allí se aprende la obediencia, castidad, pobreza, penitencia, oración, paciencia, silencio, celo de almas y amor de Dios con todas las demás virtudes necesarias en la Religión, como declaró uno de los padres del Yermo a un discípulo suyo que le pedía reglas de vivir religiosamente.

Religión reformada.

Es el amor de Dios, huerto donde se cogen todas las drogas odoríferas y salutíferas del buen espíritu, significadas por estos ungüentos.

De siete maneras de espíritu.

Cipro, nardo, croco, fístula, cinamomo, con todos los árboles del Líbano, mirra, áloe y otros preciosos ungüentos (4).

Los cuales nacen en el Asia y se traen a todas las demás partes del orbe. Y aunque pudiéramos escribir difusamente de árboles odoríferos y ungüentos y olores, porque no hace a nuestro propósito, quiero resumir la doctrina del espíritu en siete maneras que hay de espíritu, conforme al número de estos siete ungüentos que nos los enseñó la gloriosísima Virgen en su divino cantar del *Magnificat*. El primero es estima y

Siete maneras de espíritu que se contienen en el *Magnificat*.

1 Joan., IV, 14. 2 Cant., IV, 13. 3 Matth., XI, 8. 4 Cant., IV, 13, 14.

engrandecimiento de Dios y de sus cosas que se halla en el corazón amoroso, según estas palabras: *Magnificat anima mea Dominum* (1). El segundo, alegría y regocijo espiritual en Dios. *Exsutavit spiritus meus in Deo saelutari meo.* El tercero, profundísima humildad y reconocimiento de su propia bajeza: *Quia rexpesit humilitatem ancillae suae.* El cuarto, agradecimiento a todos los beneficios recibidos, estimándolos en mucho el alma por ser dados de la mno de Dios. *Quia fecit mihi magna qui potens est.* El quinto, temor reverencial, que es un respeto que el alma tiene viéndose delante de un Dios tan grande y tan poderoso. *Timentibus eum. Fecit potentiam, etc.* El sexto, deseo fervoroso con hambre y sed de la justicia, rectitud y servicio de Dios con que el alma queda llena de bienes. *Exurientes implevit bonis, etc.* El séptimo y último, unión con Cristo y recibirle y traerle dentro de sí: *Suscepit Israel puerum suum, etc.* Estos siete espíritus o siete partes y maneras del buen espíritu o frutos de la amorosa oración declara el Esposo que ha de haber en su Esposa por estas palabras: El cipro con nardo, etc.

Estima de Dios. Alegría espiritual. Humildad. Agradecimiento. Temor. Fervor. Unión.

Está dentro del alma enamorada de Cristo la divina gracia, el favor, inspiración, luz y vocación interior de Dios con que se riegan las potencias y crece el fruto de las virtudes y merecimientos. Esta gracia es agua viva porque da vida al alma; nace de la fuente de la vida, que es Dios, y es principio de la vida eterna, y mana con fuerza e ímpetu de la pureza, hija de la verdadera penitencia, mortificación, oración y examen, y eso quiere decir el Esposo por estas palabras:

La gracia divina, qué sea.

Fuente de huertos y pozo de aguas vivas que corren con ímpetu
del monte Líbano (2).

Que el Líbano, en hebreo, quiere decir blancura y es lo mismo que pureza.

Levántate y apártate, viento cierzo y trasmontano, y ven austro
o ábrego, sopla en mi huerto para que en él manen
las frutas y las drogas odoríferas (3).

Estas palabras dice el Esposo, porque lo que estorba para el amor de Dios y para el aumento de la gracia y virtudes es el pecado, el demonio, la frialdad de espíritu y todo lo que es contrario al fervor; que aquí se llama viento cierzo de donde nace todo el mal a las conciencias, según aquellas palabras: *Ab aquilone pandetur omne malum* (4). Y las divinas inspiraciones se llaman viento ábrego de donde nace la gracia, caridad y espíritu de devoción.

De la inspiración, principio de la gracia.

---

1 Luc., I, 46. 2 Cant., IV, 15. 3 Ib., 16. 4 Jerem., I, 14.

CAPITULO V

EN QUE SE DECLARAN VEINTIOCHO CONCEPTOS SOBRE EL QUINTO CAPITULO DE LOS «CANTARES». TRATA DE LA MANERA CON QUE VIENE DIOS AL ALMA Y DE LA PRESENCIA DIVINA, DE LA EMBRIAGUEZ Y SUEÑO DE AMOR, DEL AMOR CELOSO, Y LAS CONTRADICCIONES Y TRABAJOS QUE TIENEN LOS QUE CON AMOR QUIEREN APROVECHAR A OTRAS ALMAS. PONENSE DOCE HERMOSURAS DE CRISTO Y DOCE IMITACIONES DE SUS GRANDEZAS Y VIRTUDES QUE TIENE EL ALMA QUE PERFECTAMENTE LE AMA.

Venga mi Amado a su huerto y coma el fruto de sus manzanas (1).

De qué manera viene Dios al alma.

Habiendo la Esposa oído las palabras de Cristo en que la llama huerto cerrado, convídale para que venga a morar en su alma y a gozar de los actos interiores de amor de Dios y de virtudes que en ella proceden de la divina gracia, que esa es la fruta de las potencias. Dícese que viene Dios al alma, aunque nunca se aparta de ella según aquello de San Pablo: Dios no está lejos de nosotros porque en él vivimos y nos movemos y estamos (2), así como está en todas las cosas criadas por esencia, presencia y potencia; sino dícese que viene Dios al alma, porque el alma misma se mueve y va para Dios. Y este ir el alma a Dios y venir Dios al alma, de que aquí se habla, acaece de muchas maneras. Lo primero, por fe; lo segundo, por gracia; lo tercero, por amor; lo cuarto, por actual contemplación; lo quinto, por afecto de la voluntad y acto interior de caridad; lo sexto, por una manera de sentir dentro de sí el alma la presencia de Dios que la hace estar atenta, reverenciándole, amándole y temiéndole. Estas y otras maneras hay de venir Dios al alma e ir el alma a Dios, y según esto no es otra cosa convidar el alma al Esposo que venga como si estuviese ausente, sino decir: Señor, dadme fe, dadme gracia, dadme amor, contemple yo vuestra grandeza, sienta dentro de mí vuestra presencia y entonces haré actos interiores agradables a vuestra divina Majestad. Responde el Esposo habiéndole concedido esta su presencia:

Ya he venido a mi huerto, hermana y Esposa mía, y he segado mi mirra con mis olores; he comido el panal con mi miel, he bebido mi vino con mi leche (3).

Efecto de la presencia de Dios.

En las cuales palabras declara Cristo los efectos que hace esta su divina presencia amorosa en el alma a donde viene. Porque lo primero la mortifica dándola luz de sus imperfecciones y reprendiendo sus faltas. Lo segundo, levanta el espíritu para que se ejercite en actos de virtudes ejemplares, que eso quieren decir los olores. Lo tercero, da una dulzura y suavidad como miel. Lo cuarto, dále vino del espíritu con vivos deseos, y lo quinto comunícale leche de doctrina

---

1 Cant. V, 1. 2 Act., XVII, 27, 28. 3 Cant., V, 1.

provechosa para su salvación. También dice que come dentro del alma la miel y leche y bebe vino, que todo esto tiene dulzura para el Esposo, porque no hay cosa más dulce y sabrosa para Cristo que estarse a solas gozando del amor de su Esposa, según aquellas palabras: *Delitiae meae esse cum filiis hominum* (1): Mis regalos son conversar con los hijos de los hombres. Y así no piense nadie que cuando un siervo o sierva de Dios gasta mucho tiempo en oración mental o se está todo el día contemplando, aunque parece que está ociosa y sin hacer nada, que pierde tiempo y merecimiento cuando Dios no la llama para otra cosa, que no hay mejor ocupación que dar gusto y agradar a Dios, que es lo que hace el alma que le contempla y ama.

Dos maneras hay de amor de Dios; uno de los ordinarios amigos, y otro de los muy queridos y regalados. Llamo ordinarios amigos a los siervos de Dios que se contentan con guardar sus mandamientos y seguir una ordinaria manera de meditación o con sola la oración vocal. Regalados y queridos podemos llamar a unas almas muy fervorosas, muy espirituales, muy contemplativas y que perseverando mucho tiempo en la oración alcanzan en ella, mediante el amor dulce, júbilos, éxtasis, raptos, visiones, revelaciones y otras sobrenaturales mercedes y particulares gracias de Dios. Declarando, pues, esta diversidad de amor dice el Esposo:

La diferencia que hay del amor común al de los muy queridos y regalados de Dios.

Comed y bebed, amigos, mas bebed y embriagáos, mis carísimos (2).

Como quien dice. Los que sois mis amigos por gracia y caridad común y mediana, comed del pan de la guarda de mi ley y de la sabiduría, doctrina y meditación ordinaria; mas vosotros, mis carísimos y regalados, llegad a beber tanto espíritu y tan fuerte, que os saque de vosotros y aliene vuestras potencias, de suerte que quedéis como embriagados y sin advertir a cosas de la tierra.

Esta embriaguez, como arriba hemos tocado, es de muchas maneras. Unas veces deja al alma libre de todo punto con la operación de sus sentidos interiores y exteriores que ve y oye, etc., mas porque está olvidada de todas las cosas del mundo, por estar atenta y deseosa de agradar a Dios, se dice que está embriagada. Como el borracho que aunque vé y oye y anda, con el mucho vino que ha bebido está olvidado de sí, sin pedir ni desear otra cosa que vino y más vino. Otras veces crece más la embriaguez y derriba al borracho en el sueño más o menos profundo, según la fuerza y cantidad del vino que ha bebido. De la misma manera el espíritu, que es vino divino de que estaban embriagados los apóstoles con la venida del Espíritu Santo (3), algunas veces es tan grande y tan fuerte que llega al sueño profundo, que por su propio nombre se llama éxtasis y rapto, cual fué el sueño de San Juan Evangelista en el pecho de Cristo y los éxtasis de San Pedro y rapto de San Pablo.

Qué sea embriaguez del espíritu, y cuántas maneras hay de ella.

Embriaguez de espíritu.

Embriaguez de amor.

Extasis y raptos.

En este sueño del éxtasis y rapto cesan las potencias exteriores e interiores, porque los sentidos de la vista, oído, etc., no ven ni

1 Prov., VIII, 31. 2 Cant., V, 1. 3 Act., II, 13.

oyen; cesa la imaginación y apetitos interiores, sólo el entendimiento y voluntad, que es el libre albedrío, en cierta manera duermen y en cierta manera velan; duerme el entendimiento, porque cesa de hacer discursos; vela, porque está entendiendo algún altísimo pensamiento, concepto y contemplación soberana; y la voluntad duerme, porque cesa de hacer los muchos actos de elección y consentimiento que suele, mas actualmente está ocupada en un acto soberano de amor de Dios con que está harta y satisfecha. Y porque el entendimiento y voluntad, que es el libre albedrío y se llama corazón del alma, está entendiendo y amando, y todas las demás potencias están dormidas, enajenadas y cesan de sus operaciones, habiendo llegado la Esposa a tener este rapto, dice:

Yo duermo y mi corazón vela (1).

Que si el libre albedrío no obrase entendiendo y amando, no habría merecimiento en el alma cuando está arrobada, y sería mejor decir una Avemaría despierta que estar así veinte horas.

Pero veamos ahora, Esposa de Cristo, decidnos ¿qué pasáis en el rapto?, ¿de qué os aprovecha este sueño? Aprovéchame de que oigo la voz de mi querido, que me llama y dice:

Abreme, hermana mía, amiga mía, paloma mía, inmaculada mía, que mi cabeza está llena de rocío y mis cabellos de las gotas de las noches (2).

Qué doctrina enseñan al alma en el rapto.

Amor gozoso, qué sea.

¡Oh Divino Esposo, y qué doctrina tan alta y necesaria nos enseñáis para entender cuál sea el amor más perfecto! Dadme vos gracia que yo lo sepa declarar. Dos maneras hallo de amor que las podemos llamar amor gustoso y amor celoso; al amor gustoso llaman algunos amor fruitivo, amor dulce y amor tierno, amor regalado; en el cual yo quiero a Dios bueno para mí y el fin de amarle es mi bien, mi gracia, mi espíritu, mi perfección y mi gloria. Este amor es muy bueno en Dios porque, siendo él mi último fin, bien ocupado estoy gozando de su presencia con gusto y regalo y abrazarme a solas con él y tenerle dentro de mis entrañas. El amor celoso es un amor fuerte, eficaz y práctico, que tiene por fin la gloria y honra de Dios y la salvación de las almas, y hacer y padecer todo cuanto pudiere porque Cristo sea más honrado y glorificado. Con este amor quiero el bien para Dios bueno.

Amor celoso, qué sea.

El ejemplo está muy claro en el amor humano; porque así como amo a la amiga para gozar y deleitarme con ella, pero amo a mi amigo para dar, si fuera menester, mi vida por su honra y salirme a matar con quien le afrentare, aunque nunca goce de sus abrazos ni regalos; así puedo amar de las dos mismas maneras a Dios, y cuando el alma está en el rapto, que de ordinario es afecto del amor gozoso, no se contenta Cristo con solo aquel amor, sino entonces la llama para el amor celoso y para hacer bien en las almas, ejercitar las obras de misericordia y a padecer trabajos y afrentas por su

1 Cant., V, 2. 2 Ib.

amor, y así le dice que abra su corazón y dilate sus deseos en imitación suya, considerando cómo estaba él en la cruz, lleno del rocio del sudor de su sangre, y sus cabellos de las gotas de la mucha que con la corona de espinas derramó de su cabeza. Y así es la verdad, que es lo más ordinario que almas muy regaladas de Cristo, y que tienen éxtasis y raptos, visiones y revelaciones, vienen a ser muy provechosas en la Iglesia y a padecer grandes trabajos por el Señor, como se vió en San Francisco, Sto. Domingo, Santa Clara, la madre Teresa de Jesús y otros fundadores o reformadores de Religiones.

Pero antes que pasemos más adelante en declarar este amor celoso, advierto que una cosa es celo, y otra ejecución del celo; el celo está dentro del corazón y quédase solo sin ejecutarse en las almas que no tienen talento ni facultad para ejecutar el celo, asi como las monjas que guardan clausura y los cartujos encerrados y algunos sin letras, aunque tengan celo, no pueden ni conviene que le ejerciten; mas quien tiene talento y puede ejecutar el celo, si se arrincona y no le ejecuta, vano es su celo, que como dice Aristóteles: *Frustra est calceamentum cujus nulla futura est calceatio*: ¿cómo es posible que tenga celo de ganar almas el que pudiendo aprovechar se está arrinconado?

Aunque el alma entienda esta verdad que decimos, de que es más agradable a Dios el amarle y juntar con su amor el del prójimo, y el celo de la salvación de las almas y ocuparse en confesar, predicar, escribir, aconsejar y negociar para llevarlas al cielo, que no el estarse toda la vida gozándose con su Dios recibiendo de él regalos en un rincón; pues Cristo, cuyo amor fué perfectísimo y regla de nuestro amor, no solamente amó al Padre Eterno recibiendo gustos y regalos, como cuando fué transfigurado en el monte Tabor, sino también le amó sufriendo desamparos, dolores y trabajos en el monte Calvario, derramando su sangre para salvarnos; con todo eso desea tanto la pureza y no caer en pecado, ni falta ni ponerse en ocasión de ella, que viendo los muchos peligros que hay en el tratar con criaturas, se excusa diciendo:

Excusas de algunas almas para no se ocupar con prójimos

Heme desnudado mi túnica, ¿cómo me la tengo de tornar a vestir?; *heme lavado mis pies ¿cómo los tengo de tornar a ensuciar?* (1).

Como quien dice, tengo experiencia de los daños que vienen de tratar con almas, he puesto aparte este cuidado, he buscado recogimiento y soledad para entregarme toda y sola a Dios, he lavado los pies de mis afectos y pasiones de la suciedad de la afición, disgustos, rencores, turbaciones, sequedades, perdimiento de tiempo y otras suciedades que nacen de tratar en el mundo, como ahora está ¿para qué queréis, Señor, que torne a tratar con nadie?

Peligros que nacen de tratar con gentes.

No se satisface el Esposo con esta respuesta; y como halla al alma pura y que le ama, que son las dos buenas y necesarias partes para hacer fruto en otras almas, entonces le hace fuerza con el celo que come las entrañas, y mete la mano en el corazón con tal violencia, que parece que le saca de las carnes y le pone en cualquiera

1 Cant., V, 3.

de los prójimos para que el alma los ame de veras. Y con esta fuerza la hace dejar la quietud gustosa que tenía. Así como habiendo preguntado tres veces Cristo a Pedro, si le amaba, le dice que apaciente sus ovejas (1), porque es imposible que haga buen oficio de pastor quien no tuviere pureza y amare a Dios, como también es mentira decir que ama a Dios el que no le ve, y no ama al prójimo que tiene delante, como dijo el Evangelista San Juan (2). Y si el que ve que el buey o la bestia de su vecino cae en el hoyo, la va a sacar, aunque sea en día de sábado (3), ¿por qué el que ve que las almas redimidas con sangre de Cristo caen en el hoyo del infierno, no las ha de ir a sacar pudiendo, aunque sea en el sábado de la quietud de su oración? Y esa fuerza que hace Dios, quiere decir la Esposa con estas palabras:

Mi querido metió la mano dentro de mi pecho (con la fuerza del celo)
y todas mis entrañas tamblaron, y así me levanté
para abrir a mi Amado (4).

La mortificación que es acudir a las almas dejando las dulzuras del amor.

No es pequeña mortificación dejar los gustos espirituales, el trato amoroso con Dios a solas, la presencia divina, dulce y sabrosa, la quietud de espíritu, el sosiego interior y el dulce sueño en brazos del Amado por acudir a gobernar almas, tomando oficios de prelacías o predicar, confesar, aconsejar y escribir libros en provecho de las conciencias de los prójimos. Y por eso dice la Esposa cuando se levanta de la quietud para abrir el corazón, dilatándole al ejercicio del bien de las almas:

Mis manos destilaron mirra y mis dedos están llenos de mirra
probadísima (5).

Y dícelo porque en estas obras de acudir a los prójimos hay gran mortificación, y es la mayor y más meritoria de las otras mortificaciones que hay. Y bien se ve por experiencia, pues una religiosa espiritual, como yo vi en la madre Teresa de Jesús y en otras de sus hijas, tenían gran gusto y contento en hacer cualquier mortificación que las mandaban; mas llegando a mandarlas ser preladas, lloraban muchas lágrimas y lo sentían en el alma conociendo en sí las pocas fuerzas que hay para gobernar súbditos y llevar otros al cielo, pues según dice el Concilio Tridentino: *Est onus angelicis humeris reformidandum*: carga tan pesada que aun los ángeles tiemblan de llevarla sobre sí, con que los ángeles tienen más fuerza, entendimiento, discreción, salud y experiencia que los hombres, y nunca duermen ni son perturbados con pasiones ni acometidos con tentaciones. Pues ¿por qué no temblará un hombre flaco que ha menester dormir y comer y alguna recreación y descanso, de la cual los súbditos maliciosos toman ocasión para murmurar y los demonios de tentarle y sus pasiones de turbarse?

---

1 Joan., XXI, 17.
2 I Joan., IV, 20.
3 Luc., XIV, 5.
4 Cant., V, 4, 5.
5 Ib., 5.

Pero al fin, sabiendo que es voluntad de Dios, el alma se rinde, y abre la aldaba de su consentimiento y dase al amor sin tasa y medida, y saca la luz debajo del medio celemín para que alumbre a todos los que están en la casa, pues el Señor lo quiere así, que no queda otro consuelo sino saber que es voluntad divina, y por esa causa dice:

Ríndese el alma al oficio de entender con otros por sólo ver que es voluntad de Dios.

La aldaba de mi puerta abrí a mi Amado (1).

Como quien dice, yo me arrojé a todo lo que entendí que era su voluntad y a puerta abierta recibiré cualquiera cosa en que me ocupare la obediencia.

Mas, ¡oh, querida Esposa! ¿no fuera bueno que por este acto de tan buena determinación recibiereis algún regalo y consuelo interior? ¿y que abriéndole la puerta os abrazaseis con él y os diera los dulces besos de los regalos interiores que suele? ¡Oh, Señor, que no hay quien os entienda! A este tiempo se suele hallar el alma más seca, más fría y más desconsolada que nunca, que parece se le ha salido Dios del corazón desde que entraron en él los cuidados de prójimos, nacidos del celo de las almas, y quejándose de esto dice:

Siente sequedades.

Ya él se había ido y ausentado de mi puerta (2).

Y con esta ausencia quedé como endurecida en el corazón, porque perdí aquella presencia amorosa que me le derretía como derrite y ablanda el sol la cera. Verdad es que oí algunas palabras interiores que me consolaban dándome luz cuánto agrada al Esposo dejar a Dios por Dios, y dejar el regalado amor por el celoso,

Derrítese el alma con la palabra de Dios.

Mi alma se derritió al tiempo que mi Amado habló (3).

Mas deseando tornarme otra vez a juntar con él como solía, cuando estaba en mi quietud y que me respondiese cuando le hablaba en la oración las palabras dulces que me solía decir

Busquéle y no le hallé, llaméle y no me respondió (4).

Y no sólo este daño me ha venido de la sequedad interior por haber dejado el amor dulce que tenía a mis solas, y seguido el celoso tratando negocios de almas, sino que aún en las gentes, y especialmente en los más sabios, más principales y que gobiernan, he hallado contradicción y me ha faltado el favor, porque preguntando a letrados, predicadores, confesores y prelados cómo volvería a mi quietud y reposo, veo que murmuran de mí y me reprenden porque me meto en negocios de almas, y me niegan el favor que me habían de dar para hacer fruto en la Iglesia. ¡Oh, válgame Dios, qué ordinario es esto! como hay tanta ambición y avaricia en el mundo y tantos que desean ser prelados y gobernar, por ser estimados o tener renta, cuando ven que un siervo de Dios de los que viven recogida-

Murmuración de los letrados contra los espirituales.

1 Cant., V, 6. 2 Ib. 3 Ib. 4 Ib.

mente y tienen fama de ser santos, espirituales y contemplativos viene a ser prelado o a meterse en negocios de prójimos, principalmente si les estorba sus pretensiones, luego dicen ¿quién le mete a fulano en negocios? Estése en su rincón, que no es hombre de talento para gobierno. No es negocio de mujeres y de gente que no ha estudiado escribir libros, gobernar almas, fundar monasterios, convertir herejes etcétera.

Historia de D.ª Luisa de Carvajal.

Conozco una sierva de Dios, de muy gran espíritu, que movida con este amor celoso dejó su quietud que tenía en España, y vino a Inglaterra a convertir almas de herejes y sustentar en la fe muchos católicos que hay de secreto; y lo ha hecho y hace con tanta virtud, ejemplo y fruto, que pone admiración a quien le sabe. Este su celo ha sido tan murmurado, aún de muchos hombres doctos y principales, como si hiciera una cosa muy mala. Por esa causa dice la Esposa:

Halláronme los guardas que rodean la ciudad: hiriéronme y quitáronme la capa los que guardaban los muros (1).

Llama guardas a los letrados y prelados, y dice que la hirieron y llagaron con sus malas lenguas. Y lo peor es que algunos de éstos que habían de dar favor, ánimo y consejo a los siervos de Dios que quieren hacer fruto en la Iglesia, por el mismo caso los desfavorecen, desaniman y dejan a solas cuando los ven perseguir, y son causa de que muchos varones espirituales celosos que podrían hacer fruto, se suelen volver por eso a su rincón. Conocí a un religioso que ha días que murió, de tan gran espíritu y oración, que acaeció estarse doce horas y más tiempo arrobado, y se le ponía el cuerpo tan liviano como si fuera de papel. Acaeció llamarle sus prelados de una aldea donde estaba, y llevarle a un pueblo donde están los que gobiernan toda la máquina del reino, los cuales al principio, movidos por los arrobamientos y milagros que en él veían, le estimaron, favorecieron, visitaron, reverenciaban y tenían sobre sus ojos. Mas el siervo de Dios, viendo cuánto bien se podía hacer en su Iglesia, si aquellos personajes tuvieran luz y celo de muchas cosas, que convenía remediar, comenzó a decir verdades con celo de la salvación de las almas. Y al mismo punto le aborrecieron, desfavorecieron y ordenaron a sus prelados le mandasen salir de aquella ciudad y volver a su aldea. Este favor y consuelo que han de dar los que tienen cargo de guardar los muros de la República a los que quieren trabajar en el fruto y salvación de las almas, es la capa que abriga a la Esposa, y ésta le quitan de encima de los hombros los mismos que se la habían de poner favoreciéndola.

Consuélase el alma con otras personas devotas que ni son le-

Viendo la Esposa que no tiene favor ni consuelo en los que gobiernan ni le dan consejo para poder juntar la ternura del amor con el celo de las almas, haciendo el fruto que ella más desea, y que no le ayudan a llevar juntos los regalos interiores con los trabajos y ocupaciones exteriores, y sabiendo que en su amado, Cristo

1 Cant., V, 7.

Jesús, está todo buen consejo, favor y ánimo, y que en hallándole tendrá la luz que desea, acude a otras almas devotas sus iguales, y pídeles que le alcancen con oraciones que halle este fin deseado, y así les dice: *trados ni prelados.*

Yo os conjuro, hijas de Jerusalén, que si hallareis a mi querido, que le digáis que me desmayo de amores por él (y por hacer su voluntad) (1).

Hemos dicho que hay dos maneras de amor: uno gustoso y otro celoso, y aunque cada uno de ellos por sí en su género es muy bueno, pero el amor perfecto es el celoso que abraza y se junta con el gustoso y tierno, y éste es el perfectísimo amor que Dios quiere. Buena es Marta y buena es la vida activa que entiende en hacer bien a prójimos. Buena es Magdalena y la vida contemplativa que a solas se regala a los pies de Cristo, pero la que es perfectísima y semejante a María Virgen, es aquella en la cual se junta la activa con la contemplativa. Porque esta Señora nunca se apartaba de la presencia y actual amor de Dios con gustos y regalos espirituales inefables, y juntamente criaba y servia a su Hijo y padecía trabajos por él. De manera que lo más perfecto del amor es arrojarse el alma a todo lo que fuere voluntad de Dios, y una verdadera determinación de hacer y padecer, por Cristo mezclada con la contemplación, afecto y gusto de amor, y amar y contemplar y juntamente hacer y padecer por Cristo. *Del amor perfecto que junta el celo con la ternura.*

Este amor mezclado de celo y ternura es el que nos enseñó Cristo Jesús, y el que él tuvo a su Padre Eterno, y de él, como de verdadero maestro, le hemos de aprender; su vida nos ha de mover a buscarle y con su imitación le hemos de alcanzar, y por esta causa preguntan a la Esposa las otras almas: *Cristo enseña y mueve este amor perfectisimo.*

¿Cuál es tu amado del amado, oh hermosísima entre las mujeres?, ¿cuál es tu amado del amado, que así nos conjuraste? (2).

Como quien dice, ¿qué señas tiene Cristo, tu amado, que es amado del Padre Eterno, pues con tanta instancia nos preguntas por él?

COMIENZAN LAS SEÑAS Y PROPIEDADES DE CRISTO Y LO QUE EL ALMA HA DE HACER PARA IMITARLE.

La doctrina más esencial del amor que se enseña en estos *Cantares*, es la que ahora se sigue, en la cual se declaran dos cosas: La primera, quién sea Cristo y sus cualidades, que esto mueve mucho a su amor. La segunda, en qué le ha de imitar la Esposa, porque en esta imitación verdadera de Cristo consiste el amor perfecto, que es el que hemos dicho ser compuesto de celo y unión, y así iremos poniendo las propiedades del Esposo, y en cada una lo que ha de hacer el alma para imitarle. La primera.

---

1 Cant., V, 8. 2 Ib., 9.

Blanco y colorado es mi Amado, escogido entre millares (1)

Cristo es Dios y hombre.

Blanco por la Divinidad, colorado por la humanidad, su rostro es blanco y colorado, que es color y mezcla de gran hermosura; su cuerpo, aunque es blanco como la nieve, con la mucha sangre con que está bañado en la cruz, está colorado como una escarlata. La primera imitación de Cristo crucificado y primera parte del amor perfecto es juntar la pureza y amor: que el alma sea blanca por la pureza y colorada por el amor; blanca, que no admita cosa contra la voluntad de Dios, y colorada, porque se ha de determinar de padecer hasta derramar sangre por él, y por no le ofender y hacer siempre su voluntad.

Muchas almas hay que estando en su rincón sin tratar con prójimos ni divertirse de la oración, gozando de los gustos y regalos de Cristo, son blancas y puras. Y otras muchas almas hay que son coloradas con el celo y trabajos, y entienden en los negocios del prójimo, pero viven sin oración, contemplación y espíritu, todas ocupadas en la vida activa; pero entre millares no se hallará una que junte las dos cosas, verdadera pureza, consuelos, contemplación, regalos espirituales y devoción con el celo y paciencia, sufriendo las impertinencias de los prójimos y el amor verdadero de los hermanos, y que del amor mismo le nazca el deseo de hacerles bien. Pocos Elías se hallan con este espíritu doblado; muchos hay que se quieren estar dentro de su celda meditando de día y de noche en la ley del Señor y otros muchos que no pudiendo sufrir este encerramiento y oración contínua, apetecen discurrir por el mundo, ir a convertir gentiles, predicar, confesar, negociar, etc.; pero pocos se hallan que sin perder de su espíritu, quieran aprovechar a otras almas y que cuando se ocupan en negocios, anden en la presencia de Dios, que por eso dice la Esposa: Escogido entre millares, porque así como solo Cristo es Dios verdadero y hombre pasible, así son pocos los que andando unidos con Cristo acuden a las miserias humanas.

Este amor es el espíritu doblado de Elías.

Su cabeza de oro fino (2).

Amor unitivo del alma con Cristo.

La cabeza de Cristo es el Verbo Divino, según aquello de San Pablo: *Caput Christi, Deus* (3). Porque así como la cabeza está unida y junta con el cuerpo, y de la cabeza manan el sentido y movimientos a todos los miembros, así la Divinidad del Verbo está unida con la humanidad, y de ella procede el infinito merecimiento de las obras de Cristo. Y a imitación de esta hermosura del Redentor, el alma que perfectamente le quiere amar, tenga a Cristo por cabeza, esté unida con él, viva en él, y todas sus obras procedan de Cristo que pueda decir: *Omnia opera nostra operatas est in nobis, Domine* (4). Y con razón se llama oro Cristo Jesús y la Divinidad del Verbo por la majestad y excelencia que tiene sobre todo lo que hay, así como el oro excede en valor a todos los otros metales.

---

1 Cant., V, 10. 2 Ib., 11. 3 I ad Cor., XI, 3. 4 Isai., XXVI, 12.

Sus cabellos como los racimos de los dátiles de palmas, negros como el cuervo (1).

Hablando S. Pablo de Cristo, dice: Que están en él todos los tesoros de ciencia y sabiduría escondidos (2). Esta sabiduría de Cristo, porque es la suprema sabiduría y la más victoriosa, se compara a lo más alto de las palmas, pero porque es oscura para nosotros y que no la podemos entender ni penetrar, se llama negra como el cuervo. Y en imitación de ella los pensamientos del alma perfecta, que se llaman sus cabellos, han de ser altos y fuertes para que pueda decir: todo lo puedo en aquél que me conforta (3). Porque al alma que flacamente ama a Dios y tiene por último fin las dulzuras y regalos del amor, no se le levantan sus pensamientos a obras grandes ni a sufrir grandes trabajos; pero el alma, herida de este amor de que vamos hablando, tiene pensamientos de hacer y padecer todo cuanto pudiere por este amor, y así son sus pensamientos como lo encumbrado de las palmas. También este *elatae palmarum* significa lo que está cabe los dátiles y cubre sus racimos, que es rubio y de color de oro, porque los pensamientos del alma perfecta todos son de amor; pero llámanse negros como el cuervo, porque son humildes y desconfiados de sí misma, mirando el alma sus pocas fuerzas y lo poco que vale y puede. Que así como el pavón hace su rueda y extiende sus alas cuando mira al cielo, mas cuando mira sus pies negros y feos se abate y encoge; así el alma perfecta poniendo los ojos en Cristo y considerando que está en ella por unión, extiende las alas de sus pensamientos y deseos, pero mirándose a los pies de su poca virtud, y considerando sus faltas, se encoge y abate y tiene por la más miserable que hay en el mundo.

La sabiduría de Cristo, cuál sea.

Pensamientos del alma sean grandes, fuertes y humildes.

Sus ojos como palomas que están sobre los arroyos de las aguas y son rociadas con leche y residen cerca de los grandes ríos (4).

Estos ojos del Esposo son su divina Providencia con que nos mira y el cuidado que tiene del bien de las almas. Y dice que son semejantes a las palomas rociadas con leche, por la caridad, suavidad y bondad con que tiene cuidado de las acciones humanas, así como la paloma no tiene hiel. Y dícese que estas palomas están sobre el agua y residen cerca de los ríos, porque cuando la paloma ve en el agua la sombra del azor o gavilán que vuela por el aire, con el cuidado que tiene de sus pollos luego los ampara y pone en cobro, y así da a entender en esto el gran cuidado y providencia que tiene Cristo de prevenir los daños y peligros de las almas sus queridas. Los ojos del alma son las intenciones, y éstas en las que perfectamente aman han de ser sinceras y sin malicia, llenas de blandura, suavidad, dulzura y deseo del bien, que eso es ser rociadas con leche, y sobre todo guiarse para el ministerio de la salvación de las almas por lo escrito en la Escritura y sagrados doctores, que se significan por los ríos y arroyos.

La providencia de Cristo.

Las intenciones del alma.

1 Cant., V, 11. 2 Ad Colos., II, 3. 3 Ad Philip., IV, 13. 4 Cant., V, 12.

Sus mejillas como eras pequeñas de drogas olorosas confeccionadas por los boticarios (1).

Cuando los boticarios hacen sus pítimas, alcorzas y confeccionan las tabletas olorosas y medicinales para el mal de corazón, después de haber molido muy bien el ámbar, azucar y lo demás de que hacen estas medicinas confortativas, pónenlas a secar haciendo en ellas como unas eras pequeñas, y cuando así están al sol, dan de sí suavísima fragancia. Estas mejillas de Cristo significan su predicación y la doctrina que vino a sembrar en el mundo para medicina de las conciencias que conforta y alegra el corazón; eran estos sus sermones olorosos y medicinales y de provechosa doctrina, mezclando con dulzura, gracia y amor la reprensión y rigor. Y así el alma perfecta ha de procurar en lo exterior, que se llama las mejillas o carrillos, tener una compostura agradable, alegre y de buen semblante, pero confeccionada y mezclada con un mirar honesto y grave, que sea medicina contra los malos pensamientos de quien liviana y deshonestamente la mirare.

La predicación de Cristo.

Compostura interior del alma.

Sus labios son rosas que destilan la muy buena mirra (2).

Las palabras del Esposo son como rosas, y castas como azucenas, pero destilan mortificación en quien las oye, que eso quiere decir mirra la más aprobada. Las palabras de la Esposa han de ser graves, suaves y agradables, que ni hable con curiosidad ni vanidad, ni deje de aprovechar con sus palabras a quien la oyere tratar de Dios.

Palabras de Cristo.
Palabras del alma.

Sus manos son de oro labradas al torno y llenas de jacintos (3).

Tenía Cristo muy lindas manos; los dedos largos y redondos, como si fueran labrados al torno, pero las manos de sus obras son hermosísimas. Tiene Cristo dos manos, una de la Divinidad, y en esta hay cinco dedos, que se llaman omnipotencia, sabiduría, bondad, misericordia y justicia, y en cada uno de estos dedos tres artejos, que son tres efectos y obras que de estos cinco divinos atributos nacen, porque de la omnipotencia nació la creación del mundo, la conservación de él y el poder aniquilar todo lo criado; de la sabiduría la universal providencia, la predestinación de los buenos y la reprobación de los malos; de la bondad la redención del linaje humano, y la virtud de los Sacramentos y la asistencia con su Iglesia; de la misericordia nace la vocación, inspiración y gracia preveniente con que llama a los hombres para sí, la justificación y gracia que les da cuando se disponen, y la gloria eterna con que los glorifica cuando mueren en gracia; de la justicia nace la permisión con que dejando obrar al libre albedrío del hombre, permite que caiga en el pecado, y si no se quiere convertir cuando Dios le llama a penitencia, le deja endurecer, y muriendo en el pecado, le condena a eterna pena de infierno. Estos son los cinco dedos de su mano

La mano de la divinidad de Cristo.

---

1 Cant., V, 13. 2 Ib. 3 Ib., 14.

derecha de la Divinidad con los veintiún artejos y obras que de ellos nacen. En su mano izquierda de la Humanidad tiene otros cinco dedos, que son cinco principales misterios que le pertenecen en cuanto hombre, conviene a saber, la Encarnación en las entrañas de la Virgen, su Nacimiento, sus obras humanas, su Pasión y su Muerte.

Todos estos diez dedos de las dos manos son las obras de Cristo que siempre hizo con perfección, moviéndose de Dios para obrar como de principio y obrando para Dios como fin. Y por eso se llaman hechas al torno, y todas eran celestiales, así como los jacintos son del color del cielo. Para que las obras de la Esposa sean perfectas, conviene que se mueva el alma a obrar por Dios, y que Dios las comience como principio y el fin, y de las que hiciere sea el mismo Dios fin para agradarle y servirle, y que sean obras discretas, prudentes y sabias con confianza de alcanzar el cielo por la bondad del mismo Señor, que por haber de ser sabias se llaman de oro y llenas de jacintos por la confianza.

Las obras para ser perfectas qué han de tener.

Su vientre es de marfil distinto con zafiros (1).

La Divinidad de Cristo es sabiduría divina que contiene en sí las ideas de todas las criaturas que Dios crió y puede criar, y porque el marfil es blanco, que significa pureza, da a entender la Esposa en estas palabras que su purísimo Esposo tiene en sí todas las ideas y semejanzas de todas las criaturas. Llámase vientre del alma su memoria, y porque ha de estar libre de pensamientos malos y llena de pensamientos del cielo, se dice que es de marfil y llena de jacintos.

Memoria del alma perfecta.

Sus piernas como columnas de mármol fundadas sobre basas de oro (2).

Tiene el Esposo mérito y satisfacción para nosotros fundadas sobre justicia y misericordia, porque él nos da la gracia con que merecemos, y por las indulgencias del tesoro de sus merecimientos satisfacemos lo que no pudiéremos satisfacer con solas nuestras obras. Y el alma abraza el espíritu doblado de Elías, que es aspereza y oración, comparadas a las dos piernas con que se sustenta en virtud, fundadas sobre las dos basas de oro, que son sabiduría y bondad.

Su hermosura como del Líbano, y es bien dispuesto como el cedro (3).

Líbano significa blancura, que es pureza, y el cedro es alto y oloroso, con que se da a entender que Cristo es sumamente santo y grande, y la Esposa que la ha de imitar ha de ser pura y animosa.

Su garganta suavísima y todo él es amable (4).

Llama garganta al espíritu; que así como Cristo le tuvo suavísimo como aquel que fué lleno de los dones del Espíritu Santo, y por eso es amable; así el espíritu de la Esposa ha de ser suave, dulce y amoroso, que aunque reprenda, sea como dice San Pablo, *in spiritu lenitatis* (5), con espíritu de blandura.

1 Cant., V, 14.
2 Ib., 15.
3 Ib.
4 Ib., 16.
5 Ad Gal., VI, 1.

Tal es mi querido y él es mi amigo, hijas de Jerusalén (1).

Gusta el alma devota de comunicar con otras almas las excelencias de Cristo que Dios le da a entender.

¿Dónde se fué tu Amado, oh la más hermosa de las mujeres? ¿dónde se ha apartado tu Amado y buscarémosle contigo? (2).

Mucho hace al caso tratar con personas devotas y espirituales porque su conversación convida a buscar a Dios y a seguir oración y espíritu; y así le preguntan las hijas de Jerusalén a la Esposa de Cristo dónde le hallarán para buscarle con oración, deseos, obras, palabras y pensamientos.

CAPITULO VI

DECLARASE CON DOCE CONCEPTOS SOBRE EL CAPITULO SEXTO DE LOS «CANTARES», LA EXCELENCIA DEL ALMA QUE PERFECTAMENTE AMA, LA SEMEJANZA QUE TIENE CON LOS BIENAVENTURADOS DEL CIELO. QUE SEA ORACION UNITIVA Y CLAMOROSA. TRATASE DE LA NIEBLA INTERIOR. DEL ORDEN POR DONDE LLEVA DIOS AL ALMA QUE COMIENZA Y DE LA TURBACION QUE LE CAUSA NO SABER EN EL ESTADO EN QUE ESTA NI SI VA BIEN ENCAMINADA.

Los bienes que alcanza el alma cuando por Dios deja los gustos espirituales.

Aunque el alma enamorada, cuando se ocupa por amor de Dios en obras del celo de salvación de otras conciencias, se queja de la ausencia de su Esposo porque no siente los regalos y dulzuras que sentía cuando trataba con él a solas, no deja de sospechar que está Dios en su interior por los afectos que le parece ser de virtudes heróicas que se ve ocupada, y así responde a las hijas de Jerusalén que la preguntaban dónde se había ido su Amado.

Mi Amado descendió a su huerto a la era de las drogas para apacentarse en los huertos y coger las azucenas (3).

Virtudes heróicas y mayor pureza.

Como quien dice, aunque no siento regalos sensibles en la oración, siento que mi Cristo ha bajado a lo interior de mi alma y penetrado hasta el centro de mi conciencia, y gusta de los deseos de las virtudes heróicas en que me ejercito, estando con ésta que me parece sequedad, y acepta los encendidos propósitos que tengo de vivir con mayor pureza. Podemos declarar esto de otra manera. Advirtiendo que así como a los niños tiernos los crían sus madres con leche, miel y manjares blandos y dulces, y les mascan los bocados para metérselos en la boca; mas cuando ya son crecidos y hechos hombres les dan a comer pan duro y manjares fuertes y trabajan ejercitando sus fuerzas, y después de haber trabajado, cuando llegan a la vejez y están sin fuerzas, descansan y tornan a comer manjares blandos y dulces, porque ya no tienen muelas para que-

1 Cant., V, 16. 2 Ib., 17. 3 Ib., VI, 1.

brantar los duros; así hace Dios con las almas, que cuando son principiantes y comienzan a entrar en oración mental, les suele dar lágrimas, ternuras y devoción sensible, y ya que los ve fuertes, les deja caer en sequedades y tentaciones y son perseguidos, atribulados y trabajados interior y exteriormente; mas después de haber trabajado en la viña del Señor, y que viéndose cansados y viejos se retiran a su rincón y se entregan al espíritu tratando con Dios a solas, les suele tornar a dar su Majestad regalos espirituales. Pero estos regalos son muy diferentes de los regalos de los principiantes. Porque aquellos eran algunos júbilos o lágrimas sensibles, mas los de los viejos son regalos muy más provechosos y ejemplares y de gran pureza, cuales son la plenitud y henchimiento de alma, serenidad interior, paz continua, facilidad en obrar, conversación celestial, presencia de Dios amorosa y cosas semejantes, y por eso dice que baja el Esposo al jardín de las flores y drogas olorosas para coger las azucenas, llamando flores y azucenas a estos regalos de los viejos.

Regalos de los viejos que han perseverado en amor.

De esta manera de oración nace en el alma el trueque con el Esposo, que es una manera de unión amorosa y divina, en la cual todas sus cosas las da y atribuye a Dios y toma las cosas de Dios por suyas propias. Este trueque y oración unitiva hizo Cristo con su Padre Eterno, diciendo: Todas mis cosas son tuyas y todas tus cosas son mías (1). De la misma manera hace el alma unida por amor el trueque con Cristo, diciendo: Señor, desde este punto todas mis cosas sean vuestras; yo os las doy y pongo en vuestras manos, haced de ellas y de mí todo lo que quisiereis como de vuestra hacienda propia. Vuestra es mi alma, mi vida, mi salud, mi contento, mi quietud, mi honra, mi hacienda y todo lo que yo en esta vida puedo tener y desear, que no quiero nada sino solo a Vos. Si me quisiereis dar algo de esto, lo tomaré como hacienda vuestra, y si lo qusiereis quitar, no me agraviaré ni quejaré, pues ya os lo he dado y no es mío. Y todas vuestras cosas son mías y las tomo por propias. Vuestra honra, vuestra ley, vuestra Iglesia, vuestra fe, vuestro Padre y Madre y vuestros santos, vuestra cruz, vuestras almas que hay en la tierra, etc. Y de aquí adelante no quiero otra cosa sino volver por vuestra honra, guardar vuestra ley, hacer fruto en vuestra Iglesia, reverenciar y servir a vuestra Madre y a vuestro Padre Eterno y a los santos del cielo, procurar la salud de vuestras almas, sufrir vuestra cruz y todo lo que yo supiere que os da gusto y contento hacerlo, aunque me cueste la vida. Este divino trueque propone la Esposa diciendo:

Unión amorosa que se llama trueque del alma con Cristo.

Las cosas del alma que da a Dios.

Las de Dios que toma el alma.

Yo para mi Amado y mi Amado para mí, que se apacienta entre las azucenas (2).

¡Oh, qué contento recibe el Señor con esta manera de trueque y oración unitiva, y qué hermosa le parece el alma que de esta manera se resuelve a servirle! y así la responde, diciendo:

---

1 Joan., XVII, 10. 2 Cant., VI, 2.

Hermosa eres, amada mía, suave y agradable como Jerusalén (1).

La semejanza que hay entre los bienaventurados del cielo y los que perfectamente aman a Dios en la tierra.

Los doce bisnes de gloria.

Doce bienes del amor en las almas que bien aman.

Porque no hay cosa más parecida a quien goza la bienaventuranza que el alma que de veras le ama en esta vida. Tiene el bienaventurado doce bienes en la gloria, que se llama visión de la esencia divina, amor fruitivo, seguridad eterna, que los teólogos las nombran *visio, fruitio et comprehensio*. Tiene demás de esto cuatro dotes el cuerpo glorificado que son claridad, ligereza, sutileza e impasibilidad. Gozan los santos del cielo de tres laureolas y coronas: la una es blanca, de las vírgenes; la segunda colorada, de los mártires, y la tercera verde, de los confesores. Gozan finalmente de la compañía de los santos y de la serenidad del cielo empíreo, que es el lugar de los bienaventurados. Estas doce puertas hay en la ciudad de Jerusalén la alta, que es la gloria (2). De otras doce semejantes a ellas goza en esta vida el alma que se resuelve de todo punto a hacer la voluntad de Dios. Porque tiene contemplación soberana que nace de la viva fe, amor gozoso y regalado en Dios que le procede de la caridad; seguridad interior que le viene de la esperanza. Y aunque en el cuerpo no todas las almas sientan dádivas sobrenaturales y milagrosas, algunas hay que del mismo amor de Dios y de la buena vida les nace buena salud y una manera de ligereza, claridad y sutileza con que se suelen levantar milagrosamente en el aire, como acaecía a la gloriosa Magdalena y a otros santos. Pero aunque no haga Dios estos milagros en el cuerpo, tienen las almas perfectas sutileza de ingenio, ligereza en los pensamientos, claridad en el juicio e impasibilidad, que es un no sé qué semejantes a las cuatro dotes del cuerpo de los bienaventurados. Y en lugar de las tres coronas, les da Dios tres fervorosísimos deseos de castidad, de martirio y celo de almas. Finalmente, tienen estando en esta vida su conversación en el cielo (3), como dice San Pablo, con los santos que traen consigo en la presencia de Dios, y gozan de una quietud donde quiera que andan, que se parece en cierta manera a la del cielo. De aquí tomaron algunos ocasión de llamar a las siervas de Dios beatas, como quien dice que ya en este mundo viven como bienaventuradas.

Por qué se llaman beatas.

Pero ¿qué es esto, Señor? ¿por qué llamáis al alma que así os ama

Terrible como ejército de escuadrones puestos en ordenanza? (4).

La fuerza que tiene la oración cuando se junta el alma con todos los santos.

La causa es porque así como un soldado solo, por valiente que sea, no tiene fuerzas contra un fortísimo gigante o contra muchos enemigos juntos, pero si este soldado pelea dentro de un escuadrón con ayuda de los otros soldados puestos en ordenanza, no hay gigante que le resista; de la misma manera, cuando el alma sola y a solas puesta en oración mental embiste con sus deseos y peticiones con su Dios para alcanzar misericordia, como es tan flaca y sin merecimiento, poco puede hacer; mas si se mete en escuadrón y se junta

---

1 Cant., VI, 3.
2 Apoc., XXI, 12.
3 Ad Philip., III, 20.
4 Cant., VI, 3.

y hace una misma cosa con Dios y con todos los santos del cielo y de la tierra, de suerte que de todos los corazones juntos salga un deseo y una petición, aunque Dios es infinito Gigante, confíe que alcanzará de él todo cuanto quisiere y en cierta manera le rendirá a misericordia. Porque ya no habla en su nombre sino en nombre de Cristo y, según el mismo Señor dice: todo lo que pidiiereis al Padre Eterno en mi nombre, alcanzaréis (1); y como en su corazón junta todos los santos del cielo y de la tierra, el alma que acierta meterse en este ejército, se hace fuerte y terrible. Ordenemos, pues, este ejército para acertar a esta manera de oración, que la podemos llamar unitiva y clamorosa. Lo primero pone el alma dentro del corazón a la Santísima Trinidad; lo segundo, a Cristo con todos sus merecimientos y llagas; lo tercero, a la Virgen María; lo cuarto, a todos los ángeles; lo quinto, a todos los santos del cielo; lo sexto, a todos los justos de la tierra; lo séptimo, a todos los pecadores y necesitados que han menester pedir a Dios mercedes, y de todos estos corazones hace dentro de sí con su pensamiento un corazón; de todos estos deseos un deseo; y como una boca formada de todas estas bocas, que se abre para clamar a Dios, y entonces son tan grandes estos clamores del alma, que ninguna cosa parece dejará de alcanzar de Dios quien de esta manera pidiere. Délo su divina Majestad a entender por experiencia, que yo no lo sé declarar de otra manera. Ni se pueden entender bien y de raíz estas cosas divinas. Que así como la fe tiene oscuridad con que nos rendimos a creer sin querer entender de raíz, así en la alteza del amar y soberana contemplación hay cierta niebla y oscuridad, donde sin conocer y sin ver y a cierra ojos se conoce Dios más verdaderamente y es más amado. A esto llama el divino Dionisio Areopagita *divina caligo*. Que es cuando el alma a cierra ojos sin querer entender del todo ni escudriñar quién es Dios y el modo con que guía los espíritus, se arroja en el amor de Dios, porque entonces entiende más y ama mejor. Esto aconseja el Esposo, diciendo:

Cómo se hace la oración unitiva.

Oración clamorosa, qué sea.

Qué sea oscuridad y niebla divina y cuánto importa para la grandeza del amor.

Aparta tus ojos de mí, porque ellos me hicieron volar (2).

Como quien dice, el querer tú escudriñar con los ojos de la razón natural mis misterios y penetrarlos de todo punto, me hace volar y apartarme de tu presencia y quedarse tu alma sin fruto del amor y contemplación en una manera de estudio, así como cuando un pájaro ve que le miran, vuela y se ausenta y no puede el cazador hacer tiro; mas si el cazador va escondidamente, entonces gana la caza que pretende.

Torna el Esposo a alabar a su Esposa de los cabellos de sus pensamientos, de los dientes de sus meditaciones y de los carrillos de su exterior, como arriba hemos declarado. Y dice cuán pocas son las almas que llegan a alcanzar esta soberana unión y perfecto amor de Dios por estas palabras:

Cuán pocas almas hay perfectas.

1 Joan., XIV, 13. 2 Cant., VI, 4.

Sesenta son las reinas y ochenta las concubinas, y las otras doncellas y criadas no tienen número. Una es mi paloma y mi perfecta; una es para su madre y escogida para la la que la engendró (1).

Podemos declarar por reinas a las almas religiosas; concubinas a las de los seglares que siguen vida contemplativa; criadas a las que siguen vida activa: Y porque son muy pocas entre las almas de los religiosos y seglares de vida activa y contemplativa las que llegan a este estado de unión y perfección, por eso dice que es una. Y porque estas almas perfectas de ordinario son devotas de la Virgen María, y escogidas y verdaderamente imitadoras y deseosas de la cruz de Cristo o de Cristo crucificado, por eso dice que es una para su Madre la Virgen, y escogida de la que le engendró, porque quien nos engendró en gracia es la cruz, que de allí nos viene todo el bien.

Y no solamente esta alma perfecta, de quien vamos hablando, es agradable a Dios y a su Madre la Virgen María y a Cristo crucificado, sino también es agradable a los santos del cielo y de la tierra. Y por eso se dice de la Esposa:

Viéronla las hijas y llamáronla bienaventurada y las reinas y concubinas la loaron (2).

Las almas perfectas son agradables a Dios y al prójimo.

Como quien dice, las hijas de Dios, que son las almas bienaventuradas del cielo y las almas religiosas y buenas de la tierra, loan y engrandecen al alma perfecta. Que no sé que se tienen las almas imperfectas, especialmente si llevan mezcla de hipocresía, que no son estimadas en el cielo ni en la tierra; mas las que son verdaderamente perfectas y santas en todo el mundo son loadas.

Orden de proceder del alma para llegar a la perfección.

Declara el Espíritu Santo el orden que tiene un alma desde que sale de pecado mortal hasta que llega a lo sumo de la perfección preguntando a las personas devotas:

¿Quién es ésta que camina como la mañana cuando se levanta, hermosa como la luna, escogida como el sol, terrible como ejército de escuadrones puestos en ordenanza? (3)..

La mañana significa la vida de los principiantes.

La vida activa se compara a la luna.

Cuando el alma sale de la noche del pecado mortal habiendo hecho verdadera penitencia, procura caminar siempre adelante, y al principio es como la mañana donde no hay tanta luz y hay frialdades hasta que el sol caliente la tierra. Y es así que las almas de los principiantes tienen muchas ignorancias y frialdades de espíritu, y luego van entrando en la vida activa, comparada a la luna, porque así como la luna es húmeda, tiene crecientes y menguantes y recibe la luz del sol, y los gentiles la llamaban Diana la cazadora, así la vida activa tiene temores, lágrimas de contrición, recibe la luz de la doctrina de los maestros, tiene crecientes y menguantes en la virtud, y finalmente se ejercita en actos interiores o exteriores, que son las saetas con que caza el merecimiento. Y después de haberse

1 Cant., VI, 7, 8. 2 Ib., 8. 3 Ib., 9.

ejercitado en estas obras de vida activa, sube a la contemplativa, abundante de luz como lo es el sol. Y finalmente, de la contemplativa sube a la vida unitiva, donde juntándose con Dios y con todas las criaturas del cielo y de la tierra como en ejército ordenado de escuadrones, alcanza los deseos y mercedes de Dios de que poco ha hablábamos.

Sol la contemplativa. Ejército de escuadrones la unitiva.

Dicho hemos el orden que lleva la Esposa cuando sube desde sus principios a lo perfecto de la vida activa y de la contemplativa y unitiva, que comparábamos a la luna, al sol y al ejército. Digamos ahora el orden que lleva el Esposo para levantar esta su Esposa del estado de los principiantes al de los aprovechantes y al de los perfectos. Al principio da Dios consuelos y regalos a las almas que comienzan oración, aunque sean imperfectas. Lo segundo, ejercítalas en actos interiores y exteriores hechos con humildad. Lo tercero, les va aumentando el espíritu. Y finalmente, afervórales en el divino amor. Esta traza declara el Esposo por estas palabras:

Orden con que Dios levanta las almas.

Bajé al huerto de las nueces para ver las manzanas de los valles y mirar si florecía la viña y si habían nacido las granadas (1).

Maravillosas y divinas palabras son éstas para declarar esta doctrina. La nuez, aunque es fruta de comer, tiene una corteza amarga y sucia que mancha los dedos de quien la quita, aunque después se enjuga y se cae, y debajo de ella tiene una cáscara dura; dentro de esta cáscara hay diversos repartimientos de hollejos, que si no se mondan, hace desabrida la nuez cuando se come, y son como calles entrincadas y desiguales. Propia figura de los principiantes que, aunque comienzan a tener oración, todavía se tienen sus pasiones amargas con que dan mal ejemplo a los que los tratan, así como la corteza verde ensucia los dedos; y así como tiene la cáscara dura, tienen su dureza de corazón y resistencia a las inspiraciones divinas. Y aunque su voluntad es buena, está llena de revueltas e imperfecciones como lo está la fruta de la nuez dentro de sus hollejos. Y con todo eso es tan bueno el Esposo, que sufriéndoles todas estas faltas, abaja a consolarlos con regalos espirituales mediante los cuales se ejercitan en obras y actos con humildad, principalmente de penitencia y asperezas, que son las manzanas de los valles, y con esto florece en ellos la viña del espíritu y nacen las granadas del amor de Dios y del prójimo.

La nuez figura de los principiantes.

Manzanas de los valles son actos de humildad. Granada significa amor.

Una de las mayores penas y turbaciones que tiene la Esposa enamorada de Cristo en cualquier estado que se halle es no saber si va bien encaminada, especialmente cuando considera la diferencia que hay de su vida a la vida de los santos y de los mártires. Y con este temor, recelo y turbación anda siempre afligida y se le agua el gusto de los regalos divinos que recibe. Esta pena declara la Esposa por estas palabras:

La turbación del alma por no saber en qué estado está.

1 Cant., VI, 10.

No he sabido, mi alma me conturbó por los carreteros de Animadab (1).

Como quien dice, por más regalos que recibo de Dios, no he sabido ni sé si estoy en amor y gracia o en aborrecimiento con él (2). No sé si este mi modo de oración es verdadero o engañoso. No sé si perseveraré, que me veo tan flaco que cualquiera tentación me derriba. No sé si mis propósitos son verdaderos, pues cada día los hago y luego los quebranto. No sé si los sucesos que me pueden venir me harán caer del amor de Dios y del gusto que llevo en tratar con él, como otras veces he experimentado. No sé si a la hora de la muerte me vencerán los demonios en la agonía y me condenaré. De esta falta de luz me vienen zozobras, disgustos, desconfianzas, temores y recelos con que mi alma me turba, especialmente viendo lo que hicieron los carreteros de Aminadab, que así se llaman los santos y mártires. Porque cuando Moisés abrió el mar Bermejo para que pasasen los hijos de Israel, la primera tropa y familia que pasó con su carruaje fué la de Aminadab, sin que los carreteros tuviesen miedo ni turbación, aunque veían montes de agua delante de sus ojos que parecía les habían de anegar; y así con mucha propiedad se llaman los santos y mártires de la Iglesia carreteros de Aminadab. Y viendo el alma cuán diferente es su vida y trabajos de la que llevaron los santos y mártires, se perturba y aflige no sabiendo si va acertada o errada.

El alma que puede hacer fruto aunque se querría esconder, no la dejan los prójimos.

Con esta aflicción se querría arrinconar e irse a un desierto y meterse donde nadie la viese, no descubrir a nadie su interior, no escribir sus conceptos para que nadie los lea, porque todo lo tiene por moneda falsa y engañosa y no querría escandalizar a los prójimos con el ejemplo de su mala vida y mal espíritu. Mas Dios no quiere eso ni los prójimos se contentan, antes le ruegan que vuelva a tratar con ellos y no se arrincone, y les muestre y dé luz de lo que pasa en su conciencia escribiendo las cosas de su espíritu y sus conceptos de oración, como hizo la madre Teresa y han hecho otros muchos santos, y así la dicen:

Vuelve, vuelve, Sulamite, vuelve, vuelve para que te miremos (3).

Como quien dice, alma devota que tienes oración, que te podemos llamar Sulamite, que aunque se casó y fué mujer de David quedó virgen (4), no te escondas, sino vuelve a tratar con nosotras para que veamos lo que en ti pasa y te imitemos.

---

1 Cant., VI, 11. 2 Eccles., IX, 1. 3 Cant., VI, 12. 4 III Reg., I, 3, 4.

CAPITULO VII

SOBRE EL SEPTIMO CAPITULO DE LOS «CANTARES». EN QUE SE TRATA COMO EL VERDADERO AMOR DE DIOS CONSISTE EN SABER JUNTAR LAS OBRAS DE LA VIDA ACTIVA CON LAS DE LA CONTEMPLATIVA Y LAS PASIONES RENDIDAS CON LA RAZON Y ESPIRITU Y CUAN NECESARIA ES LA FE VIVA, LA INTENCION PURA Y LA DISCRECION VERDADERA PARA LLEGAR AL AMOR PERFECTO. DE LA UNION AMOROSA, DEL ESTADO RELIGIOSO Y DE LOS BIENES Y FRUTOS DE AMOR. DEL CELO, RECOGIMIENTO INTERIOR Y VIDA SOLITARIA Y DEL BUEN EJEMPLO DE LOS SANTOS E IMITACION DE CRISTO. DIVIDESE EN DOCE CONCEPTOS.

El concierto entre la vida activa y contemplativa.

El Esposo torna a referir la hermosura de su Esposa y los bienes espirituales que se hallan en el alma perfecta, nombrándola con el nombre de Sulamite, y así responde a las almas devotas que deseaban ver su espíritu:

¿Qué verás en Sulamite sino coros de escuadrones? (1).

Como quien dice, lo que mi querida alma que de veras me ama tiene son actos interiores de amor de Dios y de otras virtudes con obras y palabras santas, viviendo vida concertada. Pero, Señor mío, ¿qué quiere decir coros de escuadrones? ¿Los coros no son de ángeles y los escuadrones de soldados que por la mayor parte son hombres libres? ¿Los coros no son de cantores y los escuadrones de guerreadores? En los coros hay música, contento, suavidad y dulzura; en los escuadrones, sangre, gritería, muertes, desventuras y trabajos. Pues ¿por qué juntáis coros con escuadrones? ¡Oh, siervos de Dios, atended a la delicadeza del razonar del Esposo! El concierto y orden son causa de la suave armonía de la música en los coros de los cantores y de los ángeles, y el mismo orden y concierto es causa de la fortaleza y victoria en los escuadrones de los soldados; y así da a entender que se ejercite su Esposa en obras de vida activa concertadas y en concertados pensamientos y deseos de vida contemplativa. Quiere que los deseos amorosos y actos interiores de las virtudes sean dulces, tiernos, delicados y de gusto para con Dios y para con los prójimos; mas también que sean fuertes guerreadores y victoriosos contra los demonios y pecados, y por eso junta coros con escuadrones.

En el concierto de la vida activa y contemplativa consiste la perfección.

Hubo en un tiempo controversia grande entre los filósofos que se llamaban estóicos y los peripatéticos, diciendo los estóicos que el hombre perfecto ha de obrar sin pasiones con sola la razón; los peripatéticos decían que obra más perfecta es la que nace de la pasión movida de la razón, porque las pasiones humanas son como instrumentos o armas de la voluntad; y más buena cuchillada es la que se da con espada que sin ella; mayor amor de Dios es el que nace de la caridad junta con la pasión del amor natural, que de sola la

Las obras más perfectas son las que proceden de la razón y pasiones juntas.

1 Cant., VII, 1.

caridad descalza y desnuda. Llámanse las pasiones zapatos, porque así como los zapatos se hacen de animales muertos, así las pasiones que están en el apetito, para ser las que deben, han de nacer de la mortificación. Queriendo, pues, el Esposo dar a entender que le agrada mucho el alma que procede con la razón y pasión juntas, porque tiene ya tan mortificadas las pasiones que no solamente no contradicen a la razón pero antes la ayudan a obrar y afervoran en el amor y virtudes, dice así:

¡Qué hermosos son tus caminos y pasos en los zapatos y calzado, hija del príncipe! (1).

Como quien dice, alma perfecta, hija de Dios, oh cuánto me agradan tus actos, que son tus pasos, cuando van calzados con las pasiones. Y así ha de mirar el alma que quisiere acertar a ser muy agradable al Señor, qué pasión corre en su interior, y según el viento de la pasión que soplare, enderezar el timón de la intención al acto de la virtud que es más parecida a aquella pasión.

Si se viere naturalmente amorosa, ponga la intención en Dios y hará una hermosa caridad; si tuviere condición de aborrecer, acuérdese de sus faltas y ganará aborrecimiento propio; si se hallare combatida de la tristeza, vuelva el timón con la memoria de sus pecados a la contricción; si con alegría, levante el espiritu a la gloria y bondad de Dios y hará actos de buenas alabanzas divinas.

Si se viere temeroso, acuérdese de las ocasiones que le pueden hacer pecar, y con este temor se recatará mejor. El atrevido abrácese con la confianza y humildad y emprenderá grandes obras; el airado revuelva la ira contra sí mismo y alcanzará una perfecta mortificación. Finalmente, es muy agradable a Dios la obra cuando va junta con la pasión, y la pasión cuando va gobernada por la fe y por la razón.

La fe viva, firme y pura.

Prosigue el Esposo en contar la hermosura de su Esposa nombrando las virtudes por las facciones hermosas que tiene, que ya arriba hemos declarado, y entre otras dice:

Tu cuello es como torre de marfil (2).

El cuello significa la fe, que ha de ser firme como torre y pura como el marfil.

Tus ojos como las piscinas o fuentes manantiales de Hesebón, que están en la puerta de la hija de la multitud (3).

La intención pura y grande.

Como quien dice, tus intenciones sean puras y claras proponiendo muchas y grandes cosas buenas, aunque en la ejecución midiendo tus fuerzas, estado y salud no las pongas por obra.

Era Hesebón la ciudad real y donde residía la corte del rey de Seón; tenía una plaza delante de la puerta principal de la ciudad, donde se hacía mercado y acudía mucha gente de aquel reino y de otros a comprar y vender; junto a esta puerta había dos fuentes

1 Cant., VII, 1. 2 Ib., 4. 3 Ib.

manantiales, a manera de estanques o balsas, que eso quiere decir piscinas, cuya agua era clarísima y muy fresca y provechosa, y así a ella venían todas las de la ciudad con sus cántaros para llevar que beber. Compara, pues, las intenciones, que son los ojos del alma, a estas dos fuentes. Porque ha de ser la intención pura y clara de donde saquen el agua del merecimiento las demás potencias. Y el llaman aquella puerta hija de la muchedumbre, dando a entender la mucha gente que se juntaba en aquella plaza el día de mercado, es decir, que aunque el alma pueda hacer y ejercitar pocas cosas, no se estreche para no querer desear y pedir a Dios muchas proponiendo de hacerlas si estuviera en su mano. Una religiosa no puede salir de su convento porque guarda clausura; más dentro de su celda y monasterio puede tener intención de convertir todas las almas del mundo. No da limosna el religioso porque es pobre; pero gusta mucho nuestro Señor de verle con intenciones y deseos que, si tuviera con qué, fundara cien mil monasterios y hospitales e hiciera otras limosnas.

De la discreción.

La prudencia y discreción en las almas devotas asegura la perseverancia en las buenas obras, aclara cuáles son los buenos pensamientos y endereza la intención. Y por esa causa habiendo el Esposo loado a la Esposa de sus ojos, que significaban las intenciones, la loa de sus narices, que quiere decir su discrección. Porque así como por las narices olemos para escoger lo que hemos de comer o dejar, así con la discreción determinamos lo que nos está bien poner por obra de las muchas cosas que la intención nos propone y de lo que nos hemos de apartar, y por eso dice:

Tu nariz es como la torre del Líbano que mira contra Damasco (1).

Había en el monte Líbano una fortaleza de los israelitas, que estaba en frontera de sus enemigos, los gentiles de Damasco, con quien de ordinario traían guerra. Y en hebreo Líbano quiere decir blancura, y Damasco sangre. Porque la verdadera discreción del alma devota escoge para obrar y hablar las palabras y obras puras, y declara cuáles sean las peligrosas que provienen de carne y sangre y no del espíritu para pelear contra ellas, estando siempre como en frontera contra todo lo que puede dañar.

De la religión y perfección.

La Religión que es estado de vida perfecta, y la perfección que es unión amorosa del alma con Cristo, en los religiosos es el principio de todos sus bienes y en los seglares el fin de sus deseos. Esta perfección o religión compara el Esposo al monte Carmelo, diciendo:

Tu cabeza es como el Carmelo (2).

Porque demás de que aquel monte era muy fértil, provechoso y deleitoso, en él dió principio el santo profeta Elías a la vida religiosa, obedeciendo a las palabras con que Dios le llamó del siglo cuando le dijo: Apártate de ahí y camina contra el oriente y escóndete en el arroyo de Carith y allí beberás del arroyo, que a los cuervos he mandado te den tu sustento (3). En las cuales, si bien se mira,

---

1 Cant., VII, 4.   2 Ib., 5.   3 III Reg., XVII, 3, 4.

se encierran los tres votos y las virtudes principales de todas las Religiones y lo que más hace al caso para unirse el alma con Cristo y llegarse a la perfección, que son seis cosas. La primera, renunciación del siglo y apartarse de todas las ocasiones, que eso quiere decir apártate de ahí. La segunda, penitencia y mortificación, y eso es caminar contra oriente, porque oriente se llama nuestro amor propio. La tercera, clausura y encerramiento, por eso dice escóndete. La cuarta, caridad de Dios y del prójimo significada en el nombre del arroyo de Carith. La quinta, pobreza verdadera y tomar las cosas de esta vida como de paso sin echarnos en ellas de bruces, como hicieron los buenos soldados de Gedeón (1), y eso quiere decir beber del arroyo. La sexta, verdadera confianza en Dios y obediencia a los prelados, que por esa causa dice a los cuervos he mandado que te sustenten, como si dijera, dejando tú la hacienda por mí, no tengas miedo que mueras de hambre, que yo te enviaré la comida aunque sea por mano de los cuervos. Y porque también cuervos se llaman los prelados, se significa en estas palabras la obediencia y confianza.

De los buenos pensamientos.

De la verdadera religión y perfección del alma nacen los buenos pensamientos, así como de la cabeza nacen los cabellos. Estos han de ser de amor generoso, real y libre de respetos humanos, y siempre se han de lavar con el agua de la contrición por las ordinarias faltas que se pegan mientras en esta vida estuviéremos. De estos pensamientos habla el Esposo diciendo:

Los cabellos de tu cabeza como la púrpura del rey puesta en flecos (2).

Porque así como cuando se lava la seda carmesí o la grana de polvo, mirada detrás de los canales del agua clara donde se lava, hace uno hermosísimo y resplandecientísimo color que le da la claridad y transparencia del agua; así los pensamientos más agradables al Señor son los que están unidos y juntos y van a parar a un solo fin, que es agradar a Dios, y son de amor de Dios y del prójimo, lavándolos siempre con lágrimas.

¡Oh, qué hermosa eres, carísima, en los regalos; tu estatura es semejante a la palma, y tus pechos a los racimos (3).

Bienes del amor.

En estas palabras declara el Esposo los bienes del amor divino. El primero es que hace al alma hermosa y agradable a Dios. El segundo, enriquécela con gustos y regalos espirituales. El tercero, dale alteza y fortaleza. El cuarto, comunícale el espíritu verdadero, y por esa causa la llama hermosa y agradable a Dios, y dice que tiene deleites. Compárala a la palma, que es alta y símbolo de victoria, porque si alguno quisiere hacer fuerza para bajar un ramo de ella, la palma al mismo le levanta en alto. Y los racimos que contienen en sí el vino significan el espíritu que nace de los dos pechos de la voluntad y entendimiento. Esta alteza, fortaleza, espíritu, deleites y

---

1 Judic., VII, 6. 2 Cant., VII, 5. 3 Ib., VI, 6, 7.

hermosura da Cristo Jesús al alma que le ama; pero veamos qué frutos da el alma enamorada para Cristo, cuántos son los efectos que provienen del amor divino, qué coge Cristo del alma, cuando dice:

Subiré a la palma y cogeré sus frutos (1).

Los doce frutos del amor.

Maravilloso es Dios en sus criaturas. Hay en la India Oriental un género de palmas que dan doce frutos, conviene a saber: fruta, miel, azúcar y vinagre para comer; agua, vino y vasos para beber; hilo y agujas para coser lo que hemos de vestir; cuerdas para navegar en la mar; madera y tejas para labrar las casas en que hemos de morar en la tierra. No se pudiera creer esto si no se viese por experiencia; porque estas palmas llevan los cocos, dentro de los cuales hay cierta fruta sabrosa a manera de avellanas y agua muy dulce, delicada y provechosa, y de las cáscaras de estos cocos se hacen curiosos vasos; sangrando el tronco de este árbol sale un cierto zumo y licor que se bebe como vino; y dejándolo acedar al sol, se vuelve vinagre: cociendo este licor se torna miel, y afinándole con más lumbre, de miel se endurece y hace azúcar. Lleva la palma unas espinillas duras que les hacen sus ojos y sirven en aquella tierra de agujas, y debajo de la corteza tiene una tela delgada de que se hace el hilo que llaman de pita; de lo más grueso de estas telas se hacen los cabestrantes, que sirven en el mar de la India para atar las áncoras, y es muy buena cuerda, porque no se pudre con el agua, De estos árboles se asierra madera para labrar casas, y las hojas que son anchas sirven de tejas para cubrirlas. No hay semejanza más viva del alma enamorada y de los frutos que de ella coge su Esposo. La fruta que se come y es manjar, significa el hacer la voluntad de Dios, que es el primer fruto del amor, como dijo el Señor a los discípulos cuando le querían dar de comer habiendo estado con la Samaritana; mi manjar es hacer la voluntad de mi Padre que me envió (2). El agua significa las lágrimas de compunción, devoción y compasión que nacen del amor; los vasos llamó David a los salmos, cuando dice: Te confesaré, Señor, en los vasos del salmo (3), y se pueden comparar a la oración vocal atenta y fervorosa. El vinagre es el aborrecimiento propio; el vino el espíritu verdadero; la miel los gustos de oración en las almas enamoradas, y el azúcar la paz interior y el dulcísimo henchimiento de corazón que tienen los amantes de Cristo. Las agujas son el temor según aquello: *Confige timore tuo carnes meas* (4): el hilo la imitación de Cristo y de sus santos; los cabestrantes del áncora la paciencia en las tribulaciones; la madera para las casas el ejercicio de las virtudes; y las tejas para cubrirlas el recogimiento y clausura. Estos son los frutos del verdadero amor de Dios. Y de ellos se sigue el celo de las almas, el buen ejemplo de las virtudes, el modo de proceder con verdadero espíritu y la unión con Cristo. Esto significa el Esposo en estas palabras:

Celo, ejemplo, espíritu y unión se siguen de los doce frutos del amor.

1 Cant., VII, 8. 2 Joan., IV, 34. 3 Ps. LXX, 22. 4 Ps. CXVIII, 120.

Serán tus pechos como los racimos de la viña y el olor de tu boca como de manzanas, tu garganta como el vino preciado, digno para que le beba mi Amado y para que con sus labios y dientes le rumie. Yo para mi Amado y él se vuelve para mí (1).

Llama racimos de las viñas al celo de la honra y gloria de Dios y de la salvación de las almas, que son los dos pechos con que se crían otras almas y se trabaja para llevarlas al cielo. Olor de boca como de manzanas se dice el buen ejemplo de virtudes que se halla en la conversación y pláticas de los que aman a Dios. Garganta se dice el buen modo de proceder en el espíritu; y decir que es digno que le beba el Amado es porque gusta mucho Dios cuando tenemos buena contemplación; y dice que rumia con los labios y dientes, cuando con espíritu se tiene oración vocal y meditación, y finalmente, de todo esto se sigue la unión con Cristo, con la cual la Esposa es para en uno con su Esposo y el Esposo para su Esposa.

Del desierto, soledad y recogimiento y de sus bienes.

El desierto, la soledad, el recogimiento, salir del tráfago del mundo y dejar los negocios, tratos embarazosos y conversaciones humanas es camino muy claro para hallar muy aventajadamente el amor de Dios mediante la pureza y oración que tiene el alma sola y desembarazada que trata con Dios a solas; y así deseando la Esposa esta vida solitaria, dice a su Esposo:

Ven, querido mío, salgámonos al campo, moremos en las aldeas; por la mañana nos levantemos a las viñas, veamos si florece la viña, si las flores producen sus frutas y si florecen las granadas y allí te daré mis pechos (2).

Tres maneras hay de buscar desierto y soledad. La primera, de aquellos que de todo punto dejan el tratar con hombres y moran siempre en los desiertos o con perpetua clausura, como los padres del Yermo y los cartujos. La segunda, de los que por algún tiempo se apartan al yermo y soledad para refrescar y afervorar su espíritu, y después vuelven a comunicar con prójimos, como hacía Cristo, que se fué cuarenta días al desierto donde ayunó (3) y fué tentado, subió al monte Tabor donde se transfiguró (4), y oró solo en el monte cuando eligió sus apóstoles (5); y en otros tiempos iba a predicar al templo y a desengañar a los fariseos, y murió en presencia de muchos miles de almas en la cruz. Y Elías profeta, que a veces estaba solo en el monte Carmelo y otras venía a la ciudad de Samaria. La tercera, de algunos que de un mismo día toman algunas horas para recogerse y tratar con solo Dios en oración, y otras para hablar y negociar con los hombres, de los cuales podemos decir: *Tempus tacendi et tempus loquendi* (6). De cualquiera de estas tres maneras es bueno el desierto y soledad, pero con condición que lleve el alma consigo a Cristo, que por eso dice la Esposa: Ven, que-

La soledad y recogimiento malo.

1 Cant., VII, 8-10.
2 Cant., VII, 11, 12.
3 Math., IV, 1, 2.
4 Ib. XVII, 1, 2.
5 Luc., VI, 12-16.
6 Eccles., III, 7.

rido mío. Que el que se va al desierto sin Dios, antes ofendiéndole, como el prelado que no cumple con las obligaciones de su oficio y gobierno, ese no acierta al amor divino ni alcanza los bienes del desierto.

Hay algunos jueces y prelados o curas de almas y madres de familia que tienen negociantes, súbditos, hijas y criadas, que huyendo del trabajo y gobierno a que están obligados, se encierran y buscan soledad con título de recogimiento de su alma, y por no acudir estos tales a los negocios, gastan sus dineros los negociantes, y se pierde la justicia y se siguen pecados; o mientras la señora está recogida, las criadas y las hijas tienen libertad para ofender a Dios. No hablamos aquí de este desierto, que no es bueno. Aunque a la verdad, si uno quisiese disponerse, por más cargos y obligaciones que tenga, nunca le falta tiempo para oración y recogimiento, como dice San Bernardo escribiendo al papa Eugenio. Que así como cualquier superior o quien tiene cargo de almas siempre ha de tomar lugar para dormir y comer por más obligaciones y negocios que tenga; así siempre se ha de buscar recogimiento y oración y tiempo desembarazado para tratar del bien de la propia alma, porque escrito está: ¿Qué le aprovecha al hombre, aunque gane todo el mundo, si su alma padece detrimento? (1). Lo que ha de hacer el que estuviere en el desierto o viviere en soledad o se recogiere para la oración es, lo primero, examinar bien su conciencia y mirar con atención cómo emplea sus potencias, que son como las viñas que dan el fruto, y eso quiere decir levantémonos de mañana para ir a las viñas. De este examen nace la pureza del alma, que es el primero y principal fundamento del amor. Lo segundo, examine y mire cómo le va de espíritu y oración, que eso quiere decir mirar cómo florece la viña del libre albedrío. Lo tercero, examine si pone por obra los propósitos, deseos y buenos pensamientos que en la oración ha tenido, y eso quiere decir si las flores, que son los buenos propósitos, producen fruto. Lo cuarto, mire cómo le va de amor de Dios y del prójimo, y procure cada día irse aventajando más en este amor, y eso se entiende cuando dice si florecieron las granadas. Que por ser la flor de la granada de color de púrpura, significa el amor. Finalmente, lo que se ha de hacer en la soledad y recogimiento es entregar a Dios de todo punto el entendimiento y voluntad, y hacerle señor absoluto del libre albedrío y de toda el alma, y eso entiende la Esposa cuando dice allí te daré mis pechos.

Los cinco ejercicios del desierto.

La imitación de los santos leyendo y considerando sus vidas nos despierta en gran manera para más amar a Dios, así las vidas de los santos antiguos como de los santos más nuevos y las vidas de los de nuestros tiempos. Esto da a entender la Esposa por estas palabras:

Del buen ejemplo de los santos.

Las mandrágoras dieron olor en nuestras puertas (2).

Es la mandrágora un género de planta a manera de berenjena; su flor es muy olorosa y sus manzanas o fruta es de muy

1 Math., XVI, 26. 2 Cant., VII, 13.

buen sabor y de mucha virtud, especialmente para concebir las mujeres estériles y que no paren, como se vió en el deseo que tuvo Raquel, la mujer de Jacob, que era estéril, aunque hermosa, de unas mandrágoras que halló en el campo Ruben, hijo de su hermana Lía; y después de haberlas comido parió a José y a Benjamín. La raíz de la mandrágora tiene unos ramos o brazos y es de tal hechura, que de ellas se pueden hacer figuras de hombres con brazos y piernas esculpiendo y labrando en ella con un cuchillo rostro y miembros, y después de así labradas, tornándolas a meter debajo de la tierra, se hacen las mandrágoras, con que los embaucadores suelen engañar gente que no sabe lo que es, fingiendo no sé qué historias de charlatanes. Mas sea como fuere, las mandrágoras son figura de los santos y principalmente de los mártires, cuya raíz es Cristo, de quien dice San Pablo: *In similitudinem hominum factus, et habitu inventus ut homo* (1), no porque Cristo no fuese verdadero hombre, sino porque se hizo semejante a hombre pecador siendo hombre y Dios. Las flores de la doctrina de los santos y sus palabras son de gran provecho, y las manzanas de sus obras de gran fruto y ejemplo para amar mucho a Dios quien lee sus vidas. Dice, pues, la Esposa que estos santos, especialmente cuando se celebran sus fiestas, que eso llama dar olor en las puertas, dan de sí olor de buen ejemplo. Y dice también

Guardaré para tí todas las manzanas nuevas y viejas (2).

Porque las obras de los santos antiguos y las de los modernos son de tanta eficacia en el alma, que con su imitación, aunque sea estéril, dará por fruto a José, que quiere decir aumento de virtudes, y a Benjamín, que se interpreta hijo de mi mano derecha, y significa la fortaleza para resistir a las tentaciones y persecuciones de los hombres y demonios.

CAPITULO VIII

EN QUE SE TRATA DE LA LIBERTAD QUE HA DE TENER EL ALMA QUE QUISIERE AMAR PERFECTAMENTE A DIOS. DEL AMOR NATURAL MEZCLADO CON EL DIVINO. DE LOS GUSTOS ESPIRITUALES Y FRUTOS DE AMOR. DEL BUEN AMOR QUE NACE DE LA RELIGION Y DE LA CONSIDERACION DE CRISTO EN LOS BRAZOS DE SU MADRE Y EN LA CRUZ. DE LA FORTALEZA DEL AMOR COMPARADO A LA MUERTE, AL INFIERNO Y AL FUEGO, Y COMO SE HAN DE HABER LOS MAESTROS CON SUS DISCIPULOS PARA ENSEÑARLES EL AMOR DE DIOS. DECLARANSE VEINTE CONCEPTOS SOBRE EL CAPITULO OCTAVO DE LOS «CANTARES».

Del amor libre y sin respetos humanos y temor de murmuraciones.

Desea el alma el amor de Dios libre, no atado a respetos humanos; amor de Dios firme y fuerte sin temer ni hacer caso de malicias, murmuraciones ni del desprecio en que tienen los del mundo a las almas fervorosas que exterior e interiormente se ejercitan en

---

1 Ad Philip., II, 7. 2 Cant., VII, 13.

virtudes heróicas muy diferente del que tienen las pusilánimes, que aunque desean agradar a Dios y salvarse, por temor de no ser murmuradas y que les llamen hipócritas, encubren las virtudes, huyen de confesar y comulgar en público, no se atreven a reprender al que jura o murmura, y con esto se recatan de hacer obras exteriores del servicio de Dios. Este deseo declara la Esposa con estas palabras:

Quien te me diese, hermano mío, que mamas los pechos de mi madre, que te hallase fuera solo y te bese y nadie me menospreciase por ello (1).

Para entenderlas de raíz se advierta, que en las aldeas las mozuelas mayorcillas, como de doce o trece años, suelen traer en brazos a sus hermanitos niños y besarles, y esto no parece mal ni nadie lo murmura, y cuando acaece que la madre está ocupada en algún servicio casero y envía a la muchacha fuera de casa con algún mandado, sienta el niño a la puerta, y el niño como se ve solo y con hambre, llora porque la madre le dé el pecho, y cuando la muchacha vuelve y así le ve, tómale en brazos, bésale y regálale y méteele a su madre que le dé a mamar. Esto parece bien a todo el mundo y nadie lo murmura. Quisiera, pues, la Esposa poder andar siempre abrazada con su Esposo y públicamente traerle en sus brazos gozando de su presencia sin que nadie la murmurase. Supuesta esta comparación, lo que desea el alma es andar siempre abrazada de Cristo, hablando y tratando de él y de su humanidad santísima, imitando lo que él hacía cuando estaba en el mundo, sin que nadie la murmure ni llamase hipócrita; y así dice: quien te me diese, hermano mío, Cristo Jesús, que estás a los pechos de mi madre la humanidad, que te halle yo acá fuera de aquel abismo y piélago infinito de la Divinidad, como quien dice, haciendo obras humanas que yo pueda imitar, sin hacer caso de los calumniadores y murmuradores que de esto dicen mal y lo tienen por hipocresía.

Dulcísimo es el amor de Cristo en el Santísimo Sacramento del Altar. Eficacísimo es el amor de Cristo en la cruz y ternísimo cuando le consideramos en los brazos de la Virgen, su Madre, y mamando la suavísima y angélica leche de sus pechos o dentro de su sacratísimo vientre antes que naciese. Desde allí nos enseña doctrinas de pureza de alma, devoción, ternura y amor a la Virgen y otras innumerables virtudes, y por esa causa dice la Esposa: **Del tierno amor de Cristo considerado en los brazos y vientre de la Virgen María.**

Te tomaré en mis brazos y te llevaré a casa de mi madre y a la recámara de la que me engendró y allí me enseñarás (2).

El amor más perfecto y subido es, como dijo el Señor, cuando le amamos con todo nuestro corazón, con todas nuestras potencias, con todas nuestras fuerzas y fortaleza (3), sin dejar amor natural a ninguna criatura que no sea mezclado con el amor divino. Este amor nos declara la Esposa diciendo: **Del amor natural espiritualizado.**

1 Cant., VIII, 1. 2 Ib., 2. 3 Matth., XXII, 37.

Te daré una bebida de vino adobado (1).

Tres maneras de amor.

Así como hay tres maneras de vino, uno natural, otro atosigado y mezclado con veneno y ponzoña, otro adobado con azúcar, especería y olores, como lo que llaman ipocras o clarea; así hay tres maneras de amor: uno natural, como el que tiene la madre a su hijo, la hermana a su hermano etc.; otro sensual y torpe, como el que está inficionado con pecados sensuales y deshonestos; otro es amor natural, divino y espiritualizado, que es cuando el amor natural, mediante la gracia y el espíritu y oración, se levanta a Dios y para Dios. Sea ejemplo: Tenía una señora principal un niño único, solo, hermoso y gracioso que criaba a sus pechos y amaba tiernamente; dió en considerar que aquel niño era una viva imagen del Niño Jesús, y procuraba hacer con él lo que la Virgen haría con Cristo cuando le criaba. Fuéle de tanto provecho esta consideración, que en poco tiempo subió a una cumbre admirable de amor de Dios adobando y confeccionando el amor natural de su niño con aquel espíritu, memoria y consideración de Cristo, que éstos son los adobos y especias del amor natural.

Doce maneras de amor natural.

Doce maneras hay más principales de amor natural, conviene a saber: el amor que tiene la hija o hijo a su padre o madre; el que tiene la madre a su hijo, el de la hermana al hermano, el de la esposa a su esposo, el amor de la dama o enamorada, que en estos países se llama metresa, a su galán o servidor; el del discípulo a su maestro; del súbdito a su prelado; del soldado a su capitán; el de un amigo a otro amigo, compañero o camarada; el amor que tiene el esclavo a su señor; el del vasallo a su rey, y finalmente, el amor de la criatura a su Dios. Cada una de estas maneras de este amor tiene su afecto más principal, aunque tienen otros muchos, porque el amor de hijo a su padre es reverencial; el de la madre al hijo es tierno; el del hermano es confiado; el de la esposa es unitivo con que se entrega del todo a su esposo como cosa suya; el amor de la dama a su galán es fervoroso; el del maestro es amor sabio; el del prelado obediente; el del soldado al capitán amor fuerte; el del esclavo a su señor humilde; el del vasallo a su rey es temeroso; y, finalmente, el amor que se tiene a Dios es con adoración. Pues cuando el alma junta todos estos amores en Cristo y le ama con todos estos afectos, así como cuando se exprimen las granadas en el lagar sale un zumo, licor y mosto suavísimo, así sale un amor preciosísimo de la junta de estos doce amores y doce afectos en Cristo. Esta bebida ofrece la Esposa a su Cristo, diciendo, te daré a beber

Doce afectos naturales de amor.

Mosto de mis granadas (2).

Llama granadas a todas las maneras que tiene el amor natural y a los afectos con que naturalmente amamos. ¡Oh, válgame Dios! quién pudiese declarar este vino adobado y mosto de granadas, y el amor con que el alma enamorada dice a su Cristo: Yo conozco, Señor,

---

1 Cant., VIII, 2. 2 Ib.

y confieso que vos sois mi Padre y como a Padre os tengo de reverenciar, pues me decís: *Si ego Pater, ubi est honor meus* (1). Sois también mi hijo, pues decís que el que hiciere la voluntad de mi Padre es vuestra madre (2). Sois mi esposo, mi galán, mi maestro, mi prelado, mi capitán, mi compañero, mi Señor, mi rey y mi Dios: yo, vuestra hija, vuestra madre, vuestra hermana, vuestra esposa, vuestra enamorada, vuestra discípula, vuestra súbdita, vuestro soldado, vuestra compañera, vuestra esclava, vuestra vasalla y vuestra criatura. Dadme vos, Señor, que yo os ame con reverencia, ternura, confianza, unión, fervor, luz, obediencia, fortaleza, suavidad, humildad, temor y adoración, etc.

Y no solamente se hace de una vez este vino de todas estas granadas y vienen todos estos amores juntos, que la granada, como hemos dicho, es símbolo del amor por los granos encendidos que tiene, que significan los buenos deseos, sino que va el alma repartiendo por muchos días la oración variando la consideración de estos amorosos nombres de Cristo y ejercitando estos afectos; o en una misma hora de la oración mental que tiene cada día, va considerando cada uno de ellos de por sí, con que la oración se hace muy durable y perseverante. Y es también de advertir que no solamente considera a Dios como a su padre, hijo, etc., sino que a la voluntad de Dios o a la Virgen María tiene como hija y como esposa, etc., considerándose ella ser su padre y su esposo, etc.; y con esto acrecienta mucho más el amor perfecto, ejercitando con Cristo y con su voluntad o con la Virgen los veinticuatro afectos de amor, los doce que tiene la hija al padre, etc.., y los otros doce que tiene el padre a su hija, etc. Délo su divina Majestad a entender por experiencia que no sé decir más que es dulcísimo este vino de granadas.

De este vino adobado y mosto de granadas suele nacer muy de ordinario el éxtasis y arrobamiento, del cual dice la Esposa quedándose dormida en los brazos de su Cristo.

Su mano izquierda debajo de mi cabeza y con su derecha me abrazará (3).

Y el Esposo la guarda este sueño, diciendo:

Yo os conjuro, hijas de Jerusalén, que no despertéis ni hagáis velar a mi Amada hasta que ella quiera (4).

Que porque arriba lo he declarado no lo torno a repetir.

De los gustos espirituales del amor.

¿Quién podrá contar los gustos, los regalos y dulzuras que recibe el alma enamorada de Cristo cuando va creciendo en espíritu y subiendo de virtud en virtud? De esto se admiran las almas devotas que preguntan:

¿Quién es ésta que sube del desierto llena de regalos? (5).

Siete gustos espirituales. Júbilo.

Muchos son los gustos y regalos espirituales de las almas amorosas; contemos ahora siete. El primero se llama júbilo, que es como

1 Malach., I, 6.
2 Matth., XII, 50.
3 Cant., VIII, 3.
4 Ib. 4.,
5 Ib., 5.

una risa que viene al espíritu y luego se pasa, que no sabrá decir qué sea sino quien le recibe. *Nemo novit nisi is qui accipit* (1); y bienaventurado el que le sabe por experiencia, según aquello: *Beatus populus qui scit jubilationem* (2). El segundo es alegría espiritual, que es una paz interior que resulta de la buena conciencia y del amor de Dios, con que el alma anda siempre alegre en el Señor interior y exteriormente con rostro sereno y modesta alegría, de la cual dice San Pablo: *Gaudete in Domino semper* (3). El tercero se dice embriaguez del espíritu, que es un ímpetu de gran alegría que saca al alma fuera de sí y parece que la emborracha para no entender cosa sino de Dios, quitándola toda la vana discreción. El cuarto es devoción sensible, que es el afecto de amor de Dios que llega hasta el apetito, con que el alma se ofrece a Cristo, según aquello: *Devotione devovimus nos* (4). El quinto son lágrimas dulces que se suelen destilar, como el agua que se saca de flores, de las meditaciones de la pasión de Cristo con el fuego de amor. El sexto se llama ternura y derretimiento interior con que el corazón parece que se deshace con el espíritu y palabras amorosas que de Dios le viene, según aquello: *Emittet verbum suum et liquefaciet ea; flabit spiritus ejus et fluent aquae* (5). El séptimo es la compañía agradable del Esposo, que le parece al alma que le tiene presente y dentro de su corazón, y que está gozando de esta su asistencia con gran contento y dice a sus hermanos: *Gustate et videte quam suavis est Dominus* (6).

Alegría espiritual.

Embriaguez.

Devoción.

Asistencia divina.

De la unión con Cristo.

Estos y otros muchos e inefables son los gustos y regalos del amor; mas sobre todos ellos es la unión de todas las potencias con Cristo, cuando el alma ya parece que no anda por sus pies obrando con sus propias y solas fuerzas, sino que todo lo que piensa, habla y obra es como de Cristo que en ella vive y hace todas sus obras, y esto da a entender diciendo que sube

En los brazos de su Amado (7).

Bienes del amor que nacen de la cruz de Cristo.

Grandes son los bienes que vinieron al alma por Cristo crucificado y los efectos de amor que hace el árbol de la cruz en el corazón de quien con atención y devoción la considera. Estas riquezas de la cruz, que son innumerables, manan de la gracia con que Cristo crucificado nos resucitó, y por esa causa dice el Esposo:

Debajo de un árbol manzano te resucité, que ahí fué corrompida tu madre y violada la que te engendró (8).

Para declarar estas palabras quiérome aprovechar de una historia que refieren Rabenu Acados en las respuestas que da al procónsul Antonino Pío y Rabby Simeón, hijo de Yohay, en el libro que se intitula *Machat Achader*, a los cuales cita Pedro Galatino y Jacobo

1 Apoc., II, 17.
2 Ps. LXXXVIII, 16.
3 Ad Philip., IV, 4.
4 Act., XXIII, 14.
5 Ps. CXLVII, 18.
6 Ps. XXXIII, 9.
7 Cant., VIII, 5.
8 Ib.

Siro, obispo de Edisea, y lo traen Rufino, Eusebio, Nicéforo y otros en la historia de la Invención de la Cruz. Y es que cuando se vió Adán desterrado del Paraíso terrenal, lleno de miserias y desventuras, envió uno de sus hijos a pedir remedio, el cual dicen que estuvo trescientos años a la puerta del mismo Paraíso, pareciéndole no haber estado un solo credo; tanta era la suavidad del lugar donde se hallaba. Al cabo de este tiempo, el serafín que guardaba la puerta le dió un ramo cortado del mismo árbol en que Eva fué engañada y Adán pecó, diciendo que le llevase a su padre para remedio de su culpa; mas cuando volvió con el ramo, ya Adán era muerto y plantóle sobre su sepultura en Hebrón: creció el ramo e hízose un gran árbol, cortáronle para la fábrica del templo de Jerusalén; y habiéndole labrado, cuando le vinieron a asentar en el templo en el lugar para donde le habían ajustado, no venía igual a ninguna parte donde le ponían, y como en el templo cuando se fabricaba no se había de oir sierra ni martillo (1), enfadados con este madero le pusieron como por puente para pasar un arroyo que venía a parar a la probática piscina. Y dicen algunos que pasando por encima de él la reina de Sabá, dijo: Este madero sobre que yo tengo mis pies, tiempo vendrá que ande sobre las cabezas de los reyes y emperadores. Y como con la inundación del arroyo y muchas avenidas de aguas viniese este madero a sumirse en la probática piscina, cuando los judíos sentenciaron a Cristo a muerte de cruz, nadó este madero sobre el agua y de él se la fabricaron. Y por eso dice el Señor: en el mismo manzano en que pecó tu madre Eva, se fabricó mi cruz donde te resucité.

Palabras de la reina de Sabá.

Ponme por señal sobre tu corazón y por señal sobre tu brazo (2).

Que no hay cosa que más importe para el verdadero amor y perfección del alma que la imitación de Cristo, y tenerle por blanco y señal de todos nuestros pensamientos y deseos que nacen del corazón y de las obras que hacemos con nuestro brazo, imitando lo que él interior y exteriormente obró.

Imitación de Cristo.

Es el amor fuerte como la muerte (3).

Porque así como el que se muere antes de llegar al tránsito, cae enfermo en la cama, tiene hastío de los manjares y no quiere comer, viene a enflaquecerse y muda el color y pelea con el demonio en la agonía; y cuando le viene la muerte se le aparta el alma del cuerpo y se le remata y acaba la vida, y el que bien muere comienza a vivir nueva vida en Dios; así el que ama a Cristo cae en la cama de la quietud, aborrece y tiene hastío de los deleites del mundo, enflaquécese, y fáltanle las fuerzas del amor propio, muda el color del rostro, dando buen ejemplo si antes le daba malo; anda en una perpetua guerra y batalla contra los demonios resistiendo a las tentaciones, apártase su alma de los deleites del cuerpo, y es el amor fin de todas las perfecciones, según aquello: *Omnis consummationis vidi finem; latum mandatum tuum nimis* (4),

Compárase el amor a la muerte.

1 III Reg., VI, 7.
2 Cant., VIII, 6.
3 Cant., VIII, 6.
4 Ps. CXVIII, 96.

así como la muerte es fin de todos los trabajos. Y llama David al mandamiento del amor de Dios y del prójimo mandamiento ancho, porque se ensancha el corazón hasta amar a los enemigos. Y finalmente, el que de veras ama, ya no vive, porque en él vive Cristo, como decía el amoroso San Pablo: *Vivo ego, jam non ego, vivit in me Christus* (1).

Dura es la emulación como el infierno (2).

Llama aquí el Esposo emulación al amor de Dios y del prójimo cuando va con celo de su honra y gloria y de la salvación de las almas, que es el que llamábamos arriba amor perfecto; y dice que es duro como el infierno, porque no hay comparación más al vivo del verdadero amor y de sus afectos que el infierno y sus penas. Doce penas hay en el infierno y doce afectos y glorias se hallan en el amor de Dios y del prójimo. La primera es tinieblas palpables; y en el amor se halla la oscuridad y niebla y el no querer ver, cerrando los ojos con fe viva a lo que Dios quiere, y esta misma oscuridad y tiniebla, que llama San Dionisio *caligo divina* e Isaías humo (3), es lo supremo de la contemplación, cuando el alma se deslumbra de la luz y resplandor de la grandeza de Dios que iba conocimiento, y cesa de quererla entender ni comprender y se arroja en el amor, así como Moisés cuando subió al monte y llegó a su cumbre pasó por una niebla para hablar y tratar con Dios (4). La segunda pena son visiones horribles de demonios, y a las almas que mucho aman, da Dios visiones y revelaciones, así exteriores, como la zarza de Moisés (5), e imaginarias, como las del *Apocalipsis*, e intelectuales, como de algunos profetas. La tercera pena, que es en los oídos, son estruendos espantables, y a esta corresponde en el amor las inspiraciones divinas, las voces y hablas interiores y la vocación que Dios hace unas veces con palabras formadas, otras como quien hace señas. La cuarta pena del olfato es el hedor insufrible; y en el amor es la discreción de espíritus que Dios da a sus amigos y el buen ejemplo de la vida. La quinta es hambre y sed insaciable; y a ésta corresponde el hambre y sed de justicia que a quien la tiene, promete Dios hartura eterna. La sexta es el fuego inextinguible que abrasa las almas y cuerpos de los condenados; y en los justos es el fervor amoroso. La séptima son tormentos eternos; y a ellos corresponden en el amor los impetuosos deseos de amar a Dios y de verle rostro a rostro que atormentaban el corazón del amante que decía: *Cupio dissolvi et esse cum Christo* (6), y de un alma enamorada que cantaba: «Vivo sin vivir en mí—Y tan alta vida espero,—Que muero porque no muero». La octava pena es el gusano roedor; y en el amor es el remordimiento de la conciencia que por los pecados de la vida pasada o por las faltas e imperfecciones que hace al presente, por pequeñas que sean, le están comiendo las entrañas. La novena es melancolía suma; y al verdadero amador le dura toda la vida la con-

Las doce penas del infierno y doce afectos del amor.
Tinieblas.
Visiones.
Estruendos e inspiraciones.
Hedor.
Buen ejemplo.
Hambre y sed.
Justicia.
Fuego.
Fervor.
Tormentos.
Impetus.
La Madre Teresa de Jesús.
Gusano.
Remordimiento.
Melancolía.
Penitencia.

1 Ad Gal., II, 20.
2 Cant., VIII, 6.
3 Isai., VI, 4.
4 Exod., XIX, 16-20.
5 Ib., III, 2.
6 Ad Philip., I, 23.

trición y penitencia. La décima es la desesperación que tienen los dañados de todo bien; y en los buenos la desconfianza de si mismos y confianza en solo Dios. La undécima, aprensión de todo mal; y en el amor se llama esto temor filial y reverencial con verdadero celo y compasión de todas las miserias que hay en el mundo. La duodécima y última pena del infierno, que se llama pena de daño, es carecer para siempre de la vista de Dios; y en lugar de esta tienen los amadores de Cristo la presencia divina en esta vida y en la otra la eterna visión de la divina esencia.

Desesperación. Desconfianza. Aprensión del mal. Pena de daño. Presencia divina.

Declaró el Esposo la fuerza del amor comparándole a la muerte y al infierno, y para decir de la misma fuerza y de las causas de donde nace y efectos que causa en el alma enamorada, la compara al fuego, diciendo:

Causas y efectos del fuego y del amor.

Sus lámparas son lámparas de fuego y de llamas; muchas aguas no podrán apagar la caridad ni los ríos anegarla (1).

Vemos en la lámpara estas seis cosas: vidrio, agua, aceite, torcida, mechero, fuego; y la conciencia amorosa tiene pureza, semejante al vidrio cristalino; agua de lágrimas y penitencia; aceite de misericordia y devoción; torcida de intención recta, y el mechero del buen propósito sobre que se funda esta intención, en la cual arde el fuego y la llama del divino amor, que como fuego abrasa la voluntad, y con la luz de su llama alumbra el entendimiento. Si ahora quisiese yo ponerme a contar las calidades, raíces y efectos del amor comparándole a las del fuego, principalmente aquellas treinta y tres que cuenta el divino Areopagita, sería necesario componer un gran libro de sola esta materia y salir de mi intento, que es solamente apuntar el concepto sobre cada cláusula de los *Cantares*. Porque asi como el fuego unas veces se engendra de otro fuego, de la manera que se enciende una candela allegándola al fuego, otras del movimiento, como de dos palos secos o del eslabón y pedernal cuando se hieren; otras de la luz unida como de los rayos del sol en el anteojo cóncavo de cristal; así el amor unas veces nace de llegarse el alma a Dios, que es fuego abrasador (2), otras del merecimiento de las buenas obras, otras de la soberana contemplación. Y asi como el fuego es caliente, resplandeciente y liviano que sube y hace subir hacia arriba, así el amor tiene fervor y luz y sube y levanta las almas al cielo. Y así como el fuego y calor es principio de la vida, consume y deshace las frialdades y purifica el oro y otros metales; así el amor es principio de la vida de gracia, consume los pecados y frialdades del alma y purifica la conciencia. Finalmente, a quien está bien fundado en amor, ningún trabajo, tribulación ni persecución es bastante a apartarle de su Cristo, como decía un buen enamorado con estas palabras: *Quis nos separabit a caritate Christi Jesu, tribulatio an augustia etc.* (3).

Pureza. Lágrimas. Devoción. Intención. Propósito firme. Amor divino. Tres causas del fuego y tres causas del amor. Tres cualidades del fuego y del amor. Tres efectos del fuego y del amor.

Es tan precioso el amor y de tanto valor y estima que, aunque el hombre diese la hacienda, la honra, la salud y la vida por un

Del gran valor y precio del amor.

---

1 Cant., VIII, 7. 2 Deuter., IV, 24. 3 Ad Rom., VIII, 35.

acto de amor de Dios, le compra por bien barato precio. Y por esa causa dice el Esposo:

Si diere el hombre todo lo que tiene en su casa por el amor, lo tendrá en nada y compra bien barato (1).

Tienen los hombres en mucho, entre las cosas preciosas del espíritu, la sabiduría, las palabras de gran doctrina y elegancia, las revelaciones, visiones y profecías, el hacer milagros y maravillas, dar muchas limosnas y hacer grandes penitencias y asperezas. Y aunque estas seis cosas en el alma enamorada de Dios son señal de santidad, y para canonizar los santos las examinan los papas, pero si no hay caridad y amor de Dios, todo es nada y vale nada como nos declaró el Apóstol, diciendo: *Si linguis hominum loquar aut Angelorum, etc., caritatem autem non habuero, nihil mihi prodest* (2), como quien dice: Estas cosas espirituales que parecen de tanto precio y estima no valen nada en quien no tiene caridad.

De Cristo han de aprender los maestros.

Hemos dicho arriba que el amor más perfecto es cuando el alma ama a Dios, y por su amor ama a los prójimos con celo de enseñarles la ley y elevar sus almas al cielo. Y así la Esposa, como alma llena de perfecto amor determinada de ejercitar sus talentos para salvación de cualquier otra alma su hermana, quiere saber de qué manera le enseñará a amar a Dios y al prójimo, que esta es la verdadera doctrina, y no hallando otro maestro a quien preguntar mejor esto que a su mismo Esposo, le dice estas palabras:

Nuestra hermana es pequeñuela y no tiene pechos, ¿qué haremos con nuestra hermana en el día que la hemos de hablar? (3).

Son palabras que puede preguntar el predicador cuando va a predicar; el confesor cuando va a confesar a su penitente; el maestro de los novicios cuando los va a enseñar; el prelado cuando va a hacer pláticas y a gobernar sus súbditos; el maestro de espíritu cuando tome cuenta del modo de proceder en la oración y el buen amigo cuando va a dar buen consejo a su compañero. Señor, esta mi hermana (porque no ha de tratar ningún superior con más imperio, insolencia y arrogancia a su inferior que si fuese su hermano) es pequeñuela en la virtud y no tiene pechos de amor de Dios y del prójimo con leche de doctrina con que pueda enseñar a otros, pues viene a aprender de mí, que aunque tiene pechos de entendimiento y voluntad, no los tiene enriquecidos con ciencia y caridad, que es la leche, ¿qué haremos con ella cuando fuéremos a predicar y confesar?

Primera regla para saber enseñar a otros doctrina colegida de la Sagrada Escritura.

Responde el divino Maestro, luz del mundo y Esposo de las almas, resumiendo en dos reglas toda la doctrina pastoral, que si bien se entienden, son las fuentes de donde han manado los muchos documentos que enseñó San Gregorio y todos los que han escrito esta materia:

---

1 Cant., VIII, 7. 2 I ad Cor., XIII, 1. 3 Cant., VIII, 8.

Si es muro, edifiquemos sobre él baluartes y defensas de plata (1).

Esta es la primera regla, que quiere decir: Si el discípulo viniere con propósito de aprovechar, que esto quiere decir muro, enseñémosle la doctrina que se colige de la Sagrada Escritura, y eso significa *propugnacula argentea,* porque la plata en las divinas letras siempre fué símbolo de la doctrina del Espíritu Santo. Hay algunos que enseñan a sus novicios, súbditos o penitentes doctrinas que ellos se inventan o leen en libros escritos con ingenio humano. Y muchos quieren llevar a sus discípulos por el camino con que ellos se han hallado bien, y de aquí nacen grandes yerros e ignorancias. Porque la verdadera luz de la salvación y amor de Dios es la del Espíritu Santo que enseña toda verdad (2). Y cuando los santos escriben a provecho de guiar almas, siempre su doctrina es fundada en la Sagrada Escritura, y los demás sermones retóricos y de historias y fábulas impertinentes e indoctas, que dice San Pedro, que por nuestros pecados se usan mucho en el mundo, pues hemos llegado al tiempo que decía San Pablo *coacervabunt sibi magistros, prurientes auribus* (3), son de muy poco fruto. Y es de advertir, que así como sobre las murallas de las ciudades o sobre los castillos y fortalezas se ponen torres y baluartes con artillería o con gente armada para la defensa de la ciudad cuando viene el enemigo; así cuando viene un discípulo con buena intención y propósito firme a aprender lo que le conviene, le hemos de enseñar reglas de la Sagrada Escritura con que pueda resistir a las tentaciones del demonio y defenderse de la mala doctrina de la gente engañada. También se note aquella palabra edifiquemos, porque nunca el predicador, confesor o maestro, etc., ha de predicar o enseñar sin llevar a Cristo a su lado, y que salga la doctrina de Dios y del maestro, no atribuyendo a solo su ingenio la ciencia que enseña, pues el principal maestro es Dios.

La segunda regla que da Cristo es: Si el discípulo oye de buena gana y admite la doctrina que hace al caso para su salvación, enseñémosle que calle y obre virtudes verdaderas y sólidas, y esto quiere decir:

Segunda regla que se enseñen virtudes sólidas.

Si es puerta, cerrémosla con tablas de Cedro (4).

Como quien dice: si el discípulo abre la puerta de su consentimiento a lo que le decimos, enseñémosle virtudes perfectas. Que son significadas por las tablas de cedro, que es madera incorrompible, y mandémosle que cierre la puerta de su boca y no ande descubriendo a muchos su espíritu y lo que Dios le diere en la oración. Porque cuando la bujeta del bálsamo se destapa, se exhala el olor que dentro tenía. Así que las dos reglas de Cristo son: Enseñar doctrina sólida de la Sagrada Escritura al discípulo que viniere con buen propósito y ejercitarle en verdaderas virtudes.

Agradece la Esposa a Cristo Jesús haberla dado virtudes y buenos propósitos, y dice que esto le nació de andar en la presencia divina y de vivir con paz de alma, y así dice:

De la presencia de Dios y paz del alma sa-

---

1 Cant., VIII, 9. 2 Joan., XVI, 13. 3 II ad Timoth., IV, 3. 4 Cant., VIII, 9.

len los buenos maestros.

Yo soy muro y mis pechos son como torre desde que anduve delante de él como quien halla paz (1).

Llámase muro por la fortaleza que tiene el alma perfecta en amor fundada en firmes propósitos, de quien se puede decir que se pone como muro por la casa de Israel (2) contra los malos al tiempo que guerrean por derribar la virtud, y los sus dos pechos de amor de Dios y del prójimo son como torre, y esto le nace de haber ejercitado la oración mental con paz verdadera de conciencia. Para más animar a su Esposa, le cuenta Cristo el modo que tuvo para fundar la Iglesia Católica Romana y enseñar a los hombres su doctrina evangélica, diciendo estas palabras:

De la manera que Cristo fundó la Iglesia.

Una viña tuvo el pacífico y en ella había pueblos, entrególa a los guardias, el varón da por el fruto de ella mis dineros de plata, mi viña está delante de mí (3).

Llámase pacífico Cristo, porque vino a poner paz entre el cielo y la tierra y entre los hombres y Dios, y también se llama varón por su fortaleza. La viña llama a su Iglesia y guardas de ella a los apóstoles, doctores, predicadores y prelados que la guardan; el número de mil significa gran precio. Dice, pues, Cristo a su Esposa: Mientras yo viví en el mundo, Esposa mía, gobernaba mi viña la Iglesia, que se extiende en muchos pueblos, reinos y naciones; cuando subí al cielo, dejéla en poder de los prelados, haciendo mi Vicario a Pedro y a los papas sus sucesores, para que me la guarden con la ciencia y jurisdicción que les comuniqué, y no me costó poco, pues di por ella mi vida y sangre, precio grande como el número de mil monedas. Y aunque ahora estoy en el cielo, no me olvido del bien de las almas de mi viña que siempre la tengo en mi presencia.

Cuán poco hacemos por las almas y cuánto trabajó Cristo.

Oyendo estas palabras la Esposa le responde: Por cierto, Señor, ello es así, que en comparación de lo que les cuesta a los prelados hacer fruto en la Iglesia, lo que a ti te costó es como mil en comparación de doscientos, y por eso le dice:

Mil son de ti pacífico, y doscientos de aquellos que guardan su fruto (4).

Y viendo yo cuánto te cuesta la salvación de las almas, aunque deseo estarme retirado gozando de ti a solas, de muy buena gana perderé los gustos y regalos de oración, la quietud de espíritu y la vida, si fuere menester, por ganar un alma para ti. Cuando el Esposo la ve con este deseo y determinación, aunque esté en el desierto y recogida en su celda habiendo dejado el trato y comunicación con el mundo, viendo que hay personas que holgarán de oir su doctrina, la convida a que salga a predicar y a enseñar, y dice que haga este oficio perfectamente, haciendo cuenta que cuando predica y enseña,

Combida Dios a las almas amigas de recogimiento que salgan a hacer fruto pre-

1 Cant., VIII, 10. 2 Ezech., XIII, 5. 3 Cant., VIII, 11. 4 Ib., 12.

tiene al mismo Cristo por oyente y discípulo, haciendo su oficio en la presencia divina, y así dice:

dicando la presencia de Dios.

Tú que moras en los huertos, los amigos escuchan, haz que yo oiga tu voz (1).

Como quien dice: Aunque estés recogida, mira que es mucha la mies y pocos los obreros (2), y que son mis amigos los que te esperan para el sermón; no prediques, como antes hacías, para dar gusto a hombres y ganar opinión de sabio cuando predicas, gustando que los oyentes estuviesen atentos y admirados de tu sabiduría, discreción y elocuencia, sino haz cuenta que no hay otra persona en el auditorio sino solo yo, y que a mí solo predicas y enseñas.

Es ordinaria tentación de muchos prelados, predicadores, confesores y maestros, viéndose con regalos espirituales, paz del alma, asistencia y presencia divina, no querer estudiar, predicar ni confesar por no divertirse, que es muy dificultoso estar juntamente atento uno al estudio y negocios y a la oración y espíritu; mas viendo que es más gusto de Dios que quien tiene talento, oficio y obligación de predicar, confesar y enseñar, se distraiga de la oración para estudiar, pide la Esposa a su Esposo que se ausente y la deje con la sequedad y atención de solo el entendimiento para que pueda bien estudiar, pero de tal manera que vuelva luego con mayores regalos y bienes espirituales. Y así en las últimas palabras de estos *Cantares* le dice:

No se puede fácilmente estudiar o negociar y estar recibiendo gustos de oración.

Huye, querido mío, y sé semejante a la cabra montesa y al cervatico sobre los montes de los olores (3).

Como quien dice: Señor, si quieres que yo estudie, consiénteme que me aparte de tu presencia algún poco, pero vuelve de cuando en cuando a consolarme y a darme actos de amor de Dios y de virtudes heróicas con la ligereza que suele correr la cabra montesa o el ciervo, y que tenga yo alteza de espíritu y olor de buen ejemplo, aunque por algún poco tiempo con el estudio me halle distraído.

Estos son los conceptos que se me han ofrecido sobre los *Cantares de Salomón*; los he escrito con la mayor brevedad, llaneza, claridad y propiedad de palabras que he podido, sin detenerme en traer muchas autoridades de Escritura y de doctores, ni en dilatar las muchas doctrinas que en ellos he tocado, porque espero en Dios que con sola esta breve declaración, dará su divina Majestad a quien este mi tratado leyere y meditare las palabras de los *Cantares*, cuya letra va declarada, otros muchos sentidos y misterios, con que el entendimiento quede rico de luz y la voluntad de caridad y amor divino, y se le aumente la gracia en esta vida y la gloria y bienaventuranza en la otra.

---

1 Cant., VIII, 13. 2 Luc., X, 2. 3 Cant. VIII, 14.

ARTE BREVE DE AMAR A DIOS

Dividido en ocho reglas, según las ocho que ponen los cantores para saber cantar. En que se trata brevemente de los grados, meditaciones, causas, vidas, modos y afectos del amor divino, y de las diversas fuentes de oración por donde se alcanza.

Al fin de las anotaciones que escribí sobre los *Conceptos* que hice imprimir de la B. Madre Teresa de Jesús (1), recopilé la doctrina del amor de Dios, de que allí se trataba, con un ejemplo del árbol, en que se hallan raíces, tronco, brazos, ramos, hojas, flores y fruta, porque la doctrina abreviada y asentada sobre algún buen ejemplo suele ser más clara y provechosa; así siguiendo el mismo orden, me parece no será de menos fruto recopilar lo que en este libro he escrito y la misma materia del amor divino en ocho reglas, según las que los cantores ponen de su arte de canto, que son las siguientes:

PRIMERA REGLA

De las cuatro maneras que hay de amor de Dios según las cuatro voces.

Cuatro voces hay en el canto, que se llaman contralto, contrabajo, tiple y tenor, y cuatro maneras hay de amor divino, conviene a saber: amor grande, amor fuerte, amor fervoroso y amor constante. El amor grande, que es semejante al contralto, se ejercita cuando el corazón levanta los deseos a cosas grandes por Dios. Nace este amor de altos pensamientos y del conocimiento de las grandezas divinas, según aquello de David: Llegará el hombre a corazón alto, y Dios será ensalzado (2). El que de esta manera amare, alcanzará magnanimidad de espíritu y grandeza de corazón. El contrabajo es el amor fuerte, cuando el alma por agradar a Dios, sufre todos los trabajos y desea padecer muchos más por él; pero reconociendo su miseria, se abate, humilla, teme y se aborrece, destruyendo con este amor su amor propio y venciendo sus pasiones. Nace este amor de la verdadera meditación e imitación de la pasión de Cristo y de la memoria de los muchos tormentos que han sufrido los mártires por amor, y del conocimiento de sí mismo, de su flaqueza y pasiones y de la memoria de sus pecados. El tiple es el amor fervoroso y agudo que procede de deseos encendidos, y muchas veces viene con gustos y regalos del corazón, donde se hallan los júbilos, ternuras, lágrimas amorosas, éxtasis y raptos y otros regalos divinos que Dios hace a las almas puras que de veras y fervorosamente le aman, al cual nos convida David, diciendo: Gustad y veréis qué suave es el Señor (3). El tenor

Amor grande.

Amor fuerte.

Amor fervoroso.

1 Véase la nota segunda de la pág. 154.
2 Ps. LXIII, 7, 8. 3 Ps. XXXIII, 9.

es semejante al amor quieto, firme y constante con que el alma persevera en la guarda de los mandamientos de Dios y se determina a no ofenderle ni volver atrás por ninguna cosa criada. Algunos hay que con solo este amor, fundados en la observancia y sin otros extraordinarios afectos, se salvan y llegan a la perfección; otros suben el corazón a grandes pensamientos y deseos; otros aman con humildad, temor y paciencia; otros con gustos y regalos, éxtasis y raptos; pero la más perfecta música del alma es cuando va mezclando estas cuatro voces según las diversas ocasiones y negocios. Amor quieto.

SEGUNDA REGLA

De los seis grados por donde sube el alma al amor perfecto semejante a los seis puntos.

Seis puntos tiene el canto: *ut, re, mi, fa, sol, la*, y seis grados hay de amar a Dios, que los quiero declarar con las mismas palabras con que el alma ha de subir en sus deseos, que son: *Ut*, deseo y propongo para agradar a Dios no pecar mortalmente. *Re*, deseo huir de todas las ocasiones y peligros de ofenderle. *Mi*, deseo de evitar los pecados veniales e imperfecciones lo más que pudiere. *Fa*, deseo para servir a este Señor guardar sus mandamientos y cumplir con las obligaciones de mi estado. *Sol*, deseo hacer las mayores obras y ejercitar las virtudes más heróicas que pudiere por darle gusto. *La*, deseo en imitación de Cristo padecer trabajos y cruces por no le ofender y darle contento. Estos son los seis grados del amor, y puédense declarar de otra manera.

El primero, cuando el alma llega al desengaño verdadero y aparejarse para bien morir, que este es el *Ut*; *utinam saperent, et intelligerent, ac novissima providerent* (1), ojalá supieran y entendieran y proveyeran la hora de la muerte. El segundo, apartarse de todos los pecados y ocasiones, *Re*; *recede a malo* (2), apártate del mal. El tercero, llegarse a Dios y frecuentar Sacramentos, ejercitarse en buenas obras. *Mi*; *mihi autem adhaerere Deo, bonum est* (3), a mí me está bien llegarme a Dios. El cuarto, ejercitarse en actos interiores y exteriores de virtudes. *Fa*; *fac bonum* (4), haz buenas obras. El quinto, renunciar el amor de todas las criaturas y buscar solamente la honra y gloria de solo Dios. *Sol*; *Soli Deo, honor, et gloria*. El sexto, sufrir todos los trabajos y dolores con alegría por amor de Cristo; *La*; *laborem et dolorem consideras*. Con estos seis puntos en que va subiendo el alma con sus deseos y propósitos, mezclando los cuatro modos y maneras de amor que hemos dicho, se hace suavísima música de amor divino. Desengaño.

---

1 Deuter., XXXII, 29.
2 Ps. XXXIII, 15.
3 Ps. LXXII, 28.
4 Ps. XXXIII, 15.

TERCERA REGLA

De las veintiuna meditaciones más principales para alcanzar el amor de Dios, comparadas a los veintiún signos de la mano.

Para saber cantar enseñan los cantores veintiún signos en la mano, que llaman *Gamaut, Are, etc.*, y para saber amar a Dios, aprovechan veintiuna meditaciones, que son de las más provechosas que se tienen en las horas de la oración de la mañana y noche, por los siete días

Siete meditaciones de la mañana.

de la semana, según el orden siguiente: Por la mañana, domingo, se medita la resurrección de Cristo; lunes, cuando lavó los pies a sus discípulos e instituyó el Santísimo Sacramento; martes, la oración del huerto; miércoles, los azotes a la columna; jueves, cuando fué coronado de espinas y sentenciado a muerte; viernes, cuando llevó la cruz a cuestas y fué crucificado; sábado, el descendimiento de la cruz y

Siete meditaciones de la noche.

la soledad de Nuestra Señora. A la noche hay otras siete, por el mismo orden, conviene a saber: El domingo en la noche, la miseria humana; lunes, los pecados; martes, la brevedad de la vida; miércoles, el paso de la muerte; jueves, el juicio final; viernes, las penas del infierno; sábado, la bienaventuranza de la gloria y devoción con Nuestra Señora. Mezclando estas meditaciones con las de la mañana,

Siete meditaciones más universales.

gana el alma mucho amor de Dios. Los otros siete signos son siete meditaciones de gran fruto, y cada una de ella se puede dividir por todos los siete días de la semana en otras siete, y son las siguien-

Meditación de la ley.

tes: La primera, meditar en el libro de la ley de Dios. Medítanse los diez mandamientos de la ley natural, los cinco de la Iglesia, los decretos de los Concilios y Papas que estamos obligados a guardar, los estatutos, regla y constituciones; las particulares obligaciones de

De las virtudes. Obras de misericordia. Dones del Espíritu Santo. Sacramentos. Deseos del Paternoster. Pecados mortales.

su estado; los mandatos de los superiores y prelados, los consejos y avisos de los confesores y amigos. La segunda, meditación de las siete virtudes. La tercera, de las obras de misericordia así espirituales, como corporales. La cuarta, de los dones del Espíritu Santo. La quinta, de los siete Sacramentos, de que hizo un divino libro de meditaciones para toda la semana Santa Gertrudis. El sexto, de siete deseos y peticiones del *Paternoster* para pedir y desear. El séptimo, los siete pecados mortales para huir de ellos. Estas son las veintiuna meditaciones de donde principalmente nace el amor de Dios, y por ellas, como por una mano y sus artículos, se enseña el alma a cantar en este divino amor.

CUARTA REGLA

De los tres principios y causas del amor divino que corresponden a las tres claves de la música.

Tres claves ponen los cantores que son como tres principios para entonar la música, y tres principios, causas y motivos hay para amar

Quién es Dios.

a Dios. El primero es considerar quién es Dios y quién es Cristo; y entendiendo el alma sus perfecciones y calidades y meditándolas, se enciende en el amor divino; pues Dios no deja de ser amado por no ser bueno sino por no ser conocido, como dice San Anselmo. La se-

gunda causa de amar a Dios es lo mucho que él nos ama; y un amor, como dicen, es piedra imán de otro amor. La tercera, los muchos beneficios y mercedes que Dios nos ha hecho y hace cada día.

Lo que nos ama.

Lo que nos ha dado.

QUINTA REGLA

De las tres vidas del amor de Dios, activa, contemplativa y unitiva, que son como las tres propiedades de la música.

Tres propiedades ponen los músicos, que llaman natura, bemol, becuadro. Y pues el amar a Dios es vida, y quien no le ama, como dice San Juan, está en muerte (1), estas tres propiedades son tres vidas de amor, conviene saber: vida activa, en la cual por amor y con amor nos ejercitamos en obras para disponer nuestras almas propias a que amen a Dios, y en obras de caridad y ministerio de nuestros prójimos; y es tan natural este amor, que quien con él se guiare podemos decir que canta por natura. Vida contemplativa es como el canto blando, tierno y abemolado con que amando contemplamos las cosas divinas, recibiendo con gusto y ternura mercedes y dádivas sobrenaturales de la oración. Vida unitiva o perfecta, que es vida alta y de grandes propósitos y deseos que el alma hace cuando está unida con Dios, es semejante al modo que llevan los cantores cuando alegremente cantan por becuadro. Podemos también comparar estas tres propiedades o sones a tres caminos por donde el alma se guía en el amor de Dios, que llama San Buenaventura las escrituras, las criaturas y el mismo Dios conocido en la oración. Porque de las lcriaturas que vemos, se levanta nuestro espíritu a las cosas invisibles que no vemos, que es una manera de canto por natura. De las escrituras que leemos sacamos luz y doctrina para entender a Dios y las virtudes por donde le hemos de alcanzar en el modo suave del estudio y meditación, mas cuando con luz sobrenatural comunicada en alto espíritu nos arrebatan el corazón, le amamos fuerte y alegremente, como quien canta por becuadro.

Vida activa.

Vida contemplativa.

Vida unitiva.

Tres caminos para el amor.

SEXTA REGLA

De las tres cuantidades y consonancias del amor, que son tres imitaciones que mueven al amor divino.

Tres cuantidades ponen los cantores, que llaman, *diatessaron, diapente* y *diapason*, y tres consonancias. tercera, quinta y sexta. Es el *diatessaron* de cuatro voces; porque en griego *tessara* quiere decir cuatro; *diapante,* es de cinco, que *pente* quiere decir cinco; *Diapason* de ocho, y son de todas, porque *pas* en griego quiere decir todo. Estas tres cuantidades en el amor son tres imitaciones que el alma tiene para moverse al amor divino. La primera, comparada al diatessaron es de cuatro maneras de santos, conviene a saber, imitación de la buena vida y costumbres de los hombres buenos que

Diatessaron, imitación de los Santos.

---

1 I Joan., III, 14.

hay en la tierra, cuya conversación y ejemplo guía grandemente para el amor. La segunda, la imitación de la vida, virtudes y costumbres de los santo del cielo. Que así como son en nueve grados, así mueven al alma a nueve modos de amor, conviene a saber, los patriarcas y profetas al amor con misericordia de los prójimos; los apóstoles y evangelistas al amor con viva fe; los mártires al amor padeciendo;, los pontífices al amor gobernando otras almas; los confesores al amor celoso; los abades al amor religioso; las vírgenes al amor casto; las matronas al amor activo, y los niños que se fueron al cielo recién bautizados al amor sincero. La tercera, la imitación con los ángeles, que así como son nueve coros, nos enseñan nueve virtudes heróicas con que se ejercita el amor; los serafines, caridad encendida; los querubines, contemplación; los tronos obediencia; las dominaciones, señorío de espiritu; los poderíos, justicia; las virtudes, obras de supererogación; los principados, prudencia; los arcángeles, pureza y los ángeles, humildad. La cuarta es la vida y costumbres, obras, palabras y pensamientos de la Virgen María, superior a todos los ángeles y santos, considerada e imitada, que nos guía al verdadero amor de Dios.

Diapente, imitación de Cristo en cuanto hombre.

La segunda cuantidad es de diapente, y porque en el cuerpo de Cristo hubo cinco llagas, podemos en ella declarar la imitación de la vida, muerte y misterios de Cristo en cuanto hombre. Y por esta cantidad va cantando el alma muy seguramente, pues Dios se hizo hombre, como dice San Agustin, para que le imitásemos los hombres viendo sus acciones humanas.

Diapason, imitación de Dios.

La tercera cuantidad de diapason es la consideración e imitación de Dios, en que se hallan las perfecciones y virtudes que al alma amorosa pueden mover para amar a Dios, conviene saber; omnipotencía, sabiduria, bondad, justicia, misericordia, inmensidad, eternidad e incomprensibilidad. Las consonancias tercera, quinta y sexta significan la rectitud en las tres potencias del alma, cinco sentidos exteriores con la lengua, que todo esto se ha de purificar y perfeccionar imitando a Dios, a Cristo y a los santos.

Ocho bienaventuranzas.

SETIMA REGLA

De los ocho afectos amorosos y ocho frutos del amor de Dios semejantes a los ocho tonos por donde se canta.

Ocho tonos o modos ponen los músicos por donde van ordenando el canto, principalmente el de los salmos de David, y ocho afectos hay en el amor divino que corresponden a estos tonos, y los podemos llamar devoción, ímpetus, fervor, júbilos, ternura, embriaguez del espíritu, éxtasis, rapto y unión; no los declaro más en particular porque sería necesario escribir de solos ellos un libro grande y lo tengo escrito en otras partes. Podemos también por estos ocho tonos declarar ocho frutos que nacen del amor en el alma enamorada, y se llaman pureza, temor, fe viva, confianza verdadera, virtudes, perseverancia en el bien, aumento de gracia y aumento de gloria eterna.

Ocho afectos amorosos.

Ocho frutos del divino amor.

OCTAVA REGLA

De las ocho maneras que hay de oración y espíritu con que ejercita el alma el amor de Dios.

Ocho figuras ponen los cantores, que llaman: *máxima, longa, brevis, semibrevis, minima, seminima, corchea, semicorchea.* Y según el número de estas ocho figuras hay ocho maneras de oración en donde se engendra el amor de Dios, las cuales se llaman oración vocal, meditación ordinaria, contemplación atenta, oración de quietud y centro del alma, visiones y revelaciones exteriores, palabras y asistencia amorosa de Dios en el alma con luz y alienación de sentidos. Fuera muy gustosa materia, si despacio las comparáramos a las ocho figuras del canto que nombré particularizando en cada una lo que tiene; pero déjolo, porque mi intento en este sumario Arte del amor divino no es dilatarme en la materia del amor, sino poner estas ocho reglas o documentos para recopilar lo que he dicho sobre estos ocho libros de los *Cantares* y descubrir el camino por donde puede proceder quien quisiere escribir más difusamente de esta materia y ejercitarse en el divino amor. Que Nuestro Señor nos dé a todos para nuestra perfección y gloria eterna.

MUSICA ESPIRITUAL

DE LAS ALABANZAS DEL SANTISIMO SACRAMENTO, EN QUE SE TRATA DE LA FE, CONSIDERACIÓN, AMOR, ADORACIÓN E IMITACIÓN CON QUE SE HA DE ALABAR Y DE LA PREPARACIÓN Y APROVECHAMIENTO CON QUE SE HA DE RECIBIR.

PROLOGO

EN QUE SE PROPONE EL TITULO, MATERIA, DIVISION, ESTILO E INTENCION DE ESTE LIBRO.

A las muy Religiosas Madres del Monasterio de Corpus Christi de Madrid. Fr. Jerónimo Gracián de la Madre de Dios, Carmelita.

Alabado sea el Santísimo Sacramento. Escríbeme Vuestra Reverencia que el Rey nuestro señor, Dios le guarde, alcanzó ahora de Su Santidad otros cien años de perdón a todos los que dijeren o escribieren estas palabras: «Alabado sea el Santísimo Sacramento». Y que los cantores las han puesto en punto de canto de órgano y las cantan en acabando la solemnidad que ahí se hace cada jueves, que me ha dado deseo de verme en la iglesia y ayudar a cantar en esa capilla. Pero ya que estoy tan lejos en estos países de Flandes y tan cerca de tierras de herejes, donde tanto se blasfema este mismo Señor, parecióme ayudar desde acá a Vuestra Reverencia y a los cantores con un poco de música espiritual en alabanzas del Santísimo Sacramento, escribiendo este breve tratado, en que declara la fe, consideración, amor, reverencia e imitación de este divino pan, y la preparación con que se ha de recibir y ejercicios que ha de hacer quien lo hubiere recibido para mayor aprovechamiento de su alma. Irá dividido en ocho capítulos, según los ocho tonos de la música, con el estilo más claro y breve que yo pudiere, no deteniéndome mucho en doctrina de teología ni en muchas razones y autoridades de Sagrada Escritura y de santos para autorizar y probar lo que diré, porque mi intento es solamente mover los afectos y aprovechar las conciencias. Encomiéndenme al Señor, y alabado sea el Santísimo Sacramento.

Título del libro.
De lo que ha de tratar.
División y estilo.
Intención del autor.

LITANIAE AD DEUM DOMINUM NOSTRUM

DE SACROSANCTA EUCHARISTIA EX SCRIPT. ET SS. PATRIBUS.

Kyrie, eleison. Christe, eleison, etc.
Christe, fili Dei vivi
Christe, panis Angelorum
Christe qui es cibus apostolicus
Adorandum Christi corpus
Adunatio hominis ad Christum
Aeternum mysterium
Alimentum spirituale
Angelorum esca
Angelicum, caeleste, summeque venerandum sacrificium
Agnus absque macula
Animarum potus et esca
Benedictio mistica
Benedictio vivificativa
Beneficium Christi praestantissimum
Calix benedictionis
Caro Christi vivificatrix, et pro mundi vita
Cibus et conviva
Cibus in cujus fortitudine itur ad montem Dei
Caeleste antidotum quo a peccatis praeservamur
Communicatio Deifica et mistica corporis et sanguinis Christi
Communis totius orbis victima
Consummatio Sacramentorum
Corporalis unio ad Christum et substantialis Filii Dei participatio
Corpus Christi verum
Corpus Domini deificatum, sanctum et sanctificans
Corpus crucifixi vivificativum
Deus absconditus et Salvator
Divinae affluentia largitatis
Divinum et augustissimum Sacramentum
Divinum et propitiatorium sacrificium
Divinus carbo comburens peccata, et illuminans corda nostra
Donum transcendens omnem plenitudinem
Dulcissimum convivium cui assistunt Angeli ministrantes
Esca timentibus Dominum
Eucharistia corporis et sanguinis Christi
Frumenti adeps satians nos
Frumentum electorum
Gratia Christi salutaris
Gratia vivificativa
Hostia pura et incruenta nos mundans
Illibata victima et incruenta sacrificii servitus
Incruenta, rationalis et suavis victima

MISERERE NOBIS

Juge sacrificium
Magnum salutis nostrae pretium
Manna absconditum
Maximum dilectionis signum
Medicamentum et holocaustum ad sanandas infirmitates et purgandas iniquitates
Memoria passionis Christi et mirabilium Domini
Mensa Domini adversus eos qui tribulant nos
Mensa propositionis et dulcissimi convivii
Memoriale praecipuum divini amoris
Mirabile Sacramentum
Mysterium Christianorum in Salvatoris corpore et sanguine dedicatum
Mysterium fidei et pacis, maxime horrendum et verendum
Mysterium pietatis terram nobis caelum faciens
Mysterium nostrae redemptionis et unitatis, quo Christo unimur
Novi testamenti nova oblatio
Oblationis Dominicae sacrificium, et oblatio incruenti sacrificii
Offerens et oblatio
Panis benedictionis deifer, sanctificatus et cor hominis confortans
Panis filiorum Dei in cujus fractione Christus agnoscitur
Panis vitae vitam praestans homini, qui de caelo descendisti et qui caro es pro mundi vita
Panis egentium et vita pauperum
Panis suavissime omne delectamentum in se habens
Panis substantialis animae substantiam fulciens
Panis in Dei Verbi corpus immutatus
Panis omnipotentia Verbi caro factus
Panis pinguis et deliciae regum
Panis supersubstantialis
Pharmacum immortalitatis
Pignus futurae gloriae et perpetuae felicitatis
Pingue holocaustum, praecelsum et venerabile Sacramentum
Propitiationis hostia ac purum ac immaculatum corpus Christi
Rationabile sacrificium ac victima perennis
Refectio animarum sanctarum
Sacramentum panis, et communicatio carnis et sanguinis Christi
Sacra oblatio et sacrificium omnium sanctissimum
Salutiferum et omni suavitate repletum convivium
Stupendum supra omnia miraculum
Sacratissima Dominicae Passionis commemoratio et Eucharistia
Sacrosanctum et augustissimum mysterium
Sanctus cibus et incorruptum epulum
Signum unitatis et spiritualis animarum cibus
Spiritus dulcedo in proprio fonte degustata
Symbolum gratiarum actionis divinorum mysteriorum corporis et sanguinis Christi
Transelementatio panis et vini in corpus et sanguinem Christi
Transubstantiatus panis

MISERERE NOBIS

Tremendum, impollutum, vitaleque Sacramentum
Verbum caro factum, habitans in nobis
Verum Ecclesiae sacrificium
Vere propitiatorium pro vivis et defunctis
Viaticum animarum et in Domino morientium
Vinculum charitatis
Vitale Sacramentum et impollutum
Vivifica sanctificatio
Vinum germinans virgines

MISERERE NOBIS

Propitius esto—Parce nobis, Domine
Propitius esto—Exaudi nos, Domine
Ab indigna corporis et sanguinis tui sumptione
A concupiscentia carnis
A concupiscentia oculorum
A superbia vitae
Ab omni peccandi occasione
Per desiderium illud quo hoc Pascha cum Discipulis manducare desiderasti
Per summam humilitatem qua Discipulorum pedes lavasti
Per ardentissimam charitatem qua hoc divinum Sacramentum instituisti
Per sanguinem tuum pretiosum quem nobis in altari reliquisti
Per quinque vulnera hujus tui corporis sacratissimi, quae pro nobis suscepisti

LIBERA NOS DOMINE

Peccatores
Ut nobis fidem, reverentiam, devotionem hujus admirabilis Sacramenti augere et conservare digneris
Ut ad frequentem usum Eucharistiae per veram peccatorum confessionem nos perducere digneris
Ut nos ab omni haeresi, perfidia ac cordis caecitate liberare digneris
Ut sanctissimi hujus Sacramenti pretiosos et caelestes fructus nobis impertiri digneris
Ut in hora mortis nostrae hoc caelesti viatico nos confortare et munire digneris
Fili Dei

TE ROGAMUS AUDI NOS

Agnus Dei qui tollis peccata mundi—Parce nobis, Domine.
Agnus Dei, etc.

℣. Panem caeli dedit eis.
℟. Panem Angelorum manducavit homo.

ORATIO

Deus, qui nobis sub Sacramento mirabili passionis tuae memoriam reliquisti: tribue, quaesumus, ita nos Corporis et Sanguinis tui sacra mysteria venerari; ut redemptionis tuae fructum in nobis jugiter sentiamus. Qui vivis et regnas cum Deo Patri in unitate Spiritus Sancti Deus. Per omnia saecula saeculorum. Amen.

TONO PRIMERO

EN QUE SUMARIAMENTE SE PROPONEN CON ALGUNAS FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA, LA FE CONSIDERACION, AMOR, ADORACION, IMITACION, APERCIBIMIENTO PARA BIEN COMULGAR Y EJERCICIOS ESPIRITUALES QUE SE HAN DE HACER DESPUES DE LA COMUNION PARA QUE SEA ALABADO EL SANTISIMO SACRAMENTO.

Orden es del Espíritu Santo para mayor provecho de nuestras almas, que con solemnidad y música de voces concertadas cantemos los versos de alabanzas divinas, para que por la melodía y suavidad exterior se muevan nuestros espíritus, tibios en la caridad y flojos en la virtud, al interior fervor y espirituales alabanzas del Santísimo Sacramento. A este propósito escribe el glorioso San Basilio estas palabras: *Quando Spiritus Sanctus nos vidit aegre persuaderi ad complexum virtutis, ac proinde ad ineundam vitae rectitudinem per hoc lentescere, et quod toti ad consectandam voluptatem propenderemus, quid fecit? nimirum Scripturae suae dogmatis mixtim inspersit concinnam istam numerorum modulationem, ut auribus permulctis ac delinitis, mellico vocum conceptu clam, ac velut aliud agentes, sineremus in animos nostros irrepere eloquiorum divinorum utilitatem* (1). Cuando el Espíritu Santo, dice, nos vió desabridos para abrazar las virtudes y flojos en buscar la rectitud de nuestra conciencia, y que del todo nos inclinábamos al gusto del sensible deleite ¿qué hizo? mezcló con las palabras la música y canto concertado, para que atraídos con la dulce melodía de la voz, escondidamente dejásemos entrar en nuestros ánimos el provecho espiritual de las palabras divinas que cantamos, etc. Lo mismo, dice San Cipriano, que hace su Esposa nuestra Madre la Iglesia, que como a niños tiernos nos regala con solemnidades exteriores y con cantares suaves para hacernos adormecer y olvidar de los deleites del siglo, y nos procura el sueño espiritual de la contemplación soberana y el gusto de la suavísima leche de los Sacramentos, así como las piadosas madres que cantando adormecen sus niños. Y así cuando oímos la música y cantos eclesiásticos y vemos las solemnidades exteriores y sensibles, conviene que procuremos la música espiritual, los pensamientos y deseos y buenos propósitos de agradar a Dios, que son los que más nos hacen al caso. Porque si solamente por el gusto exterior, sin procurar la mayor honra y gloria de Dios y provecho de nuestras almas, celebramos sus fiestas, seremos, como dice San Gregorio Nacianceno, semejantes a muchos gentiles y judíos, que sin Dios y con solas las ceremonias exteriores celebraban las suyas. *Sane judaeus festivitatem peragit, verum secundum litteram: peragit et festivitatem gentilis, sed ut placeat daemonibus: nos autem ut omnia sint spiritualia, ita ut ratio in omnibus dominetur, et homo secundum Deum dirigatur* (2). Celebra, dice, sus fiestas el judío, pero según la letra; el gentil para agradar a los demonios, pero nosotros para que todo sea espiritual, y siendo señora la razón, el hombre se encamine al servicio de Dios.

---

1 MG. **29**, 211. 2 MG. **35**, 839.

Por esta causa me movi a escribir esta Música espiritual, deseando que así como el Santísimo Sacramento es alabado con músicas, cantos y solemnidades exteriores, lo sea también con la fe, consideración, amor, imitación y adoración; y que le recibamos con verdadero apercibimiento de nuestras almas, para que después de haberle recibido, nos entre más en provecho la comunión, que de estas siete cosas tengo de tratar en los tonos que se siguen. Y para proceder en ellos con más orden y fruto de quien esto leyere, me pareció apropósito fundar esta doctrina en ejemplos y figuras de la Sagrada Escritura. Porque según dice Orígenes (1), así como el Verbo Divino para salvación del mundo se vistió y cubrió con carne humana, tomada de las entrañas de la sacratísima Virgen, así la doctrina espiritual, para que sea más provechosa a las almas, es bien que se funde, vista y encubra con las figuras y jeroglificos de la Sagrada Escritura.

Figuras de la Biblia en que se funda esta doctrina.

Para la fe.

Leo en el *Apocalipsis* un libro cerrado con siete sellos (2), que me declara la fé de este Sacramento, en que hay siete secretos qué se han de creer con rendimiento de viva y verdadera fe. Leo la casa de la sabiduría donde se puso la mesa y se convidan los pequeñuelos a comer del pan y beber el vino, edificada sobre siete columnas (3), que éstas y los siete ojos de una piedra que vió Zacarías (4), significan siete consideraciones de siete grandezas divinas que se hallan en este manjar; las cuales levantan el espíritu y le suben al corazón alto, donde Dios es alabado y glorificado (5). Siete mujeres, que refiere Isaías que se abrazaron con un buen varón (6), dan a entender que para abrazarnos, unirnos y juntarnos con Cristo y comunicar este divino misterio, que por esa causa se llama *Synaxis* que quiere decir comunión, hay siete modos de amor unitivo, que es lo supremo a que el amor puede llegar. Leo aquel misterioso hombre del *Apocalipsis* entre siete candeleros de oro (7), y siete lámparas ardiendo (8) alrededor del trono de Dios y siete días de la solemnidad del Templo (9); y háceme todo esto acordar de siete razones de adoración o siete excelencias o siete órdenes de santos, que adoran y reverencian, loan y alaban al Santísimo Sacramento, y siete grandezas que en él se hallan encerradas para su mayor alabanza. Y en siete trompetas de los ángeles que avisaban y en los siete días en que fué criado el mundo, entiendo la imitación del Santísimo Sacramento por razón de siete cosas que se hallan en las especies sacramentales, que si el alma las quisiere imitar, vendrá a ser muy perfecta, con que sea alabado el Santísimo Sacramento.

Para la consideración.

Para el amor unitivo.

Para la adoración.

Para la imitación.

Para el buen aparejo de recibirle.

Para el provecho después de haber comulgado.

También leo en el *Levítico* que se ofrecían con los panes ácimos siete corderos, y que siete veces se expiaba y limpiaba el altar donde se ofrecía el sacrificio, que son figura de siete preparaciones que ha de tener el alma para comulgar bien. Y en las siete espuertas en que se recogió lo que sobró después de haberse hartado los cua-

---

1 MG. 12, 405.
2 Apoc., V, 1.
3 Prov., IX, 1, 2.
4 Zachar., III, 9.
5 Ps. LXIII, 7, 8.
6 Isai., IV, 1.
7 Apoc., I, 12, 13.
8 Apoc., IV, 5.
9 II Paralip., VII, 8.

tro mil hombres, que cuenta San Mateo (1), veo los ejercicios que se han de hacer después de haber comulgado para recoger y guardar la gracia, espíritu y devoción que de la comunión se recibe, y así me parece que fundaré mejor mi doctrina en los jeroglíficos y figuras del Espíritu Santo, que he tocado, que en el órgano de las siete flautas del Pan, pastor de los egipcios, en que algunos declaran estas siete músicas espirituales del Santísimo Sacramento, significado por este pan, porque como dice Justino filósofo mártir, mejor es usar de figuras y jeroglíficos del Espíritu Santo, que de los gentiles. Y que cuanto los cantores en su música y los siervos de Dios dijeren o escribieren para ganar los perdones, alabado sea el Santísimo Sacramento, pueden en el corazón con espíritu, devoción y afecto interior decir: 1. Creído sea de todo el mundo el Santísimo Sacramento con viva fe, de siete inefables secretos que en él se encierran. 2. Considerado, entendido, meditado y contemplado sea el Santísimo Sacramento con conocimiento de siete grandezas que contiene, para que el alma reciba luz de este misterio. 3. Amado sea el Santísimo Sacramento con el supremo amor de los siete modos de amor unitivo, para que mediante este amor se junte y haga una misma cosa con Cristo quien bien le alabare. 4. Adorado, reverenciado, loado, ensalzado y glorificado sea el Santísimo Sacramento en compañía de Cristo, de la Virgen, de los ángeles, de los santos del cielo, de los que padecen en purgatorio y de todos los hombres de la tierra, para que todos nos ayuden a alabarle. 5. Imitado sea el Santísimo Sacramento, para que mirándose en el alma como en un espejo alcance siete perfecciones que de esta imitación se le siguen. 6. Recibido sea el Santísimo Sacramento de todos los que comulgan con siete apercibimientos que disponen a recibir más gracia y espíritu en la sagrada comunión. 7. Aprovechado y fructuoso sea el Santísimo Sacramento en los que le han recibido con siete ejercicios espirituales, que conviene hagan después de haber comulgado para conservar la gracia que recibieron, y alcanzar mayores bienes y mercedes cuando otra vez comulgaron.

Tabla de los siete capítulos y tonos de este libro.

De la fe.

De la consideración.

Del amor.

De la adoración.

TONO II

DE LA FE CON QUE SE HA DE CREER ESTE SANTISIMO SACRAMENTO PARA ALABARLE COMO CONVIENE. PONENSE SIETE SECRETOS MISTERIOSOS QUE EN EL SE ENCIERRAN. Y DECLARASE CON EJEMPLOS Y AUTORIDADES DE SANTOS, QUE NO SON IMPOSIBLES, AUNQUE NO CONVIENE QUE EL ENTENDIMIENTO LOS QUIERA PENETRAR Y ESCUDRIÑAR CURIOSAMENTE, SINO QUE CERRANDO LOS OJOS DE LA RAZON NATURAL, LE ALABE CON LA LUZ DE LA FE.

La Fe es necesaria para alabar al Santísimo Sacramento.

Alabado sea el Santísimo Sacramento. Y así como es imposible sin fe agradar a Dios (2), es imposible sin fe alabar el Santísimo Sacramento; y bienaventurados los que no ven (3) ni comprenden este misterio y le creen con firme, verdadera y viva fe. Y, como dice el divino Basilio, la fe es guía de todas las cosas de Dios. Fe

1 Matth., XV, 37. 2 Ad Haebr., XI, 6. 3 Joan., XX, 29.

digo y no demostración ni evidencia; porque la fe es argumento de lo que no se puede ver, y cuando canta la Iglesia que ella sola es bastante para firmar el corazón sincero, no se entiende que para salvarnos basta sola la fe, porque es necesario que sea acompañada con caridad y obras; pero para que el corazón firme le pueda alabar, basta la fe, y no es menester evidencia de estos misterios, antes es imposible que ningún entendimiento criado sea bastante a penetrar los divinos secretos que aquí están encerrados; porque si no sabes el camino del viento y cómo se juntan los huesos en el vientre de la mujer preñada para formarse el cuerpo humano, ¿cómo podrás, dice el Sabio (1), entender las cosas de Dios y principalmente las del Santísimo cuerpo de Cristo? Come y calla, que así dice la madre a su niño cuando le da un manjar de gran dulzura; y preguntándola el niño cómo se llama aquel manjar, le responde la madre: *comi-calla.* Que al fin, como refiere San Gregorio Taumaturgo, esta fe es el principio y fin de todas sus virtudes, y es un libro escrito por de dentro y por de fuera; por de dentro, con los misterios de Dios que en él se contienen, y por de fuera con las especies sacramentales que se ven y conocen con los sentidos, cerrado con siete sellos de siete inefables secretos, que solo el Cordero divino puede penetrar y descubrir.

sin querer entender el misterio.

El primer sello y secreto es que, debajo de aquello que parece pan y vino, está el verdadero cuerpo y sangre de Cristo Jesús y toda la divinidad de Dios, tan grande, tan inmensa e infinita como está en el cielo. Está el cuerpo vivo y entero con su sangre y está la sangre viva en las venas de su vivo cuerpo. Y de aquí es, que quien comulga con sola la hostia, como comulgan los seglares, sin el cáliz, no tiene que se agraviar porque no le dan la sangre, pues recibe cuerpo, sangre y divinidad de Cristo. Te parecerá imposible que siendo Dios inmenso y que no cabe en cielos ni en tierra quepa en tan pequeño lugar como ocupa la hostia; ello es la verdad, no tienes que dudar. Que, como dice San Atanasio: *Melius est dubitationem obortam silentio reprimere et credere, quam propter dubitationem dissidere*; más vale, dice, cuando viene alguna duda del Santísimo Sacramento, callar y creer, que por la duda desconfiar. ¿Por ventura entiendes cómo está todo Dios por esencia, potencia y presencia en la más mínima criatura, aunque sea una hormiga? ¿y cómo estaba encerrada toda esta su grandeza en tan pequeño lugar como el vientre de una doncella? pues ¿por qué quieres entender cómo está todo Dios en tan pequeño lugar como la hostia consagrada? Cree con fe viva que allí está todo Dios tan grande, omnipotente e inmenso como está en el cielo; y así como le alabarías si le vieses en su trono de la gloria, cuando le ves en el altar, con la misma reverencia, esperanza, temor y viva fe di: Alabado sea el Santísimo Sacramento.

Primer secreto se ha de creer.

El segundo sello y secreto es que lo que veo con mis ojos, toco con mis manos y gusto con mi boca, que parece pan y vino, no es pan ni vino. Que si puede el demonio por medio de las pa-

Segundo secreto.

---

1 Eccles., XI, 5.

labras de un nigromántico, hechicero o encantador hacer apariencia de lo que no es sino figura ¿por qué no podrá Dios, que es omnipotente, hacer por medio de las palabras de un sacerdote, que aquello que parece pan y vino no sea pan ni vino sino cuerpo de Cristo? Cáeme en gracia que los negros del Congo llaman a los sacerdotes Gangas de Zambrembungo, que quiere decir hechiceros de Dios, porque les dicen que con sus palabras hacen que lo que parece pan es cuerpo del Señor. Solamente están allí las especies y accidentes, y debajo de ellas están encerradas las grandezas de Dios, sin que quede substancia de pan y vino: *Sub diversis speciebus, signis tantum et non rebus latent res eximiae*, canta la Iglesia. No se aniquila la sustancia del pan y del vino, sino que por una maravillosa e inefable e incognoscible manera de conversión, que los teólogos llaman transubstanciación, el pan y vino se convierten en cuerpo y sangre de Cristo. Y así como sabía a carne, pescado y fruta el maná que bajó del cielo, pero no era carne ni fruta sino pan de ángeles; así aunque te sepa a pan y vino lo que comes y bebes en el Sacramento, no es pan de la tierra sino el pan que bajó del cielo (1). Y pues los antiguos hebreos, sin entender el misterio, alababan a Dios por el maná que les dió (2), procura tú con mayor alabanza, de suerte que *antiquum documentum novo cedat ritui*, alabar este Señor, diciendo: Alabado sea el Santísimo Sacramento.

Tercer secreto.

El tercer sello y secreto que se ha de creer, sin quererle ver y penetrar, es que aunque haya muchas hostias consagradas, no hay más de un cuerpo de Cristo; y si se te hiciere dificultad, oye lo que dice San Ambrosio, que si la palabra de mi boca siendo una, entera se recibe en cada uno de los oídos, aunque sean muchos los que me oyen; y si la mujer sareptana con un poco de óleo henchió muchos vasos (3) ¿por qué no podrá Dios hacer que su Divino Verbo, Cristo Jesús, que es una sola palabra que nace del Padre Eterno, siendo solo uno en el cielo, no esté en muchas hostias consagradas y en diversos lugares? *Quod non capis, quod non vides, animosa firmat fides, praeter rerum ordinem.* Créelo con la fe viva, y donde quiera que veas la hostia consagrada, aunque sean innumerables formas y en diversos lugares, está cierto que siendo un solo Dios, está tan entero en cada hostia como está en el cielo; y si no entiendes cómo es, alábale sin quererlo entender, diciendo: Alabado sea el Santísimo Sacramento.

Cuarto secreto.

El cuarto y divino sello misterioso es que aunque se quiebre la hostia y rompa en muchas partes, no se quiebra ni rompe el cuerpo de Cristo, que entero se queda en cada una de ellas. Por ventura cuando se quiebra el espejo en muchas partes ¿en cada una de ellas no queda entero el rostro que se representaba en todo él? ¿rompese la figura?, no por cierto; ¿pues por qué quieres saber más ni escudriñar cómo sea esto?, deja a los teólogos y filósofos, a quien pertenece disputar con los herejes para darles a entender que no es imposible este misterio, que lo averigüen, aprovechándose de la doctrina de los filósofos, aunque sean de gentiles, cómo los accidentes

Teologia brevemente declarada del Santísimo Sacramento.

1 Joan., VI, 59. 2 Exod., XVI, 13-36. 3 IV Reg., IV, 3-6.

se distinguen *realiter* de la substancia, y que el primero de los accidentes es la cantidad; que esta cantidad puede ser sujeto de los demás accidentes cuando milagrosamente está apartada, y que la cantidad tiene dos efectos, el primero, hacer las partes extendidas en el mismo cuerpo; el segundo, hacerlas extendidas en orden y que ocupen lugar; y que estos dos efectos puede Dios apartar, dando el primer efecto a la cantidad del cuerpo de Cristo y el segundo a la cantidad del pan. De donde infieren que, pues el accidente se distingue de la sustancia, puede Dios apartar los accidentes del pan de su sustancia, y poner la cantidad por fundamento de los demás accidentes, y que la cantidad propia del cuerpo de Cristo le haga estar tan grande en la pequeña parte de la hostia como está en el cielo; y la cantidad del pan ocupar solamente el lugar que el pan ocuparía, y romperse sin que se rompa la cantidad del cuerpo de Cristo. ¿No lo entiendes?, no lo entiendas ni lo quieras escudriñar con curiosidad, pues como dice San Clemente, papa: *Quod fide perceptum est, a curiosa inquisitione alienum sit oportet*; lo que se cree por fe, no se ha de ver con curiosidad, y así sin entenderlo, alábale diciendo: Alabado sea el Santísimo Sacramento.

El quinto misterio y sello cerrado es que con verdad podemos adorar a Dios en el Santísimo Sacramento según la figura, estado y obras que hizo cuando estuvo en el mundo, y ahora como está en el cielo, según que nosotros quisiéremos, sin que sea imaginación falsa sino verdadera adoración. Si queremos loarle como a niño en el vientre o brazos de su madre, bien podemos, y si a la diestra del Eterno Padre, en nuestra mano está; y ni más ni menos crucificado, resucitado, etc. Porque, como dice San Cipriano, es este divino Sacramento un espejo maravilloso que representa en sí todas las figuras e imágenes de Cristo, como acaece a un espejo redondo en que se miran todos los objetos y alhajas que están en un aposento, en cuyo medio está colgado el espejo; y así este *speculum sine macula et candor lucis aeternae* (1), espejo sin mancha y resplandor de la luz eterna, que dice un Sabio, contiene en sí con verdad todas las figuras, obras y acciones de Cristo. Quiso Su Divina Majestad para darnos a entender esto y que lo veamos con los ojos, hacer el milagro, que llaman de Santarén, cerca de Lisboa, en Portugal, donde yo vi al Sacramento que ha muchos años se conserva en un vaso de vidrio, y mostrándole los sacerdotes de aquel templo a donde está a mí y a otros compañeros que llevaba conmigo, yo mismo vi una figura de un Padre Eterno, y luego de un niño en los brazos de su madre, después de un *Eccehomo*, y finalmente, aquella redoma de vidrio me parecía ser un jaspeado de cristal y gotas de sangre. Y de los mis compañeros, unos vieron un Cristo crucificado, otros atado a la columna, otros solo una cruz y así diversas figuras que no me quiero detener a referirlas, más que en decir: Alabado sea el Santísimo Sacramento.

Quinto secreto.

Milagro de Santarén.

El sexto sello e inefable misterio es que pone Dios tanto poder en las palabras de un sacerdote cuando consagra, que diciéndolas, el

Sexto secreto.

1 Sap., VII, 26.

pan se convierte en carne y el vino en sangre y baja Cristo del cielo a sus manos. Y aunque parezca al que no tiene fe ser imposible que un hombre bajo, y quizá alguna vez pecador, tenga tanto poder que exceda al poder de todos los príncipes, reyes y monarcas de la tierra en la consagración, el que con fe viva entiende que Dios es de infinito poder en sus palabras, y que puede comunicar este poder a las palabras del sacerdote, el cual no las dice con su propia virtud sino en virtud de Dios infinito, no se le hará este misterio imposible. ¿Por ventura, dice Eusebio Emiseno, Dios no crió con una sola palabra cielo y tierra? *Ipse dixit, et facta sunt* (1), pues ¿por qué se ha de dudar que no tenga inefable poder la palabra de Dios dicha por boca de un sacerdote a quien Dios pone en su lugar? ¿El hacer milagros no excede al poder humano? Pues ¿por ventura no hacían milagros los santos diciendo palabras en nombre de Dios? San Juan Damasceno (2) dice a este propósito, que si Dios, mediante cinco palabras que dijo la Virgen sacratísima: *Ecce Ancilla Domini, fiat mihi* (3), bajó del cielo en sus entrañas y se hizo hombre mortal ¿por qué no podrá el mismo Dios, mediante otras tantas palabras dichas por boca del sacerdote, bajar del cielo a sus manos y obrar este divino misterio? ¿Por ventura, dice el mismo santo, el sacerdote cuando bautiza o absuelve no da gracia a las almas, que es efecto que excede todo poder humano?; pues ¿quién puede atar las manos de Dios para que mediante las palabras sacerdotales no se consagre este misterio de la Eucaristía, que quiere decir buena gracia? Quien quisiere, pues, alcanzar gracia de este Santísimo Sacramento, créale sin dudar y lóele diciendo: Alabado sea el Santísimo Sacramento.

Séptimo secreto.

El séptimo sello y secreto de este divino pan es, que a unos, cuando le reciben, da gracia, y a otros condenación. A los buenos gracia, gloria y bienes. A los malos pecado, infierno y grandes males: *Mors est malis, vita bonis: vide paris sumptionis, quam sit dispar exitus.* Y bien se deja creer esta maravilla, pues vemos que el mismo sol y un mismo fuego endurece el lodo y ablanda la cera, no por falta del sol ni del fuego, sino por la mala disposición del sujeto, que, como dice San Basilio, del Viejo Testamento tenemos doctrina del daño que se hacen llegar a este divino misterio sin la preparación que conviene, como se vió en Oza y David (4). Y, según San Atanasio en el mismo lugar, el que llega con malos pensamientos o con memoria de injurias a comulgar, es como el lodo que con este sol y fuego divino se va más endureciendo; y así como quien come buen manjar con buena gana y tiene buenos humores, el manjar le aprovecha; mas al que estuviere enfermo y lleno de malos humores el buen manjar le daña; así al que comulga con buena conciencia, da gracia y al que con mala condenación. Y finalmente, concluyendo este tono de la fe digo lo que San Gregorio Nacianceno: Que es profano el hombre que no quiere creer lo que no puede entender; y con San Gregorio Niseno, que *sola fides*

---

1 Ps. XXXII, 9. 2 MG. 94, 1139, 1142. 3 Luc., I, 38. 4 II Reg., VI.

comprehendit incomprehensibilia, sola fides invisibilia percipit, sola fides inaccessum accedit. Sola la fe es la que hace comprender lo incomprensible, ve lo invisible y alcanza lo que no se puede alcanzar; y con San Cirilo, que no conviene examinar curiosamente este misterio, porque el que le quiere examinar con razones, ¿cómo es posible que le crea? Y así para alabar el Santísimo Sacramento como conviene, cantemos: *Pange lingua gloriosi corporis mysterium:* Creo que lo que veo es Dios, aunque parece pan; y lo que veo que parece pan, no es pan, y que un solo Cristo está en muchas hostias consagradas; y que aunque el pan se parta, no se parte el cuerpo del Señor; y que es poderosa la palabra de Dios puesta en boca de sacerdote para hacer la transubstanciación, y después de hecha, con toda verdad puedo considerar al Señor en la figura y misterio que yo quisiere, y si mal le recibiere, recibiré muerte, y si bien, gracia y gloria. Alabado sea el Santísimo Sacramento.

Epítome de este tono de la fe.

TONO III

DE LA CONSIDERACION DE LAS SIETE GRANDEZAS QUE EN EL SANTISIMO SACRAMENTO SE ENCIERRAN, CONVIENE A SABER: LA DIVINIDAD, MISTERIOS, AMOR, HUMILDAD Y LAS CONSIDERACIONES DE LAS CEREMONIAS DE LA MISA Y DE LOS ORNAMENTOS CON QUE SE CELEBRA, Y DE LOS GRANDES FRUTOS QUE VIENEN DEL SACRAMENTO AL ALMA QUE LE CONSIDERA.

No se puede del todo entender ni penetrar este divino misterio; la fe viva es necesaria, y de esta fe procede la consideración más alta, más excelente y más provechosa que el alma puede tener para alabar a Dios. Porque con siete grandezas que aquí se consideran, llega el hombre al corazón alto, con que Dios es alabado (1). Y como dice San Clemente, al conocimiento se siguen las buenas obras así como la sombra sigue el cuerpo donde quiera que va. Entre las consideraciones más provechosas, dice Bertrano, que el hombre puede tener para su salvación, es la de los Sacramentos, y entre ellos la principal es la de la Eucaristía. Que Dios no deja de ser amado por no ser bueno sino por no ser conocido. Y así como en la piedra que dice Zacarías (2), había siete ojos, y la casa donde la sabiduría mezcló el vino y puso la mesa y convida a los pequeñuelos para comer, estaba fundada sobre siete columnas (3), así hay siete consideraciones de siete grandezas que se hallan en este divino pan y levantan el espíritu al mayor amor unitivo que deseamos.

La consideración de las grandezas encerradas en el Santísimo Sacramento es de las más provechosas.

Siete consideraciones del Santísimo Sacramento.

La primera grandeza es la divinidad infinita, acompañada de toda la corte celestial, que debajo de aquella pequeña hostia está escondida. De la cual, mediante las especies sacramentales, como se colige de Orígenes, nace un resplandor de gloria que alumbra lo interior del alma con inefable luz de quien bien la considera. Que si la medita como conviene, le parecerá que está en el cielo, y deseará que se alce el velo de las especies sacramentales para

La primera, de la divinidad.

1 Ps. LXIII, 7, 8. 2 Zachar., III, 9. 3 Sap., IX, 1-5.

gozar, cuando está delante del Sacramento, de lo que se goza en la bienaventuranza según aquella canción: Quitad ese velo, mi Dios, que os encierra, y el cielo y la tierra será todo cielo. De San Cirilo Jerosolimitano se colige, que al que bien considera este Sacramento, parece que se le abre una puerta donde ve el trono que vió San Juan en el *Apocalipsis.* Llama San Gregorio Nacianceno a este divino misterio tesoro, fuente y vida, donde el que bien le considera, recibe innumerables riquezas y goza el agua viva de verdadero conocimiento, y con esta consideración dice: Alabado sea el Santísimo Sacramento.

La segunda de la grandeza del misterio.

La segunda grandeza es que el misterio que aquí el alma considera encierra en sí todos los misterios divinos, según lo dice David: *Memoriam fecit mirabilium suorum, misericors et miserator Dominus: escam dedit timentibus se* (1). Ha fabricado Dios, dice, un misterio donde encierra todas sus maravillas, una suma de todos sus misterios, que es darse en manjar a los que le temen. Grande es el misterio de la generación eterna del Verbo, que con cinco palabras le declaró el Eterno Padre, diciendo: *Hic est filius meus dilectus* (2). Inefable es el misterio de la creación del mundo donde Dios muestra su omnipotencia y virtud criando todas las cosas en el principio de su Verbo, declarado por cinco palabras: *Omnia per ipsum facta sunt* (3). El misterio de la Encarnación del Verbo divino, en que se considera cómo bajó Dios del cielo en las entrañas virginales al punto que María dijo las cinco palabras: *Ecce Ancilla Domini, fiat mihi* (4), no fué menor, y el misterio de la redención del mundo y salvación del linaje humano que obró Cristo Jesús en su pasión con la virtud de su sangre es incomprensible, y declárale el evangelista San Juan con otras cinco palabras, diciendo: *Et inclinato capite, tradidit spiritum* (5).

Misterio de la Trinidad. De la creación. De la Encarnación. De la redención.

De los milagros.

Muchos milagros hizo Cristo en el mundo, porque dió vista a seis ciegos, sanó siete endemoniados y muchos mudos, cojos y enfermos, como se lee en los Evangelios, pero uno de los mayores milagros fué la resurrección de Lázaro, y como escribe San Juan, dijo resucitándole cinco palabras: *Solvite eum, et sinite abire* (6). Mas este milagro de hacer con cinco palabras que dice un sacerdote en su nombre, *hoc est enim Corpus meum,* que tantos millares de almas tengan vida y tantos enfermos alcancen salud y gracia, es el mayor milagro de todos. Con este misterio se pone por obra el de la Redención y alcanza el alma los frutos de la pasión de Cristo; en él se encierra el misterio de la Encarnación del Verbo divino, pues con cinco palabras baja Dios desde el cielo a las manos del sacerdote asi como bajó a las entrañas de la Virgen. Mayor misterio es éste que la creación del mundo; porque más es que con cinco palabras se vuelva el pan en el cuerpo de Cristo, que no que Dios con la palabra del mismo Dios se críe todo el mundo. Y finalmente, si es inefable en el misterio de la Santísima Trinidad la generación del Verbo, que procede de la sustancia del Padre por la obra de

1 Ps. CX, 4, 5.
2 Matth., XVII, 5.
3 Joan., I, 3.
4 Luc., I, 38.
5 Joan., XIX, 30.
6 Ib., XI, 44.

su entendimiento, también es inefable misterio que el mismo Verbo Divino, mediante las palabras de un sacerdote, quede transubstanciado sin quedar la sustancia y esencia del pan y vino debajo de aquellas especies sacramentales. Y así por la grandeza de este inefable misterio: Alabado sea el Santísimo Sacramento.

La tercera grandeza del amor que nos mostró.

La tercera consideración provechosa para alcanzar caridad es el grande, inefable e inmenso amor que el Señor nos mostró, quedándose con nosotros hecho nuestro manjar en el Santísimo Sacramento. Así como en las obras que hace muestra el artífice su sabiduría y su amor, así en lo que Dios obró por nosotros se ve lo que nos amó, como se colige de Hermas, discípulo de San Pablo. Porque ¿qué tiene que ver habernos dado el cielo y la tierra y todo lo criado para nuestra vida corporal, con darnos al mismo Dios infinitamente mejor que todo lo criado para nuestra vida espiritual? Cuando un amigo, dice Macario (1), convida a sus mayores amigos, dáles el mejor manjar que puede; ¿pues qué amistad y amor tendrá a los hombres, pues les da para comer el infinito manjar que es Dios? Cuando Cristo consagró e instituyó el Santísimo Sacramento, celebrando como sacerdote eterno de Melquisidech la suprema y soberana misa de la Cena, dice San Juan: Que como amase a los suyos que estaban en el mundo, amólos hasta el fin (2), como quien dice, en aquel tiempo mostró Dios todo el amor que se puede mostrar, y lo supremo del amor y el fin de todo amor. Y así quien considera la grandeza de amor que en este Sacramento santo se encierra, no dejará de amar al mismo Señor, pues no hay cosa que más despierta al amor que ser amado.

El profeta Jeremías declarando el amor que Dios nos tiene, dice que no hay madre en el mundo que así ame a sus hijos; pues no se puede hallar madre tan cruel, que viendo perecer de hambre al niño, no le dé la leche de sus pechos o el pan que le está pidiendo, y bien podría ser que hubiese madre tan poco amorosa que le dejase morir de hambre; mas no puede ser que yo me olvide de ti, porque te tengo escrito en mis manos, dice Dios. ¿Cuál será, pues, el amor de este Señor, dice Absalón abad, que en lugar de leche nos da su sangre y en lugar de pan su divino cuerpo? Oh, médico divino, dice San Atanasio, que tan gran amor tuviste a estos enfermos hombres, que para curarles hiciste un emplasto y una pítima confeccionada divinamente de las especies sacramentales y de tu cuerpo y sangre viva! No hay quien tenga mayor amor al cuerpo que la propia alma que le da la vida y le sustenta y aumenta; y es así, dice San Pedro Crisólogo (3), que Cristo Jesús y su pan y vino consagrado es el alma de nuestra alma y el sustento y vida de nuestra vida. Y así como el sol excede en claridad y luz a todos los demás cuerpos resplandecientes, así este sol de la divina Justicia tiene más resplandor de amor, dice San Cipriano, que todos los demás amores que se pueden imaginar en el mundo. Y porque nunca acabaría de decir la grandeza de amor que Dios nos mostró en este mis-

1 MG. 34, 571. 2 Joan., XIII, 1. 3 ML. 52, 252.

terio, calle el entendimiento y la boca y hable el corazón en sus divinas alabanzas diciendo: Alabado sea el Santísimo Sacramento.

La cuarta de la profunda humildad.

Si la consideración de la grandeza de Dios que en este Santísimo Sacramento se encierra es causa de su verdadera adoración; y ser inefable misterio causa adoración, y la grandeza de la caridad que en él se nos mostró engendra amor en nuestros corazones, la consideración cuarta de la profunda humildad con que se nos quedó en especies de pan y vino causa en nuestro ánimo humildad profunda, temor reverencial, confusión de nosotros mismos y el respeto que se debe a tan alto misterio. Humillóse Christo Jesús, haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de cruz (1); y de su muerte y sangre manó este Santísimo Sacramento y todos los demás, como dice San Cipriano; y por esa ocasión declara Eusebio Emiseno, que se compara al grano de mostaza y al grano de trigo; porque cuando encarnó, se humilló cayendo en la tierra de las entrañas virginales y muriendo en una cruz para dar mucho fruto; mas en el Sacramento muestra mayor humildad, porque cae en las manos de un hombre pecador, y se pone en figura de pan y se deja comer de innumerables personas y muchas veces de pecadores. Y dícese también grano de mostaza, declara San Pedro Crisólogo (2), porque aunque es el más pequeñito grano, tiene tanta virtud oculta que excede a las demás hortalizas. Y así Cristo, aunque mostró gran humildad en consentir que una vez fuese tratado su santísimo cuerpo con tanto oprobio y desprecio de los judíos, mucha mayor humildad mostró en dejarse maltratar tantas veces de los pecadores, cuando en mal estado le reciben, pues, como dice Santo Tomás, muy poco menor ofensa le hacen los que comulgan en pecado mortal que los que le crucificaron.

Y así podemos considerar que es mayor humildad de Cristo querer entrar en el cuerpo de un alma que está en pecado mortal, que entrar en la cárcel de Pilato para ser azotado, que al fin, aquella casa y los azotes y columna y cruz que llegaron a su cuerpo eran criaturas buenas de Dios, mas el alma encenagada en pecados es mala y abominable; y si resplandecería la humildad de Cristo, siendo quien es, en dejarse echar en el cieno, lodo material, mucho más resplandece en consentir que un mal hombre le eche en el cieno espiritual de su conciencia sucia con pecado, que es más hediondo cieno delante de él. Y si alguna vez fué maltratado de los judíos, hoy en día innumerables veces es maltratado su santísimo cuerpo de los herejes con tales oprobios, blasfemias y afrentas, como por estas tierras cada día se ven; que no quiero particularizarlas por no causar horror en los oídos piadosos de los fieles. Alabado sea el Santísimo Sacramento que tal sufre.

La quinta de la Misa y sus misterios.

La quinta consideración es la del sacrificio de la misa con que se consagra, y no es de menos provecho para las almas, como se ve en el nombre misa y en las ceremonias que en ella se contienen, y en el que dijo la primera misa y los que instituyeron las ceremo-

---

1 Ad Philip., II, 8. 2 ML. 52, 474-476.

nias diversas de celebrarla después del Señor. Este nombre misa, que así la llamaban los apóstoles como se colige de San Ignacio (1), discípulo de San Juan, de San Clemente, discípulo de San Pedro, de Abdías babilónico, discípulo de San Simón y Judas, y del cánon décimo de los Apóstoles, significa en hebreo lo mismo que sacrificio que se envía a Dios por medio del sacerdote, como declara Hugo y Juan Rosense. También significa don o dádiva graciosa y presente, como se colige del *Deuteronomio*, y es tan alto este sacrificio, que San Dionisio le llama *Sacrificium sanctissimum*, y el mismo *caeleste misterium* (2), dando a entender que este Santísimo Sacrificio tiene innumerables misterios del cielo que considerar. San Crisóstomo *Sacrificium tremendum et mortis Christi celebrationem* (3); San Juan Damasceno, *Sacrificium incruentum, et Sacramentum tremendum, impollutum et vitale* (4) que quiere decir: Sacrificio sin sangre, que hace temblar las carnes y da la vida al alma. De estos nombres se colige, que quien quisiere alabar a este Santísimo Sacramento cuando se hallare en la misa, considere que allí viene para dar a Dios las parias y tributo que se le debe, como los vasallos las deben a su rey, y hacerle un presente el más agradable que se puede pensar y un sacrificio el más alto que imaginarse puede. Que si los vasallos llevan por tributo a su rey trigo, vino y frutos de la tierra y por presente oro y plata, y se solían sacrificar carneros y corderos, etc., en la misa ofrecemos por mano del sacerdote al Unigénito Hijo de Dios a su Eterno Padre, como tributo que le debemos, como dádiva y don que le presentamos y como sacrificio que le hacemos.

Por qué se llama Misa.

Considere lo segundo el alma devota, que Cristo, Sacerdote eterno según el orden de Melquisedech (5), fué el primero que dijo misa, y dejó a sus apóstoles poder para hacer este divino sacrificio en su nombre. Y aunque las oraciones de la misa no sean en todas las misas las mismas, lo esencial de la misa, que es ofrecer al Padre Eterno su Hijo en sacrificio, lo mismo es en todas las maneras de decir misa. Porque después de Cristo, Santiago el Menor instituyó una manera de decir misa, como se colige de la sexta Sínodo general. También San Clemente ordenó misa, como refiere Proclo y Nicolao Cabasilla, y se infiere del libro octavo de sus *Constituciones*. San Basilio, refiere Anfiloquio en su vida, instituyó otra manera de decir misa, y también San Juan Crisóstomo y San Ambrosio instituyeron misas, y la misa mozárabe que se dice en Toledo fué ordenada por los santos griegos y se decía en España antes que la tomasen los moros: la que ahora decimos es de San Gregorio papa.

Los que después de Cristo ordenaron diversas ceremonias en la Misa.

Quisiera yo tener lugar para declarar las diversas oraciones y ceremonias de estas misas, de que se escribieran admirables consideraciones; pero ni en esto me quiero detener ni en particularizar las ceremonias de la misa de San Gregorio. Basta decir que el que viene a oir misa considere que viene al monte Calvario y que se halla presente a todos los misterios de Cristo. Cuando el sacerdote

Consideraciones de lo que se hace en la Misa.

---

1 MG. 5, 714.
2 S. Dionys., *De Eccles. Hierarch.*
3 S. J. Crysost. Homil. XLI, in epist. I. ad Corint.
4 MG. 94, 1150.
5 Ps. CIX, 4.

entra en la sacristía, considere la Encarnación del Verbo en las entrañas virginales. Cuando sale del altar, el Nacimiento. Cuando se dice el introito y gloria, el deseo que tenían los Santos Padres de la Encarnación y la gloria que los ángeles cantaron a los pastores y el gozo de todo el mundo cuando Cristo nació. En la epístola y evangelio, la doctrina que nos dió por su boca y por la de sus apóstoles. En el ofertorio y principio del canon, cuando se ofreció a la muerte y su oración del huerto. Cuando se levanta la hostia y cáliz, cómo se levantó la cruz en alto estando Cristo crucificado y derramando por nosotros su sangre. Y cuando se parte la hostia, cómo expiró en la cruz. Finalmente, cuando el sacerdote le consume, cómo fué sepultado, que no me quiero detener más en esto, porque largamente escriben de ello el papa Inocencio III, Nicolao Cabasilla y otros muchos que puede leer quien quisiere para con esta consideración tener luz para decir con fervor: Alabado sea el Santísimo Sacramento.

La sexta de lo que significan los ornamentos.

La sexta consideración, que no es de menos provecho que las demás, es de los ornamentos del sacerdote, del altar, cuya contemplación mueve a virtudes importantes para alabar como conviene el Santísimo Sacramento. Y aunque haya escrito mucho de esta materia en el libro que se intitula *Rationale divinorum officiorum,* quiero resumir con brevedad algunos. La sacristía significa el vientre virginal donde entró Cristo a vestirse de nuestra humana naturaleza. El amito, el lienzo que le pusieron sobre su cabeza con que le cubrieron los ojos para afrentarle. El alba, la vestidura blanca con que fué escarnecido en casa de Herodes. El cíngulo, la soga y cadena con que fué preso. El manípulo, los cordeles con que fué atado y amarrado a la columna. La estola, la soga con que le llevaron arrastrado por la calle de la Amargura para ponerlo en cruz. La casulla, la vestidura inconsútil que le desnudaron pegada a las carnes para crucificarle. Las luces y candelas que se encienden, la doctrina con que dió luz al mundo, y así los demás ornamentos de la iglesia, altar y sacerdote, que se han de considerar para que con las meditaciones de ellas sea alabado el Santísimo Sacramento.

La séptima de los frutos del Santísimo Sacramento.

Son innumerables los frutos y bienes que de este altísimo misterio vienen al alma, que sería necesario componer un gran libro para tratar algo de ello. Sólo quiero nombrar los doce frutos del espíritu que mediante el Sacramento del altar se alcanza, que nombra San Pablo por estas palabras: *Caritas, gaudium, pax, patientia, longanimitas, bonitas, mansuetudo, pietas, fides, continentia, modestia, castitas* (1). Los cuales doce frutos de este árbol de la vida, si el alma considera cómo nacen del Santísimo Sacramento, ganará gran provecho de esta consideración y se hallará enriquecida con estos doce frutos.

Considere lo primero, que Dios se quedó en este Sacramento por sumo amor, y de esta consideración alcanzará caridad y amor. Lo segundo, la dulzura que causa este panal de miel que nació en la boca del león, Cristo, desquijarado en la cruz (2), y de aquí nace el gozo y gustos inefables. Lo tercero, que es Sacramento de recon-

---

1 Ad Gal., V, 22. 2 Jud., XIV, 6-8.

ciliación y unión con que se alcanza paz. Lo cuarto, que es pan subcinerario que da esfuerzo a Elías, perseguido de Jezabel (1), y esta consideración en sus tribulaciones le será causa de paciencia. Lo quinto, que le dió el Señor al cabo de su vida de hombre, que se sustenta con pan y vino, que de ahí nace la longanimidad o perseverancia. Lo sexto, que se llama *Eucharistia,* que quiere decir buena gracia, y, como dice el profeta Zacarías, es lo bueno y hermoso que hay en el mundo (2), y así esta sexta consideración le causará bondad. Lo séptimo, pues, que es este divino pan manso Cordero que quita los pecados del mundo (3), su consideración es causa de mansedumbre. Es también causa de piedad con la octava consideración de la piedad con que se nos dió. Y la consideración novena es de los inefables misterios que tiene encerrados, de que hemos de comer muy poco con la vara de recta intención, como Jonatás gustó de la miel cuando se le abrieron los ojos (4), y con esta consideración se nos abren los ojos de la fe. Y quien considera, lo décimo, que los que bien comulgan hallan en este divino manjar todo género de suavidad y dulzura, con esta consideración se abstiene de otros deleites sensuales y alcanza continencia. Y sabiendo quien comulga que trae a Dios dentro de sí y considerándole tan cerca, alcanza, lo undécimo, la modestia. Finalmente, considerando este Sacramento como pan amasado y cocido en las entrañas virginales de María y vino que engendró vírgenes (5), alcanza el fruto último del espíritu que se llama castidad. Es de mucho provecho la consideración de estos doce frutos de espiritu que nos da este divino misterio. Alabado sea el Santísimo Sacramento.

TONO IV

DEL AMOR PERFECTO Y UNITIVO QUE EL ALMA HA DE PROCURAR PARA ALABAR AL SANTISIMO SACRAMENTO. TRATASE DE LAS SIETE MANERAS QUE HAY DE UNION, Y DE LA IMITACION DE CRISTO, PRESENCIA DE DIOS, CONFIANZA VERDADERA, FERVOR, VIDA DE GRACIA Y ESPIRITU CON QUE SE ALCANZAN, Y POR QUE SE LLAMA SYNASIS, QUE QUIERE DECIR COMUNION, Y DECLARASE EL EVANGELIO DE SAN JUAN, CAPITULO VI.

Tres maneras de encender fuego y tres causas del amor.

El amor, como es fuego, unas veces nace de la consideración, así como con los rayos del sol unidos en el anteojo de cristal se engendra fuego. Otras, del ejercicio de las virtudes y de los actos interiores y exteriores de ellas, que son como los golpes que se dan con el eslabón y pedernal de donde saltan centellas de fuego. Pero la más clara manera de encender fuego es llegando, juntando, uniendo y comunicando con el mismo fuego encendido, como cuando encendemos una candela con otra encendida. Ya que hemos dicho de la consideración y luz de donde nace el amor, que es como el fuego que la enciende de los rayos del sol, y después diremos de la adoración, imitación y ejercicios que hace el alma antes y después de

1 III Reg., XIX, 6-8.
2 Zachar. IX, 17.
3 Joan., I, 29.
4 I Reg., XIV, 27.
5 Zachar., IX, 17.

La unión es el fin del amor.

haber comulgado, que son como los golpes del pedernal, digamos ahora de la unión con el Santísimo Sacramento, que es lo supremo del amor, pues el amor, como dicen los doctores, es virtud unitiva, y este divino manjar se llama en griego *Synaxis,* que quiere decir comunión, unión, junta y allegamiento, y el recibirle se dice comulgar. Y así como el fuego, según dice San Dionisio Areopagita (1), a quien se junta con él transforma y convierte en fuego, así al que se une y junta con Cristo, queda deiforme, que quiere decir endiosado. Y así como la cera, dice Cirilo Alejandrino (2), derretida se junta y pega con otra cera y de las dos se hace una, así el alma cuando se derrite con el fervor y se junta con el Santísimo Sacramento, se hace una cosa con él.

Deseando, pues, la majestad de nuestro Señor Dios, que nos juntásemos y uniésemos con él de todas las maneras y modos que es posible juntarse una cosa con otra, ordenó esta divina traza de hacerse manjar y bebida que comiésemos y bebiésemos. Porque, según se colige de Orígenes, sólo el manjar se junta, une y comunica y se hace una cosa con el que le come de todas las maneras de unión que puede haber, las cuales, como se colige de los doctores, son siete, y las llaman, hablando en lenguaje de teología escolástica, con estos nombres: *Unio similitudinis, approximationis, inhaesionis, conversionis, vitalis, hypostatica, essentialis.* Nosotros con la claridad que pudiéremos, llamémoslas unión de semejanza, cercanía, apegamiento, conversión, vida, hacerse una persona y hacerse una esencia. Los ejemplos que en cada una después diremos lo declaran más. Estas siete maneras de unión son como las siete mujeres que dice Isaías, que se abrazaron con un buen varón (3), y todas ellas se hallan en el manjar. Porque el manjar, después de comido y digerido, se hace y queda semejante al que le come, porque se vuelve en carne, semejante a la carne, y en hueso, semejante al hueso: está cerca del cuerpo, porque nadie se sustenta con el manjar apartado que está ya fuera de sí; pégase al cuerpo, transfórmase y conviértese en el mismo cuerpo; da vida al cuerpo y recibe del mismo cuerpo la vida y conviértese en la misma persona y en la misma esencia de quien le comió. Y así queriendo el Señor que sumamente le amásemos, y de todas las maneras posibles nos juntásemos y comunicásemos con él, se quedó con nosotros en manjar.

Siete maneras de unión.

Declárase el Evangelio de San Juan, capítulo VI.

Esta manera divina de supremo amor nos declaró por S. Juan en estas palabras: Mi carne es verdadero manjar, como quien dice, tiene las propiedades del verdadero manjar corporal, y es verdadero del alma y mi sangre verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, queda en mi y yo en él, uniéndose y juntándose conmigo por las cinco maneras de unión: semejanza, cercanía, apegamiento, conversión y vida. Y así como me envió mi Padre que vive y yo vivo por el Padre, así el que me come a mi, vivirá por mí. Que quiere decir: ya que no llegue el que bien comulga a tanta unión como la hipostática que yo tengo, teniendo el ser divino y viviendo con la misma vida del Verbo, o ya que no alcance la unión esencial con que soy

---

1 MG. 3, 330. 2 MG. 73, 583. 3 Isai., IV, 1.

una misma esencia con mi Padre, llegará a una vida tan alta viviendo en mí, que se parezca a la que yo tengo del Verbo divino por la Encarnación, y a la de la esencia divina en la unión de la Santísima Trinidad. Muy más excelente será esta unión y vida que la que tuvieron los padres antiguos cuando comieron el maná, porque al fin murieron; mas quien come este pan, vivirá para siempre; Para mayor declaración de este evangelio y de estas siete maneras de unión, tratemos en particular de cada una, diciendo qué sea por ejemplos y con la mayor claridad que pudiéremos, diciendo por qué caminos se alcanza y los bienes que de ella nacen.

La primera manera de unión por semejanza.

Unio similitudinis, que quiere decir comunicación por vía de semejanza, se llama cuando dos cosas son semejantes y se parece la una a la otra, así como dos hombres que se parecen en el rostro decimos que tienen un mismo rostro; esta unión nace del amor del Santísimo Sacramento y hace al alma parecida al mismo Sacramento. Porque así como el manjar, después de digerido, es semejante al cuerpo que le comía, asi este manjar divino es semejante al alma, y el alma se le ha de hacer semejante para alabarle como conviene, que, como dice la Escritura: Cada uno ama a su semejante (1). De esta semejanza diremos después; pero tratemos ahora brevemente por el camino que se consigue. Este camino es la imitación verdadera de Cristo, y para esta imitación conviene que el alma procure pureza, que se alcanza con penitencia, mortificación y examen de conciencia, porque si el alma está en pecado o manchada ¿qué participación y semejanza hay entre la luz y las tinieblas y entre Cristo y Belial?, dice San Pablo (2).

Imitación de Cristo y con qué se alcanza.

La segunda unión de cercanía.

Unio approximationis, que es la de la cercanía, es cuando dos cosas están juntas y la una cerca de la otra, así como el manjar comido se junta con el cuerpo y los hermanos que moran juntos se llaman estar en uno. Esta unión y excelencia de amor alcanza el alma mediante la presencia del Santísimo Sacramento. Aunque Dios está en todas las cosas del mundo por esencia, presencia y potencia, pero entonces se dice estar el alma apartada de él, cuando no le ama y entiende y se halla ocupada en el amor y consideración de las criaturas. Y asi para que siempre anduviésemos cerca de Dios amándole, se puso en esta figura y especies de pan. Porque estando así, no solamente está cerca de nosotros en cada villa y ciudad de los cristianos, donde no es menester andar muchas leguas para irle a ver, sino que él mismo viene a nuestras casas a visitarnos cuando estamos enfermos, y entra por nuestra boca en nuestro cuerpo y en nuestras almas, y así dice: ¿*Quae est alia natio tan grandis, quae habeat Deos ita propinquantes sibi, sicut adest nobis Dominus Deus noster*? (3). Imaginemos donde quiera que nos halláremos, que las paredes son de cristal transparentes, y que siempre estamos viendo con los ojos al Santísimo Sacramento de alguna iglesia; y pues la manera de estar Cristo donde está el Sacramento es milagrosa y sobrenatural, no será inconveniente considerarle cerca de nosotros, y que le vemos con los ojos sin que las paredes nos estorben para

Presencia divina.

1 Eccli., XIII, 19. 2 II ad Cor., VI, 15. 3 Deuter., IV, 7,

adorarle. Y esta continua presencia del Señor en él Sacramento importa mucho para andar alabándole de continuo.

La tercera unión de apegamiento.

Unio inhaesionis, que quiere decir de apegamiento, se llama cuando de dos cosas la una está pegada y pende y cuelga de la otra, así como la cera blanda cuando se apega a la pared, mediante este apegamiento se sustenta y cuelga de la pared; o como cuando una tabla está enclavada con clavos en algún madero, y esto se dice, *inhaerere,* y así se entiende lo del salmo: *Mihi autem adhaerere Deo bonum est* (1). El camino de alcanzar este modo de amor unitivo es la verdadera confianza en Dios, cuando nos arrojamos en sus brazos desconfiando con humildad y conocimiento propio de nuestras fuerzas, y poniendo toda nuestra confianza en la omnipotencia, sabiduría y bondad divina y en el amor que Dios nos tiene, así como el manjar para hacer fruto se pega al cuerpo, y cuando a uno no le hace provecho lo que come, decimos no se le pega la comida.

Confianza.

La cuarta unión de conversión.

Unio conversionis se dice cuando una cosa se convierte en otra, como el hierro metido en el fuego que se enciende y torna en fuego, y quema y abrasa como la brasa de fuego más encendida. De esta manera se convierte el manjar en el cuerpo que le come y se transforma en él después de digerido. Este manjar del Santísimo Sacramento se convierte en nosotros y nosotros nos convertimos en Dios, cuando dignamente le comemos. Y así como queda la naturaleza del hierro ardiendo entera y sin corromperse, que antes se purifica y limpia con el fuego, queda empero encendida y abrasada, así el alma amorosa queda mediante el Sacramento Santísimo endiosada y divina, que llama San Dionisio Areopagita deiforme. Esta unión se alcanza mediante el fervor y los deseos amorosos y propósitos firmes que se hacen de servir a Dios.

Fervor.

La quinta unión de vida.

Unio vitalis, unión de vida, es cuando de dos cosas que se juntan y pegan resulta la vida, y la una recibe vida por la otra; así como el cuerpo cuando se junta con el alma recibe vida del alma. Esto tiene el manjar, que cuando era pan o vino etc. no vivia; mas después de transformado en el cuerpo del que le come, ya vive como viven las demás partes del cuerpo vivo que reciben vida del alma. Este divino manjar es como nuestra alma, y nuestra alma es como su cuerpo, y así cuando se junta con ella, le da vida y puede decir con verdad el que asi vive: Vivo yo, mas ya no yo, que vive Cristo en mí (2). Esta vida es vida de gracia y principio del merecimiento, así como la vida del cuerpo es principio del obrar y del movimiento. Y así como el alma que da vida a esta nuestra alma es eterna, porque es Dios, así la vida que nos da es eterna cuanto es de su parte. Y si nosotros la perdemos, es por nuestra culpa, defectos y pecados, así como pierde el cuerpo la vida cuando se deja llevar de una gran enfermedad sin curarse o se atraviesa con una espada el corazón, que en la vida eterna donde el cuerpo se vuelve impasible nunca le falta la vida. Y así como el cuerpo para recibir vida del alma se organiza y dispone mediante las cuatro primeras calidades calor, frialdad, humedad y sequedad, así nuestra alma se dispone para

1 Ps. LXXII, 28. 2 Ad Gal., II, 20.

recibir vida del Santísimo Sacramento con el calor del amor de Dios y con la frialdad del aborrecimiento propio, de sí misma y de sus pecados, con la sequedad del recato y la humedad de la humildad; y viviendo en esta vida de gracia, alaba al Santísimo Sacramento que se la dió y persevera en su amor.

La sexta unión hipostática.

Llámase unión hipostática la que junta la naturaleza humana con la naturaleza divina en una persona divina, que es el Verbo Eterno. A esta unión no puede llegar otra alma sino sola la de Cristo; que por causa de esta unión hipostática es verdadero Dios y verdadero hombre. Pero mediante el Santísimo Sacramento puede llegar el alma nuestra a tan alto grado de amor y unión con Cristo, que así como todas las obras que Cristo hacía, por pequeñas que fuesen, eran de infinito valor, pues procedían de persona divina infinita, así el alma muy enamorada de Dios, cuando recibe el Santísimo Sacramento con mucho amor, considera, quiere y procura que Dios sea el principal autor de todas sus obras, dejándole obrar con rendimiento perfecto todo lo que fuere su voluntad sin contradicción ni resistencia, como hacía el profeta Isaías, diciendo: *Omnia opera nostra operatus es nobis, Domine* (1), todas nuestras obras has obrado, Señor, en nosotros. Y de aquí es que cualquier obra, por pequeña que sea, aunque sea dar un liarte de limosna, es de gran merecimiento cuando procede de este amor. Alabado sea el Señor que entra dentro de nosotros para que dejándonos llevar de su voluntad nos guíe con la razón y amor adonde él quisiere.

La séptima unión esencial.

Unión esencial se llama cuando las personas tienen una misma esencia, como las tres personas de la Santísima Trinidad, que tienen una sola esencia divina y son un solo Dios. Tampoco llega ni puede llegar el alma a este supremo grado y manera de unión. Pero así como el manjar convertido en el cuerpo, después que le ha comido, se vuelve en la misma esencia del que le comió, así el alma mediante el Santísimo Sacramento llega a tan alto grado de amor, que siempre querría estar con Dios y nunca cesar de amarle, alabarle y glorificarle, como el Profeta que decía: *Benedicam Dominum in omni tempore, semper laus ejus in ore meo* (2).

Unión sobrenatural.

Estas son las siete maneras de unión, comunión y junta de nuestra alma con el Santísimo Sacramento cuando llega a la excelencia del amor. Pero es de advertir, que todas y cada una de ellas son en dos maneras. La primera por modo solamente sobrenatural, cuando Dios hace en nosotros sobrenaturalmente estos modos de unión, recibiendo nuestra alma esta gracia después de haberse aparejado para recibirla. La segunda, cuando nosotros obramos juntamente con la gracia de Dios para llegar a estas maneras de unión. El ejemplo está claro. El espejo limpio, puro y cristalino de dos modos se junta, tiene dentro de sí y representa al sol; la primera, por modo de pintura, cuando con pincel y colores con nuestra industria pintamos en el espejo al sol; la segunda, por modo de impresión, como cuando puesto el espejo para que reciba en sí los rayos del sol, se imprime en él la figura del sol; y así hay sol pintado y sol im-

---

1 Isai., XXVI, 12. 2 Ps. XXXIII, 2.

preso. De las mismas dos maneras llegamos a estas siete maneras de unión: unas veces recibiendo lo que Dios da en el Santísimo Sacramento sobrenaturalmente, cuando el alma está aparejada para recibirle; otras veces, cuando nosotros nos ejercitamos con actos interiores de la voluntad y entendimiento, mediante el favor y gracia de Dios, para recibir esta soberana gracia y amor de unión.

De los actos interiores con que se alcanza la unión.

Esta segunda manera puédese entender y decir con palabras, y así digo que el que quisiere pintar en su alma con la mano de su libre albedrío y con el pincel y colores de sus ejercicios el sol de la divina Justicia, trabaje haciendo penitencia para mediante la pureza hacerse semejante a Dios; y con la presencia divina y memoria de Dios para estar cerca; con la verdadera confianza para estar pegado; con el fervor para convertirse en Dios; con los actos y ejercicios de vida activa, contemplativa y unitiva, para alcanzar la vida con que viva en el Señor; con la verdadera renunciación de todo lo criado para obrar en Cristo, y finalmente, con la perseverancia para alcanzar la imitación de la unión esencial. La primera manera con que Dios viene al alma y se imprime este sol en el espejo de la conciencia pura, quieta y unida, así como el espejo ha de estar limpio, quieto y con respaldo, y los grandes bienes e inefables mercedes que Dios hace a las almas que se disponen imprimiéndose en su conciencia mediante este divino manjar, no se puede escribir ni decir con palabras: lo que podemos es alabarle diciendo con fervor: Alabado sea el Santísimo Sacramento.

La unión sobrenatural es inefable.

TONO V

DE LA ADORACION CON QUE HA DE SER ALABADO EL SANTISIMO SACRAMENTO ACOMPAÑADO DE TODA SU CORTE CELESTIAL INTERIORMENTE CONOCIDA, Y DE LA ADORACION EXTERIOR, MUSICA, TEMPLOS, ORNAMENTOS Y LA REVERENCIA QUE SE DEBE A LOS SACERDOTES QUE LE CONSAGRAN.

Propónense las siete maneras de adoración del Santísimo Sacramento.

Alabado sea el Santísimo Sacramento. Adorado, reverenciado, venerado, ensalzado, glorificado y loado sea para siempre. Adorémosle por quien es y por todo lo que en él se encierra y contiene, y por todos los que le acompañan y sirven. Adorémosle en compañía de todos los que le adoran, metiéndole dentro de nuestro corazón, para que él mismo y todos los que le acompañan le adoren dentro de nosotros. Adorémosle con adoración exterior, con músicas y cantos, con ceremonias y culto divino, con templos suntuosos fabricados en su honra y gloria, con ornamentos ricos y curiosos, y finalmente, teniendo respeto y reverencia a los sacerdotes que le consagran.

1. Lo que se ha de considerar en el Santísimo Sacramento.

Consideremos, cuando vemos al Santísimo Sacramento, que vemos un sol de siete círculos, o un mundo con siete regiones, o que la fe, como sumiller de este Rey Eterno, alza la cortina de las especies sacramentales donde está encerrado, y que dentro vemos un trono real acompañado de toda su corte. Y así como adoramos el Santísimo Sacramento cuando está dentro del sagrario, penetrando nuestro entendimiento con la fe lo que encubren las puertas del tabernáculo donde se encierra, así le hemos de adorar debajo de las especies

escondido, pues se llama *Deus absconditus* (1). Y de la manera que cuando hablamos con el rey de la tierra y le reverenciamos, no hacemos reverencia ni hablamos con solo su cuerpo ni con solos sus vestidos que vemos con los ojos, sino con el cuerpo y principalmente con el alma que dentro está escondida, pues que a solo el cuerpo muerto sin alma o a los vestidos sin la persona no reverenciamos; así aunque no vemos sino la figura y accidentes de pan y vino, la fe nos descubre que en aquel divino sol de la hostia se pueden considerar siete orbes o círculos.

Los siete orbes que se han de considerar en la hostia.

Divinidad.

Cristo.

La Virgen.

Angeles.

Santos.

Animas del purgatorio.

Justos de la tierra.

En el de en medio la Divinidad de Dios con sus doce atributos y excelencias más principales, conviene a saber, infinidad, inmensidad, eternidad, incomprensibilidad, omnipotencia, infinita sabiduría, bondad inmensa, misericordia, justicia y gloria eterna, y ser criador y gobernador de todo el mundo. En el segundo círculo, a Cristo en cuanto hombre, con las doce principales obras que por nosotros obró, que fueron la Encarnación, Nacimiento, Adoración de Reyes, Transfiguración, predicación del Evangelio, Pasión y Muerte, Resurrección, Ascensión a los cielos, poder y majestad con que está asentado a la diestra de Dios Padre y severidad con que ha de venir a juicio: y de todas éstas doce maneras se puede adorar o en las entrañas de su madre encarnado o niño recien nacido, etc. En el tercer círculo considero a la Virgen María con sus doce misterios, conviene a saber: la predestinación con que fué predestinada para Madre de Dios, Concepción, Natividad, Presentación al templo, Desposorio con San José, Espectación del parto, Huída a Egipto, Angustias, Soledad, Asunción al cielo, coronación sobre todas las criaturas y ser abogada de todos los pecadores, y que de todas estas maneras está adorando a su Hijo. En el cuarto considero todos los ángeles de todos los nueve coros, conviene a saber: Serafines, Querubines, Tronos, Dominaciones, Poderíos, Virtudes, Principados, Arcángeles, Angeles, y los tres principales, San Miguel, San Rafael y San Gabriel. En el quinto, a todos los santos de la bienaventuranza del cielo, conviene a saber: Patriarcas, Profetas, Apóstoles, Evangelistas, Mártires, Pontífices, Confesores, Abades, Vírgenes mártires, Vírgenes no mártires, Matronas, Santos casados y niños que recién bautizados se fueron al cielo. En el sexto, considero a todas las ánimas, que aunque están penando en el purgatorio, son justos y tienen segura su bienaventuranza, los cuales se pueden reducir a doce estados, según los estados del mundo. En el séptimo y último círculo pongo a todos los justos de la tierra, conviene a saber: el papa, cardenales, patriarcas, arzobispos, obispos, curas y pastores de las iglesias, todos los religiosos de todas las Ordenes, todos los sacerdotes y clérigos, y a los reyes y príncipes cristianos, jueces y magistrados y a todos sus ministros, y finalmente, a todos los siervos de Dios de cualquier estado que sean.

Toda esta corte descubre la fe cuando se levantan los ojos a ver el Santísimo Sacramento, que por esa causa se llama pan. Pan quiere decir todo. Y si cuando Abrahán vió los tres ángeles que venían

---

1 Isai., XLV, 15.

en nombre de Dios los adoró (1), y Moisés a Dios en la zarza (2), y Manué, padre de Sansón, al ángel (3), Tobías a San Rafael (4), los tres reyes cuando entraron en el portal adoraron a Dios y se postraron ante él (5), aunque con los ojos corporales no veían más de un niño pobre; razón será que, pues la fe nos descubre tan gran corte y grandeza, postrados interior y exteriormente *Tantum Sacramentum veneremur cernui.*

2. De lo que hemos de poner en nuestro corazón para adorar bien al Santísimo Sacramento.

Diferente es la música que hace un hombre sólo con su voz, especialmente si es mala y desentonada, de la que hace cuando canta en una capilla de muchos y muy buenos cantores de más primor y en más número que los que tenía el rey Salomón. De otra manera vence y acomete el soldado que va solo a pelear, siendo flaco y desarmado, que el que va en un escuadrón de gente armada puesta en ordenanza. Y así digo, que tan diferente es el modo de adorar y alabar al Santísimo Sacramento cuando va nuestra alma sola, que al fin es miserable y llena de pecados, que cuando mete dentro de su corazón al sol de los siete círculos que arriba decíamos, y juntándose con todos, adora al Santísimo Sacramento y salen sus voces, deseos y peticiones de toda esta capilla de cantores juntos. Porque entonces se hace alma *terribilis ut castrorum acies ordinata* (6), y las voces que de allí salen son como voz *aquarum multarum et sonus sublimis Dei* (7), de muchas aguas y voz del soberano Dios que está dentro de nosotros. Esto dió a entender San Pablo hablando de esta manera de oración y adoración, cuando dice: *Spiritus Sanctus postulat pro nobis gemitibus inenarrabilibus* (8). El Espíritu Santo pide por nosotros y dentro de nosotros con gemidos inenarrables; y pues con verdad decimos a Dios: *Idem vero Deus, qui operatur in nobis* (9), todas nuestras obras hace en nosotros el Señor, con verdad podemos adorar el Santísimo Sacramento, metiendo al mismo Sacramento con todo lo que en él se considera dentro de nuestro corazón, para que con él mismo le adoremos cuando está en el altar y con la misma grandeza que tiene cuando está dentro de nuestro corazón; y por esta causa decimos en la misa *Communicantes et memoriam venerantes.*

Y verdaderamente, Dios está en nosotros por esencia, presencia y potencia, como está en todas las cosas, y donde está el rey, está toda su corte. ¡Oh, válgame Dios, qué manera de alabar al Santísimo Sacramento es ésta! ¡y qué alto y provechoso modo de oración es pedir a Dios en nombre de Dios, como si Dios estuviese pidiendo dentro de nosotros! Porque así como el que pide al Padre en nombre de Cristo todo lo alcanza y tiene gozo cumplido, según dijo el mismo Señor (10), así quien pide y adora al Santísimo Sacramento en nombre del mismo Sacramento, alcanza la plenitud de espíritu, que plegue al Señor nos dé a sentir ya que no se sabe decir ni declarar.

---

1 Gen., XVIII, 2.
2 Exod., III, 2.
3 Judic., XIII, 11.
4 Tobiae., XII, 16.
5 Matth., II, 11.
6 Cant., VI, 3.
7 Ezech., I, 24.
8 Ad Rom., VIII, 26.
9 I ad Cor., XII, 6.
10 Joan., XIV, 13, 14.

Cuando dijo Cristo a la Samaritana: Los que adoran, han de adorar en espíritu y verdad (1). no quiso prohibir que no le adorásemos con la adoración exterior del cuerpo, sino que no sea con solo lo exterior, loándole solamente con los labios y teniendo lejos de él nuestro corazón, como él se queja por Isaías (2), que pues así como es Dios del alma que la crió, así también es Dios del cuerpo; y por esa causa quiere ser adorado con el alma y con el cuerpo. Por nosotros tomó cuerpo mortal, y por más amor se puso debajo de especies y accidentes visibles de pan y vino; y así quiere que le adoremos con el cuerpo sensible y con el alma invisible. Esta doctrina es importantísima contra los herejes de estos tiempos, que si ellos creyesen a la Sagrada Escritura y leyesen como deberían a Tertuliano, S. Jerónimo, S. Juan Damasceno (3) y S. Agustín (4) y a otros muchos santos, no estarían obstinados en su error ni murmurarían de la exterior adoración con título de engrandecer la adoración del espíritu. Que cuando nos hincamos de rodillas, herimos los pechos, etc., no lo inventamos los católicos de pocos años a esta parte, como ellos dicen, que bien sabemos que cuando entró San Antón a ver a San Pablo y le halló muerto, le vió puesto de rodillas y extendidas las manos al cielo, como dice San Atanasio. Y como refiere Egesipo, Santiago el Menor tenía hecho callos en las rodillas de la continua oración; el Publicano se daba golpes en los pechos (5); Moisés, cuando le levantaban las manos en su oración, vencía su pueblo; los tres reyes se postraron, y como dice S. Pablo: *Vir orans aut profetans velato capite, deturpat caput suum* (6); y finalmente, Cristo Jesús postrado y puestas las rodillas oraba en el huerto (7). Y así como los hombres no se contentan de que con solo lo interior los reverenciamos, sino que también quieren que con lo exterior les mostremos buena crianza, ¿por qué nos hemos de contentar de adorar a Dios con solo lo interior, estando exteriormente distraídos y mal criados? Cuánto y más, que, como dicen los santos que arriba cité, las exteriores muestras del cuerpo nos mueven a lo que interiormente debemos hacer en el espíritu.

3. La adoración exterior del cuerpo.

Descubrimos la cabeza en significación de que nos sujetamos a Cristo, que es nuestra cabeza. Inclinamos las dos rodillas, porque sujetamos nuestras dos potencias, entendimiento y voluntad, a la voluntad divina. Herímonos en el pecho, porque querríamos deshacer nuestro corazón y desmenuzarle para ofrecérsele al Señor *contritum et humilitatum* (8): juntamos las manos, deseando juntar nuestras obras y deseos a lo que el Señor quisiere. Postrámonos, como rendidos del todo a su ley; y finalmente, todas las demás exterioridades, como declara el *Racionale divinorum officiorum,* significan los actos interiores con que ha de ser adorado el Santísimo Sacramento, y por eso dice el real Profeta: *Cor meum et caro mea exultaverunt in Deum vivum* (9), y el Apóstol: *Exhibeatis corpora vestra hostiam Deo vi-*

Lo que significan las exterioridades.

1 Joan., IV, 24.
2 Isai., XXIX, 13.
3 MG. 94, 1134.
4 ML. 40, 597.
5 Luc., XVIII, 13.
6 I ad Cor., XI, 4.
7 Luc., XXII, 41.
8 Ps. L, 19.
9 Ps. LXXXIII, 3.

ventem et sanctam, etc. (1), en que dan a entender que con alma y cuerpo hemos de adorar a Dios. Y con esta adoración exterior las almas sinceras que no ven lo que está dentro de nuestro corazón se animan a adorar al Santísimo Sacramento; y los infieles, viendo esta exterioridad que hacemos, se confunden; y confesamos la fe con obras mostrando a todo el mundo la diferencia que hay de nuestra fe a la herejía.

Razones de la exterior adoración.

Y no hay para qué hacer caso de las murmuraciones de los herejes que escarnecen esta adoración exterior, sino dejarlos como bestias y aún peores, pues, según escribe San Buenaventura y refiere Surio, aun las bestias adoraron a este divino Señor, que una ovejuela que tenía San Francisco, cuando entraba en Santa María de los Angeles, llegando al altar de Nuestra Señora balaba delante de la imagen, como saludando a la Madre; y cuando alzaban el Santísimo Sacramento, se postraba haciendo adoración al divino Hijo. Y habiendo un hereje blasfemado delante de San Antonio de Padua, en la ciudad de Tolosa, del Santísimo Sacramento y de la adoración que le hacíamos, después de haberle dado San Antonio muchas razones para convencerle, el hereje se resolvió en que se rendiría, si viese que un mulo hambriento dejase la cebada que le ofreciesen por adorar al Santísimo Sacramento; y alabado él sea, que aceptando el Santo este partido, tuvieron a la bestia tres días sin comer bocado, y después delante de mucha gente, así herejes como catolicos, la pusieron en presencia del Santísimo Sacramento a la una parte, de la otra un cribo lleno de cebada, y volvió el mulo las espaldas a la cebada, y postróse y arrodillóse a adorar el Santísimo Sacramento, con que los herejes se convirtieron y los católicos le glorificaron, como refiere el mismo Surio. Y según escribe el padre Medina, una mujer en Inglaterra, que no le quería adorar porque era hereje, aunque una su vecina se lo amonestaba, diciendo la hereje que ella no veía allí a Dios sino un poco de pan, desde aquel punto que esto dijo quedó ciega sin poder jamás ver cosa alguna con gran confusión de todos los herejes. Estos y otros muchos ejemplos pudiera traer, mas léalos quien quisiere en el jardín de los ejemplos del maestro Serafino Razi.

4. De la música.

Alabado sea el Santísimo Sacramento con canto y música, pues el Señor quiere ser adorado *in tympano et choro, chordis et organo, etc.* (2), y como se colige del *Paralipomenon* (3), y de los *Numeros* (4), Salomón tenía capilla de cuatro mil músicos para glorificar a Dios delante del Arca del Testamento, que era figura de este Señor, y sola la música entre las artes liberales queda en la Iglesia triunfante para adorar a Dios, como cantaban los serafines de Isaías (5) y se colige del *Apocalipsis* (6), y los ángeles cantaron *Gloria in excelsis Deo* (7) cuando este Señor nació, y los niños *Hosanna* (8) cuando entró en Jerusalén a padecer. Y cuando se instituyó en la última cena cantaron los apóstoles un himno, como de San Mateo coligen San

---

1 Ad Rom., XII, 1.
2 Ps. CL, 4.
3 I Paralip., XV, 16.
4 Núm., X, 10.
5 Isai., VI, 2.
6 Apoc., IV, 8.
7 Luc., II, 14.
8 Matth., XXI, 15.

Agustín y San Isidoro, San Ambrosio, San Jerónimo, San Crisóstomo y otros muchos santos, que engrandecen mucho la música de la Iglesia y escribieron de ella y con mucha razón. Mercurio Trismegisto dice que ninguna cosa hay que tanto ayude al conocimiento de las cosas divinas como la música; y así han sido muy estimados en todo tiempo los grandes músicos, como Jubal, que fué el primero que la inventó, Anfión, que la renovó, Mercurio que la engrandeció, Apolo, que por la excelencia de su música fué tenido por Dios. Safo, poetisa griega, que inventó la tonada de sus versos sáficos, Jenice, maestro de Aquilas, que inventó la música de vihuela. Y aunque fabulosamente dicen los poetas que Orfeo con la música de su arpa sacó de poder de los demonios del infierno al alma de su mujer Euridice, no es fábula que David con su arpa libraba del demonio al rey Saúl (1), y tañendo Eliseo, le infundió Dios en el espíritu profecías (2). Y es cierto que la música levanta el espíritu al cielo, como dice San Agustín, libra de las pasiones, mueve a la contemplación y suspende los ánimos, como los suspendían las tres hermanas hijas de Arquelao, rey de Sicilia, Elegía cantando, Partenope tañendo vihuela y Leocoste tocando una flauta. Con la música de una sinfonía sanó Asclepiades un frenético; y así desterraban los atenienses de su patria a los hombres principales que no sabían música, como desterraron a Temístocles, aunque fué gran capitán. Bendito sea quien ordenó que se pusiesen en punto de música estas palabras: Alabado sea el Santísimo Sacramento. Efectos de la música.

Cuando sale el Sacramento fuera del templo, es gran bien acompañarle con procesión, cera y palio, como se hace en toda la cristiandad el día de *Corpus Christi*, y también cuando sale a los enfermos, pues a los reyes de la tierra se les hacen semejantes honras. Para mí ha sido particular contento ver que este año, luego que eligieron por emperador al rey Matías, se hizo la procesión de *Corpus Christi* en la ciudad de Francfor, que había dos años que no se hacía. Y siempre la casa de Austria ha mostrado esta adoración, desde el conde de Asbruc de este linaje, que por haberse apeado de su caballo y subido sobre él a un clérigo que llevaba el Santísimo Sacramento a un ermitaño enfermo, acompañándole a pie con gran reverencia, le reveló el Señor a este ermitaño que de la casa de Austria habría reyes y emperadores de los más excelentes del orbe, como se ha visto cumplir. Antiguamente no se llevaba a los enfermos en España con la solemnidad que ahora se lleva. A la buena señora doña Teresa Enríquez, duquesa de Maqueda, se debe el haber alcanzado de los papas se lleve con palia y acompañamiento. Y aunque no era tan rica una señora que yo confesaba en Pamplona, llamada María de Linzuyain, no puedo dejar de escribir haber instituído de su hacienda para que cuando saliese el Santísimo Sacramento a comulgar los enfermos, le acompañasen seis clérigos con sus sobrepellices y hachas encendidas, dejando suficiente renta para la cera y para que den a cada uno medio real por acompañarle, que es buena limosna. Y el mismo día que esto escribo, ha venido a buscarme

5. Del ornato.

D.ª Teresa Enriquez.

1 I Reg., XVI, 23. 2 IV, Reg., III, 15.

Octavio Pisano, hombre de gran ingenio en cosas de matemáticas y astrolabios, que ha gastado muchos dineros en hacer palios para que se lleve el Santísimo Sacramento a los enfermos en todas las parroquias de la ciudad de Amberes; y viene a que se procure lo mismo aquí en Bruselias y en todos estos estados de sus Altezas, hablando sobre ello, como yo le he aconsejado al confesor de la serenísima infanta, para que con esto, así como en España, sea también en estos países más alabado el Santísimo Sacramento.

6. De la adoración con fábricas de Templos.

Bien merecen premio los de estos países, pues habiéndoles derribado los herejes en tiempo de las revoluciones pasadas muchos templos, los han tornado a reedificar tan suntuosos y con tan buenas, ricas y curiosas imágenes y ornamentos en honra del Santísimo Sacramento, que es para alabarle quien lo ve. Bien sé que dice el Señor por Isaías, que siendo el cielo su silla y la tierra escaño de sus pies, el lugar donde más gusta de hacer su morada es en el corazón del humilde y que tiembla de sus palabras (1); mas también veo que se sirve de que se le edifiquen magníficos, suntuosos y adornados templos, pues con tanto cuidado ordenó que el rey Salomón edificase aquel tan suntuoso templo de Jerusalén y se le reedificasen los Macabeos, adornándole con tantos vasos de oro y plata y ornamentos de seda y brocado, como se colige de los libros de los *Reyes* y de los *Macabeos* para tener con reverencia y adoración el Arca, que era figura de este Santísimo Sacramento, y como dice San Cirilo: *Isti qui nunc sunt reges pietatis ergo argento induentes et auro, hanc Ecclesiam, in qua nunc sumus, extruxerunt, et argenteis monumentis splendidam fecerunt.* Como quien dice, los reyes de ahora han adornado las iglesias de oro y plata y las han fabricado muy espléndidas con altares y monumentos ricos.

Bien se ve en los templos que los emperadores y reyes cristianos desde Constantino I han labrado hasta el suntuoso edificio de San Lorenzo el Real, en el Escorial, que ha hecho el rey don Felipe II, y los que cada día se labran; en que no me quiero detener ni en contar las fábricas suntuosas del templo de Diana, en Efeso, y del antiguo y rico de Hércules, en España y otros muchos que en todas las partes del mundo se han fabricado para la idolatría de los falsos dioses. Pues ¿cuánto más conviene que le edifiquen y adornen para el Santísimo Sacramento, nuestro verdadero Dios? Y si los arrianos, donatistas, calvinistas y otros perros herejes ladraren como el ladrón Judas, diciendo: *Ut quid perditio haec?* (2), Cristo, que defendió a la Magdalena porque derramó a sus pies un bálsamo de gran valor, los confundirá y volverá por su honra; y por medio de unas abejas avergonzará la soberbia de los herejes, porque, como escribe don Serafino Razi y primero Henrico Germano, en estos países acaeció que robaron unos ladrones la custodia con el Santísimo Sacramento, y pasando por un colmenar, echaron la hostia en una colmena grande que estaba vacía para aprovecharse de la plata, y poco tiempo después advirtió el dueño del colmenar que las abejas de muchas otras colmenas se juntaban en aquella col-

---

1 Isai., LXVI, 1, 2. 2 Matth., XXVI, 8.

mena, y puestas las unas a una parte y las otras a la otra, como hacemos los religiosos, cantaban a coros en todos los tiempos que en la Iglesia se suelen decir las horas canónicas. Abrieron la colmena y hallaron edificado de panal de miel un templo con su capilla, altar, sacristía y torre y una custodia en que había puesto al Santísimo Sacramento, y admirados de este milagro vino el obispo con la clerecía en procesión a llevarle a la iglesia, porque declararon los ladrones lo que habían hecho teniéndolos para justificar. Alabado sea el Santísimo Sacramento.

7. Reverencia a los templos y sacerdotes.

Alabado sea con la reverencia que se debe tener en sus templos y a sus sacerdotes y a todas las cosas sagradas. Que si delante del rey de la tierra y en su presencia estamos con silencio, respeto, compostura y modestia ¿cuánto más conviene lo estemos delante del Rey del cielo?; para que, pues su templo es casa de oración, no nos diga que la habemos hecho cueva de ladrones (1), y nos reprenda con las ásperas palabras del profeta Jeremías, que dice que nos ponemos en su presencia llenos de adulterios, juramentos y otros pecados como si estuviésemos en casa de salteadores (2).

A los sacerdotes que consagran y reciben en sus manos al Santísimo Sacramento es necesario tengamos respeto y reverencia por la dignidad de su oficio, que es la suprema que puede haber en la tierra. pues ningún rey ni emperador se les iguala, como prueba divinamente el glorioso San Gregorio Nacianceno; porque si a los reyes se les confían los cuerpos de los hombres, a los sacerdotes las ánimas; si los reyes castigan y perdonan, encarcelan y dan libertad, los sacerdotes abren y cierran el cielo para las almas. Ellos usan de armas de hierro en las guerras, y los sacerdotes de armas espirituales contra los errores en defensa de la fe. Y finalmente, si los reyes traen guerra contra hombres, los sacerdotes batallan contra los demonios. Son rayos del sol de la divina Justicia, Cristo Jesús, dice San Clemente papa, y la diferencia que va del cielo a la tierra, va del oficio sacerdotal a las mayores dignidades del mundo. Y finalmente, pues Dios los llama cristos y las niñetas de sus ojos cuando dice por David, no me toquéis a mis cristos (3), y el que a ellos llegare, me llega a las niñas de los ojos (4), razón es que no les hagamos agravio ni perjuicio alguno tocándoles en la persona, honra, estima y reputación. Que no es inconveniente para ser venerados que sus almas estén en pecado mortal; pues, según dice el Concilio Tridentino, no pierden nada de su poder, que es absolver y consagrar, por el particular pecado de sus conciencias. Que así como el médico, dice Nicéforo Cartofilacio, ha de ser obedecido y estimado cuando nos cura, siquiera él esté enfermo siquiera sano en su persona; así hemos siempre de reverenciar al sacerdote por su dignidad y oficio, pues no hallo quien tanto se parezca en oficio y dignidad a la Virgen Sacratísima María. Ella con cinco palabras hizo que Cristo encarnase en sus entrañas y se hiciese hombre, y el sacerdote con otras cinco consagra el Sacramento y hace que esté Dios en las especies de pan y vino. Ella le envolvía y

Compárase el sacerdote a la Virgen María.

1 Matt., XXI, 13. 2 Hierem., VII, 9, 10. 3 Ps. CIV, 15. 4 Zachar., II, 8.

desenvolvía en las mantillas y pañales, y el sacerdote le cubre y descubre con los corporales. Y finalmente, la Virgen tomaba a su Hijo en sus santísimas manos para que le adorasen los pastores y reyes, y el sacerdote la toma en las suyas para que le adore todo el pueblo cristiano. Alabado sea el Santísimo Sacramento, que tan alta dignidad dió a los hombres.

TONO VI

DE LA IMITACION DEL NOMBRE, HECHURA, COLOR, FIGURA, PINTURA, LISURA Y SABOR DE LAS ESPECIES SACRAMENTALES, DE DONDE IMITA EL ALMA LOS SIETE PRINCIPIOS DE PERFECCION, QUE SE LLAMAN RENDIMIENTO, PACIENCIA, PUREZA, INTENCION, CONSIDERACION, VIVA FE Y GUSTO ESPIRITUAL, CON QUE ES MUY ALABADO EL SANTISIMO SACRAMENTO. Y DEL AMOR PROPIO, IMPACIENCIA, PECADOS, FALTA DE INTENCION Y DE CONSIDERACION Y VIVA FE, Y DE LAS AMARGURAS Y TRISTEZAS DAÑOSAS, DE DONDE SE SIGUE APROVECHAR POCO ALGUNOS, AUNQUE RECIBAN A MENUDO EL SANTISIMO SACRAMENTO.

El glorioso San Agustín para persuadirnos a la imitación de Cristo Jesús, en que consiste todo nuestro bien, dice estas palabras: Habíamos de imitar y seguir a Dios a quien no podemos ver, y no al hombre que tenemos delante de los ojos, pues para que viendo al hombre imitemos a Dios, se hizo Dios hombre. Por la misma razón podemos discurrir del Santísimo Sacramento, diciendo: Habemos de imitar a Cristo, que se ausentó de nuestros ojos cuando subió al cielo, y no al pan y vino que vemos. Pues para que imitemos a Cristo, viendo con los ojos del cuerpo, tocando y gustando pan y vino, quedó Cristo entre nosotros en el Sacramento debajo de las especies sensibles de pan y vino. Y así pretendo en este tono declarar en siete propiedades de las especies sensibles que hay en este divino Sacramento siete imitaciones de Cristo, que son siete principios de la vida perfecta, y juntamente descubrir siete estorbos que tienen los que comulgan para no ir aprovechando con la frecuencia del Sacramento. Hallo el nombre de pan, la hechura, figura, color, pintura, lisura y sabor. Y sobre estas siete propiedades pretendo declarar la renunciación, paciencia, espíritu, pureza, consideración, fe viva y gustoso deseo que al alma hace perfecta, y descubrir el amor propio, impaciencia, falta de espíritu, impureza, inconsideración, falta de fe viva y amargura de corazón que estorban para no llegar a esta cumbre.

Siete imitaciones de Cristo en el Sacramento.

Siete propiedades de la hostia.

Siete principios de perfección.

Siete faltas de los que no aprovechan comulgando.

Llámase este Sacramento pan porque aunque no queda en él la sustancia y esencia del pan después de hecha la transubstanciación, queda el nombre de pan, pues dice el Señor: *Hic est panis, qui de caelo descendit, etc. Panis quem ego dabo, caro mea est pro mundi vita* (1), y como hemos dicho, pan, en griego, significa todo; y así en imitación de este nombre, el primer principio de la perfección del alma es la renunciación de todo lo criado y la universal entrega de todas las potencias que ha de hacer a Dios el hombre

Nombre de pan.

Total renunciación.

1 Joan., VI, 51, 52.

que quisiere aprovecharse de este divino Sacramento, conforme aquellas palabras: *Ecce nos reliquimus omnia, et secuti sumus te* (1); Señor, todo lo hemos dejado por seguirte; y en este todo consiste el verdadero amor; y la guarda del primer mandamiento que encierra todos los otros mandamientos es: Amarás a tu Señor Dios de todo tu corazón, de toda tu alma, con todas tus fuerzas, con todas tus potencias y con toda tu fortaleza (2). Y defraudarle a este divino pan alguna de las cosas criadas, sin dárselas todas, poniendo la voluntad y amando a cualquier criatura que no se ame en Dios, por Dios y para Dios, y siguiendo el amor propio, que es amarse a sí mismo o a la criatura y no para Dios, es lo que más estorba la perfección. Y cuando comulgamos con este amor propio, no hacemos el holocausto divino que Dios quiere abrasando todas nuestras cosas en el fuego de su amor.

Amor propio que estorba.

Hácese el pan del trigo trillado y molido, y el vino de las uvas pisadas en el lagar y estrujadas en el husillo: y a imitación de esta manera con que se hace el pan y vino, sufra el alma con paciencia todas sus tribulaciones y trabajos, cuando los tiene, que a ninguno le faltan de una manera o de otra, pues dice Job: que nace el hombre para trabajos como el ave para volar (3); y aunque no los tenga, el desear padecer por Cristo, ser pisado y abatido en el mundo es el segundo principio de gran perfección. Porque así como la dulce miel es labrada por las abejas que tienen aguijones con que pican, y se encierra dentro de un áspero y vil corcho, y el ámbar es vomitado de la ballena, el oro se halla en los desiertos de Arabia de donde se trae el más fino, y el cristal de roca en los mayores hielos de Finlandia; así el que mejor padeciere y más deseare sufrir los aguijones de las lenguas murmuradoras, el ser bosado y desechado del mundo como si fuese asqueroso, el desamparo de todo favor humano y los fríos de las tribulaciones y cruces interiores alcanzará mayor perfección comulgando a menudo. Y hay muchos, que aunque frecuentan la comunión, pierden gran fruto por la impaciencia y poco sufrimiento, pues dice el Espíritu Santo: *Patientia opus perfectum habet* (4).

Hechura del pan. Paciencia.

La figura redonda y circular de la hostia que vemos por nuestros ojos, nos lleva a la imitación del verdadero espíritu, que es deseo de comulgar con perfección y de hacer todas las buenas obras teniendo a Dios por principio y fin de ellas, que por esa causa se llama *alpha* y *omega* (5), que son la primera y postrera letra del abecedario griego, y principio y fin de todos nuestros deseos, pensamientos, palabras y obras. Con este círculo se edifica dentro de nosotros la santa ciudad de Jerusalén de la perfección, como nos lo dijo David en este verso: *Jerusalem, quae aedificatur ut civitas, cujus participatio ejus in idipsum* (6): Edifícase Jerusalén con participación de Dios y para Dios; él sea bendito y alabado y nos dé a entender cuánto pierden las almas que llegan al Sacramento por costumbre, respetos humanos, temor, vergüenza, gusto sensible u otro fin cualquiera que no sea Dios.

Figura redonda de la hostia. Verdadero espíritu.

Que no se ha de llegar sin buen fin.

---

1 Matth., XIX, 27.
2 Matth., XXII, 37.
3 Job., V, 7.
4 Jacob., I, 4.
5 Apoc., I, 8.
6 Ps. CXXI, 3.

Color blanco del pan.

En el color blanco que se ve en la hostia se ha de imitar la pureza del alma que Dios tanto quiere, sin la cual no hay aprovechamiento de perfección, y no solamente conviene que carezca el alma de pecados mortales sabidos y propios, sino que es bien procure purificarse de los ajenos y ocultos, y de las ocasiones y pecados veniales e imperfecciones lo más que pudiere; y ya que sea tan dificultoso que evitemos los pecados veniales, pues somos flacos, a lo menos, es bien tener un continuo deseo de alcanzar aquella pureza que escribe San Dionisio Areopagita por estas palabras: *Arcet enim per omnia sincera vox eos quoque qui digne divina sumentes munera, conjugi connectique non possunt: quanto ergo aliena erit a sacris muneribus turba, quae sese passim jactandos foedis voluptatibus praebet, et a communione Sacramentorum prorsus aliena. Eos enim qui ad sacra confitenda mysteria accedunt, tali debent esse munditia, ut extremas vitiorum imagines purgatas habeant.* Que quiere decir: aparta la voz sincera el llegar al Sacramento aquellos que no llevan pureza para poderse unir y juntar con Dios; pues ¿con cuánta más razón estarán apartados los que siguen los hediondos deleites de sus apetitos?; que los que llegaren al Santísimo Sacramento, conviene que tengan tanta pureza, que aun las más mínimas imágenes y sombras de ofensas de Dios hayan purificado, etc. ¡Oh, válgame Dios, qué de gente hay que, aunque comulgan y aun muchas veces a menudo, no se abstienen de ocasiones, pecados veniales y gustos y regalos del cuerpo, pareciéndoles que, como no sean pecados mortales, importa poco. Y estos tales no aprovechan más un día que otro en la comunión, ni sienten el gusto y regalo que reciben los que comulgan con gran pureza, pues dice el Espíritu Santo que las moscas que mueren destruyen el olor del bálsamo (1); en que da a entender que por faltas muy pequeñas se pierde el gusto espiritual de la comunión.

La pintura de la hostia.

Está pintada la hostia de una parte y con letras, y la más ordinaria pintura es una cruz o un Cristo crucificado, en que se nos da a entender que la imitación de Cristo en la cruz y la meditación y consideración de este misterio es gran principio de la perfección del alma, así como la falta de consideración hace mucho daño para el aprovechamiento; y porque en el tono tercero he escrito largo de esta consideración, no diré ahora más.

De la lisura. La fe.

También escribí de la fe viva con que ha de ser alabado el Santísimo Sacramento, y así no me detendré en tratar de ella, que se imita en la lisura que tiene la hostia por la una parte donde no hay imagen ni escritura, porque la sinceridad en el creer este misterio, sin andar buscando y escudriñando razones para persuadirse que está allí Dios, es la que más nos conviene para nuestra salvación. Y la curiosidad de ellas suele ser muy dañosa, como se colige de aquellas palabras del Sabio: *Sicut qui mel multum comedit, non est ei bonum, sic scrutator majestatis opprimetur a gloria* (2). Tomar un poco de la miel de este dulcísimo panal que se halló en la boca del león desquijarado en la cruz, que es Cristo dulcísimo, con la

---

1 Eccles., X, 1. 2 Prov., XXV, 27.

punta de la vara de la recta intención, abre los ojos y es de gran fruto, como los abrió la miel a Jonatás; pero querer escudriñar la majestad de la gloria que allí se encierra, es de gran daño para el alma cuyo entendimiento no se rinde.

Dulzura en la comunión.

No hay dulzura que se iguale a la del pan y vino en los hambrientos; ni cosa de mayor gusto y sabor que recibir este divino Sacramento con pureza de conciencia; porque como es maná que bajó del cielo, *habet omnis saporis suavitatem* (1), tiene el sabor de todas las dulzuras que se pueden pensar. No trato aquí de dulzura y sabor sensible, aunque hay muchas personas que reciben un no sé qué cuando comulgan, con que parece se les quita toda la pesadumbre del cuerpo y hallan los pies y manos ligeros y prontos para el servicio de Dios, y otros gustos sensibles, que dicen es opinión de San Cirilo, que el que bien comulga recibe en el cuerpo cierta calidad, que llaman los filósofos real, que en la otra vida se vuelve en lumbre de gloria. Mas ahora sea por esta calidad, ahora sea por la redundancia de los gustos interiores que nacen de la simpatía entre el alma y cuerpo, sin duda ninguna muchos tienen gustos sensibles. Hablo ahora de las dulzuras y sabores espirituales que causa el Santísimo Sacramento en el alma cuando se vence y procura quitar la amargura de corazón, que es muy dañosa al aprovechamiento, y con el apetito y fervoroso deseo que corre el alma para comer en la mesa de las bodas del Cordero (2), por sólo agradar a Dios, llega a la comunión, que así se entienden aquellas palabras del *Apocalipsis*: Al que venciere, le daré el maná escondido y una piedra preciosa, y en ella escrito un tal nombre que nadie le conoce sino quien le recibe (3). Y hanse de vencer los escrúpulos necios, el temor ignorante, los respetos humanos y el qué dirán, cuando se viene a comulgar a menudo, si quiere el alma gozar del sabor de esta dulzura que da el Santísimo Sacramento. Alabado sea para siempre.

Gustos espirituales en la comunión.

Amargura de corazón.

TONO VII

DE LA PREPARACION QUE HA DE PROCURAR QUIEN QUISIERE COMULGAR BIEN. VA DECLARADA CON EL EJEMPLO DEL PAN Y DEL VINO, Y CON LO QUE SE HACIA PARA COMER EL CORDERO PASCUAL, DE DONDE SE COLIGE LA MORTIFICACION, PENITENCIA, EXAMEN DE CONCIENCIA, MEDITACION, OBSERVANCIA DE LEYES, HUMILDAD Y AMOR DE DIOS, QUE SON LAS SIETE PRINCIPALES COSAS QUE HA DE HACER QUIEN BIEN QUISIERE COMULGAR.

Dice Orígenes que así como el manjar corporal aprovecha al cuerpo bien dispuesto y con buenos humores, y mata o daña al enfermo o no se pega al que no come de buena gana y como conviene; así el Santísimo Sacramento causa muerte a quien le recibe en pecado mortal, y no aprovecha tanto a quien no se dispone bien para recibirle. No está el negocio, dice San Juan Crisóstomo (4), en comulgar tarde o a menudo sino en comulgar con buen apercibimiento. Y no sería

1 Sap., XVI, 20. 2 Apoc., XIX, 9. 3 Apoc., II, 17. 4 MG. 63, 131.

mucho, dice el mismo, que entre ciento sesenta y ocho horas que tiene la semana, tomásemos una para tan gran bien como bien comulgar.

Bien pudiera tratar de este apercibimiento del alma siguiendo la doctrina de San Cirilo Alejandrino con el ejemplo de lo que pasa en el vino y en el pan para venir a estar sazonados para poderse comer y beber; mas, pues este Sacramento se llama cordero pascual, seguiré el orden que se tenía en aparejar el cordero para comer en la Pascua, aunque tocaré con brevedad los dos ejemplos del pan y vino. Que, pues mi intento es el fruto de las almas y con ninguna cosa mejor se entienden estas doctrinas espirituales que con los ejemplos más claros y más sabidos, iréme brevemente discurriendo por ellos.

Decláranse con el ejemplo del pan siete apercibimientos para comulgar bien.

Sembrar.

Así como el pan primero que esté sazonado para comerse pasa por siete labores, así el alma ha de trabajar en disponerse para comulgar bien con siete disposiciones. La primera, el trigo se siembra, habiéndose despedregado y arado la tierra para que esté blanda; y lo primero que ha de hacer el alma que quiere comulgar bien es quitar las durezas de su corazón y sembrar en él un buen deseo de acertar en todo lo que hiciere de allí adelante. Crece el trigo con el agua y sol, y arraiga con los fríos y nieve y escárdanle de las malas yerbas: en semejanza de esto vaya el alma aumentando este buen deseo con la oración, penitencia y paciencia en las tribulaciones, y escarde las ocasiones de pecar. Grana, lo tercero, el trigo con el aire fresco, reservándole del solano que le seca y agosta; y así, si el alma quisiere hacer fruto en sí y en otras conciencias, guárdese del solano de la vanagloria que seca y agosta los merecimientos. Lo cuarto, tríllase y ablántase apartando la paja del grano; procure el alma mortificarse y apartar de sí la paja de los pecados veniales. Lo quinto, muélese y ahéchanle quitando los granzones y neguilla; y así quien quisiere bien comulgar vaya aumentando la contrición y penitencia con que dé al Señor un corazón contrito y humillado (1), y procure con el examen apartarse de las imperfecciones. Amásase la harina, habiéndola primero cernido y apartado los salvados; purifícase el alma con la imitación de Cristo y de los santos, mediante la sal de la fe y el agua de las lágrimas, examinando en sí las imperfecciones que tuviere para apartarse de ellas. Finalmente, cuécese el pan con el fuego del horno, procurando abrigarle, huyendo del frío porque no salga de punto o lleudo, como dicen; y el alma que quisiere bien comulgar, perfecciónese con el fuego del amor de Dios y huya de la frialdad y tibieza del corazón.

Buen deseo. Crecer. Aprovechar. Granar. Humildad. Trillar. Mortificación. Moler. Examen. Amasar. Imitación de Cristo y de los Santos. Cocer. Perfección.

Siete disposiciones que ha de hacer el alma, colegidas del ejemplo del vino.

Podar. Contrición. Sarmentar. Confesión. Bardar. Recato. Ahorquillar. Paciencia.

El vino se hace podando primeramente la viña, y el alma lo primero que ha de hacer es tener contrición verdadera, pensando muy bien la gravedad de sus pecados. Lo segundo, sarmientan llevando hechos manojos de los sarmientos inútiles para quemarlos; y así, después de la contrición junte el alma por los mandamientos la suma de sus pecados y llévelos a quemar a los pies del confesor. Así como se barda la viña, así procure el alma guardar la conciencia para no tornar a caer. Para que no se pudran los racimos, ahorquíllanse las cepas, y así procure el alma, lo cuarto, prepararse con pa-

1 Ps. L, 19.

ciencia en sus tribulaciones para que no se pudran sus buenos deseos con la amargura de corazón. Lo quinto, vendímiase la viña, llevando las uvas al lagar; y esto quiere decir procurar hacer buenas obras en imitación de Cristo crucificado. Lo sexto, así como las uvas se pisan y estrujan para sacar el vino, importa mucho al tiempo de comulgar, hacer muchos actos de martirio y de padecer y ser despreciados en honra y gloria del Santísimo Sacramento. Finalmuente, cuécese el vino; y el alma con el divino amor se perfecciona haciendo muchos actos de caridad al tiempo de la comunión. Bien teníamos que declarar si nos detuviéramos en la doctrina de estos dos ejemplos; pero quiero irme a detener un poco más en el del cordero pascual.

Vendimiar. Buenas obras. Pisar las uvas. Actos de martirio. Cocerse el vino. Actos de amor de Dios.

Que así como para comerse el cordero precedían siete cosas, porque le mataban, desollaban, abrían, asaban, y puesto en su plato le trinchaban, y sazonándole con salsas o especies le comían; así el alma que quisiere aprovechar recibiendo el Santísimo Sacramento, ha de hacer consigo mismo siete preparaciones semejantes a estas siete del cordero. Porque ha de matar su propia voluntad, desollar con la penitencia los pecados mortales, abrir sus interiores con el examen de conciencia, asarse con la meditación, ponerse en el plato de su estado y guarda de leyes y obligaciones, y principalmente de los diez mandamientos de la ley de Dios; sazonarse con actos de humildad, abrir la boca y comer dilatando lo más que pudiere el deseo de servir a Dios con actos de caridad. Estaba una vez el glorioso San Agustín para comulgar y oyó en revelación estas palabras: Tú me comerás a mí, Agustín, y yo te transformaré en mí, de donde colegimos que las mismas preparaciones que se hacen en el manjar para que entre en provecho a quien le come, hemos de hacer con nuestra alma y voluntad para aprovechar cuando comiéremos a Dios en el Sacramento. Y porque de esto tengo escrito en otra parte, trataré ahora con brevedad declarando la doctrina en siete palabras de la Sagrada Escritura, que puede decir quien comulga para aprovecharse.

Siete aparejos de gustar el cordero. Siete preparaciones para comulgar. Libro de la lámpara encendida.

Non mea voluntas, sed tua fiat (1), dijo el Señor en la oración del huerto, en que nos dió a entender que matar la voluntad propia, degollar nuestros apetitos, renunciar todas las cosas criadas por Dios es la primera y más esencial preparación para el aprovechamiento de quien comulga. Porque así como lo primero que se hacía con el cordero pascual era matarle, pues ningún manjar que se come vivo entra en provecho, así lo primero que el alma ha de hacer es matar su propia voluntad para morir en sus apetitos. Porque con esta muerte se alcanza la vida de unión y el amor y caridad que se pretende. *Vivo ego,* dice San Pablo, *jam non ego, vivit in me Christus* (2). Como quien dice; Cristo vive en mí, porque ya yo no vivo, que soy muerto, y esta mi muerte es ganancia, *mihi vivere Chistus est, et mori lucrum* (3). Muchos hay que llegan a comulgar vivos en sus deseos e intenciones, que si son deseos de pecado mortal o de malas ocasiones de pecar, ofenden a Dios recibiéndole en mal estado. Otros, aunque no lleven intención de pecar mortalmente cuando van a comulgar y se les acuerda de algunos negocios o tratos

Matar el cordero. Negación de la propia voluntad. Matar el cordero. Muerte de la propia voluntad.

1 Luc., XXII, 42. 2 Ad Gal., II, 20. 3 Ad Philip., I, 21.

en que andan, que son peligrosos y de poco fruto para el amor de Dios, quédanse enteros y vivos en aquellos deseos sin hacer propósito de salir de ellos. Y estos tales, aunque comulgan a menudo y sin conciencia de pecado mortal, no van acrecentando espiritu con la frecuencia de las comuniones, como el que no quiere dejar el juego que distrae, las galas que desvanecen, las pláticas peligrosas que perturban y cosas semejantes, que aunque no sean pecados mortales, tienen remordimiento, y por no ser provechosas, cuando van a la comunión no aprovechan tanto como el que con una verdadera mortificación de toda su propia voluntad, gustos y apetitos dijere con Cristo: Señor, de aquí adelante no se haga mi voluntad sino la tuya (1).

Tibi soli peccavi et malum coram te feci. La segunda preparación del alma es la verdadera penitencia, contrición y dolor de haber ofendido a Dios, confesión entera y buena satisfacción. Porque así como muerto el cordero pascual, se desollaba, y las aves del sacrificio se pelaban con agua caliente sin que quedase cosa inmunda; así no ha de quedar pecado mortal que sepa el alma de cierto que le ha cometido y que no le ha confesado, porque si queda en pecado y come indignamente, *judicium sibi manducat et bibit* (2). Digo, que sepa el que comulga que está en pecado mortal, porque no podemos saber con certidumbre si estamos en gracia y sin pecado; mas bien podemos saber con certidumbre que hemos cometido pecado mortal y que no le hemos confesado. Y, como dice bien un autor, para quitar escrúpulos ha de ser tanta esta certidumbre que lo podamos jurar. Que hay algunos tan escrupulosos que no se atreven a llegar a la comunión porque no saben de cierto si están en gracia de Dios, y eso no se puede saber. Y así como aunque más se haya pelado una ave, queda con innumerables pelillos blancos, y si el cocinero que la guisa quisiese esperar a quitar cada pelillo de por sí, uno a uno, nunca acabaría de dar de comer a su señor y antes ensuciaria el ave; lo que hace es pasarla por una llama y chamusca todos aquellos pelillos de una vez; así hay muchos que, aunque no se les acuerda pecado mortal, quieren confesar uno a uno y con todas las circunstancias todos los pecados veniales e imperfecciones que han cometido y de otra manera no se atreven a comulgar. Estos tales gastan el tiempo necesario para otras preparaciones en sola ésta, y enfadan a los confesores, ocúpanles el tiempo y hay otros inconvenientes que de aquí se siguen con que pierden gran fruto en la comunión. No digo que no sea bueno confesar los pecados veniales y las imperfecciones pero no es necesario, y cuando ve el alma tantas en sí que nunca acabaría si las contase una a una, mejor es con un acto de amor de Dios o de contrición chamuscarlas todas, que dejar de comulgar o gastar el tiempo en solo eso, diciendo dándose en los pechos: A tí solo pequé, Señor.

Pureza de alma.

Omnia mea tua sunt, et omnia tua mea sunt (3). Estas palabras dijo Cristo a su Padre Eterno con que nos enseña el verdadero examen de conciencia. Que al punto de la comunión es bueno ir examinando en qué estado están y en qué ocupamos todas nuestras po-

Abrir el cordero. Examen de toda nuestra alma.

1 Ps. L, 6. 2 I ad Cor., XI, 29. 3 Joan., XVII, 10.

tencias, memoria, entendimiento, voluntad, apetitos y sentidos, qué obras y palabras más de ordinario hacemos y decimos, con qué personas tratamos, en qué negocios entendemos, cómo gastamos nuestro tiempo y hacienda, y finalmente, examinar todas nuestras cosas y desde aquel punto ofrecérselas todas a Dios, diciendo: Todas mis cosas, Señor, sean tuyas, y tomando las cosas de Cristo por propias, con imitación de lo que el Señor haría, diría o pensaría, procurar de pensar atentamente que después de haber comulgado vive Cristo dentro de nosotros. Porque así como después de muerto y desollado el cordero, mandaba Dios que le abriesen y sacasen y lavasen todos los intestinos; así es de gran fruto antes de la comunión hacer verdadero examen de todas las cosas del alma, lavándolas de sus faltas con lágrimas y entregándoselas al Señor.

De que se hace el examen.

Quid est homo, quia magnificas eum, aut quid apponis erga eum cor tuum? (1), dijo Job, admirándose de que, siendo Dios tan grande como es y el hombre tan miserable, haga el Señor caso de él. Esta admiración, que nace de la verdadera meditación de quién es Dios a quien quiere recibir y quién soy yo que a él quiero llegar, hace mucho al caso para la buena comunión, así como el cordero pascual después de muerto, desollado y abierto mandaba Dios que le asasen. Y el asar es dar vueltas arriba y abajo con el asador, y era la meditación ordinaria de San Francisco, quién sois vos y quién soy yo: y por no detenerse algunas personas en ella cuando van a comulgar, salen con poco aprovechamiento aunque comulguen a menudo.

Asábase el cordero.

Meditación de quién es Dios y quién soy yo.

Legem pone mihi, Domine, viam justificationum tuarum et exquiram eam semper (2). La quinta preparación para comulgar bien es un verdadero y firme propósito de guardar de allí adelante la ley de Dios y las obligaciones de su estado. Y entonces, si no le han tomado, es muy buen tiempo para consultar con Dios qué estado quiere que tomen más provechoso para su salvación, si casarse o ser religiosos, etc., así como después de asado el cordero se ponia en un plato y se trinchaba. Que hay muchas personas que por descuidarse de esto, no aprovechan tanto como los que meditan de día y de noche (3), y principalmente al tiempo de comulgar, en la ley del Señor: dicen: Señor, ponme ley que sea camino de tus justificaciones para que yo siempre medite en ella.

Observancia de la ley de Dios y tomar estado.

Domine, non sum dignus ut intres sub tectum meum, etc. (4). La profunda humildad, reconociéndose el hombre por indigno de llegar a tan gran Señor, es la sexta preparación del alma. Que cuanto más se humillare, mayores bienes recibirá, diciendo con el régulo: Señor, no soy digno que vos entréis en mi morada, etc. Que así como cualquier género de soberbia, presunción o vanagloria deshace el mayor fervor del espíritu, así la falta de humildad en la comunión impide el mayor aprovechamiento.

Humildad profunda a salsa sabrosa.

Dilectus meus mihi, et ego illi (5). Al tiempo de recibir el Santísimo Sacramento en la boca, el alma abra y dilate lo más que pudiere el deseo de servir a Dios, que mientras este deseo y acto de

Acto de amor de Dios.

1 Job., VII, 17.
2 Ps. CXVIII, 33.
3 Josue., I, 8.
4 Matth., VIII, 8.
5 Cant., VI, 2.

caridad fuere mayor, más llena quedará de sus divinas misericordias, conforme aquellas palabras de David: *Dilata os tuum et implebo illud* (1), y, según la revelación a Santa Matilde de la Virgen María, la boca del alma es el deseo. Y así como la caridad es el fin de todas las perfecciones, así este acto de amor de Dios con que el alma se le entrega, diciendo: Mi amado para mí, y yo para él, es el más importante de todos los apercibimientos que hemos dicho. Que resumiéndolos en pocas palabras se pueden llamar mortificación, penitencia, examen de conciencia, meditación, observancia, humildad y amor de Dios. Alabado sea el Santísimo Sacramento.

Los siete apercibimientos.

TONO VIII

DE LOS EJERCICIOS ESPIRITUALES QUE HA DE HACER EL ALMA DESPUES DE HABER COMULGADO PARA APROVECHARSE DE LA COMUNION. PONENSE SIETE, QUE SE LLAMAN DETERMINACION, HACIMIENTO DE GRACIAS, CONTEMPLACION, AMOR, ACTOS DE OTRAS VIRTUDES, ESPIRITU Y UNION, COMPARADOS A LOS SIETE CAMINOS QUE HACE EL MANJAR CUANDO SE COME PARA EL SUSTENTO DEL CUERPO.

Sermón del padre Sobrino.

Este mismo año de 1612, cuando esto escribo, se llevó Nuestro Señor al cielo, en la ciudad de Valencia, un siervo suyo, sacerdote seglar, llamado mosén Francisco Jerónimo Simón. El cual, así al tiempo que murió como después acá, ha hecho muchos milagros; y leyendo yo el sermón que en su enterramiento predicó el padre Sobrino, religioso recoleto de San Francisco, gran siervo de Dios, que era su confesor, se me puso un pensamiento que nunca se me ha quitado, y es, que la causa porque ha obrado Dios este prodigio de tantos milagros en este tiempo por este su siervo, es por darnos a entender cuánto gusta de que después de haber comulgado, nos sepamos aprovechar de los grandes bienes que recibe quien se detiene en hacer algunos ejercicios espirituales después de la misa o comunión. Porque dice en su sermón el padre Sobrino que solía decir este siervo de Dios: que si los que comulgan se detuviesen, siquiera media hora, después de haber comulgado en sacar fruto de este gran tesoro, recibirían inefables bienes, gustos y deleites espirituales. Y aunque es verdad que escriben que este angélico sacerdote Simón tuvo durante su vida grandes y heróicas virtudes, cuales fueron inocencia bautismal, castidad purísima, humildad profunda, oración continua, pobreza suma, recogimiento perpetuo, caridad encendida, misericordia con los pobres, mortificación excesiva y una verdadera compasión, sentimiento y afecto a la pasión de Cristo Jesús, que por cualquiera de estas virtudes merecía que Dios hiciese por él milagros, pero, como escribe doctamente el padre Fr. Andrés de Soto, religioso de la misma Orden de franciscos recoletos, confesor de la Serenísima Infanta, en su Diálogo de los milagros, la razón de hacer Dios milagros más en un tiempo que en otro es porque en aquel tiempo es más necesario mostrar la fe de algún misterio o la ex-

Virtudes de Mosén Simón.

1 Ps. LXXX, 11.

celencia de alguna virtud, que entonces quiere que resplandezca en el mundo. Y en el tiempo que ahora estamos no hay cosa más olvidada de muchos que la verdadera fe, adoración, devoción, afecto, deseo de alabanzas y ejercicios espirituales para aprovecharse del Santísimo Sacramento del altar.

Son innumerables los gentiles, judíos, paganos y herejes que no le creen y ahora más que nunca le blasfeman. Y hay muchos cristianos, y pluguiera a Dios que así no fuese, que le reciben en mal estado por falta de contrición o de confesión entera o de verdadero propósito de nunca más pecar. Y otros le reciben muy de tarde en tarde y, si bien se mira, antes por cumplimiento que por verdadero afecto. Otros, que, aunque comulgan a menudo, es por sola costumbre o por oficio, como muchos que cada día celebran misa sin aparejarse bien para recibirle. Y otros muchos, que, en acabando de celebrar o comulgar, luego se levantan y se vuelven a sus ordinarios entretenimientos, sin aprovecharse de los bienes que les diera el Santísimo Sacramento que han recibido si se detuvieran a pensar lo que han hecho. Mi intento es escribir lo que ha de hacer el alma en acabando de comulgar, aunque en otra parte he escrito de lo mismo.

Y para hallar el camino más claro y derecho de esta doctrina, se me ofreció declararla en siete caminos, estaciones o jornadas que hace el manjar corporal para el buen sustento, salud y fuerzas del cuerpo. Porque lo primero entra en la boca de donde se traga; lo segundo en el estómago donde se cuece; lo tercero en el hígado donde se labra; lo cuarto en el corazón donde se apura; lo quinto en la vena cava donde se reparte; lo sexto en la arteria magna donde se espiritualiza; finalmente, en la vena arterial de donde se digiere y va por las arterias a convertirse en carne. Y si en esta comparación discrepare algo de las reglas de la anatomía, no hace al caso, porque me viene bien escribir estos siete discursos por este orden para declarar siete ejercicios que ha de hacer el alma en acabando de comulgar, si quisiere alcanzar grandes bienes de la comunión. El primero, verdadera determinación de servir a Dios de allí adelante; el segundo, memoria de este beneficio y de todos los demás recibidos con hacimiento de gracias para alcanzar pureza; el tercero, contemplación de este divino Sacramento para hacer buenos propósitos; el cuarto, amor para alcanzar mayor merecimiento; el quinto, deseo y actos de otras virtudes que nacen del amor de Dios; el sexto, verdadero espíritu para obrar con fervor, el séptimo y último, unión con Cristo mediante la comunión para vivir en él. Mandó Dios a Ecequiel (1) y a San Juan Evangelista (2), que comiesen y tragasen un libro que les dió. Este comer y tragar nos da a entender la determinación verdadera, que en el punto que el alma acaba de comulgar ha de tener de nunca más ofender a Dios y hacer todo lo que pudiere por su santo servicio, aunque sea padecer mil muertes por él, así como Cristo Jesús en acabando la última cena, se determinó, diciendo a su Padre Eterno, *non mea voluntas, sed tua fiat* (3).

En el libro de la lámpara encendida.

Siete caminos hace el manjar en el cuerpo.

Siete ejercicios y actos interiores después de haber comulgado.

Cómese el manjar y determínase el alma.

---

1 Ezech., II, 8, 9. 2 Apoc., X, 9. 3 Luc., XXII, 42.

Cuécese en el estómago.

De la boca va el manjar corporal al estómago, donde se cuece con el calor de las entrañas y se convierte en una masa blanca a manera de leche, que los médicos llaman quilo. El estómago es símbolo de la memoria donde se detiene el Santísimo Sacramento, dando el alma gracias a Dios por aquel beneficio y por todos los demás recibidos de su mano, meditando lo que haría el alma de Cristo Jesús al punto que acabó de juntarse con ella y con su cuerpo la divinidad del Verbo y le dió el ser divino; y lo que haría la Virgen María al punto que acabó de recibir a Cristo en sus entrañas con la Encarnación, y lo que hacen los bienaventurados en el cielo al punto que llegan a ver y a unirse y juntarse con la esencia divina en la gloria. Y pues este Señor que yo he recibido debajo de las especies de pan y vino es el mismo Dios que recibió la humanidad de Cristo y la Virgen y los santos, de mucho fruto será para agradecer a Dios este beneficio, imitar el agrádecimiento que tuvieron Cristo, la Virgen y los santos cuando recibieron al mismo Dios, y darle gracias por haber comulgado. Y juntamente es de gran provecho darle gracias en su nombre por la merced que Dios hizo a Cristo, a la Virgen y a los santos. Que este agradecimiento en nombre de Cristo y de la Virgen y de los santos, recibido en el beneficio de la Encarnación y gloria, es de gran fruto para las almas devotas.

Hacimiento de gracias.

Memoria de Cristo, de la Virgen y de los santos.

Cada uno puede, según su meditación, pensar lo que harían entonces Cristo, la Virgen y los santos e imitar los actos interiores y ejercicios que tendrian. Yo me hallo bien con meditar que Cristo cuando encarnó hacía tres actos y propósitos. El primero, hacer lo que más agradase a su Padre Eterno; el segundo, hacer todo lo que pudiese en su santo servicio; el tercero, morir por la redención del linaje humano y salvación de las almas; en imitación de estos tres actos de Cristo, me parece que será bien tener otros tres semejantes propósitos. La Virgen María vivió con sumo recogimiento interior y exterior, con profundísima humildad y sumo rendimiento a la voluntad divina; y así estas tres cosas ha de pedir y procurar el alma cuando ha comulgado. Los santos en llegando al cielo ven la esencia divina, aman sumamente a Dios, y unos a otros se quieren con amor entrañable en el Señor. Y así el alma después de haber comulgado, ejercite y pida al Santísimo Sacramento estas nueve virtudes, propósito de nunca más pecar, deseo de hacer en todo la voluntad de Dios, celo de almas, recogimiento, humildad, rendimiento de su voluntad a la divina, contemplación de amor de Dios y amor del prójimo, para que cociéndose en el estómago de la memoria los deseos con el calor del fervor se engendre en el alma el quilo y masa blanca de la verdadera pureza.

Los nueve deseos de donde nace la pureza.

Del estómago camina el manjar al hígado, donde muda el color blanco en colorado, y se labra la sangre, juntamente con los otros tres humores, flema, cólera y melancolía. Decían los platónicos, como se colige de Marsilio Ficino, que el hígado era la silla del entendimiento, porque en él, como en un espejo, se representan las figuras. Aunque a la verdad, la razón no tiene órgano corporal, y si alguno tiene, está en la cabeza, sea lo que fuere que poco nos importa, basta para nuestro propósito que el hígado significa el en-

Lábrase el manjar en el hígado y con la contemplación se labra el sufrimiento.

tendimiento, donde el alma se detiene después de haber comulgado con la contemplación de Dios que ha recibido, hablando y tratando con el que entonces tiene presente, como hablaría la Esposa con el Esposo cuando viniese a su casa. Y con esta contemplación, supuesta la pureza, se labra la sangre de la paciencia y el deseo de padecer por Cristo los trabajos que tiene, y apetecer el martirio, cruz y trabajos en honra y gloria suya, aunque no los tenga. Porque este buen humor de la paciencia, junto con la cólera del ímpetu y fervor y melancolía del dolor de contrición y compasión a la pasión de Cristo y con la flema de la perseverancia, son como cuatro humores con que el alma vive en Dios y se conserva la salud espiritual de la conciencia.

El corazón del alma es la voluntad, y así como la cuarta jornada del manjar, ya hecho sangre, es ir al corazón, donde se purifica mediante el gran calor que en aquella parte se halla; así después de haber comulgado, es divino ejercicio detenerse el alma en hacer actos de amor de aquel gran Señor que ha recibido. Que como está presente y aún no están consumidas las especies sacramentales, los actos interiores de amor, los propósitos firmes de servirle de allí adelante y el rendimiento a su divina voluntad que allí se hacen son de gran fruto y merecimiento. Y si el alma se hallare entonces seca y le pareciere que no tiene gusto para hacer estos actos de amor, hable con la boca diciendo al Señor: *Fiat voluntas tua* o palabras semejantes, que lo que dice la boca y no contradice el corazón es acto de la voluntad.

Purifícase la sangre en el corazón y el buen deseo en la voluntad con amor.

Hay una vena llamada vena cava, que es como la fuente, estanque o río de donde nacen las acequias de las demás venas, por donde se reparte la sangre para todo el cuerpo, y podemos llamar al entrar en esta vena y repartirse la quinta jornada del manjar. Y es el ejercicio quinto después de haber comulgado y de gran provecho para la conciencia el imperio de las virtudes que nacen del amor de Dios. Que así como es muy diferente el movimiento que tienen las partes del cuerpo cuando no las mueve el alma al que tienen las partes vivas, cuyo movimiento nace del alma; así es muy diferente el ejercicio de las virtudes a secas o el ejercicio de las mismas virtudes cuando nacen del deseo y amor de Dios. Pongamos por caso: quiérome humillar o padecer trabajos con paciencia, porque sé que la humildad y paciencia son buenas virtudes y necesarias para mi salvación. Buenos son estos actos y deseos; pero mucho mejores, más vivos, más eficaces, más durables y más meritorios son cuando nacen de la caridad y del deseo de agradar a Dios. Como si dijese: Señor, para daros gusto, quiero sufrir tal afrenta, no quejarme sino a Vos de los dolores, etc. Y es admirable manera de proceder, cuando todas las virtudes, y especialmente las que tenemos más menester, nacen del amor de Dios; porque entonces casi ninguna dificultad se halla en los propósitos de ellas por dificultosas que sean, pues al que ama, todo se le hace fácil, y con solo un acto de amor de Dios considerando las obras de las otras virtudes la ejercitan muchas de ellas en brevísimo tiempo. Que así como alzando los ojos al firmamento, con una sola mirada vemos innumerables estrellas que en él se contienen, así levantando el corazón a Dios con

Actos de todas las virtudes que nacen de la caridad.

Imperio de las virtudes.

deseo de darle gusto en los ejercicios virtuosos, hacemos perfectísimos actos de muchas virtudes.

De la arteria magna por donde se espiritualiza el manjar y cómo se engendra el espíritu después de haber comulgado.

Hay dentro del corazón una concavidad que se llama arteria magna por donde sube la sangre muy labrada y apurada al pulmón o livianos del cuerpo, y allí con el aire que respiramos se espiritualiza y se engendran los espíritus vitales, que son a manera de un delicado vapor que baja por todas las partes del cuerpo junto con la sangre a darle vida, sentido y movimiento. Y siéntense estos espíritus vitales en los pulsos, y de aquí es que con el movimiento que allí hacen, juzgamos qué tanto queda de vida al que se está muriendo, y si el cuerpo está sano o enfermo. ¡Oh maravilloso Dios!, qué de delicadezas habéis criado para nosotros tan admirables y de gran contento y gusto a quien las entiende. Alabado sea vuestro Santísimo Sacramento, que con mayor delicadeza, cuando, después de la comunión se sube mediante el conocimiento y amor del Señor que hemos recibido a la porción superior de nuestro libre albedrío y con el aire de vuestras divinas inspiraciones que entonces recibimos y los deseos de nuestro corazón, se engendra el verdadero espíritu, el cual cuando se junta con nuestras obras, palabras y pensamientos les da vida, fervor y mayor merecimiento, porque según él dice: *Spiritus est qui vivificat* (1), y de este espíritu nacen los doce frutos, que llama San Pablo, *charitas, gaudium, pax, etc.*, con que en este mundo se nos aumenta la gracia y en el otro la bienavenranza. Y el que sabe hacer después de la comunión este ejercicio mediante la oración mental puede ser llamado varón de espíritu.

La digestión última por la vena arterial y la unión del alma.

Finalmente, la última estación que hace el manjar en el cuerpo es entrar en otra estancia, que llaman vena arterial, por donde sube a repartirse en todas las demás arterias, que son unas venitas muy delicadas, y de allí se va convirtiendo y transformando en carne, huesos y nervios de nuestro cuerpo, con que crece cuando no ha llegado al estado de su aumento, y se conserva la vida, engendrándose de nuevo la carne, huesos y nervios, que con el calor natural se había disminuído. Y así como la lumbre de la lámpara va gastando el aceite, y si no añadiésemos otro de nuevo se apagaría, así el calor natural va gastando el húmido y las partes de nuestro cuerpo, y si no añadiésemos de nuevo con el manjar nueva sustancia, se acabaría la vida. Es la última jornada, estación y ejercicio espiritual que hemos de hacer, después de haber comulgado, la unión con Cristo Jesús, según las siete maneras de unión que declaré en el cuarto tono de esta mi Música Espiritual, que por esa causa no lo repito ni procedo más adelante. Rogando a Dios que este mi poco trabajo sea para bien y fruto de las almas, y que con fe, consideración, amor, adoración, imitación, preparación para comulgar y ejercicios espirituales después de la comunión le alaben, cantando este verso: Alabado sea el Santísimo Sacramento.

---

1 Joan., VI, 64.



ARTE DE BIEN MORIR



ARTE DE BIEN MORIR

EN QUE SE TRATA DE LAS REGLAS, APERCIBIMIENTOS, EJERCICIOS, DEVOCIONES, INDUSTRIAS, SUFRAGIOS Y AVISOS PROVECHOSOS PARA LA BUENA MUERTE.

PRIMERA PARTE

EN QUE SE PONEN SIETE REGLAS GENERALES PARA BIEN MORIR QUE SE HAN DE PROCURAR PONER EN OBRA CUANDO HAY VIDA Y SALUD.

CAPITULO PRIMERO.—REGLA PRIMERA.

Quien quisiere morir bien, viva bien, que la buena vida es causa de la buena muerte.

Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor, como se oyó en una voz que bajaba del cielo, porque las obras buenas que hicieron en la vida, esas les acompañan en la muerte (1); y a la buena vida se le debe la buena muerte. Regla es evidente de filosofía, que en todas las cosas naturales y sobrenaturales el principio, medio y fin son conformes. Bueno fué el principio y la puerta por donde entramos a ser cristianos, que es vida de salud, pues no la hay fuera de la Iglesia. Entramos al principio cuando nos bautizaron renunciando a Satanás, abriendo los oídos para oir la palabra de Dios cuando nos pusieron en ellos saliva que sale de la boca del sacerdote, y en nuestra boca nos pusieron sal de sabiduría; llevamos una candela en la mano prometiendo fe con obras buenas; laváronnos en la sangre de Cristo y nos vestimos de una vestidura blanca en señal de pureza. Este fué nuestro principio hasta que llegamos al uso de la razón, que de allí hasta que morimos es el medio: y si en este medio tiempo nos apartáremos y renunciáremos a las pompas del demonio, y oyendo la palabra de Dios habláremos bien obrando con las manos lo que creemos con la candela de la luz de la fe; y si cuando caemos, que al fin somos frágiles y por justo que uno sea, cae siete veces al día (2), acudimos luego a lavarnos con la penitencia para llegar con la vestidura blanca de la pureza; el último remate

Ceremonias que se hacen en el Bautismo y lo que significan.

Declaración de las ceremonias del bautismo para vivir bien.

---

1 Apoc., XIV, 13. 2 Prov., XXIV, 16.

de la vida y nuestro fin, que es la muerte, correspondiendo con su principio y medio no dejará de ser bueno. Porque moriremos renunciando y resistiendo a Satanás en la agonía, oyendo y diciendo palabras de Dios, perseverando en la fe con el merecimiento de nuestras buenas obras.

Para bien morir.

Y si algunas manchas nos hubieren quedado, lávense bien con la penitencia final y con el viático y extremaunción y moriremos vestidos con la blanca vestidura de la pureza; que de ordinario, aunque Dios puede hacer otra cosa, el que aguarda a vivir bien y hacer buenas obras al tiempo del expirar, muere mala muerte y se condena. Porque, como dice S. Gregorio Niseno, así como es necio quien aguarda a sembrar su trigo al tiempo del agosto, cuando lo va a segar; mucho más lo es quien piensa salvarse gastando toda la vida en pecados y guardando el servir a Dios para la hora de la muerte.

Aquellos varones excelentes de quien dice el Espíritu Santo que vivieron bien, como Abrahán, Isaac, Jacob, Tobías, Lázaro y los demás, también dice el mismo Espíritu Santo que murieron bien. Porque de unos se dice que fueron llevados con sus padres a la gloria; de David, que murió viejo, rico y fué recibido en el cielo; Tobías con temor de Dios y con gozo fué sepultado; a Lázaro llevaron los ángeles al seno de Abrahán; pero cuando murió el rico avariento fué enterrado en el infierno, y, finalmente, quien bien vive bien muere.

CAPITULO II.—REGLA SEGUNDA.

Para bien morir, es bueno pensar en la muerte. Porque el que de ella se acordare, la tendrá buena.

Acuérdate de tus postrimerías y eternamente no pecarás (1), dice el Espíritu Santo. Que la memoria de la muerte, dice San Juan Clímaco, meditar en ella y traerla delante de los ojos, nos es más necesario que el pan que comemos, y aunque es amarga su memoria, dice Diógenes, que se hace muy dulce al que se ejercita en su méditación. Hartas cosas nos traen la muerte a la memoria; las miserias y dolores que sentimos, los muchos que vemos enterrar cada día y las muertes repentinas y desgraciadas, que si tuviésemos entendimiento, nunca nos habíamos de olvidar de la muerte, y con esta memoria la tendremos buena.

CAPITULO III.—REGLA TERCERA.

Ten deseo de morir por Cristo, que quien lo desea tiene buena muerte.

Lo que mucho se desea y muchas veces no se hace nuevo ni dificultoso cuando viene, porque se recibe de buena gana y se ejercita con más industria que lo que se teme y aborrece. Deseaba el apóstol San Pablo verse con Cristo (2), y pues no hay otro medio sino

---

1 Eccli., VII, 40. 2 Ad Philip., I, 23.

la muerte, apetecía verse desatado de la carne mortal. Quien tiene amor de Dios, por poco que sea, su deseo es hacer algo por Cristo, y no hay mayor caridad que la de aquel que pone su alma y vida por sus amigos (1), deseando la muerte y poniendo en las manos de Dios el género y manera de morir que su divina Majestad ordenare. Y si él quisiere que muera con cuchillo a manos de los tiranos por la fe, en hora buena, y si ordenare que muera en la cama con dolores y peleas de la agonía, ofrecerle esta muerte y desearla en lugar de martirio. Que si nos acordásemos de la muerte tan cruel e ignominiosa que Cristo padeció por nuestro amor, ¿quién hay que no desease muy de veras dar la vida por Cristo? Y sabiendo que el camino de trabajos, muertes y martirios es el que han llevado los más santos del cielo, sin duda no aborreceríamos la muerte, antes la desearíamos con muchas veras, como desea el cautivo y encarcelado salir de la cárcel a la libertad y reino. Y de aquí es que abrasada en el amor de Dios decía un alma: Vivo sin vivir en mi y tan alta vida espero, que muero porque no muero. Es, pues, excelente regla para morir bien, hacer muchos actos de martirio mientras hay vida.

La Madre Teresa de Jesús.

CAPITULO IV.—REGLA CUARTA.

Escoger un día de la semana para morir ejercitando lo que se ha de hacer cuando sea la hora verdadera.

No sabemos en qué tiempo nos tomará la muerte, mas sabemos cierto que es bueno prevenirla y ejercitarnos en las diligencias que para tenerla buena conviene se hagan. Y así es muy importante cosa para que ya que sea subitánea no sea improvisa, que entre los siete días de la semana escojamos uno para morir, y en los otros seis hagamos todas las diligencias que hemos de hacer cuando viniere la verdadera muerte. Hagamos cuenta que nos han dado de puñaladas, o que los médicos nos han desahuciado o que estamos sentenciados y condenados a muerte por justicia que se ha de ejecutar tal día irremisiblemente, y que tenemos los otros seis días para disponernos. Que si esto hacemos de veras en algunas semanas, confesando y comulgando, haciendo testamento y pagando las deudas que tenemos, y, si pudiéremos, restituyendo la hacienda y honra que debemos no nos hará temor cuando de repente escribiere la mano en la pared la sentencia final (2) que escribió al rey Baltasar; ni nos afrentará el Señor, diciendo: necio, esta noche te quitarán la vida, ¿cúya será la hacienda que tienes allegada? (3). Y pues estando con la congoja de la enfermedad, con los dolores y cuidados de las medicinas no tenemos tanto lugar, entendimiento ni fuerzas para prevenir tan dificultosa jornada, hagamos la prevención cuando tenemos más salud, y aprovechémonos del tiempo que Dios nos da y no durmamos con la lanza de la imaginación de larga vida y jarro de agua del deleite, como dormía Saúl (4), que no da Dios a todos por milagro,

1 Joan., XV, 13.
2 Daniel, V, 5.
3 Luc., XII, 20.
4 I Reg., XXVI, 8-12.

como dió al rey Ecequías (1), quince años de vida para poder disponer de su casa y hacienda. Léese en la Crónica de San Francisco, que un Pablo Alemán, muy espiritual varón, que fué treinta años maestro de novicios, se ejercitaba cada día de la semana como si fuese la postrera en esta meditación; lunes meditaba las miserias de la vida humana; martes, que caía malo y llegaba a la muerte, y de pura imaginación le daba una calenturilla; miércoles, que el médico corporal le desahuciaba de la vida y pedía al médico espiritual le diese gracia para hacer una buena confesión general y se confesaba; jueves, meditaba cómo Cristo instituyó el Santísimo Sacramento y le recibía como por viático como si fuera la última vez que comulgaba; viernes, meditaba que moría con Cristo en la cruz; sábado, que le ponían amortajado y le enterraban con Cristo; domingo, que resucitaba con Cristo y comenzaba a vivir una nueva vida con él; y así vivía con mucha perfección.

CAPITULO V.—REGLA QUINTA.

Hacer cuenta que cada día por la mañana nacemos y a la noche hemos de morir.

Si a un desventurado que está en el infierno le concediese Dios un día solo para salir a este mundo y hacer penitencia de sus pecados, excusando las penas que allí padece, ¿dejaría pasar el tiempo, o gastaríale en impertinencias y vanidades? no por cierto. Pues bien sabemos que, aunque no hemos estado en el infierno, hemos caído en pecados por los cuales estamos obligados a padecer la pena eterna, y no sabemos si nos los han perdonado; sabemos de cierto que, mediante la gracia divina, y nuestra diligencia y penitencia y obras que hiciéremos, confiados en Dios, alcanzaremos perdón: no se nos pase este día, que no sabemos si es el postrero, y pues esperamos eternidad de gloria y por cualquiera obra buena se merece, hagamos las buenas que de presente pudiéremos sin esperar a la mañana; y de lo pasado que pensamos haber vivido bien, no nos quede memoria sino de las faltas cometidas. Y así diciendo con David al tiempo de despertar, cuando vemos la luz del día: Señor, ahora comienzo, ésta es mudanza de la diestra del Soberano (2), y como si al punto que vamos a dormir hubiésemos de expirar, ocupemos bien las pocas horas que hay en el día, que se nos había de hacer de mal ver cuán pocas nos quedan y las muchas que se gastan comiendo, durmiendo y recreando. Porque el que no lo está hoy, mañana estará menos aparejado, y si hoy oyeres la voz de Dios no te endurezcas (3) ni te tardes de convertir al Señor difiriéndolo de día en día (4), y según dice Horacio: *Omnem crede diem tibi diluxisse supremam. Grata superveniet quae non sperabitur hora.* Como quien dice, si tú tienes cada día por la última, te vendrá la hora de la muerte, aunque no la esperabas, muy agradable.

---

1 Isai., XXXVIII, 1-8.
2 Ps. LXXVI, 11.
3 Ps. XCIV, 8.
4 Eccli., V, 8.

CAPITULO VI.—REGLA SEXTA.

Cuando se echare a dormir a la noche, piense que le entierran, y lo que quisiera haber hecho, hágalo desde entonces o proponga de hacerlo luego a la mañana.

Del emperador Carlos V y de muchos santos se lee, que al tiempo que se acostaban, echaban sobre sí agua bendita y se abrazaban con una cruz o cruzaban los brazos y dedos haciendo de la misma suerte que si les echaran en la sepultura. Y es muy buena regla esta para bien morir. Porque si de alguna cosa entonces te acordares que te puede estorbar la entrada en el cielo, como algún pecado mortal que hayas cometido y no confesado o algún agravio hecho a tu prójimo, hagas un acto de contrición de él y propongas luego a la mañana salir de aquella obligación, que no sabes si amanecerás vivo, y muchos desde el sueño de la noche se han partido al sueño eterno, y es gran gusto y contento al tiempo de acostarse arrojándose en los brazos de Dios, decir con David: En paz y en el Señor dormiré y descansaré (1).

CAPITULO VII.—REGLA SEPTIMA.

Hacer examen de toda su vida como si le hiciera delante de Cristo en el juicio particular.

Estaba el profeta Miqueas deseoso de agradar a Dios por una gran merced que de su benditísima mano había recibido, y preguntando a su divina Majestad qué haría para darle gusto, oyó estas palabras: Yo te enseñaré, hombre, lo que conviene y lo que Dios quiere de tí, que son tres cosas: hacer juicio, amar la misericordia y andar con cuidado en la presencia de Dios (2). Hacer juicio es ponerse la persona algunas veces en presencia de Dios, y que haga su alma lo mismo que ha de hacer cuando saliere de las carnes a juicio particular, que es llegar delante de Cristo crucificado como delante de su Juez, dando cuenta de todas sus obras, palabras y pensamientos que hubiere hecho, dicho y pensado en toda la vida, sin que se pase por alto ni una palabra ociosa; y también de todos los beneficios que ha recibido, y del tiempo, ocasiones, inspiraciones, salud, honra y hacienda y las demás cosas que Dios le ha dado, teniendo presentes como lo estarán a la hora de la muerte a San Miguel y a su Angel de Guarda con otros innumerables santos que acompañan al Juez. Y lo que entonces respondiera viéndose atajado y convencido, que es arrepentirse de lo mal hecho y pedir tiempo para la enmienda y enmendarse tornando a entrar el alma en su cuerpo, hágalo las más veces que pudiere durante la vida y verá cómo por esta vía alcanzará buena muerte.

---

1 Ps. IV, 9. 2 Micheae., VI, 8.

SEGUNDA PARTE

DE LOS SIETE APERCIBIMIENTOS QUE HA DE HACER EL ALMA QUE QUISIERE MORIR BIEN, QUE SON: PENITENCIA, VIATICO, TESTAMENTO EXTREMAUNCION Y LOS REPAROS PARA LA AGONIA QUE SON: PROTESTACION DE LA FE, ARMAS PARA LA ESPERANZA Y EJERCITARSE EN EL AMOR DE DIOS.

INTRODUCCION

No sabemos cuándo será la hora de nuestra partida, y así conviene estar siempre aparejados, porque a la hora que no pensamos vendrá el Hijo de la Virgen (1), y si nos halla desapercibidos del aceite de la caridad, muertas las lámparas de nuestras conciencias al tiempo del expirar, nos darán con la puerta del cielo en los ojos (2). ¿Qué rey hay, dice el Señor, que habiendo de venir a batalla con su enemigo, no tome muestra de su gente? (3). O ¿qué capitán, dice San Juan Crisóstomo, quiere dar asalto a una fortaleza que primero no aperciba sus pertrechos? (4). Ignorante es el marinero, dice San Pedro Crisólogo (5), que aguarda apercibir las jarcias cuando ha venido la tempestad, y muy más ignorante es el que sabe de cierto que ha de morir, y buscando sustento corporal para muchos años de vida sin saber a quién ha de dejar la hacienda, se descuida para que aquella noche le pidan cuenta del alma (6). Y habiendo de pasar piélago tan tempestuoso como el de la muerte y entrar en la agonía y batalla tan dudosa, no se apercibe y pertrecha para tan gran peligro. De estos apercibimientos quiero nombrar siete, que se llaman primero, verdadera penitencia para alcanzar la pureza final; segundo, el viático de la comunión; tercero, el provechoso testamento; cuarto, las armas de la extremaunción; quinto, la protestación de la fe; sexto, los reparos para la esperanza, y el séptimo el amor de Dios necesario para aquella hora.

Siete apercibimientos para bien morir.

CAPITULO PRIMERO

De la verdadera penitencia, contrición, confesión y satisfacción que se requiere para bien morir.

Ninguna cosa manchada entrará en el cielo (7), que si el alma tuviere alguna mancha de pecado venial o de falta de satisfacción, primero se ha de purificar en el purgatorio, y si de pecado mortal, la llevarán los demonios al infierno. Estas manchas y estorbos, dice San Hilario, quita la verdadera penitencia que se ha de hacer antes de expirar (8), porque en cerrando el ojo, como declara S. Epifanio, no hay lugar de penitencia; y el que la hiciere buena en este último tiempo, dice Laurencio Justiniano, su muerte será como cuando la nave entra en puerto muy seguro.

---

1 Luc., XII, 40.
2 Matth., XXV, 1-13.
3 Luc., XIV, 31.
4 S. Joan. Chrysost. Homil. XII ad pop. Antioch.
5 S. Petr. Chrisol., serm. XXIV.
6 Luc., XII, 20.
7 Apoc., XXI, 2.
8 S. Hilar., in Ps. CXVIII.

Tiene la penitencia tres partes: contrición, confesión y satisfacción. Y aunque en toda la vida es bien que se hagan perfectamente, al fin de ella conviene mucho más. De la contrición, dice San Agustín, que no la deje de la mano hasta haber expirado por más santamente que uno haya vivido, doliéndose de todos los pecados de la vida pasada, aunque muchas veces los haya confesado. Porque acaece al tiempo de la agonía, cuando han faltado los sentidos y no hay aparejo de confesión, acordarse de pecados no confesados o de los que no hacía caso en la vida, y cuando se está muriendo se descubren, y entonces con solo el acto de contrición se salva el alma y responde al demonio, que con esta memoria y luz de pecados no confesados tienta para hacer desesperar, y muchas veces es falso haberlos cometido. Tres partes de la penitencia.

La confesión de aquella hora muy diferente ha de ser, dice San Basilio, que la que algunos hacen en la vida. Que no es entonces tiempo de vergüenza, temor ni negligencia para no descubrir todas nuestras faltas, y conviene buscar el médico espiritual y confesor más suficiente que pudiéremos para la salud eterna, pues buscaríamos el mejor médico que pudiésemos hallar para la salud temporal; a quien, dice Teofilacto, es bien que descubramos todas nuestras llagas y no quede ninguna herida mortal escondida en el alma. Tengo por muy buen consejo hacer entonces una buena confesión general de toda la vida, diciendo en ella todos los pecados manifiestos, ocultos o ajenos que se nos acordaren en particular, y si no se nos acuerdan o las veces que los hemos cometido, confesándolos en común. Porque, como el negocio va allí tan de veras, ésta confesión es de mucho efecto para la pureza y para contra la tentación del demonio que nos quiere hacer desesperar al tiempo de la agonía, diciendo que vamos condenados por no haber confesado bien en la vida. Al cual respondemos que miente, porque si en la confesión general última se nos acordara otra cosa más de las que confesamos, también la dijéramos. También es buen consejo estando a lo último de la enfermedad reconciliarse las más veces que pudiéremos, porque una vez u otra nos hallará bien aparejados la absolución sacramental. Confesión. Es bueno hacer confesión general. Reconciliar muchas veces.

La satisfacción, restituyendo lo que debemos de hacienda y honra, importa a este tiempo que sea verdadera, porque no nos perdonarán los diez mil talentos que debemos a Dios, si hacemos agravio a nuestro prójimo en un mínimo cuadrante. Y como, según dice San Basilio, el dinero se suele apegar y entrar dentro del corazón, acontece condenarse muchos que pueden satisfacer antes que mueran por un engaño que en este tiempo les hace el demonio, diciendo: Si muero, ya dejo en mi testamento mandado que mis herederos restituyan a fulano tanto dinero y tal posesión que le soy en cargo; y si de esta escapo, no quiero quedar sin esta hacienda, que después la restituiré, etc. Y no entiende este miserable que a Dios no podemos engañar, y que el que pudiendo no restituye luego, no tiene gana de restituir, y por solo aquel pecado, aunque no tuviese otro, se condenará y con él su confesor que le absuelve. Como acaeció pocos años ha en una ciudad de España, que habiendo absuelto un confesor a un cierto caballero, por haber aflojado cuando le confesaba Satisfacción. Engaño del demonio en la satisfacción. Caso notable.

en mandarle restituir ciertas deudas, por excusas, aunque tenía con qué, al cabo de tres días muerto se le apareció y abrazándose con él, dijo estas palabras: Por justa sentencia de Dios vos que me absolvisteis y yo que no restituí pudiendo mientras que vivía, vamos eternamente a los infiernos; y abriéndose la tierra, los tragó a entrambos, quedando el compañero, que eran religiosos, desde el punto que esto acaeció, que era a la media noche, amortecido hasta la mañana.

CAPITULO II

Del viático y lo que ha de pensar el enfermo cuando comulga.

En todo tiempo es necesario comulgar con la pureza que dice San Dionisio que ha de tener el alma, siendo libre de la más mínima sombra de pecados, y con la humildad, amor de Dios y propósitos firmes que para recibir tan alto Señor se requieren. Pero no sin causa se llama la última comunión viático, porque en esta comunión ha de hacer el alma lo que hace el que va camino, que es recibir al Señor como por guía de tan dificultosa jornada, pidiéndole le enseñe sus caminos y sendas (1). Lo segundo, arrójese en las manos de Cristo cuando comulga, pidiéndole ayuda como a capitán valeroso para que le libre de los lazos de los cazadores del infierno, y le haga sombra con sus espaldas, y defienda de los golpes con su escudo y le reciba debajo de sus alas (2), como hace la gallina a sus pollitos, cuando viniere a él huyendo del milano infernal. Lo tercero, reciba a Cristo como a Esposo que viene a celebrar con su alma el divino matrimonio prometido en el desposorio de la fe, repitiendo con actos interiores las promesas que le hizo cuando se bautizó. Lo cuarto, haga cuenta que el Santísimo Sacramento que le entra por la boca es el Señor del castillo que le dejó en guarda, y entréguele todas las llaves de sus potencias como a propio y verdadero Señor y dueño de toda su alma, haciendo propósitos de servirle de allí adelante, si Dios le da vida, con todas sus potencias.

Repitanse y léanse las ceremonias del bautismo.

Actos en cada potencia del alma.

CAPITULO III

Del buen testamento y sus condiciones.

Siete condiciones del buen testamento.

No pretendo tratar del testamento como tratan los doctores legistas, sino solamente con brevedad apuntar siete condiciones que me parece son necesarias para el buen testamento; que ha de ser prevenido, prudente, recto, piadoso, claro, humilde y seguro. Porque si leemos de propósito el testamento que hizo Cristo el jueves de la Cena, el de Tobías, el viejo, y el del valeroso Matías y otros que nos refieren las Divinas Letras e historias de los santos, colegiremos que es bien que el buen testamento lo primero sea

1. Prevenido.

Prevenido y que no aguarde ninguno a hacer su testamento y disponer de su última voluntad al tiempo que se ve el ánimo per-

---

1 Ps. XXIV, 4. 2 Ps. XC, 3, 6.

turbado y afligido con la dolencia, sino que será muy bien que cuando estuviere más sano y desocupado, ordene sus cosas, que no hace daño tener su testamento cerrado en un rincón del arca, y si fuera menester mudar algo al tiempo de expirar, fácilmente se hace un codicilo. Dice San Juan Clímaco que el que aguarda a hacer testamento cuando quiere morir, es como el que junta las manos cuando se ve caído en el agua y ha menester nadar para no ahogarse.

Prudente, sabio y discreto conviene sea el buen testamento. Y porque muy pocos en sus propios negocios se saben gobernar bien a causa del amor propio y de las pasiones que nos ciegan, y la prudencia mora en el consejo (1), aconsejaría yo a las personas que quisieren acertar, consulten su testamento con uno o dos de los más sabios letrados, experimentados y prudentes que pudieren y se dejen gobernar por ellos, y llamen el escribano o notario más entendido y experto que hallaren. 2. Prudente.

Muchos yerran en la justicia y rectitud con que deben disponer de su hacienda, llevados con vanidad o pasión y aun con devoción engañosa. Que si mirasen que no se ha de hacer agravio a nadie, y que el orden de caridad comienza de sí mismo y de sus más allegados, y que no hay más provechosa devoción que cumplir un hombre lo que es obligado, lo primero que mandarían en su testamento y con mayor fuerza sería pagar sus deudas. Que si queda algún prójimo agraviado, por más vínculos, memorias y obras pías que uno deja, padecerá su alma en el infierno o una gran pena de purgatorio. Dejando aparte los herederos forzosos, que a ellos no se puede hacer agravio, es bien acordarse de los parientes más cercanos y más necesitados, guardando el orden de la caridad, aunque se excusen otras mandas de ostentación, olvidando enojos y disgustos recibidos de algunos de ellos, pues no es aquel tiempo de venganza. Y, pues el Señor reprendió a los fariseos porque aconsejaban a los hijos dar la hacienda al templo dejando sus padres y parientes pobres, y si los padres de esto se quejasen, les respondiesen: el dón que yo doy para tí se aprovecha (2), es bien mirar cómo se hacen las mandas pías, para que no falten las obligatorias, y no poner los ojos en vanidades del mundo y suntuosidades de entierros y capillas para dejar nombre y fama, quedando desnudos y hambrientos los templos vivos de los pobres, especialmente parientes o criados. Al fin el que hace testamento infórmese bien de quien lo puede saber lo que está obligado, porque no mande nada contra justicia. 3. Recto.

Si por un jarro de agua fría que se da por amor de Dios promete su divina Majestad gloria eterna (3), gran descuido es de muchos que haciendo testamento al tiempo que hacen las mandas forzosas o graciosas, no acompañan las palabras exteriores que dicen con un acto interior de limosna, piedad y misericordia, pues sabemos que de lo interior de la voluntad procede el merecimiento a la obra exterior, y es fácil cuando se manda alguna hacienda a pobres o a criados, parientes o hijos, ponerse el alma delante de Dios y tener intención actual de que aquella hacienda la da por su honra y glo- 4. Piadoso.

1 Prov., VIII, 12. 2 Matth., XV, 5. 3 Matth., X, 42.

ria, y si como son cien ducados, pongo por caso, fueran cien mil millones de oro, de la misma manera y con la misma voluntad los diera, que el Señor mira la intención y la obra, como se vió en los dos minutos que echó la viuda en el gazofilacio (1).

5. Claro. Hay algunos testamentos, por descuido de los que los hacen o aconsejan o por ignorancia de los escribanos, que son ocasión de pleitos y revueltas entre los herederos. Y así conviene que se pongan las cláusulas tan distintas y las palabras tan claras, aunque sea repitiendo muchas veces una, que no quede equivocación ni duda en el testamento.

6. Humilde. Buena es la solemnidad y aparato de los entierros; pero mire el que hace testamento que por gusto de alguna vanidad exterior no deje sus herederos muertos de hambre y necesidad o agraviado algún prójimo. Que acaece gastarse muchos dineros en un enterramiento de ostentación y faltar para pagar las deudas o quedar los hijos, mujer o parientes muertos de hambre por mandar suntuosos edificios o memorias grandes con intención de alcanzar nombre y fama en este mundo. Y pues Cristo Jesús fué enterrado en sepulcro ajeno, no le será desagradable la humildad y caridad en el testador.

7. Seguro. Pues en el cumplimiento de lo que se manda, procúrese albaceas y testamentarios rectos y amigos para que no dejen padecer el alma del testador en el purgatorio donde las penas son tan grandes que, como dice San Agustín, Santo Tomás y otros muchos autores, el que menos fuego allá padece tiene mayores penas que las que padeció Cristo Jesús. Y al fin los verdaderos amigos han de tener más cuidado del alma del difunto que de otros respetos. Cuentan algunos autores que un padre muy rico tenía tres hijos a quien mucho amaba, pero al menor quería con amor excesivo; preguntóles un día: ¿Qué haréis, hijos míos, por mi alma después de yo muerto? Respondió el mayor: yo, padre, haré decir tantas misas cantadas, tantos aniversarios, etc. El segundo añadió sobre aquellas promesas; llegando al tercero con la misma respuesta le respondió: yo, padre, no os haré decir ni una misa ni gastaré por vuestra alma un liarte. Espantado el padre y los hermanos de esta tan dura respuesta, le preguntaron cómo decía aquello pues tanto su padre le quería. Replicó el mancebo: Dígolo, padre, porque si ahora que estáis vos vivo y tenéis los dineros en vuestra mano, confiáis vuestra alma de herederos y testamentarios y no queréis gastar por dejarnos a nosotros la hacienda, cuando vos seáis muerto y yo tenga hijos y mujer ¿cómo queréis que gaste de mi hacienda para acordarme de vos? Lo que yo haré será que os ayudaré a revolver vuestras cuentas y papeles y a pagar vuestras deudas, y haced mientras viviereis sacrificios y limosnas que os lleven al cielo; y os aconsejo que lo que pudiereis hacer por vuestra persona, no lo confiéis de herederos y testamentarios. Abrazóse el padre, tomó su consejo y fué seguro después su testamento.

Serafino Razi en sus ejemplos.

---

1 Marc., XII, 41-44.

CAPITULO IV

De la extremaunción, y lo que se ha de hacer al tiempo que se recibe.

Dice el Concilio Florentino que la extremaunción no se ha de dar al sano aunque esté en peligro de muerte, como a la mujer que está de parto, al que pasa la mar o entra en la batalla, sino solamente al enfermo cuando el médico juzgare que ya está en lo último de la vida. Pero aconseja que no se aguarde para dársela al tiempo que está sin sentido ni uso de razón, porque sepa lo que recibe y se vaya ayudando con la consideración interior y actos de la voluntad a ganar más gracia cuando le ungen. Concilio Florentino.

Considere, pues, cuando espera la extremaunción, que le vienen a lavar con la sangre de Cristo, como dice San Atanasio, que eso significa el óleo santo, y agradezca al Señor tanta merced; o que le ungen como antiguamente se untaban con óleo los luchadores para no quedar vencidos, o que la Iglesia le da óleo para llevar vivas las lámparas de sus potencias; o que le lavan de algunas manchas que le habían quedado después de la penitencia con el agua que manó de la llaga del costado divino, y espere la extremaunción como medicina saludable para el cuerpo y alma dando gracias a Dios por tales mercedes. Primera consideración.

Cuando el sacerdote entra por la puerta del aposento, piense que ve a Cristo que le viene a confortar, sanar y lavar, y agradézcale este beneficio con todos los demás universales y particulares que ha recibido en la vida. Cuando dice el sacerdote los siete salmos y letanías, esté el enfermo doliéndose de sus pecados, y si oyere y entendiere lo que dice, vaya con la meditación en el mismo sentido de los salmos haciendo los actos interiores como dice Posidonio que hizo San Agustín al tiempo de expirar. En las demás oraciones que el sacerdote dijere antes de ungir, vaya con atención ayudándole con el espíritu y diciéndolas entre sí, y si no las entiende, ofrezca a Dios aquellas mismas oraciones y pídale que le otorgue lo que el sacerdote pide en su nombre. Memoria de los beneficios.

Cuando el sacerdote le llega a ungir con el óleo santo los ojos, las orejas, las narices, la boca, los pechos, las manos y los pies, vaya el enfermo doliéndose y haciendo actos de contrición de todos los pecados que hubiere cometido, mirando, oyendo, oliendo, hablando, pensando y obrando, y de los malos caminos en que hubiere andado, así los pecados manifiestos como los ocultos y ajenos de que no se acuerda y hubiere dejado de confesar por ignorancia y olvido. Finalmente, quédese abrazado con un crucifijo esperando la muerte y ejercitando las demás devociones que luego diremos.

CAPITULO V

De la protestación de la fe y del apercibimiento para bien morir perseverando en ella.

En el escudo de la fe que nos manda el Apóstol abrazar se contiene la prevención de ella para la hora de la muerte. Que, como dice Lactancio, pues es la fe la cabeza de todas las virtudes, y la llama Eusebio Emiseno fundamento de la salud eterna, y San Cipriano piedra firme de todo el edificio espiritual en esta vida y la primera piedra que se ha de asentar para los palacios reales que hemos de fabricar en la otra, ninguna preparación hay más necesaria que la de la fe. Dice el profeta Zacarías que vió una piedra con siete ojos (1); quiero declarar en estos siete ojos siete avisos necesarios para apercibir la fe en la hora de la muerte.

Siete avisos para la fe.

Sea el primero, mientras viniere, y principalmente estando cercano al fin, pida a Dios con mucha instancia que le conserve en la fe, y es muy buena devoción para esto rezar tres credos a la Santísima Trinidad. El segundo, haga protestación de la fe diciendo al enfermo el que le ayuda a bien morir o el mismo enfermo si puede, el Credo de los Apóstoles, el símbolo del Concilio Niceno, el símbolo *Quicumque vult* de San Atanasio y los artículos de la fe, y en cada uno vaya diciendo el enfermo que así lo cree. El tercero, renuncie, maldiga y abomine todos los errores contrarios a la fe.

El cuarto, haga muchos actos de martirio, deseando y ofreciéndose a morir por la fe cuando se ofreciere, y recibiendo aquella muerte que tiene presente como si fuese martirio por defender la fe. El quinto, no se meta de ninguna suerte en buscar argumentos ni razones para persuadirse en la fe, sino esté en ella muy cierto, sin querer otra razón más de que Dios lo dice y es infinitamente verdadero. El sexto, proteste que si después, cuando estuviere en la agonía, le trajere el demonio alguna cosa contra la fe, que no lo cree ni dice de su voluntad y con su juicio sino forzado y como hombre sin entendimiento. El séptimo y último, repita muchas veces credo, que por esa razón a los que se están muriendo y a los ahorcados les damos voces con esta palabra credo.

CAPITULO VI

De la preparación para la esperanza al tiempo de la muerte y las consideraciones que para ella se han de hacer.

Medios para la confianza al tiempo de la muerte.

Maldito sea el hombre que confiare en hombre, dice Jeremías (2); y así a la hora de la muerte, como refiere Laurencio Justiniano, la columna más firme que hemos de tener y el áncora de nuestra navegación es la confianza en solo Dios, rindiéndonos a él en todo y desconfiando de nosotros mismos. Esta preparación de la confianza

1 Zachar., III, 9. 2 Hierem., XVII, 5.

se hace poniendo delante de los ojos quién es Dios, su bondad, infinidad. misericordia y todas las demás virtudes y atributos divinos. Que si a un gran rey le pidiésemos una migaja de pan y a la mar una gota de agua, al sol un rayo de luz, no habría duda de alcanzarlo; pues menos es para Dios, siendo como es omnipotente e infinitamente bueno y misericordioso, darnos su gloria. Considere lo segundo todas las obras y misterios de Cristo, porque encarnó por salvarnos, padeció etc., y váyanle repitiendo al enfermo todos los pasos de la pasión teniendo un crucifijo en las manos. Lo tercero, considere el parentesco que tiene con Dios y con Cristo, que es su padre, hermano, esposo, amigo, rey y Señor, y váyale diciendo: ¿qué padre hay que viendo morir a su hijo de hambre, pidiéndole pan le dé piedra, y huevo, le dé escorpión? (1). ¿Y qué madre hay tan cruel, como dice Isaías, que no teniendo más de un hijo, le dejase morir por no darle el pecho? etc. (2), y acuérdese de lo que hicieran por él su padre, madre, hermanos y amigos, etc. que esto sensible acrecienta mucho la esperanza. Lo cuarto, ponga delante de los ojos los grandes pecadores a quien Dios ha perdonado porque esperaron en él, como a San Pedro que le negó, a San Pablo, a San Mateo, a la Magdalena, etc., Y el que ayuda a bien morir, tenga de estos pecadores perdonados hecho un catálogo para contarlos al enfermo a la hora de la muerte. Lo quinto, acuérdese de las muchas veces que Dios ha dicho en la Sagrada Escritura que favorecerá a los que esperan en él (3), y póngaselas delante pidiéndole la palabra, como es decir: En ti, Señor esperé, no seré confundido ¿quién esperó en el Señor y no fué libre? etc. (4) y las demás palabras de la Sagrada Escritura que mueven a esperanza.

Consideración de los divinos atributos.

Las obras de Cristo.

Parentesco con Cristo.

El perdón de grandes pecadores.

CAPITULO VII

De la preparación para la caridad y los medios con que se alcanza.

Las vírgenes cuerdas que llevaron las lámparas encendidas con el fuego de amor de Dios y aceite de la fe y esperanza entraron en las bodas eternas (5). Este fuego importa mucho para este tiempo, porque, según refiere San Agustín, vamos al desposorio del Rey Eterno, y hemos de ir bien vestidos con la caridad, que es la vestidura de bodas, que sin ella nos lanzarán en las tinieblas exteriores (6). Cuando el alma se viere en esta ocasión, anímese para encender en sí este fuego de la caridad, diciendo con la boca, si le parece que no puede con el corazón por estar perturbado con los dolores del cuerpo, muchas veces estas palabras que dijo Cristo a su Eterno Padre: Hágase, Señor, tu voluntad y no la mía (7); y las de la Virgen: Véis aquí, Señor, vuestra esclava, hágase lo que vos queréis (8); y las de San Pablo: ¿Qué queréis hacer de mí? (9). Véisque aquí, Señor; o las del *Paternoster*: *Fiat voluntas tua sicut in caelo et in terra,*

1 Luc., XI, 11, 12.
2 Isai., XLIX, 15.
3 Ps. XXX, 1.
4 Eccli., II, 12.
5 Matth., XXV, 1-13.
6 Ib., XXII, 13.
7 Luc., XXII, 42.
8 Luc., I, 38.
9 Act., IX, 6.

rindiendo su voluntad a la divina en aceptar la muerte si el Señor es servido de dársela. Que ésta es una de las mejores preparaciones que puede haber para la hora de la muerte. También es muy bueno hacer muchos actos de martirio deseando morir por la fe y por agradar a Dios con todas las maneras de muertes que han padecido los mártires. Y no es menos buen ejercicio hacer cuenta que está sano y bueno, y que para agradar a Dios sufre aquella enfermedad y acepta los dolores del padecer cuando se le arranque el alma. Crucifíquese también con Cristo como si estuviera en la cruz muriendo con él, considerando los dolores que él padeció y cotejándolos con los que padece y ofreciendo al Padre Eterno la muerte de Cristo y la suya propia para que el Señor las acepte en descuento de sus pecados, pues no tiene otra cosa que ofrecerle de más importancia que su propia vida, diciendo que, si como es una, fuesen cien mil vidas, las daría todas por él. Finalmente, traiga a la memoria todas las consideraciones que hemos apuntado para la fe y confianza.

Actos de martirio.

Aceptar los dolores que padece.

Crucificarse con Cristo.

TERCERA PARTE

DE SIETE DOCTRINAS Y EJERCICIOS ESPIRITUALES PROVECHOSOS PARA BIEN MORIR, QUE SE COLIGEN DE LAS SIETE PALABRAS QUE CRISTO DIJO EN LA CRUZ CUANDO EN ELLA EXPIRO.

INTRODUCCION

Diónos el Padre Eterno a su Hijo por doctor y maestro. Y así como viviendo nos enseñó a vivir bien con el ejemplo de su vida y las palabras de su Evangelio, así muriendo en la cruz con el ejemplo de su buena muerte y las siete palabras que dijo, nos enseña siete doctrinas y ejercicios espirituales importantísimos para nuestra buena muerte; las cuales quiero declarar con brevedad en estilo que las pueda decir como oraciones el que quisiere bien morir.

Pater, ignosce illis, quia nesciant quid faciunt:
Padre, perdónales, que no saben lo que se hacen.

CAPITULO PRIMERO

Del perdón de enemigos y rogar a Dios por todos los pecadores que son enemigos de Cristo.

Dicen los santos que el buen ladrón se convirtió viendo que Cristo en aquella hora perdonó a sus enemigos. Y de S. Esteban se estima en mucho haber rogado por los que le apedreaban (1). Y la perfección declaró el Señor que consistía en amar a los enemigos y rogar a Dios por ellos (2). Dos maneras tenemos de enemigos: unos, los nuestros, que a nuestras personas o a nuestros parientes y amigos hacen o han hecho mal con obras, palabras o pensamientos. La segunda ma-

---

1 Act., VII, 59. 2 Matth., V, 44.

nera de enemigos son los enemigos de Dios, que según doce heridas principales que consideramos en Cristo crucificado, podemos reducir a doce suertes de pecados. Diga, pues, el que está para morir esta oración:

Doce suerte de gentes por quien hemos de rogar.

Padre, perdonad a todos cuantos me han ofendido de cualquiera manera que sea, porque yo desde este punto los perdono porque me perdonéis mis pecados, y les pido perdón de los agravios que les hubiere hecho en cualquier tiempo y ocasión de toda mi vida. Padre y Señor mío, por la aflicción que teníais en vuestra alma, pues decís que entraron las aguas de las tribulaciones hasta llegar a ella (1), y os hizo sudar en el huerto gotas de sangre, perdonad a todos los gentiles, indios, infieles y herejes, y traedles al bautismo y conocimiento de vuestra santa fe católica. Por vuestros cinco mil y tantos azotes perdonad a todos los cristianos que están en pecado mortal y reducidles a estado de gracia. Por el dolor de vuestra cabeza con la corona de espinas os ruego por todos los prelados eclesiásticos, que son cabezas de la Iglesia, para que la gobiernen con el celo y perfección que conviene.

Oración.

Por el sudor del huerto a los que están fuera de la fe.

Pecadores, en los azotes.

La corona, los principes eclesiásticos.

Por el descoyuntamiento de vuestros huesos os pido unión y paz y buen gobierno de todos los reyes y príncipes seglares. Por vuestro rostro afeado y acardenalado os ruego por todos los nobles caballeros y gente principal para que con su vida den buen ejemplo. Por vuestros ojos sangrientos pido por los doctores y predicadores, que son los ojos de la Iglesia. Y por vuestra boca amargada con hiel y vinagre, por los confesores que hagan como deben su oficio. Por la llaga de la mano derecha os suplico que todos los que llegan al altar comulguen bien. Por la de la izquierda ruego por todos los jueces, justicias y magistrados. Por la llaga del costado os pido la reformación de todas las Religiones. Por la del pie derecho por todos mis parientes, amigos y encomendados que se salven. Por la del pie izquierdo por las ánimas del purgatorio que descansen. *Paternoster y Avemaría,* etc.

Descoyuntamiento, los príncipes seglares.

Rostro, los hombres ejemplares.

Ojos, los predicadores.

Boca, los confesores.

Llaga de la mano derecha, los que comulgan.

De la izquierda, los jueces.

La del costado, los religiosos.

Pie derecho, los encomendados.

Pie izquierdo, ánimas del purgatorio.

Hodie eris mecum in Paradiso.
Hoy serás conmigo en el Paraíso.

CAPITULO II

Visitar todos los santos del cielo y pedir a cada uno una gracia para la buena muerte.

Es admirable ejercicio ponerse el alma en compañía de Cristo oyendo como de su boca: hoy serás conmigo en el paraíso (2), y visitar en espíritu todos los santos del cielo, pidiendo a cada orden de santos la virtud más necesaria para la hora de la muerte, diciendo así:

Padre Eterno, dadme fortaleza. Verbo divino, alumbrad mi entendimiento con luz. Espíritu Santo, concededme gracia. Cristo cruci-

Oración.

1 Ps. LXVIII, 2. 2 Luc., XXIII, 43.

ficado, dadme favor. Virgen Santísima, sed mi intercesora. Angeles santos, acompañadme. Patriarcas, alcanzadme verdadera caridad. Apóstoles, viva fe. Mártires, paciencia en esta agonía. Confesores, alcanzadme alabanzas divinas. Vírgenes, pureza de alma, y todos los demás santos, perdón de pecados para que yo me salve en esta hora de la muerte. *Paternoster* y *Avemaría* o la *Letanía*.

Mulier, ecce filius tuus. Ecce mater tua.

Mujer, este es tu hijo. Esta es tu madre.

CAPITULO III

Particular devoción con la Virgen María.

Memoria de los misterios del Rosario.

Es admirable ejercicio a la hora de la muerte pensar el alma que se halla al pie de la cruz y que el Señor le da a la Virgen María por madre, y recibiéndola como hijo se ponga debajo de su amparo y la vaya pidiendo su ayuda por todos los misterios del rosario de Santo Domingo y por los otros misterios que la Iglesia de ella celebra. Considere también cómo la Virgen murió y la gloria que tiene en el cielo, y llame a todos los santos devotos de la Virgen, que en aquella hora intercedan, repitiendo en cada misterio estas palabras: *Maria, mater gratiae, mater misericordiae, tu nos ab hoste protege, et hora mortis suscipe.*

Oración.

Ruégote, Señora y Madre mía, por el gozo que tuviste en la salutación del ángel, que me alcancéis ahora el rendimiento de mi voluntad a la de Dios, etc., y de esta manera diga en los demás misterios del rosario de Santo Domingo y en otros doce fuera de éstos. Cinco gozosos, que son la Concepción, Natividad, Presentación al templo, Desposorio con San José, y cuando esperaba el parto de que se celebra la fiesta de Nuestra Señora de la O. Y otros cinco dolorosos, que son: Nuestra Señora de la Piedad, cuando la Circuncisión de Cristo; Nuestra Señora de los Dolores, cuando la Purificación; Nuestra Señora del pie de la cruz; Nuestra Señora de las Angustias y Nuestra Señora de la Soledad. Y cinco gloriosos, que son: Nuestra Señora de las Nieves, rogándola por todos sus milagros; Nuestra Señora de los Angeles; Nuestra Señora de la Paz; Nuestra Señora, abogada de los pecadores, y Nuestra Señora del Rosario. Llame también a sus abogados, como a San Lucas, San Juan Evangelista, San Dionisio Areopagita, San Juan Damasceno, San Bernardo y todos los demás que no particularizo en esta oración, porque cada cual la puede componer según la devoción de su espíritu, que es de más provecho que cuando se reza compuesta por otro.

Quince misterios de Nuestra Señora.

Sitio

Sed tengo.

CAPITULO IV

De los buenos deseos que el alma ha de tener y firmes propósitos que ha de hacer de servir a Dios de allí adelante.

Bienaventurados, dice el Señor, los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos (1). Esta sed es el deseo eficaz que se ejercita con propósitos y actos interiores de la voluntad. Y esta justicia es lo mismo que rectitud, bondad y servicio de Dios, cuando el alma paga todo lo que debe y hace lo que está obligada para con Dios, para con su prójimo y para consigo misma. Debemos a Dios amor como a Padre, reverencia como a nuestro Dios y Señor y temor como a Juez. A nuestros prójimos debemos obediencia a los superiores, benevolencia a nuestros iguales y beneficencia a los inferiores. Debemos a nosotros mismos pureza en los pensamientos, verdad en las palabras y rectitud de intención en las obras. Y a estas nueve cosas, que son como nueve fuentes, se reducen todos los buenos propósitos y de ellos manan los buenos deseos. Pues cuando se ve el alma cercana a la muerte, reconociendo que hasta entonces no ha hecho cosa buena, proponga de enmendarse, y si Dios le libra de aquella enfermedad, en el demás tiempo que le diere de vida, vivir con justicia y rectitud diciendo estas o semejantes palabras:

Señor mío, yo reconozco que desde que tuve uso de razón hasta ahora no os he servido como debo ofendiendo muchas veces a vuestra Majestad, etc. Pero si ahora me queréis llevar, pésame de haberos ofendido; confío en vuestra pasión y muerte, y si me dais más vida, propongo de ejercitarme en vuestro amor, en vuestra reverencia y temor y guardar perfecta obediencia, humildad y sujeción a todos mis superiores, vivir con paz y caridad con todos mis hermanos y dar las mayores limosnas temporales y espirituales que yo pudiere sin hacer agravio a nadie. Y no como hasta ahora, que me he descuidado en mis pensamientos, palabras y obras; sino procuraré, dándome Vos vuestra gracia, de no consentir en pensamiento malo; refrenaré mi lengua; y todas las obras que yo pudiere para vuestra honra y gloria haré con intención de serviros, etc. *Paternoster, Avemaría.* Oración.

In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum.

En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu.

CAPITULO V

De la verdadera confianza en la divinidad y humanidad de Cristo.

Padre, a los que me habéis dado yo os los guardaré y ninguno me los sacará de la mano (2), dice Cristo Jesús hablando con su Padre Eterno. Tiene este divino Señor dos manos: una de la divinidad con cinco Cinco atributos de la divinidad.

1 Matth., V, 6. 2 Joan., XVII, 12.

dedos que podemos llamar omnipotencia, sabiduría, bondad, misericordia y justicia infinita, y otra mano de la humanidad, cuyos cinco dedos podemos decir que son sus cinco principales misterios, conviene a saber: la Encarnación y Nacimiento, Pasión y muerte, Resurrección y subida a los cielos, el misterio del Santísimo Sacramento, que es el cuarto, y la venida a juzgar vivos y muertos, que podemos hacer el quinto. Puesta, pues, el alma en presencia de Cristo Jesús arrójese en sus manos, diciendo: *In manus tuas, etc. Suscipe me, Domine, secundum eloquium tuum, et vivam: et non confundas me ab expectatione mea* (1), o palabras semejantes de confianza, diciendo así:

Oración. Recíbeme, Señor, pues que eres mi refugio, mi Dios y en quien espero; líbrame con tu poderosa mano de los lazos de los cazadores del infierno y de la palabra áspera que dices a los malos (2) al tiempo del expirar. Ampárame con el escudo de tu divina virtud y recíbeme debajo de tus alas de la cruz para que no me arrebate el demonio infernal; flaco soy, pero confío en tu omnipotencia; ignorante, pero tu sabiduria es infinita, que me sabrás salvar; malo soy, pero tú eres infinitamente bueno; usa conmigo de tu misericordia y pon tu muerte y sangre entre mis pecados y tu justicia. Para salvarme, Señor mío, viniste al mundo y naciste de madre virgen, padeciste y moriste en cruz; mediante esta vuestra muerte, dadme que yo resucite con Vos y suba al cielo, pues de él bajaste a morar conmigo en figura de pan, y desde este punto me entrego en vuestra misericordia para no ser juzgado con los de la mano izquierda. *Paternoster,* etc.

Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me?
Dios mío, Dios mío, ¿por qué me desamparaste?

CAPITULO VI

De la humildad con que el alma conoce las pocas fuerzas que tiene para resistir al demonio en la agonía, y pide a Dios no la desampare.

Yo soy la cepa y vosotros los sarmientos; sin mí ninguna cosa podéis hacer (3), dice el Señor. Reconociendo el alma esta verdad y que aún no puede decir Jesús sino con el Espíritu Santo, pida al Señor que no le desampare en aquella hora donde más necesidad tiene de su auxilio que nunca. Y con el mayor fervor que pudiere, diga:

Oración. Mi ayuda es el Señor que hizo los cielos y la tierra (4). Señor, entiende en mi ayuda, no tardes, en ayudarme (5). ¿Qué mujer hay que si viese morir a su hijo de hambre, no le dé el pecho no teniendo otro sustento? (6). ¿Y qué padre que al hijo que le pidiere pan, le dé piedra; y si le pidiere huevo, le dé escorpión? (7). Pues, Señor mío, ¿tengo yo otro padre ni otra madre sino a Vos? Escrito me tenéis en vuestros pies y manos con vuestra sangre, no me desamparéis en esta hora, pues ninguno os llamó a quien no oyeseis. *Paternoster,* etc.

---

1 Ps. CXVIII, 116.
2 Ps. XC, 2-3.
3 Joan., XV, 5.
4 Ps. CXXIII, 8.
5 Ps. LXIX, 2.
6 Isai., XLIX, 15.
7 Luc., XI, 11.

Consummatum est:
Acabado está.

CAPITULO VII

Del último examen de conciencia para ver si le falta algo que cumplir en la vida con protestación de hacerlo, si pudiese, antes de la muerte.

Nihil mihi conscius sum, sed non in hoc justificatus sum, dice San Pablo (1); como quien dice: aunque no me acuerdo de cosa mala que no haya confesado y deuda que no haya restituido o mandado se restituya, no tengo certidumbre de estar justo. De estas palabras se colige que aunque es bien estar siempre temerosos, porque es bienaventurado el varón que siempre lo está, pero es gran provecho a la hora de la muerte, cuando el enfermo tiene todos sus sentidos, ponerse en estado que no sepa cosa de pecado mortal que no haya confesado ni tenga deuda ni obligación que no haya cumplido. Y para esta satisfacción conviene a lo último de la vida hacer un verdadero examen de conciencia o entre sí mismo y a sus solas o con algún buen amigo, haciendo cuenta que se ve delante de Cristo crucificado como se ha de ver su alma al punto que expire, y que se la pide de todos los pensamientos, palabras y obras de toda la vida; y si se acordare de alguna cosa particular, confesarla y restituirla o mandar se restituya para que pueda decir con verdad *Consummatum est*; ya, según mi flaqueza y poco entendimiento, he hecho lo que es en mí y he podido, y diga:

Señor mío, bien sé que a los que hacen lo que es en sí, Vos no les negáis la gracia. También sé que aun los ángeles del cielo no están puros en vuestra presencia, y que cuando en la otra vida me toméis cuenta, no podré responder de mil cargos que me pusiereis a solo uno; no entréis en juicio con vuestro siervo, porque ningún viviente se justificará delante de Vos (2). Yo protesto ahora que si de alguna cosa me acordase, me confesaría de ello, pues que tengo tiempo y confesor, y restituyera, si pudiese, todo lo que debo o mandaría se restituyese de mis bienes. No me acuerdo de nada, supla mi ignorancia, olvido, descuido y negligencia vuestra infinita bondad y misericordia, y no por premio de solas mis buenas obras, que son miserables las que he hecho en toda mi vida si no están juntas con el valor de vuestra sangre, sino por vuestra gracia dadme la bienaventuranza. *Paternoster,* etc.

---

1 I ad Cor., IV, 4. 2 Ps. CXLII, 2.

CUARTA PARTE

DE LAS ORACIONES VOCALES Y MEDITACIONES MAS PROVECHOSAS PARA LA HORA DE LA MUERTE.

INTRODUCCION

En todo tiempo es buena la oración vocal y mental, porque, como dicen los santos, es vida del alma y riqueza y sustento de los pobres que no tienen otro caudal sino pedir limosna a Dios rico en misericordia. Pero a la hora de la muerte es muy más necesaria que en todo el demás tiempo. Porque, como dice Laurencio Justiniano, diferente ha de ser el canto del cisne cuando muere que cuando vive (1). Y pues la oración, como dice San Juan Crisóstomo, es luz para ver los engaños y agua donde pierden la fuerza las serpientes ponzoñosas de los demonios, en ningún tiempo es más necesaria que a la hora de la muerte (2). Es la oración, dice Isidoro Caro, una cadena que tirando nosotros de ella, llegamos al puerto de la bienaventuranza donde ella está fijada, así como el que tirando de una cadena puesta entre dos riberas, lleva al puerto su barquilla: Y, según Macario, la oración vocal y mental es medicina contra las perturbaciones del alma, y en ningún tiempo son mayores que en la agonía por la fuerza con que entonces acometen los enemigos. Los cuales, dice San Juan Clímaco, huyen de la oración como huyen los contrarios cuando ven asomar en defensa del castillo que tienen cercado el estandarte y ejército real. Y aunque todas las oraciones vocales y las meditaciones sean buenas y provechosas para la hora de la muerte, quiero nombrar siete que me parecen más a propósito. Las vocales no escribiré aquí, porque en el breviario u Horas se las puede rezar al enfermo el que le ayuda a bien morir, o las recopilaré de por sí en un manual.

CAPITULO PRIMERO

De los siete salmos penitenciales con la meditación de sus pecados para tener contrición.

Posidonio, como hemos referido, cuenta que estándose muriendo San Agustín rezó los salmos penitenciales con sus letanías, y que haciendo muchos actos de contrición de todos los de la vida pasada, dió el alma al Señor. Del rey Ecequías leemos que viéndose desahuciado de la vida, volvió el rostro a la pared llorando sus pecados, y el Señor se la acrecentó quince años más (3), de donde colegimos que es muy buena devoción y oración mental, llorar los pecados a la hora de la muerte rezando para esto los salmos penitenciales.

---

1 S. Laurent. Justin., *De ligno vitae*, c. XXI.
2 S. Joan. Chryst., super illud: *Vidi Dominum*.
3 Isai., XXXVIII, 1-6.

CAPITULO II

De las cuatro pasiones que se han de leer al enfermo y que medite la pasión de Cristo.

Cuando los heridos de las serpientes miraban la de metal que levantó Moisés en el desierto, sanaban de sus heridas (1). Y de aquí declara S. Juan Crisóstomo (2) que no hay mejor remedio para la hora de la muerte, que considerar y meditar la pasión de Cristo, y tenerle crucificado delante de los ojos del alma y una imagen de un crucifijo en la mano. Que así como el capitán, dice Eusebio Emiseno, anima a sus soldados cuando los ve flacos, temerosos y cobardes mostrándoles las llagas y heridas que por ellos padeció en la guerra; así con ninguna cosa se animan más los temerosos, flacos y cobardes a la hora de la muerte, que considerando las llagas y pasión de Cristo. Esta meditación engendra en el alma dolor de pecados, amor de Dios, confianza verdadera y todas las demás virtudes necesarias a la hora de la muerte, como dice San Cipriano (3). Y así como el diamante se ablanda con la sangre del cabrón, dice el mismo santo, así se ablanda y enternece el alma al punto de la muerte cuando está endurecida con el dolor de la enfermedad, cuidado de los hijos y parientes y deseo de larga vida, considerando la pasión y muerte de Cristo. Porque, como dice San Pablo y declara San Gregorio, ninguna cosa tanto alegra y consuela a los afligidos como la memoria de la pasión. Para esta meditación importa mucho que lean al enfermo las cuatro pasiones que los Evangelistas escriben de Cristo y algunos otros libros devotos que tratan de la pasión. De San Anselmo se lee que estando muriendo se hizo leer la pasión de San Lucas, y llegando a aquel paso, *Vos autem estis qui permansistis, etc.*, expiró. Y de San Francisco de Paula, dice el papa León X en la bula de su canonización, que el viernes santo se hizo leer la pasión de San Juan, y al tiempo que se acababa, expiró.

CAPITULO III

Que el oficio de difuntos y otros particulares salmos que mueven al temor de Dios, confianza y amor es muy buena devoción meditando los cuatro paraderos del alma.

La Iglesia, nuestra madre, acostumbra rezar el oficio *de defunctis* al tiempo de enterrar o hacer honras a los muertos. Y a la verdad, son de tanto fruto los salmos de David, que menos falta nos haría, dice San Cipriano, el sol que nos alumbra que el salterio que este santo rey compuso. Y entre todos sus salmos y lo que pudiéramos leer de Job para mover nuestros ánimos al temor de Dios y esperanza, no hay salmo más a propósito ni lecciones más provechosas que las que se contienen en el oficio *de defunctis,* como podrá ver quien las leyere con atención. Porque como allí va el alma te-

---

1 Núm., XXI, 9.
2 S. Joan. Chryst., Homil. XXVI in Joan.
3 S. Ciprian., *De duplici martyrio.*

miendo que la hora de la muerte le tome en ofensa de Dios; y, según dice Eusebio Emiseno, así como teme quien ha de pasar el río por un madero angosto, y de este temor le nace mirar con mucho tiento cómo pone los pies por no resbalar, así el que quiere pasar de esta vida a la otra por el paso angosto de la muerte, con este temor se despierta para entrar con gran tiento en esta peligrosa jornada. El considerar las penas del purgatorio, el peligro de la muerte y los daños del pecado que se contienen por la mayor parte en el oficio de los difuntos, es principio del buen temor. Y ese buen temor, mezclado con la confianza, engendra la pureza del alma y el amor de Dios de donde nace la gracia y la gloria, y así como el día es principio de la vida, dice Clemente Alejandrino (1), así el temor es principio de la caridad.

De lo que los santos rezaron al punto de su muerte, colegimos lo que se ha de rezar en el salterio de los salmos más provechosos. Santa Paula Romana, cuando expiraba, decía muchos versos y entre otros salmos rezó el salmo 117: *Confitemini Domino quoniam bonus, etc.*, y el 118: *Beati immaculati in via,* que también le trae la Iglesia en la recomendación del alma. San Francisco de Asís, como refiere San Buenaventura, cuando expiraba, decía el salmo 41: *Voce mea ad Dominum clamavi, etc.*, y San Antonino de Florencia, diciendo el salmo 4: *Ad te Domine levavi animam meam, etc.*, cuando llegó al verso, *quoniam ipse, etc.*, expiró. San Nicolás, obispo de Mira, murió diciendo el salmo 30: *In te Domine speravi, non confundar in aeternum.* El mismo, dicen, que dijo Cristo. Y San Clemente papa y Santa Catalina de Sena, como se lee en la bula de su canonización. Lo mismo se lee de San Jacinto y San Alberto, carmelita, y como refiere Surio, San Próspero Aquitánico cuando se moría mandó le leyesen los mismos salmos.

CAPITULO IV

Que para moverse el alma a la confianza es bien entienda lo que se reza en la recomendación, Proficiscere, etc.

También tiene nuestra madre la Iglesia ordenadas unas oraciones muy devotas para la hora de la muerte que se llaman *Commendatio animae,* y con éstas se invocan los santos del cielo para que vengan a recibir al alma cuando sale del cuerpo para que entre con ellos en la bienaventuranza. Y así dice: *Egredienti animae tuae splendidus Angelorum coetus,* etc. Las cuales solemos rezar cuando el enfermo está agonizando y sin sentidos, y sería de mucho provecho y devoción rezárselas cuando las oye y entiende. Porque con esta memoria de la gloria que tan cercana espera y de los abrazos que le han de dar los bienaventurados dentro de poco tiempo, levanta el espíritu a la confianza, que es una de las partes más necesarias para esta hora, y con este gusto espiritual que de la confianza le nace, no se le hace dura la partida de tan mal mundo, y se templan las congojas del alma y los dolores del cuerpo, como dice San Juan

1 Clemen. Alexand., *Stromat.*, lib. 2.

Crisóstomo y el glorioso San Agustín; así como no se le hace dificultoso al soldado subir a la batería cuando ve la corona imperial aparejada por la victoria.

CAPITULO V

De la oración del Paternoster cuán provechosa sea para la hora de la muerte y con qué espíritu se ha de rezar.

Así como Cristo Jesús es el supremo de todos los santos y el maestro de vivos y muertos, así su oración del *Paternoster* es la más importante para vivos y muertos. De San Hugo, obispo de Granópolis cuenta Surio en su vida, que le rezó trescientas veces con que expiró. Léese en el proceso de los Padres Predicadores, que estándose muriendo un santo papa, mandó a un capellán suyo le rezase tres Padrenuestros mientras él estaba en su agonía: el primero, a la agonía del huerto; el segundo, a toda la pasión de Cristo y el tercero, a la gran caridad con que expiró en la cruz. Y luego en acabando de expirar, se apareció al mismo capellán y le dijo que al punto que acabó de rezar el primer *Paternoster,* se le apareció Cristo con el sudor de su sangre y le quitó todas las congojas y agonías que entonces tenía, de que quedó libre. Al segundo *Paternoster* le apareció muy glorioso y le perdonó todos sus pecados. Al tercero tomó en sus brazos su alma cuando salía de las carnes y la llevó consigo al cielo. El glorioso Santo Domingo expiró diciendo con mucha devoción el *Paternoster.*

Pater noster de la muerte.

Puédese rezar el *Paternoster* al tiempo de la muerte, de la manera siguiente: *Padre nuestro, que estás en los cielos,* y me criaste a tu imagen y semejanza, y me redimiste y conservaste como hijo tuyo para darme la herencia de los cielos; ahora es tiempo, Señor, llévame contigo a gozar de mi herencia. *Santificado sea tu nombre,* que te llamas Salvador y glorificador nuestro, sálvame, Señor, en esta hora. *Venga a nos el tu reino* de bienaventuranza que espero gozar mediante el valor de tu sangre. *Hágase tu voluntad,* y si ella es que en este punto yo muera, aparejado estoy a cumplirla como la cumplen los del cielo: no se haga mi voluntad sino la tuya, aunque mi carne flaca desee vivir más tiempo. *Dame hoy el pan deseado* que harta y satisface el alma, que es mi Cristo Jesús, de quien yo goce viéndole claramente; pues he vivido y muero en la fe de la Iglesia católica, apostólica, romana, donde le he visto y adorado *cada día* debajo de las especies sacramentales de pan. *Perdóname, Señor, todos mis pecados* presentes y pasados, manifiestos, ocultos y ajenos, cuantos he cometido por obra, palabra o pensamiento todos los días de mi vida, que me pesa en el alma de haber pecado, y *perdono en esta hora a todos los que me han ofendido,* y pido perdón si alguno tuviere queja de mí. *No me dejes, Señor, caer en la tentación* a la hora de mi muerte, que soy flaco y miserable y no tengo fortaleza si no es en ti. *Mas, líbrame, Señor,* de los lazos del demonio y de todo *mal, Amén.* De esta manera o como mejor le pareciere, según su devoción, puede decir el *Paternoster,* que es la mejor y más segura de todas las oraciones.

CAPITULO VI

De las oraciones jaculatorias y las tres maneras que hay de ellas.

Llaman los santos oraciones jaculatorias a unas breves palabras que salen del corazón con fervoroso y encendido deseo, y son como saetas agudas y brasas encendidas, de las que pedía David contra los engaños y cautelas del demonio engañador, y atraviesan el corazón del que las dice y del Señor que las oye inclinándole para que haga mercedes. Y si en algún tiempo son necesarias estas oraciones, es a la hora de la muerte donde hay poco lugar de hablar con Dios y mucha necesidad de alcanzar mercedes. Podemos contar tres maneras de estas oraciones: sea la primera las palabras que han dicho algunos cuando morían por las cuales han alcanzado la vida eterna, como las del buen ladrón: Acuérdate Señor de mí cuando te vieres en tu reino (1). Y las de Cristo: En tus manos, Señor, encomiendo mi ánima, y otras muchas, como las que cuenta Taulero que reveló uno que había dicho estando para morir por las cuales alcanzó la bienaventuranza, que fueron éstas: Señor, yo soy aquel miserable pecador que tú criaste a tu imagen y semejanza para gozar de ti, ten misericordia de mí. Señor, yo soy aquel miserable pecador que Vos redimiste con vuestra sangre, tened misericordia de mí. Señor, yo soy aquel miserable pecador a quien Vos solo podéis salvar con el abismo de vuestra infinita misericordia, habed piedad de mí.

CAPITULO VII

Que las oraciones que le causaban más devoción cuando vivía son muy provechosas a la hora de la muerte.

Es de gran fruto a este tiempo rezar cada uno las oraciones y devociones que ha usado y le han aprovechado más durante el tiempo de su vida, porque con éstas se halla más provecho a la hora de la muerte. Y aunque en estas oraciones no puede haber regla universal, a quien me preguntase qué oraciones hará mientras vive que me parece serán más a propósito para alcanzar buena vida y buena muerte, responderé, que lo primero procure tener atención y devoción a las Horas Canónicas que está obligado a rezar, si es ordenado, y a la hora de la muerte, cuando está con sentido procure que algún sacerdote diga el oficio en su presencia. Lo segundo, oiga cada día misa, y si pudiere oirla desde la cama cuando quiere expirar, como hay algunas personas que tienen oratorios dentro de su casa o están en parte donde pueden oir misa desde la cama, es muy buena devoción; y si no con el espíritu y pensamiento ofrezca a Diós entonces todas las misas que se dijesen desde aquel día hasta el fin del mundo. Esta devoción es de gran provecho para si su ánima se viere en purgatorio. Lo tercero, es muy buena devoción en los que saben leer y suelen rezar las horas de Nuestra Señora o el oficio de la pasión,

Oficio divino.

Misa.

Horas de nuestra Señora o de la Pasión.

1 Luc., XXIII, 43.

hacer que alguno se lo rece en aquella hora. Lo cuarto, el rosario de Nuestra Señora la Virgen María con los misterios, según lo ordenó Santo Domingo. Lo quinto, cinco Padrenuestros y cinco Avemarías a las llagas de Cristo es devoción breve y que hace mucho al caso. Lo sexto, tres credos a la Santísima Trinidad rogando a Dios le conserve en viva fe a la hora de la muerte. Finalmente, las demás devociones que tiene costumbre de rezar a sus santos devotos, porque entonces, como más necesitado, ha menester acordar a sus mayores amigos le favorezcan y ayuden.

El Rosario.

Cinco Pater nostes y Ave Marías.

Tres Credos.

No pongo aquí muchas oraciones muy devotas para este tiempo ni los salmos que se han de rezar, porque pienso hacer un tratado aparte que se intitula *Manuale morientium*, en que pondré todas estas oraciones y salmos, para que el que fuere a ayudar a bien morir, llevando aquel cuadernito y manual, tenga juntas todas las oraciones vocales que más aprovechan.

QUINTA PARTE

DE LA AGONIA DE LA MUERTE, Y DE LAS SIETE INDUSTRIAS QUE HA DE PROCURAR QUIEN ENTRA EN ELLA PARA SALIR CON VICTORIA Y VENCER LAS TENTACIONES DEL DEMONIO.

INTRODUCCION

Toda la vida del hombre mientras vive sobre la tierra es una continua batalla (1), y no con flacos enemigos de carne y sangre sino con los príncipes y poderíos de las tinieblas (2). Y aunque siempre anda este león rabioso rodeando por todas partes (3) y poniendo asechanzas para tragar las almas y llevarlas al infierno, al tiempo de la muerte hace como Faraón, que entonces armó todo su ejército contra los hijos de Israel, cuando se le querían salir del cautiverio y caminar a tierra de Promisión; que por eso se llama Cerastes que muerde en la senda las uñas de los caballos (4), que es decir a lo último de la vida. Y este dragón es como las langostas del *Apocalipsis* que tienen el poder en la cola (5) y de aquí es que esta última batalla por excelencia se llama agonía de la muerte, porque en comparación de lo que aquí pelea el demonio, todas las demás son pequeñas tentaciones. Y no piense nadie, por santo, justo, fuerte, devoto y espiritual que sea, escaparse de este peligroso combate, pues el Rey de los reyes, nuestro capitán general, Cristo Jesús, habiendo vencido a este adversario en el huerto, fué acometido de él a la hora de su muerte. Que, como dice Viguerio y San Antonio de Florencia y otros muchos santos, al tiempo de expirar Cristo estaba sentado en el brazo de la cruz para acometerle en la agonía; y si en el leño verde esto pasa, en el seco de los demás hombres ¿qué pasará? (6).

Cuando las naos quieren tomar puerto, suelen tener mayores tormentas, y por eso dice David: Que los demonios le pusieron lazo a

---

1 Job., VII, 1.
2 Ad Ephes., VI, 12.
3 I Petr., V, 8.
4 Gen., XLIX, 17.
5 Apoc., IX, 7.
6 Luc., XXIII, 31.

sus pies (1); como quien dice: a la hora de la muerte procuran con mayor eficacia trabucar mi conciencia. Y pues la batalla ha de ser cierta y estamos desasidos sin poder rehusar de salir a campo en tan peligroso combate, donde saliendo con victoria alcanzaremos la corona de gloria y siendo vencidos con tormentos del infierno, no puede haber doctrina más importante que la que trataremos en esta agonía reducida a siete industrias para saber bien pelear contra los demonios. Que así como el que quiere vencer a su contrario se arma, ejercita la esgrima, busca defensa segura, procura buena retirada, toma de memoria el nombre, llama a quien le favorezca y apercibe pertrechos y municiones para pelear, así para la agonía de la muerte conviene lo primero armarse bien el alma de virtudes; lo segundo, entender las levadas y tentaciones del enemigo y saber esgrimir y defenderse respondiendo a las tentaciones; lo tercero, buscar los actos interiores más importantes para no caer; lo cuarto, huir de entrar en disputas y razones con él retirándose para no ser vencido; lo quinto, invocar el favor de Cristo y de sus santos para que le ayuden; lo sexto, tener siempre en la boca el nombre de Jesús y María y entender las virtudes de estos nombres. Finalmente, aparejar el agua bendita, imágenes y oraciones de buenos amigos y cosas semejantes, que son como pertrechos y municiones para no ser rendido.

Siete industrias para la agonía: armas, esgrima, defensa, retiradas, favor, nombre, pertrechos.

De estos siete puntos trataremos con el divino favor siguiendo la doctrina de las Divinas Letras, sagrados doctores y principalmente de lo que han revelado almas que han vuelto de la otra vida, o las que estando ya en la agonía, ha sido el Señor servido de darles salud para contar lo que allí pasa y darnos luz y aviso.

CAPITULO PRIMERO

De las armas espirituales con que el alma ha de entrar en la agonía de la muerte, que son las virtudes que dice San Pablo.

Procurad, dice el Apóstol, armaros para poder resistir contra los golpes, asechanzas, engaños y tentaciones del enemigo. Ceñíos el cinto de la castidad, fortaleced vuestro pecho con buenos y santos pensamientos, vestíos la loriga y arnés de la justicia para que améis a vuestro Señor, Dios, de todo vuestro corazón, ánima y fortaleza, y a vuestro prójimo como a vosotros mismos. Embrazad el escudo de la fe en que recibáis los golpes y saetas encendidas de vuestro contrario, porque sin fe es imposible agradar a Dios. Poned sobre vuestra cabeza la celada de la salud y confianza para esperar en solo vuestro Salvador. Y la espada del espíritu, que es la palabra divina, ande siempre en vuestra boca y corazón (2). Para declarar como conviene estas seis armas que dice el Apóstol y sabernos aprovechar de ellas, viene muy apropósito una doctrina que trae Taulero en un tratado que hace de la preparación para la muerte, donde dice que hay cinco géneros de personas que entran en la agonía. El primero, los siervos de Dios espirituales, devotos, fervorosos y ejercitados en

Cinco géneros de personas que entran en agonía.

1 Ps., LVI, 7 2 Ad Ephes., VI, 11-18.

resistir las asechanzas de Satanás. Los segundos, por el contrario, los que están en pecado mortal, sabido y claro y mueren en el mismo acto de pecar, como los herejes, los que se desesperan, los que acuchillándose para matar a su enemigo caen muertos con aquel mal deseo o algunos que con acto deshonesto dejan la vida. La tercera, los que entran en la agonía con pecados mortales, ocultos o ajenos, que, aunque se han confesado y comulgado, no han alcanzado gracia por no haber recibido los Sacramentos como conviene. Lo cuarto, los que entran en la agonía con pecados claros y sabidos que no se han confesado de ellos, o no han restituído lo que debían de hacienda y honra pudiendo. Finalmente, los que entran en estado de gracia en la agonía de la muerte, pero son flacos y pusilánimes para pelear. Y porque sabemos de cierto que Dios no quiere la muerte del pecador sino que en cualquier hora que gimiere le perdona, y que es infinitamente misericordioso y también que es infinitamente justiciero, y que el demonio es fuerte y ha derribado a muchos santos, aun cuando estaban en la vida y con salud, como cayó Lucifer con la soberbia, Adán con la desobediencia, Pedro con la negación de Cristo, y también sabemos que grandes pecadores, como San Pablo, la Magdalena, San Mateo, el buen Ladrón y otros muchos en un momento fueron santos, ni hemos de desconfiar de que no pueda cualquiera salvarse en la agonía armándose y peleando como debe ni tener a ninguno por seguro. Y así declarando las armas que pone San Pablo, diremos las virtudes que para este tiempo de la agonía se requieren y los vicios y pecados que más pueden dañar.

Cinto de castidad y pureza de alma.

Primeramente, las reglas, los apercibimientos, los ejercicios espirituales y las devociones que hemos escrito hasta ahora es la principal industria para alcanzar victoria en la agonía. Y demás de lo que allí hemos dicho, ármese el siervo de Dios con el cinto de la castidad, procurando, ya que no le haya tenido en la vida, arrepentirse muy de veras a esta hora de los pecados deshonestos; porque los que van sin este cinto suelen morir mal, como el príncipe Sichén porque forzó a Dina (1); las cinco ciudades, por los pecados indecibles (2); Jezabel vana, deshonesta y afeitada (3); Sisara, embriagado con la leche, y nos avisan que los deshonestos, estupradores de doncellas, nefandarios, los embriagados con la sensualidad y dados a vanidades suelen morir mala muerte o muriendo a manos de sus enemigos, sin decir, Dios, valedme, o dormidos y descuidados sin convertirse o de otras malas muertes, como cada día vemos en los que se matan por ocasiones de mujeres.

Buenos pensamientos.

El apercibir el pecho con buenos pensamientos es de mucha importancia, que acaecido ha morir un mancebo habiendo confesado y comulgado y ganado indulgencias, etc., y aparecerse a su padre ardiendo en llamas diciéndole que estaba en el infierno. Preguntóle el padre cómo era posible su condenación, pues había muerto con todos los sacramentos. Respondióle, que mientras tuvo vida fué negligente en resistir a los pensamientos malos, y estando en la agonía

1 Gen., XXXIV. 2 Ib., XIX. 3 IV Reg., IX, 30-37.

le venció el demonio con un mal pensamiento en que consintió, y con aquel solo pecado se condenó.

Justicia universal.

La tercer arma es la loriga de justicia, que es la caridad, para amar a Dios y al prójimo, que con este amor se resiste a los ímpetus de Satanás. Tienen mal pleito en esta hora los que nunca han querido servir a Dios aguardando a convertirse a la hora de la muerte. Porque entonces, cuando invoquen su favor, le responderán: Llameos y no me respondísteis, extendí mi mano y toqué vuestro corazón y no me oísteis, pues cuando os estéis vosotros muriendo, yo me reiré y haré burla de vosotros (1). Y los que fueron airados y sin misericordia para sus prójimos por maravilla mueren buena muerte, como la que murió Caín que mató a Abel (2), ni Datan ni Abirón murmuradores (3), ni los prelados que se descuidan del bien de sus súbditos, como Heli (4); ni los hijos rebeldes a sus padres, como Absalón (5), etc.

Confianza.

La cuarta arma necesaria es el escudo de la fe. Porque sin fe es imposible agradar a Dios (6) y el que creyere, se salvará, y el que no creyere, será condenado (7); y así vemos que pocos herejes mueren buena muerte, como Arrio, Lutero, etc. La quinta arma es la confianza porque de solo Dios se ha de esperar, no confiando en sus riquezas y propias fuerzas, como hizo aquel rico que diciendo: Tienes, ánima mía, muchas riquezas, etc, etc. (8), en un punto se halló en la otra vida. Finalmente, la palabra de Dios es la espada que ha de andar siempre en nuestra boca y corazón, que diciendo buenas palabras reparamos los golpes del adversario.

Quien con estas armas entrare en la agonía, habiéndolas ejercitado en la vida, tenga por cierta la victoria y que morirá buena muerte, especialmente si fuere limosnero y amigo de pobres, porque escrito está: Bienaventurado el varón que tiene cuidado con el pobre y necesitado, que en el día malo de la muerte le librará el Señor (9). A un muy mal hombre, dice Santa Brígida, dió el Señor contrición a la hora de la muerte con que se salvó, porque había perdonado a un su enemigo. Y de su hijo Carlos, dijo la Virgen a la misma Santa, que había asistido con él cuando murió librándole de las manos de los demonios porque había sido muy devoto suyo en la vida. La confianza del buen Ladrón le alcanzó ver la esencia divina; y la devoción de Enoch fué causa de subir al cielo; el espíritu de Elías, de ser arrebatado en carro de fugo; la fe de Abrahán, la paciencia de Job y la pobreza de Lázaro les causaron sus buenas muertes. Y así podemos concluir diciendo que las armas importantes para entrar en este peligroso desafío de la agonía son pureza, buenos pensamientos, caridad, fe, esperanza, palabra de Dios y las demás virtudes con que el alma se apercibe.

---

1 Prov., I, 24-26.
2 Gen., IV, 8.
3 Núm., XVI, 12-34.
4 I Reg., II, 22-24.
5 II Reg., XVIII, 9-15.
6 Ad Haebr., XI, 6.
7 Marc., XVI, 16.
8 Luc., XII, 19.
9 Ps. XL, 2.

CAPITULO II

De las cinco armas con que pelea el demonio en la agonía, que son: temor de la muerte, seguridad falsa, dudas de la fe, diversos y eficaces pensamientos y figura horrible, colegidas del salmo XC.

Aunque son innumerables las astucias, cautelas y armas del demonio de que usa para derribar las almas en la vida y a la hora de la muerte, quiero nombrar cinco que son las más ordinarias en la agonía, escritas por el real Profeta en estas palabras: No temerás del temor de la noche, de la saeta que vuela de día, del negocio que anda en tinieblas, del incurso y del demonio meridiano (1). Llama temor de la noche al temor de la muerte y de los pecados, del juicio final y del infierno. Que suele este adversario para hacer caer en desesperación, o en blasfemias o en herejías exagerar al alma el gran dolor que es apartarse del cuerpo, porque con este temor desespere. Pónele delante que tiene hijos y mujer que dejar, que ha hecho muchos pecados de que no ha hecho penitencia; persuádele que muchos de ellos no ha confesado; descúbrele los pecados ocultos y ajenos de que en la vida no hacía caso; píntale a Dios muy riguroso Juez, haciéndole en creyente que muere en pecado mortal y que Dios no le perdonará y las grandes penas del infierno que le están esperando para atravesarle el corazón con estas tres lanzas, como hizo Joab, cuyo nombre quiere decir enemigo del padre, al desventurado Absalón (2). Y viéndole turbado con este miedo, persuádele que desespere de la misericordia de Dios; y dícele que él le alargará la vida, porque sabe muchos remedios contra aquella enfermedad, si entonces renegare y blasfemare de Dios, diciendo que después se puede convertir y hacer penitencia. Con estas armas acometió, dice San Antonio, al glorioso San Bernardo, aunque este santo le venció respondiendo al demonio que Dios es infinitamente misericordioso y murió por salvarle.

Del temor de la muerte.

Si es grande esta tentación, no es menor la saeta que vuela de día, que es la vana confianza, seguridad engañosa y presunción de las obras buenas de la vida pasada y de las indulgencias y perdones que ha ganado. Porque le hace en creyente que tiene segura la gloria, y que por sus buenas obras la ha merecido y que va absuelto a culpa y pena. Y a las almas que entran en la agonía en pecado mortal manifiesto u oculto, como los tiene ya ganados por suyos, no pelea con otra tentación que con esta falsa seguridad; y así muchos de éstos de ordinario mueren con gran paz y sosiego, no ven las figuras horribles del demonio ni tienen las dudas de la fe ni otras muchas tentaciones que tienen los justos. Porque, como dice San Gregorio, no quiere el demonio tentar aquellos a quien tiene ya por suyos. Y hay muchos que no entendiendo esta cautela, viendo morir hombres malos con tanta paz, les parece que se van derechos al cielo; y así es bueno el consejo de San Agustín, que dice que por

De la vana confianza.

1 Ps. XC, 6. 2 II Reg., XVIII, 14.

santo que un hombre sea, hasta haber expirado nunca deje la contrición y el arrepentimiento de haber ofendido a Dios.

De las dudas de la fe.

El negocio que anda en tinieblas, que es la tercera tentación y muy terrible arma del enemigo, son las dudas de la fe y procura el demonio sacar a este tiempo al alma de la firmeza de ella. Quien quisiere defenderse sea fiel hasta la muerte (1). Y pues cuando entró en la vida fué creyendo y confesando la fe y renunciando al demonio al tiempo que lo bautizaron, al salir de la vida confiese la misma fe y renuncie todas las herejías e idolatrías, que esto quiere decir el mandar Dios que le sacrificasen la cabeza y cola del animal. Y así como la última tentación que Cristo tuvo en el desierto fué de idolatría, cuando le dijo el demonio que cayendo le adorase (2), así la más fuerte tentación de todas las de la hora de la muerte es la de la herejía, idolatría y perdimiento de la fe. Y por esa causa decimos siempre el credo a los que están agonizando.

Del tropel y fuerza de las tentaciones.

El incurso, que es la cuarta arma del adversario, es un tropel y acometimiento impetuoso de muchos demonios con diversos pensamientos de pecados mortales, queriendo hacer creer al alma que ya ha consentido en ellos; y que pues no puede confesarlos ni tiene remedio, ya va condenada al infierno; y persúadale que diga desde entonces lo que allá ha de decir eternamente, que es, reniego de Dios, descreo de Dios, etc., y semejantes blasfemias con las cuales se condena el que hasta aquel punto estaba en estado de gracia.

Y por santa que sea un alma, este tropel de innumerables demonios con diversos pensamientos y la eficacia de tentaciones la hace perturbar en gran manera. Cuenta Cesáreo Arelatense, y refiérelo Enrique Germano y don Serafino Razi, que estándose muriendo un soldado llamado Gualtero se le apareció un demonio; y habiendo resistido el soldado a su tentación, preguntó al demonio de dónde venía. Respondió el demonio que venía de asistir a la muerte de una abadesa santa y a la muerte del abad Gerardo del Cister, y que tantas cuantas hojas había en la selva de Costeroreste, tantos demonios acudieron a la muerte de la santa abadesa, aunque San Miguel con un bastón los echó luego por ahí; y como arenas de la mar venían cuando moría el santo abad, mas que no osaban llegarse cerca por las oraciones que hacían sus frailes. Guárdense de esta tentación los escrupulosos que en cada pensamiento les parece que consienten, y procuren con palabras interiores o con señas declarar que no consienten en los pensamientos y nunca se den por vencidos.

Figura horrible.

El demonio de mediodía, que es la última arma, se llama cuando se aparece visiblemente en horrible figura para perturbar y espantar al alma, y así perturbada, hacerla que reniegue o desespere. Cuenta San Agustín en sus Epístolas que se apareció a Eusebio, discípulo de San Jerónimo, y que el santo escondía la cabeza por no ver tan horrible visión. Y en la misma epístola dice San Cirilo al mismo San Agustín, que había hablado con uno que resucitó, y le dijo que a la hora de la muerte había visto al demonio tan horrible,

---

1 Apoc., II, 10. 2 Matth., IV, 9.

que quisiera antes haber caminado desde oriente a occidente por mitad de un fuego que haber visto tal visión. Terrible tentación es ésta, especialmente para los medrosos y espantadizos; mas fiel es el Señor que no permitirá que nadie sea tentado más de lo que pudiere resistir (1). Y así como el desafiado lleva ganada mucha tierra cuando sabe las armas del enemigo, así es de gran fruto, pues todos estamos desafiados, saber desde ahora las armas de nuestro adversario, que son el temor de la muerte, la falsa seguridad, las dudas de la fe, el tropel de los pensamientos y la horrible figura en que se aparece el demonio para hacer caer en desesperación, dureza, pecados nuevos de pensamientos consentidos, herejías, idolatría y blasfemias a la hora de la muerte.

CAPITULO III

De las cinco defensas seguras que tiene el alma en la agonía de la muerte que se llaman actos de fe, esperanza, caridad, contrición y adoración de Dios, y que ha de decir estas cinco palabras: Creo en Dios, etc.

Esta doctrina que ahora diré es la más importante de todo este arte y que más deseo se quede en la memoria. Porque así como quien pelea con su enemigo detrás de una muralla, no tiene que temer los tajos, reveses y estocadas que el enemigo le diere, ni le herirán las saetas y balas que le tirare por la fuerte defensa del muro o baluarte con que se repara; así quien, entrando en la agonía de la muerte, tomare en la boca estas cinco palabras: Creo en Dios, espero en Dios, amo a Dios, pésame de haber ofendido a Dios, adoro a Dios y las procurare tener en el corazón respondiendo con ellas a todos los pensamientos y tentaciones del enemigo, seguro está de caer, y con estas cinco piedras derribará a su adversario el gigante (2), porque con ellas hace los actos de fe, esperanza, caridad, contrición y adoración. Y como dice San Cipriano, así como las serpientes pierden su ponzoña cuando entran en el agua, así pierden los demonios su fuerza cuando entran en estos cinco arroyos que manan de las cinco llagas de la fuente de vida, Cristo Jesús.

Este es el canto del cisne a la hora de la muerte, dice San Anselmo, y para todo género de gente que entra en la agonía sirve esta regla. Si el agonizante es justo y fuerte, con esta defensa no caerá; si es justo y flaco en la fe y virtud, con estas cinco palabras resistirá. Si el agonizante está en pecado mortal oculto o manifiesto, y aunque esté pecando cuando muere, como el que se acuchilla o se desespera o el hereje, si hace acto de contrición, diciendo pésame, etc. se pondrá en estado de gracia y se salvará, porque escrito está y con juramento lo afirma Dios: Vivo yo, dice el Señor, que en cualquier hora que gimiere el pecador, no me acordaré de cuantos pecados ha hecho (3). Y así escribe Santa Brígida que un malísimo hombre que al punto de expirar hizo un acto de

---

1 I ad Cor., X, 13. 2 I Reg., XVII, 49. 3 Ezech., XVIII, 21-22.

contrición bien pequeño con que se salvó. Lo mismo cuenta de una mujer que toda su vida había sido mala.

Y porque lo que más pretende el demonio es derribar de la fe, esperanza y caridad y traer nuevos consentimientos de pecados y ser adorado en aquella hora, con estos cinco actos pierde todas sus armas. Muriendo San Pedro mártir decía el credo pronunciando muchas veces creo en Dios, etc., y mandó a todos sus frailes que tuviesen gran memoria de esto para la hora de la muerte. Léese en el libro de *Vitis Patrum*, que tenía un ermitaño gran deseo de ver lo que pasaban los hombres con el demonio en la agonía; entró en una ciudad y vió que moría un hombre semejante al rico avariento, y el demonio le mostraba un libro en que estaban escritos todos sus pecados y él decía con gran ímpetu: Señor, ten misericordia de mí; respondióle el diablo: tarde cantaste y echóle un garfio de hierro a la boca con que le sacó el alma. No cantara éste tarde, si como dijo ten misericordia de mí, dijera: pésame de haber ofendido a Dios. Porque aunque es buena la oración y pedir misericordia, sin la penitencia no alcanza gracia quien está en pecado mortal. Y viendo este ermitaño expirar a un siervo de Dios, oyóle que estaba diciendo: pésame, Señor, de haberos ofendido; y vió que los ángeles llevaron su ánima al cielo como la del pobre Lázaro, y así concluyo con que aprendan todos, mientras vivieren, estas palabras y se enseñen a hacer estos cinco actos, para que si les viniere alguna muerte de repente, en el poco tiempo de la agonía hagan un acto de contrición y mueran pesándoles de haber pecado, como dice Posidonio que murió San Agustín.

CAPITULO IV

Cuánto importa para no ser vencidos del demonio en la agonía de la muerte no entrar con él en disputas, demandas y respuestas, ni hacer caso de cuantos pensamientos entonces traiga.

Buena retirada.

No es menos importante para vencer los enemigos una buena retirada que la esgrima, por diestro que sea el agonizante, y más se guarda de tan fuerte adversario el que le huye el cuerpo que el que le repara los golpes. Es el demonio como un pleitista muy cauteloso y sagaz con quien es mejor no altercar ateniéndose a la justicia verdadera, que esperar sus demandas y respuestas. Nuestra justicia en aquella hora está en la sangre de Cristo y pedirle su misericordia; no hay para qué litigar entonces con el demonio. Así como con los herejes muy sabios, agudos y maliciosos no hay para qué entrar en disputas, responder a sus argumentos ni quererles convencer con razones, así lo que hace al caso en la agonía es estar firmes en la fe, esperanza, caridad, contrición y adoración, cerrando la puerta a otros cualesquier pensamientos que vinieren, según dice San Basilio y Salviano. Si el ejército nuestro tiene camino seguro, llano y firme por donde caminar, no hay para qué meter nuestra caballería por el que está sembrado de abrojos y puntas de hierro, llevando cuidado de quitarlas y no tocar en ellas para que no se enclaven los caballos. Camino seguro es el que hemos dicho de la fe, etc., no

hay para qué meternos en disputas donde sabemos que hay abrojos y lazos.

Cuenta San Antonino de Florencia que se estaba muriendo un gran filósofo y teólogo, y el demonio argüíale preguntando ¿cómo era el misterio de la Santísima Trinidad? Dábale el filósofo muchas razones de las que enseña la teología, y gastando la mayor parte de la agonía en esta disputa, al fin el demonio, como es más sabio y más agudo, le convenció y murió dudoso en la fe. Aparecióse éste después de muerto a un siervo de Dios, y le reveló que estaba en el infierno por aquel pecado de infidelidad, aunque había vivido muy bien y muerto con los sacramentos. Y viniendo el mismo demonio a tentar a otro y preguntándole ¿cómo era el misterio de la Santísima Trinidad?, respondió: es como yo lo creo; replicó el demonio ¿cómo lo crees?, respondió: como ello es, y así haciendo de este juego maña, nunca el demonio le pudo dar mate en el alma por más argumentos que le puso. Harto sabía del misterio de la Trinidad el obispo Tostado y mucho había escrito sobre él, y viéndose tentado de la fe de él a la hora de la muerte o temiendo esta tentación, mandó le llamasen el primer labrador que pasase por la calle. Subió uno muy rústico, Preguntóle el obispo: ¿Cómo es posible, hermano, que Dios sea trino y uno?; el rústico hizo tres pliegues en el halda de su capote y luego extendió el halda, diciéndole: Vedlo, y así cuando moría el santo obispo, decía a voces: como el labrador lo dijo. Pues si un hombre tan sabio no queriendo entrar en disputa se refería al labrador ¿por qué quiere nadie cuando se ve tentado de la fe responder de otra suerte, sino créolo como lo cree y tiene la santa madre Iglesia católica romana? Contra los habladores, se dice, no quieras contender con palabras.

Ejemplo del Tostado, Obispo de Avila.

CAPITULO V

Del favor de Cristo y de la Virgen, ángeles y santos que hemos de invocar para que nos ayuden en la agonía de la muerte.

El que mora en la ayuda del Altísimo, cuando le llamare, será amparado de Dios del cielo y su divina bondad le librará de los lazos de los demonios cazadores, le amparará con su escudo, le hará espaldas (1) poniéndose delante a pelear contra el adversario. Y así como la gallina defiende el pollito cuando viene a acogerse debajo de sus alas huyendo del milano que le quiere arrebatar, así defiende Dios al alma que, cuando viene el milano demonio furioso para hacerla caer en la agonía, se acoge debajo de las alas de Cristo crucificado. La invocación de Cristo y de la Virgen María, de los ángeles, principalmente del arcángel San Miguel, y de los santos, principalmente de sus devotos, y pedirles favor para aquella hora, es importantísimo remedio para la agonía de la muerte levantando los ojos a estos montes, como dice David (2); y es honra de Dios que le llamemos en

1 Ps. XC, 1-3. 2 Ps. CXX, 1.

el día de la tribulación y entonces nos oye y nos favorece. Que este género de demonios no se vence sino con la oración y ayuno (1); con el ayuno en tiempo de la vida y con la oración en tiempo de la muerte. Y muchas veces acaece a quien entonces llama a Cristo, aparecérsele el Señor visiblemente, como refiere Surio que se aparció a Santa Tarsila, tía de San Gregorio, a Santa Marta y a Santa Isabel, reina de Hungría, y a otros muchos santos. Y demás de llamar a Cristo, importa mucho el favor de la Virgen, como la invocaron Santa Isabel, reina de Portugal; y como cuenta fray Agustín de Aversa, un fraile de su Orden estándose muriendo con una gran desesperación, aconsejáronle que llamase a la Virgen; llamóla y volvió en sí, diciendo que luego había venido visiblemente y que los demonios en viendo su presencia habían todos huído. Y qué mucho que huyan de ella, que es, como dice San Bernardo, la que rompió la cabeza al dragón y de quien más teme la serpiente infernal. San Luis, rey de Francia, murió invocando los santos, que por eso decimos la letanía a los que se están muriendo.

CAPITULO VI

De la gran virtud que tienen estos dos nombres Jesús María y cuánto importe nombrarlos a la hora de la muerte para contra los demonios.

Así como en la guarda de una fortaleza es de mucha importancia el nombre, así importa mucho para guardar el ánima en la agonía de la muerte, tomar en la boca y corazón estos dos nombres Jesús. María. Señor, decía David, sálvame en tu nombre, porque en este nombre de Jesús, como dice San Pablo, todo género de gente se humilla, los del cielo, los de la tierra y los de los infiernos (2); y tiemblan los demonios de oir este santo nombre y salen con él de los cuerpos de los endemoniados y de la presencia de los agonizantes. Que por eso dijo el Señor por San Marcos hablando de sus discípulos, que en su nombre lanzarían demonios (3). Con este nombre

San Pablo. en la boca murió San Pablo, pues, cuando le degollaron, la cabeza cortada dió tres saltos diciendo en cada uno el nombre de Jesús, en señal de lo cual quedaron las tres fontanas de Roma que hoy día testifican la virtud de este nombre. Con él murió en la boca el glo-

San Ignacio. rioso San Ignacio, discípulo del glorioso San Juan Evangelista, y se

San Francisco. le halló escrito en el corazón con letras de oro. San Francisco glorioso aconseja a sus frailes que de ordinario le traigan en el corazón y en la boca, y principalmente al tiempo de la muerte. De San

San Edmundo. Edmundo, obispo de Cantorbery, se lee que se le apareció Cristo Jesús y le dijo que al tiempo de su muerte invocase su nombre y sería libre de sus tentaciones; y que si se acostumbrase a decirlo a menudo en la vida, no moriría muerte subitánea; todo esto se lee en los ejem-

Ejemplo 4.º Tomás de Kempis. plos de Enrico Germano. Y el mismo autor cuenta que viéndose Tomás de Kempis muy afligido en su agonía con el demonio visible que le fatigaba, esforzóse a rezar el Avemaría, y cuando llegó a de-

1 Matth., XVII, 20. 2 Ad Philip., II, 10. 3 Marc., XVI, 17.

cir el nombre de Jesús, el tentador volvió las espaldas y comenzó a huir con el miedo de este nombre, y reconociendo entonces el agonizante la virtud y fortaleza que tenía contra el demonio, repetía muchas veces Jesús, y cada vez se alejaba más el demonio, y tantas veces lo dijo, que al fin de todo punto se ausentó desapareciéndose y el santo murió en paz.

No acabaríamos de contar las excelencias del nombre de Jesús para la hora de la muerte; mas digamos ahora lo que dice Santa Brígida del nombre de María, que así como las aves se espantan y se van volando cuando oyen algún gran sonido o golpe, así huyen los demonios y tiemblan cuando oyen pronunciar este nombre de María, y dejan la presa que tenían entre las uñas atemorizados de su virtud.

CAPITULO VII

De las cosas exteriores que conviene aparejar para el agonizante, que son como pertrechos y municiones para tan peligrosa batalla como la agonía de la muerte.

El que quiere entrar en batalla o defender su fortaleza cercada de enemigos, apercíbase de municiones y pertrechos para la pelea. Estas municiones son en dos maneras: la primera, algunas cosas visibles de que el demonio teme con las cuales el alma se anima; que así como en los Sacramentos pone Dios virtud en el agua y en el óleo santo, etc. para que sean instrumento de dar gracia con que se expelen los pecados del alma, y en los exorcismos para sacar los demonios de los cuerpos de los energúmenos usa nuestra madre la Iglesia de cosas visibles, como agua bendita y piedra azufre, etc., así para resistir a los demonios en la agonía de la muerte, usa nuestra madre la Iglesia de instrumentos visibles, que son como municiones y pertrechos para la defensa en esta tan peligrosa batalla.

Imágenes. Crucifijo.

La primera de estas señales son las imágenes que se han de poner delante de los ojos del enfermo, principalmente la del crucifijo, la imagen de Nuestra Señora y de algún santo su mayor devoto. Que así como los que miraban la serpiente de metal que levantó Moisés en el desierto (1), quedaban sanos de las mordeduras de las venenosas serpientes, así quien mira una imagen de Cristo crucificado resistirá a las tentaciones de las serpientes infernales. De San Diego de Alcalá cuenta el papa Sixto V, que cuando quiso expirar se abrazó con una cruz, diciendo: *Dulce lignum, dulces clavos, etc.*, y con estas palabras salió su alma en paz. Y de San Hilarión cuenta San Jerónimo en su Vida que viéndose muy afligido de multitud de demonios que le atormentaban, se abrazó con una cruz, diciendo: *Ecce lignum crucis, fugite, partes adversae, vicit leo, etc.* Tiene gran virtud la señal de la cruz, como se vió en lo que cuenta San Gregorio de aquel judío, que hallándose a la media noche en un templo de ídolos con gran miedo, se persignó haciendo sobre sí la señal de la cruz, y

1 Núm., XXI, 9.

Vaso vacío más señalado.

aunque entraron innumerables demonios en el templo, no le osaron acometer, antes huyeron, diciendo: *Vas vacuum, sed signatum, etc.* Pónganle, pues, al enfermo la cruz en el pecho cuando no la pudiere tener en las manos; que, como dice San Atanasio (1), así como las abejas y las serpientes pierden su aguijón y ponzoña en la piedra y en el agua, así pierden los demonios sus bríos viendo la cruz de Cristo en que perdieron su reino. Y el agonizante subiendo sobre este árbol de la cruz, como Zaqueo (2) alcanza bienes de Cristo, y navegando sobre esta nave, pasará con seguridad el golfo de la agonía, y con esta vara y báculo del Señor recibe espíritu, fervor, fortaleza y consuelo en el tiempo de tanto peligro como es la hora de la muerte. En el Concilio Niceno II se cuenta que un ermitaño muy tentado del demonio en tentaciones torpes, tenía en su celda una imagen de Nuestra Señora con que resistía a sus malos pensamientos, y ofreciéndole el demonio que no le tentaría si quitaba aquella imagen, le aconsejó otro monje santo del Yermo que por ningún caso la quitase, que con aquella imagen recibía virtud para no caer. De la imagen de San Atanasio, carmelita, se dice que ahuyentan los demonios, y, finalmente grandes bienes se experimentan que reciben las almas en vida y muerte por medio de las imágenes.

Imagen de nuestra Señora.

Candela en la mano.

Danle al agonizante una candela en la mano y con ella murió San Paulino, obispo de Nola, diciendo: encendida tengo mi candela para mi Cristo; y así con esta señal el alma, que como virgen cuerda llevare en la mano la lámpara y candela encendida de la fe viva y habiendo ceñido sus lomos como conviene, esperará al Esposo cuando venga a las bodas eternas (3). He leído en fray Agustín de Aversa que el papa Adriano VI concedió indulgencia plenaria a los cofrades del Rosario que tuviesen la candela en la mano al tiempo de expirar.

Agua bendita.

Del agua bendita cierto es que tiene virtud de hacer huir los demonios y quitar los pecados veniales. Léase el libro de las virtudes del agua bendita y procúrese que esté siempre aparejada para echar a los que se están muriendo. También es buen consejo, al tiempo que el alma quiere entrar en la agonía, traerle allí delante sus cuentas y medallas benditas de indulgencias con que ha ganado perdones y el hábito con que se ha de enterrar, y procurar que no se olvide de ganarlas en aquella última hora, que le serán de gran fruto para ir adornada a los palacios eternos y pagar con los tesoros de la Iglesia las deudas que con tanto trabajo y dolor había de satisfacer estando en el purgatorio. Estos son los pertrechos y municiones que se han de poner para bien agonizar.

Cuentas y medallas de indulgencias.

Oraciones de los circunstantes.

Y así como es bien buscar soldados que ayuden a la pelea y buscar un buen padrino, así es de gran fruto que haya circunstantes que rueguen por él. Porque, como dice San Mateo (4), Cristo sanó el paralítico por medio de la fe y oraciones de los que le acompañaban. Y como escribe Don Serafino Razi, estábase muriendo un mal religioso que con blasfemias y herejías que decía daba muestra de cuán mal le iba en la agonía de la muerte; mas las oraciones de

1 S. Athanas., *De Passion. Dni.*
2 Luc., XIX, 4.
3 Matth., XXV, 1-10.
4 Ib., IX, 1-7.

otros que asistían allí tuvieron tanta virtud, que el agonizante volvió en sí y se confesó y murió muy bien. Gran cosa es también buscar un buen ayudante para bien morir, docto, virtuoso, devoto, experimentado, diligente, solícito, recatado, fervoroso y ejemplar y con las demás condiciones que contaremos en la última parte de este tratado.

Buen ayudante.

Conviene también para la agonia quitar los estorbos e inconvenientes que pueden causar el distraerse, perturbarse, caer en pecado, aflojar o descuidarse de la defensa del demonio el que agoniza. Estos estorbos son de muchas maneras; quiero contar algunos. Primeramente, si asistiere allí alguna persona con quien el enfermo haya pecado, quítensela de delante, porque la memoria de los pecados de la vida pasada no sea parte de su perdición. No consientan delante del enfermo pinturas lascivas y deshonestas, como se aconseja en el Concilio Constanciense. Tampoco los instrumentos de su oficio que le hagan acordar cosas de la vida y tenga deseo de vivir más tiempo, como lo que cuenta Francisco Profeta, prepósito de los que ayudan a bien morir en Nápoles, que le aconteció con un falconero, que teniendo delante de la cama las alcándaras de los falcones, nunca le pudo distraer de la caza ni hacer decir otras palabras que las que dicen cuando andan con el falcón en la mano. Saquen del aposento donde muere el enfermo la mujer, hijos o parientes que lloran, porque oir aquellas lágrimas y gemidos no son de provecho para quien ha menester tanto las lágrimas de contrición, olvido del mundo y oración pidiendo a Dios misericordia.

Los estorbos que se han de quitar.

Personas con quien se ha pecado.

Pinturas lascivas.

Instrumentos de su arte.

Augusto de Adversa lo trae.

Mujer e hijos.

Gran culpa tienen algunos médicos que no desengañan sabiendo que el enfermo no puede vivir, sino que ellos y los amigos, por no darle pena, siempre le dan esperanza de más larga vida, con la cual le acortan la diligencia que entonces había de hacer para no venir a la muerte perpetua y gozar de la vida eterna. Que por esta causa de que no se perturbe el enfermo mandándole el médico confesar cuando tiene peligro, mandan los papas Inocencio III y Pío V, que luego al principio de la enfermedad le haga el médico recibir los sacramentos, porque después, cuando estuviere en más peligro, le puede libremente decir que no tiene remedio de vida y no tenerle engañado hasta la hora de la muerte. Muriendo San Basilio le curaba un médico judío, llamado José, y no pensando el santo que estaba tan cercano a la hora de su muerte, el judio le desengañó; y agradecióselo tanto el mismo glorioso Basilio, que en pago de la buena obra que le había hecho, alcanzó del Señor con sus oraciones que el judío se bautizase, y por el desengaño de la muerte que le dió recibió la vida eterna. Usase en algunas partes cuando se está muriendo un enfermo, consentir allí visitas de cumplimiento, donde se ofrecen pláticas y razones de poco provecho para el que ha de agonizar. Sería bien no consentir que asistiesen sino personas que con su doctrina y oraciones ayuden a la buena muerte.

Esperanza de médicos o amigos.

Inocencio III y Pío V en sus Bulas.

Visitas impertinentes.

DE LAS DOCE TENTACIONES DE LA AGONIA

PONENSE ALGUNOS DOCUMENTOS NECESARIOS ANTES DE ENTRAR EN EL DIALOGO DEL DEMONIO Y DEL ALMA AGONIZANTE RESUMIDOS DE LO QUE ARRIBA ESTA ESCRITO Y DE GRAVES AUTORES.

Es tan importante esta doctrina de la agonía de la muerte, que para mayor claridad y provechos de las almas me parece que conviene hacer un diálogo o coloquio de las tentaciones del demonio con el alma, procurando hablar las mismas palabras que se coligieren de la Sagrada Escritura, y de los santos y otros autores que escriben en esta materia, con que el demonio tienta y el alma le responde, presuponiendo antes de este coloquio algunos documentos recopilados de lo que arriba he escrito.

Doocumento primero.

Siervos de Dios perfectos.

Cinco maneras de personas entran en la agonía y diversa manera han de pelear. Lo primero, siervos de Dios justos en estado de gracia, fervorosos, espirituales y enseñados a pelear contra malos pensamientos. Estos procuren, cuando entren en la agonía, ponerse en oración y presencia de Dios ejercitando actos de fe y caridad; que con esto perseverarán hasta la muerte en la gracia y justicia con que entraron a pelear. Lo segundo, almas que entran en estado de gracia

Justos flacos.

por haber confesado bien, pero son flacos y sin espíritu y no ejercitados en la oración. Estos tales procuren como pudieren, aunque sea con la boca y sin gusto interior, repetir muchas veces, como hemos dicho, creo en Dios, espero en Dios, amo a Dios, pésame de haber ofendido a Dios, porque el demonio no les derribe de la gracia. Y aunque les parezca que hayan caído en algún pensamiento consentido de pecado, no dejen de repetir: pésame de haber ofendido a Dios, procurando arrepentirse, porque mediante la contrición vuelvan

Pecadores ocultos.

a la gracia. Tercero, personas que están caídas en pecados ocultos o ajenos de que no hayan tenido luz hasta en aquella hora, que el

Pecadores manifiestos.

demonio se los descubre para hacerlos desesperar. Cuarto, hombres que están en pecados mortales manifiestos y claros que saben nunca

Pecadores que mueren en actual pecado.

haber confesado por vergüenza o por otras causas. Quinto, personas que mueren en acto de pecado mortal presente como el que se desespera, etc. Todos estos tres procuren tener contrición de sus pecados; que si Dios se la da, disponiéndose ellos, como acontece muchas veces, acabarán en camino de salvación; porque escrito está: que en cualquiera hora que gimiere el pecador no se acordará Dios de sus pecados (1); aunque los tales, ya que no bajen al infierno, padecerán grandes y durables penas de purgatorio, como se colige de Santa Brígida y de muchos santos.

1 Ezech., XVIII, 21.

Documento segundo.

Cinco maneras hay de muertes: la primera, de los que mueren en su cama con todos sus sentidos, como algunos héticos y de otras enfermedades largas; y a éstos tales el sacerdote que asiste a su cabecera les puede ayudar a bien morir diciéndoles las palabras con que han de responder al tentador, que es gran bien y misericordias de Dios. Segunda, de los que agonizan quebrados los ojos y faltándoles el oído, aunque el entendimiento está muy despierto para pelear y la voluntad pronta, pero pelean a solas, sin ayudante; y éstos aprendan muy bien al tiempo de la vida lo que han de responder al demonio, pues pelean a solas sin tener quién les diga lo que han de decir. Tercera manera de muerte es la subitánea o repentina o tan breve que dura muy poco la agonía. Estos enséñense muy bien a convertirse a Dios y hacer acto de contrición de todos sus pecados, que es el más necesario para la salvación y se puede hacer en un momento. Cuarta es de los que mueren por justicia, que van sanos y con todos sus sentidos hasta el punto que les aprieta el cordel o pasa la espada por la garganta donde no hay muerte de agonía; puédeles ir diciendo el que les acompaña lo que han menester para su salvación, y no les deje y procure ponerlos en estado de gracia, haciéndoles al principio hacer una confesión general con que queden quietos con verdadera satisfacción. Y persuádales que perdonen a los testigos y a los jueces y acusadores o a quien ha sido causa de su muerte, que con este rencor suele el demonio derribar a muchos de ellos, y a que reciban aquella muerte por penitencia y descuenta de todos sus pecados y haciendo acto de martirio, ofreciéndosela a Dios con propósito que en defensa de la fe se dejarían de la misma manera matar, si estuviera en su mano vivir y morir, que con este acto se gana mucha gloria y se resiste a las tentaciones del adversario. Quinta es de los soldados que en guerra justa salen a evidente peligro de la vida. A éstos se aconseja que vayan confesados, y si no tuvieren aparejo del sacramento, lloren sus pecados al tiempo que se ven en la ocasión y peligro o derribados en el campo, protestando que de muy buena gana reciben aquella muerte por defensa de la fe católica.

Muerte larga con sentidos.

Sin sentidos.

Muerte breve.

Muerte por justicia.

Muerte de soldados.

Documento tercero.

Como hemos dicho, cinco armas ha de llevar el alma cuando entra en la agonía. Pureza de conciencia significada por el cíngulo de la castidad, que dice San Pablo; arnés de caridad de Dios y del prójimo y buenos pensamientos; celada de la confianza; escudo de la fe y espada de la palabra de Dios. Con éstas se ha de defender del enemigo y ofenderle ganando gracia y merecimiento en la batalla de la agonía.

Pobreza.
Caridad.
Confianza.
Fe.

Documento cuarto.

Cinco intentos malos pretende el demonio cuando pelea, que también pusimos arriba, y son caídas y heridas mortales del alma cuando este maldito sale vencedor. Llámase blasfemia de Dios y de sus san-

tos, desesperación, seguridad falsa en los que están en pecado mortal, consentimiento interior de nuevos pecados mortales en pensamientos y finalmente hacerse el demonio adorar por Dios y que el alma renuncie la ley que ha profesado. Sepa muy bien el que agoniza estos intentos y golpes de Satanás para saberse guardar de ellos, y morir bien y en buen estado.

Documento quinto.

También hemos dicho que el demonio para hacer estas heridas mortales usa de cinco armas: Primero, temor de la muerte, que llama David temor de la noche. Segundo, falsa seguridad, que se dice saeta que vuela de día. Tercero, tinieblas y ceguedad de la fe, a quien llama negocio que anda en tinieblas. Cuarto, multitud de pensamientos malos y eficacia en alguna tentación, que se llama incurso. Finalmente, el quinto, visiones horribles de demonios visibles, que se dice demonio de mediodía, que ya hemos declarado en otra parte qué sea todo esto.

Documento sexto.

De estas cinco armas coligen los santos doce tentaciones que son: temor de la muerte por sus grandes dolores, por los muchos pecados, temor del riguroso Juez, estrecho juicio y penas de infierno, y por apartarse de sus parientes y amigos y por dejar en este mundo hacienda y honras; y estas cinco tentaciones se comprenden y nacen del temor de la muerte; sexta tentación es confianza vana en sus obras, y la séptima, seguridad dañosa, contenidas en la saeta que vuela de día. La octava, dudas en la fe y herejías, que son las tinieblas en que anda el negocio. La nona, multitud de pensamientos y eficacia de tentaciones, declarada en el incurso. La décima y undécima, turbación e idolatría cuando el demonio se aparece visiblemente. La última, deseo de más larga vida. Aunque digo que hay estas doce tentaciones y pondré las palabras con que dicen los autores que habla el demonio, otras muchas tentaciones hay, porque como los demonios son innumerables y cada uno tiene su malicia distinta del otro, cada uno tiene diversos modos de tentar. Y cuando digo que habla el demonio, no se entiende que diga voces formadas que oiga el enfermo con los oídos de fuera, que lo más ordinario es pensamientos que le vienen y escriben los autores que de esto tratan.

Documento séptimo.

El documento más necesario de esta doctrina que hemos dicho otras veces es, que a todas estas tentaciones y otras muchas que hay, no tiene el alma que responder más de estarse queda sin hacer caso, y decir con la boca y corazón: creo en Dios, etc., nunca respondiendo al demonio ni haciendo caso de él ni hablando con él; y si respondiere a las palabras que el demonio le dice trayéndole interiormente con sus malos pensamientos, sea hablando el alma con Cristo; y procure que las palabras que dijere sean de la Sagrada Escritura y de los santos y autores graves que citaremos en el diálogo que se sigue.

DIALOGO DE LAS DOCE TENTACIONES

QUE EL DEMONIO SUELE TRAER EN LA AGONIA DE LA MUERTE Y LO QUE HA DE RESPONDER EL ALMA HABLANDO CON CRISTO.

PRIMERA TENTACION

Del temor de la muerte por los grandes dolores y terribilidad de ella, y lo que el alma ha de responder colegido de San Cipriano y de Lactancio Firmiano.

Demonio.—¡Que te mueres! y es terrible y la última de las más terribles cosas la muerte. ¿Cómo has de poder sufrir el increíble dolor que se siente cuando se arranca el alma, pues no tienes paciencia para sufrir los de la enfermedad? Mátate, si puedes, y desespera.

Anima.—¡Oh, Dios y Señor mío, Cristo Jesús!, favorecedme Vos, y si no se puede dejar de beber este cáliz de la muerte, hágase vuestra voluntad y no la mía (1). Aquí estoy, Señor, aparejado para morir mil muertes por Vos, y si es cierto, como lo es, que no hay hombre que no muera y vea la muerte (2), si Vos queréis que sea ahora, no se dilate. Vos y vuestra Madre y todos los santos murieron, ¿para qué quiero yo vivir?, que bien sé que nunca llegarán mis dolores a los que Vos padecísteis en la cruz por mis pecados; dichosa hora en la que me veo, pues mediante esta muerte espero por la virtud de vuestra pasión, pasar de este mundo al Padre y acabar con los dolores y trabajos de esta vida, que no es vida sino sombra de muerte, y subir a gozar la vida eterna.

SEGUNDA

Por el temor de la multitud y gravedad de los pecados que allí trae el demonio para hacer desesperar. Colígese de San Gregorio y San Agustín.

Demonio.—Grandes son tus pecados; nunca has hecho cosa buena en tu vida ni los has confesado bien ni hecho verdadera penitencia. Mira tal y tal cosa de que no hacías caso ni lo confesabas; son pecados gravísimos; ahora ya no tienes remedio, no puedes confesar, condenado vas, comienza a blasfemar de Dios como lo has de hacer en el infierno. Y si negares su fe, yo te alargaré la vida y después te puedes confesar y salvarte; mas ahora ya no tienes lugar.

Anima.—¡Dios mío!, los lazos de los pecados me aprietan (3). Muchos y muy graves son; mas pésame de haberlos cometido, y si ahora pudiera, los confesara y por cuanto hay en el mundo no volviera a ellos. Perdóname, Señor, que soy frágil y miserable, concebido en pecados y maldades (4). Guarda, Señor, tu palabra, pues

1 Matth., XXVI, 42.
2 Ps. LXXXVIII, 49.
3 Ps. CXVIII, 61.
4 Ps. L, 7.

eres verdadero y dices que en cualquier hora que gimiere me perdonarás (1). Confiésome por enfermo, pero tú eres médico y no tienen necesidad de médico los sanos sino los enfermos. No viniste a llamar justos sino pecadores a penitencia (2). Perdonaste al Ladrón porque te llamó a la hora de la muerte; a la Magdalena, pecadora pública; a Pedro que te negó y a Pablo, perseguidor, convertiste y perdonaste sin que él te llamase; yo te llamo, Señor, oye mi voz y perdona mis pecados.

TERCERA

Temor del Juez riguroso y de su estrecho juicio y de las penas del infierno. Doctrina colegida de San Gregorio y Orígenes.

Demonio.—Es Dios riguroso Juez, es infinita su justicia, mereces mil infiernos, no te perdonará. ¿Cómo darás cuenta con pago en el juicio que te espera? Condenado vas al infierno donde las penas son eternas; no tengas esperanza de salud.

Anima.—Yo os confieso, Señor y Dios mío, por Juez riguroso; mas también sois padre amoroso, que aunque yo sea hijo pródigo, me recibiréis los brazos abiertos. Apelo del tribunal de vuestra justicia al de vuestra misericordia. Tened misericordia de mí, sanadme que soy enfermo (3). No os acordéis de mis grandes maldades. No entréis en juicio con vuestro siervo, que en vuestra presencia ningún viviente será justificado (4). Tened misericordia de mí, según vuestra gran misericordia (5), que me pesa en el alma de haberos ofendido, y poned vuestra pasión entre mis pecados y vuestra justicia, que de otra manera no quiero contender.

CUARTA

Temor de dejar los hijos, mujer, parientes y amigos, y la doctrina de lo que ha el alma de responder colegida de San Agustín y de lo que San Martín decía estándose muriendo.

Demonio.—¿Qué hará tu mujer e hijos, que ella queda moza y ellos niños, si ahora les faltas? ¿Qué sentirán tus parientes y amigos con tu muerte? Y pues te ofrezco más larga vida si blasfemares de Dios, goza de la vida que te ofrezco, que yo te sabré curar, que conozco muchas yerbas, ya que los médicos de la tierra te han echado en la sepultura.

Anima.—Señor y Dios mío, en tus manos los dejo, guárdalos, que yo te los encomiendo y ruego por ellos, pues me los has dado; tuyos son y tú les has de sustentar pues eres su padre (6). Hijos y mujer mia, no os dejo huérfanos, que voy a aparejaros el lugar; presto nos veremos en la bienaventuranza como espero.

---

1 Ezech., XVIII, 21.
2 Luc., V, 32.
3 Ps. VI, 3.
4 Ps. CXLII, 2.
5 Ps. L, 3.
6 Joan., XIV, 3.

QUINTA

Temor de dejar la hacienda, honras y dignidades.
Es de San Gregorio.

Demonio.—¡Oh!, que dejas de gozar de tu hacienda que tanto has trabajado para ganarla! ¿Quién gozará tu mayorazgo? ¿Ahorá que tenías oficio y dignidad te mueres?

Anima.—Desnudo nací del vientre de mi madre, desnudo volveré a la tierra; el Señor lo dió, el Señor lo quitó; sea su nombre bendito; no metí nada en este mundo y así nada quiero llevar de él (1). Que aunque poseyera todo el cielo y toda la tierra, más me vale gozar de Dios por medio de esta muerte. Y pues es honra suya salvarme y con eso se enriquece su nombre, a trueque de enriquecerle delante de los ángeles para que se vea su infinita misericordia para conmigo, todo lo criado estimo como basura y estiércol (2).

Estas cinco tentaciones se coligen del temor de la muerte en aquellas palabras *Timore nocturno.*

SEXTA TENTACION

De la vana confianza en sus buenas obras para que no se convierta el alma a Dios ni haga penitencia y muera con engañosa paz.

Demonio.—No te puedes condenar, que has hecho muchas obras buenas; y por cualquiera de ellas mereces el cielo y Dios está obligado a darte la gloria por el valor de tus merecimientos.

Anima.—Reconozco, Dios y Señor mío, que mis obras buenas, cuanto es de mi parte, no merecen premio sino castigo por la mala intención y vanagloria con que muchas son hechas, mas pido tu misericordia de los muchos pecados que he cometido cuando vivía. Que si he hecho sacrificios y ofrecido misas, mis sacrificios han sido como el de Caín. Y si he llegado al altar a recibir a mi Señor, no ha sido con la reverencia debida. Bendito seas que me has sufrido tanto tiempo. Yo quisiera haberte servido mejor: Temo de tus juicios y justicia, y si algo bueno parece en mí, tú eres la cepa, yo el sarmiento (3); sin ti ninguna cosa he podido hacer ni aun decir Jesús, sino en virtud del Espíritu Santo (4).

SEPTIMA TENTACION

De la seguridad engañosa con que mueren algunos que están en pecado mortal oculto o manifiesto, libres de otras tentaciones y visajes que suelen tener los atribulados.
Es de San Gregorio.

Demonio.—Aunque te acuerdes de tales y tales pecados que no has confesado, no te condenarás, porque ganaste indulgencia plenaria. No tengas pena de nada; duerme y reposa en paz. Pide a Dios mise-

---

1 Job., I, 21.
2 Ad Philip., III, 8.
3 Joan., XV, 5.
4 I ad Cor., XII, 3.

ricordia, que la tiene infinita, y no te aflijas por haber pecado en la vida; que otros mayores pecadores que tú han sido salvos por sola la fe, y ésta no la niegas ni has negado, etc., no te acuerdes de cosa mala; seguro vas, no tienes que arrepentirte ni llorar pecados.

Anima.—No me acuerdo de nada, Señor, mas por eso no estoy justificado. Porque muchas veces hay caminos que parecen rectos en los ojos de los hombres y su paradero es el infierno (1). Dame, Señor, tu temor y verdadero arrepentimiento para que mis pecados ocultos o ajenos no me condenen. Pésame de todo el mal oculto o ajeno que he hecho desde que nací hasta este punto; espero en tu gran misericordia, y si me das vida, yo viviré de otra manera que hasta aquí.

Estas dos tentaciones sexta y séptima se coligen de las palabras *A sagitta volante in die.*

OCTAVA TENTACION

De la fe para hacer caer en herejía o dudas de la fe católica, con que el alma se condene. Es doctrina de todos los autores que escriben de esta materia.

Demonio.—¿Cómo sabes que la fe en que mueres es la verdadera? ¿Habíanse de condenar tantos millares de almas que no son cristianos? ¿Cómo es posible que siendo Dios uno, sean tres? etc.; y cosas semejantes.

Anima.—Todo es posible al que cree: Creo, Señor, ayuda mi incredulidad (2). ¡Oh, alteza de riquezas de ciencia y sabiduría, cuán incomprensibles son tus juicios! (3). Creo, Señor, creo, Señor, y por esta fe que he profesado toda mi vida, daré ciento que tuviera, etc, Repita muchas veces credo, etc.

NOVENA TENTACION

De los varios y muchos pensamientos malos que vienen al alma, especialmente en aquellos vicios en que más veces caía, con que pretende el demonio persuadirla que ya ha consentido y va condenada para hacerla desesperar. Es de los demás autores que de esta materia escriben.

Demonio.—¿No gustaras tú ahora de gozar de tal mujer, etc.? Y trae otros muchos pensamientos malos en todo género de pecados, especialmente de aquellos a quien el alma se inclina.

Anima.—Sálvame, Señor, que ha entrado el agua de los pensamientos hasta mi alma y estoy anegado en el cieno del profundo, sin tener sustancia ni virtud para resistir (4). Señor Dios, entiende en mi ayuda y no tardes en ayudarme (5). Protesto que no quiero consentir en cosa mala. Y aunque son muchos los tentadores, más que los asirios, vengan los carros de fuego de los ángeles en mi guarda (6); y si hubiere consentido en algo, pésame de ello. Levántese el Señor y

---

1 Prov., XIV, 12.
2 Marc., IX, 22, 23.
3 Ad Rom., XI, 33.
4 Ps. LXVIII, 2.
5 Ps. LXIX, 2.
6 IV Reg., VI, 8-18.

deshághanse sus enemigos como se deshace el humo en presencia del viento (1), que teniéndote yo, Señor, de mi parte, aunque se levante contra mí todo el infierno, en esto esperaré (2).

DECIMA TENTACION

De la eficacia y fuerza que el demonio pone más que nunca para derribar el alma en lo que la halla más frágil.

Demonio.—Fulano te ofendió en la honra ¿no te vengaras ahora de él si pudieras? mira que estás afrentado, etc. y así aprieta en la tentación en lo que sabe tenemos menos resistencia.

Anima.—Señor, fuerza padezco, responde por mí. Tomad vuestra arma y escudo, venid para ayudarme (3), que aunque el adversario es león, Vos sois león de la tribu de Judá, y pues que sois más fuerte y mejor armado, quitad las almas de este mi adversario con que fortísimamente pelea.

UNDECIMA

De la horrible y espantosa figura en que se aparece para perturbar el alma, como se apareció a San Martín y lo que se colige de San Gregorio.

Demonio.—Vesme aquí quien soy; en mi compañía has de morar eternamente.

Anima.—Ves aquí la cruz del Señor, huid, partes adversas. Abrasenme esas puertas de justicia de tus cinco llagas que me sean como las cinco ciudades del refugio donde yo me esconda de tan horrible vista. No me dejes solo, Señor, ni te apartes de mí: En tus manos, Señor, encomiendo mi ánima. Virgen Santísima, San Miguel y todos los ángeles y los santos mis devotos y todos los santos del cielo, favorecedme, etc.

DUODECIMA TENTACION

De la idolatría cuando el demonio visiblemente se aparece en buena figura procurando que el alma le adore y renuncie la fe y sacramentos de Cristo prometiendo bienes como hace a las brujas.

Demonio.—Mira que soy rey coronado de perlas preciosas, adórame y reniega del bautismo y de la fe que has profesado, que aunque ahora te mueras, no tendrás allá ninguna pena sino mucha gloria y gustos que yo te podré dar con todo el género de deleites y contentos que puedes desear, etc.

Anima.—*Vade retro, Satanas* (4), a solo tu Dios has de adorar y a él solo has de servir. *Gloria Patri et Filio, etc.*, a solo Dios la honra y gloria; vete, bestia sangrienta, que no tendrás parte en mí, que la gloria del Señor me está esperando no por mis merecimientos sino por el valor de su sangre.

---

1 Ps. LXVII. 3.
2 Ps. XXVI, 3.
3 Ps. XXXIV, 2.
4 Matth., IV, 10.

SEXTA PARTE

DE LOS SUFRAGIOS QUE LOS VIVOS HAN DE HACER POR LAS ANIMAS DEL PURGATORIO QUE SON MISAS, INDULGENCIAS, ORACIONES, LIMOSNAS PENITENCIAS, OBRAS MERITORIAS Y CUMPLIR SUS OBLIGACIONES Y TESTAMENTOS.

CAPITULO PRIMERO

De los autores de donde se colige esta doctrina.

§ I.

Intento del autor.

No es mi intento tratar esta materia de los sufragios dilatadamente como teólogo ni disputar controversias contra los herejes, sino con la mayor brevedad y claridad que pudiere, persuadir a los vivos se apiaden y favorezcan a los difuntos, y darles luz de las obras con que les pueden aliviar las penas o sacarles de purgatorio.

Autores que han escrito de esta materia de apariciones de muertos.

Muchos doctores han escrito de esta doctrina sobre el *IV de las Sentencias* y en sus cuestionarios y controversias, pero principalmente seguiré la luz que nos han dado algunos muertos que han resucitado de la otra vida y aparecídose a vivos o sus mismas almas o los ángeles buenos en su nombre. De las cuales revelaciones han escrito muchos graves y santos autores, como San Gregorio en sus *Diálogos,* San Julián Pomaro, arzobispo de Toledo, en sus *Pronósticos*; San Antonino de Florencia en su *Suma*; Santa Brígida en sus *Revelaciones*; Dionisio Cartujano, en su libro de los *Cuatro Novísimos*; Jacobo Cusano, Pedro Damiano, Hugo Eteriano, Pedro Tireo, Juan de Indagine en sus libros *De reditu animarum ab inferis*; Bertrano en una epístola a Cunón, arzobispo de Tréveris; y principalmente de lo que escribe San Agustín en el libro *De cura pro mortuis.* Y no haré caso de las blasfemias de Ecolampadio, Felipe Melanchthon, Labatero, Baleo y otros herejes que se rien de estas apariciones, ni de las de Lutero y Calvino y sus consortes que niegan el purgatorio y los sufragios; quiero poner algunos fundamentos ciertos.

Herejes que niegan estas apariciones.

§ 2.

Cuántos sean los receptáculos de las almas y cuán terribles las penas del purgatorio.

Al punto que el alma se arranca de las carnes, se representa ante Jesucristo crucificado en el juicio particular, acompañada con sus dos ángeles, bueno y malo, y allí da cuenta de todas sus obras, palabras pensamientos que ha hecho, dicho y tenido desde que llegó a uso de razón. Si muere en pecado mortal, llévanle los demonios al infierno que está en el centro de la tierra, cuya pena eterna es mayor de lo que se puede decir. Si en estado de gracia y sin tener que purgar, llévanla los ángeles a gozar en el cielo empíreo, que está sobre todos los cielos, de la mayor gloria que ni ojo vió ni oído oyó ni pudo caber en entendimiento criado. A los que morían de esta manera antes que Jesucristo nuestro Señor subiese al cielo, llevaban al

Juicio particular.

Infierno.

Gloria.

seno de Abrahán, que era un receptáculo como entresuelo o cueva debajo de la tierra, donde vivían con esperanza de gozar de Dios con la venida del Mesías. Seno de Abraham.

A los niños que mueren sin bautismo con solo el pecado original llevan al limbo, que es una cueva más abajo donde no tienen pena ni gloria. Los que mueren en estado de gracia pero con pecados veniales o sin haber hecho entera satisfacción y penitencia, en pena de la culpa mortal que cuando se les perdonó mudaron de eterna en temporal (como cuando perdonan a un delincuente la pena de muerte que merecía conmutándosela en pena de galeras) van al purgatorio, que es una cárcel y galera que está entre el limbo de los niños y el infierno, aunque Dios puede hacer purgar en el lugar que quisiere, donde se padece tan gran fuego y tan terribles penas, que después de las del infierno no hay otras mayores. Lo cual coligen muchos santos de aquellas palabras que se dicen de Cristo en su pasión: Padecí casi tanto como los que están en el lago, entiéndese del infierno o purgatorio, siendo yo libre entre los muertos (1); y el que menos allí padece, aunque sea en tan poco tiempo como abrir y cerar los ojos, siente más que lo que padeció San Lorenzo en sus parrillas.

Limbo.

Purgatorio. Qué sea.

Penas que padecen en el Purgatorio.

§ 3.

Persuádese con algunas razones a los vivos que tengan lástima y ayuden a sus difuntos.

1.ª Razón.

¿Qué corazón hay que viese a su hermano, padre, madre o marido, etc. en tan terribles penas que no se mueva a compasión? ¿Y qué caridad, misericordia y limosna puede haber en el mundo mayor y más agradable a Dios, que socorrer a pobres tan buenos y tan necesitados? Que si hay muchos que se les rompen las entrañas de ver sufrir un poco de frío a un pobre desnudo y se quitan los vestidos de encima para abrigarle; y si ven padecer por justicia a un ladrón, que nunca conocieron, si pudiesen, le librarían de la horca; y aunque sea un perro, les hace lástima si le ven matar ¿cómo es posible que haya corazones tan crueles que no se compadezcan del fuego de sus hermanos? Y dice San Agustín que no hay hombre tan malo que no se pueda salvar al tiempo de la muerte, ni hombre tan santo de quien se tenga evidencia que va derecho al cielo sin pasar por purgatorio. Y la limosna y sufragio que a éstos se hace, hácese a buenos que están en estado de gracia y seguros de la gloria, y así es de mucho provecho; porque lo pagarán en rogar a Dios por quien les hace bien cuando se vieren en la bienaventuranza, que son muy agradecidos. Para buenos sucesos de esta vida y librar de peligros a los vivos, es gran remedio el hacer bien a las ánimas del purgatorio. Que, como se cuenta en muchas historias, a unos han librado de la muerte, a otros alcanzado victoria en sus guerras y a otros acudido con dineros y sustentos en sus necesidades y pobreza, que

1 Ps. LXXXVII, 5, 6.

sería muy largo de contar si las refiriésemos. Y finalmente, no hay limosna de mayor gusto y contento y que más gracia y gloria alcance de Dios, que hacer bien y limosna a las ánimas del purgatorio.

§ 4.

Qué sea sufragio y cuántas maneras hay de ellos.

Qué significa sufragio.

Esta limosna y bien que se les hace se llama sufragio, que en latín *suffragari* quiere decir ayudar, socorrer, acudir, hacer bien y dar limosnas. Del número de estos sufragios escriben diversamente los autores. Unos dicen que son tres; otros cuatro, reduciendo los unos a los otros. Para proceder con más claridad y distinción contemos siete, conviene a saber: misas, indulgencias, oraciones, limosnas, obras meritorias hechas por vivos aplicadas a los difuntos, penitencias hechas por ellos, cumplir sus testamentos y obligaciones. Estas son las siete maneras de limosnas, rescates y sufragios que envían los vivos a la otra vida para sacar de la galera y rescatar de la cárcel del purgatorio a los difuntos.

Quiero advertir que algunas personas, porque dicen que tiene revelación particular de que alguna alma está en el infierno, o está en el cielo o por haber mucho tiempo que murió, toman ellos mismos u otros ocasión para decir que no se hagan más sufragios por aquellas almas. Esta es mala doctrina, porque no es de fe ni cierto que las revelaciones particulares sean verdaderas y puede el demonio hacer aquella ilusión para impedir los sufragios. Y bien puede un alma estar en el purgatorio condenada hasta el día del juicio, que siempre le aprovechará el sufragio. Y si está en el infierno, Dios se honra con aquellas misas que se le dicen y las aplica para otras almas más allegadas o parientes del que las hace decir, que nunca se pierde el sufragio y la limosna. Y si la tal alma está en el cielo, acreciéntasele la gloria accidental por el sufragio que por ella se hace y reparte Dios a otras almas del purgatorio lo que el vivo hace.

§ 5.

Quién hace los sufragios de los muertos.

El principal autor de los sufragios es Cristo, que como Señor, dueño, Rey y cabeza de vivos y muertos, puede disponer que de lo que hacen los vivos se aprovechen los muertos. Y así como cuando estaba Cristo en la tierra hizo bien a vivos y a muertos, pues resucitó a muchos y libró las almas de los padres del limbo, así ahora que está en el cielo es cabeza de muertos y vivos, y todos somos miembros de esta misma cabeza que nos podemos ayudar, ellos rogando por nosotros y nosotros dando gloria accidental a los del cielo y sufragios a los del purgatorio, que siempre nos lo piden diciendo: Tened misericordia de mí, tened misericordia de mí, a lo menos vosotros, mis amigos, que la mano del Señor, que es muy pesada, me castiga (1).

---

1 Job., XIX, 21.

§ 6.

Cómo saben los muertos de los sufragios que les hacen los vivos.

Saben muy bien las ánimas del purgatorio quiénes son sus amigos y acá les favorecen y quién no por uno de cuatro caminos. El primero, por lo que de acá llevaron sabido, que no se les olvida aunque están en el purgatorio. El segundo, porque Dios se lo revela. El tercero, porque los ángeles de guarda que asisten con éstos, consolándolos se lo dicen. El cuarto, porque las almas que van de nuevo de esta vida les parlan lo que acá pasa.

Cómo saben los muertos lo que por ellos hacen los vivos.

§ 7.

Qué merecimientos aplican los vivos a los muertos.

Para entender más de raíz la diferencia y valor que hay entre estos siete sufragios, se advierta que todas las obras, palabras y pensamientos buenos de los que están en estado de gracia, tienen cuatro frutos y valores, que llaman los teólogos mérito de condigno, mérito de congruo, impetración y satisfacción, así como cuando un criado sirve bien a su rey, merece por aquel servicio cuatro premios, el primero, salario y sustento de su persona, y éste es el que se llama merecimiento de condigno, porque es digna cosa y justa que el que sirve tenga salario para su sustento, y puédesele pedir por justicia al amo si no se le diere, como se colige de Isaías. El segundo, que es mérito de congruo, son las mercedes que le hace el Señor demás de su salario, como darle algunas veces un vestido, un oficio, una joya, etc. El tercero, que se llama impetración, es el favor que alcanza quien bien sirve para sus amigos o parientes. El cuarto, es descuento y satisfacción de lo que debía el criado al rey por haberle agraviado y ofendido antes que le sirviese.

Cuatro méritos en las buenas obras de los que están en gracia.
Mérito condigno que es sustento o salario.
Salario.
Mercedes.
Favor.
Satisfacción.

Estas cuatro cosas, que llamamos salario, mercedes, favor y satisfacción, gana el alma de Dios cuando estando en gracia le sirve. El salario y sustento es para sola la persona del que sirve, que no lo puede dar ni comunicar a otro, y mientras más y mejor sirva, más se le acrecienta este mérito de condigno y salario. Las mercedes, favor y satisfacción bien lo puede quitar de sí y darlo a su amigo o pariente. Como si el criado dijese al rey: Señor, por este servicio que os hago de pelear en esta guerra, etc., las mercedes que me habíais de dar a mí, o el favor que me habíais de hacer o lo que habíais de descontar de mis deudas, dádselo a mi hermano o yo se lo doy con vuestra licencia. Y entonces al rey parécele tan bien aquella caridad y limosna que hace su criado a su hermano, que por el mismo caso le añade el salario y sustento. De la misma manera añade Dios el merecimiento de la gloria y gracia a quien no quiere para sí el favor, mercedes y satisfacción que merecía por sus buenas obras y lo da a su hermano, especialmente difunto, con lo cual no pierde nada antes gana más gracia el que hace sufragios.

CAPITULO II

De la misa y de su valor y eficacia, y de las misas que son de mayor provecho para las ánimas del purgatorio.

§ 1.

Pruébase por algunas revelaciones y doctrinas de cuánto fruto sean las misas para sacar almas del purgatorio.

El primero y más principal de todos los sufragios es la misa, que por esta causa, como se refiere en el Coro Pontifical, San Gregorio, aunque continuamente estaba enfermo y con insufribles dolores de estómago, se esforzaba a decir misas por los difuntos. Y en señal del bien que les hacen las misas, cuenta el mismo Santo que una mujer tenía su marido cautivo en tierra de infieles, y pensando que estaba muerto, le hacía decir misas, y el día que se le decía la misa, se hallaba el cautivo libre y sin grillos ni cadenas. En el mismo Coro Pontifical se lee que el obispo Malaquías decía misas por una hermana suya y se le apareció muy resplandeciente diciéndole que por ellas había salido del purgatorio. Y a San Nicolás de Tolentino se aparecieron muchas almas pidiéndole que, aunque fuese en día de Pascua, dijese misa por ellas y no las privase del refrigerio que por sus misas sentían.

Pedro Cluniacense cuenta que había un sacerdote muy ignorante, tanto que aún no sabía leer y nunca decía otra misa sino de *Requiem* por las ánimas, que la sabía de coro. Privóle el obispo de decir misa por ignorancia, y apareciéronsele al obispo las almas del purgatorio amenazándole y reprendiéndole porque les había quitado su capellán. Mas ¿qué no alcanzará un sacerdote teniendo en las manos a Dios y diciendo las palabras que le dijo fray Juan de Bretaña, provincial, por un súbdito que se le había muerto de quien tenía revelación que estaba condenado a quince años de purgatorio: Señor, si yo pidiera ahora al Sóldán que librara del fuego a un hijo suyo a quien él amase en extremo ¿negaríamelo? pues ese fraile ¿no es vuestro hijo?, libradle, Señor, de las penas en que está. Y acabada la misa, se le apareció aquel alma muy resplandeciente que subía al cielo. Y la Virgen Nuestra Señora aconsejó a Santa Brígida, como ella cuenta en sus *Revelaciones,* que hiciese decir misas por Ulfo Guthmason, su marido, que estaba en el purgatorio, y habiéndolo hecho así, le vió ir al cielo. Son innumerables las historias de los ejemplos que en esto hay e inefable el valor de la misa.

Palabras de Fr. Juan de Bretaña.

§ 2.

De dónde le viene a la misa el valor de sacar almas del purgatorio.

Así como el Sacramento del Altar es el mismo Cristo en especie y forma de pan y vino, y tiene la misma omnipotencia, sabiduría y bondad que en el cielo; así el sacrificio de la misa tiene la virtud con vivos y difuntos que la pasión de Cristo, aunque sea dicha por un mal sacerdote, que a quien Dios da tanto poder que

con cinco palabras pueda transubstanciar el pan en cuerpo de Cristo, también le comunicará poder para que con la misa que dice, aplicada al alma del purgatorio, la pueda librar de las penas. Porque la misa es un sagrado convite, como dice la Iglesia, en el cual se recibe a Cristo y se celebra la memoria de su pasión, el alma se llena de gracia y se nos da prenda de la gloria futura. En la misa se ofrece Cristo a su Padre Eterno; pues ¿qué nos negará el Padre viendo el rostro afeado de su Hijo que le ponemos delante? En la misa se pone Cristo por medianero y abogado de los de esta vida y de los del purgatorio. La sangre suya que se da al Padre por dádiva, precio y rescate del alma por quien se dice es de inefable valor. Y el principal que hace aquel sacrificio es el mismo Cristo en cuyo nombre va el sacerdote como su mensajero y embajador; y no son de menos eficacia las palabras que un rey habla con otro en su propia persona, que las que le envía a decir por su embajador.

§ 3.

Quién son los que hacen el sufragio de la misa.

Pero veamos ahora quién es el que hace este sufragio de la misa a los difuntos. Dice Escoto bien en este caso que el principal que les da este sufragio es Cristo y también le da el sacerdote que celebra la misa; y el que la manda y hace celebrar por el difunto; y el que comulga en la misa y ofrece aquella comunión y misa; y también el que ayuda y sirve a la misa, como los que cantan en el coro y los que responden y dan las vinajeras, etc. Y todos los que oyen la misa y asisten en ella, aplicándola a sus difuntos, les envían sufragio, aunque el sacerdote la diga por intención de otro difunto. Finalmente, todos los que ofrecen a Dios las misas que se dicen en la Iglesia Católica y se alegran de que sea Dios glorificado con aquel sacrificio, envían sufragio de misas a sus difuntos, si se las ofrecen a ellos.

Cristo da el rescate del sufragio.
El sacerdote.
El que la hace decir.
Los que ayudan.
Los que la oyen.

§ 4.

Que todas las misas tienen valor.

Pero veamos ahora, ¿cualquier misa dicha por difuntos les aprovecha, aunque no sea de *Requiem* ni en altar privilegiado ni el sacerdote que la dice esté en gracia sino en pecado mortal? ¿No será mejor la misa cantada que la rezada? ¿y la ofrenda con vino y pan y con la pitanza y limosna que sin ello? A esto respondo, que cualquier misa, de cualquier manera que sea, dicha por difuntos, les aprovecha como sufragio en cuanto es misa y por ella se les aplica la pasión de Cristo. Pero la misa de *Requiem* tiene más; porque junta y añade al valor de la misa las oraciones y devoción de los circunstantes, que como oyen decir *Requiem eternam, etc.*, caen en la cuenta que se dice aquella misa por difuntos, y acuérdanse de ellos y los encomiendan a Dios.

Cualquier misa es buena.
Que añade la de Requiem.

En la misa que se dice en el altar privilegiado hay dos sufragios:

La del altar privilegiado.

La del buen sacerdote.

el uno de la misa y el otro de la indulgencia. En la que dice el sacerdote que está en gracia, demás de la pasión de Cristo que se aplica al difunto, se le añade el merecimiento particular del buen sacerdote. Porque el que está en pecado mortal, aunque no merece para su alma gracia, pero no estorba su pecado al valor de la misa Que si es la misma agua, aunque venga por arcaduces de oro o de barro, siempre tiene su valor. En la misa cantada se ofrece a Dios la gloria de aquella solemnidad, y en la misa ofrendada o con pitanza se añade a la misa el valor de la limosna; y así como si diesen para rescate de un cautivo un diamante sin engastar, que vale cien mil ducados, es buena limosna, mas si fuese engastado en oro y con perlas, el engaste no quita ni pone en el valor del diamante pero la que se da es joya de mayor precio. Léanse en este caso los doctores sobre el *IV de las Sentencias.*

La Misa cantada.

La ofrendada.

§ 5.

De las misas de San Gregorio, San Vicente Ferrer y Sta. Brígida.

Aunque todas las misas dichas por difuntos son de gran valor, hay algunas revelaciones y doctrinas de autores que dicen que algunas particulares son de mayor provecho que otras, como el treintenario de San Gregorio, las cuarenta y dos de San Vicente Ferrer, las veinte y ocho de Santa Brígida, las de San Amador, etc. Y porque sé que alguno gustará de saber cuáles son, quiérolas recopilar brevemente citando los autores de donde se coligen.

Misas de San Gregorio.

En un misal romano impreso en León el año de 1556, se contienen las de San Gregorio, que son de la Dominica primera de Adviento, del Nacimiento, de San Esteban, de San Juan Evangelista, de los Inocentes, de la Circuncisión, de los Reyes, de la Purificación, de la Septuagésima, del primer domingo de Cuaresma, de la Anunciación de Nuestra Señora, del Domingo de Ramos, de la Cena del Señor, de la Resurrección, de la Ascensión, del Espíritu Santo, de la Trinidad, del Santísimo Sacramento, de la Invención de la Cruz, de San Juan Bautista, de los apóstoles San Pedro y San Pablo, de la Visitación de Nuestra Señora, de la Transfiguración de Cristo, de la Asunción, de la Natividad de la Virgen, de la Exaltación de la Cruz, la de Todos los Santos, de la Concepción de Nuestra Señora, de los Angeles y la de *Requiem.* Estas son treinta, y son de las principales fiestas de todo el año y se llaman el treintenario de San Gregorio.

Misas de San Vicente Ferrer.

Léese en la historia de San Vicente Ferrer escrita por San Antonino de Florencia y Vincencio Justiniano, Fray Hernando del Castillo y otros autores y en las Bulas de su canonización, que este santo tuvo una hermana llamada Francisca; la cual, estando un día sola, fué forzada de un mal hombre y padeció ciertas torpezas feas que por vergüenza dejó de confesar mucho tiempo, cometiendo tan grave pecado como comulgar y confesar muchas veces en pecado mortal. Y el demonio la engañó apereciéndosele en figura de confesor con quien ella declaró toda su conciencia, y se confesó enteramente, mas no quedó absuelta porque el diablo no es confesor; pero por la contrición que tuvo cuando confesaba con el demonio, murió en estado de

gracia, aunque condenada a gravísimas y muy durables penas del purgatorio. Y por permisión divina se le apareció a su hermano San Vicente y le rogó dijese por ella estas cuarenta y dos misas. De la Santísima Trinidad tres; de las llagas de Nuestro Señor Jesucristo, cinco; de los gozos de la Virgen María, siete; de la Circuncisión del Señor, una; de San Joaquín y los patriarcas, tres; de San Juan Bautista y los profetas, tres; de los doce Apóstoles, cinco; del Domingo de Ramos con pasión, una; del miércoles de la Semana Santa con pasión, una; del Angel de la Guarda, una; de San Miguel Arcángel, una; de todos los Angeles, nueve; de los Mártires, una; de *Requiem* por todas las almas con particular conmemoración, una, que son por todas, cuarenta y dos, y dichas estas misas, se le tornó la misma alma a aparecérsele gloriosa diciéndole que por ellas subía al cielo.

Misas de Santa Brígida.

En el capítulo décimo del libro sexto de las *Revelaciones* de Santa Brígida se escribe que estando un alma de un gran príncipe condenada por mucho tiempo a gravísimas penas del purgatorio, fué revelado a esta Santa hiciese decir por él estas veintiocho misas. De las solemnidades de Cristo, nueve; de las nueve fiestas de la Virgen María, nueve; de los Angeles, nueve; de *Requiem* por los difuntos, una; y tuvo después revelación la Santa, que aquella alma descansaba en la gloria. Otras misas hay que se dicen por difuntos, pero basta haber particularizado éstas. Advirtiendo que no es necesario ser continuadas ni con cierto número de candelas como pensaban algunos. Antes creo que las misas más agradables a Dios y de mayor provecho para los difuntos son las que dice el sacerdote siguiendo lo que manda la Iglesia en sus calendarios; y así el día de Pascua, dígase misa de Resurrección por el difunto, que más le aprovechará que si fuese misa de *Requiem* (1).

CAPITULO III

Del sufragio de las indulgencias. Declárase qué sean y el tesoro de donde salen, quién las concede, quién las gana, cómo y a quién aprovechan y se han de aplicar.

§ 1.

Del tesoro de la Iglesia y de las Indulgencias.

Qué sea tesoro de la Iglesia.

Infinito tesoro tienen los hombres y los que de él se saben aprovechar son participantes de la amistad de Dios, dice el Espíritu Santo hablando del tesoro de la Iglesia (2). El lugar en que está depositado este tesoro es el pecho divino, donde se guardan todos los méritos de la pasión de Cristo, y de la Virgen María, y de todos los santos y de todos los justos de la tierra que no les aprovecharon a ellos para satisfacer por las culpas de sus pecados veniales ni por la pena de los mortales, perdonados con la penitencia, para salir del purgatorio; lo uno, porque no hicieron culpas, como Cristo y su Madre; lo otro, porque hicieron tanta penitencia y tan-

1 Véase la nota de la página 123. 2 Sap., VII, 14.

tas buenas obras mientras vivieron, que habiendo satisfecho por las penas que ellos debían, les sobró mucha parte de satisfacción que puede aprovechar a otros cuando se les aplica; y como ellos no han menester para sí aquella satisfacción, guárdala Dios en su tesoro, del cual se sacan los méritos, gracias y limosnas. Se llaman indulgencias y ganan los vivos para sí mismos o para sus muertos cuando cumplen la condición que pone el Papa para que las ganen.

Qué sea indulgencias.

Plenarias.

De estas indulgencias, unas son plenarias, que también se llaman jubileos plenísimos o absolución a culpa y pena, que es cuando se saca tanto valor del tesoro cuanto debía el alma para satisfacer por todas sus penas del purgatorio. Otras son por tiempo limitado, como cuando se ganan cien mil años de perdón, etc. Y este número de años se cuenta según el número de años que solía dar en penitencia antiguamente nuestra madre la Iglesia a los que pecaban; que por un pecado mortal solían dar siete años de penitencia, y la penitencia algunas veces era que un día de cada semana en esos siete años ayunasen. La cual pena, pesada y medida con la que se padece en el purgatorio, viene a ser de manera que quisiera más el alma ayunar cien mil años que padecer un día o una hora de aquel fuego. Y con esta doctrina se entiende que, aunque los papas concedan cien mil años de indulgencia, no se colige que el mundo haya de durar cien mil años, que cuando se acabare el mundo no habrá ya más almas que purgar. De esta manera lo entienden muchos autores, aunque a otros les parece que se ha de contar el tiempo que el alma ha de estar en el purgatorio.

Limitadas.

Cómo se entiende la multitud de años.

§ 2.

Quién concede las indulgencias.

El que concede las indulgencias por los muertos y tiene las llaves de este tesoro es el papa, vicario de Cristo, y puede sacar la cantidad y por las causas y condiciones que él quisiere, que por muchas riquezas que de allí saque, no se disminuye el tesoro pues es infinito. .

§ 3.

Quién gana indulgencias por difuntos.

Cómo ganan los vivos indulgencias para los muertos.

Así como si el rey diese a su mayordomo las llaves de su tesoro donde hay innumerables riquezas para rescatar cautivos, el mayordomo saca de allí dinero, cuanto quiere, y le da a mensajeros y redentores, poco o mucho, para uno o muchos cautivos; y sea quien fuere el redentor, pobre o rico, bueno o malo, si lleva el dinero del rey con las condiciones que el mayordomo le mande, y lo da al patrón del esclavo y el patrón se contenta, le manda dar carta de horro con que sale del cautiverio; así cuando el papa, que es mayordomo de Cristo, concede a cualquier cristiano que dijere tantas Avemarías y Padrenuestros, etc. por un alma del purgatorio, aunque aquél que la rescatara de las penas, como mensajero que lleva la limosna, esté en pecado mortal, si cumple lo que el Papa mandó, el alma del purgatorio a quien se aplica la indul-

gencia consigue la gracia, porque no sirve más que de mensajero y redentor el vivo que la aplica (1). No es necesario que tenga propio merecimiento, pues que el precio que lleva al difunto para su rescate no es del valor de las obras propias del vivo que gana la indulgencia por el muerto, sino del valor de la pasión de Cristo y de los demás santos que estaba atesorado.

§ 4.

Que es bien ganar indulgencias por las almas en común.

Pregúntase ¿si el que gana indulgencias por todas las almas del purgatorio en común aprovecha a todas las que están en el purgatorio? ¿y si se pueden ganar indulgencias por una en particular? ¿y si cuando se aplican las indulgencias a particular alma, aprovecha a las demás almas que en el purgatorio quedan? Respondo cuanto a lo primero, que es muy bien hecho ganar indulgencias por todas las almas en común, remitiendo a Nuestro Señor que aplique el valor de aquella indulgencia a las almas que le pareciere. Y así nuestra madre la Iglesia cada año celebra un día de finados, que es un día después del de Todos los Santos, donde ruega por todas las almas del purgatorio en común, como si un rey enviase mucha suma de rescate al patrón que tiene muchos de los de su reino cautivos, confiándose de él y remitiéndole que repartirá aquella suma de dineros entre todos los cautivos que tiene, o que rescatará los que él tuviere por bien conforme al dinero que le envía.

§ 5.

Que se ganan indulgencias por particulares almas.

Lo segundo, que se pueden ganar y ganan indulgencias por particulares almas del purgatorio. Y esto se colige de una bula del papa Pascual I, en que declara que el que visitare la capilla de San Zenón, que está en Santa Práxedes, de Roma, por su padre o por su madre o por otra persona en particular la saque del purgatorio. Lo mismo declara el papa Alejandro VI y Clemente VII, hablando de la indulgencia del jubileo. Pero pregúntase ¿si la indulgencia que se aplica a solo el padre o a sola la madre aprovecha a las otras almas del purgatorio? A esto respondo que la indulgencia aprovecha a todas para gozo y contento, porque como están en caridad y unidas en amor como hermanos, del bien que a una se hace redunda en todas las otras gozo y contento, como se alegra un hermano, aunque quede cautivo, de ver salir libre a otro su hermano que lo estaba. Mas en cuanto a la satisfacción de la pena para salir del purgatorio, solamente aprovecha a aquella particular alma por quien se gana la indulgencia.

Bula del papa Pascual I.

Alejandro VI y Clemente VII.

---

1 Es más probable entre los autores que para ganarlas es necesario el estado de gracia.

§ 6.

Cómo aprovecha la indulgencia si el alma por quien se hace no está en el purgatorio.

Pregúntase si el alma por quien se gana la indulgencia o cualquier otro sufragio está en el cielo o en el infierno y no en el purgatorio ¿qué se hace de aquel valor y rescate que por ella envían los vivos? Respondo que no se pierde, sino que Dios, que es justísimo Padre de las almas de vivos y difuntos, aplica aquel sufragio a otra alma de algún más pariente o más allegada del que hace el sufragio o le reparte conforme a su voluntad, como arriba decimos.

CAPITULO IV

Del sufragio de la oración que hacen los santos del cielo y toda la Iglesia militante y los fieles vivos por las almas de sus difuntos.

§ 1.

De la oración que hacen los santos y principalmente las de la Virgen Nuestra Señora.

Cualquier cosa, dice el Señor, que pidiereis al Padre Eterno en mi nombre, creed que lo alcanzaréis y os lo dará (1). Porque es grande la fuerza que tiene la oración para con Dios, y si aprovecha para alcanzar gracia y librar de peligros a los vivos, ¿por qué no hemos de pensar que alcanza gloria y libra de penas del purgatorio a los difuntos? Tres maneras hay de oraciones por los difuntos. La primera, la que hacen los santos que están en el cielo, y de estas escribe Santa Brígida estas palabras: Por las oraciones de la Virgen María los demonios dejan las almas que tienen engarrafadas, así como las aves de rapiña dejan la presa que tienen en las uñas cuando las espantan, y las penas del purgatorio se mitigan y los ángeles las consuelan, y finalmente, por estas oraciones salen almas del purgatorio.

Oración de los Santos del cielo.

§ 2.

De las oraciones de la Iglesia, oficios divinos y responsos que se hacen por los muertos.

Cuánto importan las oraciones del enterramiento.

La segunda manera de oración es los oficios funerales, como las exequias y responsos que se hacen en los enterramientos, honras, aniversarios y memorias de los muertos. Que entonces los clérigos que cantan o rezan el oficio hacen oración en nombre y en persona de toda la Iglesia. Y por esta causa, aunque no estén en gracia de Dios los clérigos que cantan, aprovecha esta oración a los muertos porque mira Dios las lágrimas, deseos y oraciones de su esposa la Iglesia, madre de aquel difunto, así como Cristo resucitó

1 Matth., XVIII, 19.

al hijo de la viuda de Nain movido a misericordia por las lágrimas de su madre (1). La cual Iglesia, señora nuestra, tiene por ministros los sacerdotes que dicen los oficios de muertos. Y así acaece estar algunos en purgatorio a causa de no haberse enterrado sus cuerpos y faltarles este sufragio que se hace en el oficio de la sepultura. Como se vió en lo que refirió Constantino, presbítero, y escribe Surio en la Vida de San Germán, obispo. Dice, pues, este autor que morando este santo en una casa espantosa, se le apareció un fantasma de noche y le llevó a un lugar escondido donde estaban los huesos suyos y de un su compañero a quien habían muerto ladrones, y le rogó los hiciesen enterrar con solemnidad y oficio de difuntos; y hechas estas exequias, le apareció diciendo que ya habían salido del purgatorio.

§ 3.

De las particulares oraciones que hacen los vivos por las ánimas del purgatorio.

La tercera manera de oraciones es las que los particulares siervos de Dios vivos hacen por las ánimas de sus muertos, como lo que cuenta San Gregorio de Pascasio diácono, que en Roma se apareció a Germano, obispo de Capua, diciéndole que por sus oraciones era libre del purgatorio: lo mismo cuenta el mismo santo que acaeció a Justo, monje, por quien rogó Copioso. Y del señor de un baño cuenta también que se apareció a un santo sacerdote que se iba a bañar, y dándole el sacerdote tres panes en recompensa de que le servía bien cuando se bañaba otras veces pensando que era persona viva el alma de aquel señor del baño que se le apareció, le dijo que no comía él ni quería aquel pan sino sus oraciones, que rogase a Dios por él, y si cuando volviese otra vez al baño no le hallase allí, entendiese que ya su alma descansaba y era libre de las penas del purgatorio. Cuenta Serafino Razi que un obispo estando en oración vió un niño que pescaba en un gran lago con una caña y anzuelo de oro y sacaba una doncella muy hermosa fuera del agua. Y otro dia entrando en su Iglesia, vió con sus ojos al mismo niño que estaba rezando delante de un altar; preguntóle qué hacía. Respondió el niño, que estaba rezando un Padrenuestro y un *Miserere* por el alma de su madre que había poco era muerta.

El que quisiere bien el alma de su difunto, encomiéndele a Dios rezándole los oficios de la Iglesia, rosarios y otras oraciones con que supliquen al Señor perdone aquella alma, en que mostrará más amor que en derramar muchas lágrimas, dar muchos suspiros y voces; no le acaezca lo que a una madre que tenía sólo un hijo y habiéndosele muerto, le apareció el hijo con una ropa larga de una gran falda llena de agua y delante de él muchos mancebos hermosos y muy resplandecientes a quien él seguía y procuraba alcanzar, pero no podía caminar; volvió hacia su madre y le dijo: Dios os lo perdone, madre, que el agua de vuestras lágrimas me detiene que no

---

1 Luc., VII, 11-15.

alcance yo a mis compañeros que van a la gloria. Si el tiempo que gastais en llorar, gastaseis en rezar por mí, con vuestras oraciones estuviera yo en el cielo.

CAPITULO V

Del sufragio de las limosnas que los vivos hacen por los muertos y las ofrendas que se llevan a la Iglesia y gastos de los enterramientos.

§ 1.

En el libro de los Macabeos se cuenta que el fortísimo capitán Judas, habiendo recogido entre sus soldados doce mil dragmas de plata, las envió a Jerusalén para ofrecer en sacrificio por las almas de los difuntos que habían muerto en cierta batalla (1), porque viniendo a sepultar sus cuerpos les hallaron dineros que según la ley no podían los judíos llevar. Y así, dice el texto, que es cosa justa y buena hacer sacrificio por las almas y ofrecer por ellas limosnas. Pero, según refiere Santo Tomás, no se ha de hacer la limosna de hacienda mal ganada y ajena, sino de la del propio difunto que él dejó mandado se diese de limosna o de la del vivo que la quiere ofrecer para hacer bien al muerto. Aconsejó Tobías el viejo a su hijo que llevase su pan y su vino sobre la sepultura del justo (2). Dice: Lleva tu pan porque no ha de ser ajeno ni mal ganado, y en estas palabras se entienden las ofrendas que ahora se llevan a la iglesia de pan y vino sobre las sepulturas de los muertos, que a los muertos les aprovechan en el purgatorio para aliviarles o sacarles de la pena y los vivos merecen gracia. En señal de lo cual se lee que estando un buen hombre rompiendo peñas en una cantera, cayóse la peña, pero no le mató, porque se quedó metido en una concavidad y hueco que él había hecho cavando. Su mujer, pensando que era muerto, llevaba cada día pan y vino a la iglesia por ofrenda de su alma, y al cabo de muchos días que por hallar el cuerpo quitaron las piedras, le hallaron vivo y sano, y preguntándole ¿qué había comido en todo aquel tiempo?, respondió: que cada día a tal hora le traían un pan y un jarro de vino con que se sustentaba, que pareció ser la misma ofrenda que se llevaba por él a la iglesia, y es señal que la limosna que se da por el difunto, aprovecha a los que están en el purgatorio.

§ 2.

De las sepulturas.

Los herejes y muchos ignorantes murmuran de la suntuosidad, aparato y gastos que se hacen en algunos enterramientos pareciéndoles que todo aquello es vanidad y gasto superfluo y sin fruto. A los cuales respondemos que, dejando aparte las razones que hay para

---

1 II Machab., XII, 43. 2 Tob., IV, 18.

honrar un cuerpo que ha sido morada de una criatura tan excelente como el alma racional y otras muchas que traen los autores cuando tratan de las sepulturas, los dineros que en esto se gastan, por la mayor parte son limosnas de la hacienda del difunto o de quien por caridad o parentesco le quiere enterrar, que les aprovecha para salir su ánima del purgatorio. Limosna es y sufragio el dinero que se da a los clérigos y frailes que acompañan el cuerpo y celebran los oficios, pues que de estas limosnas comen, pues que sirven al altar. Limosna es el vestido que se da a los pobres que llevan las hachas, y mientras más pobres se visten, más limosna se hace. Limosna es lo que se da por la sepultura o capilla para la fábrica de la iglesia con que redunda honra, y gloria de Dios. Y finalmente a los sepultureros, sacristanes, celebreros y a los demás que trabajan en los enterramientos. Limosna se les hace en lo que se les da, aunque parezca que el premio exceda al trabajo que ponen. Limosna es lo que se da por las misas y oficios que, demás del valor que tienen por ser otros sufragios, aprovechan en cuanto limosnas. Y también las rentas eclesiásticas y capellanías que se instituyen por las ánimas son muy aceptas limosnas.

Aconsejaría yo al que está para morir que, cuando hace su testamento y manda se entierre su cuerpo con solemnidad y pompa, no ponga los ojos en la honra del mundo ni en el qué dirán los parientes y amigos o enemigos si no manda como ellos quieren ni que se use, sino que toda su intención sea hacer limosna y dar por amor de Dios aquel dinero que se gastare en el entierro, pues así como así se ha de gastar, y verán cuán gran fruto hallan en el purgatorio de seguir este consejo. Qué ha de hacer el que muere.

CAPITULO VI

Del sufragio de las penitencias y asperezas y buenas obras.

§ 1.

De las penitencias y asperezas.

Cuenta Pedro Damiano, cardenal camaldulense, que habiendo un fraile cometido un gravísimo pecado por el cual le impusieron mucha penitencia, rogó a otro su compañero le ayudase a cumplirla. El compañero se lo prometió, pero antes que la cumpliese se murió el que rogó al compañero; y aparecióseIe ardiendo y con gravísimas penas y quejándose de él porque había dejado de cumplir la penitencia que le prometió de hacer por él, pensando que después de su muerte no le aprovecharía, y le dijo que mientras no la cumpliese, no saldría del purgatorio. También se lee que habiendo un amigo sabido que otro su amigo había hecho un grave pecado y se había muerto sin hacer de él penitencia, se fué a un confesor docto pidiéndole qué penitencia merecía tal pecado y cumpliólа. Aparecióseie el amigo dándole gracias por haber salido del purgatorio mediante la penitencia que había hecho en su nombre. Por las penitencias que por algunas almas de difuntos hizo la gloriosa santa

Brígida se le revelaron libres del purgatorio. Y ha sido y es muy ordinario en personas santas y muy espirituales rogar a Dios que les dé en este mundo grandes dolores y trabajos por penitencia en bien de algunas almas del purgatorio, o ponerse cilicios, hacer ayunos, disciplinas y otras grandes asperezas en nombre de sus difuntos, mediante las cuales sus ánimas son libres de las penas. Y porque de esto hay muchos ejemplos e historias, no me quiero detener más en este sufragio.

La penitencia del vivo no satisface condigno por el muerto.

Solamente advierto que la penitencia que hace un vivo por el difunto no satisface de condigno sino de congruo, supuesto que Dios la quiera aceptar. Así como si un juez hubiese condenado a un ladrón a galeras, y el hermano o hijo de aquél ladrón se ofreciese de ir a remar porque libren a su hermano o padre, o estando ya el ladrón en galera se ofreciese de sufrir la pena de su padre; en mano del juez está aceptar este trueque, que no está obligado a rescatar de la galera al ladrón. Mas puede tener confianza el hijo que le soltará el juez a su padre aceptando la pena que por él ofrece, agradándole la voluntad con que se le ofrece. Y así es muy buen consejo para el vivo que quiso bien al muerto, que se vaya delante del Señor y le ruegue acepte sus ayunos, disciplinas y cilicios por su difunto, y las haga en su nombre como el difunto las había de hacer, porque le agrada mucho a Dios esta penitencia fundada en la caridad, y puede esperar que por ella sacará de las penas de purgatorio al muerto. Y muy cierto es que por ellas se le aumentará al vivo la gracia y gloria. Porque este sufragio ha de hacer el que estuviere en gracia de Dios, pues le hace en su propio nombre y no en nombre de toda la Iglesia que llaman *ex opere operantis*, y así ha de llevar merecimiento propio; y el que está en pecado mortal, ni merece gloria ni su penitencia mientras no se convirtiere a Dios aprovecha al difunto.

Buen consejo.

Que el que hiciere sufragio ha de estar en estado de gracia.

§ 2.

De las buenas obras.

Hemos escrito arriba que todas las obras buenas del que está en gracia de Dios tienen cuatro maneras de merecimiento, conviene a saber, mérito de condigno, mérito de congruo, impetración y satisfacción que llamábamos salario, mercedes, favor y descuento de deudas. Y así como el criado que sirve bien a su rey, no puede dar a otro el salario que lleva para sustento de su persona porque ha de comer y vestir de ello, pero puede decir al rey: Señor, las mercedes y el favor que me habíais de hacer a mí, de más de mi salario, y la suma que se había de descontar de lo que yo debo, hacedlas a mi hermano y descuéntese de lo que él os debe, que yo me quiero quedar obligado a pagar enteramente mi deuda; de la misma manera puede el alma tratar con Dios, que las mercedes y favores que le había de hacer en esta vida y lo que se había de descontar de la pena que merecían sus pecados, se las haga en sacar el alma de su hermano de purgatorio, y se vaya descontando de las penas que el muerto padece lo que se había de descontar de las del vivo, que el

vivo se contenta de pagar en esta vida o en el purgatorio toda su deuda entera, como el Señor lo ordenare. Esta manera de traspasar las mercedes, favor y descuento que el vivo merecía en el hermano difunto, es el sufragio que se llama de las buenas obras.

Y el vivo no pierde nada en hacer este trueque, porque Dios es tan bueno, tan misericordioso, tan rico y tan liberal, que en pago de aquella limosna de las buenas obras que el vivo hace por el alma del muerto, aumenta la gracia y merecimiento de condigno en el vivo, y le cobra más amor, con que le hará más mercedes y favores y le descontará mucho de la pena por lo que merece con aquel acto de caridad, y el vivo puede ganar indulgencias por sí que le sean de provecho, pues queda en la vida, con que restaurará lo que dió al difunto.

Cómo gana el que da sus obras por el muerto.

Cuenta Santa Brígida que estando un hijo suyo, llamado Carlos, en el purgatorio, las buenas obras que hacía se las aplicaba, con que le vió salir libre. También dice que un gran príncipe de su tierra que toda la vida había vivido muy mal, se salvó por un flaco acto de contrición que tuvo a la hora de su muerte, y vió la santa que su alma vino a juicio delante de Cristo, y que el Juez la condenó a estar en el purgatorio hasta el fin del mundo, si no hubiese vivos que le aplicasen sus buenas obras para su remedio, y de aquí tomó la misma santa cuidado de aplicarle el merecimiento de sus obras, si alguno fuese.

§ 3.

Cuánto importa que el vivo se ponga en gracia para hacer buenas obras.

Es muy buen consejo para quien quiere bien a su difunto, luego que sabe que ha expirado, confesarse y procurar ponerse en estado de gracia para que las buenas obras que de allí adelante por él hiciere, mudando nueva vida, le aprovechen al difunto para salir del purgatorio, que vale esto mucho más que llorar, dar gritos y hacer alharacas y demostraciones de gran sentimiento que hacen algunos por el tierno amor que tienen y otros por cumplir con la gente.

CAPITULO VII

Del sufragio que los vivos hacen cumpliendo los testamentos y obligaciones a que los muertos estaban obligados.

§ 1.

Hay un gran engaño de muchos que piensan que, si un muerto tenía alguna deuda de honra o hacienda, no podrá salir del purgatorio hasta que sus herederos paguen aquella deuda. No sería justicia que si un gran siervo de Dios murió debiendo cien ducados, y no pudiendo pagar en vida, dejase en su testamento mandado a sus herederos los pagasen después de su muerte, y viniendo después la hacienda a menos de manera que fuese imposible pagarlos hasta el

Declárase un engaño que muchos tienen.

fin del mundo, pensar que esta tal alma todo este tiempo pene en el purgatorio. Porque la pena que allí se padece es por las culpas veniales o por las faltas de penitencia de las mortales, y este siervo de Dios ni pecó mortal ni venialmente no pagando los cien ducados que en vida debía, que no pudo más, ni sus herederos tienen culpa, y aunque la tuviesen pudiendo pagar y no queriendo, no ha de pagar el muerto por la culpa de los herederos vivos: y así, aunque aquella deuda no se pague, saldrá su alma del purgatorio por lo que satisficiere por otras obras o por otros sufragios. Los herederos culpados pagarán la pena que merecen de no satisfacer lo que se debe quedando ellos obligados a pagar.

Pues siendo esto así, ¿cómo se entienden innumerables historias de apariciones de muertos que han rogado a los vivos satisfagan sus deudas y cumplan las mandas de sus testamentos, y les han avisado que mientras aquello no se cumpliere, no saldrán del purgatorio sus almas? Quiero para esto contar sola una historia que escribe Bernardo Arluno, y es que a unos mercaderes que caminaban por Francia, se les apareció un hombre de gran estatura diciendo que era Galeazo Esforcia, y dióles una carta que diesen a Ludovico Esforcia, duque de Milán, en que le escribía que pagase por él tres mil escudos que quedó debiendo a cierta persona, y que mientras no los pagase, no saldría su alma del purgatorio; y de estas apariciones hay escritas muchas. A esto se responde que este Galeazo penaba en purgatorio por no haber hecho entera satisfacción de la culpa que había tenido en descuidarse de pagar aquellos tres mil escudos; de donde Dios había determinado sacarle por el sufragio de aquella limosna y había dado licencia que su alma o su ángel bueno en su figura solicitasen aquella limosna, porque en la otra vida ni hay merecimiento de nuevas buenas obras ni perdón de nuevas culpas; y así los que penan porque sus herederos no pagan sus deudas, la pena se les da por la culpa que ellos tuvieron en no pagarlas cuando vivían pudiendo, o por la que cometieron en el descuido y negligencia o amor propio de nombrar por testamentarios hombres flojos y negligentes; y el sufragio que quiere Dios por satisfacción de esta culpa es la obra que han de hacer sus herederos o testamentarios pagando las deudas.

Por qué penan en el purgatorio los que no restituyeron lo que debían.

De aquí se sigue cuán grave pecado cometan los herederos y testamentarios en dejar de cumplir el testamento. Porque faltan de la obligación que tienen por haber aceptado el ser testamentarios; roban la hacienda que dejó el muerto a sus acreedores y hacen agravio al alma del difunto, si Dios tiene señalado por sufragio para que ella salga del purgatorio aquel medio y limosna.

El pecado de los herederos y testamentarios.

El mismo pecado cometen los escribanos que esconden, cancelan o falsifican los testamentos y otras cualesquier escrituras, de que viene agravio a tercera persona. Como lo que cuenta Martín del Río, que aconteció en un lugar de Ficinio, llamado Correto, el año de 1601, que estaban enterrando un escribano, y cuando le hacían el oficio alzó la cabeza del ataud diciendo que estaba condenado a los infiernos por haber escondido cierta escritura de testamento.

Pecado de los escribanos.

Y de la misma manera que hablamos de la restitución de ha-

cienda, se entiende en el cumplimiento de los votos que el difunto había hecho, como lo que acaeció en Holanda el año de 1610, que se apareció el alma de un holandés católico a un hermano suyo, también católico, diciendo que cumpliese en su nombre un voto que había hecho de romería a Santiago de Galicia, y allí hiciese decir ciertas misas; hízolo el hermano y aparecióselе después el difunto libre del purgatorio. Caso notable.

El año 1613 se entró fraile dominico en Bruselas un mancebo a quien se le aparecía muchas veces su padre difunto, y una de ellas le rogó fuese a Nuestra Señora de Laken y rezase allí ciertas oraciones y se dijesen ciertas misas, y como se hiciese se le tornó a parecer glorificado. Y este año de 1614 acaeció en Amberes otro tanto con uno que se murió en Holanda y se apareció a un hermano suyo, diciéndole que fuese a Nuestra Señora de Sichen y allí hiciese decir ciertas misas, y habiéndolo hecho el hermano se le apareció glorioso. De estos dos casos soy yo testigo porque he hablado con los mismos que fueron a Laken y a Sichen, y por ocasión de ello he escrito un tratado del modo con que se han de examinar estas apariciones ser falsas o verdaderas. Todos estos ejemplos y otros muchos que hay persuaden que para que salga un alma del purgatorio, ordena Dios por sufragio las misas, limosnas, romerías, y otras buenas obras que los vivos pueden hacer por los difuntos.

Es muy buen consejo para los que quisieren que les vaya bien en el purgatorio que mientras viven paguen sus deudas, cumplan sus votos y digan por sus almas las misas que han de dejar en su testamento para después de su muerte no se confiando de herederos ni testamentarios, que muchas veces se olvidan de los difuntos.

SEPTIMA PARTE

DE LAS SIETE CONDICIONES QUE HA DE TENER EL QUE AYUDARE A BIEN MORIR Y ALGUNOS AVISOS QUE HA DE GUARDAR PARA HACER ESTE OFICIO COMO CONVIENE.

INTRODUCCION

Quién sean los que ayudan a bien morir y sus siete condiciones.

Son los sacerdotes y maestros de espíritu, según refiere Clemente Alejandrino, médicos de las almas, y como dice San Basilio, guías que les han de acompañar en el camino del cielo. Sal de la tierra, luz del mundo y candelas encendidas (1) los llama Cristo. Y pues en ningún tiempo tienen las almas mayor necesidad de medicina, guía y luz que cuando quieren salir de las carnes para caminar al cielo, y se hallan en tanta oscuridad y con tanta enfermedad, flaqueza y accidentes de tentaciones como a la hora de la muerte, para negocio tan importante y grave conviene que el que ayudare

1 Matth., V, 13, 14.

Las siete condiciones del que ayuda a bien morir.

a bien morir sea varón sabio, virtuoso, discreto, diligente, bien querido del enfermo, recatado y eficaz en sus consejos, principalmente para el cumplimiento de las obligaciones del enfermo, porque no se condene el que muere y pierda el camino de la salvación al tiempo del expirar. Considerando la importancia de este oficio, los papas Clemente VIII y Gregorio XIII instituyeron en Roma una Congregación en la iglesia que llaman de la Magdalena para padres y hermanos que no entendiesen en otro oficio, porque estuviesen bien experimentados y lo supiesen hacer perfectamente. Que, según dice Platón y Séneca, referidos por Antonio el griego, así como ningún cuidado se iguala al de la muerte, así se ha de poner muy grande en buscar para ella ayudante cual conviene. Donde no hay esta Congregación y se hubiere de buscar quien ayude, ahora sea religioso o seglar, sacerdote o lego, hombre o mujer, que no todas veces se halla quien ayude, para que sepa lo que ha de hacer en honra y gloria de Dios me pareció escribir los siete avisos siguientes:

Institución de la hermandad para ayudar a bien morir.

Primer aviso que lean y sepan buenos libros.

CAPITULO PRIMERO

De la doctrina y sabiduría que ha de tener el que ayuda a bien morir y que lea buenos libros que traten de esto.

El ayudante a bien morir estudie y sepa lo que ha de hacer, pues, como dice San Gregorio, es arte de las artes el gobirno de las almas, y temerario quien la toma sin ciencia ni sabiduría, especialmente regirlas y gobernarlas en tiempo tan dificultoso como el de la muerte. Si se busca el mejor médico que se puede hallar para conservar la vida, y cuando el enfermo está más peligroso se llaman los que más sepan para consulta de la salud con la medicina corporal ¿por qué no se llamarán y consultarán los mejores maestros de almas, a quien Filón y Sócrates llama médicos, para la salud espiritual y conseguir la vida eterna y librar de la muerte para siempre? Aristodemo compara al que ayuda a bien morir al arraez del navío, que si no sabe bien gobernar el timón, mirar los rumbos y conocer los vientos, dará al traste con la navegación del alma. Si en tiempo de la vida se busca el confesor más docto y leído, al tiempo de la muerte, donde es necesario saber mucho para que el enfermo haga buen testamento y se libre de los lazos y tentaciones del demonio ¿por qué no se buscará el más docto que se hallare y más leído en teología y casos de conciencia, y principalmente en los libros que tratan del arte de bien morir, como Polanco, Taulero, fray Agustín de Aversa y otros de los que hemos citado?

CAPITULO II

De la virtud y devoción que ha menester el que ayuda a bien morir y que es bien se confiese y ponga en gracia antes que vaya a la casa del enfermo.

No basta la sabiduría para este oficio, que es menester se acompañe con la virtud, bondad y devoción; pues, como dice San

Agustín: La ciencia se desprecia de aquel cuya vida es tenida en poco. Y así como Dios es fuente de la sabiduría, lo es de la bondad. Y el que en su lugar estuviere para ayudar a salvar almas, oficio de Cristo, Salvador del mundo, conviene que sea sabio y bueno. ¿Cómo temerán los demonios en la batalla al padrino que trae el agonizante para que le ayude a pelear, si este padrino es amigo del mismo demonio? ¿Cómo sabrá plantar en la tierra de otras almas y labrar bien las conciencias de los que mueren, que según Jeremías y San Gregorio Nacianceno, los que tratan almas son labradores, cuando son tan malos que la propia tierra de su conciencia tienen llena de espinas y abrojos? Mil veces ha acaecido, mirando Dios la virtud y devoción del que ayuda a bien morir, mover a verdadera penitencia y arrepentimiento con que se salva el que muere. Ninguna virtud ha de faltar al ayudante de bien morir para ser cual conviene. Que menester ha amor de Dios para asistir con buena intención, celo de la salvación de almas, fe y confianza fervorosa para hacer fruto, fortaleza y justicia para resistir al demonio y encaminar con rectitud las cosas del enfermo y mucha paciencia para sufrir tan gran trabajo espiritual y temporal como allí se padece. Es muy buen aviso que, antes que vaya donde está el enfermo, se confiese y pida muy de veras a Dios le dé la virtud que ha menester para hacer bien oficio tan importante.

Segundo aviso.

CAPITULO III

De la prudencia y discreción que ha menester el que ayuda a bien morir y los avisos para dar a cada uno su doctrina y usar de diversas consideraciones para las diversas maneras que hay de muertos, y los diversos modos y estilos con que ha de persuadir una misma doctrina.

La prudencia, según dice Filón, es el principio y fundamento de todas las acciones humanas acompañada con la ciencia, virtud y sinceridad de ánimo, que por esa razón aconseja el Señor que seamos prudentes como serpientes y sencillos como palomas (1). Sabe la serpiente guardar su cabeza aunque reciba heridas en todo el cuerpo. Nuestra cabeza es Cristo, y la cabeza, principio y fin de todas nuestras buenas obras es la caridad de Dios y del prójimo. A este fin hemos de enderezar todo lo que hacemos y decimos. Y así el que ayuda a bien morir ha de procurar sobre todo guiar el alma a Cristo, su cabeza, y ponerla en caridad. A este fin se va y camina por muchos medios, y así como hay muchos y diversos miembros en el cuerpo de una sola cabeza, así hay muchos estados de hombres y muchas maneras de muertes que es menester considerar para acudir en cada una y a cada uno con diverso remedio. Que, como dicen los dos Gregorios, el Magno y el Nacianceno, en aplicar diversas medicinas espirituales a diversos estados de al-

1 Matth., X, 16.

mas consiste toda esta divina medicina de la salvación. Siete maneras hay de almas como tocamos algo en lo de la agonía: la primera, siervos de Dios ejercitados en oración y espíritu; la segunda, grandes pecadores así de pecados ocultos como manifiestos y los que mueren actualmente pecando; la tercera, hombres pusilánimes y de poca confianza; la cuarta, hombres muy confiados de sí e inconsiderados del peligro en que están; la quinta, hombres tristes y melancólicos; la sexta, hombres ignorantes y flacos en la luz interior; finalmente, hombres flacos en la fe y que en algún tiempo han resbalado de ella. El aviso necesario para quien va a ayudar a bien morir es, si no conoce el humor y calidad de la persona para quien le llaman, informarse primero quién sea, y si no halla de quién se pueda informar, preguntarle algunas cosas al principio que le hablare con que le tome el pulso de la condición que tiene.

Siete maneras de almas.

Tercer aviso.

Cuarto aviso.

A los siervos de Dios ejercitados en oración y espíritu, ayúdeles con algunos salmos o palabras de Escritura que más les muevan, y pregúnteles los pasos y misterios en que han tenido más devoción viviendo, y haga fuerza en aquel misterio procurando que cuando agonizaren lleven levantado el corazón a Dios y puesto en su presencia y mueran en el mismo acto de amor de Dios con que entraron en la agonía, que esta manera de muerte es muy segura y perfecta. A los malos y pecadores procure mover a contrición, que con ésta se salvarán y sin ella cualquier otra virtud es de muy poco provecho. Que hay algunos que sin acordarse de sus pecados ni arrepentirse mueren con sola la confianza y ánimo. Y aunque aquella confianza sea buena para otra sazón, como el alma no va pura, se hallan condenados con el pecado mortal en que murieron.

A los pusilánimes y flacos anímeles con el valor de la pasión de Cristo y su infinita misericordia, porque agonizando no vengan a desesperación. A los muy confiados de sus obras déles a entender el estrecho juicio de Dios, porque entren con el temor al arrepentimiento y no vengan a dar en la vanagloria o vana confianza con que se pierdan. A los temerosos pónganles delante para darles ánimo las muchas ayudas y favores que tendrán de Dios, si le llaman, y de la Virgen María y de los santos, que no desean otra cosa sino su salvación. Si es ignorante y rústico el que muere, no se canse en traerle doctrinas y sutilezas, sino que de la manera que pudiere, aunque sea diciendo con la boca creo en Dios, espero en Dios, amo a Dios, pésame de haber ofendido a Dios, responda a todos los pensamientos que le vinieron buenos o malos. Finalmente, si ve que el que muere está flaco y dudoso en la fe y en otro tiempo ha faltado de ella, no se meta con él en disputas ni en escudriñar particulares artículos de la fe, sino con razones universales y palabras de la Sagrada Escritura procure fortificarle en ella para que muera creyendo, que no querrá otra cosa el demonio para pelear contra la fe con más fuerza sino los argumentos del ayudante.

Siete maneras de muertes.

Siete maneras hay de muertes: la primera, de los que han tenido larga enfermedad y mueren hablando sin grandes dolores, como los héticos; la segunda, los que mueren con grandes dolores; la tercera, los que mueren de súbito; la cuarta, los que mueren por justicia; la

quinta, los que mueren en las guerras; la sexta, los que ya están muriendo con los ojos quebrados, sin ver, pero tienen oído y sentido con que entienden lo que se les dice, o aunque vean, no pueden hablar. Finalmente, los que están ya agonizando y sin ningún sentido, los ojos quebrados, el pecho levantado, etc.

Es importantísimo aviso que el que ayuda a bien morir se haya diversamente con cada uno de éstos. Con el que muere hablando, puédele ayudar diciendo las mismas palabras que será bien que diga el que muere, y que entrambos a dos hagan aquellos actos, o diciéndole lo que ha de hacer y pensar cuando muere. Al que está con tan grandes dolores que no le dejan pensar en otra cosa sino en lo que padece, aconséjele que ofrezca los dolores a Dios por penitencia de sus pecados, y tome en la boca algunas palabras buenas para quejarse como: Jesús, sea por amor de Dios, gloria a Dios, etc. Y persuádale que, cuando estuviere sin sentido agonizando, no dejo estas palabras de su boca. Al que muriere de súbito, si tuviere algún breve tiempo en que conociere, oyere o viere, no lo gaste en otra cosa que en moverle a contrición de sus pecados, por señas si no oye, o de palabras, si le oyere. Que hay algunos que les parece que basta pedir a Dios misericordia y piensan que sin penitencia o contrición aprovecha para salvarse la esperanza o cualquier otra virtud; y así cuando dieren a alguno una estocada, en lugar de decirle encomendaos a Dios, como algunos hacen, dígale: péseos de haber ofendido a Dios; que si tuviere tiempo de absolverle, por pequeña que sea este pesar, aunque sea sola atrición, se salvará con la absolución sacramental de la confesión, y podrá ser que sea contrición verdadera, con que aunque no se confiese no teniendo con quién, como acaece muchas veces, se irá al cielo. Cuando le llamaren para acompañar a uno que llevan a ahorcar o a degollar o padecer por justicia cualquiera manera de muerte, procure lo primero ponerle en estado de gracia haciendo una buena confesión, y sería bien que fuese general de toda la vida, especialmente en hombres que viven sin cuidado de sus almas y que de sus confesiones pasadas puede haber duda si han sido bien hechas. Quinto aviso.

Demás de esto, aconséjele y persuádale con muchas veras que perdone al juez, testigos, fiscales y acusadores que son causa de su sentencia, que el demonio suele hacer gran fuerza en la tentación del rencor contra ellos. Y finalmente, haga cuanto pudiere en persuadirles que reciban aquella muerte por penitencia de los pecados de toda la vida, y aún se le pueden poner en la confesión, porque sea más meritoria. Y que ofrezca a Dios la vida como por presente y dádiva, que es lo sumo que se puede dar a un amigo, pues no hay, como dice el Señor, mayor caridad que la del que da la vida por sus amigos (1). Y que haga cuenta que está libre y por sólo agradar a Dios quiere recibir aquella muerte como si fuese el martirio, acordándose e imitando las muertes que los mártires padecieron por Cristo. Y si le viere puesto en este acto heróico de martirio, váyale diciendo algunas palabras de las que dijeron los már-

1 Joan., XV, 13.

tires cuando morían para que no se distraiga en otros pensamientos. A los que en guerra justa salen a pelear en asaltos u ocasión peligrosa, anímeles con el gran bien que es defender la fe e Iglesia Católica, y procure que con esta intención se ofrezcan a la muerte como Cristo murió por ellos, y que vayan en estado de gracia, bien confesados; y enséñeles que al punto del expirar, cuando se vieren caídos en campaña o cuando arremetieren con el enemigo, vayan haciendo los cinco actos de fe, esperanza, caridad y contrición y de desear la mayor honra y gloria a Dios, que la muerte con tan buenas circunstancias es muy agradable al Señor.

Todas las doctrinas y persuasiones del que ayuda a bien morir van a parar como a centro y fin a estas cinco virtudes que son más necesarias para la agonía, fe, esperanza, caridad, contrición y adoración. Y las meditaciones y doctrinas más principales que ha de decir el ayudante al enfermo para moverle son éstas: primera, quién es Dios y sus infinitas virtudes; segunda, el amor que nos tiene; tercera, los grandes beneficios que de su mano hemos recibido; cuarta, todos los misterios de la vida y pasión de Cristo; quinta, lo que nos quiere la Virgen María y todas sus virtudes; sexta, y lo que los ángeles y santos del cielo nos favorecerán; séptima, todas las bienaventuranzas de la gloria celestial y las penas del infierno y purgatorio de que muy a la larga escriben todos los libros de oración y contemplación. Es, pues, muy importante aviso para el ayudante de bien morir, que cualquier punto de éstos que tomare, le sepa guisar y decir al enfermo por diversos estilos y modos, cuales son, trayéndole autoridades de Sagrada Escritura, dándole doctrina y ejemplos, haciéndole preguntas, procediendo en estilo y modo de oración o de admiración y ruegos. Pongamos por caso que le quiere persuadir que esté firme en la fe con el misterio de Cristo crucificado, diga: Mirad, hermano mío, que dice el Espíritu Santo que el que creyere se salvará (1) y que murió Cristo por enseñarnos esta fe. Enséñele también con doctrina cuánto importa estar firme en la fe contra las tentaciones del enemigo tomando por escudo a Cristo crucificado. Tráigale ejemplos de santos que murieron por la fe de Cristo. Pregúntele: ¿Creéis que Cristo murió por vos? etc., y las demás preguntas de la fe. Hable con él al Señor, diciendo: Oh, Señor, pues moriste por mí y por esta alma, dadle firmeza en la fe, etc. Admírese diciendo: ¿Es posible que, aunque no hubiera otra alma que la vuestra en el mundo, muera Cristo por salvaros? espantaos, cielos de esto, ec. Hermano mío, yo os ruego y aconsejo que estéis firme en la fe y que no déis oídos al enemigo, yo os lo ruego por aquel Cristo crucificado cuya imagen está presente, etc. Con esta mezcla de las virtudes, meditaciones y modos de persuadir, se hace este oficio con mucho provecho de las almas, que sería infinita escritura si todo lo particularizásemos.

Las siete consideraciones principales de donde se toman las cosas que el ayudante ha de decir al que muere.

Sexto aviso.

Autoridades.

Doctrina.

Ejemplos.

Preguntas.

Oración.

Admiración.

Ruegos.

---

1 Marc., XVI, 16.

CAPITULO IV

De la diligencia que ha de poner quien ayuda a bien morir en que el enfermo no dilate el recibir los Sacramentos y hacer testamento y restituir lo que debe pudiendo, antes que muera, restituir.

Es el que ayuda a bien morir, como dice Casiano, mercader que trata en ganancia de almas para el cielo, y, como hemos dicho, es médico y marinero. Y así como el buen mercader pone diligencia en buscar dinero y trabaja y persevera quien cava tesoros, y no deja pasar punto el médico sino en la salud del enfermo, y el arraez y patrón del navío en amainar o alargar las cuerdas cuando hay tempestad, porque si un punto de coyuntura se le pasase, la nao se iría al fondo; así no ha de perder punto ni coyuntura el diligente y buen ayudante en la salvación del alma del enfermo. No le consienta dilatar de recibir los Sacramentos cuando dicen los médicos que hay necesidad. Haga fuerza de que, si puede, restituya luego todo lo que debe sin esperar una hora, que el demonio a muchos tiene en el infierno con este engaño. Si muero, dicen, mis herederos lo restituirán, y así lo dejaré mandado en el testamento: si vivo, no quiero sacar los dineros de mi arca, etc. Como acaeció a un caballero no ha mucho tiempo, que confesándole un Maestro de cierta Orden, le absolvió sin hacer fuerza en que luego restituyese aunque podía; y a tres días después de muerto se le apareció en la figura que estaba cuando se moría, y abrazándose con el confesor, le dijo estas palabras: A vos, porque me absolvísteis y a mí porque no restituí, manda el divino Juez por su sentencia justa que vayamos para siempre al infierno, y a ese punto se abrió la tierra y los tragó. Y así dice San Juan Crisóstomo (1): No dejemos nosotros de poner toda nuestra solicitud por la salud y salvación de nuestros hermanos, cuando están en peligro de la vida, volviéndonos a nuestras casas; sino imitemos a los soldados que, hasta llevar adelante la victoria y retirar los heridos y muertos, no vuelven a los alojamientos de donde salieron.

Séptimo aviso.

Engaño del demonio para condenación.

Caso notable.

CAPITULO V

De la benevolencia, amor y buena gracia que ha de tener y mostrar el que ayuda al enfermo para ser creido y obedecido de él en lo que le mandare.

El ama que cría el niño o la madre que le parió dale leche dulce, regálale, muéstrale y tiénele amor. Somos los sacerdotes, como dice el Apóstol, semejantes a las amas que crían (2), y, como refiere San Agustín, hemos de mostrar mucho amor a las almas que quisiéremos encaminar al cielo (3). Y hemos de procurar ser muy queridos y

1 S. Joan. Chryst., Oratio V, contra Judaeos.
2 I ad Thes., II, 7. 3 S. August., *Tract. IX in Epist. Joann.*

amados de ellas, que de otra manera se recibe nuestra doctrina, cuando somos amados que cuando somos aborrecidos. Busque el enfermo que quisiere morir bien ayudante que bien le quiera, y el ayudante, cuando hace este oficio, ponga tanto amor en aquella alma como en la suya propia procurándole la salvación eterna como para sí mismo. Cuando entra en la casa dígale el Evangelio de San Juan, salúdele con mucha gracia y amor y procure no decirle palabra que le dé disgusto. No le sienta el enfermo interesal ni parcial con ninguno de sus herederos para que se persuada a que todo lo que le manda nace de buena intención, y así obedecerá a todos sus consejos.

CAPITULO VI

Del recato que ha menester el que ayuda a bien morir para no se poner en peligro de pecado, irregularidad, muerte o infamia.

Octavo aviso.

¿De qué le aprovechó a Eleazar Macabeo matar al elefante, si quedó muerto por no recatarse? (1) ¿ni la devoción a Oza cuando llegó a tener el arca, si se descuidó en no llevar la reverencia que convenía y por eso quedó muerto? (2). Procure, pues, el que ayuda a bien morir a otro, guardar gran cautela y recato para que no le venga alguna muerte o daño de aquella obra tan buena que hace. Lo primero, recate su alma y no se ponga a peligro de algún pecado mortal de sensualidad o avaricia. No consienta ni aconseje que el enfermo ordene el testamento agraviando a tercera persona. Si es sacerdote, recátese de no hacer cosa ni decir palabra con que acelere y apresure la muerte al enfermo porque no quede irregular. Si el enfermo está furioso, recátese no le dé algún golpe con que reciba daño, y si la enfermedad es contagiosa, no se llegue demasiado o tome algún defensivo para que no se le pegue, que, como dice San Cipriano, aquel es más valeroso soldado que mejor sabe evitar el peligro. Y pues vale más el buen nombre y buena fama que muchas riquezas, proceda de manera que no pierda su honra quedando infamado por sensual o avariento por no recatarse.

CAPITULO VII

Del buen ejemplo, doctrina y edificación que ha de dar el que ayuda a bien morir.

La estrella siempre da luz; y pues los sacerdotes son estrellas de este cielo de la Iglesia, siempre han de dar luz de buen ejemplo en la casa donde entran. Y, como dice Orígenes, sea el que trata almas dechado de donde todos puedan sacar buena labor, y procure, como dice San Basilio, decir palabras de doctrina y edificación con que no solamente el que muere sino todos los circunstantes se aprovechen y caminen a la vida eterna. La cual nos dé el que por nosotros murió en la cruz, y mediante su santísima vida y muerte nos conceda que después de buena vida alcancemos buena muerte.

---

1 I Machab., VI, 43-46. 2 II Reg., III, VI, 6, 7.

DISCURSO DEL MISTERIOSO NOMBRE DE MARIA



DISCURSO DEL MISTERIOSO NOMBRE DE MARIA

AL PADRE ROJAS DE LA ORDEN DE LA SANTISIMA TRINIDAD EL PADRE GRACIAN DE LA ORDEN DE SANTA MARIA DEL CARMEN.

Jesús, María.

Oí leer en una carta que vino de España la mucha devoción que Vuestra Paternidad tiene con el nombre de María; y que siempre que comienza a hablar o a escribir es diciendo *Ave, María*, y que solicita se celebre fiesta en honra de este benditísimo nombre María, como se celebra del benditísimo nombre de Jesús; y que al tiempo que el mercader de perlas, Cristo Jesús, que compró la preciosa reina de España, Margarita, por el precio de su sangre, la quería llevar consigo para colocarla entre las otras perlas de las puertas de la santa ciudad de Jerusalén, mediante un ahogamiento o rapto de sangre, para librarla *de sanguinibus*, Vuestra Paternidad diciéndola al oído, Ave, María, la afervoró y despertó para que con gran devoción y perfección, como católica y santa que era, recibiese los Sacramentos, con que se fué a descansar, víspera del glorioso San Francisco, a los tres de octubre de este año de 1611. Yo, aunque miserable, soy muy devoto de este mismo nombre, y en todas mis cartas y razonamientos comienzo por Jesús, María, y así para mostrar el agradecimiento que debo a Vuestra Paternidad por esta devoción, según diez letras que contienen estos dos nombres Jesús, María, me pareció enviarle diez misterios, entre otros innumerables que en el nombre de María se encierran, concluyendo cada uno con una breve oración al nombre de María que los devotos pueden rezar con una Avemaría, que por todas son diez. Recíbalos Vuestra Paternidad con la sinceridad de ánimo que se los envío, y encomiéndeme a Dios para que acierte a pelear con las armas de la lengua y pluma contra los herejes de estos países, que después que cesaron las armas de hierro nos hacen mayor guerra con sus desvergüenzas, que yo rogaré a su divina Majestad le dé aquella gracia y espíritu que deseo.

Fr. Jerónimo Gracián de la Madre de Dios.

PRIMER MISTERIO

DEL ORIGEN DE ESTE NOMBRE MARIA, QUE BAJO DEL CIELO Y FUE ANUNCIADO POR EL ANGEL Y SUBIO MISTERIOSAMENTE DE LA TIERRA, Y CUAN BUENO ES DECIR MUCHAS VECES AVE, MARIA.

Este nombre María vino del cielo enviado de la Majestad de Dios Eterno por medio de un ángel a San Joaquín y Santa Ana para que le pusiesen a su dichosa hija, cuando les anunció que se juntasen en la puerta Aurea de Jerusalén para concebir la luz y estrella con que todos los ángeles resplandecen, como escriben todos los autores de la vida de María Virgen. Y declaróle el Evangelista en la embajada del arcángel San Gabriel, diciendo: *Et nomen Virginis Maria* (1), y así podemos decir que este nombre bajó del cielo y también que subió de la tierra; porque, como se colige de la distinción quinta de los ejemplos que recopiló Enrico Germano y escribe don Esteban Razi en el capítulo noveno, verbo María, un religioso de los primeros del Cister, que traía esas palabras Ave, María, casi siempre en la boca, después que murió y le enterraron, sobre su sepulcro nació un árbol misterioso en cuyas hojas estaban escritas estas letras Ave, María; y cavando en el sepulcro, hallaron que las raíces de este árbol salían de la boca de este santo religioso. Bien sabemos por la Sagrada Escritura que siempre que Dios pone nombre, es conforme a la cosa y a los misterios y grandezas por el nombre significadas, como llamó a Abrahán padre de creyentes, por su mucha fe, a Jacob luchador, porque luchó con el ángel, a Pedro Cephas, por ser cabeza de la Iglesia, y así a los demás; y de aquí infiero que así como su Hijo, Cristo Jesús, bajó del cielo y nació en la tierra, según aquellas palabras de Isaías: Rociad, cielo, de arriba y las nubes lluevan al justo, ábrase la tierra y denos al Salvador (2), así todos los bienes del cielo y de la tierra nos vienen mediante la Virgen María.

ORACION

Ave, María. Dios te salve, Señora, cuyo nombre de María bajó del cielo, dado por el mismo Dios y anunciado por su ángel y misteriosamente nació de la tierra. Concédenos que seamos muy devotos de este tu santo nombre, y trayéndole siempre en la boca en cualquiera ocasión que se nos ofrezca, alcancemos bienes del cielo y de la tierra.

---

1 Luc., I, 27. 2 Isai., XLV, 8.

SEGUNDO MISTERIO

DE LA FIGURA DE LAS LETRAS DE ESTE NOMBRE MARIA Y DE LAS CINCO GRANDEZAS DE LA VIRGEN QUE DE EL SE COLIGEN.

Cuando los niños quieren aprender a leer, lo primero que hacen es con el puntero contar las rayas de las letras para saberlas después conocer. Conozcámonos por niños y digamos con el profeta Jeremías: Ah, Señor, que no sé leer ni hablar este altísimo nombre de María, que soy niño (1); mas pidiendo al mudo padre del Bautista su puntero (2), quiero con él contar las líneas de estas cinco letras góticas MARIA, y declarar los grandes misterios que en ellas se contienen.

M.—Jeroglífico de todo lo criado.

La M, que es letra compuesta de cuatro líneas, significa ser de mayor excelencia y valor esta Señora que todo el cielo y la tierra y que todo lo criado. Veo términos que se llaman oriente, poniente, septentrión y mediodía; y cuatro elementos, fuego, aire, agua y tierra; y que nos viene la salud, cuando hay conformidad (que llaman los médicos igualdad de justicia), entre las cuatro primeras calidades, calor, humedad, frialdad y sequedad, y entre los cuatro humores, cólera, sangre, flema y melancolía, y así entiendo que esta Señora tuvo el cuerpo más sano y más templado del mundo y que vale ella sola más que todo lo criado.

A.—Jeroglífico de Cristo.

La A, que tiene dos líneas juntas con otra tercera en medio, es jeroglífico de Cristo Jesús, Verbo divino, Hijo del Padre Eterno, en quien la unión hipostática junta las dos naturalezas, humana y divina, en unidad de persona, así como la raya de en medio junta las dos de los lados.

R.—Jeroglífico del Espíritu Santo.

La R, significa al Espíritu Santo, porque es principio del nombre *Ruach,* que en hebreo quiere decir espíritu, y se compone de una I, que da a entender el Padre Eterno, y un medio círculo, símbolo del Hijo, y de los dos procede el Espíritu Santo, como la línea inferior que de las dos primeras nace.

I.—Jeroglífico del Padre Eterno.

La I significa al Padre Eterno, que es principio y primero entre las personas de la Santísima Trinidad, así como la I, porque significa unidad, es principio de los otros números.

A.—Jeroglífico de toda la Santísima Trinidad.

La A postrera significa toda la Santísima Trinidad, al Padre y al Hijo en las dos líneas colaterales, y al Espíritu Santo en la de en medio que abraza y junta las dos líneas, así como el Espíritu Santo es abrazo de las personas del Padre y del Hijo, y de aquí infiero que la Virgen María es la más excelente de todas las criaturas del cielo y de la tierra y que es templo de la Santísima Trinidad.

ORACION

Ave, María. Dios te salve la más excelente criatura del mundo; a quien no se iguala todo el cielo y la tierra, salud y vida de los

---

1 Jerem., I, 6. 2 Luc., I, 63.

hombres; Madre del Hijo de Dios, Esposa del Espíritu Santo, Hija del Padre Eterno y relicario de toda la Santísima Trinidad. Rogámoste, Señora, los que vivimos en este miserable siglo, que nos alcances sabiduría, oración e imitación de tu divino Hijo, amor de Dios y del prójimo y perfección del Espíritu Santo, pureza, fortaleza y firmeza del Padre Eterno, gracia y gloria mediante la viva fe de toda la Santísima Trinidad.

TERCER MISTERIO

DEL NUMERO DE LAS LETRAS DE ESTE NOMBRE MARIA EN QUE SE DECLARAN LOS BIENES QUE LA VIRGEN TIENE Y POR ELLA NOS VIENEN.

La unión de María y Jesús.

Cinco letras tiene este nombre María, y otras cinco tienen los nombres *Jesus, Josef, Panis, Vinum, Pater, Mater*. Este número de cinco letras da a entender la unión que esta soberana Señora tuvo con su Hijo Jesús, en cuya alma se imprimieron sus cinco llagas mucho mejor que en la de San Francisco que las tuvo señaladas en su cuerpo; y así, pues esta divina unión es el fin de toda la perfección, su alma, después de la de Cristo, fué la más perfecta.

El desposorio de S. José.

Fué desposada con San José, cuyo nombre significa aumento, porque, aunque siempre estuvo llena de gracia desde el principio de su Concepción, con todo eso iba aumentando y creciendo cada día en mayor merecimiento. Y también el ser desposada con Josef, cuyo nombre tiene cinco letras como el de María, y entre los dos hubo verdadero matrimonio, nos da a entender que es Madre, Señora y abogada de los casados y de todas las almas que siguen vida activa, así como lo es de las vírgenes y de todos los que siguen vida contemplativa y unitiva. Demás de esto quiere la misma Señora que seamos muy devotos de San José y esta devoción es de mucha importancia; porque, según ella dió a entender a Santa Brígida en una revelación, cualquier cosa que pidiéremos a ella y a su Hijo por intercesión de este Santo nos dará, pues tan humildes y obedientes le están ahora en el cielo como le estaban acá en la tierra.

Es la Virgen madre de las casadas.

Devoción de San José

Por la Virgen comulgamos bien.

Tiene este divino nombre María las mismas cinco letras que *Panis, Vinum*, en misterio de que por la Virgen alcanzaremos a creer, contemplar, adorar, reverenciar y recibir bien el Santísimo Sacramento del Altar que consagramos en pan y vino; pues fué esta Señora como la nave del mercader que vino desde el cielo cargada con el pan del Santísimo Sacramento, y como la viña de Engadi, que nos dió el racimo de cipro (1), de donde salió el vino de la sangre de Cristo que recibimos en el cáliz. Finalmente así como estos dos nombres *Pater* y *Mater* cada uno de ellos tiene cinco letras, así el nombre de María tiene cinco letras en misterio de que la Virgen fué verdadera Madre de Cristo Jesús, y pues él no tuvo otro Padre que le engendrase en cuanto hombre,

---

1 Cant., I, 13.

ella para la humanidad de Cristo hizo el oficio de Padre en la tierra que el Eterno hace en el cielo en cuanto a la divinidad del Verbo. Y de aquí pueden colegir las almas devotas que quien quisiere amar como conviene a Cristo Jesús, Padre nuestro, sea muy devoto de la Virgen María, su Madre.

Es, pues, gran misterio que estos seis nombres, *Jesús, Josef, Panis, Vinum, Pater, Mater,* sean de las mismas cinco letras que María, para que mediante este nombre nos dispongamos a unirnos y juntarnos con Cristo trayendo sus cinco llagas en el corazón y vayamos siempre creciendo en virtudes. Seamos devotos de San José; recibamos bien el Santísimo Sacramento y amemos a nuestro Padre Eterno que está en el cielo. Y así como el dulcísimo nombre de Jesús tiene cinco letras y solas las cuatro son diversas, porque la S está dos veces repetida, en que se da a entender que es Cristo verdadero Dios, pues el nombre de Dios en casi todas las lenguas del mundo es tetragrammaton, que quiere decir de cuatro letras, y la primera S, que es figura de serpiente y está dentro de las cuatro letras, significa la infinita sabiduría de Cristo, que el mismo Señor sapientísimo nos manda en su imitación que seamos prudentes como serpientes (1), y la última S es figura de serpiente de metal que levantó Moisés sobre un palo en el desierto, con cuya vista sanaban los mordidos de las venenosas serpientes (2), en misterio que en Cristo, demás de la divinidad se halla su santísima humanidad, que levantada sobre el palo de la cruz sana los pecadores; así también el benditísimo nombre de María tiene cinco letras, las cuatro diversas significan la divinidad de Dios, por el número del tetragammaton; y es la razón, porque lo que Dios concedió a su Unigénito Jesús por naturaleza, concedió a la benditísima Madre suya por gracia, con que es la más allegada a Dios entre todas las criaturas.

Nombre de Dios en todas las lenguas.

Y para que este misterio se entienda mejor, pongamos los nombres de Dios con que le nombran las más naciones. Los hebreos llaman a Dios Jova, los griegos Teos, los Asirios Adad, los persas Syri, los egipcios Zoyz, los árabes Alla, los magos Orsi, los etruscos Esar, los indios occidentales Zimy, los de Esclavonia Boeg, los alemanes y flamencos Godt, los franceses Dieu, los italianos Idio, los portugueses Deos, los turcos Agdi, los latinos Deus y los españoles Dios. Y sobre estas cuatro letras se añade al nombre de María otra segunda A, que, como arriba decíamos, es símbolo de Cristo nuestro bien. Con que se da a entender que, por ser su Madre, es digna que en todas las naciones del mundo se celebre su santísimo nombre.

Ya hemos declarado el misterio por qué este nombre tiene número de cinco letras. Vamos a contar la suma que hacen estas cinco letras considerada cada una como número; y es bien que entendamos este misterio, pues que del nombre de un hombre tan malo como el Antecristo, dice San Juan, que quien tuviere entendimiento cuente el número de sus letras, que suman 666 (3). El cual, entre otros nom-

1 Matth., X, 16. 2 Núm., XXI, 9. 3 Apoc., XIII, 18.

Suma del nombre de Anticristo.
D. 500
I. 1
C. 100
L. 50
V. 5
X. 10
———
666

bres que tiene, se llama *Diclvs*, porque dirá que él es la luz del mundo, y la D significa quinientos, la I uno, la C ciento, la L cincuenta, la V cinco, la X diez, que sumándolas, hacen el número de 666. Y el mismo número tienen otros sus nombres griegos y hebreos, y es número de gran misterio para mal: pues ¿no será bueno que contemos el número de las letras de Maria, pues es misterioso para nuestro bien? Contando las letras hebreas, la M vale cuarenta, la R doscientas, la I diez, la M cuarenta, que suman el número de 290, número de gran misterio en Maria, porque el número de 300 es número de la bondad de Cristo, y no hay criatura que más cerca se llegue a Cristo que su Madre.

Declárase el misterio por qué sumadas las letras hebráicas del nombre de Maria hacen 290.

Misterio del nombre de Jesús y María en hebreo.

Demás de esto, juntando el nombre hebreo de Maria, que es *Miriam*, con el nombre de *Jesuach* hebreo, de Cristo, y contando los números de estos nombres en hebreo, hace el mismo número que el nombre Berith, que quiere decir pacto o concierto, que es 612. De donde colige un santo rabino, llamado Rabenu Acados, cuyo nombre significa nuestro maestro el santo, según trae Pedro Galatino, que Jesús Maria es el pacto de quien habla el profeta Jeremías cuando dice: *Nisi pactum meum esset, caelum et terram, omnia quae in eo sunt non creassem*, que quiere decir: Si no fuera por mi pacto, como quien dice por amor de Jesús y Maria, no criara el cielo y la tierra y todo lo que hay en él. Imagina este rabino que cuando Dios quiso criar el mundo se le pusieron delante de los ojos los grandes pecados que en él se habían de cometer, y que, a nuestra manera de entender, porque otro es el modo de los pensamientos divinos, dijo hablando con su divino Verbo. ¿Para qué queremos criar mundo donde tantas ofensas se han de hacer contra mi honra? y estando en este pensamiento, se le pusieron delante de los ojos las dos almas de Jesús y María, y viéndolas tan perfectas y agradables a su voluntad, diría: Aunque críe el mundo y los hombres me hagan muchas afrentas por los grandes pecados que contra mi han de cometer, pero porque no falten estas dos almas tan agradables a Dios le quiero criar. Y así hizo pacto y concierto con su Hijo de criar el mundo, y el Hijo hizo pacto con su Eterno Padre de encarnar en Maria y morir por la salvación del mundo: por la cual causa estas dos almas se llaman el pacto por el cual Dios crió el mundo y le redimió, y el que traspasare este mismo pacto, dice el mismo Señor, que será causa de su condenación si no se justifica, (habla con los de la Ley vieja circuncidándose), y así se entienden estas palabras del *Génesis*: *Masculus, cujus praeputii caro circumcisa non fuerit, delebitur anima illa de populo suo, quia pactum meum irritum fecit* (1). Que quieren decir: El alma que no se circuncidare será borrada de mi pueblo porque traspasó mi pacto. Este pacto entre el Padre Eterno y el Hijo se figuró por el pacto que Dios hizo con Abrahán cuando le mandó instituir la circuncisión. Y así como los antiguos de la Ley vieja se salvaban por la fe de Cristo Jesús que había de venir profesándola en la circuncisión, y juntaban con Cristo a su Madre que le había de parir; así los de la Ley de gracia se salvan por Jesús

1 Gen., XVII, 14.

y María. De donde se sigue, que todos los hombres que se salvan desde el principio hasta fin del mundo ha de ser por medio de Jesús y María, así como todas las cosas tienen ser y fueron criadas de Dios por lo que le agradaron las dos almas de Jesús y María, y así a María y a su Hijo debemos nuestra creación, nuestra predestniación, nuestra gracia y gloria. La creación porque es parte del pacto con que Dios nos crió; la predestinación, porque por ella nos predestinó, que, como dice el Apóstol: *quos praescivit, et praedestinavit conformes fieri imagini Filii sui, etc.* (1), como quien dice: aquellos predestinó Dios que habían de ser conformes a la imagen de su Hijo y a estos llamó, a estos santificó y a estos glorificó. Declaran en esta autoridad muchos santos, que aquella imagen del Hijo de Dios es María, pues que no ha habido ni habrá retrato tan vivo y tan natural de Cristo como ella en rostro, habla, condición, bondad y en todas las demás excelencias de su alma y cuerpo.

El nombre de María en latín hace número de misterio

Todas las letras hebreas y griegas son números; y demás de los misterios que hemos declarado en este nombre María, según el número de las hebreas y pudiéramos declarar en las letras griegas, tratemos ahora del misterio que se encierra en el número de las letras góticas latinas. Porque en latín no todas las letras son números sino algunas de ellas. La C vale ciento, la D vale quinientos, la I uno, la L cincuenta, la M mil, la X diez y la V cinco, las demás letras no son números. En este nombre María hay dos letras; la M que significa mil y la I que significa uno. Y este número mil, según se colige de Jacobo Nanclanto, Nicolao Cusano, Pedro Bongo, Telesforo y otros muchos autores que han escrito largo de los misterios de los números, es símbolo de la bondad. Porque los antiguos cuando contaban por los dedos de las manos, pasaban de la izquierda a la derecha llegando al número de mil; y así en María, juntando el uno de la I con la M de mil, se entiende que una y sola entre todas las almas después de la de Cristo tiene bondad perfecta, porque sola ella fué libre de toda maldad y pecado mortal, venial y original según aquellas palabras: *Una es columba mea, inmaculata mea, etc.*

Autores de los misterios de los números.

ORACION

Ave, María. ¡Oh, Virgen Santísima, cuyo nombre tiene cinco letras como los nombres de *Jesús, Josef, Panis, Vinum, Pater, Mater* y contodas las letras por números hacen número de doscientos y noventa en hebreo y en latín de mil y uno, suplicámoste por la virtud de este nombre María, nos des a tu Hijo Jesús para nuestro bien y remedio, y que seamos devotos de San José, tu esposo, comulguemos bien y alcancemos en esta vida la perfección deseada.

---

1 Ad Rom., VIII, 29.

CUARTO MISTERIO

DE CINCO PERFECCIONES DE LA VIRGEN QUE SE LLAMAN DE DEVOCION, FORTALEZA, FE VIVA Y SOBERANA CONTEMPLACION CONTENIDAS EN CINCO PIEDRAS PRECIOSAS DEL NOMBRE DE MARIA.

M.—Margarita y devoción.

Después que los niños conocen las letras, comienzan a deletrear, y pues que ya que hemos tratado del origen, figura y número de las letras del nombre María, comencemos a deletrear en las letras de las perfecciones, excelencias, virtudes heróicas, oficios, títulos y renombres de María que de este nombre se coligen. La M significa margarita, que es la perla, y es misterio en la sacratísima Virgen de su soberana devoción, porque así como la perla, según de ella escribe Plinio, Solino, Dioscórides y San Isidoro (1), se engendra cuando el nácar se abre por la mañana y recibe el rocío del cielo, y cerrándose le congela con su natural calor hasta que cuajado se hace la perla; así el alma abriendo por la mañana sus deseos en la oración mental y viviendo recogidamente entre día, engendra dentro de sí la perla de la devoción amada de Dios como preciosa margarita. Y no sin misterio la devota Margarita, reina de España, se llamó con este nombre de perla, pues tuvo tanta devoción con la soberana María.

A.—Adamas.

Adamas, que es el diamante, da a entender la perfectísima fortaleza de su ánimo contra los demonios, contra los vicios y contra los pecados. Que más propiamente se puede decir de ella, que no de Ecequiel, que era su rostro de diamante para no temer ninguna cosa contraria a su Dios.

R.—Rubí, fervor.

Rubí, que es piedra resplandeciente y la da Dios por premio al que venciere las batallas de esta vida, significa en la Virgen la fervorosa perfección de su espíritu y su divino fervor.

I.—Jaspe, viva fe.

Jaspe, es símbolo de la fe viva; porque así como el jaspe es sola una firmísima piedra aunque parece muchas y de diversos colores, así la viva fe consiste en una sola razón de creer, que es haberla Dios revelado, aunque haya en la fe diversas doctrinas y conceptos. Con esta fe, que llama el Esposo uno de los ojos de la Virgen (2), agradó tanto a su Esposo que el ángel le dijo: Bienaventurada que creíste, porque el Señor te perfeccionará con todas sus promesas (3).

A.—Amatista, contemplación.

La amatista es una piedra de color de cielo, con que se declara la perfectísima contemplación celestial de esta divina Señora, que excedió a la de San Pablo, cuando dijo: Nuestra conversación es en el cielo.

ORACION

Ave, María, perfectísima Señora en devoción, fortaleza, espíritu, fe viva y contemplación celestial; suplicámoste por tu santísimo nombre; que seamos devotos, fuertes y fervorosos, y que con fe viva y contemplación soberana sea nuestra conversación en la bienaventuranza del cielo.

---

1 ML. 82, 575. 2 Cant., IV, 9. 3 Luc., I, 45.

QUINTO MISTERIO

DE LOS FRUTOS QUE LAS ALMAS RECIBEN DE LA VIRGEN MARIA, SIGNIFICADOS EN CINCO ARBOLES MISTERIOSOS CONTENIDOS EN SU NOMBRE.

Entre los árboles más misteriosos y excelentes hallo cinco cuyos nombres comienzan por las letras del nombre de María, que son: *malus, amígdalus, rosa, juniperus, abies,* significan el manzano, almendro, rosa, junípero, que es el enebro, y aya. Y estos cinco árboles significan cinco frutos excelentes que nos vienen de este árbol de la sacratísima Virgen.

Manzano llamó la esposa a Cristo, diciendo: así como el manzano fructífero entre todos los árboles silvestres, así es mi querido entre los hijos de los hombres (1). Los árboles silvestres algunos llevan fruta ponzoñosa, como la adelfa; otros vana, como el roble que lleva agallas; otros dan fruta para puercos, como las bellotas de la encina. El fruto de la retama es amargo, etc.; sólo Cristo, como manzano, lleva las manzanas del cielo y del sol y luna, que dijo Moisés hablando en persona de José en sus bendiciones, y solo Cristo por ser obediente hasta la muerte y muerte de cruz, nos libró en ella de la muerte causada por Adán debajo del manzano del paraíso, según aquellas palabras: *Sub arbore malo suscitavi te, ibi corrupta est mater tua, ibi violata est genitrix tua, etc.* (2). El mismo manzano significa a la Virgen, cuya fruta, que son los trabajos padecidos por Cristo, pedía la esposa desmayada de amor, cuando decía: *Fulcite me floribus, stipate me malis, quia amore langueo* (3), sustentadme con rosas y fortalecedme con manzanas que me desmayo de amor; y María con su mucha obediencia nos libró de la culpa de Eva, que fué desobediente debajo del manzano, y nos alcanza el fruto de obediencia y rendimiento a la divina voluntad. M.—Manzano, obediencia.

El almendro da la fruta más temprano que ningún otro árbol. Y es misterio de gran consideración que a las primeras azadonadas que se dieron abriendo los muros de Jerusalén, como refiere Hugo Cardenal, se halló un ramo de almendro, que les dió ánimo para fabricar aquel suntuosísimo edificio por el buen pronóstico que tuvieron de este árbol. Y, como se colige del *Génesis*, de almendro eran algunas de las varas que puso Jacob a la orilla del arroyo para que las ovejas de Labán pariesen los corderos blancos (4). Muy misteriosa es nuestra Virgen como el almendro, pues desde el principio de su concepción dió en el mundo flores de virtudes y frutos de gracia; y luego que nació y se descubrió al mundo, dió esperanzas de la gran fábrica de la Iglesia militante que Cristo fabricó, y con su vida ejemplar las almas sinceras como ovejas paren puros los corderos de sus merecimientos. A.—Almendro, esperanza.

Es la rosa, según decía Safo, poetisa griega, inventora de los versos sáficos, y Anacreonte, también griego y antiquísimo poeta, a los cuales cita Aquiles Tacio y Clemente Alejandrino, reina de las R.—Rosa, perfección.

---

1 Cant., II, 3. 2 Ib., VIII, 5. 3 Ib., II, 5. 4 Gen., XXX, 41.

flores, atavío de la tierra, hermosura de las plantas, ojo de las verduras, color que hermosea las mejillas del prado, risa del mundo, corona de las musas y es consagrada a las gracias. Y decían que cuando Minerva nació del cerebro de Júpiter salió coronada de rosas, y que la rosa se riega con el néctar, que era bebida de los dioses, rociándola desde el cielo para producir esta hermosísima planta. Todas estas poesías entendidas de otra manera son misteriosos jeroglíficos de la Virgen María, que ella es reina de las virtudes, atavío del cielo, hermosura de las perfecciones y de toda santidad, alegría de lo criado, corona de los sabios y madre de la gracia, y cuando la divina Sabiduría del Hijo fué concebido del entendimiento del Eterno Padre en la misma eternidad, conoció el Padre haber de ser el Verbo divino, en cuanto hombre, hijo de la Virgen Madre, la cual desde el punto que fué concebida alimentó el Señor su alma con rocío de la gracia del cielo, y en comparación de esta divina rosa María, todas las demás almas son espinas y ella es como la rosa entre ellas (1), que así la llama su Esposo, y es plantada como rosa de Jericó (2) de este mudable mundo: de ella nos viene el suavísimo olor de buen ejemplo y otros muchos frutos y provechos de mayor salud que las muchas medicinas y conservas que de la rosa se hacen, como refieren Pausanías, San Epifanio, San Juan Damasceno, San Jerónimo y San Gregorio Nacianceno.

I.—Junipero, paciencia.

El junípero o enebro, debajo del cual durmió Elías cuando iba huyendo de Jezabel, aunque es árbol espinoso, su madera es olorosísima y de gran virtud, como lo es el alma de la Virgen, que aunque ella padeció muchas espinas de trabajos, dolores y angustias, a su sombra recibimos fruto de divinos consuelos.

A.—Aya, alteza de corazón.

El aya, por la alteza que tiene, es símbolo de la alteza del corazón con que el alma glorifica y ensalza mucho a su Dios, según aquellas palabras: *Accedet homo ad cor altum, et exaltabitur Deus* (3), y en esta alteza estuvo siempre el corazón de la Virgen.

ORACION

Ave, María. Dios te salve, árbol de mayor fruto que el árbol de vida, plantado a las orillas del río de cristal de la santa Jerusalén, que llevaba doce frutos al año para salud de las gentes (4), más provechosa que el manzano, más fructuosa que el almendro, más hermosa que la rosa, más olorosa que el enebro y más alta y soberana que la aya; alcánzanos, Señora, mediante tu santísimo nombre, fruto de obediencia, de diligencia, de buen ejemplo, de paciencia en las espinas de las tribulaciones y alteza de corazón.

---

1 Cant., II, 2.
2 Eccli., XXIV, 18.
3 Ps. LXIII, 7, 8.
4 Apoc., XXII, 2.

SEXTO MISTERIO

DE CINCO PRINCIPIOS DE SANTIDAD QUE TIENE ESTA SEÑORA, DECLARADOS EN CINCO NOMBRES DEL LIBER GENERATIONIS QUE LOS SIGNIFICA.

En el libro *Generationis Jesu Christi,* se hallan cuarenta y dos nombres hebreos, que, siguiendo la doctrina de San Agustín sobre el capítulo primero de San Mateo, se pueden declarar de manera que signifiquen cuarenta y dos excelencias, perfecciones y virtudes de la Virgen, de que se podría escribir un gran libro. Entre ellas hay cinco que significan cinco principios de santidad, y son como fuentes y manantiales de las virtudes heróicas en que la Virgen más floreció, y éstos son *Manases, Abiud, Roboam, Josías, Azor,* en los cuales se contienen estos cinco principios de perfección, conviene a saber, renunciación de todo lo criado, amor de Dios soberano, amor del prójimo encumbrado, oración perfecta y humildad profunda. Y las primeras letras de estos cinco nombres se contienen en el de María. Porque así como ella es madre, principio y fuente de toda santidad, así de su nombre manan estos cinco principios de santidad y virtudes heróicas.

M.—Renunciación de todo lo que no es Dios.

Manasés quiere decir en hebreo olvido. Y este olvidarse el alma de todas las cosas que no fueren Dios o para Dios, es lo mismo que renunciación de todo lo criado para seguir a Cristo, y menospreciar el mundo por estimar a Dios más que a todo lo que hay, de donde nace el recogimiento, silencio, clausura y soledad y otras muchas virtudes que son principio y conservan grandes bienes. Esto tuvo la sacratísima Virgen María en sumo grado, que pudiera decir mejor que San Pedro: *Ecce reliqui omnia, et secuta sum te* (1).

Amor de Dios.

Abiud quiere decir este es mi padre y significa el amor soberano de Dios que la Virgen tuvo al Padre Eterno, que es mayor que el que ninguna hija ni todas las hijas del mundo juntas tuvieran a un solo padre, y por este gran amor la estimó, regaló y amó Dios más que todos los padres a una sola hija que tuvieran, según aquellas palabras del salmo: Oye, hija, y ve y olvídate de tu pueblo, de la casa de tu padre porque el rey deseó tu hermosura (2). De este encendido amor de Dios manan las innumerables virtudes de que esta Señora fué dotada.

Amor del prójimo.

Roboam es lo mismo que anchura de pueblo, y significa el perfecto amor del prójimo que se extiende a querer bien a todas las almas del mundo, y por esa causa es llamado mandamiento ancho y fin de la perfección, según aquellas palabras del real Profeta: He visto el fin de toda la perfección, Señor, que es tu mandamiento ancho (3). Y llámase así el amor del prójimo perfecto porque dilata el corazón y llega hasta el amor de los enemigos.

Oración.

Josías quiere decir incienso del Señor, y es la oración que sube olorosamente al cielo, según lo que dice David: *Dirigatur, Domine, oratio mea sicut incensum in conspectu tuo* (4), y porque ninguna pura

1 Matth., XIX, 27. 2 Ps. XLIV, 11. 3 Ps. CXVIII, 96. 4 Ps. CXL, 2.

criatura llegó a tener tan perfecta oración como María, se llama Josías incienso del Señor.

Humildad. Azor en hebreo significa ayudador y es nombre de la profunda humildad que tuvo María, con que el alma reconoce que de su cosecha no tiene nada, ni hace ni puede nada sin la ayuda de Dios: *Homo de se non habet nisi peccatum et mendacium,* pero ayudado del Señor y amparado de él y arrojándose en sus brazos todo lo puede en aquel que le conforta (1); y como dice David: *Qui habitat in adjutorio Altissimi, in protectione Dei coeli commorabitur* (2). Y de esta profunda humildad nace la verdadera confianza en Dios principio de innumerables virtudes.

ORACION

Ave, María. Dios te salve, maestra del verdadero desprecio del mundo, del soberano amor de Dios y del encumbrado amor del prójimo, Señora de la perfecta oración y de la humildad profunda. Intercede por nosotros para que siendo humildes con oración perfecta amemos a Dios y al prójimo como a nosotros mismos, quitando de nuestros corazones el amor de todas las criaturas que no fuere en Dios y para Dios.

SEPTIMO MISTERIO

DE CINCO OFICIOS QUE LA VIRGEN EJERCITA PARA NUESTRO BIEN, FIGURADOS EN CINCO MUJERES ILUSTRES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Cinco mujeres ilustres de la Sagrada Escritura, cuyos nombres están sumados en el de María, son figura de cinco oficios que esta Señora ejercitó con nosotros.

Micol defendió la vida de David fabricando una estatua o figura en quien los enemigos descargaron los golpes e hicieron las heridas con que deseaban matar a David (3). Y la Virgen María fabricó en sus purísimas entrañas la humanidad de Cristo, que dice San Pablo que fué semejanza de carne de pecado (4), la cual enclavada en la cruz, con las llagas que en ella hicieron los enemigos salva la vida del pecador.

Abigail aplacó al rey David enojado contra el duro y desagradecido Nabal Carmelo para que no le matase (5). Y la Virgen María con sus gracias, virtudes y perfecciones aplaca la indignación y enojo que Dios tiene contra los pecadores alcanzándoles perdón para que no se condenen.

Rut consoló, acompañó y sustentó a su suegra Noemi, que siendo antes hermosa y agradable a todo el pueblo, que eso significa el nombre Noemi, después que perdió su marido e hijos no quería que la llamasen Noemi sino Mara, *quia amaritudine replevit me Dominus* (6). Y esta Señora, María, con la amargura de su corazón

1 Ad Philiph., IV, 13.
2 Ps. XC, 1.
3 I Reg., XIX, 13.
4 Ad Rom., VIII, 3.
5 I Reg., XXV, 23-34.
6 Ruth., I, 20.

y el desconsuelo, soledad y compasión que tuvo en la muerte de su Hijo, consuela, ampara y favorece a los afligidos y desconsolados.

Judit cortó la cabeza a Holofernes y libró su ciudad de Betulia (1). Y de la Virgen María dice Dios hablando con la serpiente del demonio, *ipsa conteret caput tuum* (2), porque le cortó la cabeza y libertó al mundo del poder de este adversario.

Abisag Sunamitis, la más hermosa doncella que se halló en toda la tierra de Israel, aunque fué casada con David (3), siempre permaneció virgen, y tenía cuidado de darle calor en el tiempo de su vejez porque el frío no le acabase la vida. La hermosísima María, siempre virgen, da calor y fervor de espíritu al mundo, que cuando ya está viejo y lleno de malicia, si ella no afervorase corazones, la frialdad le acabaría, porque así como el agua enfría la cisterna (4) así la malicia los corazones.

ORACION

Ave, María. Dios te salve, nobilísima Micol, hija del Rey eterno, prudentísima Abigail, graciosísima Rut, fortísima Judit y hermosísima Abisag. Rogámoste, Señora, que no ceses de librarnos, favorecernos, consolarnos, defendernos y afervorarnos en el tiempo de nuestras tribulaciones.

OCTAVO MISTERIO

DE CINCO DIGNIDADES QUE TIENE MARIA, CONTENIDAS EN LAS CINCO LETRAS DE SU NOMBRE.

Tiene la sacratísima Virgen María cinco dignidades soberanas que comienzan por las letras de su divino nombre, porque es Madre de Dios. Y esta dignidad es tan grande que, después de la del Padre Eterno y de la de Cristo Jesús, ninguna otra se le iguala. Y por esta causa llamándola los evangelistas Madre de Dios, no se detienen en darle otras dignidades, títulos y renombres, como no sería buen cortesano el que habiendo llamado al rey majestad, le quisiese después llamar alteza, excelencia o señoría, etc. Esta dignidad y renombre de Madre de Dios defendió divinamente su gran devoto San Cirilo Alejandrino contra Nestorio en el Concilio Efesino, por lo cual alcanzó en premio que su Orden se llamase de la Madre de Dios del Carmen. M. Dicenlo los historiadores del Carmen.

Es María abogada de los pecadores, que intercede y aboga en sus pleitos delante del Juez eterno, como canta la Iglesia en la Salve. A.

Es Reina de los cielos, que así lo canta la misma Iglesia diciendo: *Ave, Regina caelorum.* R.

Es María inefable, porque no hay lengua de hombre y si todos los miembros de todos los hombres del mundo se volviesen lenguas, como dice San Agustín, no bastarían a loarla. I.

---

1 Judit., XIII, 10. 2 Gen., III, 15. 3 III Reg., I, 1-4. 4 Jerem., VI, 7.

A. Es admirable *cujus pulchritudinem sol et luna mirantur,* porque, como añade el mismo Santo, *mirabili atque inaestimabili modo omnium rerum suumque peperit Creatorem.* Y como de la obra más alta y excelente que el artífice y pintor soberano hizo y pintó en el mundo todos se admiran viéndola tan perfecta.

ORACION

Ave, María. Dios te salve, Madre de Dios, abogada nuestra, Reina del cielo y de la tierra, inefable y admirable, vuelve a nosotros esos tus ojos de misericordia, y después de este destierro muéstranos a Jesús fruto bendito de tu vientre.

NOVENO MISTERIO

DE CINCO TITULOS Y RENOMBRES QUE TIENE LA VIRGEN COLEGIDOS DE LO QUE SIGNIFICA ESTE NOMBRE DE MARIA EN LENGUA SIRIACA, CALDEA, HEBREA, GRIEGA Y LATINA.

Notable y misteriosa cosa es que en las significaciones de este nombre María en lengua de siria y caldea y hebrea, griega y latina se encierren cinco títulos y renombres, en que nos pudiéramos detener escribiendo de cada uno muchas perfecciones de la sacratísima Virgen. Mas quiérolos resumir y juntamente tocar cinco principales fiestas que de la Virgen María se celebran en la Iglesia católica.

Señora. María en lengua siríaca quiere decir señora, como canta la Iglesia en el himno, *oh gloriosa Domina, excelsa supra sidera.* Este su señorío, que declara muy bien San Ildefonso, celebra la Iglesia en la fiesta de su Anunciación, cuando el Angel arrodillado delante de ella como delante de su Señora la adoró diciendo: El Señor es contigo.

Estrella. María en lengua caldea quiere decir estrella; y así como cuando nace la estrella del mar, que los antiguos llamaban Cástor y Póllux, y nosotros decimos Santelmo, cesan las tempestades y viene la bonanza, así cuando nació en el mundo esta estrella del mar, Madre de Dios, santa y siempre Virgen dichosa y puerta del cielo, como canta la Iglesia en el *Ave, maris stella,* cesaron las tempestades y comenzó la bonanza del mundo; y este su nacimiento se celebra en el día de su Natividad.

Amarga. María en lengua hebrea quiere decir amarga o mirra. Esta amargura, mucho mayor que la de Noemi cuando perdió a su marido e hijos, tuvo María Virgen en la pasión y muerte de su Hijo Jesucristo; denunciósela el santo Simeón (1) y se celebra fiesta de la Purificación y se cantan sus dolores, diciendo: *Stabat Mater dolorosa, etc.*

Soberana. María en lengua griega quiere decir soberana o levantada, y así lo fué sobre todos los cielos y sobre todos los ángeles el día de su

---

1 Luc., II, 35.

Asunción, que celebra la Iglesia, diciendo: *Assumpta est Maria in caelum, gaudent Angeli, etc.*

María en latín, que poco va en el acento, significa mares y es excelente título para María, porque es más abundante de gracias y perfecciones que el mar y mil mares que hubiese de agua. Y así como todos los ríos entran en el mar, *mare non redundat* (1), así siempre la Virgen es *gratia plena* desde el punto de su concepción, fiesta que celebra la Iglesia en memoria de su pureza, aunque siempre iba aumentando en su alma mayor gracia con las nuevas obras de nuevo merecimiento que hacía. Porque aunque estaba llena según la capacidad que de presente tenía, mientras más iba mereciendo de nuevo, más se dilataba la capacidad para poder recibir más gracia de nuevo, y así con mucha razón la saludamos, diciendo: *Ave, María, gratia plena.*

ORACION

Ave, María. Llena de gracia, como mar abundante, levantada sobre todos los cielos y coros de los ángeles: por lo mucho que padeciste con la amargura de tu corazón en la muerte de tu Unigénito Hijo, te suplicamos que en las tempestades de nuestros trabajos y tribulaciones, como estrella del mar y señora de todo lo criado, nos consueles, animes y favorezcas.

DECIMO MISTERIO

EN QUE SE PONEN DIEZ VIRTUDES QUE TIENE ESTE NOMBRE MARIA, EN QUIEN DEVOTAMENTE LE NOMBRARE, COLEGIDAS DE LAS PALABRAS DE LA MISMA VIRGEN Y DE SU HIJO CRISTO JESUS.

El fin e intención con que he escrito estos misterios es para mover los ánimos a mayor devoción de este nombre de María, y que le traigan lo más continuamente que pudieren en la boca, diciendo al principio de sus pláticas o de las cartas que escribieren Ave, María, o Jesús María, por las grandes virtudes que resultan en nombrarle así. Y por último misterio quiero recopilar diez virtudes, entre otras muchas, que tiene. Y aunque pudiera escribir de esto y de las muchas maravillas que han acontecido con este nombre un gran libro y referir muchos autores y santos que de esto escriben, conténtome con decir solamente diez; y por autor a la misma Virgen María y a su Hijo escribiendo las mismas palabras que dijo por su boca santísima, y se hallarán en el primer libro de las *Revelaciones* de Santa Brígida en el capítulo noveno y cincuenta. Y el libro de estas *Revelaciones* es aprobado antiguamente por Concilios y papas, y ahora con aprobación de nuestro santo Padre Paulo V se ha impreso de nuevo en Roma. Dice, pues, la Virgen así.

Filius meus quantum etiam honoravit nomen meum, audi. Nomen meum est Maria, sicut legitur in Evangelio, etc. Oye, hija mía,

1 Eccles., I, 7.

Diez virtudes de este nombre.

dice la Virgen hablando con Santa Brígida, cuanto ha honrado mi hijo este mi nombre, que es María, como se lee en el Evangelio, y contando las diez virtudes con este orden.

1. Alegría de los ángeles del cielo.

Hoc nomen cum Angeli audiunt, gaudent in conscientia sua, et regratiantur Deo, qui per me et mecum talem gratiam fecerit, quod vident ipsi humanitatem filii mei in Deitate glorificatam. Cuando los ángeles oyen este mi nombre se alegran y dan gracias a Dios que por mí han recibido tanta gracia, que ven la humanidad de mi hijo glorificada en el cielo junta con la Divinidad, etc. y así podemos contar por primera virtud de este nombre alegría de los ángeles del cielo.

2. Cuidado de los ángeles de la guarda.

Angeli etiam boni audito hoc nomine statim appropinquant magis justis, quibus dati sunt ad custodiam, etc. Los ángeles buenos de la guarda cuando oyen este mi nombre se llegan más cerca de los justos, etc., y así es el segundo fruto la mayor guarda de los ángeles.

3. Espanto de los demonios.

Omnes etiam daemones verentur hoc nomen et timent, etc. Los demonios temen y reverencian este mi nombre, y así es el tercer fruto ser horror y espanto de los demonios.

4. Defensa en las tentaciones.

Qui audientes hoc nomen Maria, statim reliquunt animam de unguibus quibus tenebant eam, sicut enim avis quae praedam per ungues et rostrum habet, si audierit sonum aliquem, relinquit praedam, et cum nihil operis sequi videt, statim revertitur ad eandem, etc. Los demonios oyendo nombrar este nombre de María, sueltan el ánima que tenían ya en las uñas, así como el halcón o ave de rapiña, cuando oye algún sonido, suelta de las uñas la caza, pero si no ve que se sigue alguna obra, luego se torna a ella; así hacen los demonios, que sueltan el alma que tienen cazada; pero si no ven que se enmienda, luego vuelven a ella, y es la cuarta virtud del nombre de María defender en las tentaciones.

5. Lanza los demonios.

Nullus etiam tam frigidus ab amore Dei est, nisi sit damnatus, si invocaverit hoc nomen, hac intentione ut numquam reverti velit ad opus solitum, quod non discedat ab eo statim diabolus et nunquam amplius revertitur ad eum, nisi resumpserit voluntatem peccandi mortaliter. Tamen quandoque permittitur ei turbare eum propter majorem remunerationem ejus, sed non possidere, etc. No hay hombre tan frío en el amor de Dios, si no es condenado, que invocando este nombre con intención de nunca más volver a sus malas obras, de quien el demonio no salga. Y no torna a entrar en él, si él no tornare a consentir con su voluntad en pecado mortal, aunque algunas veces permite Dios que el demonio le turbe para mayor remuneración pero no para que le posea, etc. Y así la quinta virtud es que lanza los demonios.

6. Consuelo de las almas del purgatorio.

La sexta virtud de este nombre es que alegra y consuela las almas del purgatorio. *Illi qui in purgatorio sunt, ultra modum gaudent, tanquam aeger in lecto jacens si audierit ab aliquibus verbum solatii quod ei placet in animo, et statim exultat, etc.* Los que están en purgatorio se alegran y regocijan cuando oyen este mi nombre, como el enfermo cuando oye palabras de consuelo que alegran su ánimo. Estas seis virtudes están escritas en el capítulo noveno y del

capítulo cincuenta se coligen otras cuatro que promete el Hijo de Dios a su benditísima Madre por medio de su nombre María.

7. Contrición.
8. Satisfacción.
9. Fortaleza
10. Bienaventuranza.

La séptima es que causa contrición de pecados; la octava, satisfacción de obra; la novena, fortaleza para bien obrar; la décima y última, el reino de los cielos. Y que no negará el Señor cosa que se pidiere mediante este nombre de María. Las palabras de la Virgen y su hijo son éstas. Dice la Virgen: los que están en el mundo tienen necesidad de tres cosas: la primera, contrición de sus pecados; la segunda, satisfacción; la tercera, fortaleza para bien obrar. Responde el hijo: Cualquiera que invocare tu nombre y tuviere esperanza en ti con propósito de enmendarse, estas tres cosas se le darán, y demás de éstas el reino de los cielos. Porque me son tan dulces tus palabras, que no puedo negarte lo que me pides, porque lo que yo quiero quieres tú, etc. *Habitatores ejus indigent tribus: Primo, contritione pro peccatis; secundo satisfactione; tertio, fortitudine ad faciendum bona. Respondit Filius: Omnis quicumque invocaverit nomen tuum, et spem habet in te cum proposito emeudandi commissa, ista tria dabuntur ei, insuper et regnum caeleste, tanta cuim est mihi dulcedo in verbis tuis, ut non possim negare quae petis, quia nihil aliud vis, nisi quod ego, etc.* Estas son las palabras formales reveladas de Jesús y María. Con estas promesas, mediante los misterios de este benditísimo nombre, pidámosla que interceda para que se nos cumplan diciendo con la mayor devoción que pudiéramos.

ORACION

Ave, María. Dios te salve, María, cuyo benditísimo nombre alegra los ángeles, espanta los demonios, consuela las ánimas del purgatorio, afervora los tibios y fríos en el amor de Dios. Concédenos, Señora, por la virtud de tu santísimo nombre María, que los buenos ángeles nos guarden, los demonios nos dejen y que alcancemos en esta vida contrición, satisfacción y fortaleza para bien obrar y después de ella la vida eterna. Amén.

LOS QUINCE MISTERIOS DE LA VIRGEN MARIA.

Así como se rezan quince misterios en el rosario, ordenado por el glorioso santo Domingo, cinco gozosos, cinco dolorosos y cinco gloriosos, así se pueden rezar otros quince misterios de Nuestra Señora, y decir quince misas y ejercitarse el alma en quince devociones para perfección de la vida.

Los cinco misterios gozosos.

Buenos pensamientos.
Oración mental.
Buenos propósitos.

La Concepción de Nuestra Señora. Dícese la misa de la Concepción cuya fiesta se celebra a 8 de diciembre, y el alma se ha de ejercitar y pedir a Nuestro Señor por medio de este misterio buenos conceptos interiores, que son de tres maneras. La primera, buenos pensamientos y resistencia contra los malos; la segunda, buena oración mental; la tercera, los buenos propósitos y actos interiores de la voluntad que nacen de los buenos pensamientos.

Segundo. La Natividad de Nuestra Señora, cuya fiesta se celebra a 8 de setiembbre. En honra y gloria de este gozo el alma su devota se ejercite en la renovación de toda su vida como si entoncees naciese para servir a Dios. Renueve lo que profesó en el bautismo y lávese con las lágrimas de contrición de los pecados que hasta entonces hubiere cometido, para que torne a vestir la vestidura blanca que le pusieron con que ha de ir al cielo. Lo segundo, renueve y torne a hacer sus votos, si los hubiere prometido a Dios, y lo tercero, renueve los propósitos de las virtudes y las buenas intenciones que hubiere tenido en la oración.

Renunciación de lo que propuso en el bautismo.

Renunciación de los votos.

Tercero. La Presentación al templo cuya fiesta se celebra en 21 de noviembre; en honra y gloria de este gozo procure guardar los estatutos de su Religión, oir la misa y tener la oración vocal con la mayor atención y devoción que pudiere, pidiendo a Nuestra Señora le alcance para ello gracia y espíritu.

Observancia.

Misa.

Cuarto. El desposorio de la Virgen con San José. En honra y gloria de este gozo sea muy devoto de este glorioso santo y los religiosos consideren lo que están obligados a hacer, pues tienen tal esposo como Cristo. Los casados procuren de guardar bien las obligaciones del estado del matrimonio; para celebrar esta fiesta se diga la misa de la vigilia del Nacimiento de Cristo con el evangelio *Cum esset desponsata, etc.*

Dévoción de San José.

Guarda del matrimonio.

Quinto. Nuestra Señora de la O, que se llama *Expectatio partus,* o Nuestra Señora de la Esperanza, y se celebra la fiesta ocho días antes del Nacimiento de Cristo, a 17 de diciembre, en honra y gloria de la virginidad de Nuestra Señora y de la esperanza que tenía de parir a su Unigénito Hijo. Procure el alma y proponga la mayor castidad y honestidad que pudiere, y confianza y esperanza en Dios con propósito de hacer las obras más agradables a su divina Majestad que fuere posible.

Castidad.
Confianza.
Propósitos.

Los cinco dolorosos.

Primero. La Purificación de Nuestra Señora que se celebra a 2 de febrero. Procure el alma hacer penitencia verdadera con que purificarse teniendo buena contrición, confesión y satisfacción.

Penitencia.

Segundo. El destierro de Nuestra Señora, cuando fué huyendo a Egipto, y dícese la misa del día de los Inocentes. En honra y gloria de este destierro y huída de la Virgen proponga el alma huir y apartarse de todas las malas ocasiones; y lo segundo procure una verdadera renunciación de todo lo criado abrazándose con solo Cristo Jesús; y lo tercero huya de conversaciones y pláticas guardando el mayor recogimiento y silencio que pudiere.

Huir de las ocasiones.

Renunciación.

Recogimiento.

Tercero. Nuestra Señora del pie de la Cruz; dícese la misa de *Beata Virgine, tempore paschali,* con el evangelio: *Stabat autem juxta crucem Jesu, etc.*, y por los dolores que allí sintió pida a la Virgen le alcance buena muerte, devoción y compasión de Cristo crucificado.

Buena muerte.

Devoción.

Compasión.

Cuarto. Nuestra Señora de las Angustias, en el cual misterio se consideran las angustias que la sacratísima Virgen padeció en los siete derramamientos de sangre de su Hijo, y viendo la dureza y desagradecimiento de los judíos y pecadores y considerando las graves

Los siete derramamientos de sangre.

penas del infierno con que muchos eran y habían de ser atormentados. Procure el alma compadecerse y afligirse de las penas de Cristo, de los muchos pecados que hay en el mundo y de las muchas almas que se condenan. Para este misterio se dice la misa de *Passione Domini* con el evangelio, *Sciens Jesus quia jam omnia consummata sunt, etc.*

Compasión de Cristo. De los pecadores. De los condenados.

Quinto. Nuestra Señora de la Soledad, en memoria de la soledad que la Virgen sintió cuando dejó a su Unigénito en el sepulcro. Puédese decir la misa de la cruz, *Nos autem gloriari oportet, etc.*, y el alma devota busque soledad, sufra los desamparos y pocos favores del mundo y el ser afrentada, desconocida y desestimada de todos.

Soledad. Paciencia en los disfavores. En las afrentas.

Los cinco gloriosos.

Primero. La gloria de la Virgen María en ser Madre de Dios. Dígase la misa del común de Nuestra Señora, *a Nativitate ad Purificationem,* con el evangelio, *Pastores loquebantur ad invicem,* y en honra de este misterio procure el alma imitar a Cristo como a Padre y a la Virgen como a Madre y guardar perfectamente la ley.

Amor de Cristo. Amor de la Virgen. Guarda de la ley de Dios

Segundo. El segundo misterio glorioso de la Virgen es ser Reina y Señora de los ángeles y de toda la bienaventuranza, en cuya memoria se canta aquella antífona *Ave, Regina coelorum.* Puédese decir misa de los ángeles, y en honra y gloria de este misterio ser el alma muy devota de ellos imitando sus nueve virtudes.

Imitación de los ángeles.

Tercera. La tercera gloria de la Virgen es ser madre de misericordia y abogada de los pecadores, en cuya memoria se dice la *Salve, Regina* y la misa del común de la Virgen, *a Purificatione usque ad Pascha.* Procuren sus devotos ponerla siempre por intercesora para alcanzar perdón de sus pecados y librarse de todos los males así espirituales como temporales y alcanzar los bienes que desea.

Intercesión de la Virgen para alcanzar perdón. Librarse de males. Alcanzar bienes.

Cuarto. Nuestra Señora de las Nieves, en memoria del milagro que hizo para la fundación de la Iglesia de Santa María la Mayor de Roma y en memoria de todos los milagros que esta Señora ha hecho, hace y hará en todo el mundo. Tiene misa propia que se celebra a cinco de agosto. Procure el alma en memoria de este misterio glorioso pedir a Dios los siete dones del Espíritu Santo y ejercitarse en obras heróicas y glorificar y ensalzar a la Virgen en sus milagros.

Siete dones. Obras heróicas. Glorificar a la Virgen.

Quinto. Nuestra Señora del Rosario, y del Carmen y de todas las Cofradías y Religiones dedicadas a la Virgen María. Hay misa propia de Nuestra Señora del Rosario. Procure el alma en honra de este misterio rezar el rosario de Nuestra Señora y ser cofrade de la Cofradía del Carmen. Y encomendar a Dios todas las Cofradías y Congregaciones de la Virgen.

Rosario. Escapulario del Carmen. Hermandad de otras Cofradías.

REGLA DE LA VIRGEN MARÍA

MAESTRA DE TODA PERFECCION PARA LAS ALMAS SUS DEVOTAS, COLEGIDA DE LAS PALABRAS DE LA MISMA VIRGEN Y DIVIDIDA EN SIETE CAPÍTULOS Y VEINTICINCO PUNTOS.

PROLOGO

A LOS DEVOTOS DE LA VIRGEN NUESTRA SEÑORA

La Sabiduría labró una casa fundada sobre siete columnas etc. (1). Esta sabiduría, según se colige de nuestra madre la Iglesia en las festividades que celebra de Nuestra Señora, es la misma Virgen, maestra de toda perfección, que así còmo su hijo se deleita de morar en los corazones de los justos, ella escoge para su habitación las almas perfectas de sus devotos y fabrica la casa de la perfección sobre siete columnas, que son siete reglas que se coligen de las siete palabras que los evangelistas escriben haber ella hablado, y de todas siete se sacan veinticinco puntos de perfección o virtudes heróicas que ella más ejercitó y más le agradan que ejerciten y procuren sus devotos, de que se pueden escribir veinticinco párrafos de esta regla. Y bienaventurados serán los que las oyen y caminan por estos caminos, que el que las hallare hallará la vida y salud eterna en el Señor.

CAPITULO PRIMERO

Del recato, castidad y honestidad que enseña la Virgen María a sus devotos en esta primera palabra que habló con el ángel: «*Quomodo fiet istud, quoniam virum non cognosco?*: *¿Cómo será eso que no conozco varón*? (2).

§ 1.—*Del recato.*

Si tratares con cualquier hombre, aunque te parezca ángel del cielo, y en sus razones o palabras hubiere algún olor o apariencia de cosa no tan casta, túrbate, teme, considera y piensa a qué propósito te dice aquellas palabras, y procurando castidad, respóndele ¿cómo puede ser eso que tengo hecho voto y propósito firme de ser casta? Que el que se pone en ocasiones o en pláticas peligrosas caerá no guardando como debe el recato.

§ 2.—*De la castidad.*

Guarda con toda diligencia en obras, palabras y pensamientos el voto o propósito que hubieres hecho de ser casta, renovándole y

1 Prov., IX, 1. 2 Luc., I, 34.

repitiéndole muy a menudo; y si alguna tentación deshonesta te viniere, responde: ¿cómo puede ser eso, que tengo hecho voto y firme propósito de castidad?

§ 3.—*De la honestidad.*

Haz concierto con tus ojos que no miren al rostro de nadie (1); porque del mirar suelen saltar centellas deshonestas, y procura traer siempre los ojos bajos, que la castidad nace del recato y honestidad.

CAPITULO II

Del amor de Dios, obediencia y mortificación contenidas en esta segunda palabra que la Virgen habló al ángel: «Ecce ancilla Domini, fiat mihi secundum verbum tuum» (2): *Ves aquí la esclava del Señor, se haga en mí según la tu palabra.*

§ 4.—*Del amor de Dios.*

Amarás a tu Señor, Dios, de todo tu corazón, fuerzas y potencias y con toda tu voluntad (3), rindiéndote a la divina y deseando que solamente se cumpla la voluntad de Dios en sabiendo que alguna cosa lo es, aunque las contrarias te parezcan más santas y justas. Y lleva por regla guardar bien los mandamientos, que en esto consiste el verdadero amor de Dios.

§ 5.—*De la obediencia.*

El confesor, el prelado y cualquier superior es ángel del Señor de las batallas por quien Dios anuncia su divina voluntad a los súbditos, y el que a ellos oye a Dios oye y el que los menosprecia, menosprecia a Dios (4). Y según esto procura de obedecer con sinceridad, presteza y alegría a todo lo que el prelado te mandare, sin réplica, detenimiento, tristeza ni discursos o razones, que hallarás inefables tesoros en la perfecta obediencia.

§ 6.—*De la mortificación.*

El que no mortificare sus apetitos, pasiones, amor propio y propio juicio diciendo en todo lo que se le ofreciere *ecce ancilla Domini,* etc., no llegará al verdadero amor de Dios y obediencia, que nacen de este cuchillo de piedra de la mortificación.

---

1 Job., XXXI, 1.
2 Luc., I, 38.
3 Deuter., VI, 5.
4 Luc., X, 16.

CAPITULO III

Del amor del prójimo, misericordia y benignidad que se coligen de las palabras que la Virgen habló en la visitación de su prima Santa Isabel.

§ 7.—*Del amor del prójimo.*

Amarás a tu prójimo como a ti mismo (1), abrazando y teniendo a cualquier hermano en las entrañas de Jesucristo, así como yo amé y serví a Isabel, pues el fin de la ley es la caridad de corazón puro, conciencia buena y fe no fingida (2), y este mandamiento ancho, porque llega hasta el amor de los enemigos, es el remate de toda la perfección, y no puede nadie tener amor de Dios sin amor del prójimo (3).

§ 8.—*De la misericordia.*

Ejercita con todos los que pudieres las obras de misericordia así corporales como espirituales, imitándome a mí, que con las palabras de mi salutación quedó santificado en el vientre de su madre el niño Juan. Que yo y mi hijo más que el sacrificio queremos la misericordia (4).

§ 9.—*De la benignidad.*

No salga de tu boca palabra airada, desabrida, ni mal criada, o que de cualquier manera pueda hacer daño en tu prójimo, sino que sean siempre tus palabras como las que yo hablé a mi prima Isabel cuando la saludé, mansas, afables, humildes, agradables y llenas de toda benignidad.

CAPITULO IV

Del verdadero espíritu de la Virgen María que se colige del canto del «Magnificat», en el cual se declara que el que quisiere buen espíritu procure de la oración sacar por fruto estima de Dios, alegría espiritual, humildad profunda, agradecimiento a los beneficios, temor, fervor y unión con Cristo.

§ 10.—*De la estima y engrandecimiento de Dios.*

Engrandece mi alma a Dios en cuya comparación y de cualquier cosa de su servicio, por pequeña que sea, tiene en nada y no hace caso de cualquier grandeza de este mundo, porque cuando la oración es verdadera nace la perfección del conocimiento de las excelencias divinas y de la estima de Dios.

§ 11.—*De la alegría espiritual.*

Regocijóse mi espíritu en Dios, que es mi salud (5), y si me quieres agradar, huye del espíritu triste que seca los huesos (6) y alégra-

---

1 Marc., XII, 31.
2 I ad Thimoth., I, 5.
3 I Joan., IV, 20.
4 Matth., IX, 13.
5 Luc., I, 47.
6 Prov., XVII, 22.

te una y otra vez en el Señor siendo tu modestia conocida de los hombres (1). Que si quieres bien a tu Dios y consideras quién es, la gloria eterna que tiene y los infinitos bienes que posee, no dejarás de conseguir en tu espíritu la alegría espiritual.

§ 12.—*De la humildad.*

Grandes mercedes me hizo el que es poderoso (2) y Cristo Jesús, su santísimo nombre, que así como abate y resiste a los soberbios, ensalza y da gracia a los humildes (3); y pues yo lo fuí tanto y me deseas agradar, tente en la más baja posesión que pudieres, desea y sufre las afrentas por Dios. Ejercítate en obras bajas, gusta ser despreciado del mundo y procura con todas tus fuerzas y pide en tus oraciones la profunda humildad.

§ 13.—*Del agradecimiento.*

Así como el desagradecimiento cierra las puertas de la divina misericordia y detiene las manos de su magnificencia y liberalidad, así el alma que agradece las grandes mercedes que Dios ha hecho y hace al mundo de generación en generación y los beneficios particulares que hubiere recibido, recibirá de Dios grandes bienes, pues no le podemos pagar tan gran deuda con otra cosa mejor que con amor y agradecimiento.

§ 14.—*Del temor.*

El temor es principio de la sabiduría (4), que junta y enclava nuestro corazón con el de Cristo crucificado, y hace Dios grandes mercedes a los que le temen con temor reverencial, filial o servil, y pues el que teme a Dios hará grandes bienes, si me quieres agradar procura alcanzar este temor.

§ 15.—*Del fervor.*

A los que tienen hambre y sed de justicia y fervorosos deseos de servir a Dios, hinche y llena el Señor de sus bienes (5), y suyo es el reino de los cielos, y tienen hartura en esta vida y en la otra (6); y así huye lo más que pudieres de la tibieza, frialdad y relajación y reza, ama a Dios y sírvele con fervor.

§ 16.—*De la unión con Cristo.*

Recibió Israel su Cristo de mano del Padre Eterno que se le envió al mundo acordándose de su misericordia prometida a Abrahán y sus descendientes (7); y pues este niño, Cristo, fué concebido y nació de mis entrañas, si me quieres ser muy agradable, procura imitarle y traerle en tu presencia y júntate con él con verdadera unión.

---

1 Ad Philiph., IV, 5.
2 Luc., I, 49.
3 Jacob., IV, 6.
4 Prov., I, 7.
5 Luc., I, 53.
6 Matth., V, 6.
7 Luc., I, 54, 55.

CAPITULO V

De la penitencia, paciencia y perseverancia que se coligen de las palabras que la Virgen dijo a su Hijo cuando le halló en el templo: «Fili, quid fecisti nobis sic? Pater tuus et ego dolentes quaerebamus te, etc. (1): *Hijo, ¿por qué lo habéis hecho con nosotros así? que vuestro padre y yo con dolor os buscábamos.*

§ 17.—*De la penitencia.*

Si yo tuve gran dolor y con él busqué a mi hijo (2), no le habiendo perdido del alma, procura tú, si le has perdido con el pecado mortal, buscarle con verdadero dolor de contrición llorando tus pecados, confesándote de ellos y satisfaciendo con la segunda tabla después del naufragio, que es la penitencia.

§ 18.—*De la paciencia.*

Sufre tus tribulaciones corporales o espirituales, y principalmente la sequedad de espíritu, si quieres hallar a Dios. Porque no corona sino a los que pelean (3), ni le hallan amoroso sino los que en las mayores contradicciones le buscan con paciencia.

§ 19.—*De la perseverancia.*

El que perseverare hasta el fin será salvo (4); y pues este mundo es valle de lágrimas, dolores y descontentos, no desmayes hasta hallar a Cristo perseverando en tus ejercicios y trabajos, que todo el bien se consigue con la perseverancia.

CAPITULO VI

De la pobreza, templanza y celo que se contienen en estas palabras que la Virgen habló a su hijo en las bodas de Caná de Galilea: «Domine, vinum non habent» (5): *Señor, no tienen vino.*

§ 20.—*De la pobreza.*

Si en las bodas donde yo y mi hijo nos hallamos faltó el vino, que es lo más necesario de las mesas, y yo y él fuimos pobres y él escogió por discípulos pescadores pobres (6), y da por premio a los pobres el reino de los cielos, mis devotos abracen y procuren con gran alegría y contento la verdadera pobreza.

§ 21.—*De la templanza.*

El vino y la embriaguez quitan el corazón (7) y en los que lo beben con demasía y de él se embriagan, mora la lujuria (8); procura tú, siguiendo los caminos de los santos, darte al ayuno y aspereza

---

1 Luc., II, 48.
2 Luc., II, 48.
3 II ad Timotth., II, 5.
4 Matth., X, 22.
5 Joan., II, 3.
6 Matth., IV, 18-22.
7 Oseae., IV, 11.
8 Ad Ephes., V, 18.

en cama y vestidos, disciplinas, cilicios y abstenerte de vino que no fuere bebido con sobriedad y templanza y como de la mano de Dios.

§ 22.—*De la intercesión.*

Intercede y ruega por todos los estados de la Iglesia y por todas las almas a quien faltare el vino de la gracia, devoción y espíritu, que es muy agradable al Señor, cuando olvidada el alma de sí y de pedir sus cosas, pidiere para los hermanos o deseare la honra y gloria de Dios con verdadero celo.

CAPITULO VII

Del gobierno, consejo y confianza colegidas de la última palabra que la Virgen dijo a los ministros: «Quodcumque dixerit vobis, facite»: Todo lo que os mandare mi hijo, hacedlo (1).

§ 23.—*Del gobierno.*

El que tuviere súbditos que gobernar, y aunque no los tenga, pues a todos ha mandado el Señor tener cuidado de su prójimo, encamíneles siempre a que cumplan todo lo que el Señor mandare, que llevando respecto a solo esto acertará al verdadero gobierno.

§ 24.—*De la confianza.*

Aunque parezca que falta lo necesario para la vida, no te apartes de Dios y haz lo que te manda, que pues sustenta las avecillas y viste los lirios del campo (2), y no hay padre que, si su hijo le pide pan, le dé piedra, y si le pide huevo, le dé escorpión (3), y él es tu verdadero padre, sé cierto que no te faltará convirtiendo el agua de tus trabajos en vino de refrigerio, si esperas en él con verdadera confianza.

§ 25.—*De la observancia.*

Todo lo que os mandare Cristo, hacedlo, que el que quebrantare uno de sus mínimos mandamientos será mínimo en el reino de los cielos (4). Guarda, si te quieres salvar y llegar a la perfección, lo que el Señor te manda en sus diez mandamientos y en los cinco de la Iglesia, los estatutos y reglas de tu Religión y las obligaciones de tu estado. Que el principio, medio y fin de toda la devoción que conmigo quieres tener y el camino más derecho para la santidad es la perfecta observancia.

De las siete maneras con que se puede ejercitar esta regla.

Estas son las siete reglas y veinticinco puntos de las virtudes heróicas que en sí contienen. Y para más provecho de las almas, quiero declarar siete maneras de ejercicios con que pueden hacer mayor fruto.

---

1 Joan., II, 5.
2 Matth., VI, 28.
3 Luc., XI, 11.
4 Matth., V, 19.

Y sea primero: son estas siete reglas siete puntos de meditación para los siete días de la semana, que cada día se puede leer y meditar una regla y los tres puntos de ella. Lo segundo, aprovechan para el ejercicio de las virtudes heróicas contenidas en estos veinticinco puntos, que por el orden de ellas puede el alma ir haciendo actos interiores con que se gana gran merecimiento. Lo tercero, sirve para imitar las virtudes de que la Virgen María más se preció, y alcanzar su mayor devoción. Lo cuarto, son estas siete reglas para bien vivir, que trayéndolas siempre en la memoria, el alma alcanza mayor perfección. Lo quinto, contienen estos veinticinco puntos y suman en sí la doctrina más importante que el confesor o maestro de espíritu puede enseñar a sus discípulos para por este orden ir guiando sus almas a la mayor santidad. Lo sexto, estas siete palabras de la Virgen sirven de oraciones jaculatorias para responder con ellas a las tentaciones del enemigo y afervorarse el alma en su oración y espíritu.

Finalmente, con estas reglas y puntos se examina cada uno su espíritu y descubre las faltas e imperfecciones que tiene para quitarlas y perfeccionarse. Pongamos por caso: en el recato piensa las ocasiones que tiene de torpeza. En la castidad las obras, palabras o pensamientos que admite contrarios a esta virtud. En la honestidad, la descompostura exterior. En el amor de Dios, obediencia y mortificación, examina sus tibiezas, desobediencia y entereza en el amor propio y no se mortificar. En el amor del prójimo, misericordia y benignidad, examina las iras y rencores que tiene el corazón, la falta de misericordia para con sus hermanos y las palabras duras que les habla. En la estima, el desprecio que tiene de las cosas divinas y cuánto caso hace de las cosas del mundo. En la alegria espiritual, la amargura que trae en su corazón. En la humildad, sus soberbias y presunciones. En el agradecimiento, temor, fervor y unión que había de tener con su Dios, piensa cuán desagradecido es, con cuán poco temor de Dios vive y con cuánta frialdad y olvido de Dios. Y en la penitencia, paciencia y perseverancia examine cuán poca penitencia hace, su poco sufrimiento y su inconstancia. En la pobreza, templanza y celo considere su avaricia, gula y poco caso que hace del bien de las almas. Y finalmente en la confianza, gobierno y observancia examine en sí mismo la desconfianza y mal gobierno que tiene, y cómo a cada paso quiebran las leyes; con este conocimiento propio se alcanza mucha virtud y perfección.



IOSEPHINA.

SVMMARIO DE LAS EXCELENCIAS DEL GLORIOSO S. IOSEPH.

Esposo de la Virgen MARIA.

Recopilado de diversos Autores por el Maestro Fray GERONIMO GRACIAN de la Madre de Dios, de la Orden de nuestra Señora del Carmen.

16 09

EN BRVSELLAS

En casa de IVAN MOMMARTE, detras de la casa de la Villa. Año 1609.

JOSEFINA

A LA SERENISIMA INFANTA DE ESPAÑA D.ª ISABEL CLARA EUGENIA, SEÑORA DE TODOS LOS ESTADOS DE FLANDES.

El santo Concilio Tridentino, serenísima señora, nos amonesta y ordena que seamos muy devotos de los santos, y que los tratemos con mucha veneración, y los pongamos por intercesores y abogados para con Nuestro Señor Jesucristo y la sacratísima Virgen María, su madre. Porque esta devoción e intercesión es de las cosas más aprobadas, más antiguas, más santas y más conformes a los divinos decretos que tiene nuestra madre la Iglesia Católica. Y esto mismo nos aconsejan los santos Sínodos generales VI y VII y los Concilios Aurelianense I, Gerundinense V, Toledano II, Bracarense III, Maguntino y Calcedonense, diciendo, que en todas nuestras ocurrencias, aflicciones y necesidades invoquemos los santos para que nos ayuden y veneremos sus fiestas y reliquias. Y como dice Tertuliano, antiquísima cosa es, quien quisiese alcanzar mercedes de Dios, ponerle delante sus santos, que así lo hizo Moisés diciendo: *Recordare Abraham, Isaac et Jacob, servorum tuorum* (1). Lo mismo dice San Juan Crisóstomo que hicieron los compañeros de Daniel cuando estaba en el horno de Babilonia, y al santo patriarca Job cuando estaba afligido en su muladar aconsejan sus amigos que llame si tiene algún santo devoto para que le favorezca: *Voca si est qui tibi respondeat, et ad aliquem sanctorum convertere* (2).

Son los santos rayos del sol de la divina Justicia, por donde nos viene la luz, como dice Basilio, arroyos que manan del río de cristal, que tiene dentro de sí el abismo de misericordia, Cristo Jesús, y del mar abundante de gracia, María, por donde nos comunican sus bienes, como dice San Juan Damasceno; centellas del fuego infinito que vino a poner fuego de amor de Dios en la tierra y quiere que las almas se abrasen, como refiere el mismo Basilio: son siervos y vasallos amados del Señor y Señora del mundo. Son, finalmente, los privados del Rey eterno, Cristo Jesús, y de la Reina Virgen santísima, su madre, con cuyo medio alcanzamos favor; y teniéndolos por medianeros y abogados ante nuestro Juez eterno, esperamos alcanzar buena sentencia en el juicio final. Y si de cualquier santo podemos esperar favor e intercesión para con Cristo y su madre, y es bueno ser nuestro abogado y devoto ¿cuánto más conviene lo seamos, confiemos, y busquemos la intercesión del glorioso San José, que siendo siervo de Cristo Jesús, tuvo oficio de su padre, y le mandó como si fuera señor; y siendo privado y vasallo del Rey y Reina del Cielo, a la Reina mandó como esposo, y el Rey del cielo le fué súbdito y obedeció como a padre? Esta par-

1 Exod., XXXII, 13. 2 Job., V, 1.

ticularidad no la ha tenido ningún santo; y pues en la bienaventuranza, como dijo la Virgen a Santa Brígida, ella y su hijo no se olvidan de la humildad con que obedecieron a José cuando estaban en la tierra, no hay duda sino que tendrá alguna más particularidad en el cielo para alcanzar lo que por su medio pidiéremos. Esta particularidad dió a entender el real Profeta hablando de nuestro San José en persona de José el patriarca, por estas palabras: *Qui regis Israel, intende, qui deducis* etc. (1), como quien dice: Tú, Señor, que riges a Israel, atiende a nuestros ruegos, tú que te asientas sobre los querubines y guías a José como a oveja, manifiéstase en presencia de Efraín, Benjamín y Manasés. Israel quiere decir el que ve a Dios, por quien podemos entender todos los santos del cielo que gozan de la vista de la divina esencia, y por los querubines todos los ángeles de la bienaventuranza. Y aquel particularizar a José, diciendo que le rige Dios como a oveja, es dar a entender que tiene particular gracia entre todos los santos y ángeles para que Dios atienda a nuestros ruegos mediante su intercesión. Efraín quiere decir el que fructifica; y declaran los santos que por Efraín se entiende el estado de los casados que desean fruto de la bendición y fruto de buenas obras. Benjamín significa hijo de mi mano derecha; y es lo mismo que el estado de los continentes y de los que siguen vida activa, que pelean contra las tentaciones y contradicciones del mundo y tienen necesidad de fuerza de mano derecha de Dios. Manasés, que quiere decir olvido, significa el estado de las vírgenes y de los religiosos que se olvidan de todas las cosas del mundo. Dice, pues, el real Profeta: Tú, Señor, que gobiernas a los santos y a los ángeles, y particularmente eres pastor de José y le guías como oveja, y él te guió como pastor, favorece a cualquiera de estos tres estados, que le llamare y le pusiere por intercesor. Entre los otros santos, unos favorecen a un estado, otros a otro; unos alcanzan una virtud, otros otra; unos son medianeros para una gracia, y otros para otra. Este Santo es medianero, intercesor y abogado de todos los estados, para alcanzar todas las gracias, para todas virtudes y para librar a quien de veras le llamare de todos los trabajos y peligros del mundo.

Por esta causa hice imprimir este Sumario, y he visto por experiencia que en Italia y España ha hecho fruto para mover los ánimos a la devoción de este Santo y de su Esposa; y habiéndole leído los arzobispos de Toledo, Valencia y otros prelados, han ordenado en sus diócesis que el día de San José sea fiesta de guardar; y pretendiendo yo lo mismo en estos estados de Flandes, sujetos a Vuestra Alteza, como se lo prediqué un día en el monasterio de las Descalzas Carmelitas, me pareció sería bien dedicarle este libro, y con él, mi ánimo y voluntad para rogar siempre a Nuestro Señor Jesucristo y a su madre, la Virgen María, y a este glorioso Santo, su esposo, la concedan tanta gracia, espíritu, fervor, devoción y aumento de bienes espirituales y temporales como deseo.

Fr. Jerónimo Gracián de la Madre de Dios.

---

1 Ps. LXXIX, 1.

JOSEFINA

SUMARIO DE LAS EXCELENCIAS DEL GLORIOSO SAN JOSÉ, ESPOSO DE LA VIRGEN MARÍA

PROLOGO AL LECTOR

La devoción del glorioso San José, el provecho de las almas y la ternura que me causaron las lágrimas de unos carpinteros, benigno lector, me movió a escribir este Sumario de sus excelencias. Fué el primer Santo que me cupo en suertes por devoto. Confesé mucho tiempo a la madre Teresa de Jesús que en su devoción fundó los monasterios de Carmelitas Descalzas. Veo que el Redentor del mundo dice excelencias de San Juan Bautista para nuestro provecho, porque mueve mucho al alma y levanta el espíritu ver las excelencias de los santos, y parecióme haría fruto saberse las excelencias de San José. Y acaecióme día de Santa Catalina, del año 1596, estando en Roma hablando con el Maestro del Palacio Sacro, llegar dos carpinteros, mayordomos de la cofradía de San José, a pedirle licencia para imprimir un libro pequeño de oraciones y alabanzas de su Santo; negósela el Maestro y comenzaron a derramar lágrimas con tanta ternura, que a los dos nos enternecieron y a mí me mandó el mismo Maestro que leyese aquel libro, y para escribir del glorioso San José a satisfacción de sus cofrades, honra del Santo y bien de las almas, revolviese las librerías de Roma, que hay muchas y muy grandes, y buscase los libros de que pudiese sacar más cosas que escribir.

LOS LIBROS DE DONDE SE COLIGE ESTE SUMARIO

Busqué en las librerías y he colegido este Sumario de lo que los sagrados doctores escriben sobre algunos lugares de la Biblia donde se hace mención de San José, y de muchas autoridades que se sacan de San Doroteo, San Andrés Cretense, San Atanasio y otros antiguos y raros santos, y se hallan en el libro intitulado *Biblioteca Sanctorum Patrum*, en los libros de Surio y Lipomano en las vidas de San José y fiestas de Nuestra Señora se leen muchas alabanzas suyas, escritas por Simeón Metafrastes, San Bernardo, San Crisóstomo, San Epifanio y otros gravísimos autores. De los *Mariales* que escribieron Canisio y Busto y del *Compendio* de Cedreno, del *Especulo* de Vincen-

cio, *Instituciones* de Viguerio, y de los libros de Eusebio y Nicéforo y otros que escriben historia de la Virgen María Nuestra Señora, he recopilado muchos puntos en alabanzas de su esposo, y también de diversas partes que se coligen de San Gregorio Nacianceno y del Niseno, San Pedro Crisólogo, Alberto Magno, San Juan Damasceno y Santo Tomás de Aquino y otros escolásticos. He leído la *Josefina* de Juan Gersón y una historia de San José que escribió Fr. Juan Fano, de los primeros capuchinos, y lo que se escribe en los *Flos Sanctorum* antiguos y modernos, y en los homiliarios, en sermones diversos de San José. Vino también a mis manos un pedazo de historia de este glorioso Santo que leían los cristianos del Oriente y dicen que fué un sermón predicado por Nuestro Señor Jesucristo a sus discípulos en alabanzas de su padre José; fué traducido de hebreo en latín el año de 1340, y hállase en el libro de la Suma de los dones de San José, que compuso Fr. Isidoro de Isolanis, milanés, dirigido al papa Adriano VI. Este libro me presto Monseñor don Andrés de Córdoba, auditor de la Rota, muy devoto de este Santo. Y pareciéndome que ninguno sabría mejor las particularidades de San José que su esposa. Leí las *Revelaciones* de Santa Brígida, que en muchas de ellas la Virgen María le reveló algunos puntos que me han aprovechado: aprueban este libro los Sumos Pontífices, habiendo sido examinado por algunas Congregaciones de cardenales, como consta por la Bula de la canonización de Santa Brígida. Y porque no me quedase cosa por revolver, informéme de la tradición que ahora tienen los griegos y armenios acerca de la vida e historia de San José, y contóme muchas cosas Juan Siberio de Vera, autor del libro de la *Peregrinación de Jerusalén*, que oyó de boca de Fr. Juan Francisco Salandria, guardián del convento del Santo Sepulcro, y comisario de la Tierra Santa; y demás de esto he leído otros autores, que escribieron de la misma *Peregrinación*, para particularidades que se me han ofrecido.

Parecióme referir estos autores de donde he recopilado este Sumario, porque sé de más crédito a lo que dijere, sabiendo no es invención mía; y porque las pocas palabras que de San José dice la Sagrada Escritura llamándole esposo de María, padre de Jesús, varón justo, y a quien los ángeles revelaron misterios, son tan grandes, tan graves y tan preñadas de conceptos en alabanzas de San José, que si dejásemos discurrir el entendimiento sin llevarle enfrenado con la lectura de otros autores, podría ser que diésemos en algún despeñadero; y por el contrario si nos quedamos encogidos y cortos, sin atrevernos a decir los altísimos loores y soberanas alabanzas que de estos títulos que le da la Escritura se coligen, no se cumpliría con lo que se debe a este Santo, y podría ser se diese disgusto a su esposa y se hiciese deservicio a su querido Jesús, pero yendo nivelado lo que dijere con la doctrina que de santos tan graves se colige, ni tendré recelo de quedar corto ni miedo que ninguno me tenga por arrojado y atrevido.

El estilo que pienso guardar será breve, compendioso, llano y el más claro que yo pudiere, dividiendo esta obra en cinco libros de cinco títulos de San José que se coligen de la Sagrada Escritura,

y cada libro en cinco capítulos, de cinco excelencias que a cada uno de los títulos corresponden. Recíbele, benigno lector, de mano de un indigno hijo de la Orden de Nuestra Señora la Virgen María, que desea en todo tu provecho y rogará en sus oraciones y sacrificios te conceda Nuestro Señor la gracia, virtudes, verdadero espíritu y eterna felicidad que deseas y tienes menester.

LIBRO PRIMERO

DEL PRIMER TÍTULO DE SAN JOSÉ QUE ES SER ESPOSO DE LA VIRGEN MARÍA Y LAS CINCO EXCELENCIAS QUE DE ESTE TÍTULO SE COLIGEN.

PROLOGO DEL LIBRO PRIMERO

Cum esset desponsata Mater Jesu Maria Joseph, etc. (1). Bendito, loado y glorificado sea Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, una esencia y trinidad de personas; y glorifíquenle todos los moradores del cielo, que nos dió en la tierra a tales tres personas, Jesús, María y José. María se parece al Padre en que es madre de Jesús, que le concibió en sus entrañas, como el Padre Eterno le engendró antes que criase el lucero de la mañana (2). Jesús es el mismo Verbo divino que nace de la Madre en cuanto hombre y en cuanto Dios del Eterno Padre. José se parece al Espíritu Santo en ser esposo de su misma esposa María y el que conforta, anima, acompaña, recrea y consuela a María y a Jesús; y así para decir alabanzas de José, tengamos gran confianza que nos consolará, animará, alumbrará y confortará el Espíritu Santo. Quien glorifica al Hijo glorifica al Padre, y quien al Espíritu Santo, glorifica al Padre y al Hijo, porque la esencia del Padre y del Hijo se comunica al Espíritu Santo. Quien honra, loa y bendice a María, honra a Jesús, porque los bienes de la Madre le vienen por el Hijo. Quien honra y alaba a José, da alabanzas a Jesús y María, pues los bienes que se hallan en José redundan de María y Jesús.

Una excelencia, entre otras, tiene María, y es que los evangelistas sagrados escriben de ella muy pocas palabras: llámanla madre de Jesús sin particularizar otros títulos y renombres. Hicieron esto como discretos cortesanos, pues en ley de buena crianza a quien se le ha dado título de majestad, no se puede llamar alteza, y si le han llamado alteza afrenta es decirle señoría. Es tan gran título ser madre de Dios, que habiéndosele dado los evangelistas, no se puede de ella decir otra cosa mayor. En esto se parece José con María, que habiéndole llamado los evangelistas esposo de María y padre de Jesús, y varón justo, cualesquier otros títulos, renombres y excelencias que le dieran no hablaran como buenos cortesanos.

---

1 Matth., I, 18. 2 Ps. CIX., 3.

Muchos han recibido daño por causa de sus mujeres; Eva hizo pecar a Adán (1), Jezabel a Acaz (2), el corazón de Salomón fué depravado por mujeres (3). Dálila entregó a Sansón en manos de sus enemigos (4). Y también por la mujer han venido grandes bienes a otros; Sara parió a Isaac (5) que quiere decir risa. La prudente Abigail conservó la casa de Nabal su marido (6), que, como dice el Sabio: *Mulier bona pars bona* (7), como quien dice, lo mejor que puede tener un hombre en su casa es una buena mujer; y en otra parte: Bienaventurado el que mora con una mujer cuerda (8). Pues ¿cuál será José por ser esposo de María? De esta excelencia suya trataremos en este primer libro explicando las causas de ser bienaventurado por haber merecido tan alto desposorio. De las cuales nombraremos cinco, que dan a entender cinco excelencias de José. La primera, por haber sido elegido por mano de Dios para esposo de su Madre; la segunda, haber sido dotado del Padre Eterno como marido de tal Esposa; la tercera, ser particularmente remunerado de Dios, por haberse servido de María, su esposa, para engendrar, parir y criar a su hijo Jesús; la cuarta, merecido que le sirviese tan alta Señora; la quinta y última, haberle encomendado muchas veçes a Dios la Virgen María en sus benditísimas oraciones.

CAPITULO PRIMERO

De la primera excelencia de San José colegida del título de esposo, que es ser escogido entre todos los mortales, por más conveniente para tal Esposa. Trátase del linaje, patria, nacimiento y desposorio de José.

Linaje y patria de José.

El soberano Artífice del mundo, entre otras obras dignas de su omnipotencia, labró el alma de un carpintero, llamado José, para que fuese dignamente llamado esposo de María y padre de Jesús, que en el leño de la cruz con tres clavos fabricó la salud en medio de la tierra. Fué José de noble linaje, hijo de Jacob, según la naturaleza, como escribe San Mateo (9), y según la ley, de Helí como refiere San Lucas (10). Porque, según se colige de San Juan Damasceno (11) y S. Epifanio y otros muchos autores, contando el linaje y descendencia desde David por la vía de Salomón, como le cuenta San Mateo, Matan engendró a Jacob y Jacob fué el padre natural que engendró a José. Pero contando el linaje por la línea de Natan, hijo de David, como lo escribe San Lucas, Leví fué padre de Melqui y de Panter, Panter de Barpanter; Barpanter de Joaquín, y Joaquín de la Virgen María. Este Melqui se casó con la madre de Jacob, quedando viuda de Matán, y engendró en ella un hijo, llamado Helí. Este Helí se casó y murió sin hijos; y porque mandaba la ley que cuando el marido muriese sin hijos, se tornase a casar la viuda con el hermano del marido muerto y el hijo que pariese se llamase

1 Gen., III, 6.
2 III Reg., XXI, 5-14.
3 III Reg., XI, 1-8.
4 Judic., XVI,
5 Gen., XXI, 1-6.
6 I Reg., XXV.
7 Eccli., XXVI, 3.
8 Eccli., XXV, 11.
9 Matth., I, 16.
10 Luc., III, 23.
11 MG. 94, 1158.

hijo del primero, aunque le engendrase el segundo, se vino a casar la viuda de Helí con Jacob, y engendró a José, que fué su padre natural, mas según la ley hijo de Helí, y así José tuvo dos padres, uno natural que fué Jacob y otro legal que fué Helí.

Nacimiento de San José y de Nuestra Señora.

Nació San José en Belén de Judea, que está una legua de Jerusalén; y aunque noble, dicen los armenios que vino a pobreza, y fué necesario vender el poco patrimonio que tenía en Belén y aprender arte de carpintero, con que se fué a morar a Jerusalén para sustentarse y gozar de los sacrificios del santo templo. Y estando en Jerusalén el año de la creación del mundo 3945 (1), nació la soberana Virgen en las casas de su madre Santa Ana, que están a la puerta Aurea de aquella ciudad, y cuando llegó a edad de tres años fué presentada en el templo, donde estuvo once, ejercitándose en altisima oración, contemplación, virtudes y obras de labor para el culto divino, gozando de extraordinarios consuelos del Espíritu Santo, visiones, revelaciones y conversación con ángeles, que le traían manjar celestial para su sustento, como se colige de San Gregorio Nicomediense y del Niseno, San Juan Damasceno, Simeón Metafrastes y otros autores (2).

De la vida de Santa María en el templo.

Cumplidos los catorce años, que era tiempo en que daban marido a las vírgenes que en el templo se criaban, deliberaron los sacerdotes de desposarla, aunque, como dice San Gregorio Niseno, les parecía cosa indigna sujetar con leyes de matrimonio a hombre mortal un alma y cuerpo de tan angelicales costumbres. Y oyéndole decir que tenía hecho voto de virginidad, no se atrevieron a deliberar de su estado, sin que primero se consultase con Dios en la oración, y de ella resultó ser voluntad divina que hiciesen venir al templo todos los mancebos por casar que se hallasen en Jerusalén de su tribu, y al que Dios señalase sobrenaturalmente la diesen por esposa. Venidos, floreció el báculo de José y sobre él se vió una paloma blanca, como refiere Germano y otros autores, y así desposaron con José a la que es vara de la raíz de Jesé, de donde salió la flor, Jesús Nazareno (3), y fué santificada por la paloma blanca del Espíritu Santo. He leído que uno de estos mancebos pretendientes de este desposorio fué Agabo, y que le deseaba de tal suerte, que intentó por vía de nigrománticos alguna extraordinaria señal, y como no alcanzase tan buena dicha, determinóse de jamás conocer mujer, y fuese con los padres que entonces moraban en el Monte Carmelo, como dice Juan, patriarca (4), donde vivió santísimamente y vino a ser de los primeros cristianos bautizados y uno de los setenta y dos discípulos de Cristo.

Esta historia de Agabo refiere el Cartujano en la vida de Santa Ana.

Los sacerdotes moviéronse a este desposorio con razones humanas, mas el Padre de las misericordias ordenó con inmensa sabiduría que su Hijo naciese de virgen desposada por algunas razones que dicen los santos. Para que se pudiera escribir la genealogía de Jesús según la ley, que mandaba se escribiera por la vía del varón, y escribiendo

Razones porque convino María ser desposada.

---

1 Respecto de la cronología ya se sabe que hay diversas opiniones entre los autores. 2 MG. **94**, 1159; **115**, 531. 3 Isai., XI, 1.

4 Joan., Patriarc. XLIV Jerusal., *De Patrib. novi et veter. Testam.*

el linaje de José, se escribe el de María, que por ser mayorazga y primogénita de sus padres, no se podía mezclar con otra tribu: que si fuera segunda, bien pudiera tomar el esposo de la tribu de Leví. Y también por quitar ocasión de sospecha a los judíos y que no la tuviesen por mala viéndola con hijo y sin marido; y porque no llamaran a Cristo bastardo y nacido en pecado; y para que tuviera un compañero fidelísimo que la sirviera, sustentara y acompañara, y se encubriera al demonio el sacrosanto misterio de la Encarnación para que no impidiera la redención del linaje humano, según dice San Ignacio y San Basilio; y para defender el estado del matrimonio contra los herejes que lo habían de contradecir. Y tenía más autoridad para ser creída cuando dijese ser Madre de Dios, porque si no tuviera marido, pensara algún malicioso que lo decía para disculpar su pecado. Y con este desposorio se representa al vivo el desposorio de Cristo y la Iglesia, y la Virgen es madre de todos los tres estados, de casadas, viudas y doncellas. Todas estas razones se coligen de San Ambrosio, San Gregorio, Beda, la Glosa, San Ignacio, San León papa (1), y otros muchos autores, y las declara muy bien Santo Tomás y todos los escolásticos.

Entre José y María fué verdadero matrimonio.

Este desposorio se hizo en un lugar diputado del templo, y por ser por palabras de presente entrega de dos ánimos en vínculo indivisible, fué verdadero y legítimo matrimonio, como tienen Santo Tomás y los demás santos, no obstante la virginidad de los dos esposos. Porque según dice San Anselmo (2), Hugo y Alberto, la Virgen desde niña había hecho voto condicional de castidad, y las palabras de este voto, escribe Abdías Babilónico, que fueron reservando el cumplimiento de él a la voluntad de Dios. Y de la misma manera le había hecho San José, como después diremos; mas entre ambos tuvieron particular revelación que, aunque se desposasen, permanecerían vírgenes. Los armenios dicen que al principio dió pesadumbre a José mandarle venir con su báculo para desposarse; mas cuando volvieron del templo desposados, la primera noche de la boda se descubrieron los corazones, y con consentimiento de entrambos hicieron voto absoluto de castidad y permanecieron vírgenes, y por causa del verdadero matrimonio llama el ángel a la Virgen *conjugem,* que quiere decir casada, velada, mujer y esposa de José, y él se dice verdadero marido y esposo de María, porque la copula carnal no es de esencia del matrimonio como prueban los doctores escolásticos.

Todos los doctores sobre el c. I de S. Mateo.

De este soberano título se siguen tales excelencias de José y tan inefables prerrogativas, que así las llama Damasceno (3), que para haber de particularizar algunas, las carnes tiemblan, la lengua enmudece y desfallece el corazón. Y por otra parte querríame hacer todo lenguas, tener amor de serafín y entendimiento de ángel, y con todo eso quedaré corto. Suplícote, Virgen sagrada, me hagas digno para poder decir algunos loores de tu esposo en gloria y honra de Dios, alabanzas tuyas y provecho de las demás almas devotas de este Santo. El primer renombre y excelencia que se le da a José

S. José elegido por esposo de la Virgen.

1 ML. **15,** 1633; **26,** 24; **92,** 316; MG. **5,** 659.
2 S. Anselm., *De excelent. Virg. Mariae.* 3 MG. **96,** 710.

es ser escogido entre todos los hombres del mundo por esposo de María. Cuando Dios desposó a Adán, dice la Escritura, que le buscó una compañia semejante a sí (1). Que tiene esta condición el Señor, según dice David, que hace morar en una casa a los de las mismas costumbres (2), como se puede creer que lo eran José y María; porque, según escriben los santos, en rostro, en habla, en costumbres, en inclinación natural, en condición y en deseos jamás se han hallado dos casados tan conformes.

Dice un autor que si estuvieran juntos todos los hombres desde Adán, que fué el primero, hasta el último que nacerá en tiempo del antecristo, y entre todos ellos escogiera el Espiritu Santo, que es de sabiduría infinita y escudriña corazones (3), no echará mano de otro sino de José para esposo de su Esposa, Madre del Verbo divino e Hija del Eterno Padre. Prueba esto con muchas palabras, aunque procede en suma nombrando los mayores santos del Viejo y Nuevo Testamento, y poniendo en todos alguna tacha para no ser escogidos para esposos de María. También yo procedo con estilo de compendio y me agrada la razón que ahora diré. El Padre Eterno predestinó al Hijo de Dios para morir por nosotros como cordero muerto desde el principio del mundo, y en la misma eternidad ordenó para su madre a una virgen desposada; luego en la misma eternidad escogió y predestinó a José por esposo de esta Virgen, y así le crió a tiempo, y con talentos y en lugar y ocasiones, que ejecutándose este desposorio, echasen los sacerdotes mano de José como ministros de Dios. Y porque como hombres se pudieran engañar, declároles su voluntad con las milagrosas flores del báculo.

S. José predestinado para esposo de la Virgen.

Bien sé que de los tres, Jesús, Maria y José, Jesús excede infinitamente a Maria, y María es inefablemente mejor que José; mas entre todo lo restante del mundo, José es escogido por más digno esposo de María. Dice Esdras, hablando con Dios: Señor, de todas las selvas, campos y montes con sus árboles, escogiste una sola viña: de toda la tierra una sola morada; entre todas las flores un lirio o azucena; entre todos los abismos del mar una sola fuente; de todas las ciudades a sola Sión; entre todas las aves una paloma; entre todo el ganado una oveja, etc. Estas palabras de Esdras se pueden entender de la Virgen, y prosiguiendo con ellas en loores de San José, glorificando nosotros a Dios, digámosle: Bendito, glorificado y ensalzado seáis, Señor nuestro, que entre todos los hombres del mundo escogiste a José por guarda de esta viña, por patrón y cabeza de esta vuestra casa y morada, por vaso escogido que sustentase y alimentase este vuestro lirio y azucena; por santificado para servir a esta vuestra ciudad de Sión, cuyas puertas son de Vos más amadas que todos los tabernáculos de Jacob (4), por defensor y fabricador del nido donde morase esta vuestra paloma, y finalmente por pastor que guarde y apaciente, acompañe y defienda esta oveja de quién nace el cordero que quita los pecados del mundo (5). Bendigan al Señor todas las cepas de esta viña, que son todas las almas de-

1 Gen., II, 20.
2 Ps. LXVII, 7.
3 Ps. VII, 10.
4 Ps. LXXXVI, 2.
5 Joan., I, 29.

votas de esta Virgen deseosas de morar en su amparo y de gozar la fragancia de este lirio y azucena, de beber de la agua de gracia de este soberano río, que pretenden ser ciudadanos de Sión, plumas de la paloma plateada (1) y redimidos con la sangre del cordero que nació de esta oveja.

Lo que debemos a José.

Dios es el principal autor de todos los bienes, y a él se debe el primer agradecimiento de nuestros beneficios; pero quiere que reconozcamos los medios por donde los recibimos y agradezcamos a los que han sido instrumentos por donde Dios ha obrado con nosotros sus misericordias. Y así agradecemos a la Virgen la Encarnación, porque dió el sí con el consentimiento en la venida del ángel, y porque nos parió al Redentor, según la carne. Agradezcamos, pues, a José, que por su causa no apedrearon los judíos a nuestra Virgen con su niño en el vientre; que si la acusara José y la entregara a la justicia como adúltera, no perdonaran los judíos a la Madre, pues que pusieron en la cruz al inocentísimo Hijo. Por la solicitud de José de le mató el cruel Herodes antes del tiempo en que había de morir para nuestra salvación. José sirvió a la Madre y al Hijo y los acompañó, consoló y sustentó en tiempo de la mayor necesidad. Con José se engañó el demonio para no estorbar nuestra redención; José fué testigo de la limpieza virginal de María y maestro de nuestra castidad, caridad, virtud y todo bien.

CAPITULO II

De la segunda excelencia de José, que fué ser dotado con soberanas dádivas, como convenía para Esposo de tan rica Esposa. Declárase una autoridad del «Génesis», donde se coligen algunas alabanzas que contienen algo de este dote que dieron a José con María.

El padre de la novia es rico, y abundante es su casa en gloria y riquezas. El Hijo de María tiene tesoros inefables en su pecho escondidos (2). El Espíritu Santo, su Esposo, es de quien vienen todos los buenos dotes y dones perfectos que descienden del cielo (3), y enriquecen los moradores de la tierra, y pues desposan a la Virgen con José, y ella no merece ser desheredada ni se casa por sus apetitos, como dijo Saúl a la madre de Jonatás, si con las casadas suelen dar dote a los maridos ¿cuál será el dote que le dan a José para casar con María? Que cuando un gran rey casa su hija muy amada, aunque sea con un pobre carpintero, tanto es el valor del dote, que levanta el yerno a estado de gran príncipe. Una cosa es la hacienda heredada de los padres, otra la que el hombre se gana con el sudor de su trabajo, y otra la que le dan en dote con la mujer. Yo no trato aquí de los talentos y excelencias naturales, como es ser de noble linaje, hermoso, bien dispuesto, hábil, ingenioso, bien acondicionado, discreto, apacible, agradable y otros dotes naturales que tuvo José como escogido para esposo de María.

Diversa consideración de bienes en José.

Talentos naturales de José.

1 Ps. LXVII, 14. 2 Ad Colos., II, 3. 3 Jacob., I, 17.

Tampoco escribo en este capítulo del aumento de la gracia y las virtudes que José se ganó con el sudor de su merecimiento, que ni tuvo menos gracia que otros para poder merecer, ni fué descuidado en trabajar y ejercitarse en virtudes ni tuvo menos ocasiones que otros santos para agradar a Dios. Antes si miramos bien en ello, ninguno tuvo en más tiempo más familiar comunicación con María y Jesús, que es la fuente de todo el merecimiento, ni sufrió tantos trabajos, cuidados, aflicciones y cansancios sirviendo, sustentando y acompañando a este Señor tan agradecido, que la más mínima de estas ocasiones que otro santo tuviera, allegara en abundancia riquezas espirituales. Hablo aquí de lo que le dieron en dote con María por razón del desposorio, que pues que ningún otro santo fué esposo de la Virgen, ninguno llegó al particular don que alcanzó José por este respeto. Merecimiento de José.

El glorioso S. Bernardo dice (1) que todo lo que se halla escrito de José el patriarca, se entiende de José el esposo de María, y leemos estas palabras en el *Génesis*: Dijo el rey a José: ¿Por ventura podremos hallar en el mundo otro semejante a tí? tú serás el más principal de mi casa, y todo el pueblo quiero que obedezca a tu imperio; y quitóse el anillo de su dedo y púsole en el de José, vistióle de una estola o vestidura blanca, y a su cuello echó un collar de oro: mandó que le subiesen sobre su mismo coche, y que a voz de pregoneros y son de trompetas le paseasen por la ciudad, y por donde él pasase todos hincasen las rodillas, y dióle por esposa a Asenet, hija de Putifare, sacerdote de Heliópoli (2). Estas son palabras del *Génesis*, y parece que declaran el dote que se dió a José con la Virgen María. Yo no me atrevo a declararlas. Un autor declara este anillo ser el mismo Cristo, que por ser eterno es redondo, cuya piedra es la Divinidad, el cual da el Padre de las misericordias al pecador hijo pródigo cuando se convierte. Con este se sellan las escrituras de las divinas gracias. Y si hay algunas piedras preciosas de tanta excelencia y virtud, que acaece un pequeño rubí, diamante o carbúnculo valer gran suma de millares de dineros, y con sola una piedra de éstas es un hombre riquísimo, aunque no tuviera otra ninguna hacienda ¿cuán rico será José con este anillo cuya piedra es la Divinidad del Verbo? Dios mío y todas mis cosas, decía San Bernardo; yo seré tu premio grande en demasía (3), le dijeron a Abrahán: y si una vez que tocó una mujer enferma el ruedo de la vestidura de este divino anillo, Cristo Jesús, quedó sana (4), ¿cuál estaría el alma de José que tantas veces le tomó en sus brazos? De la reina Dido cuenta Virgilio que una vez que tuvo en su regazo a Cupido en figura de Ascanio, quedó abrasada en fuego de amor de Eneas, y aunque esto es fábula, verdad es que muchas veces tuvo José abrazado a Cristo, el cual es fuego abrasador (5), que vino a poner fuego a la tierra, y no quiere otra cosa sino que se abrase (6). Debajo de haberle el rey dado este anillo, arrojen los entendimientos criados todo el ímpetu de la consideración que pudieren a todos los bienes, gracias, prerrogativas y excelencias que se pueden hallar en un José patriarca; figura de San José.

1 ML. 183, 69.
2 Gen., XLI, 38-45.
3 Gen., XV, 1.
4 Matth., IX, 22.
5 Deut., IV, 24.
6 Luc., XII, 49.

hombre después de Jesús y María, que tantos se hallaron en José por razón del dote del desposorio. El collar del cuello ¿qué otra cosa es sino los brazos del mismo Niño Jesús que mil veces se colgarían del cuello de José? Por la estola blanca declaran la justicia de José, de que después diremos. Y que todo el mundo obedezca a José y sea el principal en la casa de Dios no es mucho, pues él mismo y María, su Madre, le obedecieron, y él fué el patrón y Señor de su casa y familia, que eran María y Jesús.

Dice la Escritura, que le dió por esposa a Asenet, hija del gran sacerdote de Heliópoli; y quiere decir Heliópoli, ciudad del sol, y Asenet se interpreta fuego que destila; aunque no le den dote ninguno a José, la esposa, María, vale tanto, que ella sola sin otra hacienda y como dicen, en camisa, es el mayor dote que se ha dado a criatura ninguna, pues que sus pies, dice el real Profeta, están sobre los más altos montes, y quiere el Señor con más tierno amor las puertas de Sión, que a todos los tabernáculos de Jacob (1). Como si dijera, que lo menos estimado y más bajo de María vale más que lo más encumbrado y precioso de lo restante del mundo. Porque así como su hijo es fuego abrasador, ella es Asenet, que quiere decir fuego que destila fervor, caridad y devoción sobre los corazones de sus devotos, como hija del Padre Eterno, gran sacerdote de la ciudad del sol, que es la gloria eterna. Si en una balanza de un peso se pusiese sola María sin ninguna hacienda ni dote, y en la otra balanza todo lo demás criado que hay en el mundo, más pesa y más vale ella sola que cuanto hay, y pues se la dan a José por esposa,, no es menester buscar otro dote; que, según dice el *Eclesiástico,* la buena mujer es el buen dote (2); y hombres discretos hay en el mundo que darán toda su hacienda por casarse con una mujer principal, y aunque con otra les den gran suma de dineros en dote, no lo estiman en nada.

Testamento de José.

Dice el patriarca José en su testamento, y es escritura probada por graves autores, según refiere Sixto Senense y se halla en la *Biblioteca Sanctorum Patrum,* que le dieron en dote con Aseneth cien mil talentos, que vienen a ser según las cuentas declaradas por los autores, seis millones o seis cuentos de oro, y cada millón vale diez veces cien mil ducados. De lo que figura este crecido dote de José, que para un pobre hombre que sacaron de esclavo era en buena cantidad, se puede colegir los particulares dones, prerrogativas y riquezas espirituales que dieron a José en su propia alma, demás de haberle dado el anillo, que es Jesús, y Aseneth, que es la Virgen María, que nosotros no lo podemos contar, preciar ni estimar; sólo lo cuenta el mismo Dios que lo da; mas bien sabemos que el más mínimo adarme de gracia, de cuya género es este dote que se dió a José, vale más que muchas excelencias de naturaleza.

Quién fué Asseneth.

Cuenta Vincencio en su *Espejo historial,* que esta doncella Aseneth fué la más hermosa de su tiempo, amiga de la castidad, que despreciaba todos los hombres del mundo diciendo que solos los dioses y ningún hombre mortal merecían gozar de su hermosura, y así se

1 Ps. LXXXVI, 1, 2. 2 Prov., XVIII, 22.

metió en una torre muy cerrada y guardada en compañía de otras vírgenes que la servían con abundancia de todas las riquezas y regalos del mundo. Permitió Dios que viniendo el patriarca José, poco después que le hicieron virrey de Egipto, a la ciudad de Heliópoli visitó a Putifare, gran sacerdote; que dicen algunos que había sido el mismo que fué su patrón y después le dieron aquel oficio. La Asenet por la fama de su gran hermosura, o si era el mismo Putifare a quien sirvió de esclavo, por haberle conocido cuando era niña, codiciosa de verle puesto en triunfo y majestad, se asomó a la ventana de su torre, y el punto que le vió, se le aficionó de tal manera que mudó de propósito; y la que antes se tenía en tanto que solos los dioses, decía, la merecían, derramó muchas lágrimas deseando, pidiendo y procurando con sus padres el desposorio con el patriarca José, de quien después parió a Efraín y a Manasés (1). Otras muchas cosas cuenta Vincencio que acaecieron en este desposorio, que puede leer quien quisiere, porque es historia deleitosa. Buena figura es esta doncella para significar a la Virgen María, que fué la más hermosa de las de su tiempo, determinada a guardar castidad, encerrada con otras doncellas en el templo, aunque no en la idolatría como la otra Asenet, sino en adoración del verdadero Dios de Israel. Y porque entendió ser voluntad del Espíritu Santo se desposó con José. Y así como el patriarca José tenía hecho propósito de castidad, y antes se defendió mucho tiempo de Cenobia y de otras muchas señoras de Egipto que le pretendían, pero por obedecer al rey Faraón permitió este desposorio, así José, aunque tenía hecho propósito de no casarse, obedeciendo al Padre Eterno, se desposó con la Virgen.

CAPITULO III

De la tercera excelencia de San José, que es haber sido remunerado del Padre Eterno, en gratificación de la Virgen, su esposa. Declárase la edad, nombre, hermosura, buenas costumbres, y otras dádivas excelentes que dieron a José con una autoridad del capítulo XLIX del «Génesis».

Si un señor justo, recto y santo, que por cosa del mundo no quiere agraviar a nadie, tomase a un pobre carpintero una arca para encerrar y guardar en ella todo su tesoro, aunque aquella arca sea de pino, álamo o la más baja madera, obligado está en justicia y razón a pagarle lo que vale y no dejarle agraviado y querelloso. Según las reglas y leyes de matrimonio María era de José; porque hemos probado ser verdadero matrimonio entre los dos, y según el Apóstol: La mujer no es señora de su cuerpo, que ya es del marido. Y así, supuesto que Dios la casó, los pechos y entrañas de María eran de José para que le engendraran y criaran sus hijos. Y pues este Rey, que es de infinita justicia y rectitud, se la toma a José para engendrar y criar su Unigénito Hijo, el Verbo divino, y depositar

María era de José.

1 Gen., XLI, 50-52.

en ella todo su tesoro, razón es que se le pague y se le remunere porque no quede este carpintero agraviado. Y no es arca de pino ni madera baja, que es arca de cedro guarnecida de oro, acompañada de serafines, donde tenemos nuestro propiciatorio (1). Y no es inconveniente que no la haya fabricado José sino el mismo Dios, que ya por las leyes del matrimonio la habían hecho suya; luego pues se la toma, páguesela y déle el precio que vale. ¿Cómo el precio que vale?, que esta arca no tiene precio. Bien sé que no hay capacidad criada para recibir en su alma lo que vale María; pero según la capacidad del alma de José, denle la recompensa y paga que puede recibir. Esta recompensa que es en dádivas celestiales dadas a José de mano del Espíritu Santo por haberle ocupado los pechos y entrañas de María, con que había de engendrar y criar los hijos de su marido José, para criar y engendrar a Jesús, diversa hacienda es de la heredada y ganada por su sudor y de los bienes dotales de que hemos hablado. Tampoco mi lengua se atreve a decir que sea, porque la infinita justicia del Señor, el inefable valor de María y la capacidad de José no caben en entendimientos criados; pero declararé otras palabras del *Génesis* que me servirán para descubrir algunas particularidades de este Santo, que, como decía San Bernardo (2), fué figurado por José, patriarca.

Paga y recompensa dada a José.

En este testamento de Jacob, cuando llega a hablar de su hijo José, se dicen estas palabras: Hijo que crece José, hijo que crece y hermoso de rostro, las hijas corrieron por el muro, pero tuviéronle envidia e hiciéronle contradicción los que tenían dardos o lanzas arrojadizas; sentóse en el fuerte su arco y fueron desatadas sus manos y brazos por las manos del poderoso de Jacob, y de allí salió el pastor, piedra de Israel. El que es Dios de tu padre será tu ayudador, y el Omnipotente dará las bendiciones del cielo y de la tierra, te dará bendiciones de pechos y bendiciones de entrañas. Las bendiciones de tu padre serán mejores que las de sus padres, hasta que venga el Deseado de los collados eternos. Todo esto vendrá sobre la cabeza de José y cabeza del que es nazareno entre sus hermanos, etc. (3). No pretendo detenerme a declarar esta autoridad de las propiedades de la tribu de José, ni dar otras exposiciones sino la que dan los santos hablando de nuestro patriarca, esposo de María.

Nombre de José.

Llámase José hijo que crece, y en hebreo quiere decir árbol hermoso, porque debajo de este árbol, mejor que del árbol de Daniel, se amparó María y Jesús, y llámase José hijo que crece, según Alberto (4), porque ninguno llegó a tan alta honra como la que Dios le hizo llamándole padre. Dícese hermoso de rostro, porque lo era José el patriarca y José el esposo de María. Era de noble casta, perfectísima alma, criado para esposo de la más hermosa de las mujeres, fin y remate de los patriarcas antiguos, que los más de ellos fueron hermosísimos, como Abrahán, Jacob, José, David, Salomón, etc. Pues ¿por qué hemos de pensar que fué feo? Pues siempre suelen ser más hermosos los de noble sangre y las almas perfectas or-

José hermoso de rostro.

1 Exod., XXV.
2 ML. 183, 69.
3 Gen., XLIX 22-26.
4 S. Albert. Magn., super Matth.

ganizan bien sus cuerpos. Y aunque San Epifanio dice que era de ochenta años cuando se desposó (1), los más de los otros autores refieren que fué de cuarenta hasta cincuenta años, en edad que pudiera ser solamente padre de la Virgen. Prueban esto porque fué escogido para sustentarla con el trabajo de sus manos, acompañarla en sus caminos y peregrinaciones, defenderla del juicio temerario y que nadie entendiera que tenía hijo sin marido. Con estas cosas no cumpliera José siendo de mucha edad. Y así declaran los doctores (2) de su poca edad y hermosura aquellas palabras de Isaías: Se holgará el esposo con la esposa y morará el mancebo con la virgen (3); que se entienden de José y María. Y si en las pinturas se pinta anciano, es porque era varón sabio y prudente y de maduro consejo, y para obviar la ligereza de los pensamientos de personas torpes y flacas, que les pareciera que viviendo juntas dos personas de tanta hermosura y poca edad, no podrían conversar con tan inefable pureza, no acordándose que José era castísimo, y la castidad vale más para la pureza que la mucha edad, y bastábale estar en compañía de la Virgen, aunque no fuera viejo; pues, como dijo San Bernardo (4), jamás vió hombre nacido el hermosísimo rostro de la Virgen, que tuviese pensamiento torpe y se refrenaban los que no lo eran, según la soberana honestidad de que era dotada. Y ¿qué mucho, pues Santa Cecilia hizo virgen a Valeriano su esposo y santa Inés destruyó la deshonestidad en la casa pública? Compara San Jerónimo la Virgen al cedro que ahuyenta las serpientes y así la castidad las tentaciones sensuales, y por eso no era inconveniente que viviera José en su compañía, aunque no fuera de edad anciana.

La edad que tendría José.

Por qué se pinta viejo.

Cuando José, el patriarca, entraba en alguna ciudad, todas las damas corrían a los muros y ventanas para verle pasar, admiradas de su gran hermosura; y cuando José entrase con su niño en los brazos, todo el cielo estaría hecho un ventanaje, admirados los ángeles de ver a Dios en los brazos de un carpintero y de ver tanta humildad en su Criador y tal merecimiento en una criatura. Dícese que le tuvieron envidia y persiguieron. Porque así como José, el patriarca, fué perseguido de sus hermanos y desterrado a Egipto, así vino José a la misma tierra huyendo del rey Herodes. Y es de creer que fuese desfavorecido de sus parientes, pues siendo natural de Belén, cuando vino a ella con su mujer preñada en días de parir, no halló ninguno que le hospedase ni aun posada en el mesón; pero al fin Dios volvió por su causa y le amparó, como vuelve por la de cualquiera que fuere su devoto, aunque sus hermanos le persigan y destierren.

Vengamos en esta autoridad a declarar las palabras de donde parece que se colige algo de la remuneración que dieron a José por haberle tomado Dios para sí los pechos y entrañas de María. Dice el texto: Bendígate Dios con las bendiciones del cielo y de la tierra, con bendiciones de pechos y bendiciones de vientre. Bendición en la Sagrada Escritura quiere decir dádiva, y darle a José

1 MG. 42, 710.
2 Viguerin., *De Incarnat. Domin., c. 20.*
3 Isai., LXII, 5.
4 S. Bernard., Serm. II de Annunt.

José tuvo las prerrogativas que los ángeles y santos.

bendiciones del cielo y de la tierra es darle en precio y recompensa todas las gracias, privilegios, prerrogativas, favores, dones espirituales, gustos interiores y regalos del alma que se han dado a los ángeles, moradores del cielo y a los hombres de la tierra; y no es mucho encarecimiento decir esto, pues vale más el arca del testamento, que es María, que le tomaron siendo su legítima mujer y Dios es infinitamente justo. Y aquellas palabras, bendiciones de pechos y vientre que recibió José, habíalas de declarar la boca del que recibió rayos de leche de aquellos pechos, que fué Bernardo. Que por sola una vez que recibió un rayo en revelación, le quedó el alma tan dulce y el corazón tan devoto, que pone dulzura y devoción a quien lee sus obras. Pero digamos lo que supiéremos.

Particulares regalos que se hallaron en María por haber concebido y criado a Dios, que se comunicaron a José.

Dicen los que escriben de la anatomía, que de los pechos van ciertas venas o arterias al corazón, y como están tan vecinos, hay gran conveniencia y comunicación entre estas dos partes del cuerpo. Considere, pues, quien tuviere alguna ternura qué sentiría el corazón de la Virgen cuando Dios Eterno siendo niño tierno mamase sus pechos y tuviese el pezón dentro de su boca; qué rayos de luz del cielo irían de aquel divino Sol al corazón de María en trueque de los rayos de leche que venían de sus pechos a su boca; qué centellas de fuego divino saltarían de aquella boca de fuego abrasador en pago del calor con que le abrigarían los pechos virginales; qué saetas de caridad atravesarían el corazón de la Madre todás las veces que el niño tomase la teta. Vemos que un niño enfermo suele hacer daño y enfermedad a la madre cuyos pechos mama; pues siendo este niño el autor y fuente de toda bondad y salud ¿qué efectos tan saludables causaría en la Madre mamando su pecho? Estos rayos, centellas, saetas, motivos, incentivos de amor y las demás grandezas espirituales, que yo no sé nombrar, que recibiría sola la Virgen, cuando Cristo mamase en sus pechos, se llaman bendiciones de pechos, y estas mismas bendiciones en su modo, no en grado tan alto como en María, le dieron a José por haber tomado el Padre Eterno para su Hijo los pechos de María.

Con estar el sol tan apartado de la tierra como está, es tan grande su virtud que cría en las entrañas de sus minerales la plata, el oro, rubíes, diamantes y las demás piedras preciosas; ¿qué haría si el sol estuviese aposentado dentro de las entrañas de la tierra? Pues ¿qué tiene que ver el sol finito y la criatura con Dios?, y no está apartado sino dentro de las entrañas de la Virgen, no por poco tiempo sino nueve meses, no es el arca que está en casa de Abinadab (1) la que le hizo tantas mercedes, sino Dios dentro de esta arca del carpintero José, guardado y aposentado en su vientre. Pues ¿qué entendimiento alcanzará a entender la plata de la pureza, oro de sabiduría, diamantes de fortaleza, rubíes de fervor y las demás riquezas espirituales que Cristo obraría en el vientre virginal, que se llaman bendiciones de vientre y entrañas? De estas bendiciones alcanzó José, con estos dones fué enriquecido, con este tesoro fué remunerado y estas inefables excelencias se le dieron según su capacidad, en

1 I Reg., VII, 1.

recompensa y paga de haberle Dios tomado para su hijo Jesús los pechos y entrañas de María, que a ninguno otro se comunicaron.

CAPITULO IV

De los muchos bienes que alcanzó San José mediante las oraciones de la Virgen, su esposa, con cuánto fervor y cuidado le encomendaría a Dios como más amado de ella que ningún otro puro hombre.

Cuánto alcanzan las oraciones de las buenas mujeres.

Cuando José fuera el marido más malo y más distraído del mundo, bastaran las oraciones de María para hacerle tan santo como fué. Que, según dice el Apóstol, el marido infiel se santifica por las oraciones de la buena mujer (1); y el glorioso San Pedro: Los que no creen a la palabra de Dios, enriquézcanse por la buena conversación de sus mujeres (2). Y así como por causa de la prudente Abigail no fué muerto Nabal, su marido, a manos de David (3), así las oraciones de las siervas de Dios alcanzan grandes bienes para sus maridos; y ninguna mujer casada de cuantas hubo en el mundo, mejor rogaría por su marido, con más cuidado le encomendaría a Dios ni mayores bienes y misericordias alcanzaría para su esposo que María para José. Porque siendo obligación de la esposa encomendar a Dios a su esposo, ninguna guardó mejor la ley y las obligaciones de su estado que María. Y así como fué perfecta virgen, fué también perfecta casada, y con tanta perfección guardó las leyes del matrimonio como las de la castidad.

Fué José querido de María más que ningún marido de su mujer.

El amor se muestra en querer bien a quien se ama, y querer bien es desear que la fuente de la bondad, que es Dios, comunique sus bienes a la criatura que bien se quiere; y según la grandeza de este deseo, amor y fuerza, es la eficacia y cuidado de la oración que por el amado se hace; y pues ningún marido del mundo ha sido ni será tan amado de su mujer como José de María, ninguno ha gozado tanto del fruto de sus oraciones. Suele ser grande el amor de las buenas mujeres para sus maridos; y como ninguna fué tan santa y perfecta como María, ninguna se le igualó en la grandeza y perfección de este amor. Luego que Dios ordenó el matrimonio puso por ley que por la mujer se deje el padre y la madre y que sean dos corazones en una carne (4). Esta ley igualmente obliga al marido y a la mujer, y antes con más fuerza a la mujer cuya cabeza es el marido; y todo lo que en las demás mujeres casadas se divierte en amor natural o amor de carne, que va a parar en gustos del apetito, se recogía en María dentro del corazón en amor santo y espiritual y unido con Dios; y cuanto es mayor y mejor el alma que el cuerpo, el espíritu que la carne, tanto es mayor y mejor el amor de María y José que el de las demás casadas del mundo a sus maridos. Dice el apóstol San Pablo declarando este precepto del amor entre los casados: Maridos, amad a vuestras mujeres como Cristo amó a su Iglesia (5). Y así como el

---

1 I ad Cor., VII, 14.
2 I Petr., III, 1.
3 I Reg., XXV, 1-35.
4 Gen., II, 24.
5 Ad Ephes., V, 25.

amor de Cristo para la Iglesia fué el sumo, pues dió la vida por ella, y el de la Iglesia a Cristo es inefable porque de él recibe todo bien; así es inefable el amor que se tenían estos dos esposos, María y José. Por tanto creo, dice Ubertino, que la Virgen comunicó a José todo cuanto tenía de tesoro en su corazón según la capacidad de José.

Cuando Dios crió el mundo, a los demás animales crió cada uno por sí y a la hembra por sí; mas cuando crió al hombre, sacóle la mujer de su costado, que está cerca del corazón, y dice que le dió *adjutorium simile sibi* (1), como quien dice: crió la mujer semejante y que sea como parte del corazón para ayudarse, favorecerse, acompañarse y amarse. Dejemos de contar los ministerios exteriores en que se ayudaban María y José trabajando él para sustentarla y ella sirviéndole, como después diremos: solamente quiero referir lo que un autor (2) declara en aquellas palabras de Job, que dice: Mi vientre está como el mosto sin respiradero que rompe las tinajuelas nuevas (3). Dice, pues, que cuando un espíritu está lleno de altísimos conceptos de Dios y soberanos deseos, ímpetus de fervor y llamas de amor en agradecimiento de mercedes recibidas, reventaría si no tuviese alguna persona devota, prudente, fervorosa y agradable con quien comunicarse y descansar, contando lo que pasa en su interior para que le ayude a dar gracias a Dios, haciendo como oficio de padre espiritual, de la manera que quien sigue oración, comunica las cosas de su concienciaa con algún buen amigo, cuando le halla tal que pueda descansar y allanarse en todo con él. Este fué el principal ministerio de José con María; que como andaba tan enriquecida de tesoros sobrenaturales y mercedes divinas, y que *conservabat omnia verba conferens in corde suo* (4), daba parte a José de todo su interior; pedíale la ayudase a dar gracias por las muchas mercedes recibidas; trataba con él sus altísimos pensamientos y deseos, y juntos glorificarían a Dios, como dice un santo, levantándose a la media noche a tener su oración, y como en un celestial coro dirían sus maitines, asistiendo con ellos Jesús, como tercero de tan buenas pláticas, pues que eran dos congregados en su nombre (5). Y José daría también parte a María de todo lo interior que pasase en su alma, reconociendo de ella poder ser maestra de espíritu de todos los querubines y afervorar en amor a los serafines.

José comunicaba su espíritu con María.

Pues cuán grande sea el amor que se tiene a los que se da parte de lo interior y con cuántas veras se encomiendan a Dios, díganlo las almas que tratan de oración. Toda criatura ama a su semejante (6), dice el Sabio, y como hemos dicho, no ha habido tres que más se parezcan en el mundo, que Jesús, María y José, cercanos parientes, más conformes en opinión, en condición y en complexión, en rostro, en habla y en todo lo demás, según sus edades. Y así como los bienaventurados del cielo se aman perfectísimamente porque par-

---

1 Gen., II, 20.
2 Joan., Osorius, Serm. II de Joseph.
3 Job., XXXII, 19.
4 Luc., II, 19.
5 Matth., XVIII, 20.
6 Eccli., XIII, 19.

ticipan de la vista de Dios, así estos dos bienaventurados de la tierra, que participaban de la vista, habla, trato y conversación de Cristo Jesús, se amaban en más alto grado que otro ninguno. Asienta muy bien el amor sobre almas puras; así como el sol enciende lumbre cuando se reciben sus rayos en el cristal, los cuales reverberando con la fuerza de la virtud unida queman la yesca que está cerca, así el Sol de divina justicia que vistió y rodeó el cristalino pecho de la que tiene la luna debajo de sus pies (1), cuando con la fuerza de los rayos de amor hiriese en el corazón de la Madre, abrasaría la yesca que estaba más cerca, que es el corazón de José. Por el acto del infinito amor que se tienen el Padre y el Hijo procede la tercera persona infinita del Espíritu Santo, y de este inefable amor con que se aman la Madre y el Hijo, procedería el soberano amor en la tercera persona más allegada a ellos, que era José. Si una vez que María saludó a Isabel y le hizo muestras de amor, quedó Santa Isabel gozosa y su hijo santificado (2), de las muchas veces que saludaría María a José ¿cuál quedaría el alma de este Santo?

El agradecimiento de María.

Era la sacratísima Virgen María en extremo agradecida, como lo son todos los buenos y principalmente los que tienen nobleza; porque el desagradecimiento y olvido de beneficios recibidos es indicio de villanos y groseros corazones. Y conforme a los beneficios crece el agradecimiento y a su medida es el amor. Pues si miramos lo que se colige del Evangelio y declaran los santos ¿qué mujer casada hubo en el mundo que más buenas obras haya recibido de marido que María de José? Por causa de José no la apedrearon, si la acusara de adulterio y con ella a su Niño en el vientre, con que ella perdiera la vida y sus parientes la honra. Por José no le mataron su Hijo en sus brazos, como a otras madres de los Inocentes; José la sustentó, consoló, acompañó y sirvió con tanta voluntad y gracia como se puede pensar. De suerte que, después de Dios, de ninguna criatura ni del propio padre que la engendró y madre que la parió, recibió María los beneficios que recibió de José. Y como amaba sin comparación mucho más que a sí a su Hijo Jesús, cualquiera beneficio que hacían al hijo, agradecía la madre en más alto grado que si le recibiera en su propia persona. Según esto ¿cuánto agradeciera María a José verle con cuidado de que Herodes no se le matase? ¿qué pensaría cuando le viese sudando y trabajando por los caminos, llevándole en brazos y acepillando para darle de comer y vestir? Bienaventurados los ojos que vieron lo que vió José y los oídos que oyeron lo que él oyó.

La comunicación causa amor.

El trato continuo y familiaridad y la conversación hacen crecer el amor; que muchas veces se quieren más tiernamente los que se crían juntos que los que nacieron de un vientre, según aquel refrán: No con quien naces sino con quien paces. Pues ¿quién podrá pensar el amor que resultaría en María y José de la conversación de tantos años como moraron juntos? que, según refiere un autor (3), José se desposó siendo de cuarenta años y murió de sesenta y nueve, y casi treinta años gozó de la dulce compañía de María y Jesús. Y si estos

1 Apoc., XII, 1. 2 Luc., I, 41-44. 3 Truxillus, *in Thesauro, part. II*.

treinta años, dice otro (1), estuviera arrebatado al tercer cielo, como lo estuvo Paulo en aquel tiempo, donde vió los secretos que no es licito a los hombres hablar (2), no le aprovechara tanto; pues luego ¿cuántos misterios le comunicarian en tan largo rapto? Y asi es de creer que en treinta años que gozó de la compañia de Maria y Jesús, aunque no estuviese en rapto, alcanzó el quedar rendido a la voluntad de Dios y derribado del caballo de su apetito, como quedó San Pablo. Algunos autores escriben que el rapto de San Pablo se debe a las oraciones de San Esteban cuando le apedrearon, y el fruto de aquella oración de San Esteban, y el abrirse los cielos y ver a Jesús a la diestra de la virtud de Dios se debe a la oración de Maria. Porque viniendo de visitar los lugares donde su Hijo obró sus misterios en compañia de San Juan Evangelista, como tenia de costumbre, llegando a la vista de la puerta de Jerusalén, salia gran tropel de gente con estruendo y alboroto, y preguntando San Juan lo que sería, dijo la Virgen que sacaban a apedrear a su amigo Esteban, y púsose entonces en oración sobre una piedra que alli estaba y hoy en día se venera, en la cual perseveró hasta que Esteban fué apedreado, como refieren los autores que tratan de la tierra santa; y por esta oración se entiende que vinieron todos los bienes a Esteban y Pablo. Y no hay para qué detenernos ahora en referir lo mucho que valen las oraciones de Maria y lo que alcanzan de Dios por aquellos por quien ella ruega; pues si ordinariamente rogaba por San José ¿cuáles serán las gracias, prerrogativas y bienes que le alcanzaria?

La oración de Maria por San Esteban. Esta historia refieren Brocardus, in Itinerario sanctae terrae, Frat., Noe Brances, Michael Aysingeris, Christianus Agricon, Joannes Zuallardo, in Descriptionibus terrae sanctae.

CAPITULO V

De la excelencia tan grande que tuvo José por ser servido, estimado y reverenciado de María como cabeza de tal matrimonio, y la reverencia que por esta causa le hacen los bienaventurados del cielo.

Hablando la sacratisima Virgen con Santa Brigida le dijo estas palabras: Aunque desde la eternidad fuí predestinada para el más alto y encumbrado trono de la bienaventuranza, y para la mayor gloria y honra que ninguna criatura alcanzó, con todo eso fuí humilde y no me desprecié de servir y guisar de comer para José, y para mi hijo; porque también mi hijo servia a José. Y si cuando estuve en el mundo, que sólo Dios y José conocian mi grandeza, fui humilde; la misma humildad tengo ahora que estoy asentada en el supremo trono de la gloria donde de todos soy adorada, y alli recibo las oraciones que se me hacen, y a algunas de las almas que me ruegan doy por respuesta las inspiraciones divinas que reciben en su interior, y a otras hablo por modo más secreto dentro de su corazón según le da gusto a mi Dios, etc.; hasta aquí son palabras de la Virgen. Dichoso tal carpintero José que mereció ser servido en la tierra de la Reina a quien todos los ángeles sirven en el cielo: dichosa co-

María sirvió a José.

1 Osorius, Serm. I de Joseph. 2 II ad Cor., XII, 4.

mida guisada por tales manos como las de María, que en buen provecho entraría a José y se convertiría en sangre aparejada para criar complexión sobre que asentase bien cualquier virtud y santidad; ¿qué rey, emperador ni monarca ha habido en el mundo que haya sido servido de tales dos personas, María y Jesús, como lo fué José?

En el cielo el trono de la Virgen está colocado sobre todos los tronos de los apóstoles y serafines, y ninguna otra criatura merece asentarse en él; y así como en el cielo, siendo grande es humilde, en la tierra, siendo humilde es grande y no pierde punto de su grandeza por su humildad; pues ¿cuál será un santo que en su trono y en su casa se aposenta María y Jesús, y no sólo esto, pero que le sirvieron y respetaron? Cuando en el cielo pase María por los asientos de los serafines, patriarcas, profetas, apóstoles o los santos más aventajados de la gloria, a nuestro modo de entender, levantaránse ellos de su asiento, reverenciarán y postraránse a los pies de María, llamándola su señora, su reina y emperatriz; y cuando llegare al asiento y trono donde estuviere José, pues dice que es tan humilde en el cielo como en la tierra lo era, no dejará de dar muestras de su humildad reconociendo haberle servido y obedecido mientras estuvo en el mundo; y a quien todos los demás llaman reina y emperatriz puede llamar José esposa y mujer. Y cuando toda la corte celestial vea que su Reina hace particular honra a San José, no serán ellos perezosos en reverenciarle, pues bien sabemos según se colige del libro de Ester, que aunque Mardoqueo fué despreciado y mal vestido, cuando el rey le quiso honrar, le mandó vestir de reales vestiduras y pasear sobre su mismo caballo por las plazas de la gran ciudad, y que con corona de rey en su cabeza fuese honrado de los mayores príncipes de su reino (1).

Bien entendían, dice San Gregorio Niseno (2), los sacerdotes del templo que el marido es cabeza de la mujer y que ella le había de servir y respetar; y conociendo la excelencia de María, no quisieron sujetarla a hombre mortal. Dios ordenó este desposorio, Dios fué el casamentero de estas bodas, y el mismo Señor, como dice su Apóstol, mandó que el marido fuese cabeza, mandase y gobernase (3), y las mujeres, como dice San Pedro, fuesen súbditas, obedientes e inferiores a sus maridos (4); y que en todo les obedezcan, respeten, reverencien y hagan su voluntad, como Sara obedeció a Abrahán, Raquel a Jacob y las demás. Y pues ordenó que José fuese marido de María, de su divina voluntad procedía que ella le obedeciese, y que él la gobernase y mandase como padre a hija, que en tal posesión la tenía, como tutor a su pupila y menor, que así le llama San Andrés Jerosolimitano (5), como esposo a su esposa y verdadero marido a su mujer. Y así a José enviaba Dios su ángel con los mensajes de ir a Egipto y volver de Egipto, como al que era cabeza, para que José ejecutase sus mandamientos y gobernase la casa (6) donde moraban María y Jesús. Dichoso José, que halló mujer tan fuerte, tan cabal y perfecta que vale más que todo el oro de Arabia y que las perlas

1 Esther., VI, 8-11.
2 MG. 46, 1139.
3 Ad Ephes., V, 23.
4 I Petr. III, 1.
5 Andr. Jerosol., Serm. de Annunt.
6 Matth., II, 13, 20.

y piedras preciosas traídas de los últimos fines de la tierra; que con razón confía en ella el corazón de su marido, pues jamás le dió un mínimo disgusto en todos los días de su vida, como dice el sabio de la mujer fuerte, antes le reverenció, obedeció y sirvió de tal manera, que con haber sido un pobre carpintero es de los nobles que se sientan a la puerta con los senadores de la tierra de promisión de la bienaventuranza.

Santos devotos de María.

Son muy estimados en la Iglesia Católica y con mucha razón, los santos devotos de la Virgen, San Lucas que la pintó, San Dionisio que desde Atenas la vino a visitar, San Cirilo que defendió su nombre de Madre de Dios en el Concilio Efesino, San Juan Damasceno que de ella escribió y recibió la mano que le habían cortado por traición, San Ildefonso que volvió por su virginidad, y en premio recibió la casulla en la iglesia de Toledo, San Bernardo cuya boca fué dulce para hablar de ella con el rayo de leche que le envió de sus pechos, Sta. Brígida a quien tanta doctrina enseñó en revelación y otros muchos santos y santas. Pues ¿cuánto más conviene que se estime en la Iglesia Católica el esposo y marido verdadero que crió al santísimo Hijo de María, engendrado por obra del Espíritu Santo, Cristo Jesús, y con quien tan familiarmente conversó a quien sirvió y tuvo por cabeza?

Engrandece San Gregorio Nacianceno (1) a un cuñado suyo, y queriendo resumir en una palabra todas sus virtudes y merecimientos, dice: ¿Queréis que os diga quién fué este varón?, digo que fué marido de Gorgonia, mi hermana, que ni se puede de él más decir ni hay que buscar otras razones para loarle. Estas son palabras del Nacianceno, y a la verdad dicen los doctores que fué gran santa esta Gorgonia. Pero ¿qué tiene que ver ella ni todas las santas del mundo con la santidad de María? Y así resumamos en este libro las alabanzas de José, diciendo en una palabra que fué esposo de María.

LIBRO SEGUNDO

DEL SEGUNDO TÍTULO PARA LAS EXCELENCIAS DE SAN JOSÉ, QUE FUÉ SER LLAMADO PADRE DE JESÚS

PROLOGO DEL LIBRO SEGUNDO

Con particular orden y providencia divina en algunos de los mayores santos del cielo se hallan menguas que parece derogan a la grandeza de su perfección y bien mirado no oscurecen, antes levantan el resplandor de sus virtudes, y son como las sombras que realzan los vivos colores y perfiles de la pintura. San Juan Bautista, con ser tan santo como fué, no hizo milagros mientras vivió en el mundo, y el hacer milagros es señal de santidad, pues por ellos canoniza la

1 S. Gregor. Nazianc., Orat. XI.

Iglesia sus santos. Y aunque parezca falta en el Bautista no haber hecho milagros, no es falta sino señal de su gran excelencia. Que ordenó Dios que no los hiciese poniendo los ojos en su divina honra y en la flaqueza de los judíos; que si vieran milagros en el Bautista, no se desengañaran ni dejaran de creer ser el Mesías prometido en la ley, según su gran santidad, y así como en otros santos es honra hacer milagros, es mayor en el Bautista no haberlos hecho. Del glorioso San José han deseado saber muchos de sus devotos la causa por qué nuestra madre la Iglesia, celebrando con mucha solemnidad fiestas de otros santos, ha poco tiempo que oficia de San José, y su día no es fiesta de guardar. Andando yo con cuidado de hallar de esto razón que me satisficiese, leí en el libro del *Arbol de la vida* que escribió Ubertino de Casalibus, ser la razón porque unos blasfemos herejes pusieron lengua en la virginidad de la Reina del cielo, tomando ocasión de que la Escritura llamaba a José padre de Jesús, con que derogaban a la divinidad del Hijo y virginidad de la Madre. Y como la Iglesia ordena todas sus cosas para nuestro aprovechamiento, así como le pinta viejo para obviar a pensamientos descomedidos de los flacos, así también para quitar a los herejes esta ocasión, no le llama absolutamente padre de Jesús, ni se detiene en celebrar su fiesta con la solemnidad que hiciera si no hubiera habido esta herejía. Y de aquí es que esta poca solemnidad con que le celebra, y la limitación con que le llama padre de Jesús es indicio de mayor perfección de José, como el no haber hecho milagros lo es del Bautista. Y pues que ya se acabaron estos herejes y hay muchos cristianos que no entienden la grandeza de ese Santo encerrada en este nombre de padre de Jesús, hablando y entendiendo en esto como habla la Iglesia, declararé en este segundo libro la excelencia de este nombre, padre de Jesús, y el amor y bendiciones de Jesús a José, como de tal hijo a tal padre; y la correspondencia que en este oficio de *fabro* o carpintero se halla con el nombre de padre de Jesús en los cinco capítulos que se siguen.

San Juan Bautista no hizo milagros.

CAPITULO PRIMERO

La soberana excelencia que resplandece en José por haber sido llamado padre de Jesús, y que a quien Dios da nombre, oficio y cargo le comunica los talentos necesarios para ejercitarle.

Bendito sea Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo. dice el Apóstol, de quien se deriva todo el nombre de padre en la tierra y en el cielo (1); porque teniendo dos nombres, el primero de Padre de Jesús y el segundo de *fabro* o artífice que fabricó y crió el mundo, buscando entre las criaturas más perfectas alguno en quien se derivasen estos sus dos nombres y apellidos, halla a María, a quien comunicó la verdadera generación del Verbo divino en cuanto hombre, de quien es verdadera Madre; y porque ningún hombre criado podía llegar a este grado de ser padre de la humanidad de Cristo, como

Dos nombres del Padre eterno que se hallan en José.

1 Ad Ephes., I, 3.

la Virgen es madre, y lo más que les podía dar era el nombre y oficios de padre en la tierra después de María, halló un *fabro*, artífice o carpintero, llamado José, en quien depositar este nombre de padre de Jesús. Crió Dios todas las cosas y entre ellas al hombre a su imagen y semejanza para que en ellas resplandeciesen sus atributos; en unas su sabiduría, en otras su omnipotencia y en otras su bondad y así las demás virtudes. En María y en José según la perfección de sus almas resplandecen en tan alto grado los atributos divinos, que, aunque no hubiera criado otra ninguna criatura, bastaban estas dos para muestra de que su Criador es infinito y omnipotente, y tiene en sí los demás atributos que resplandecen en todas las otras criaturas; y demás de esto la suprema dignidad de ser llamado padre del Verbo, que en ningún otro depositó, resplandece en José, que llama a Jesús hijo y Jesús a José padre; así como el mismo Jesús hablando con su Eterno Padre le dice por San Mateo: Confiésote, Padre, Señor del cielo y de la tierra (1), y por San Juan: Así como me envió mi Padre y yo vivo por mi Padre, etc. (2). Y el Padre Eterno hablando con Jesús, le dice: Este es mi Hijo muy amado, que me agradó mucho (3).

La excelencia de este nombre Padre de Jesús.

Admirado San Agustín (4) de esta inefable excelencia de José y declarando cómo le llamaban padre de Cristo, dice estas palabras: No solamente los que ignoraban el misterio de la Encarnación, como los judíos, le llamaban padre de Jesús, diciendo por San Lucas y San Juan: ¿No es éste hijo de José el carpintero? (5), sino también los evangelistas que lo saben le llaman padre, pues San Lucas contando la presentación de Jesús en el templo, dice: Estaban admirados sus padres, José y María, de lo que se decía de él (6), y el ángel: Pariráte, dice, un hijo y pondrásle por nombre Jesús (7). Y la que sabe más que todos los ángeles, cuando le halló en el templo después de perdido, dijo: Tu padre y yo con dolor te buscábamos (8). ¿Quién podrá, pues, entender el tesoro de incomparables riquezas que se hallan en varón que le dan nombre de padre de Jesús?

Los nombres sabía, considerada y discretamente impuestos, dice San Bernardo (9) significan la naturaleza o el oficio, dignidad o excelencia de la cosa nombrada, que no acaso y sin consejo son impuestos. Y así vemos que Adán recibió conocimiento de las criaturas para ponerles nombre (10); a Abrahán por su gran fe le llamaron por ese nombre de Abrahán, que quiere decir padre de creyentes (11); a Jacob, Israel, porque vió y peleó con Dios (12); a Pedro, por primera piedra de la Iglesia le llaman Pedro (13); y en las repúblicas sabiamente gobernadas se llama rey el que reina, juez el que juzga, pastor el que apacienta y así los demás; ya que José no engendró a Jesús ¿qué oficio, qué dignidad, qué excelencia, qué talento hallaron en él pues le llaman padre de Jesús?

---

1 Matth., XI, 25.
2 Joan., VI, 58.
3 Matth., III, 17.
4 ML. **34**, 1072.
5 Matth., XIII, 55; Marc., VI, 3.
6 Luc., II, 33.
7 Matth., I, 21.
8 Luc., II, 48.
9 ML. **183**, 69.
10 Gen., II, 19, 20.
11 Gen., XVII, 5.
12 Gen., XXXII, 28.
13 Matth., XVI, 18.

Dice Santo Tomás que cuando Dios da nombre y oficio a una criatura, también le da el talento y partes necesarias para aquel nombre y oficio. No es como los hombres que eligen presuponiendo los talentos en el elegido. Fué Amos, pastor rústico, elegido por profeta, dióle Dios espíritu de profecía (1); y a Moisés, tartamudo, que envió por embajador le infundió elocuencia (2); pues aunque José no hubiera sido varón justo ni tuviera otras partes ni talento, en el punto que por orden de Dios y mensaje del ángel le concedieron tan alta dignidad como ser llamado padre de Jesús, le dió Dios talentos y partes convenientes para tal nombre y oficio. Para dar nombre de mártir, que quiere decir testigo, conviene que tenga un hombre tan gran caridad que dé la vida y derrame la sangre por Cristo; ha de ser escribano de las historias de Jesús el que quisiere ser llallamado evangelista; y enviado a fundar la Iglesia a quien llamaren apóstol; y para que se llame precursor conviene que venga anunciando la venida de Cristo con las virtudes y perfección que vino San Juan Bautista; y cuando llaman a San Miguel capitán de la Iglesia, le dan el bastón y cargo de los ejércitos de ella. Pues ¿qué tiene que ver el nombre de mártir o testigo, escribano, embajador, precursor o capitán con el nombre de padre de Jesús?

San Juan Evangelista es muy estimado por ser llamado Hijo de María.

Fáltame el espíritu, enmudece mi lengua y valdría más acogerme al seguro puerto del santo silencio que engolfarme más en el abismo de los misterios que en este nombre de padre de Jesús, impuesto a José, se descubren: pero no puedo dejar de referir cuánto encarecen los sagrados doctores la excelencia de San Juan Evangelista por haber merecido que se le impusiese el nombre de hijo de la Madre de Dios. Pues ¿qué tiene que ver el nombre de hijo con el de padre? Entrambos son nombres de amor, nombres de allegados y de regalados; pero el nombre de hijo denota sujeción, el de padre grandeza. Gran nombre es hijo de María, aunque también en respecto de María José es esposo y marido, nombre más estimado que hijo, pero ¿qué tiene que ver María con Jesús, que es infinitamente mejor que su madre?

Declarando Ruperto (3) el *Liber generationis*, le compara a la escala de Jacob y a los escalones hace grados de las criaturas, subiendo desde la menor hasta la suprema, y a esta suprema llama José, esposo de María, de quien nació Jesús que se llama Cristo, etc. (4), y porque dice la Escritura que Dios se reclinaba en lo supremo de la escala (5), pregunta qué misterio se encierra en este estar Dios reclinado en José; y no responde otra cosa sino porque José se llama padre de Jesús, que es lo supremo a que puede llegar una criatura después de María, su madre. Y tratando el mismo autor de la divina y celestial comunicación que habría entre Jesús, María y José, concluye diciendo que basta para esto decir ser entre hijo verdadero y madre y el que es llamado padre de Jesús. Y así como no era menester buscar más razones para que todo Egipto reverenciase a

1 Amos., I, 1.
2 Exod., IV, 10.
3 ML. **168**, 1319-1320; **170**, 75.
4 Matth., I, 16.
5 Gen., XXVIII, 13.

José el antiguo sino querer el rey que le llamen Salvador (1), ni a Mardoqueo, que mandar el rey Asuero que le hagan honra (2), ni a Saúl, que ser elegido por mano de Samuel en el reino (3); así no es menester buscar para José otra razón más que ser voluntad de Dios, y que por su orden le pregonen por padre de Jesús no sólo en Egipto ni en las plazas de Nínive ni en la ciudad de Jerusalén, sino en este mundo y en la alta Jerusalén de la bienaventuranza. Y si honramos, loamos, llamamos bienaventurados y ponemos por intercesores y nos encomendamos con mucho fervor a San Francisco, Santo Domingo y los demás santos, porque la Iglesia los ha canonizado por santos nombrándolos siervos de Jesucristo, ¿con qué afecto, con qué devoción y fervor conviene que loemos, honremos, glorifiquemos, invoquemos, seamos devotos y pongamos por intercesor al glorioso San José, a quien la misma Iglesia, los evangelistas y el ángel y la gloriosísima Virgen María tiene canonizado por tan santo, que le llama padre de Jesús que es muy más excelente nombre que siervo?

Bien sé que Santo Tomás escribiendo sobre aquellas palabras del apóstol San Pablo a los de Efeso, que dicen, según las riquezas de su gracia nos hizo a nosotros superiores, etc., declara que de tal manera los apóstoles exceden a los demás santos, que tiene por error decir que haya santo en la Iglesia más aventajado en grados de gracia que ellos lo fueron. No quiero yo aquí disputar a qué grado de gracia llegó el alma de José y llegaron los apóstoles, que eso ¿quién lo puede medir o pesar?, pero es bien que respondamos a esta autoridad de Santo Tomás, para que yendo contando excelencias y alabanzas de San José, no nos dé nadie con ella en rostro. Responde de dos maneras un grave aunque moderno autor, que escribiendo sobre Santo Tomás se muestra bien devoto de José. Lo primero que no se entienden estas palabras del apóstol San Pablo con los privilegiados, y, como después probaremos, privilegiado fué San José. Lo segundo, que San Pablo habla en aquel lugar de los dones ordenados para el bien de la Iglesia, que es el cuerpo místico, y tratando en este orden de dones, los que mayores riquezas recibieron fueron los apóstoles, constituídos por príncipes sobre toda la tierra (4). Los dones y riquezas de gracia que tuvo José fueron ordenados inmediatamente a Cristo, que es cabeza del cuerpo místico de la Iglesia, y el oficio suyo de padre, que fué criarle, sustentarle, traerle en brazos y defenderle, tiene dones y gracias de otro orden superior. Y así como quien dijese que la plata de nueva España es el mejor metal de todos, no niega que el oro no sea mejor que la plata; así cuando San Pablo dice que los apóstoles fueron los superiores en riquezas de gracia, no habla en comparación del oro de lsa almas de María y José, que, según prueba Isidoro por muchas razones y autoridades de santos, por el orden que el Evangelista escribe, Jesús, María, José, están escritos en los libros de la gracia y en el libro de la vida de la bienaventuranza.

---

1 Gen., XLI, 45.
2 Esther., VI, 10.
3 I Reg., X, 1.
4 Ps. XLIV, 17.

CAPITULO II

De diez oficios de San José, de donde se coligen diez razones, porqué se llama padre de Jesús, que son haber sido ayo, padrino, padre de compañas, tutor, padre adoptivo, amo que crió, padre elegido, dueño, marido de su madre, y padre de buenas obras de Jesús.

No engendró José a Jesús. Solamente es su padre el Padre Eterno que le engendró según la divinidad, y de la humanidad sola la Virgen es su madre, que le concibió en sus entrañas por obra del Espíritu Santo; pero dignamente se llama José padre de Jesús por diez razones y causas que son los oficios que ejercitó de padre, las cuales he resumido de los sagrados doctores.

La primera, por ser ayo de Jesús, que aunque pobre, no es de bajo estado este Niño, que es Príncipe de la paz (1), Hijo del universal monarca de lo criado, Rey de reyes, Señor de señores (2); y así como cuando envían un gran príncipe a estudiar fuera de su tierra, le dan un ayo para que le gobierne y acompañe a quien el príncipe obedece como a padre, y el ayo manda y gobierna como a hijo, aunque aquel mandar es servir, así viniendo Cristo a la universidad de este mundo a aprender obediencia en la cátedra de su pasión (3), como dice San Pablo, danle por ayo a José, por la cual causa, dice Ruperto, se llama padre de Jesús. Ayo.

El padrino se llama padre espiritual de su ahijado, y sabemos del Evangelio, que cuando Cristo fué circuncidado, que antiguamente servía de lo que ahora el bautismo, por ordenación de Dios y revelación del ángel, José le puso el nombre haciendo oficio de padrino, y por esta causa le dijo el ángel: pariráte un hijo, y pondrásle por nombre Jesús (4). Padrino.

La familia de Naamam Siro le llamaba padre, porque el patrón de la casa es padre de los que tiene a su cargo; y, según el glorioso S. Bernardo (5) declarando aquellas palabras: ¿Quién piensas que es el siervo fiel, y prudente, a quien el Señor ha puesto por patrón de su familia? (6). José es este padre de compañas a quien el Padre Eterno dió por compañero de la Madre de Dios, padre de su Hijo, y fidelísimo ayudador de su consejo en la tierra, de tal suerte, que con razón se puede decir de este José lo que hallamos escrito del otro Patriarca: Constituyóle por Señor de su casa, y príncipe de su posesión (7); hasta aquí son palabras de Bernardo. La casa de Dios contiene a María y a Jesús; esta es su familia, esta misma es la de José, y si de una parte se pone esta pobrecita casa con la familia de tales dos personas y de otra parte toda la corte del cielo y de la tierra con los innumerables ángeles y hombres que Dios ha Padre de compañías.

---

1 Isai., IX, 6.
2 Apoc., XIX, 16.
3 Ad Haebr., V, 8.
4 Matth., I, 21.
5 ML, 183, 69-70.
6 Matth., XXIV, 45.
7 Ps. CIV, 21.

criado y los que puede criar, es más excelente corte y mayor palacio, más noble familia la que manda José y se sustenta con el pan ganado a su sudor, que todo lo demás criado.

Tutor.

El glorioso S. Andrés Jerosolimitano (1) llama a S. José tutor de la Virgen María, y de la misma manera le llama San Agustín, y el tutor de la madre también lo es del hijo. Pero aunque no lo fuera de la madre, Ruperto (2) dice que Cristo fué como menor o pupilo cuya hacienda y herencia administró José que tuvo cuidado de sustentarle y alimentarle hasta que llegase a los años que manda la ley, y así fué su verdadero tutor; y cuando los pupilos o menores se crían en casa de los tutores, no les llaman menos que padres y el tutor los llama hijos.

Padre adoptivo.

El padre adoptivo verdaderamente tiene nombre de padre del que adopta y recibe por hijo, aunque no le haya engendrado. Por esta vía declara San Agustín (3) ser llamado José padre de Jesús; porque le adoptó y eligió por hijo y le tuvo en su casa e hizo heredero de su hacienda. Así como acaece que un hombre honrado, cuando se ve sin hijos, pone los ojos en algún niño pobre, huérfano, hermoso y bien inclinado, y hace escritura de dejarle su herencia y por esto favorecen las leyes a los hijos adoptivos, poca hacienda tenía que dejar José a su hijo adoptivo Jesús, pero según el amor con que le amaba, más de veras hiciera que lo que dijo San Agustín una vez abrasado todo en amor: Señor, si yo fuera Dios y tú fueras Agustín, te diera el ser de Dios y me quedara con el de Agustín.

Amo de leche.

El marido de la que cría el niño a sus pechos, que se suele llamar amo de leche, oficio y amor tiene de padre y el niño le llama padre a boca llena. Este oficio, dice San Bernardo (4), que hizo extremadamente San José; porque como amo de leche tomaba el Niño en sus brazos y le traía cantando cantarcicos, acallábale si lloraba, brincábale para que se durmiese en la cuna, gorjeábale, regalábale y dábale dijes como a niño, y no salía vez fuera de casa que los pajaritos o manzanitas o cosas semejantes que hallase, de que suelen gustar los niños, no trajese para su Niño Jesús, volviéndose de edad de niño el que trataba con Dios infinito hecho niño.

Padre por elección.

Así como el rey natural se llama rey y es obedecido, así el rey hecho por elección se llama rey y es obedecido por rey. Dice San Juan Damasceno (5) que aunque José no engendró a Jesús ni fué su padre natural, Jesús le eligió por padre. Y después de hecha esta elección le obedece, respeta y reverencia como hijo y él ejercita el mando, superioridad y gobierno como padre de Jesús.

Dueño.

Según las leyes cuando un hombre es dueño y señor de un jardín o de una heredad, si acaso en el jardín manase una nueva fuente o en la heredad se hallase un tesoro escondido, la fuente y el tesoro son del dueño del jardín y heredad. Cuando desposaron a José con María, en todo rigor de las leyes del matrimonio, le hicieron dueño de María y se la dieron por propia; si después de hecho este despo-

---

1 S. Andr. Jerosol., Serm. de Annunt.
2 ML, **170**, 76.
3 ML, **34**, 1070-1071.
4 S. Bernar., Serm. de Nativ. Dní.
5 S. Joan. Damasc., Orat. XIII.

sorio nació en este jardín y huerto cerrado la fuente de huertos y pozo de agua viva (1), Cristo Jesús, de cuyo pecho mana el agua que salta hasta la vida eterna (2); y en esta heredad del Señor, que es María, se halla el tesoro escondido por el cual el mercader conviene que dé toda su hacienda (3); este divino tesoro y fuente, Jesús, es de José, y él se llamará su dueño y padre, aunque no le haya engendrado. Esta razón se colige del glorioso S. Epifanio (4).

Marido de su madre.

El marido de la madre de un hijo se llama padre, aunque no le engendre, y es esto tan cierto, que ordinariamente se ve que mujeres mozas que quedan viudas con niños a los pechos, casando segunda vez, el padrastro cría al niño de su mujer como padre y le llama hijo, y el niño le trata como a padre. Si miramos bien en ello más razón hay para ser llamado José padre de Jesús que cualquier padrastro del mundo de cualquier alnado que sea. Porque las otras mujeres viudas fueron primero casadas, María no tuvo otro marido sino José y no vino José a la compañía de Jesús y María después del niño nacido, sino que nació y se crió en poder de José, y Jesús tiene a María por verdadera madre y ella es verdadera esposa de José. Esta razón es de los mismos santos que arriba he dicho y casi de todos los que escriben de esta materia. Y es tan clara que ni es necesario alegarlos ni gastar en ella más tiempo.

Padre de buenas obras.

Finalmente, tales obras puede hacer un hombre a otro, que le deba y esté obligado tanto como a padre; y así como decíamos que es José como padre de María, porque hizo por ella tales obras que le debía más que al padre que la engendró y a la madre que la parió; así digo ahora que recibió Jesús tales obras de José que le puede llamar padre, aunque no le haya engendrado. Cuando un padre engendra un hijo, dale lo más que le puede dar, que es la vida del cuerpo; y por amor de José no mató Herodes y quitó la vida a Jesús cuando le andaba a buscar y mató los Inocentes; luego Jesús en cierta manera le debe la vida a José; dejo aparte las demás buenas obras de criarle, sustentarle, regalarle y amarle con más entrañable amor que ningún padre a su hijo. Y tengo por muy cierto que si se pusiese todo el amor que los padres carnales han tenido a sus hijos en una balanza y en otra solo el amor de José a Jesús, se hallaría ser mayor el amor de José, y así con razón dice el mismo Jesús estas palabras: Yo conversaba con José en todo como si fuera su hijo, y en todo me parecía a él, salvo en haber tenido pecado, y llamaba yo a José mi padre, y él me llamaba su hijo, y obedecía a mi Madre y a José en todo lo que me mandaban, que jamás quebranté uno de sus mandamientos, y amaba yo a mi padre José más que a las niñetas de mis ojos, etc.; hasta aquí son palabras de Jesús. Mas porque vamos entrando en la materia del amor y hay mucho que decir, dejémoslo para el capítulo siguiente.

Está en la historia oriental.

---

1 Cant., IV, 12, 15.
2 Joan., IV, 14.
3 Matth., XIII, 46.
4 S. Epiph., Haeres. LXXVIII.

CAPITULO III

Del soberano amor que hubo entre José y Jesús. Tócanse los principios, raíces y afectos del amor y las causas por donde subió San José a la cumbre del amor de Dios, familiar, fervoroso, tierno, fuerte y apreciativo.

Qué sea amor de Dios.

Como a las niñetas de sus ojos, dice Jesús, que amaba a su padre José. El amor que Dios nos tiene es gracia: la primera hija de la gracia es la caridad, y tanto cuanto hay de gracia, tanto hay de amor y cuan grande fuere el amor que tenemos a Dios, tanto nos ama Dios, que dice: Yo amo a los que me aman (1). Este amor de Dios tiene por principios la consideración, la semejanza y el trato y comunicación con Dios; por raíces el considerar ser Dios quien es, que es infinitamente bueno y amable, los grandes beneficios que de su mano hemos recibido y el inefable amor que nos tiene. De estos principios y raíces mana el amor, que unas veces es tierno, otras apreciativo y tiene otras muchas diferencias. De él se siguen los doce efectos amorosos como frutos de este árbol de la vida (2), que comúnmente son llamados júbilo, gozo espiritual, embriaguez del espíritu, fervor, devoción, celo, entrañamiento, fuego y muerte de amor, éxtasis, rapto y unión.

Sus principios. Sus raíces. Diferencias de amor. Afectos del amor. Efectos.

Manan también del amor todas las virtudes, que son hijas de la caridad, por el orden divino y delicado que escriben los sagrados doctores. Si de esto hubiéramos de tratar despacio y explicar en el alto grado que resplandecen todos estos principios, raíces, diferencias, afectos y efectos del amor divino en el alma del glorioso José, fuera entrar en un mar sin fondo y sin ribera donde me anegara sin poder tomar puerto. Sólo navegaré por las orillas, costa a costa, diciendo algunas particularidades del amor que José tuvo a Jesús y Jesús a José más que a otros santos, pues voy haciendo particular tratado de José. Ningún otro fué ayo, padrino, tutor, dueño, padre de compañas, amo de leche, marido de su Madre, padre adoptivo y padre de tan buenas obras de Jesús como fué José; y si todos estos oficios requieren amor, no es menester mucho discurso para entender cuánto amó José a Jesús; y de ningún otro sino de José fué Cristo cliente, ahijado, pupilo o menor, familiar, adoptado y elegido por padre; luego demás de las razones universales por donde los otros santos son amados, con todas estas más particulares razones de amor lo fué José, y con otro más particular amor, porque José, siendo padre, era hijo de su Hijo, etc., y así se redobla en esto la fuerza del amor. Y ninguna particularidad se lee de los santos que más amaron y fueron amados, que no se halle con más ventajas entre José y Jesús.

Particulares causas de amor en José.

Compárase José en amor a Dios a otros santos.

A los Apóstoles en amor afable.

Los apóstoles conversaron y fueron discípulos de Jesús por poco más de tres años, y en ellos aquellos tres escogidos para ver el misterio de la Transfiguración (3) y para otros secretos fueron los más

1 Prov. VIII, 17. 2 Apoc., XXII, 2 3 Matth., XVII, 1-9.

amados. Pues no solamente tres años sino casi treinta conversó, y en muchos secretos y misterios se halló José con Jesús que ninguno de los apóstoles pudo alcanzar.

Una mujer pecadora en la ciudad que una vez besó los pies de Cristo y los lavó con sus cabellos, alcanzó amor tan grande y fervoroso que oyó de la boca del mismo Señor: Perdonados le son muchos pecados porque amó mucho (1). José no fué pecador y sabemos que asienta mejor el amor en almas puras, y muchas veces tocó y lavó los pies y los besó; y no sólo pies sino manos, pechos, cabeza y boca del dulcísimo Jesús, sin que jamás le dijese: *Noli me tangere* (2), y fué besado innumerables veces con inefable amor y ternura del Niño eterno, pues ¿cuánto es de creer que le amaría? ¿Quién no se enternecerá considerando las llamaradas de divino amor que saldrían de la boca del Niño cuando besase a José y penetrarían sus entrañas y abrasarían su corazón, aunque fuera más frío que la nieve y duro que el diamante? Todas las gorjerías y regalos que los niños hacen con sus padres y madres son incentivos y centellas de amor; como se experimenta en algunas madres, que siendo muy cuerdas, discretas y compuestas, con estas muestras de amor dicen palabras que parece que han perdido el seso; y padres viejos y gravísimos se tornan niños con los niños descomponiéndoles la fuerza del amor. Como se lee de un rey de Persia, que siendo el más severo y grave de los de su tiempo, acaeció que un embajador, su sobrino, para quien no había puerta cerrada, entrando a deshora en una sala, le halló corriendo como niño en un caballejo hecho de caña entre dos hijitos niños que tenía, y como el sobrino se admirase y turbase de tal espectáculo, el rey que entendió su pensamiento, le dijo: Yo te ruego, sobrino, que no digas nada de lo que has visto hasta que tengas hijos niños a quien bien quieras, y después yo te doy licencia que lo digas a todo el mundo. El Niño Jesús, como niño besaría, regalaría, acariciaría y haría regalos a José y a María; pero aunque niño era Dios; aunque chiquito, infinito; aunque tierno, eterno y aunque recién nacido, omnipotente; y no sabiendo hablar, era la infinita sabiduría de su Padre, criador de su ayo José y de su madre la Virgen, y así todos los motivos de amor que hiciese en aquella edad, llevaban eficacia y virtud de divinidad escondida que penetraban el interior del alma; y sus besos producirían en el interior de los corazones de José y María todos aquellos regalos y excelencias de amor que se escriben en el libro de los *Cantares* y se consiguen del beso que deseaba la esposa, que para declararlos en José fuera menester escribir un gran libro.

Amor fervoroso de José.

Examinaba Cristo para oficio y dignidad de Sumo Pontífice un varón de amor tan fuerte, firme y constante, que mereció renombre de Pedro, que es piedra sobre que se fundó la Iglesia: tres veces le pregunta si le amaba más que todos (3), y hallando que sí, le dió la suprema silla y le hizo su vicario, diciendo: Apacienta mi ganado; pues ¿cuál sería el examen de amor que el Padre Eterno habría hecho de José, pues le dió dignidad, cargo, oficio y nombre

Amor fuerte de José.

1 Luc., VII, 47. 2 Joan., XX, 17. 3 Joan., XXI, 15-18.

de padre de Jesús, no para apacentar ovejas, sino para apacentar el pastor bueno, no para guiar el ganado sino para que gobernase el que con su sangre le ganó, no para vicario de Cristo sino para oficio de padre de Cristo? Dichoso José que con su amor mereció el cargo de padre del mismo Dios; dichosa oveja, que lleva por los pastos y abrevaderos a su mismo pastor; dichoso cura de tal feligresía, dichoso obispo de tales dos diocesanos, Jesús y María; dichoso papa a quien entregan el gobierno del Sumo Pontífice, Cristo Jesús. Para pedir David atención y mercedes a Dios, le pone delante ser pastor de José, cuando dice: Tú, Señor, que riges a Israel, atiende a nuestros ruegos; tú que guías como oveja a José, manifiesta en presencia de Efraín, Benjamín y Manasés (1), como quien dice, pues que eres pastor de José, gobierna los tres estados de la Iglesia, casados, continentes y vírgenes; que esos tres estados se declaran en los nombres de Efraín, que quiere decir el que hace fruto, como los casados; Benjamín, hijo de mano derecha, que significa los continentes; Manasés, que quiere decir olvido, que son los vírgenes que se olvidan del mundo. Y porque estos estados se fundan en la caridad y José fué perfecto casado, continente y virgen, por su intercesión se pide a Dios favor para estos tres estados. Cuán más de veras lo alcanzaremos de este Señor, diciéndole: Tú, Señor, que riges a Israel, atiende: tú, a quien José guía como oveja haciendo oficio de pastor, favorece a Efraín, Benjamín y Manasés.

Amor tierno de José.

Entre los que amaron tiernamente, ninguno se llegó al glorioso San Juan Evangelista, águila divina que durmiendo en el pecho de su Maestro entró por la puerta del cielo hasta el trono en que está asentado el Cordero, de donde mana el río divino (2) de amor, y llegó con su alto vuelo a los primeros manantiales de nuestra fe, donde entendió la unidad de esencia y trinidad de personas, y pudo escribir: *In principio erat Verbum, etc.* (3), y mereció con este amor suceder al mismo Jesús en el oficio y nombre de hijo de la benditísima Madre. ¿Cuántas veces San José inclinaría su cabeza sobre aquel reclinatorio de oro y subida de púrpura (4) del divino costado, donde la lanza había de abrir una llaga que fuese puerta y acogida para las palomas sencillas?, ¿cuántas veces embriagado del vino del Esposo, pondría su boca sobre los pechos que valen más que el vino (5), enfrente del corazón, cuyos latidos le abrasarían en amor, viéndole dar saltos dentro del pecho con deseo de romperse, para meter dentro de sí a los hijos de Adán? Y aunque José besase aquel divino pecho estando el niño durmiendo, siempre el corazón de Jesús está velando, que jamás duerme ni se adormece el que es guarda de Israel (6); y si por una vez que durmió San Juan Evangelista, le llama el Señor el discípulo amado (7), ¿cuál será el amor de José que durmió tantas?

Y no sólo José dormiría en el pecho de Jesús, pero innumerables veces Jesús se adormecería sobre el pecho de José, puesta su divina

1 Ps. LXXIX, 2, 3.
2 Apoc., XXII, 1.
3 Joan., I, 1.
4 Cant., III, 10.
5 Cant., I, 1.
6 Ps. CXX, 4.
7 Joan., XXI, 20.

boca enfrente de aquel corazón, robándole, abrasándole, desmenuzándole y haciendo en él heridas de amor; y José le guardaría el sueño, contemplando los misterios en Cristo encerrados, afervorándose más en amor, y con la grandeza de tan alta oración llegaría al sueño que en la Sagrada Escritura se llama *tardemach*, que es el éxtasis o rapto de quien después diremos.

Amor apreciativo de José.

San Juan Crisóstomo (1) con la elegancia de su boca de oro compara el amor apreciativo de San Juan Bautista al amor apreciativo de José, y dice, que si el principio del amor de San Juan Bautista fué el abrazo de Cristo Jesús cuando estaba en el vientre de su Madre al tiempo de la visitación, y de allí quedó santificado y *exultavit infans in utero* (2) ¿qué de abrazos daría Jesús a José cuando niño, cuando mayorcico y en todo tiempo? ¿qué de veces le saludaría y se colgaría de su cuello, mostrándole amor e infundiéndole gracia? Y pues no leemos en la Sagrada Escritura ni en doctor alguno que los abrazos de Jesús dados a José fuesen de menos virtud que el abrazo que dió a San Juan Bautista, ¿por qué hemos de poner menores efectos?

Los aabrzos de Jesús a José causaban gran amor.

En el rezado antiguo del Carmen había un himno que decía: *Nunc ad Joseph tamquam patrem, nunc ad sanctam repsit matrem, per virgeneas cervices gratas alternando vices*. Que quiere decir: unas veces se abrazaba Cristo de José como de padre, otras veces de la Madre, virgen. Y es a mi parecer de mucho regalo aquella fuerza que ponen las serpientes apretando con el cuerpo la tierra cuando se resbalan con la ligereza que vemos; de la misma manera, cuando abrazase a José Cristo Jesús, serpiente de metal que cura los mordidos de las venenosas serpientes (3), sería con unos abrazos tan apretados que cualquiera de ellos haría fuerza en el alma de José para rendirla a la unión, y que dijese: *Domine, quid me vis facere* (4), aunque fuera tan rebelde como Pablo que fué derribado del caballo. Tengo por muy cierto que después del abrazo infinito entre el Padre Eterno y el Hijo, del cual procede el infinito amor, que es el Espíritu Santo, entre todos los otros principios de amor ninguno hubo más eficaz que los abrazos amorosos que Jesús daría a su madre, la Virgen y a su padre, José; y que así como por el abrazo de este mismo Hijo con su Padre Eterno procedía amor infinito, de estos abrazos con la Madre y Padre temporales procedió amor inaccesible y soberano.

Compárase el amor de José a cualquier otro amor criado.

El amor natural que las madres y padres tienen a sus hijos, los maridos a las mujeres o las mujeres a sus maridos, o el amor con que se aman dos buenos amigos o cualquier amor que haya entre las criaturas, aunque suele ser grande, firme, fuerte, fervoroso, afectuoso y eficaz como se ve por experiencia, con todo eso falta a lo que podía llegar por el límite y término con que se divide del amor divino y verdadera caridad. Porque al fin son dos amores, el amor divino y el humano, y el corazón no puede llevar tanto peso; que si se ama mucho a Dios, entíbiase el amor natural, y si crece

1 S. Joan. Chrysost., Homil. IV in Matth.
2 Luc., I, 44.
3 Num., XXI, 9.
4 Act., IX, 6.

el amor de la criatura, distrae del amor de Dios. Mas en este amor de Jesús, María y José no hay división, no hay cosa que ponga límite, no se entremete escrúpulo ni temor, porque todo es acerca de un mismo objeto, amor natural y divino, amor de hijo y de Dios; y como arden los apetitos y la voluntad con el fuego de un amor y no entra mortificación de por medio para quitar demasías de amor de hijo y poner en amor de Dios, pues que todo es uno, hijo y Dios, de aquí es que este amor debió de ser el mayor que se puede pensar en lo criado.

Por qué no vino hasta el tiempo de la pasión de Cristo.

Preguntan algunos contemplativos por qué permitió Dios que José no asistiese al pie de la cruz como asistió la Virgen. Responde un autor grave (1) que era tan tierno y fervoroso el amor de José, que sin duda muriera de la fuerza del dolor de ver morir a su Hijo en la cruz; y no quiso Dios dar a la Madre dos tragos juntos, de que viese la muerte del Hijo y del Esposo amado. El amor de la Virgen era sin comparación mayor que el de José; y era de mejor metal, más firme, más constante y más fuerte; y por eso la reservó Dios para aquel trago, porque sabía muy bien que lo pudiera sufrir sin perder la vida; la cual sin duda dejara José, como leemos haber muerto algunos por la fuerza de grandes ímpetus de amor y dolor. Y aunque esta muerte y los desmayos y el perder el sentido y otros afectos que privan la razón son señales de mucho amor, también son efectos de flaqueza; ésta no la hubo en la Virgen, y así ni se desmayó al pie de la cruz, ni ella y su Hijo en el rapto y éxtasis perdieron el sentido. El amor de José no era tan fuerte como el de la Virgen, y así se cree que expirara si se viera en aquel paso.

De Judit se escribe que fué hija de Merari, hijo de Idox, hijo de José (2). Y declarando estos nombres hebreos, entenderemos el orden que tuvo en amar nuestro glorioso José. Porque Judit quiere decir la que loa; Merari el que vela o amargura; Idox, amable o violencia; José, aumento. Desde el punto que José entendió de boca del ángel el misterio de la Encarnación, siempre anduvieron en su boca alabanzas y loores de Dios y de su Madre; de aquí subió a andar en vela con amargura, sintiendo en el alma cualquier suceso trabajoso de María o Jesús, como sintió la persecución de Herodes; de este cuidado y afán de amar y servir a Dios, llegó a amar y ser amado con violencia y fuerza, y de esta violencia al aumento y suprema cumbre de amor, que no sé cómo decirlo de otra manera, sino que después de María José amó como José.

CAPITULO IV

De las bendiciones de Dios que alcanzó José declaradas en una autoridad del Deuteronomio, y de cómo se hallan en él todas las bendiciones que se dieron a los Padres del Viejo Testamento.

Bendito sea José, y bendígale el Señor con las bendiciones del cielo y de la tierra (3), que como padre le echaría la bendición a Jesús, y él, abriendo su mano, llenaría de bendición a José (4).

1 Isidoro de Insulanis *in sua Summa*.
2 Judith., VIII, 1.
3 Gen., XLIX, 25.
4 Ps. CXLIV, 16.

Dice Santo Tomás, que bendecir Dios a la criatura es hacerle mercedes, según aquellas palabras del salmo: Bendijiste, Señor, a tu tierra y quitaste la cautividad de Jacob (1). Bendecir la criatura a Dios, es loarle de palabras y hacer obras de su servicio. Las obras de José bendecían al Señor, y siempre que le trataba y miraba, le loaba y echaba mil bendiciones. Las bendiciones, mercedes, gracias y riquezas espirituales que José recibió de Dios se sacan de las que están escritas en muchas partes de la Biblia, principalmente en el *Deuteronomio*, cuando Moisés bendiciendo los hijos de Israel, que dice de José estas palabras: Tu tierra será bendita con las bendiciones del Señor. Recibirás por bendiciones manzanas del cielo, del rocío y fuentes, y de las manzanas del fruto del sol y de la luna y de la cumbre de los montes antiguos, y de las manzanas de los collados eternos, de los frutos de la tierra y su plenitud. La bendición de aquel que apareció en la zarza venga sobre la cabeza de José y sobre el hijo del nazareno entre sus hermanos. Es hermoso como el primogénito del toro y sus cuernos son de rinoceronte, con ellos ablentará las gentes hasta los términos de la tierra. Estas son las muchedumbres de Efraín y los millares de Manasés (2). Hasta aquí son palabras del *Deuteronomio*, oscuras de entender pero muy dulces y regaladas después de entendidas.

La declaración literal de esta autoridad es que profetiza Moisés que en las suertes que cupieron a José, Efraín y Manasés, sus hijos en la tierra de promisión tendrían terreno tan fértil, que sus árboles llevasen manzanas y frutas en mucha abundancia, porque no les faltaría rocio del cielo, ni agua ni fuentes de la tierra para regarlas; y que la luna, de noche, y el sol, de día, madurarían sus frutas, y que serían tempranas como suelen ser las frutas de los montes, y que todas las bendiciones que Dios dió a Moisés cuando le apareció en la zarza, daría a los moradores de estas tribus, los cuales serían gente tan robusta y valiente por sus espadas como es el toro y el rinoceronte por sus cuernos, de tal suerte que uno bastase para muchos, y saldrían de estas tribus multitud y millares de soldados para la guerra; por este camino se entiende el sentido literal de esta letra.

Declárase la autoridad.

Hablando en el sentido alegórico, de José, el esposo de María, dice: Que su tierra fué bendita con rocío y con fuentes, porque su alma, entendida por su tierra o su esposa, la Virgen María, fué bendita entre todas las mujeres, y el alma de José recibió de Dios rocío de inspiraciones, gracia y virtudes sobrenaturales que vienen del cielo. Las manzanas del sol y de la luna quieren decir los frutos y dones sobrenaturales de Cristo, que es el sol, y de la Virgen, que es la luna. Es de creer que algunas veces daría José al Niño Jesús manzanas y otras cosas que apetecen los niños, y así como otros niños suelen ser tan liberales, que a quien les da una manzanita alargan la joya que tienen en la mano, aunque valga un reino, el Niño Jesús en lugar de estas manzanas que recibiría de José, le daría las manzanas del sol y de la luna, que son los frutos del

1 Ps. LXXXIV, 2. 2 Deut., XXXIII, 13-17.

árbol manzano, que es la cruz, en el cual dice el esposo que resucitó a su esposa porque su madre fué corrompida debajo del manzano del paraíso terrenal (1). De suerte que aunque no se halló en compañía de la Virgen debajo de la cruz cuando Cristo fué crucificado, recibió las dádivas que le dieran allí si estuviera presente. Y bien se entiende cuán dulces y provechosas fueron estas manzanas, pues una que comió un ladrón que toda su vida había andado robando y matando hombres, le hizo tan buen provecho que le dijo el Señor: Hoy serás conmigo en el paraíso (2).

Las bendiciones de Adán y Jacob se hallan en José.

Dice que recibirá manzanas de los montes antiguos, que son las bendiciones y dádivas, gracias y dones sobrenaturales que recibieron todos los patriarcas del Viejo Testamento. Gasta muchos capítulos Isidoro declarando todas estas bendiciones en José; resumiré algunas con las menos palabras que pudiere. Bendijo Dios a Adán y a Eva, diciendo que creciesen, multiplicasen y llenasen la tierra y se hiciesen señores de los peces, aves y demás criaturas (3). Esta bendición se dió a María y a José, pues del fruto de María, que es Jesús, fué lleno el cielo de bienaventurados y la tierra de virtudes, y el mundo les obedece, pues les obedeció Dios, criador del cielo y de la tierra. A Jacob le dieron bendición del rocío del cielo y de la grosura de la tierra, abundancia de trigo, vino y aceite (4). A José le dan el rocío del cielo, que es Jesús, deseado de los que decían: Rociad, cielos, desde arriba y las nubes lluevan al Justo (5). Danle también la grosura de la tierra, que es María, la cual es la nata, la flor, lo escogido, lo apurado y lo más acendrado de todas las criaturas. El trigo y vino y aceite es el mismo Cristo que se hizo pan y vino en el Sacramento, y es aceite derramado con infinita caridad.

Las bendiciones de los hijos de Jacob.

Judas.

Cuando Jacob echó la bendición a sus hijos en nombre de Dios, todas las promesas que les hace se cumplieron más altamente en José, esposo de la Virgen; y no quiero ponerme a declarar sino algunas palabras de cada una. Dícese de Judas: Que lavará su estola en el vino (6); por esta bendición se entiende que José considerando la pasión y la sangre que el Niño Jesús, cuando grande, había de derramar en la cruz, se bañan en lágrimas sus ojos y su alma en ternura y devoción.

Zabulón.

Prométese a Zabulón que morará en la orilla del mar y tendrá gran abundancia (7). Cumplióse en José que moró en compañía del mar abundante de gracias, que es María, con abundancia de todos los bienes del alma que con ella recibió.

Isacar.

De Isacar se dice que hará su morada entre los dos términos (8); estos dos términos de todo nuestro bien son María y Jesús con los cuales hizo José su habitación.

Dan.

De Dan se escribe que juzgará su pueblo como las demás tribus de Israel (9). Y cuando venga el Hijo de la Virgen en la silla de su Majestad, y se sienten los apóstoles

---

1 Cant., VIII, 5.
2 Luc., XXIII, 43.
3 Gen., I, 28.
4 Gen., XXVII, 28.
5 Isai., XLV, 8.
6 Gen., XLIX, 11.
7 Ib., 13.
8 Ib., 14.
9 Ib., 16.

en doce sillas a juzgar los doce tribus de Israel (1), no carecerá José, esposo de la Virgen, de esta judiciaria autoridad. A Gad le llaman ceñido para pelear (2); cumplióse esto en José cuando apresuró el camino para Egipto peleando por Jesús contra la tiranía de Herodes: Neftalí se llama ciervo enviado que da palabras de hermosura (3), y el ciervo significa el varón contemplativo. Este varón fué José cuando contemplaba el Niño Jesús y gorjeando con él le decía regaladísimas palabras de amor. Dícese de Aser que su pan será en gran abundancia y dará contento a los reyes (4). Bendito el pan con que José crió a Jesús, pues Cristo es pan divino con quien se alegran los ángeles y las divinas Personas. De Benjamín se escribe que se levantará de mañana a hacer presa y a la noche dividirá los despojos (5). De mañana se levantaba José para buscar la comida que dividía a la tarde entre María y Jesús. Gad. Nef. Aser. Benia.

Y porque hemos declarado la bendición que dan a José, no me detendré en ella ni en otras muchas que hay en las Sagradas Letras; como las que promete Dios por Moisés a los que guardaren su ley, la que dijo Balaam al pueblo, que todas se declaran de José en muchos capítulos del libro de Isidoro. Basta esto poco para que se entienda por qué se dice a José que recibirá manzanas de los montes antiguos.

Y añade que también será bendito con las bendiciones de los collados eternos; y que la bendición de aquel que apareció en la zarza vendrá sobre José nazareno entre sus hermanos. Collados eternos se llaman los ángeles, de cuyas perfecciones recibió José como varón angélico según declararemos en el primer capítulo del cuarto libro. Las bendiciones de la zarza fueron las que Dios dió a Moisés con que tuvo principio la ley escrita; y las bendiciones de José que vió como esposa suya a María, zarza que ardía y no se quemaba, desde cuyas entrañas le bendecía Dios (6), fueron excelencias, pues que crió y sirvió a Cristo de quien tuvo principio la ley de gracia. Y este santo José fué nazareno entre todos sus hermanos, que es decir entre todos los patriarcas y profetas del Testamento Viejo, porque alcanzó a ver, servir, criar y sustentar a Jesús Nazareno, figurado y profetizado por aquellos padres antiguos que se llaman hermanos de José. Collados eternos los ángeles.

Dice que su hermosura es como del primogénito del toro y que tiene cuernos del rinoceronte, y que éstas fueron las muchedumbres de Efraín y los millares de Manasés. Estas palabras encierran en sí tan soberana excelencia y bendición de José, que bastan ellas solas para que de todo el mundo sea loado y estimado. Llámase primogénito del toro Cristo Jesús, y cuando en sus manos tiene cuernos de rinoceronte, que son los clavos de la cruz donde está escondida su fortaleza, según escribe Habacuc, entonces todo lo trae a sí mismo (7). Y las muchedumbres y millares de Efraín y Manasés son las almas que se salvan, que todas alcanzan gracia por Jesucristo crucificado. Pues esta soberana bendición alcanzó José que entre to-

---

1 Matth., XIX, 28. 3 Ib., 21. 5 Ib., 27. 7 Habac., III, 4.
2 Gen., XLIX, 19. 4 Ib., 20. 6 Exod., III, 2.

dos los hombres nacidos ninguno fué más semejante a Jesucristo, así en hermosura exterior como en costumbres y condiciones y en haber padecido trabajos, según testificó el mismo Señor y se lee en la Historia oriental. Y con esta última y suprema de todas las bendiciones del benditísimo José demos fin a este capítulo.

CAPITULO V

Del misterio que se colige en haber sido San José carpintero y que el mismo oficio ejercitó Jesús, y lo que debemos a este Santo, por haber Cristo comunicado con él la fábrica de la Iglesia Católica. Pónense algunas alabanzas del arte de carpintería.

Es tan frágil y quebradiza la barquilla de mi ingenio, que con haber llevado la pala y remo por tierra sin atreverme a navegar a lo largo en el golfo de las excelencias, amor y bendiciones que redundan en José por el título de ser llamado padre de Jesús, queda tan destrozada, que de necesidad habré de buscar carpintero que me la aconche y aderece para pasar adelante en esta navegación de sus loores. Y no hallo otro mejor carpintero que al mismo José.

Autores que dicen que José fué herrero.

El Evangelio llama a José *faber* (1), y éste es nombre común a *faber ferrarius,* que es el herrero, y *faber lignarius,* que es el carpintero, y así ha habido gravísimos autores que escribieron haber sido herrero San José: *Ferrum igne domantem* son palabras de Beda, siguiendo quizá la etimología de San Isidoro (2), que declara *faber, id est, factor aeris,* obrero de hierro o metal. Agrádame la opinión de San Ambrosio en este caso, que dice que San José supo muy bien y con mucho primor el arte del herrero, y también la del carpintero y cualquier otro arte mecánico, porque era ingenioso e industrioso sobremanera. Y tengo para mí que para los clavos y cerraduras que hubiese menester para su pobre casa, no sacaría dineros de la bolsa sino que llegaría a la fragua del herrero más vecino y los sabría muy bien labrar. Pero el oficio que él ejercitó y de que tenía tienda era de carpintero no de herrero, y quizá esto dicen los autores de arriba; que no es de creer que la hermosísima María y el espejo sin mancha en quien se desean los ángeles mirar, Cristo Jesús (3), anduviesen entre carbón y cisco; y como no tenían más de un aposento, que es la casa que ahora está en Loreto, donde todos tres estaban trabajando y tratando pláticas del cielo, y no es nada conversable el oficio de herrero a causa del ruido de la fragua y martilladas y de las chispas que continuamente saltan del yunque; y habiéndole Dios escogido con oficio que sirviese, sustentase y acompañase en todos los caminos a María y Jesús, según el estado de su pobreza, no es nada a propósito el oficio del herrero, que para sólo llevar fragua, yunque, almadenas, martillos y limas había menester una acémila; y el carpintero con su sierra al hombro, la azuela en la cinta y un cepillo, compás y escoplo en la faltriquera puede caminar por todo el mundo con suficientes instrumentos para ganar de comer. Y cuando anduviesen por esos desiertos,

Razones que no fué herrero.

1 Matth., XIII, 55; Marc., VI, 3. 2 ML, 82, 669. 3 I Petr., I, 12.

con aserrar cuatro palos del primer árbol haría cabaña para aposentar al que dice por Isaías que labrará cabaña para defender su pueblo del sol y del agua. Así que es más limpio el arte de la carpintería, más fácil de labrar la madera que el hierro, oficio más común y necesario a la vida humana y más conforme a la inclinación de una persona noble cuando viene a pobreza. Que un gran príncipe se precia de trazar una casa y saber labrar un escritorio u otra obra curiosa de madera, no de martillar hierro y hacer otros oficios mecánicos.

Y por esto nuestra madre la Iglesia, que es fiel secretaria del Espíritu Santo, nos pinta a José haciendo oficio de carpintero y no de herrero. Y en la Historia oriental dice Cristo estas palabras: *Joseph erat faber,* natural de Belén, de la casa de David, y desde su niñez supo todas las artes y sabidurías. *Sciebat autem artem carpentariam,* como quien dice, con todo eso profesaba oficio de carpintero. Con esta misma opinión proceden Lira, Sto. Tomás, el Cartujano y casi todos los doctores positivos y escolásticos que escriben sobre el Maestro de las Sentencias y la tercera parte y sobre el capítulo tercero de San Mateo.

Justino, filósofo mártir (1), en el libro de la *Religión Cristiana* dice que José ejercitó el oficio de carpintero y en él le ayudó Jesús; el cual después de los días de José continuó el mismo oficio para ayudar al sustento de su Madre, y que hacía yugos y arados, y por esa causa declara un autor grave de nuestros tiempos que traía comparaciones del arado y yugo, según aquel ordinario refrán que dice: *Tractent fabrilia fabri,* que es decir que los carpinteros hablen en lenguaje de su carpintería. No hay que dudar, dice San Juan Crisóstomo, que Cristo Jesús en este mundo usase el oficio de carpintero, pues que los judíos decían de él: ¿No es éste el carpintero, hijo de María? (2), como quien dice escarneciendo ¿dónde estudió que se atreve ahora a predicar? ¿no le habemos visto con la azuela en la mano carpinteando? Y lo mismo que dice San Juan Crisóstomo de haber sustentado Cristo con el oficio de carpintero a su madre, la Virgen, refieren San Basilio y San Anselmo; y la misma Señora reveló a Santa Brígida, que después que le faltó José, su esposo, sucediendo su hijo Jesús en la tienda y herramientas, la sustentaba con el arte de carpintería. Dichoso José, dice San Buenaventura (3), que tuvo tal carpintero por sucesor de su oficio, y dichosos os llamaré a vosotros, hermanos carpinteros, pues habéis tenido tan buenos dos cofrades de vuestro oficio como José y Jesús, si les sabéis imitar, agradar y servir. Dichoso oficio y excelentísimo arte de quien no leemos otro inventor sino al mismo Dios y entre los oficiales de ella hallamos a José y Jesús. Que bien sabemos que el inventor de los pastores fué Jabel; de los tañedores de órgano y vigüela Jubal; de los herreros Tubalcain (4), y de los demás artes los que refieren los autores que les dieron principio; mas el inventor de la fábrica fué Dios, y según Vitrubio la necesidad, porque los

1 MG, 6, 687.
2 Marc., VI, 3.
3 S. Bonavent., *in Meditatione vitae Christi.*
4 Gen., IV, 20-22.

hombres que moraban entre árboles, dice que juntaron unos maderos con otros para hacer donde defenderse del sol y del agua, del cual autor sacara grandes excelencias que decir en este arte; mas allí las puede leer quien quisiere, que para mí bastame probar haber sido carpinteros José y Jesús.

Aunque he probado que José no fué herrero sino que él y Jesús fueron carpinteros, no he declarado por qué se llama *faber* en el Evangelio y no *carpentarius*. En algunas provincias, por falta de ingenios y sobra de oficiales o costumbre de la tierra, el oficio de los que labran madera se reparte en cuatro. El primero es el que vulgarmente se llama de carpinteros de obra viva, como los que hacen norias, arados, carros; porque el carro herrado se llama carpenta, de aquí se tomó carpintero. El segundo, de los de obra muerta, como los que labran mesas, bancos, etc. El tercero, carpintero de obra prima, que también se llaman entalladores. El cuarto, carpinteros de fábricas, que labran vigas y tablas y las asientan y fabrican las casas, y éstos propiamente se llaman *fabri a fabricando*. En otras tierras, todos estos cuatro oficios tiene uno solo, como hoy en día se usa en Berbería y se debía usar en Palestina, y de día van a labrar en fábrica de casas, de noche o cuando no tienen fuera que fabricar, labran en su tienda arcas y mesas, etc. Este era propiamente el oficio de José, y por eso la Escritura le llama *faber*; y tenía ingenio para labrar cualquier cosa de madera por curiosa que fuese.

El misterio de haber sido José carpintero.

Mas ya será razón que salgamos de entre madera y labrando más delicadamente descubramos el altísimo misterio que está encerrado en haber ejercitado José y Jesús el oficio de la carpintería. De Job se colige que la Majestad de Dios Eterno, usando oficio de *fabro* o carpintero, labró y fabricó esta gran máquina y excelente fábrica del mundo y extendió a nivel el cielo y la tierra; puso las vigas de los cielos (1) de los siete planetas sobre los apoyos de los canes y socanes, que son los excéntricos y concéntricos que los astrólogos llaman, tan a plomo que parecen hechos de metal y acero. Sobre ellos asentó la techumbre del octavo cielo, llamado firmamento, labrado con tan excelentes labores de estrellas, que no hay labor de la que llaman golas, ovados, dentelos ni limas maumeras en el mundo que se les iguale. Labró asimismo puertas para el mar, para que estando encerrado no anegase la tierra, y ventanas para los otros elementos; adornó esta su casa con montes y collados y otros cuerpos, y como modelo de todo lo criado y la más prima labor fabricó al hombre a su imagen y semejanza (2).

Y es de notar que cuando Dios acepillaba los cielos y con regla, cartabón y nivel nivelaba los abismos, cuando levantaba las vigas de los elementos en alto y tenía pendientes las fuentes de las aguas (3), no obraba a solas, que con él estaba la sacratísima Virgen María componiendo todo lo criado, que aunque no era nacida, estaba conocida en la eterna predestinación ayudando a componer lo que se hacía, y recibiendo gusto de Dios con tenerla presente a sus

---

1 Job., XXVI, 7, 8. 2 Gen., I, 27. 3 Prov., VIII, 26, 27.

obras, como canta de ella la Iglesia en sus festividades. Este mismo artífice queriendo reparar el mundo y principalmente el modelo, que es el hombre, que se desbarató y arruinó debajo del madero vedado en el paraíso terrenal, envió a su Unigénito Hijo para que vistiéndose en las entrañas de esta Señora de nuestra humanidad, en traje de oficial mecánico, vil, pobre, como quien venía a trabajar de carpintería, con un madero y tres clavos fabricase en la cruz la nueva arca de Noé, el nuevo tabernáculo de Moisés, que es la Iglesia Católica, con la cual la naturaleza humana se reparase. Y así como el Padre siempre tuvo presente a la Virgen María en la eterna predestinación, y trató y comunicó con ella sus obras mientras criaba el mundo, así el Hijo trató y comunicó con la misma Virgen, su madre, la fábrica de la redención y reparación del hombre, y la tuvo siempre presente desde la primera obra, que fué la Encarnación, hasta que asentó la última clave del edificio cuando expiró en la cruz. Y para servir, acompañar y sustentar a Madre e Hijo crió Dios un carpintero y le desposó con la Virgen, para que estando juntos aserrando, acepillando y ejercitando los oficios de carpintería José y Jesús comunicasen, hablasen y tratasen de la nueva fábrica de la Iglesia en presencia de la misma Virgen.

Suele un gran maestro que quiere labrar un suntuoso palacio escoger oficiales que le ayuden, peones que sirvan, y buscar los materiales convenientes para la fábrica; mas primero que ponga mano a la obra ni ordene ni mande a los oficiales lo que han de labrar, busca un carpintero viejo y experimentado y trata con él el edificio que pretende hacer; y los dos a solas dibujan la planta, fabrican el modelo y despues de todo prevenido, apuntado y concertado ponen las manos a la labor. No de otra suerte Cristo Jesús para fabricar la Iglesia Católica escoge por oficiales a los apóstoles y evangelistas, por peones a los mártires, confesores y vírgenes y los demás que le ayudaron; pone los materiales de su sangre y Sacramentos; y primero que se dé martillada, o por mejor decir, que le den las martilladas en pies y manos, enclavándole en la cruz, escoge a José, carpintero viejo y experimentado, para que en compañfía de su Madre, todos tres estén tratando y platicando cómo se ha de hacer la fábrica de la Iglesia y la obra de nuestra redención. Y si a los oficiales de la Iglesia, que fueron los apòstoles, y a los peones, que fueron los otros santos, debemos reconocer con agradecimiento lo que ayudaron a trabajar para la obra de nuestra salud; cuánto más debemos al carpintero viejo que ayudó a las trazas, modelos y diseños de nuestra redención.

LIBRO TERCERO

DEL TERCER TÍTULO DE SAN JOSÉ, QUE ES SER VARÓN JUSTO, DEL CUAL SE COLIGEN CINCO EXCELENTES RENOMBRES QUE TUVO, CONVIENE SABER: JUSTO, RECTO, PERFECTO, SANTO, BIENAVENTURADO.

PROEMIO

En todo lo que leemos del glorioso San José, así en las Divinas Letras como en los demás autores, no se halla escrito que haya cometido pecado de ningún género. Y si hizo cosa que oliese a falta, fué haber sospechado adulterio en la sacratísima Virgen y haber tenido pensamiento de dejarla. Porque ni de tal Señora se podía presumir cosa que no fuese santa ni hay corazón perfecto que habiendo visto vida y conversación tan santa como la suya, y tan divinas pláticas, tuviese ánimo de apartarse de ella. Y en esta obra le llama el evangelista justo, diciendo: José como fuese justo y no quisiese difamar o entregar a la justicia, quísola dejar de secreto (1); como quien dice, en cuanto justo la quiso dejar; y si en esta obra José fué justo que huele a falta ¿qué hará en todas las otras que hizo con Jesús y María, cuales son sustentarles, acompañarles, servirles, etc? Este nombre de justicia es tan universal, que para declarar qué quiere decir ser José justo, conviene escribir cinco capítulos en los cuales digamos de su justicia, rectitud, perfección, santidad y bienaventuranza, que con sólo llamarle la Escritura justo, entiende también ser recto, perfecto, santo y bienaventurado.

De los doctores eclesiásticos se colige que hay cuatro géneros de proposiciones. El primero, de las que son de fe que se contienen en la Sagrada Escritura o están canonizadas por la Iglesia; el segundo, de las contrarias a éstas, que son las heréticas; el tercero, que ni son de fe ni heréticas, sino que de ellas se tiene opinión y que sin error alguno puede decir cualquier autor una cosa o la contraria; el cuarto, de las que piadosamente se pueden creer; porque, aunque no son de fe y no es herejía decir lo contrario, según lo que se colige de la Escritura y las razones y autoridades de los sagrados doctores, cualquier corazón piadoso les podrá dar crédito. En este género se dicen aquí muchas alabanzas del glorioso San José, así de las que hemos escrito en lo pasado como las que pienso decir. Porque de llamarle el Evangelio justo y de lo que los santos escriben de este nombre y virtud de justicia, se infieren algunas particularidades que parecerán nuevas o encarecimientos en las alabanzas de San José; las cuales bien sé que no son contra la Sagrada Escritura ni la determinación de la Iglesia; y también confieso que no son de fe; y así aunque yo las crea, no digo que todos estén

1 Matth., l, 19.

obligados a creerlas, pero no habrá razón de reprenderme por escribirlas, pues las más de ellas serán colegidas de otros autores y piadosamente se pueden tener por verdaderas.

CAPITULO PRIMERO

De la justicia que mostró José en haber querido dejar su Esposa. Pruébase cómo en todas las partes de justicia moral fué aventajado y con razón llamado varón justo.

Los filósofos antiguos y los doctores cristianos que escriben de la filosofía moral dividen la justicia en particular virtud de justicia, una de las cuatro cardinales, y justicia universal, que es rectitud del alma adornada con todas las virtudes. La justicia particular es no hacer agravio a nadie y dar a cada uno lo que se le debe. Divídese en distributiva, que es aquella que distribuye el premio conforme al merecimiento de cada uno, y conmutativa, cuando se anda al justo en los contratos sin agraviar al prójimo. Ponen por partes de la justicia a la religión, piedad, observancia de leyes, obediencia, agradecimiento, castigo de culpas, verdad, amistad y liberalidad; que son virtudes contrarias a la superstición, impiedad, menosprecio de leyes, desobediencia a los superiores, ingratitud de los beneficios, disimular sin castigo las culpas, mentira, adulación y avaricia. Si hubiese de declarar todas las hijas de cada una de estas virtudes que nacen de la justicia, particular virtud, y en la alteza de perfección que se hallaron en San José, de solo este punto sería necesario escribir un libro muy grande.

División de la justicia.

Partes de la justicia.

Vivos contratos.

Solamente quiero tratar en este capítulo cómo se entiende esta letra del Evangelio: José como fuese justo y no quisiese difamar a María y ponerla ante la justicia, quísola dejar de secreto; y cómo resplandece su justicia de este santo varón en haber querido dejar a María. Acerca de esto hay tres opiniones. La primera es de San Ambrosio y San Agustín, que dicen que José sabiendo que la Virgen estaba preñada y teniendo evidencia que él no había llegado a ella, juzgó determinadamente que estaba corrompida de otro varón. En un tiempo me pareció muy dura esta manera de decir por dos razones. La primera, porque parece que deroga a tanta santidad como la de José haber tenido pensamiento consentido en tan gran perjuicio de la sacratísima Virgen. Y también porque siendo justa la ley que mandaba apedrear a las adúlteras, justo es el juez que la ejecuta, el testigo y escribano que hacen el proceso y el marido que denuncia; y así justicia fuera de José entregarla a la justicia, y parece que fuera injusto disimulando y dejando sin castigar lo que entendía que era adulterio; y si la misericordia le inclinaba a perdonar, llámese piadoso en esta obra pero no en excelencia justo.

Primera declaración del Evangelio.

Después de haber considerado despacio esta manera de decir, no me parece dificultosa ni fuera de razón por tres causas. La primera, porque así como muchas veces permite Dios que varones muy santos den caídas para provecho universal de la Iglesia, como per-

Permite Dios que justos

caigan para mayor bien.

mitió que Sto. Tomás dudase (1) y S. Pedro negase a Cristo (2) para confirmar la fe de la resurrección, y para que los prelados, conociendo su fragilidad, usen con misericordia de las llaves y jurisdicción de la Iglesia; así quiso que San José, aunque sin pecar, creyese adulterio en María, para que confirmándose en la virginidad de su Esposa fuese notorio a todo el mundo el principal misterio de nuestra fe, que es el de la Encarnación y nacer Dios de madre virgen. La segunda, Tomás y Pedro pecaron no creyendo y negando a Cristo; José en este caso, aunque juzgase el adulterio, no pecaba mortal ni venialmente, porque no estaba obligado a saber el misterio de la Encarnación, y teniendo señales de estar corrompida de otro, no era juicio temerario. Bien puede ser cuando ajustician a uno públicamente por matador, que aquel hombre sea inocente y le hayan levantado aquel falso testimonio, como suele acaecer muchas veces; mas el que oye el pregón y juzga que aquel hombre mató al otro, no peca, porque tiene causa suficiente para juzgarlo y no está obligado a saber lo intrínseco de la verdad. ¿Qué causa podía haber más justa para quitar la culpa de este juicio en José, que saber estar su mujer preñada y tener evidencia que no había él llegado a ella? La tercera, y que entiendo para mí que sintieron San Ambrosio y San Agustín, es que aunque José creyó el acto exterior del adulterio, nunca creyó ni juzgó que hubiese sido con consentimiento de la Virgen María, sino que, quizá, yendo por los caminos a las montañas de Judea cuando visitó a Santa Isabel o estando allá, alguno la hubiese forzado, o imaginaría que estando durmiendo o con algún engaño, sin que ella tuviese culpa, le hubiese acaecido tan lastimoso suceso. Y con esto viene bien lo que dicen algunos, que José no la acompañó a la visitación de Santa Isabel, porque entonces se le ofreció cierta fábrica fuera de su tierra, y confiado en la bondad de su Esposa, atendería a ganar de comer, y ella iría a Santa Isabel en compañía de alguna de sus parientas. Y cuando el acto exterior del pecado no nace del consentimiento de la voluntad no se imputa a culpa, de la suerte que respondían las santas vírgenes a los tiranos que las amenazaban con que las habían de llevar a las casas públicas para que fuesen corrompidas por fuerza si no adorasen los ídolos; si tú hicieres eso, añadirás en mí la corona de martirio y no me quitarás la de la virginidad.

No era pecado en José el juicio.

No juzgó José haber consentido en adulterio su Esposa.

Supuestos estos tres puntos, se entiende que, aunque San José juzgase acto exterior de corrompimiento en su Esposa, no perdía nada de su santidad, y no solamente no perdía nada pero antes en este acto mostró la suma excelencia de la justicia punitiva. Porque el supremo y justísimo Juez, que es Dios, no condena por solo el acto exterior sino por la culpa del consentimiento interior de la voluntad; algunos hombres no hacen caso de lo interior y sólo acriminan el acto exterior, pero un hombre justísimo como era José, entendiendo que su Esposa no tenía culpa ni había consentido en el adulterio, no la quiso disfamar ni entregar a la justicia, imputándose

1 Joan., XX, 25. 2 Luc., XXII, 55-60.

a sí mismo la culpa de haberse descuidado de la guarda de aquella paloma cándida, oveja y joya preciosa que le encargaron, y se quiso castigar a sí mismo con la pena más grave que se le pudiera dar, que era apartarse de tan dulce, tan suave y tan santa conversación como la de su Esposa, que lo sentía más que si se le apartara el alma de su cuerpo. Y lleno de arrepentimiento de este su descuido y mala guarda, se quería ir a un desierto para acabar su vida con lágrimas y penitencia, dejando a su Esposa en casa de su madre y hermanas, y queríase ir de secreto porque no se lo estorbasen. ¡Oh, varón justísimo, que busca en sí las culpas para castigarlas y cierra los ojos a lo exterior poniéndolos en las raíces, que son lo interior, que mira Dios cuando escudriña corazones y entrañas!

Segunda opinión.

La segunda opinión en contrario extremo es que San José desde el punto de la Encarnación entendió aquel divino misterio, y supo que su esposa había de ser Madre de Dios y le había de parir quedando virgen; y cuando la vió preñada, entendió que era por obra del Espíritu Santo, y quísola dejar por reverencia y respeto, teniéndose por indigno de morar en compañía de tanta majestad como Dios Eterno encarnado, y de ser servido de tan soberana reina como la Virgen María, madre de Dios, de la manera que el glorioso San Pedro decía: Apártate, Señor, de mí que soy gran pecador (1), y Santa Isabel: ¿de dónde a mi, que venga la Madre de mi Señor a visitarme? (2). Esta opinión es de gravísimos autores. Orígenes, a quien refiere Canisio, dice estas palabras: José era justo y la Virgen inmaculada, pero queríala dejar porque entendía y conocía en ella un misterio de gran virtud y un magnífico sacramento, aunque no se determinaba ser el de Emmanuel, por razón del cual se tenía por indigno de morar en su compañía. Aquí Orígenes, aunque declara que la quiso dejar por humildad, no se determina a conceder que del todo entendiese el misterio de la Encarnación, pero San Jerónimo (3) y San Bernardo (4) expresamente dicen que S. José entendió aquel misterio y por humildad la quiso dejar. Siguen a San Jerónimo y a San Bernardo muchos autores devotos de San José; y se halla en este caso una revelación de la misma gloriosa Virgen María a Santa Brígida, cuyas palabras son éstas: Desde que yo consentí al mensajero de Dios, viendo José en mi vientre que por virtud del Espíritu Santo había concebido y que iba creciendo, admiróse en gran manera; no porque sospechase mal sino acordándose de los dichos de los profetas que escribieron que el Hijo de Dios había de nacer de virgen; reputábase por indigno de servir a tal Madre, hasta que el ángel en sueños le mandó que no temiese, sino que con caridad me ministrase. Hasta aquí son palabras de Santa Brígida.

Pruébase que José sabía el misterio.

Entre los autores que más a pechos toman probar esta opinión, uno es Viguerio, que le parece que no se puede tener lo contrario, y porque todos los argumentos que hace redundan en alabanzas de San José, y son las razones de los santos que he citado, me pareció convenía escribirlas. Es, pues, la primera razón: José, aunque car-

1 Luc., V, 8.
2 Luc., I, 43.
3 S. Hieron., super Matth.
4 ML. 183, 68.

pintero, era muy leído en la Escritura y entendía los misterios de ella más que ninguno de los doctores de su tiempo; son palabras estas de la Historia oriental; y bien se ve ser esto así, porque el Espíritu Santo declara a sus amigos los secretos misterios de las Sagradas Letras mejor que a los doctores llenos de soberbia y malicia; y por ellas sabía José ser venido el tiempo en que había de nacer el Mesías y que había de nacer de la tribu de Judá y de Madre virgen; y por lo que oyó decir de su esposa María a los sacerdotes del templo y lo que vió en ella desde que se desposó, entendería claramente no ser otra la madre del Mesías sino su esposa. La segunda, de creer es que a un varón de tantas revelaciones y visiones y tan alta y celestial contemplación, le habría dado el Señor revelación de tan alto misterio. La tercera, cuando el ángel fué enviado a la Virgen para anunciarle la Encarnación del Verbo, juntos estaban y en una casa moraban María y José, como declaran Gregorio Niseno (1), Epifanio (2), Crisóstomo (3), Sto. Tomás Jansenio y otros muchos autores, y ésta era la misma casa que hoy día está en Loreto, y así parece muy posible que el nuevo huésped de infinita grandeza, que era el Verbo divino encarnado y el Espíritu Santo que obraba el misterio, diesen luz de su venida en el alma de José, que tenía espíritu tan fervoroso y entendimiento tan alto que desde muy lejos olería la suavidad del bálsamo derramado, que era Cristo encarnado en las entrañas de María, cuánto más estando tan cerca; principalmente que desde el punto de la Encarnación hubo en la Virgen gran mudanza en todas sus cosas interiores y exteriores, y un nuevo trato y conversación divina que antes no tenía, y como una manera de resplandor y olor celestial que salía de los rayos del sol encerrado en su vientre virginal, por las ventanas y resquicios de sus obras y palabras, por donde vendría José en conocimiento del soberano misterio.

Y que María tuviese esta nueva vida y no acostumbradas muestras de santidad desde que concibió, ella misma lo reveló a Santa Brígida. Y así como si un señor se viste de nuevo un coleto adobado de ámbar, por más que se encubra es imposible que no dé muestras de nueva fragancia en quien conociese la suavidad del olor, así habiéndose vestido María del sol del Verbo divino y teniendo la luna de todo lo criado debajo de sus pies, parece casi imposible que tan delicado ingenio como el de José no trasoliese la fragancia del Verbo Encarnado. La cuarta razón, siendo María verdadera esposa de José, sujeta a las leyes del matrimonio, y que, como arriba hemos dicho, comunicaba con José todos los secretos de su corazón, en negocio tan grave como quitarle un juicio temerario y apercibirle para servir al Mesías, no parece que se puede entender que luego que sucedió el misterio de la Encarnación no diese parte a José de todo lo que con el ángel había pasado, tratando con él que fuesen a visitar a Santa Isabel, y José la daría el mismo crédito que si fuera ángel del cielo. La quinta, y que le parece a Viguerio

San José acompañó a

1 S. Gegor. Niss., Sermo de Nativ.
2 S. Epiph., Haer. LXXVIII.
3 S. Joann. Chrys., Homil. IV in Marc.

que no tiene respuesta, es que, según escriben algunos autores, San José acompañó a la Virgen en la visitación de Santa Isabel, porque no es de creer que el nuevo Esposo la dejase ir sola en camino tan largo, habiéndosela dado en guarda, y que no quisiese ir a reconocer los parientes de la esposa y comunicar con el sacerdote Zacarías, que tenía fama de varón santísimo, y ver los misterios de estar preñada Isabel, que fué siempre tenida por estéril, y cómo y por qué había enmudecido Zacarías. Y así dice San Buenaventura: ¡Oh, qué dichosa casa donde se hallaron juntas tan buenas dos madres, Isabel y María y dos tan santos hijos, Juan y Jesús, con tan honrados dos viejos Zacarías y José!, pues si se halló presente a la visitación San José, e Isabel *exclamavit* en voz alta y la llamó Madre de Dios, diciendo: ¿De dónde a mí tanto bien que venga la Madre de mi Señor a visitarme? (1), y la misma Virgen públicamente lo confesó en su *Magnificat,* ¿cómo no había de llegar este misterio a oídos de San José?, y leemos que cuando la quiso dejar, era después de vuelto de las montañas de Judea a Nazaret; luego ya entonces sabía el misterio, y el quererla dejar fué por reverencia y humildad.

la Virgen en la visitación de Santa Isabel.

Esta opinión es piadosísima y digna de la santidad de San José, que declara lo supremo a que llegó su justicia, que es al temor reverencial que nace de la profundísima humildad, madre de toda la perfección, el cual temor es principio de la sabiduría (2) y cumbre de todas las virtudes, que son partes de justicia. Porque con este temor se ejercita la religión, de él nace la observancia y obediencia, y es principio del agradecimiento a las mercedes recibidas de Dios y primera raíz del amor perfecto del prójimo, que da ser a la piedad, amistad y liberalidad. Sola una dificultad se ofrece y es muy grande; ¿cómo se puede declarar el Evangelio que da a entender que José no la quiso entregar a la justicia, y que vino el ángel para descubrirle el misterio de la Encarnación si antes le sabía? ¿qué virtud mostró en no entregarla a la justicia? ¿y para qué vino el ángel a declararle el misterio? ¿y qué temor tenía para que le diga: No temas, José?

Declárase la letra.

Los devotos de este Santo responden declarando así esta letra. Cuanto a lo primero, que aquel *traducere* quiera decir *extraducere* o *introducere,* que es llevarla a su propia casa o sacarla de la casa de su madre Santa Ana. Y usábase entonces lo que también se usa ahora, que es morar los yernos en casa de los suegros con sus esposas, mientras no se hacía la solemnidad de las bodas, y en haciéndose, podían, si quisiesen, tomar casa por sí. Moraba, pues, José en casa de Santa Ana en un aposento aparte con su Esposa, y no estaban hechas aquellas solemnidades cuando esto acaeció, y después de hechas, pudiérala llevar a morar a otra casa o a otro pueblo; y esto dice el evangelista que no quiso hacer y fué por reverencia. Entiéndese esto más de raíz sabiendo cómo eran las casas de los de Palestina, que debían de ser como las que ahora tienen los moros, que dentro de una puerta tienen palacios bajos, como a manera de salas grandes, y en cada una de aquellas está un morador con

1 Luc., I, 43. 2 Ps. CX, 10.

su familia, y todos estos moradores son padres y hijos; en la una morada está el yerno con su mujer, en la otra el hijo con la nuera, etc., y suelen morar dentro de la casa del suegro o padre o toman casa por sí después de casados con solemnidad, que antes no la puede sacar de sus padres, aunque les dejan su aposento aparte. Y cuando el ángel vino, no fué para revelarle el misterio que antes no sabía sino para certificarle en él y para intimarle ser voluntad de Dios que acompañase y criase a su Unigénito Hijo, y que en esto le daría más gusto que en la humildad que mostraba. De la manera que ha acaecido a muchos santos de los que por humildad se escondían porque no les hiciesen obispos o papas, revelarles Dios que aceptasen el cargo para mayor servicio suyo y bien de la Iglesia.

Cuatro maneras de temor.

Y aquellas palabras no temas, entiéndense del temor reverencial. Porque hay temor natural, como cuando se teme la muerte o infamia; temor servil, cuando se teme castigo y pena; temor filial, que nace de la caridad, con que teme el alma apartarse de Dios y darle disgusto, y temor reverencial, que es el supremo de todos y nace de la cumbre de la caridad y alteza de conocimiento divino y de la profunda humildad, y es una santa confusión y respeto que tiene el alma en la presencia de Dios de quien conoce majestad infinita, y reconociendo su bajeza propia, se querría meter en las entrañas de la tierra. Y es tanta la fuerza de este temor, que es menester fortaleza del cielo para dar ánimo al corazón, como cuando vino a la Virgen María teniendo este mismo temor de humildad el arcángel San Gabriel, que quiere decir fortaleza de Dios, y la anunció ser voluntad divina que fuese Madre de Dios. Y como ella dice a Santa Brígida, certificada que quería el Señor que fuese su Madre, amó y deseó con inefable deseo parirle. Pues el mismo ángel San Gabriel quitó a José el querer por humildad retirarse de ser llamado padre de Jesús y criarle dejándole con el mismo respeto y reverencia; del cual respeto y del familiar trato con Cristo resulta el sumo grado de perfección a que llegó su alma.

Tercera opinión.

Las dos opiniones dichas van por un extremo. La tercera, que es de S. Jerónimo (1), S. Juan Crisóstomo, Orígenes (2) y otros muchos autores, que dicen que José supo de cierto la Virgen estar preñada y él no haber llegado a ella; mas tenía en tanta estima la santidad de su Esposa, que nunca se determinó a creer haberla llegado otro hombre ni lo juzgó consentidamente, si bien primeros movimientos, sospechas y pensamientos agudos le atormentaban el espíritu. San Juan Crisóstomo lo dice por estas palabras: ¡Oh, inestimable alabanza de María!, más creía José a su castidad que a su vientre, mas a la gracia que en ella estaba escondida que al preñado que la naturaleza manifestaba; veía con los ojos concepción y no osaba sospechar fornicación; parecía ser más posible que una virgen podía concebir quedando virgen, que no que María pudiese pecar, etc., hasta aquí son palabras de Crisóstomo. Y esta duda vino a quitar el ángel a José revelándole el misterio de la Encarnación con que se aseguró. Pero digamos en qué se mostró la suma justicia y por-

1 S. Hieron., in 1 c. Matth. 2 Origin., Homil. 1 in divers.

que la quería dejar. Queríala dejar porque era tan justo y deseoso de no hacer agravio a nadie, especialmente a la Virgen de quien tenía tanta opinión, que ni quiso hacerle mala obra poniéndola en poder de justicia, ni jamás la dijo palabra sentida ni la agravió con el pensamiento. Y por no estar en ocasión de que, viéndola cada día preñada y parir hijo engendrado de otro, sospechase contra ella algún mal, se quiso ausentar y dejar el negocio a Dios, y a ella en casa de su madre sin infamia, y ocuparse toda su vida en oración huyendo de ocasiones que le hiciesen juzgar temerariamente. Y esto es lo sumo de la justicia, querer no hacer agravio con obra, palabra ni pensamiento.

CAPITULO II

De la justicia universal y rectitud que se halla en San José y cómo fué adornado de todas las virtudes. Declárase diversas razones de los santos por qué se llama justo y recto.

Primera manera de justicia universal, es buscar en todo la gloria de Dios.

Justo se llama el varón adornado de la justicia universal, que es la suma de todas las virtudes, como el santo Simeón se llama justo y temeroso de Dios (1), y el santo Job recto y sencillo (2), porque lo mismo es recto que justo. Y para mayor declaración y alabanza de San José, resumamos lo que los santos escriben declarando esta su justicia. En la Historia oriental dice Cristo estas palabras: Justo era mi padre José en extremo grado, porque en todas sus obras buscaba solamente la honra y gloria de Dios, etc. Como fué el hombre criado para Dios como para su último y verdadero fin, cuando todas sus obras, palabras y pensamientos se encaminaren a la gloria de Dios, entonces viene al justo y está labrado a compás y nivel de la divina voluntad y es perfecto; y esto no lo hace una sola virtud sino todas juntas. Porque cada una de por sí labra alguna potencia o inclinación, quitando algo del amor propio y afición a la criatura y enderezándola al servicio de su Criador.

San Gregorio Niseno (3), San Juan Crisóstomo (4), San Agustín (5) y S. Ambrosio llaman justicia universal a la perfecta observancia de todos los mandamientos y consejos de Dios. Porque así como una viga está justa cuando no falta ni sobra del lugar y sitio donde se ha he asentar, que es su fin, o cuando viene al justo de la medida y regla por donde se labró; así el alma entonces está justa cuando en todo busca el servicio de Dios, que es su fin, o cuando viene conforme a la regla por donde ha de vivir, que es la ley; y así como decíamos de José que en todas sus cosas buscaba la gloria de Dios, así dicen de él estos santos, que no quebrantó ningún mandamiento y cumplió los divinos consejos según su estado, Porque en aquel tiempo había muy pocos buenos en Israel y lo restante del mundo estaba lleno de idolatría y pecado, como después de cogida la aceituna que se quedan algunas pocas en las ramicas altas (6), según dice Isaías, y cada uno de estos pocos agradaba tanto a Dios, que

La perfecta observancia de la ley.

1 Luc., II, 25.
2 Job., I, 1.
3 MG. 44, 1242.
4 MG. 57, 203.
5 ML. 37, 1334.
6 Isai., XXIV, 13.

aunque todo lo demás de la tierra estuviese perdido y se pasease por ella el demonio como por hacienda propia, de cualquiera de estos justos se preciaba mucho, como antiguamente hizo de Job. Uno de los más principales justos de estos tiempos en que nació Cristo fué José.

La tercera, fe y devoción con el Mesías.

San Jerónimo (1) declara la justicia de José diciendo que se llama justo porque entre los antiguos padres del Viejo Testamento fué el que más participó de la fe y devoción con el Mesías prometido, y los antiguos con esta fe se salvaban, y sus obras y palabras eran figuras y profecías de Cristo y su merecimiento consistía en la esperanza del Mesías. José en respecto de ellos alcanzó la posesión, vió con sus ojos la salud de Israel y lumbre para revelación de las gentes (2); gozó de Cristo, que fué verdad y remate de todas aquellas figuras y profecías. Y por esta causa fué José la postrera y última piedra sobre que se asentó la piedra angular y clave del edificio, que es Jesús; y así fué en quien se remataron y sumaron todas las perfecciones de los padres antiguos, y se hallaron recogidas las virtudes de todos ellos: la fe de Abrahán, confianza de Isac, caridad de Jacob, castidad de José, mansedumbre de Moisés, fortaleza de Gedeón, espiritu de Elías, devoción de David y todas las demás excelencias de los otros padres. Y en muchos de ellos se hallaron notables faltas: Noé se embriagó (3), Abrahán fingió (4) llamando hermana a su mujer, Moisés dudó que la piedra pudiese dar agua (5), Elías desmayo (6), David pecó con Bersabé (7), y si miramos en ello, ninguno de los antiguos hay de quien no leemos alguna mengua o imperfección. Pero a José llama la Escritura justo a boca llena; pues no leemos de él falta alguna, que la que en él se pudiera notar en haber querido dejar a María, hemos probado que fué perfección porque fué no mirar a solo lo exterior, o suma reverencia y humildad o no se querer poner a peligro de juzgar mal de la Virgen.

La cuarta, justicia original.

Justicia se llama aquella rectitud que tenía el hombre antes que cayese en pecado original, con la cual la razón estaba perfectamente ajustada con Dios y los apetitos sujetos a la razón sin la rebeldía con que quedaron después del pecado, qué es la ley de los miembros y de la carne repugnante a la ley del espíritu, que dice San Pablo (8). Y para volverse el hombre a Dios y alcanzar la bienaventuranza para que fué criado, aprovechan todas las virtudes, que son como herramientas que desbastan, acepillan y labran el libre albedrío y los apetitos quitando las demasías de las pasiones. Llámase, pues, José justo, no porque haya sido concebido sin pecado original, que ese privilegio solamente se concede entre las puras criaturas a su esposa, la Virgen, sino porque tuvo tantas virtudes y en tanta perfección, que rectificaron en él la razón para con Dios y sujetaron los apetitos a la razón en tan alto grado, que parece haber sido criado en el paraíso terrenal en aquel siglo dorado de la

---

1 S. Hieron., super Matth.
2 Luc., II, 32.
3 Gen., IX, 21.
4 Gen., XII, 13.
5 Num. XX, 11, 12.
6 III Reg., XIX, 4.
7 II Reg., XI, 4.
8 Ad Rom., VII, 23.

original justicia. Y es señal de esto que habiendo Dios puesto un serafín por guarda de aquel paraíso para que no consintiese a ningún hombre entrar dentro, porque perdieron la tenencia del alcázar de la justicia en que fueron criados, a solo este hombre José se le concede otra mayor excelencia, que es no sólo entrar en otro mejor paraíso sin que las guardas le estorben, sino ser guarda del paraíso celestial, que vale sin comparación más que el terrenal. Porque ¿qué otra cosa es María sino paraíso de deleites donde nacen los cuatro ríos (1), que son su humildad, caridad, misericordia y pureza que riegan todo el mundo con su intercesión? ¿Quién no ve que en medio de sus entrañas nace el árbol de la vida, Cristo Jesús, que viene a dar vida a todos los hombres? De este paraíso y divino árbol está puesto por guarda, como serafín, San José abrasado en caridad y adornado de justicia.

La quinta, agregación de todas las virtudes.

Alberto Magno, declarando la rectitud de José, toma entre manos estas dos palabras *vir justus*, y con ellas prueba hallarse en José todas las virtudes. Varón, dice, se llama José por haber sido constante, donde se encierra la fortaleza, confianza, magnanimidad, perseverancia y todas las demás virtudes que contienen grandeza y perfeccionan el alma para consigo misma. Justo se dice el que es fiel. Si es fiel a Dios, es perfecto en la fe y amor divino; y si al prójimo, en la caridad y justicia, que son las fuentes de todas las virtudes con el prójimo; y por este camino de estas dos partes, varón y justo, particulariza en José las virtudes morales y teologales que fácilmente puede discurrir nuestro entendimiento, y por esa causa no me detengo en la doctrina de este grave doctor.

San Agustín, tratando del patriarca José, dice estas palabras: Era José casto en el cuerpo y puro en el alma, hermoso en el rostro y más hermoso de espíritu; y esta hermosura nunca le hizo daño, porque llevó siempre su apetito sujeto a la razón, etc. Otras muchas alabanzas dice del patriarca José. Y habiendo sido este José figura del Esposo de la Virgen, con mucha más razón se dirá de nuestro José ser acabado en toda virtud interior y exterior, y tener los apetitos sujetos a la razón con la rectitud, que es la justicia universal de quien vamos hablando.

Qué sea justicia universal.

Y para que más de raíz declaremos esta rectitud de José, resumamos lo que escriben los doctores de la justicia universal. Esta es pagar el hombre a todos lo que les está obligado. Debe a Dios reverencia como a criador, amor como a padre y temor como a juez. Debe a su prójimo, obediencia a los mayores, benevolencia a los iguales, beneficencia a los inferiores. Para consigo mismo está obligado a guardar pureza en los pensamientos, verdad en las palabras y recta intención en las obras. Y cuando en ninguna cosa de estas nueve faltare, entonces anda al justo y vive con rectitud. Pues habiendo tenido José al mismo Dios en lugar de hijo, y a él y a su Madre por prójimos con quien siempre comunicó y de quien aprendió la rectitud de la justicia, claro es que todas estas deudas pagó por

1 Gen., II, 10.

entero, pues fué enriquecido de gracia, dotado de sabiduría y abastecido de virtudes con que poder pagar.

Figura de la justicia de José.

San José el Justo tuvo por hermanos a Santiago el Menor, a San Simón y Judas y por hermanas a Ester y Tamar. Santiago, que se llama *Jacobus* y se interpreta luchador, significa la pureza verdadera del alma donde nace la justicia y rectitud. Simón, que quiere decir obediente, da a entender que la obediencia perfecta a la palabra de Dios y las inspiraciones divinas es la que no consiente camino torcido en la conciencia. Judas, que quiere decir el que loa o confiesa, significa que el alma que anda siempre ocupada en loores divinos no admite injusticia ni falta en su corazón. Ester en lengua hebrea se interpreta la escondida, en lengua siriaca medicina de virtud. Tamar es lo mismo que palma, que es la victoria, porque de la clausura y recato y victoria contra los vicios nace la rectitud. Y pues que José el Justo es figura de San José, en él se halla el desarraigar vicios, obedecer a las divinas inspiraciones, glorificar siempre a Dios, recato, clausura y victoria significadas en estos seis nombres de donde nace la rectitud, y así con mucha razón le podemos llamar varón justo y recto.

CAPITULO III

De la perfección del alma de José. Declárase que la perfección es unión del alma con Cristo; pónense las diferencias y partes de unión y cómo en todas ellas fué aventajado José.

El glorioso San Bernardo declarando la justicia de José dice que lo mismo es llamarle la Escritura varón justo que varón perfecto. Esta doctrina y unas palabras de la Historia oriental donde Cristo dice de José que vivía perfectamente y que en todo le fué semejante, nos da ocasión para escribir particular capítulo de la perfección de José; y pues los religiosos están obligados a caminar a la perfección, y, según probaremos, después de la Virgen María José, su esposo, vivió perfectamente, no será desagradable esta doctrina a los religiosos y religiosas devotas de San José. Y aunque de ella había mucho que escribir, iré lo más resumidamente que pudiere, procurando de no salir del propósito que llevo, que es contar las excelencias de este Santo.

Qué cosa es perfección.

La perfección, según se colige de los doctores sagrados, es la nata de todas las virtudes, cumbre de la caridad, remate de la ley, fin de la religión, excelencia del espíritu, paradero de los ejércitos de oración, puerto de la navegación del alma y lo sumo de bien a que puede llegar en esta vida. Y hablando más en particular, perfección es unión entre Dios y el alma. Porque así como Dios es el fin, la excelencia, la suma, el remate, paradero, puerto y principio de todo lo que tiene ser, y es infinitamente bueno y perfecto, así en juntarse y llegarse el alma a él consiste su perfección. Y aquel será más perfecto que más se juntare con Dios y más malo el que más se apartare de él.

Los filósofos conocieron la unión.

Esta doctrina no solamente fué de los cristianos, que también los filósofos antiguos cayeron en la cuenta de ella. Mercurio Trismegis-

to hablando de los moradores del cielo dice estas palabras: Levantaron los hombres los ojos al cielo y vinieron en conocimiento del sumo bien, y conociéndole tuvieron por miseria lo de esta vida, y así menospreciando todas las cosas criadas, corpóreas o incorpóreas, se dan prisa para alcanzar la unión con Dios; pero si primero no te aborrecieres, oh hijo, no te puedes amar como conviene: hasta aquí son palabras de Mercurio referidas por Agustín Eugubino. De ellas se colige que el principio de toda la perfección es la oración y luego el menosprecio del mundo, de ahí se va al aborrecimiento propio, de donde nace la caridad, cuyo fin es la unión. Y si Mercurio anduvo en esto acertado, no menos lo anduvo Platón tratando de la virtud de la piedad, que dice: no me diga nadie que hay mayor virtud entre los hombres que la piedad, pues por ella se camina al conocimiento de la unidad y del bien. Llama aquí Platón unidad a la unión y bien a la perfección, y tiene andado mucho camino para alcanzarla quien es dado a la piedad y misericordia con los prójimos. Hablando Jamblico de los misterios de los pitagóricos refiere unas palabras de Pitágoras y Arquitas Tarentino dignas de ser consideradas a este propósito. Aconsejamos, dice, Pitágoras y Arquitas que procuremos la sabiduría y ciencia contempladoras de la unidad, porque ésta es el fin de toda la contemplación, y añade: Y esta manera de hombres son perfectos y bienaventurados, que contemplando llegan a juntar sus obras con el primer principio, y juntando dentro de su ánima el principio, fin y medio, hacen total unión dentro de sí. Hasta aquí son palabras de Arquitas y habría bien que escribir si las declaramos de todo punto.

Mas dejados aparte los filósofos, quiero entre los cristianos escoger las palabras de un autor que más me satisface en esta materia, que es San Dionisio Areopagita, el cual declarando aquella autoridad de Santiago, que dice: Todo bien, y todo don perfecto viene de arriba del Padre de las lumbres (1), escribe así. El progreso de aquella candidísima luz, que tiene origen del Eterno Padre y descendió en nuestras almas con benignísima liberalidad (va hablando aquí de Cristo), procura que nos hagamos una misma cosa con él, disponiéndonos con la más excelente obra de caridad, para que de esta suerte vengamos a alcanzar la unión y la deífica simplicidad de nuestras conciencias. Y pues en él y por él y para él son todas las cosas (2), invocando a Jesús, que es luz eterna, procuremos entender las didinas Escrituras para que nos guíen a la perfección, etc. Hasta aquí son palabras de Dionisio. De ellas y de lo que dicen los filósofos que cite arriba, se colige que la perfección es unión con Dios y a ella se llega por seis grados. El primero, conocimiento de la Sagrada Escritura en que se entiende la viva fe y palabra de Dios; el segundo es la oración mental y vocal; el tercero, la mortificación y desprecio del mundo, y por éste se llega al cuarto, que es el amor del prójimo, y principalmente la piedad y misericordia para con los pobres; y con el ejercicio de ella se llega al quinto, que es la excelencia del amor de Dios, de la cual se sube al sexto, que es imita-

1 Jacob., I, 17. 2 Ad Rom., XI, 36.

ción verdadera de Cristo y simplicidad deífica, que el Señor llama ojo simple que hace resplandeciente todo el cuerpo de las obras de merecimiento (1). Son estos seis grados como las seis alas de los serafines que acompañaban al trono donde estaba asentada la Majestad de Dios, uno de una parte, otro de la otra (2). Algunas veces hemos dicho y diremos después, que de la manera que José y María se habían con Cristo en lo exterior, se habían con Dios en lo interior de sus espíritus. Tendrían al Niño en el medio y sus dos almas serían como los dos serafines, en medio de los cuales estaba el trono de Dios, cada uno con las seis alas, que son los seis grados que hemos nombrado; y pues ninguna criatura más trató, acompañó y gozó de Cristo que María y José, y en ninguno se halló la fe, oración, mortificación, piedad e imitación de Cristo y caridad en más alto grado que en ellos, es cierto que en ninguno se hallaría en más alto grado la unión con Dios que en María y José.

Divídese la unión en siete especies.

Los teólogos místicos tratando de la unión, entre otras ponen cinco partes de ella. La primera llaman *unio similitudinis*, que es decir unión de semejanza, y es la que hay entre dos cosas que se parecen. La segunda, *unio propinquitatis*, unión de cercanía, cuando dos cosas están juntas una con otra, como cuando dos manos se juntan. La tercera, *unio inhaesionis*, que es decir, de apegamiento o aferramiento, como cuando la cera se pega a la pared. La cuarta, *unio conversionis*, cuando dos cosas por virtud del calor o de otra calidad se convierten en una, de la manera que del azúcar y membrillo o de otros simples se hace la mermelada y cualesquier otras conservas o letuarios. La quinta, *unio naturalis*, que se halla entre el alma y el cuerpo de que se compone un hombre. Fuera necesario componer un gran libro si esto se hubiera de declarar de raíz, particularizando en alguna manera todas estas diferencias de unión entre las almas y Cristo, las virtudes que de ella nacen y los caminos por donde a ella se camina. Voy tratando de la soberana unión entre el alma de José y Jesús; y aunque no se puede saber el grado de gracia y unión a que esta alma llegó, que solo Dios lo puede determinar, podemos nosotros por discursos y conjeturas atinar a decir alguna cosa en gloria de este Santo.

Unión de la semejanza.

En lo que toca a la unión de semejanza, como otras veces hemos dicho, en rostro, condiciones, complexión, habla y virtudes no ha habido personas que más se pareciesen que Jesús, María y José.

Unión de cercanía.

De la unión de cercanía, ninguno tuvo tantas veces en brazos a Jesús, y durmió abrazado con él y anduvo más cercano que María y José.

Unión de apegamiento.

En la unión de apegamiento ¿qué corazón se derritiría tanto y pegaría a Jesús como el de María y José, cuando le besasen y recibiesen de él los dulces y divinos besos y abrazos? Y pues que la purísima sangre de las entrañas de María por obra del Espíritu Santo se convirtió en el cuerpo del dulcísimo Jesús, de donde fué fabricado, y de las bendiciones que de aquí le redundan participó José; no hay duda sino que el fuego del amor sería tan grande, que hiciese de los tres corazones de Jesús, María y José una conserva,

---

1 Matth., VI, 22. 2 Isai., VI, 1, 2.

un letuario y una divina mezcla para sanar cualquier frialdad y tibieza de corazones. Cuando el santo Simeón dijo a la Virgen: Tu alma atravesará el cuchillo de dolor (1), que también fueron palabras que alcanzaron a José, profetizó que no había de haber mayor conformidad y unión de amor entre el cuerpo y el alma que entre Jesús, María y José, porque más querían a Jesús los dos que a sus propias almas y vidas.

Unión natural.

Cuatro partes tiene la unión.

Demás de estas cinco especies y diferencias de unión, consideran los mismos teólogos cuatro partes de ella según cuatro maneras de potencias que se pueden unir. La primera es la unión de sola la voluntad, cuando ella está rendida del todo a la voluntad de Dios, no obstante que el entendimiento ande distraído y lleno de pensamientos contrarios y el apetito esté rebelde y ciego con las pasiones, y esta tal alma, aunque tiene dentro de sí gran guerra, como la voluntad no da consentimiento a los apetitos, está en estado de merecimiento, no obstante esta perturbación interior. La segunda unión es del entendimiento, cuando después de unida la voluntad con el curso de la oración está ocupado en el conocimiento de Dios y de las obras de su servicio. La tercera, cuando con la mortificación y ejercicios espirituales el apetito y la imaginación están unidos con Cristo, habiendo ya cesado los pensamientos que suelen distraer y los movimientos de las pasiones que inquietan, y todos los gustos e imaginaciones están puestos en Cristo, por Cristo y para Cristo. A esta unión pocas almas llegan, y según que en ella estuvieren juntamente con las otras dos uniones, se goza en este mundo de una vida celestial, cual tendrían algunos de los padres del Yermo. La cuarta unión es del cuerpo, y ésta no se halló en criatura ninguna sino en el cuerpo de Cristo; pero de las demás uniones suele nacer un no sé qué en el cuerpo, que está de tan buen humor, que parece que los mismos pies se levantan para andar pasos en servicio de Dios, y las manos no reciben cansancio en el obrar y el corazón da saltos para irse con Cristo. Y mientras mayor fuere la caridad del alma, más unida está la voluntad, entendimiento y apetitos. Y acaece algunas veces ser tan grande el amor, que milagrosamente obra Dios en el cuerpo señales exteriores de Jesús. Esto le acaeció al seráfico padre San Francisco, que llegó a tan gran fuego de caridad y fué tal su ejercicio de mortificación, humildad, penitencia y pobreza, que en lo interior ni quería ni entendía ni apetecía cosa que no fuese Cristo, diciendo como San Pablo: Vivo yo, mas ya no yo, que vive Cristo en mi (2); y en señal de tan alta unión interior quiso el Señor que estando un día en oración, tomase un serafín su figura y le embistiese con las llagas imprimiéndoselas Cristo crucificado en quien siempre se gloriaba; y desde entonces ver a San Francisco era como ver a Cristo hecho un San Francisco, o ver un Francisco hecho Cristo crucificado.

1. Unión de sola la voluntad.

2. Unión del entendimiento.

3. Unión de los apetitos.

4. Unión exterior.

No hallo escrita cosa que me haga fuerza para entender y creer que el alma de José estuviese menos dispuesta con amor divino que la de San Francisco, y veo que no por medio de serafín ni en

1 Luc., II, 35. 2 Ad Gal., II, 20.

revelación sino en su misma persona, no una sino innumerables veces el mismo Cristo Jesús omnipotente e infinito se abrazó de José y besó con su benditísima boca hallándole en tan alta oración como la de San Francisco; pues ¿por qué tengo de pensar que no le embestiría con la fuerza de su omnipotencia tan alto grado de unión en la voluntad, entendimiento y apetito, y con tales cualidades en el cuerpo que aunque San Francisco tuvo las llagas visiblemente y San José careció de ellas, no le llevaría ventaja? porque tiene mucha fuerza el brazo de Jesús. Y considero venir el santo viejo José de fuera de casa cansado de trabajar para sustentar su familia y abalanzársele con ímpetu el dulcísimo Niño Jesús, lleno de amor y agradecimiento, y colgársele del cuello dándole mil besos, y una sola vez de estas causaría en él mayores efectos que si treinta años estuviera en el desierto en contemplación.

Quiero dar remate a este capítulo con esta razón, que sola ella bastaba para probar lo que pretendo. No ha habido ni habrá en el mundo alma más unida con Cristo que la de la sacratísima Virgen María, su madre, esposa de José; y leemos en el *Génesis* la unión que los casados tienen por razón del matrimonio. Esta unión y vínculo matrimonial con María ninguno otro hombre del mundo la consiguió sino José, porque no tuvo ella otro marido ni él otra esposa; luego ninguno otro llegó a más alta unión con María, y María fué la que más se llegó a Jesús; luego después de Maria ninguno llegó a más alta unión con Jesús que José.

CAPITULO IV

De la santidad de San José, y cómo le fué comunicada la gracia de los Sacramentos y fué enriquecido con los siete dones del Espíritu Santo.

Dudase si San José fué bautizado.

El profeta Ecequiel dice que José tiene dos herencias, dando a entender lo que dijo Jacob en el *Génesis*, que demás de la hacienda que le cupo en su parte, le dejó su padre Jacob lo que ganó con su arco y espada de mano de los amorreos (1). Demás de la justicia, rectitud y perfección del alma de José, le añadió su padre y su hijo Jesús la santidad que suelen dar los sacramentos y dones del Espíritu Santo, de que quiero tratar en este capítulo. Y en cuanto a la santidad que suelen dar los sacramentos no le faltó ninguna a San José. Defínese el sacramento: señal sensible que santifica el alma. Algunos doctores tienen que San José recibió los sacramentos de la nueva ley, especialmente los que dicen que murió después de la muerte de Cristo, cuando ya los sacramentos estaban instituídos; mas siguiendo la opinión más verdadera de los que dicen que murió antes que fuesen instituídos, algunos dicen que Cristo, pues que podía, se los daría para su consuelo, bautizándole, confirmándole y ungiéndole con sus divinas manos. Pero aunque esto no es contra la fe ni imposible, lo que en este caso me parece es que

---

1 Gen., XLVIII, 22.

aunque San José no recibiese los sacramentos de la nueva ley, le comunicaría el Señor la gracia y santidad que suele dar por los sacramentos con otros medios particulares que le aplicaría para dársela.

Porque en cuanto al efecto del bautismo, el pecado original se le quitó con la circuncisión, que ese efecto hace el bautismo en la ley nueva, si no queremos decir que fué santificado en el vientre de su madre como fué San Juan Bautista, que algunos autores lo dicen. Y en cuanto a la confirmación que hace el alma firme y constante, harto firme estaba, pues defendió a Jesús de la ira de Herodes y tuvo siempre ánimo y constancia en todos sus caminos y trabajos. De la penitencia no hablo, porque así como la Virgen nunca se confesó ni tuvo que confesar, así San José, aunque tuvo pecado original, dicen los santos, que nunca se confesó ni pecó mortalmente. Y aunque no comulgase, se escribe de él que todas las veces que tomaba el Niño en sus brazos y le metía la comida en la boca siendo chiquito o recibiese de su mano bocados dados con amor, como suelen los niños dar a sus padres, era con tanta devoción, ternura, reverencia y amor, que excede a lo que otros sienten cuando reciben el Santísimo Sacramento.

Nunca pecó mortalmente.

Dice San Atanasio que el portal donde Cristo nació era como una iglesia, el pesebre el altar, San José el sacerdote, los pastores diáconos, los ángeles cantores, el obispo el Padre Eterno y su trono y silla obispal, la sacratísima Virgen y Cristo Jesús recién nacido el Santísimo Sacramento. ¿Quién podrá contar con el respeto y devoción con que le tomaría José en sus manos y echándole mil bendiciones le ofrecería al Padre Eterno por la salud del mundo?

¿Cuántas veces es de creer que tomaría el Niño Jesús las dos manos de José y María, y las besaría, juntaría una con otra y daría bendiciones a los dos, ya desposados con verdadero contrato de matrimonio, que les valiese más que la gracia sacramental del matrimonio que se da a otros novios en este mismo contrato matrimonial, cuando después de la muerte de Cristo quedó hecho sacramento? Después hemos de escribir cómo al tiempo que murió José se halló Cristo a la cabecera de su cama, teniéndole las manos, esforzándole en la agonía, ahuyentando de allí los demonios y mandando a los ángeles que viniesen a su tránsito, que le aprovecharía más que a otros el sacramento de la extrema unción, y según esto podremos llamar a San José santo, como si le santificaran los sacramentos.

Demás de esto, llámase santo el varón enriquecido con dones del Espíritu Santo, que son siete, conviene a saber, sabiduría, entendimiento, consejo, ciencia, piedad, fortaleza y temor de Dios. Estos siete dones se hallaron con mucha abundancia en el alma de José, en cuyos brazos descansó muchas veces Cristo Jesús, que, según dice Isaías, es vara de la raíz de Jesé, en quien descansa el espíritu del Señor (1), dándole esos siete dones. Y pues el mismo que envía su Espíritu a los apóstoles, de quien y del Padre Eterno procede el Espíritu Santo, como de un principio, muchas veces estaría descansando y asentado

Los dones del Espíritu Santo se hallaron en José con abundancia.

1 Isai., XI, 1, 2.

sobre los brazos de José, es de creer que enviaría al mismo Espíritu para que de asiento morase en aquel santísimo pecho. Son fuego los dones del Espíritu Santo, que en señal de esto bajaron las llamas de fuego sobre los apóstoles (1) y tiene los ojos de fuego aquel hombre que vió S. Juan en el *Apocalipsis* (2). Y cuando vienen en un alma la abrasan y enamoran del Señor, que es fuego abrasador, y la alumbran sobrenaturalmente (3) dejándola hecha una piedra de siete ojos (4), como vió Zacarías, adornada de siete estrellas en su mano derecha (5), que por esta mano entienden los doctores la razón ¿Pues qué fuego tendría en sí un alma que vivió casi treinta años entre el fuego de Sión, que es la sacratísima Virgen, y el horno encendido de Jerusalén, Cristo Jesús?, no le faltaría la luz de las siete estrellas de los siete dones del Espíritu Santo a quien tan de asiento participó del sol de la divina justicia, Cristo, y de la luna de su madre, la Virgen.

La sabiduría.

Descendamos en particular a declarar brevemente cómo se halló cada uno de estos dones en José. El don de la sabiduría es un sobrenatural conocimiento de las cosas del cielo, recibido con gusto y sabor de la voluntad; dase a los que son más humildes y más cercanos de Dios; y pues que fué tan humilde José, y anduvo tan cerca de Cristo y tuvo por maestros de sabiduría a Jesús y a su madre, la Virgen, y a los ángeles que le revelaban los secretos celestiales y tanto gustó y se regaló con la humanidad de Cristo, de creer es que después de la Madre virgen, ninguno aventajó en sabiduría a José. Y pues que a Jesús envió al Padre Eterno por maestro y doctor de gentes (6) para que el Unigénito que está en el seno del Padre nos contase por su boca las excelencias de Dios que ninguno las vió (7), ¿cuán enriquecido estaría José con el don de la sabiduría comunicando tantos secretos con Jesús? Y por el mismo caso participó del

Don de entendimiento.

don del entendimiento, que es la noticia y luz de los secretos espirituales que pasan dentro de nuestras almas, el cual don recibió no sólo velando y despierto, pero entre sueños y durmiendo cuando los ángeles le revelaban los divinos misterios.

Don de consejo.

Dice el profeta Isaías: ¿Quién ayudará al espíritu de Dios y le dará consejo? (8), como quien dice, nadie: pues ¿cuál será el don de consejo recibido en José a quien puso el Padre Eterno tan cerca de Jesús y María, y aunque hubiera sido un hombre el más desaconsejado y descuidado del mundo, bastantes eran los consejos soberanos de su sapientísima Esposa y de la infinita sabiduría de Jesús para enriquecerle del don de consejo?

Don de ciencia.

El don de la ciencia es una soberana luz, con la cual, sin trabajo del estudio, sin la dificultad de aprender y sin espacio de discurrir, se entiendan las ciencias criadas, principalmente la que trata de Dios y de las virtudes con que se ahuyenta la ignorancia y el alma se fortifica en la fe. Demás de que escriben los autores que José era de vivo, claro y altísimo ingenio, y, aunque ejercitaba el oficio de carpintería, era tan ejer-

1 Act., II, 3.
2 Apoc., I, 14.
3 Deuter., IV, 24.
4 Zachar., III, 9.
5 Apoc., I, 16.
6 Isai., LV, 4.
7 Joan., I, 18.
8 Isai., XL, 13.

citado en las Divinas Letras y en el verdadero sentido de ellas, que excedía a los rabinos y maestros de su tiempo; pero aunque fuera ignorante una sola lección que le leyese Jesús o de una vez que tratase con él la sacratísima Virgen los misterios que ella guardaba *conferens in corde suo* (1), quedaría con más ciencia que ninguno de los doctores más sabios. Mas ¿quién viera después de hallado el Niño Jesús de doce años referir a José la disputa que tuvo con los doctores en el templo, y otras veces teniendo la Biblia en las manos declarar a José y a su madre, la Virgen, puntos delicadísimos dignos de la boca de Dos?

Vengamos a los dones de la voluntad; el primero de éstos es el de la fortaleza con la cual se resiste en las adversidades y se vencen los enemigos y se defiende lo que bien queremos de sus adversarios. Considere quien fuere devoto de San José, que sin armas ni ejército de soldados ni muros, baluartes y fortalezas, solo, perseguido y pobre defendió al Emperador de todo el mundo del poder del rey Herodes cuando le quiso matar y de las máquinas del demonio para que no impidiese la redención del linaje humano. Llámase fuerte el que vence fuertes contrarios; venció José al demonio; venció a un rey tirano; venció a sí mismo rindiéndose al ángel cuando le declaró el misterio de la Encarnación; despreció el mundo poniéndole debajo de los pies; sujetó los apetitos y todo lo que es contrario a virtud; y pues este santo varón fué ejemplo a los mártires de fortaleza, y poniendo los ojos en él tenían ánimo de padecer mil muertes por no perder a Cristo, de creer es que tuvo gran don de fortaleza.

Don de fortaleza.

Fué piadosísimo José, que tenía el corazón inclinado a obras de misericordia y para las inspiraciones divinas muy blando, y esta blandura e inclinación causa el don de piedad en las almas justas. Suele enternecer y mover a piedad ver un gran príncipe en pobre, bajo y trabajoso estado, necesitado de abatirse a quien no merecía ser su vasallo. Cuando José viese con sus ojos al Rey eterno padecer frío, tener hambre y estar necesitado de las criaturas, y a la hermosísima y delicadísima doncella, su Madre, caminar a Egipto, llena de sobresaltos y sin la comodidad que se requería para tal camino y otras necesidades y trabajos que padecieron, aunque su corazón fuera de un león de Africa y tigre hircana, se desmenuzara con piedad y ternura, pues aun estas fieras se enternecen y apiadan viendo padecer hambre a sus cachorrillos y de noche les salen a buscar el pasto, como dice David (2).

Don de piedad.

El don del temor de Dios anda al mismo paso del amor. Ya hemos explicado cuál fué el amor de José, y hemos dicho de su temor reverencial, y que después de la Virgen ningún sacerdote ha habido jamás que con más temor, respeto y reverencia tomase en sus manos el Santísimo Sacramento y plegase y desplegase los corporales, que José tomaba el dulce Niño en sus manos y ayudaba a doblar y a enjugar las divinas mantillas y pañales. Y pues con los siete dones del Espíritu Santo fué enriquecido y participó de la santidad que se

Don del temor.

1 Luc., II, 51. 2 Ps. CIII, 19.

comunica por virtud de los sacramentos, bien podemos decir de él haber sido gran santo.

CAPITULO V

Por qué se llama San José bienaventurado en esta vida. Trátase de particulares favores que recibió y cuán aventajadamente se hallaron en su alma las ocho bienaventuranzas.

Qué sea bienaventuranza.

Bienaventuranza es gozar del último fin para que el hombre fué criado viendo la esencia divina a la clara y permaneciendo en la fruición y gozo que de esta vida redunda. Y hablando en este género de bienaventuranza, ningún hombre en esta vida se puede llamar bienaventurado sino solo Cristo Jesús, que por razón de la unión con la divinidad desde el punto de su concepción fué bienaventurado. Todos los demás hombres, mientras vivieren en este siglo, como dice la Escritura y los Concilios, no pueden ver la esencia divina si no es por espejos, enigmas y figuras, como dice San Pablo (1), hasta que desatados de esta carne mortal tengan alcoholados los ojos del entendimiento con la lumbre de gloria para poderlos fijar en tan resplandeciente luz, como dice S. Dionisio. No quiero tratar en este capítulo de la bienaventuranza que tiene José en la otra vida, y cómo es reverenciado de los santos y la particular gloria que alcanza, porque después diré algo en esta materia. Llámase bienaventurado en ésta, porque alcanzó aquella luz, gracia o don sobrenatural o altísimo conocimiento de Dios que acá se puede alcanzar y es más semejante a la bienaventuranza de la gloria, y es el sumo bien que en este mundo puede haber. Y también porque se aventajó en las ocho bienaventuranzas que el Señor predicó en el Evangelio, que son caminos para la vida eterna.

Sólo Cristo fué bienaventurado en esta vida.

Dos maneras de bienaventuranza en esta vida.

Disputan los teólogos si Moisés en el monte Sinaí, Elías en el Carmelo, San Juan Bautista cuando bautizó a Cristo, los tres discípulos en el Tabor cuando la Transfiguración, San Pablo en el rapto y San Esteban cuando vió los cielos abiertos al tiempo que le apedreaban, vieron la esencia divina de paso, y por poco tiempo y no de asiento, que llaman los teólogos *per modum transeuntis*, porque gozándola como último fin, ya hemos dicho que solamente la vió Cristo. Unos dicen que sí y otros que no, sino que llegaron a cierto grado de conocimiento y gozo de Dios, que por ser la cumbre a que en esta vida se puede llegar, según la capacidad humana, se llama bienaventuranza en esta vida.

Pues ahora sea que estos santos que hemos dicho viesen la esencia divina de paso o el más cercano resplandor de ella, o sea lo que fuere, si Dios les comunicó esta merced, tengo para mí que no la negaría a su madre, la Virgen, y a su querido José. Y aunque para probar esto se ofrecen muchas conjeturas, solamente me quiero aprovechar de unas palabras que la sacratísima Virgen dijo a Santa Brígida, las cuales dan a entender que muchas veces le comunicó

1 I ad Cor., XIII, 12.

Cristo Jesús, su hijo, a ella y a su esposo José tales dádivas interiores, que deben de ser las mismas, y quizá mercedes más aventajadas, que las que Moisés, Elías, los tres discípulos, Pablo y Esteban una vez recibieron. Dice pues así: En tal grado estaba obediente a José mi hijo Jesús, que cuando él le mandaba haz esto o aquello, en el mismo punto lo ponía por obra, porque ocultaba de tal manera la potencia de la deidad, que si no es yo y algunas veces José, ninguno que le trataba vió en su exterior cosa que no fuera de puro hombre; pero yo y José veíamos muchas veces luces admirables con que resplandecía y oíamos cantares de los ángeles que le glorificaban, y muchos demonios a quien los nuestros sacerdotes no podían lanzar, salían de los cuerpos de los endemoniados viéndose en presencia de mi Hijo, etc. Hasta aquí son palabras de Santa Brígida. Estas luces admirables y cantares de los ángeles, de que la Virgen María aquí hace mención que participaban a sus solas ella y José, no dudo sino que fuesen rastros de la bienaventuranza, resplandores de la divina esencia y preciosísimos y altísimos efectos de espíritu que en esta vida les hacían bienaventurados, según la capacidad humana, con muchas ventajas que las que recibieron Moisés y Elías y los demás, y si no salían María y José con los resplandores y rayos de Moisés cuando bajaba del monte de tratar con Dios para hablar con el pueblo (1), en lo interior se encerraba y escondía lo que a Moisés se comunicó en lo exterior del cuerpo, porque convenía así para encubrir la divinidad de Cristo y que mejor se consiguiese el efecto de nuestra redención.

Las ocho bienaventuranzas.

El Redentor del mundo predicó ocho bienaventuranzas (2) que son caminos para el cielo y ramas donde nace el fruto de la gloria, cuya raíz es la caridad; llámanse pobreza de espíritu, mansedumbre, llanto, hambre y sed de justicia, misericordia, limpieza de corazón, paz y paciencia, y el que más se aventajare en estas ocho bienaventuranzas es más bienaventurado en esta vida y alcanzará más gloria en la otra. A la pobreza de espíritu se da por premio el reino de los cielos, y reino se llama donde está el rey y la reina. Pues aunque la casa de San José era pobre y pequeña, en ella moraba el Rey de los cielos y la Reina de los ángeles, y así era José el reino de los cielos. De la particular grandeza de este premio se puede colegir cuál fué su pobreza de espíritu; y si el reino de los cielos quiere decir la gloria de la otra vida, la Virgen María dijo a Sta. Brígida que ahora la goza José con grandes ventajas. Y hablando de la pobreza con que vivían dice estas palabras: Lo que nos sobraba de hacienda, fuera de lo necesario para una pobre comida, repartíamos a los pobres, y con tanto cuidado me servía José a mí, que nunca le salía de la boca palabra que oliese a ira ni palabra vana ni de murmuración. Era pacientísimo con la suma pobreza que teníamos, solícito en trabajar cuando era necesario para nuestro sustento, mansísimo con los que le reprendían, obedientísimo a lo que yo deseaba, prontísimo defensor para contra los que hablaban mal de mí, testigo fidelísimo de las

Pobreza.

Alabanzas de José dichas por la Virgen María.

1 Exod., XXXIV, 29. 2 Matth., V, 3-11.

maravillas de Dios y de tal manera estaba muerto al mundo y a la carne, que no deseaba cosa que no fuese celestial; creía con tan gran fe las divinas promesas que decía continuamente: ¡Oh, si yo viese cumplida en mí de todo punto la voluntad de Dios! Raras veces llegaba donde veía mucha gente, porque todo su deseo era servir al Señor, y así tiene mucha gloria en el cielo. Hasta aquí son palabras de la Virgen María, esposa de José, que ninguna otra boca de pura criatura es más verdadera ni hay quien mejor haya sabido las particulares virtudes de su Esposo, y si las desmenuzásemos, hallaríamos en ellas pintadas muy al vivo no solamente la pobreza de espíritu sino la mansedumbre, pureza de corazón, hambre y sed de cumplir la divina voluntad, prontitud y obediencia, paz y las demás bienaventuranzas de José.

Cuál sea la suma pobreza de espíritu.

Pobre se llama el que no tiene hacienda superflua, y más pobre el que tiene deseo de no tener ninguna, y mucho más pobre el que la poca que tiene la da a los pobres y sumamente pobre el que no tiene nada y suda, trabaja y afana y da su misma persona para sustento de pobres. En este grado fué pobre de espíritu José, que con su sudor sustentó tan buenos dos pobres como María y Jesús. Y si pobreza de espíritu quiere decir humildad y obediencia y no tener otro ningún deseo sino servir a Dios, porque llamándose espíritu el deseo el que menos deseos tiene es más pobre de espíritu, bien claro dice la Virgen, maestra de humildad, en el lugar que cité y en otros muchos la humildad, obediencia y sinceridad de deseos de su esposo San José.

No habrá para qué detenernos en contar la excelencia de la mansedumbre de San José, pues comunicó y trató treinta años con la mansísima oveja y el cordero sin mancilla y alcanzó por premio poseer la tierra; y llámase tierra la tierra virgen de que se formó el nuevo Adán, la tierra de promisión abundante de todos los bienes, que fué su esposa María.

Hambre y sed de justicia.

Hambre y sed de justicia es un ardentísimo deseo del servicio de Dios y de que se haga su santa voluntad así en la tierra como se hace en el cielo; a este deseo llamó la sacratísima Virgen María boca del alma en una revelación hecha a Santa Metildis, la cual boca cuando se junta con la boca de Dios, pone hambre, porque va creciendo con mayor ímpetu el desear la gloria de Dios, mientras más va el alma comunicando con él y comiendo de este manjar del espíritu; pero harta y satisface el corazón, porque este ímpetu no da congoja, antes deja suma satisfacción en lo interior y una plenitud de bienes inefables que ninguno sabe de qué calidad sean sino quien los recibe. Todas las veces que José llegase a besar la boca de Jesús exteriormente, la boca interior del espíritu quedaría llena de esta hambre y hartura.

Misericordia.

De la misericordia de este glorioso Santo quisiera decir mucho si no escribiera en sumario, porque aquella misericordia es mayor que se apiada de mayores pobres con mayor afecto y da limosna de mayor precio en tiempo de mayor necesidad. Con tres pobres usó José de misericordia, con Jesús, con María y con la Iglesia. Jesús no tuvo en esta vida en qué reclinar su cabeza con que no faltan cuevas

a las vulpejas y nidos a las aves (1), y la Madre que le parió no poseyó casas, tierras, viñas ni rentas y la Iglesia estaba bien necesitada del remedio de su redención. Este santo José con gran afecto de misericordia sustentó los dos primeros pobres, dándoles el sudor de su persona y el cuidado de su espíritu, y defendió de la ira de Herodes al divino Redentor para que muriendo en la cruz redimiese el mundo y fundase la Iglesia; con lo cual se puede decir que dió a la Iglesia la mayor limosna que, después de Cristo que murió por ella y la Virgen que parió su Redentor, de ningún otro santo recibió.

Dicen las historias de San José que así en Egipto como en Nazaret y en las demás tierras donde vivió, si había algunos vecinos discordes y que no se hablasen, acudían a José que con cuatro palabras los pacificaba; porque en este género de hacer paces tenía particular don y gracia, como aquel que era tan pacífico que en sí mismo tenía los apetitos perfectísimamente rendidos a la razón, y los prójimos con quien ordinariamente trataba, que eran María y Jesús, no eran nada revoltosos que le dieran ocasión de perder su paz, y si a los otros pacíficos se les promete por premio ser llamados hijos de Dios, consideren los devotos de este Santo cuán pacífico fué, pues no solamente alcanzó ser llamado hijo sino ser llamado padre de Dios. De su lloro y limpieza de corazón, la paciencia en las muchas tribulaciones y trabajos que tuvo diremos en otros libros. Concluyamos con este libro tercero de nuestro sumario diciendo: Que pues fué el que así cumplió las bienaventuranzas, fué muy bienaventurado en esta vida y con grandes ventajas en la otra. Paz.

LIBRO CUARTO

DEL CUARTO TÍTULO DE SAN JOSÉ, QUE FUÉ SER ANGEL EN LA TIERRA O VARÓN ANGÉLICO.

PROEMIO

Si escribiera este libro antes que Dios encarnara y se hiciera hombre, no me atrevería a levantar tan alto la excelencia de un hombre que le compara con los ángeles, porque tenían entonces tanta más estima que los hombres que no consentían tratasen con ellos sino con mucha sujeción y reverencia. Que con ser Abrahán padre de los creyentes, hincadas las rodillas adoró los tres ángeles que le aparecieron (2). Daniel tiembla delante del que vió (3); Tobías cae postrado en la tierra (4); Esdras se desmaya y Manué, padre de Sansón, teme de morir porque ha visto un ángel (5). Mas después que por amor infinito se hizo Dios hombre y no ángel, y no aprehendió y tomó la naturaleza angélica sino *semen Abrahae*, que es la na-

1 Matth., VIII, 20.
2 Gen., XVIII, 2.
3 Dan., X, 8.
4 Tob., XII, 16.
5 Judic., XIII, 22.

turaleza humana, como dice el Apóstol; ya es otro nuevo mundo, hay nuevas leyes de cortesanía, y tienen los hombres mayor atrevimiento que solían para hablar delante de los ángeles, que el que nos da licencia para llamar a Dios hombre y súbdito a un carpintero, nos pone ánimo para llamar a este hombre carpintero ángel en la tierra o varón angélico. Y bien reconocen esto los mismos ángeles, pues queriéndose postrar un hombre delante de uno de los más principales ángeles del cielo para hacerle cortesía, no se lo consiente el ángel diciendo: No hagas tal cosa, que yo soy hermano tuyo y uno de los ministros de Cristo Jesús (1). Como quien dice, porque soy siervo de Cristo Jesús, que es tu hermano, después que Dios se hizo hombre, ya de aquí adelante nos hemos de tratar como hermanos. Y puede ser que se halle entre los hombres alguno tan allegado a Cristo Jesús, que no sólo los ángeles le traten como a hermano, pero sirvan, reverencien y respeten como a superior, y que haya quien tenga tal oficio con Cristo, que digamos de él que tiene excelencias angélicas. Cuando el arcángel San Gabriel, que es como uno de los más principales del cielo, vino a saludar a la Virgen María, dice Santo Tomás que se humilló y la reverenció como a reina y señora, reconociéndola por Madre de su Criador.

Bien sé que lo que toca a naturaleza ningún hombre hay que se pueda comparar con el más mínimo de los ángeles, que mejor es la naturaleza angélica, que es espiritual, que la de ningún hombre mortal vestido de carne, aunque sea la Virgen María. Y no solamente la Virgen, mas del mismo Cristo Jesús en cuanto hombre dice el real profeta David: Hicístele, Señor, poco menor que los ángeles; coronástele con honra y gloria y hase constituído sobre todas las obras de tus manos (2). Como quien dice; aunque según la naturaleza humana es Cristo menor que los ángeles, por la gracia de la unión es coronado por rey y superior de todo lo criado y es cabeza de los mismos ángeles, y María por gracia es reina de los ángeles. Y así también la gracia ensalza a un hombre carpintero a tan alta dignidad y oficio, que, aunque en naturaleza quede inferior, en virtudes se iguala con los ángeles y en oficio y ministerio les excede. De esta excelencia de San José tengo de tratar declarando la razón por qué se llama varón angélico, que es por los oficios y virtudes de los ángeles que en él están encerrados, y porque su virginidad, pureza, paciencia y divinos regalos que recibió fueron más de ángel que de hombre; declararé en este libro a cuán alto grado llegaron en San José esas virtudes. No querría volar con alas de Icaro, pegadas con cera del discurso de mi ingenio, por no despeñarme en el amor de la ignorancia. Suplico a la Virgen María me preste sus alas de águila con que voló al desierto huyendo del bermejo dragón para que en honra y gloria de tal Hijo y tal Madre pueda decir algo de las angélicas alabanzas de su esposo San José.

---

1 Apoc., XIX, 10. 2 Ps. VIII, 6.

CAPITULO PRIMERO

De la razón por qué se llama San José varón angélico o ángel en la tierra, y de cómo ejercitó los oficios de los nueve coros de los ángeles y en su alma se hallan encerradas las perfecciones de los bienaventurados del cielo.

Oficio y número de los ángeles.

El universal oficio de los ángeles, según se colige de la Escritura, es servir a la Majestad de Dios, como espíritus que son enviados para su ministerio en bien de los herederos de la bienaventuranza (1). Y como este Señor es infinito, millares de millares de millones asisten en su presencia (2); y según dice Job: No tienen número estos soldados de Dios (3). Y no están ociosos ni les falta en qué entender para cumplir con su ministerio, que sin cesar un punto ni dormir están siempre ocupados, y con todo eso para la necesidad que Dios de ellos tiene y de su servicio, bien podrían descansar, pues en la eternidad antes que los ángeles uesen criados no le faltaba nada de la gloria que ahora tiene después que los crió. Admírense los cielos viendo que a este mismo Dios tan infinito como antes que encarnase, siendo el mismo a quien los ángeles con ser en tan gran número no acaban de servir como merece, un hombre carpintero solo y pobre le sirve en tiempo que tiene necesidad de quien le sustente y lleve en brazos. No pueden los ángeles tener envidia, porque siendo bienaventurados en la gloria están confirmados en gracia; pero si pudieran, de nadie tuvieran tanta como de María y José; mas en lugar de esta envidia están llenos de admiración y divinas alabanzas viendo tales dos almas ocupadas en tan soberano servicio y ministerio.

Como prueba San Gregorio por autoridades de las Divinas Letras y declara San Dionisio Areopagita y los demás santos que han escrito la materia de los ángeles, todos ellos se reparten en nueve coros, conviene saber: Angeles, Arcángeles, Principados, Virtudes, Poderíos, Dominaciones, Tronos, Querubines y Serafines; cada uno de éstos tiene sus oficios particulares con que sirven a Dios. Iré con brevedad tocando algunos, porque sería inmensa escritura si todos los hubiese de declarar y de la manera que en todos se ejercitó San José. El oficio principal de los Angeles, que es el ínfimo coro, es guardar a los hombres, según aquellas palabras del salmo: A sus ángeles ha mandado que te guarden en todos tus caminos, en sus brazos te llevarán porque tropezando en alguna piedra no te hieras el pie (4). De Cristo Jesús dicen los doctores que no tuvo ángel de guarda sino muchos que le servían llamados ángeles de ministerio, y consideran que este oficio de ángel de guarda de Jesús se dió a José, y si así no fuera, ¿quién le guardó del rey Herodes para que no le matara? ¿por qué se afligió tanto cuando le perdió los tres días si no hacía oficio de su ángel de guarda? ¿quién le guardó y llevó en todos los caminos cuando fué a Egipto, volvió de Egipto y cuan-

1 Ad Haebr., I, 14.
2 Dan., VII, 10.
3 Job., XXV, 3.
4 Ps. XC, 11, 12.

do iban al templo de Jerusalén desde Nazaret? que, según dicen los historiadores de la tierra santa, veinticinco leguas y aun ochenta millas están distantes. Y ni ese camino ni el de Egipto es todo de tierra llana, que hay muchos malos pasos, pedregales, lodazales y arroyos.

Consideremos, pues, ahora cuando el Niño fuese de siete años y de ahí arriba hasta que llegase a tener fuerzas para caminar siempre a pie, de creer es que no consentiría José que la Virgen tierna y delicada le llevase en sus brazos siendo ya tan grande y pesado; antes José tendría cuidado de que no tropezase la bestezuela en que según dicen los armenios iba sentada la Virgen cuando caminaba, llevándola del cabestro con gran tiento en los malos pasos. Y si bien por algún poco espacio y por tierra llana y enjuta dejase ir al Niño a pie llevándole de la mano, cuando le viese cansado o en los pedregales y atolladeros le tomaría en sus hombros hecho un divino atlante, y no con poco cansancio y trabajo caminaría con la carga que a un gigante hizo dar de ojos a la pasada de un río en tanto grado, que no pudiéndola sufrir, dijo: Cristo, valedme, donde quedó con el nombre de Cristóbal. ¡Quién viera a José sudando, cargado con las herramientas de su arte y con el Niño encima de los hombros que limpiaría con su divina mano el sudor del santo viejo, y a la Virgen y al mismo Dios agradeciéndole en sus corazones aquel trabajo que por ellos tomaba! Y ¿quién podrá ponderar los bienes que por esta causa recibió? ¿qué otra cosa es esto sino hacer oficio de ángel de guarda llevando en sus brazos a Jesús porque no tropezase y se hiriese el pie en alguna piedra?

Arcángeles. De los Arcángeles se escribe que dan las respuestas divinas y llevan mensajerías a personas principales, y por eso San Gabriel que fué enviado a la Virgen (1), Rafael a Tobías (2), Miguel a Daniel (3) y Uriel a Esdras, se llaman arcángeles. De José escriben algunos santos que de parte de Dios dió la respuesta a los tres reyes magos para que no volviesen por donde estaba Herodes (4) y con él comunicaban los ángeles en sueños las mensajerías que él daba de parte de Dios a la Virgen María y a Jesús haciendo en esto oficio de arcángel.

Principados. Los Principados gobiernan y mandan a los otros ángeles inferiores, y leemos que el profeta Malaquías llama a Cristo Jesús ángel del testamento, y la Virgen María es reina y emperatriz de los ángeles; y pues el gobierno y mando de Jesús y María se confía de José, más altamente hizo este oficio que los ángeles que se llaman principados.

Potestades. Los Poderíos representan la omnipotencia divina, y son instrumentos con que derriba Dios en el mundo la soberanía de sus enemigos y ejecuta castigo en los culpados. Como aquel ángel por quien mató los ciento ochenta y cinco mil de los asirios (5), de que se lee en el libro de los Reyes. Esto hizo San José cuando entró en Egipto con el Niño y la Virgen María que le traía en los brazos,

---

1 Luc., I, 26.
2 Tobiae., V, 5-22.
3 Dan., IX, 21.
4 Matth., II, 12.
5 IV Reg., XIX, 35.

a quien llama el profeta Isaías nube liviana, y cayeron y fueron derribados todos los ídolos de los egipcios (1).

Los milagros y maravillas que Dios obra en el mundo con que muestra ser infinito es por manos de las Virtudes, que así se llaman los ángeles que son ministros de las obras sobrenaturales, como el que hizo detener el sol en tiempo de Josué (2) y llovió el maná en el desierto (3). Y pues no ha habido ni habrá mayor milagro que la niñez, crianza y vida de Cristo Jesús y José fué su ministro, mucho mejor que a ninguna otra virtud le conviene el ministerio de los milagros. **Virtudes.**

Es reinar el servir a Dios; son reyes y señores los que le obedecen; libertad es el vasallaje y servidumbre que le rinden sus amigos, y por esta causa las Dominaciones se llaman con este nombre, porque tienen por oficio propio profesar este señorío y libertad de los siervos de Cristo. San José no sirvió ni estuvo sujeto y rendido a criatura en menoscabo del servicio del Señor, mas antes el Criador de todo el mundo le estuvo sujeto, el Señor y la Señora de todo lo criado le sirvieron, Dios eterno de infinita Majestad le obedeció, y esta grandeza, nobleza, libertad, señorío, imperio y mando ningún hombre de la tierra ni ángel del cielo jamás alcanzó entre supremos ángeles, y así con justo título le atribuímos el oficio de las dominaciones. Entre los ángeles de más alto oficio, que son los tronos, querubines y serafines, a los Tronos se atribuye ser sillas o asientos donde Dios reposa, tribunales donde Dios se asienta a juzgar, cátedras desde donde Dios enseña al mundo, según aquellas palabras del salmo: Allí se sentaron las sillas en juicio, sillas sobre la casa de David (4). Quien no entendiese que las sillas son ángeles y que por medio de ellos juzga Dios, haríasele cosa impropia decir que las sillas se sientan; mas quien sabe que estos tronos encendidos de fuego son espíritus angelicales, bien entenderá las palabras de David; y no le faltó a José este oficio pues innumerables veces tendría asentado en sus brazos, en sus hombros y en su regazo y rodillas cuando niño de tierna edad al mismo Dios a quien, según dice el profeta Daniel, el Viejo de días, que es el Padre Eterno, dió poder, virtud y reino para juzgar vivos y muertos. **Dominaciones.**

Aunque todos los ángeles contemplan y aman a Dios, por ser propia obra de los Querubines la contemplación, se llaman por este nombre y se les atribuye considerar los inefables secretos de la eterna sabiduría. No deja San José de tener nombre de querubín y ejercitar el oficio de inefable contemplación, pues se le revelaron los misterios del Verbo encarnado y comunicó con María, secretario de los divinos secretos, que así la llama San Ignacio, lo que ella guardaba en su pecho, *conferens in corde suo* (5), y oyó de la boca del Señor conceptos escondidos a muchos ángeles del cielo, que como el profeta Isaías, deseosos de saber el sumo secreto de Emmanuel preguntaban: ¿Quién es éste que viene de Edom, teñidas sus vestiduras en traje de hombre que ha pisado uvas en lagar? (6). Bien

---

1 Isai., XIX, 1.
2 Josue, X, 12, 13.
3 Exod., XVI, 13.
4 Ps. CXXI, 5.
5 Luc., II, 19.
6 Isai., LXIII, 1.

les supiera responder este divino querubín de José, puesto por guarda del paraíso terrenal de la Virgen, que buenos trasudores le costó el no saber este misterio antes que el ángel se le revelara.

Los Serafines abrasados en fuego de amor declaran la infinita bondad de Dios y le están amando sin cesar jamás de este divino acto de caridad. Cuando leo en Isaías que el trono de Dios estaba entre dos serafines, cada uno con seis alas (1), paréceme que veo a Cristo Jesús entre José y María, serafines tan encendidos en amor, que el fuego del corazón de la Virgen pudiera abrasar a todos los serafines de la bienaventuranza, y aunque tuvieran pechos de nieve los convirtiera en corazones de serafines. Tienen José y María las seis alas del amor, que son conocimiento de Dios, agradecimiento de sus beneficios, sentimiento de ser amados de Dios, rendimiento de alma, actos interiores y ejercicio de la voluntad y unión perfecta con Cristo, que a éstas llamo ahora las seis alas, y están de día y de noche diciendo Santo, Santo, Santo eres Dios de las batallas. Y pues hemos explicado que los principales oficios de los ángeles se hallan todos en José, con razón se llama varón angélico o ángel en la tierra.

Las seis alas de amor.

No quería bajarme tan presto del cielo donde subí con la consideración del celestial José; y para detenerme un poco más, se me ofrece que en uno de los capítulos pasados llamé reino de los cielos a la pobre casa del carpintero José, y en el cielo de arriba hallo cuatro suertes de personas, conviene saber, el Rey eterno, la Reina del cielo, los ángeles repartidos en nueve coros, y los santos y bienaventurados divididos en sus grados y órdenes. En el cielo de acá abajo, donde moraba José, veo al mismo Rey, Dios escondido (2), y a la Reina que le parió, y a los ángeles encerrados en el corazón de José, pues con tantas ventajas como he probado ejercitó el oficio de todos ellos. Conviene buscar los oficios de los demás bienaventurados, que son los Patriarcas, Profetas, Precursor, Apóstoles, Evangelistas, Mártires, Confesores, Vírgenes y los Santos que fueron casados, y no sé dónde hallarlos mejor que en la misma alma de José. Porque fué fin y remate de todos los patriarcas, tuvo visiones más altas que los profetas, hizo oficio de precursor con el mismo Precursor entrando delante de María en casa de Isabel; como apóstol enviado de Dios dió respuesta a los Magos y les declararía la divinidad y humanidad de Cristo; y escribe sin tinta y papel con el espíritu de Dios vivo en los corazones de sus devotos la buena nueva y Evangelio del dulcísimo Jesús. No digo que propiamente hablando sea apóstol, evangelista ni mártir, que no derramó sangre por la fe; pero excédeles en el ejercicio de sus oficios y padeció más que muchos mártires, pues que con solo un soplo de acero que les llevaba la cabeza alcanzaron muchos de ellos sus coronas, y toda la vida de José fué continuado martirio, como después diremos. Propiamente fué confesor y cabeza de todos los confesores. En el capítulo que se sigue escribiremos cómo fué virgen y con la perfecta corona de la virginidad. Fué santo casado con la mejor Esposa y en el más alto matrimonio que jamás

En el alma de José se encierran todas las virtudes de los bienaventurados.

---

1 Isai., VI, 1, 2. 2 Isai., XLV, 15.

ha habido ni habrá en el mundo. Y según esta doctrina quien quisiere tener su conversación en el cielo, como tenia San Pablo (1), no aparte el pensamiento de la celestial Jerusalén de la gloria y de la casa de José, donde conversará con Jesús y María y gozará de los oficios angélicos y virtudes de los bienaventurados escondidas en el alma de este santo y angélico varón.

CAPITULO II

De la angélica castidad de San José y en qué tiempo hizo el voto y cuán soberanamente le guardó.

Dijo el Redentor del mundo que en el cielo no habrá bodas ni el ejercicio de ellas, porque los hombres serán como ángeles de Dios (2); dando a entender que no habrá corrupción de carne en la bienaventuranza y todos serán castos como los ángeles, que tienen gran parentesco, según dice San Ambrosio, con las vírgenes (3). Pues ya que en el capitulo pasado declaré San José ser varón angélico y en el restante de este libro tengo de tratar de virtudes angelicales, viene por muy buen orden el escribir en éste de la virginidad del glorioso San José. Hay opinión de autores, así griegos como latinos, que sintieron que antes que José se desposase con la Virgen, fué casado con otra mujer en quien tuvo cuatro hijos, llamados San José el Justo, que entró en suertes con San Matías, Santiago el Menor, San Simón y San Judas, apóstoles, y dos hijas cuyos nombres eran Ester y Tamar, y dicen que esta primera mujer de San José se murió o fué por él repudiada primero que con la Virgen se desposase. Fúndanse estos autores en que la Sagrada Escritura llama a estos seis, hermanos de Jesús; y no siendo hijos de María virgen, porque esta señora quedó siempre virgen, síguese, dicen, que fueron hijos de José habidos en otra mujer.

Los autores que han escrito que José fué primero casado.

Tengo por muy cierto en este caso lo que dice el Venerable Beda (4), que estos autores no tuvieron tal opinión sino que los herejes mezclaron entre su doctrina estas palabras de haber sido casado otra vez José; que es antigua costumbre de herejes mezclar sus errores con la buena doctrina de los santos haciendo lo que los taberneros que mezclan agua en el vino, según dice Isaías (5). Que no es posible que varones tan sabios y tan santos no hubiesen leído con atención aquel lugar de San Mateo donde se nombran los doce apóstoles por estas palabras: Simón, que se llama Pedro, y Andrés su hermano, Felipe y Bartolomé, Santiago Zebedeo y su hermano Juan, Tomás, y Mateo el Publicano y Santiago Alfeo (6). Y porque hay dos que se llamaban de este nombre Santiago, pone la diferencia de ellos el Evangelista por sus padres, llamando al primero Santiago Zebedeo, que es decir hijo del Zebedeo, y al segundo Santiago Alfeo, que quiere decir hijo de Alfeo. Pues si a este Jacobo, que fué Santiago el Menor, la Escritura le nombra hijo de Alfeo ¿por qué

1 Ad Philip., III, 20.
2 Matth., XX, 30.
3 S. Ambros., *De virgin.*
4 S. Beda, super Marc.
5 Isai., I, 22.
6 Matth., X, 2-4.

se ha de decir hijo de José?, que en las Divinas Letras José Elí quiere decir hijo de Elí, como Isaac Abrahán, Jacob Isaac quiere decir Isaac, hijo de Abrahán y Jacob hijo de Isaac.

Demás de esto la Escritura dice que cuando crucificaron a Jesús estaban allí muchas mujeres, entre las cuales eran María Magdalena y María, la madre de Santiago el Menor y de José el Justo (1). Pues ¿cómo puede ser que se hubiese muerto la madre de estos apóstoles, mujer de José, y se hallase al pie de la cruz? ¿o que repudiada de José, pues que no se repudiaban las buenas, tuviese tanta amistad con María virgen? Y esta misma María, madre de estos seis hermanos, llama San Juan hermana de María virgen e hija de Cleofás, diciendo: Estaban cerca de Jesús su madre María y la hermana de su madre, María de Cleofás (2): quiere decir hija de Cleofás, la cual fué casada con Alfeo, de quien fueron hijos estos seis hermanos. Y si se llaman hermanos de Jesús, es por ser antigua costumbre en la Sagrada Escritura llamarse hermanos los primos hermanos o los muy cercanos parientes, como Abrahán y Lot y el mismo Abrahán y Sara, que eran tío y sobrina, se llaman hermanos; o porque estos seis eran hijos de hermana o de prima hermana de María, madre de Jesús, se llaman hermanos de Jesús. Y con esto suficientemente se responde a la razón contraria. Demás que dicen algunos autores que esta María, hija de Cleofás, enviudó muy moza de su marido Alfeo, y quedaron estos seis niños debajo de la tutela de San José, a quien ellos llamaban padre y él trataba a ellos como a hijos. Y fuera de esto, por ser hombre anciano, grave y prudente y ser María su esposa la hermana mayor, todos los hijos de las otras Marías le tenían en posesión de padre; y por todas esas causas llamaban a esos niños hermanos de Jesús, principalmente a Santiago el Menor, que se le parecía en el rostro.

Por qué se llaman hermanos de Jesús.

Qué José hizo voto de castidad.

Abdías Babilónico que vivió en el tiempo de los apóstoles, escribiendo la vida de San Simón y Judas, refiere que San José fué virgen con voto de castidad. Y San Jerónimo dice lo mismo contra Elvidio por estas palabras. ¿Tú dices, oh hereje, que María no fué virgen?, pues yo digo que no sólo María pero también José fué virgen por causa de María. Y si en varón santo no cae fornicación y no se escribe que haya tenido otra mujer, y a María sirvió de guarda y compañía y no de otra obra de marido, síguese que permaneció virgen con María, pues mereció ser llamado padre del Salvador. Hasta aquí son palabras de San Jerónimo. Da San Agustín parabién a José de su virginidad, diciendo: Alégrate, José, alégrate con la virginidad de María, pues no solamente mereciste tener tal Virgen por esposa, sino que por el merecimiento de tu virginidad te llamen padre del Señor. El venerable Beda, S. Pedro Crisólogo, Ruperto Abad, Hugo de San Víctor, Alcuino, Juan Gersón, Pedro Damiano y Santo Tomás de Aquino y otros muchos gravísimos doctores dicen excelencias de la virginidad de José.

Del tiempo y el modo en que San José hizo el voto de castidad dicen Juan Gersón y Pedro Damiano que de la misma manera que

---

1 Matth., XXVII, 55, 56. 2 Joan., XIX, 25.

la sacratísima Virgen hizo voto, que fué desde que llegó a uso de razón, prometió de permanecer virgen, si así fuese la voluntad de Dios, que se llama voto condicional, explicado por estas palabras que refiere Abdías Babilónico: Ofrezco a Dios mi virginidad. Con las mismas palabras y el mismo voto condicional tenía hecho José; y la misma noche que se desposaron, aunque sabían por divina revelación el intento que entrambos tenían de permanecer vírgenes, se descubrieron los corazones, y de común consentimiento hicieron voto absoluto de castidad, como dicen los armenios en la historia de San José, referida por fray Juan Francisco Salandria. De la manera que Santa Cecilia y Valeriano, Juliano y Basilisa hicieron voto, y se entiende que San Juan Evangelista y su esposa también le hiciesen, pues permanecieron vírgenes, que dicen algunos fué una de aquellas dos hermanas de Santiago el Menor.

San José más casto que los ángeles.

Dice un autor que no solamente fué virgen San José pero que fué más casto que los ángeles del cielo. Parecen estas palabras dichas con exageración, y bien miradas se pueden entender en buen sentido; porque si los ángeles, de obra, palabra o pensamiento no tuvieron cosa torpe, lo mismo se halló en San José; y los ángeles, por ser de su naturaleza incorpóreos no podian ejercitar torpeza; mas José, que viviendo en carne mortal, nunca tuvo obra, palabra ni pensamiento que oliese a corrupción, más excelente corona de virginidad y castidad merece. Fué casto José por gracia, los ángeles por naturaleza; y cuanto la gracia excede a la naturaleza, tanto se aventaja la castidad de José a la angélica. Mi amado para mí, y yo para mi amado (1), dice la esposa, que se apacienta entre los lirios y azucenas. Estos dos lirios del campo y azucenas de virginal fragancia declaran Teodoreto, Ruperto y San Jerónimo que fueron María y José, con quien moraba y conversaba Cristo Jesús a cuya castidad ninguna otra se igualó.

Hablando Cristo en revelación con la gloriosa Santa Brígida acerca de la castidad de su madre, la Virgen María, dice estas palabras: Que mi Madre fuese verdaderamente virgen antes del parto y en el parto y después del parto, bastaba el testimonio de José que fué testigo y guarda de su virginidad, etc. Y va loando la castidad de la Virgen y de José. Claro es que no ponen por testigo y guarda de una virtud sino al que en ella fuere excelente, así como encomendó el mismo Señor esta misma Virgen a un virgen de los más castos que hubo en el mundo, que fué el glorioso San Juan Evangelista, como el mismo Cristo testificó, diciendo: Juan, en cuya custodia encomendé a mi Madre, me fué agradable sumamente por su gran castidad; porque esta vida perfectísima, que es vivir en carne y no según la carne, es semejante a la vida angélica; y por eso mereció Juan ser guarda de la castidad de mi Madre y le mostré particulares señales de amor, etc. De estas palabras podemos colegir la virginal castidad de José, porque si Dios buscó para encomendar a su Madre con nombre de hijo, en tiempo que la Virgen era de más edad y estaba afligida con las angustias de la pasión, a un

1 Cant., II, 16.

santo virgen de la mayor castidad que se sabe para que la acompañase y sirviese; ¿cuál será la castidad de José a quien se la confía, encomienda y encarga el mismo Dios al tiempo que la Virgen era niña de quince años, en la mayor hermosura que jamás vieron hombres, alegre con la encarnación y nacimiento de su Hijo, con título de marido y esposo, para morar con ella dentro de una casa, comer a una mesa y acompañarla por los caminos y desiertos de Egipto? pues sabemos que Dios no se engaña en escoger las personas de quien hace confianza y es rigurosísimo celador de la castidad y honestidad de las otras sus esposas; ¿cuánto más de la que es su Esposa, Hija y Madre, y ha de ser espejo y dechado de todas las vírgenes esposas de Jesucristo?

En el grado que se halla la castidad en las vírgenes, está el recato, recogimiento y honestidad; y como esta Señora fué la más casta, así fué la más recatada de todas las vírgenes en tanto grado que se turbó hablando con un ángel (1) y se recata de la embajada que se le trae. Pues ¿cuál será la virginal castidad de un hombre con quien se asegura esta misma Señora de morar a solas y tratar como con esposo, sin ningún pensamiento de que pudiese haber mácula en su virginidad? La experiencia enseñará a los que quisieren ser devotos de San José, que en las batallas que se les ofrecieren contra los enemigos de la castidad, teniéndole por particular patrón, alcanzarán victoria. Y así aconsejo a los que desean ser perfectamente castos que tengan con él gran devoción; que aunque no hubiera escrito este libro más que para decir este punto, doy por bien empleado todo mi trabajo.

Extremada fué la castidad del santo mancebo José patriarca, figura del nuestro Santo, de quien dice San Agustín: Era José casto en el cuerpo y puro en el alma; hermoso de rostro y más de espíritu; y no le dañó esta hermosura, porque sujetó su sensualidad a la razón con que se defendió de la mujer que tenía por patrona. Y aunque por la calumnia que de esto se le siguió le llevaron a la cárcel, de la cárcel hizo palacio, que donde hay verdadera fe, castidad y honestidad, allí es palacio de Cristo, templo de Dios y morada del Espíritu Santo. Tres ejemplos de castidad tiene la Iglesia, José, Susana y María. A José imitan los varones; a Susana, las mujeres casadas, y a María, las vírgenes, etc. Hasta aquí son palabras de San Agustín. Fueron grandes las pruebas de castidad que tuvo este José con Cenobia por espacio de siete años, y con otras muchas damas de Egipto hasta que se desposó con Asenet, como él mismo refiere en su testamento y Vincencio en su *Espejo Historial*, y de todas ellas salió con victoria; pero al fin fué padre que engendró a Efraín y Manasés. Pues si el que fué figura fué tan casto ¿qué hará José el figurado? Si el que tuvo por esposa a Asenet llegó a tanta castidad ¿a cuál llegaría el que tuvo por esposa a María virgen y no engendró de ella sino que de Jesús engendrado por obra del Espíritu Santo fué llamado padre?

Testamento de José.

Léese en el *Paralipomenon* (2) que cuando se puso el arca del Se-

---

1 Luc., I, 29. 2 I Paralip., XV, XVI.

ñor en el templo, se echaron suertes entre todos los cantores de David, que eran cuatro mil súbditos, a cuatro maestros de capilla, llamados Asaf, Hemam, Iditun y los hijos de Core; y Asaf tenía cuatro hijos, que se decían José, Zachur, Natania y Asarella; y entre todos ellos salió la suerte en José, hijo de Asaf, para que aquel día gobernase la música y entonase la primera voz, como supremo maestro de cantar. Hay en la bienaventuranza capilla de cantores, que son las vírgenes, que siguen al Cordero y cantan el cantar nuevo ante el trono del Señor en compañía de los áugeles que llenan sus voces en esta soberana capilla. Cúpole a José, el esposo de la Virgen, la buena suerte de ser maestro de castidad de todos y entonar la primera antífona, como el que después de su Esposa fué el más casto y limpio de corazón. Y no carece de misterio que los hermanos de aquel José cantor se llamen Zachur, que quiere decir memoria y Natania, que quiere decir don de Dios, y Asarella, que significa bienaventuranza en lengua hebrea, y el misterio que en esto se encierra es que quien quisiere en el cielo cantar las alabanzas divinas con los castos, siendo devoto de San José en la tierra, tenga memoria de los cuatro paraderos y de la pasión de Cristo para meditar; no confíe de sí ni se ensoberbezca viéndose casto despreciando a otros, pues la castidad es don de Dios, y tenga su conversación en la bienaventuranza, tratando con ángeles y santos del cielo en su recogimiento; pues cualquier otro trato con criaturas que viven en carne, por más santas que parezcan, es peligroso. Y con estos tres principios, que por otro nombre se llaman meditación, humildad y recogimiento, alcanzará castidad y devoción de San José.

CAPITULO III

De la pureza del alma del glorioso José. Declárase en qué consiste la verdadera pureza y cuántos grados hay de limpieza de corazón.

Escribiendo el glorioso mártir San Ignacio, discípulo de S. Juan Evangelista, una carta a la soberana Reina de los ángeles, dice en ella estas palabras. Las almas de los justos, ¡oh sapientísima entre todas las mujeres, son semejantes a las purísimas fuentes de claras y cristalinas aguas, que con su claridad, hermosura y pureza secretamente convidan y atraen a los que las ven para que quieran beber y refrescarse en ellas. Y por eso tu pureza y prudencia me convida a desear ser participante de la divina agua de gracia que en tu santísima ánima está continuamente manando, etc. De estas palabras de San Ignacio se entiende la razón por qué las almas deseosas de alcanzar pureza por secretas vías y escondidos manantiales, son llevadas a una particular afición y fervorosa devoción con la Virgen María y San José su esposo, cuyas almas en pureza y limpieza de corazón exceden a los ángeles de la bienaventuranza. Tratábamos en el capítulo pasado de la castidad de José y virginidad de su cuerpo, angelical virtud; digamos en este de la pureza de su alma y limpieza de corazón, prendas de espíritus celestiales, pues en la soberana morada del cielo no entra cosa sucia ni manchada (1).

1 Apoc., XXI, 27.

Qué sea pureza del alma. Dos maneras de manchas del alma. Imperfecciones.

Pureza de alma es carecer de pecados y faltas y manchas que ensucian el corazón. Y para tratar de la suma pureza y dar luz a quien quisiere alcanzarla, dividamos las manchas del alma en dos maneras. Primeramente pecados, que se dividen en original, mortal y venial. Lo segundo, imperfecciones, que se llaman así las faltas que, aunque no sean culpables, impiden el aumento de la perfección del espíritu, cuales son el dejarse llevar de condiciones naturales dañosas, la tibieza que no llega a ser culpa, y el perdimiento de tiempo, y dejar pasar las ocasiones de merecer, etc. El alma de Cristo Jesús es la suma pureza, regla y dechado de toda limpieza de corazón. Después de esta alma la de la sacratísima Virgen María es la más pura de todas las criaturas, porque nunca tuvo pecado original, mortal ni venial ni jamás hizo imperfección alguna.

Pruébase la pureza de San José con algunas razones.

Hablando del alma de San José dicen algunos santos que, aunque tuvo pecado original, fué santificado y limpio de él en el vientre de su madre y que no pecó mortalmente, como después diremos más largo. De los veniales e imperfecciones no quiero tratar; porque aunque la Escritura le llama justo, también dice que siete veces al día cae el justo y otras tantas se levanta (1). Prueba un grave autor que, después de la pureza de María, ninguna otra se llegó a la de José; trae muchas razones para esto, de las cuales yo tomaré algunas y añadiré otras para gloria de Dios y loores de este Santo. No quiero tratar de la pureza a que llegó su alma por todo el tiempo de su vida; conténtome con que la Sagrada Escritura dice: *Ioseph cum esset justus*, y en aquella manera de decir *cum esset*, parece que da a entender que toda su vida fué justo; sino solamente diré la cumbre de limpieza a que arribó su corazón después de haber tratado y comunicado mucho tiempo con Cristo Jesús y con la purísima Virgen María. Que bien sabemos que aunque en tiempos pasados haya sido Pablo perseguidor de la Iglesia, Magdalena pecadora en la ciudad, Mateo publicano y Dimas ladrón y salteador de caminos, con un solo acto y disposición y un fuerte, vehemente y eficaz llamamiento puede Dios derribar del caballo, absolver de las culpas, hacer apóstol y poner en posesión del paraíso. Porque siendo Dios infinito, en un instante puede obrar pureza en cualquier corazón por rebelde y manchado que haya sido. Verdad es que más fácil es el tránsito de pureza a mayor pureza que de lo contrario, según aquellas palabras: El que es justo justifíquese más (2); y para juzgar nosotros de las cosas interiores, más seguros vamos arrimados a la ley ordinaria que buscando milagrosos efectos, cuando la Escritura Sagrada no nos los mandare creer.

Leo que San José toda su vida fué justo y después desposado con la Virgen tuvo no una sino muchas veces aparejos y disposiciones para alcanzar gran pureza. Muchas veces le habló Cristo y se le abalanzó a abrazar de su cuello, no desde lejos sino de cerca, no reprendiéndole que le perseguía, sino agradeciéndole que le sustentaba y defendía; no le manda dejar el telonio y trato ilícito para que le siga, antes Cristo le sigue y ayuda al lícito trabajo del arte de

1 Prov., XXIV, 16. 2 Apoc., XXII, 11.

carpintería; no una sino innumerables veces besa José a Jesús los pies y la boca y recibe de Jesús los dulcísimos besos en la boca exterior y en la interior del deseo. Mil veces le rogaría José a Jesús se acordase de él cuando estuviese en su reino; pues cuando se halló en el mundo José, nunca se olvidaba de su Niño, sudando y trabajando de día y de noche para sustentarle. Y es Cristo agradecido, aunque sea con Rahab y Babilonia, si se acuerdan de él (1). Pues ¿por qué no creeré que semejantes ocasiones como éstas pusiesen al alma de José en la cumbre a que puede llegar la pureza de un alma después de la Virgen su esposa?

Dice Clemente Alejandrino (2), que así como Moisés de la costumbre de tratar y hablar con Dios en el monte tenía el rostro tan resplandeciente que deslumbraba los ojos que le miraban; así el alma que más tratare con Cristo alcanzará mayor pureza. Porque la pureza del corazón es un resplandor que nace del sol de la divina justicia; y ninguna cosa más se parece a la pureza que la luz. Bien sé que así como no se puede pesar ni medir la luz a libras ni palmos, así no podemos determinadamente entender a qué grado de pureza llegó el alma de San José; mas bien sabemos que ningún otro habló con Dios más familiarmente, más tiempo y con más ocasiones de alcanzar mercedes, y, como hemos dicho otras veces, el trato exterior de José con la humanidad de Cristo no estorbaba, antes disponía a más alta comunicación de su alma con la divinidad de Dios.

San Agustín prueba que el alma de la sacratísima Virgen fué la más pura, porque tuvo oficio más allegado y trató más familiarmente con Cristo Jesús que purifica las conciencias, como madre que le concibió, parió y crió a sus pechos y nunca se apartó de su presencia. Continuando esta razón de San Agustín, digamos que, después de la Virgen, ninguno tuvo oficio de más allegado a Cristo ni trató más familiarmente con él que San José, pues fué llamado su padre; y desde que Cristo fué concebido hasta que José murió, no se apartó de él, acompañando siempre a la Virgen; luego después de ella ningún otro alcanzó más pureza. Con el santo, dice el Real Profeta, serás santo, con el escogido escogido, y con el inocente y puro serás inocente (3). ¿Cuánta inocencia, pues, y pureza alcanzaría el que tanto tiempo conversó con el Santo de los santos y con la Madre de toda pureza? que aun a los hombres más perdidos para convertirse a Dios se les aconseja que busquen buenas compañías y se lleguen a los buenos para ser uno de ellos. Y pues los ángeles del cielo tienen por estilo no conversar ni revelar sus secretos sino a hombres muy puros y llenos de caridad, como Abrahán, Tobías, Daniel, Esdras y otras almas de semejante pureza, y aun eso raras veces y no con la familiaridad que trataron con el glorioso San José ¿cuánta será la pureza de este Santo?

Así como un espejo, dice Teófilo Antioqueno, mientras es más puro, limpio y resplandeciente, mejor representa la imagen de quien en él se mira, así el alma, mientras es más pura, más pura conversación tiene con las personas que trata. Dícese que el marido es es-

---

1 Ps. LXXXVI, 4. 2 Ps. XVII, 26, 27. 3 Clemens. Alex., *Stromat.*, l. VI.

pejo de la obediente mujer y el padre es espejo de sus hijos; y bien se sabe que a María y Jesús, hijo y esposa, no era necesario que José diese buen ejemplo ni enseñase virtudes; pero pues Dios le escogió por espejo de María y de Jesús, dándole oficio de su esposo y padre, esta alma fué de la mayor pureza que jamás se vió después de Jesús y María.

Es imposible que el árbol nacido de buena planta, plantado en tierra fértil, bien regado y visitado del cielo, cultivado con mucha diligencia dé mal fruto y le deje de dar bueno. De la misma suerte, dice Filón, un hombre de buen linaje, empleado en oficios y ejercicios virtuosos, visitado con gracia e inspiraciones del cielo, cuyo trato es con personas santas, no dará mal fruto de pecado ni dejará de tener pureza, caridad y perfección. San José fué del linaje de David, vivió con recogimiento, su estado fué de esposo de María, el oficio que tenía era de padre de Jesús con quien conversó y trató mucho tiempo, enriquecido con favores inefables del cielo; árbol tan bueno como éste ¿qué otro fruto había de dar sino dones, gracias y frutos del Espíritu Santo nacidos de la raíz de su excelentísima pureza?

De los frutos se conoce el árbol y de la conversación del varón la pureza de su alma. Fué la conversación de San José virtuosa, piadosa, religiosa, virginal, angélica y divina. Fué virtuosa, porque todas las virtudes que se hallaron en los patriarcas antiguos resplandecieron en José, como habemos declarado. Piadosa, como quien ejercitó las obras de piedad con Cristo y su madre, de que ya hemos dicho. Religiosa, porque de día y de noche se empleaba en servicio de Dios, y todas sus obras eran enderezadas a este fin, como de varón justo y perfecto en todo cuanto hizo y pensó; y como varón tan casto y virgen que tanto tiempo comunicó con la Virgen, todo su trato y conversación era virginal y angelical, pues que los ángeles tantas veces le aparecieron revelándole secretos del cielo. Fué finalmente su conversación divina, como del que tenía nombre de padre de Dios, y conversó, comió, durmió y trató muchas veces con el Verbo divino, Cristo Jesús, y fué fortalecido para cosas grandes por el Padre Eterno y purificado por el Espíritu Santo. Con esta razón pueban San Ambrosio, San Crisóstomo y San Jerónimo la pureza del alma de José.

Loamos mucho y engrandecemos la pureza de Noé porque una vez le habló Dios (1); de Abrahán, porque le mandó salir de Hur de los Caldeos (2); de Jacob, porque le vió en sueños en lo alto de la escala (3); de Moisés, porque hablaba con Dios como un amigo con otro y de Samuel, porque le llamó estando durmiendo (4); de David, por su gran espíritu; de los profetas, llamados videntes, porque le vieron en diversas figuras; de los apóstoles, porque le conversaron y oyeron sus sermones; de Marta, María y Lázaro, porque le hospedaron en su casa; y era tan suave, dulce y provechosa la conversación de Jesús, que entre los tres deseos que decía San Agustín

1 Gen., VI, 13.
2 Gen., XII, 1.
3 Gen., XXVIII, 13.
4 I Reg., III, 1-4.

que tenía, que eran ver a Roma triunfando y San Pablo predicando, el más principal era ver a Cristo conversando. Pues ¿cuál será la pureza del alma de José, a quien no una sino muchas veces habló Dios y conversó con él boca a boca, no sólo como amigo sino besándole como a padre; no solo en sueños, sino despierto, y durmiendo y velando; no en figura como los profetas sino en realidad y hablándole de palabra; no sólo tres años sino treinta; no teniéndole como huésped, sino como morador, súbdito e hijo en su misma casa? ¿Qué de veces acaecería estar el santo carpintero durmiendo, cansado de los trabajos de su oficio, y Dios que ni duerme ni dormita, porque es guarda de Israel (1), guardándole el sueño e infundiéndole divinas virtudes en su purísimo corazón? ¿Y cuántas otras estando fuera de casa a buscar de comer para su familia, quedaría la buena familia de Madre e Hijo en su ausencia hablando de él, tratando de hacerle bienes en remuneración de sus servicios? ayudaríale el Hijo divino a aserrar algún madero, y juntamente con la palabra divina que llega hasta los tuétanos de la conciencia, le dividiría el espíritu de todo lo que no fuese Dios, labrándole y acepillándole en lo interior hasta ponerle su alma en toda pureza. ¿Y quién viera a la Virgen estarlos mirando y contemplando, agradecida a su Hijo por los bienes que haría a su Esposo, suspensa en la contemplación de los altísimos misterios que en tanta humildad estaban escondidos?

CAPITULO IV

De la paciencia y constancia que tuvo San José en sus trabajos y tribulaciones. Declάranse los cansancios, celo de almas, congoja, turbación, dificultades, cuidados, penas, angustias, zozobras, destierros y dolores de espíritu que sufrió mientras le duró la vida.

Si la castidad y pureza son virtudes angélicas, no menos lo es la paciencia en las tribulaciones acompañada de constancia, igualdad de ánimo y longanimidad de corazón; y pues es tan flaca la naturaleza humana que con las muchas ocasiones, una vez que otra, cae en movimiento de cólera o impaciencia, y porque sé que los devotos de San José suelen ser afligidos y salir con ganancia de los trabajos, y cuánto se usa en el mundo el padecer y que me agradecerán si les descubro algo de los trabajos interiores, quiero tratar en este capítulo de ellos, y de los exteriores que tuvo San José y la paciencia y longanimidad con que los sufrió, llevando por arrimo un discurso de su historia que cuentan los griegos y armenios referida por el padre fray Juan Francisco de Salandria. Recopilaré doce maneras de trabajos, que son como doce piedras preciosas de que se labró la corona de este glorioso Santo, que las mismas, aunque más finas, se hallaron en la corona de la sacratísima Virgen. **Doce maneras de tribulaciones.**

Siendo José del mejor linaje del mundo, vino a pobreza y siguió el oficio de carpintero, así antes que se desposase con la Virgen co- **Cansancio.**

1 Ps. CXX, 4.

mo después de desposado para con él sustentar su familia. Otros oficios hay más descansados, que estándose uno sentado o poniendo solamente industria y cuidado interior, gana de comer; mas quien ejercita este oficio, con el aserrar y labrar la madera, asentar vigas, enclavar tablas y los demás ministerios de la carpintería no puede dejar de tener cansancio y sudor, especialmente siendo noble, que no nació inclinado a semejantes ejercicios de fuerzas corporales que no suelen ser de tanto cansancio en los que nacen de padres groseros y rústicos, como caminar a pie y llevar peso, que demás de la carpintería ejercitó José en servicio de su Esposa y de su Hijo.

Celo de almas.

Desposóse en el templo y viniéronse a morar a las casas de Santa Ana, a la puerta Aurea de Jerusalén, donde estuvieron tres meses; y en aquella edad era tan grande la tiranía del rey Herodes, el desorden de toda la república hebrea, la injusticia, falta de virtud y abundancia en todos vicios y pecados de aquella ciudad, que se consumía y moría de pena cualquier alma celosa de la honra de Dios que lo viese por los ojos. El sacerdocio se vendía públicamente; el santo templo se contaminaba; en los ministerios de él reinaba la soberbia, ambición, deshonestidad y avaricia; públicamente se seguían las sectas heréticas de los fariseos y herodianos y por maravilla se hallaba quien ofreciese sacrificio de limpio corazón. Lastimados con el celo de tantas almas como se perdían y de la honra y gloria de Dios que de tantas maneras era ofendido, por no lo ver con sus ojos se determinó Sta. Ana con su hija y yerno José de irse a morar a Nazaret donde tenía casas. Y quien sabe lo que aprieta el celo de almas y lo que come y roe en un corazón lleno de caridad, y que este celo fué la principal causa porque sudó Cristo gotas de sangre en el huerto (1) y que jamás le faltó a José y María, porque nace de la caridad y de considerar y dolerse de las ofensas hechas contra Dios, que son dos raíces que andan juntas, entenderá muy bien el tormento del corazón de José y María.

Congoja.

Poco tiempo después que llegaron a Nazaret, encarnó el Verbo divino en las entrañas de la Virgen y la acompañó José a la visitación de Santa Isabel, y, según dicen los armenios, siempre caminaba a pie, guiando la bestia sobre que llevaba a su Esposa, que tenía José para los ministerios de su oficio. Detuviéronse cerca de tres meses en casa de Zacarías, y luego que volvieron a su casa de Nazaret acaeció lo que cuenta el Evangelio, de entender que la Virgen estaba preñada (2) en que padeció una de las mayores congojas que se han visto en corazón humano. Que en cualquiera de las tres opiniones que se refieren en el capítulo primero del tercer libro, se entenderá bien lo que en este punto se puede decir. Porque si vamos con San Ambrosio y San Agustín en la opinión que San José creyó que estaba corrompida su Esposa de otro varón, considere quien tiene entendimiento qué congoja sentiría una aya, si viese corrompida y preñada una doncella, hija única y heredera de un gran emperador a quien se la han dado en guarda; o un padre muy principal que viese así a su hija antes de casarla, siendo el espejo de

---

1 Luc., XXII, 44. 2 Matth., I, 18.

sus ojos; y un marido muy noble y de gran punto de honra, viendo a su mujer en aquel estado; que suelen ser tan grandes las rabias de estas celosas congojas, que sacan a hombres muy cuerdos de juicio, y por más amadas que sean las mujeres, ciegos con cólera las dan de puñaladas, y principalmente si esta aya, padre y esposo entendiesen que este mal suceso ha sido por su descuido; pues, como ya hemos dicho, a San José le dieron en guarda la castidad de María, era noble y honrado y su verdadero esposo, y en amor más que padre; los dos hicieron voto de castidad juntos cuando se desposaron; viéndola ahora preñada y no entendiendo el misterio tuvo una de las mayores congojas que se han visto en corazón humano.

Siguiendo la opinión de San Bernardo y los otros santos que dicen que entendió el misterio de la Encarnación y la quería dejar movido del temor reverencial, no es menor sino mucho mayor y más delicada la congoja y turbación de su espíritu. Digan esto las almas humildes, que puestas en la presencia de Dios sienten la infinita omnipotencia de la eterna Majestad y conocen la indignidad y bajeza propia, que les suele venir por vía de abatimiento un ímpetu congojoso de tan extraordinaria fuerza, que querrían se abriese la tierra y los tragase por no sufrir la confusión, que parece que desmaya, aniquila y debilita toda el alma y desmenuza todos los huesos del espíritu, el corazón se derrite y consume, el aliento falta y sin duda, si durase aquella fuerza de este afecto, acabaría la vida. Pero no se tarda en volver un atrevimiento santo, acompañado de amor y confianza, que pone al alma en sus pies y la ciñe los lomos como a varón fuerte, como acaeció a Ecequiel (1) y a Job (2). Y tanto cuanto se abatió a tierra, tan alto salta el fervoroso deseo con que se abraza de Dios. No sabré yo decir cómo es esto, mas bien sé que me entenderá quien por algo de ello hubiere pasado. Y para más claridad pongan los ojos en el temor de los padres de Sansón, que dice la Escritura que cuando vieron el ángel dijeron: *Moriremos porque hemos visto al Señor* (3). Y en el aniquilamiento de Esdras cuando vió el ángel, que cayó desmayado en la tierra; y véase lo que padecería una doncella vergonzosa cuando la hiciesen salir en público y hablar delante de reyes; que aun hombres muy desenvueltos y experimentados se les abrasa la cara de vergüenza, tiemblan los huesos, enmudece la lengua y se les turba el corazón cuando se ven haciendo oficio o razonamiento público delante de gente principal, como le temblaban las manos al Bautista bautizando a Cristo en el río Jordán (4), y se turbó María con las palabras de la salutación del ángel (5). Turbación.

Siguiendo la tercera opinión de San Crisóstomo, que dice que José sabía de cierto estar María preñada y no haber él llegado a ella, pero que tenía tanta opinión de su virtud que no se osaba determinar a juzgar ni se sabía resolver en lo que hiciese, quedándole el corazón metido en una niebla, asaetado de diversos pensamientos, sin saber a qué parte acudir. Esta irresolución, esta niebla, indeterminación, Dificultades.

1 Ezech., II, 1.
2 Job., XXXVIII, 3.
3 Judic., XIII, 22.
4 Matth., III, 14.
5 Luc., I, 29.

fluctuación y dificultades, este mar de sospechas, esta batalla y reencuentro de propósitos diversos, es una de las mayores congojas interiores que se hallan en las almas; porque no se puede sufrir el estruendo que allá dentro pasa, las razones contrarias las unas a las otras, en todo se ofrece dificultad, deséase acertar y en todo parece que se yerra, con el parecer de los amigos no se asegura porque la batería interior no admite consejo; falta la luz del espíritu, siéntese desamparo interior, hállase la conciencia a solas entre las dos cercas de las viñas, y por más palos que da la razón a la asnilla de la sensualidad, como daba a la suya delante del ángel Balaam (1), no quiere obedecer ni cesan las tentaciones. Finalmente, está el corazón, como dice San Marcos Eremita, como metido entre dos piedras, y siente una amargura tan grande, que no sabe cómo llamarla sino *gustatio gehennae*, que es decir regostaduras de infierno. Conozco una persona, que viéndose en una de estas congojas nacida de dificultades e irresolución, le sucedió hallarse desnudo con esposas en las manos, cautivo en poder de turcos, sentenciado, a su parecer, para acabar la vida remando en una galeota, que es tal vida, que muchos escogieran antes la muerte, y, si no pecasen, se la tomarían por sus manos, y con todo eso, porque aquel suceso le quitaba la congoja de la irresolución que tenía, y le pareció que entrando Dios de por medio, determinaba lo que había de ser de sí mientras viviese sin que su voluntad propia tuviese parte en esta resolución, no sólo no se afligió con el cautiverio, antes recibió sumo contento y alegría. Dígolo a propósito de esta congoja de San José nacida de la irresolución, que fué tan grande, que entendiéndosela la Virgen María, ella misma dice a Santa Brígida, que de la compasión de su Esposo vino a congojarse de suerte que el Padre Eterno la envió al ángel Gabriel que la consolase, certificándola que luego enviaría su ángel a San José para que le declarase el misterio de la Encarnación.

Cuidado. Después que el glorioso José fué certificado de este divino misterio, moró con su Esposa poco menos de seis meses en Nazaret; y estando ella en días de parir, se promulgó el edicto de César Augusto, que mandaba que todos se fuesen a sus propias tierras a empadronarse y escribir para pagar el tributo. No se pudo dilatar la ida por el imperio con que aquellos emperadores mandaban y ser ordenación divina que pariese en Belén, donde, según dice la misma Virgen a Sta. Brígida, llegaron de noche y cansados; no hallarron quien les hospedase, aunque era ciudad donde nació José; faltóles la acogida en el mesón y fué necesario meterse en una cueva o portal que está a la parte de oriente de Belén, fría, húmeda, oscura, llena de telarañas, donde estaba un pesebre al cual ataron un buey y un asno, que, según dicen algunos autores, llevaban consigo. Acercándose el tiempo de la media noche y sabiendo la Virgen que quería parir, púsose en oración y José salió a encender una candela que traía y la pegó en el muro, y tornando a buscar algún refugio para el parto de su Esposa, cuando tornó a entrar la halló parida con el Niño

1 Num., XXII, 27.

recien nacido, padeciendo desnudez y frío, en el duro suelo, pidiendo refugio a sus criaturas. Adoróle José y pusiéronle en el pesebre.

En este misterio considero yo a María y a José como a las dos hermanas, Marta y María, figura de las dos vidas, activa y contemplativa, y dejo a María, que escogió la mejor parte, sentada a los pies del Niño recién nacido, oyendo la palabra omnipotente que bajó de las sillas reales del cielo en el silencio de la media noche (1), y quiero poner los ojos en la Marta, cuidadosa, solícita y turbada en muchas cosas (2) que le daban pena, que se puede llamar así José; porque le daba pena ver la incomodidad de la recien parida, el poco abrigo y regalos que tenía en tiempo que las otras que paren lo han menester, el frío y pobreza con que veía al Rey de la gloria, no les debían de sobrar los dineros ni era tiempo para buscar consuelo entre los vecinos. Venido el día, toda la ciudad andaría en alboroto y bullicio de gente venida a inscribirse; deseaba de no faltar un punto del servicio y regalo de su Esposa y de su Niño, y no hallaría comodidad; el corazón traería lleno de altísimos pensamientos con admiración del espectáculo de ver a Dios en tal estado; andaba por una parte elevado oyendo los cantares de los ángeles, y por otra lleno de solicitud y cuidado del sustento temporal de la Reina de la gloria y de la obligación que tenía a buscarle. Diga quien esto leyere qué sentiría un hombre piadoso, discreto y noble de condición, si viniese a su casa su natural rey de quien conociese grandeza de majestad y esperase todo su remedio, si no tuviese con qué hospedar ni cama en qué acostarle, y el rey viniese tan necesitado que en otra parte no tuviese refugio.

Pasados ocho días fué circuncidado el Niño (3) y comenzó a derramar sangre, y con el llorar, estremecerse y encogerse, poniendo los ojos en su madre la Virgen y en José, daba a entender cuán grande es el dolor de la circuncisión, como se vió en los moradores de Sicar (4) y en lo que la esposa de Moisés le dijo cuando circuncidaron su niño. Con la misma piedra que circuncidaban al Niño, se rompía el corazón de José de pena de verle padecer, despertándole aquel derramamiento de sangre las penas de su pasión, que todas se le pusieron juntas y de tropel embistieron en las entrañas de este varón santo, llevando a cuchillo toda la alegría, contento y consuelo interior y exterior que por cualquier vía le pudiera venir.

Pena.

Y cuando de ahí a treinta y dos días que la Virgen se purificó, oyeron de la boca de Simeón las palabras de que el cuchillo de dolor les atravesaría el alma (5), que, aunque dichas a María, las oyó y entendió José, las angustias fueron tan grandes cual podrán juzgar las almas devotas que meditando la pasión de Cristo se suelen deshacer en lágrimas, y a veces no lo puede sufrir el natural por más fuerte que sea, como le acaeció a aquel francés peregrino, que se le arrancó el alma y quedó muerto adorando el lugar de la cruz según escriben los autores de Tierra Santa. Y diferente cosa es tener a Cristo en la imaginación meditando sus penas o tenerle en sus

Angustia.

Autores de la tierra santa.

1 Sap., XVIII, 15.
2 Luc., X, 41.
3 Luc., II, 21.
4 Gen., XXXIV, 25.
5 Luc., II, 35.

brazos besando los mismos pies y manos que habían de ser crucificados, enterneciéndose con la consideración de ver que había de derramar toda su sangre aquel divino cordero que tenía presente.

Zozobra. Tratemos ahora de la zozobra y sobresalto que padeció al tiempo que el rey Herodes buscaba su Niño para matarle. Tomóle esta nueva tan desapercibido, que, según dicen los armenios, se salió de la ciudad como pudo con su Esposa; y dejóla escondida en una cueva de donde volvió otra vez a buscar algún cómodo y aviamiento para el camino y vió por sus ojos morir muchos inocentes. En esta cueva acaeció que la Virgen teniendo abundancia de leche en sus pechos más de lo que el Niño podía mamar, como dicen que suele acaecer a mujeres mozas recien paridas y bien acomplexionadas, despedía algunos rayos de ella en las piedras de la cueva, donde de buena gana pusieran sus bocas San Bernardo y San Agustín, y sucedió una gran maravilla, que las piedras quedaron blancas y tiernas como si fuesen de leche cuajada hasta el día de hoy, y tienen virtud para hacer venir la leche a la que cría y le falta, ahora sea mujer ahora sea hembra de ganado; y en este tiempo que estamos usan los turcos y moros de aquella tierra y deshacen aquellas piedras en agua, y danlas a beber a sus ovejas, vacas y yeguas, y vienen allí mujeres necesitadas de leche y todas hallan remedio.

Volvió, pues, el santo José de la ciudad con su pobre aviamiento para tan largo camino, lleno de temores y sobresaltos, y con esta zozobra comenzaron a caminar huyendo del rey Herodes, y pareciéndole que le venían en el alcance, turbábase viendo soldados por el camino con temor no le arrebatasen su Niño de los brazos de la Esposa, como había visto hacer a otros. Para ir a Egipto podían ir por el desierto y por el poblado; en el desierto se recelaban de tigres, leones, sierpes, bestias, fieras y salteadores que por allí había en abundancia; la tierra poblada era de gentiles, enemigos capitales de Israel, y como no llevaba alabarderos ni ejércitos armados en guarda de su rey, de nada se aseguraba. Escribe Pedro de Natalibus, que les salió a saltear un ladrón, mas en viendo el rostro del Niño y de la Madre, mudó la crueldad en ternura y la ferocidad en compasión, y en lugar de robar, los llevó a su cueva donde les dió para ayuda del camino. En ella lavó la Virgen los pañales de su Niño, y la mujer del ladrón lavó con la misma agua otro niño que tenía leproso, que quedó sano de la lepra, el cual después de grande siguió el oficio de su padre hasta que fué preso por los romanos y murió crucificado al lado derecho de Cristo, y éste, dicen, que fué Dimas el buen ladrón.

Destierro. Siete años permaneció José en Egipto con su Esposa y su Niño, desterrado entre gente idólatra, sin que tuviese en ella pariente ni amigo, casas ni viñas ni otro favor humano para sustentarse más que el trabajo de sus manos. Y aunque se cuenten muchas cosas que pasaron en Egipto, no las quiero referir por no encontrarme con algo de lo que se escribe en aquel libro apócrifo, que se llama *De infantia Salvatoris,* reprobado por San Jerónimo y por el papa Pelagio, como refiere el decreto; porque sólo considero en este paso lo que sentirían en este destierro y soledad de su patria, y principal-

mente echando menos el templo y las solemnidades, ceremonias y sacrificios de él, que es lo que da más pena a los que se hallan ausentes de tierra de católicos.

Cuando volvieron de Egipto, la alegría que pudieran tener de ver su propia patria, se les aguó con los temores de saber que reinaba en ella Arquelao; que de más de ser hijo de Herodes el tirano, de quien fueron huyendo, por su persona era tan insolente y cruel, que los romanos no pudiendo sufrir su mal gobierno le desterraron, y se dividió el reino en cuatro tetrarquías. Por este temor no osó San José salir de Nazaret, provincia de Galilea, ordenándolo así el Espíritu Santo para que Cristo se llamase Nazareno (1). Temor.

En esta ciudad vivieron desde que el Niño fué de siete años hasta que a José se le acabó la vida en la pobre y dichosa casa que ahora está en Loreto; de donde iban cada año en las tres Pascuas a Jerusalén a ofrecer sacrificios en el templo, como verdaderos israelitas, que hay distancia, según dicen, de veinticinco leguas. Y en una de estas Pascuas se perdió el niño, siendo de doce años, y le buscaron después que le echaron de menos con la mayor tribulación y trabajo interior que se puede pensar, que quiero nombrar dolor, porque así le nombra la Virgen cuando dice: Yo y tu Padre con dolor te buscábamos (2). Para declarar algo de este dolor interior se advierta que hay tres maneras de dolor. El primer dolor es del cuerpo, que experimenta quién tiene una herida, llaga, postema u otra enfermedad. El segundo es el dolor sensible del apetito, como lo que duele una afrenta, lo que siente una madre cuando se le muere su hijo, aunque el cuerpo no tenga dolor alguno. El tercero es el dolor del espíritu, que es muy más interior, más agudo, más sutil y más fuerte que cualquiera de los dolores que he nombrado, cuanto es mayor y mejor el alma que el cuerpo y más delicado el espíritu que la carne. Dejo aquí de tratar del cansancio que sintieron en aquellos días, que no comieron otro pan sino lágrimas de día y de noche, cuando les decían ¿dónde está tu Dios? (3), como de la Virgen dice David. Y no me quiero detener en decir del dolor sensible que tuvieron en su apetito, que bien cierto sé que ninguna viuda ha sentido tanto la muerte de su marido, ningún padre o madre la muerte de su hijo, ningún hombre noble y honrado la afrenta que recibiese, como sintieron José y María la pérdida de Jesús. Quiero tratar un poco del dolor del espíritu, aunque no desmenuzaré el impetuoso tormento que causa el encendido amor y las rabias que nacen del celo de las almas que se pierden, el desmayo que causa el conocimiento de la vileza de la propia conciencia y otros verdugos interiores que atormentan las almas perfectas; pues no hay cuchillo más agudo que el impetuoso amor, especialmente cuando es enviado del cielo para abrasar el corazón (4), como se queja el profeta Jeremías. Solamente diré una palabra de uno de estos dolores interiores al cual en latín ni en español no hallo nombre; los portugueses le llaman *saudade*, que fué el que más ator- Saudade.

Dolor interior.

1 Matth., II, 23.
2 Luc., II, 48.
3 Ps. XLI, 4.
4 Thren., I, 13

mentó a José y María en este tiempo de los tres días del Niño perdido. Este dolor es un fuego que se enciende de la leña del amor, ausencia, deseo, ímpetu, impaciencia, eficacia, ternura, esperanza y temor.

De todas estas navajas se fabrica esta rueda, que con sola una vuelta hace mil pedazos el corazón; y cuanto fuere mayor el amor y deseo y los demás, tanto más crece este dolor que suele atormentar de tal suerte, que en comparación de él se pone la muerte y el infierno (1); y con ser ella la más terrible de las cosas del mundo, como dicen los filósofos, este dolor la hace desear como la deseaba el Apóstol cuando decía: Querría verme desatado de estos lazos de la vida por estar con Cristo (2), que no puedo sufrir el dolor de su ausencia amorosa. Este dolor atormentó a José; y por eso le pongo en el postrer lugar porque le tengo por el supremo de todos los que sufrió el glorioso Santo, conviene saber: cansancios, celo, congoja, turbación, confusión, cuidados, penas, zozobras, destierros y temores que he contado, con suma igualdad de ánimo, con suma longanimidad y paciencia, sin jamás descomponerse.

CAPITULO V

De los grandes consuelos de espíritu que recibió el glorioso San José, así gozos en la oración como visiones de los ángeles, y la gloria esencial y accidental que ahora tiene en el cielo. Declárase qué sea plenitud de espíritu y otros afectos de almas regaladas.

Según reveló la gloriosísima Virgen a Santa Brígida, ningún consuelo tuvieron ella y su esposo José en esta vida, que no fuese aguado con suma pena y congoja, y de la misma manera sus penas, congojas y tribulaciones fueron mezcladas con consuelos, gozos y regalos. No entenderá del todo esta algarabía quien no se hubiere ejercitado en oración; que con ser el más sabroso y dulce bocado del alma el amor de Dios, cuando es fuerte es vida y es muerte, y cuando duro gloria e infierno, así como los hombres perdidos que ponen su corazón en criaturas sensualmente deseadas, suelen decir que penan y la pena les es descanso, y que padecen y el padecer les es gusto. Y esta es la causa por qué habiendo tratado en el otro capítulo de las tribulaciones de José y de la paciencia con que las sufrió, diré en éste de los contentos que tuvo y los angelicales regalos que recibió.

Gozos y regalos de espíritu.

En los gozos del espíritu que se hallaron en José hay tanto que escribir, si hubiera de particularizar los júbilos, ternuras, paz de alma, alegría espiritual, visiones, revelaciones, éxtasis, raptos y los demás consuelos interiores, que no me atrevo a comenzar a descubrir tan gran tesoro, contento con mostrar una sola joya compuesta de nueve piedras preciosas, que a mi parecer es de gran precio y le soy muy aficionado, de que se adornó la conciencia del regalado José. No sé cómo se llama, porque estos rubíes encendidos no los

1 Cant., VIII, 6. 2 Ad Philip., I, 23.

conoce bien sino quien los recibe (1). Quiérola nombrar henchimiento del corazón, plenitud de espíritu, satisfacción interior, centro de los deseos, esfera del fuego de divino amor y contento cumplido en esta vida, si alguno puede haber. Nace esta preciosa margarita en las almas puras y engéndrase de la rectitud y caridad encendida acompañada con el ejercicio de las virtudes, y suele resplandecer este arco del cielo después de pasado el diluvio de algún excesivo trabajo y acabada la tempestad de la tribulación. Y aunque lo que diré de ella va escrito por semejanzas y ejemplos, que de otra manera no se puede entender, bien sé que habrá muchos que entiendan esta doctrina. El que me ama, dijo el Señor, guardará mis mandamientos y mi Padre le amará y yo le amaré y vendremos a él y haremos morada en su corazón (2). Al tiempo que las tres divinas Personas vienen al alma parece que se abren tres puertas. La primera en la voluntad, por donde entra el Espíritu Santo; la segunda en el entendimiento, por donde entra el Hijo; la tercera en la memoria, por donde entra el Eterno Padre, y que manan tres ríos; el primero es un río de fuego que mana de la puerta de la voluntad y abrasa todo el interior, y al manar de este río se le dan al corazón las alas de águila con que deja todo lo criado debajo de los pies y vuela en alto abrasado con el fuego de divino amor, y abre los brazos para el abrazo interior del esposo cuya amistad y cercanía interiormente se siente; y de este abrazo salta en el centro y en lo más íntimo de la conciencia una centella de amor soberano que parece penetra los tuétanos del alma con una suma delicadeza. Y el contento, gusto, alegría y satisfacción que resulta de este vuelo, abrazo y centella no lo puede explicar lengua criada.

Plenitud, de dónde nace.

Al abrir de la segunda puerta se descubre un río de luz o un gran resplandor con el cual el entendimiento sin trabajo, discurso, ni estudio llega a lo supremo del conocimiento natural; y de allí, queriendo subir más arriba a mayor conocimiento de Dios, entra por una soberana niebla de luz inaccesible; y después de deslumbrado y cegado con esta niebla recibe nuevos ojos de vista quieta, con los cuales, como si ya estuviese en otro siglo, con una sola ojeada descubre innumerables conceptos, así como quien subiese a una cumbre de un monte, de donde descubre muchas tierras, ríos, fuentes y arboledas que antes no podía ver. Al abrir de la tercera puerta mana en la memoria un río de agua viva o de cristal, con que se refresca toda el alma, persevera en la niebla y oscuridad divina del conocimiento de Dios, y deteniéndose en esta niebla goza de cierta luz muy más delicada y excelente que la primera, que no tiene otro nombre sino resplandor de la divinidad; y con este resplandor llega a la última disposición del amor inaccesible, que es de lo más alto a que en este mundo se sube.

Bien sé que fueran menester muchos libros para escribir la declaración de estos divinos deleites y particularizar como se hallaron en San José; y también sé que parecerá algarabía lo que he dicho en oídos de algunos; pero baste ahora para probar que este

1 Apoc., II, 17. 2 Joan., XIV, 23.

soberano gozo se le comunicó a José y María, lo que otras veces he dicho, que ningún motivo interior de amor y regalo hacía con ellos Cristo en cuanto niño que no causase en lo interior de sus corazones afecto inefable de Dios. Y así quien quisiere meditar el vuelo, abrazo, centella, cumbre de conocimiento, niebla soberana, nuevos ojos de vista quieta, perseverancia en la niebla, resplandor de divinidad y última disposición al amor inaccesible que se hallaron en José y María, su esposa, medite las veces que le levantarían en sus brazos, como si fueran volando con su amado por los desiertos de Egipto; el abrazo interior que redundaría de los apretados abrazos que el Niño les daría; la centella de fuego de amor que saltaría de la boca del Niño cuando les besase; la doctrina que les enseñó por su divina boca; la divinidad que consideraban envuelta en aquella santísima humanidad; las veces que el Niño les miró con ojos penetrativos de amor el tiempo que perseveraron en este trato con Cristo que, como sol unidos sus rayos en solas estas dos almas, las hería con mayor fuerza y el resplandor que gozaron viendo muchas veces al mismo Niño resplandeciente. Y pues estas dos almas más tiempo gozaron de este Dios y con más familiaridad y amor, más altamente se les imprimieron los divinos dones del espíritu, más participaron de este supremo gozo de la plenitud.

Buena compañía.

¿Qué consuelo se puede imaginar mayor en el alma de José que verse desposado con la Virgen María?, ¿conocer una condición tan noble, un alma tan santa, conversación tan agradable, compañía tan a su gusto en quien hallaba todo lo que pudiera desear en esta vida? Llámase cielo en la tierra la vida de dos buenos casados, y gracia sobre gracia es la mujer santa y honesta para el marido cuerdo (1), y no hay piedra preciosa de ningún valor que se aprecie con la mujer fuerte y cabal (2); ¿pues qué sentiria este Santo teniendo tal compañera y tal esposa como María, madre de Dios?

Entender el misterio de la Encarnación.

Cuando el ángel le reveló el misterio de la Encarnación y salió de aquellas congojas y turbaciones tan increíbles, quedó con inefable contento porque se le abrieron los ojos para entender el soberano Emmanuel, la consonancia del Viejo y Nuevo Testamento y vió cumplidas las profecías. Juzgue algo de ello el letrado que entiende algún punto o concepto dificultoso que antes de entenderle, le daba congoja. Véase cuál fué este gusto de entender a Dios humanado, pues el gusto que tiene el Padre Eterno de entender su esencia divina es tal, que por este gusto y acto de amor procede de él y de su Hijo la persona infinita del Espiritu Santo.

Familiaridad con Cristo.

¿Qué regalos se pueden igualar con los que tuvo este Santo tratando con tanta familiaridad con Cristo Jesús antes que naciese, recién nacido y cuando era mayor y en todas edades? Pues que conversando con él como con hombre, le reconocía por Dios y veíale durmiendo y admirábase de que duerma el que nunca duerme porque es guarda de Israel, cuyo corazón está siempre en vela (3) para hacer mercedes. Gustaba de verle llorar como niño y juntamente atronar en el cielo como Dios. Cuando le

1 Eccli., XXVI, 19. 2 Prov., XXXI, 10. 3 Ps. CXX, 4.

daba los besos, se le dilataba el espíritu viendo cumplido el deseo del mundo que tanto tiempo pidió el beso de la boca (1), que es la Encarnación. Alegrábase en ver su hermosura y mucho más considerando la belleza de su divinidad. Tomábale en sus manos y besaba su cabeza de oro fino, conociendo la infinita sabiduría que en él moraba, y en los ojos de paloma rociados con leche (2) agradecía la amorosísima intención con que venía para salvarnos; llegaba su boca a las manos hechas al torno de oro y llenas de jacintos, con supremo gozo de ver sus obras perfectas. Cuando el Niño comenzó a hablar la primera vez, diría: Esta es voz de mi amado (3) que crió cielos y tierra. Finalmente, en todo cuanto el Niño hiciese y dijese, consideraba ser obras de divinidad escondida que levantaron su corazón a lo supremo de los deleites celestiales.

Visiones de ángeles.

El ver tantas veces ángeles, oirles cantar cantares del cielo sobre el Niño, gozar de su resplandor y ver con la reverencia y temor que servían a Dios de quien el mismo José era obedecido y servido, era un soberano gozo y participación en la tierra de algo de los deleites que se gozan en el cielo; pues hay personas que de una buena música que se oye suelen tener gran contento.

La venida de los tres Reyes.

Cuando vinieron los reyes del Oriente que le presentaron oro, incienso y mirra reconociéndole por rey, Dios y hombre mortal, causó gran gozo en José, viendo que ya el mundo venía al conocimiento de su Criador y que la gentilidad daba principio de su conversión, y representósele el fruto que se había de seguir en la salvación de tantas almas como por aquel Niño, que él sustentaba y criaba, habían de ir al cielo. Si no digan los confesores y predicadores qué siente su espíritu cuando ven fruto en las almas por quien trabajan, si acaso están heridos con celo y amor.

El caer de los ídolos.

Cuando entraron en Egipto, que se cayeron los ídolos de los gentiles, se alegró el corazón de José sumamente viendo comenzada la venganza en los enemigos de la honra y gloria de Dios, y que ya se llegaba el castigo de los mundanos y el demonio príncipe del mundo había de ser lanzado fuera (4), que acaece por un gusto de venganza perder los hombres la hacienda, la honra, la vida y aun el alma, siendo venganza mala la que desean, ¿qué haría el gusto santo de tan buena y justa venganza que tiene por fruto la honra y gloria de Dios?

Buena conversación con Cristo y su madre.

Entre otros regalos no es el menor un rato de buena conversación con personas sabias, oir doctrina y puntos delicados, ver declarar altísimamente la Sagrada Escritura. No sé quién haya participado más de este regalo que el glorioso San José, que tanto tiempo conversó con la prudentísima Virgen y tantas veces oyó declarar la Biblia a Cristo Jesús, y percibió de ellos soberanos misterios que ningún otro alcanzó a saber, como de la boca de aquel Señor en cuyo pecho estaban escondidos todos los tesoros de ciencia y sabiduría (5). Porque, según dicen los santos, desde que el Niño fué grande hasta que José murió y comenzó a predicar, de sus puertas adentro esta-

---

1 Cant., I, 1.
2 Cant., V, 12.
3 Cant., II, 8.
4 Joan., XII, 31.
5 Ad Colos., II, 3.

ba tratando con su Madre y con José de día y de noche doctrinas del cielo. ¿Quién viera puestos a los tres en oración?, que aunque fuera el alma de José la más tibia del mundo, teniendo tales dos espíritus a los lados como Jesús y María, alcanzara contemplación soberana.

Cuando le hallaron que estaba perdido.

Cuando al cabo de los tres días que el Niño estuvo perdido le hallaron en el templo disputando con los doctores, cuan grande fué el dolor que sintieron en la pérdida, tan grande fué el gozo y alegría que recibieron en hallarle. Háceme devoción considerar cuando volvieron a Nazaret después de hallado, ver al Niño en medio de María y José, echados los dos brazos a los cuellos de entrambos, ellos llorando y el Niño consolándolos; derramarían lágrimas de ternura y gozo y el Niño limpiándoselas de los ojos con sus divinas manos; quejaríanse con amorosas razones de lo que les había hecho padecer y consolaríales con palabras del cielo; estaríales contando lo que pasó con los doctores en la disputa, atentos a verlo referir por su divina boca; aseguraríales que otra vez no se les habia de ausentar, mostrando con amor y obediencia lo mucho que les quería; y cada cosa de éstas es un pedazo de gozo del cielo en la tierra, que bien experimentan algo de ello las mujeres casadas o las madres cuando vienen de fuera sus hijos y maridos con cuya ausencia han padecido gran dolor.

Es gran consuelo a la hora de la muerte hallar a la cabecera un siervo de Dios que ayude a bien morir; ¿cuál sería pues el regalo y consuelo de José cuando pasó de esta vida que, según después diremos, tuvo a Jesús a su cabecera de la una parte y de la otra a María? Cristo le tenía las manos y le miraba y consolaba en la agonía, cerróle los ojos cuando expiró y llamó innumerable multitud de ángeles que le acompañaron en su tránsito.

De la gloria que ahora tiene en el cielo el glorioso San José, que llaman gloria esencial y corresponde a la caridad que alcanzó su alma en este mundo, no quiero decir más de acordar lo que arriba dije de su merecimiento, pureza, justicia, rectitud y ejercicio de virtudes; que tanto cuanto un alma ama a Dios, tanto es amado de Dios y tanta mayor gloria tiene; pues a la medida de la caridad se da la bienaventuranza de la gloria.

La gloria accidental.

De su gloria accidental dicen muchas cosas los que escriben su historia, como de los tres frutos de treinta, sesenta y ciento de que goza en el cielo; porque fué santo casado, santo continente y santo virgen y de otras particulares prerrogativas. Pero pues de esto no podemos hablar dignamente, mejor será por ahora con santo silencio glorificar a Dios por los grandes regalos que en esta vida y en la otra hizo al glorioso San José.

LIBRO QUINTO

SOBERANA CONTEMPLACIÓN DE SAN JOSÉ CON QUE ALCANZÓ TÍTULO DE SABIO EN LAS COSAS DIVINAS, Y DE SU TRÁNSITO Y PRIVILEGIOS.

PROEMIO

Las cosas altas de espíritu no se han de comunicar sino con pocos, y estos personas de oración.

Bien sé que no ha de faltar quien diga que habiéndome movido a escribir para carpinteros, fuera excusado tratar de los modos de unión, de los trabajos interiores de alma, regalos de espíritu, modos de oración y cumbre de altísima contemplación y semejantes doctrinas que he tratado y trataré en el libro que se sigue, que más pertenecen para religiosos o para quien sigue contemplativa, que para seglares que profesan la vida activa. Porque, según Platón y otros filósofos y autores, así profanos como sagrados, estas cosas tan altas no se han de tratar sino con pocos y en secreto, no derramando las margaritas ni dando lo santo a los perros y a gente del mundo para que las acoceen y traigan debajo de los pies (1).

Advierta quien así me reprendiere, que estoy obligado a cumplir con lo que propuse, que fué tratar de los títulos, excelencias y alabanzas del glorioso San José pintando en este libro un retrato suyo, el cual no admite más bajos colores. Es verdad que escribí para los de la cofradía de su arte, mas bien sé que ha de ir a manos de quien lo entiende, y se sabrá aprovechar de estos puntos y otros más altos que dijera, y que así como en el tiempo antiguo muchos que veían a San José y a su Esposa no juzgaran más que de un carpintero y una pobre, hermosa y virtuosa doncella, mas en lo interior de sus almas estaban encerradas excelencias, dignas de esposo de María y madre de Jesús; así acaece en el tiempo en que ahora estamos que se hallan personas que en lo exterior tienen apariencia de almas ordinarias y esconden dentro de su corazón altísimo espíritu y virtudes angélicas. Con la Samaritana, mujer idólatra y deshonesta, trató Cristo los más altos conceptos que jamás se escribieron (2). Que siempre hace fruto esta doctrina, porque enseña a los que la entienden y convida a seguir oración a los que no la alcanzan; y aunque aproveche solamente a un alma de las que procuran la perfección, bien sabemos que se precia Dios más de solo Job, varón perfecto, que de lo restante del mundo por donde el demonio se paseaba (3).

Trataré lo primero en este quinto libro de la oración mental de San José para encaminar a los que quisieren seguir los grados de ella; la alteza de la contemplación, con que se declara el sueño que durmió José cuando el ángel le revelaba los misterios. Escribiré su dichoso tránsito y recopilaré algunos de sus milagros y privilegios,

---

1 Matth., VII, 6. 2 Joan., IV, 7-26. 3 Job., I, 7, 8.

convidando a todos los que quisieren ser sus devotos con el ejemplo de los bienes que, mediante esta devoción otros han alcanzado, y con esto daré fin y remate a este Sumario.

CAPITULO PRIMERO

La oración que tuvo el glorioso San José. Pónense cinco principios y cinco efectos de la buena oración.

La oración, raíz de todos los bienes.

No cumpliría bien con lo que debo a escribir excelencias de San José si no buscase los primeros manantiales de donde vino tanta gracia y virtudes en su alma y me detuviese un poco en la consideración de ellos. Esta primera raíz de tanto fruto es la oración vocal y mental, que, según el glorioso Crisóstomo, es *basis* y fundamento de todos los bienes interiores y la que pone los materiales para la fábrica de todo el edificio espiritual; es alma del cuerpo de las buenas obras por quien viven los buenos deseos y tienen ser los firmes propósitos. Y así como el sol, según dice Isaac el de Siria, con sus rayos alumbra, alegra, consuela, sustenta y da color a todo lo criado, es causa de la generación de los vivientes y produce los metales en las entrañas de la tierra, y faltando el sol todo quedaría en sombra y tinieblas; así la oración da luz al espíritu, alegra el corazón, afervora la voluntad, consuela la conciencia, sustenta la gracia y engendra en las entrañas de los varones espirituales las piedras preciosas de los dones y frutos del Espíritu Santo. Y aquel varón es más privilegiado de Dios, más privado del Rey eterno, más allegado al Emperador de la gloria, que más fácilmente trata con él en la oración, y entra y sale cuando quiere en los palacios reales de espíritu a conversar con los moradores del cielo, sin haber para él puerta cerrada, como declaró Isidoro Caro escribiendo de los frutos de la oración. De la manera que una hermosa doncella, mientras más despacio y con más curiosidad se viste y atavía por la mañana, sale más galana y agradable para las bodas que la esperan; así el alma, dice Isaías Abad, que a la media noche se levanta a orar y a la mañana torna a su oración, y en todos tiempos procura la presencia de Dios, como dice San Agustín y San Jerónimo que hacía San José, alcanza más gracia, favores y virtudes del celestial Esposo. Que por el son que hace el músico, dice Laurencio Justiniano, se entiende la música que alcanza, y si sabe bien el arte, tañe y canta agradablemente; así de la oración salen las buenas obras y las mismas son muestra de la oración que está en el espíritu.

A los que piensan sube Dios a la alteza de oración.

De esta doctrina se colige la declaración de aquellas palabras del Evangelio: *Haec autem eo cogitante, ecce Angelus Domini, etc.* (1), que quieren decir, que estando pensando le apareció el ángel en sueños. Porque, aunque acaece arrebatar Dios hasta el tercer cielo algún alma que esté desapercibida, lo ordinario es levantar el espíritu a los que halla ocupados en meditación. Doctrina es ésta que entendieron los filósofos antiguos; pues escribe Mercurio Trismegisto en el

---

1 Matth., I, 20.

principio de su *Pimandro*, que se puso a meditar las cosas naturales y de ahí levantó los ojos a las sobrenaturales y viniéronsele a adormecer los sentidos con que vió a Pimandro, que dice que era la mente de la divina sabiduría que le reveló los altísimos conceptos que va escribiendo. De la misma manera acaeció a José y a las almas devotas, que ejercitándose con el pensamiento en la meditación, vienen a subir al más alto grado de la oración y llegar hasta merecer que en sueños les revele el ángel secretos inefables.

Cinco principios y cinco afectos tiene la buena oración.

Para descubrir el orden con que sube el espíritu desde el buen pensamiento en la meditación hasta la cumbre de la oración mental y declarar cómo se halló en San José, parécenme muy a propósito unas palabras escritas en el libro de Josué, que dicen así: Saalfad hijo de Hefer, hijo de Maquir, hijo de Manasés, hijo de José no tuvo hijos varones, sino solamente hijas cuyos nombres son Maala, Noa, Hegla, Melca, Tersa (1). Y dícese en aquel libro que estas cinco señoras pidieron a Josué las diese a ellas parte para fundar en la tierra de promisión como se daba a los hombres. Y consultando con Dios Josué, si era bien que las mujeres fuesen fundadoras, se resolvió que sí, y así les dieron sitio y lugar en que fundaron. Para entender de raíz esta autoridad es de saber lo que se colige del *Apocalipsis* y de otros lugares de la Biblia y de los sagrados doctores; que los nombres no se ponen acaso sino que en la significación de ellos se encierran saludables misterios. Habiendo, pues, yo leído en el diccionario hebreo de la Biblia Complutense y en algunos santos, y comunicado con personas doctas de la lengua hebrea la significación de estos once nombres, colijo que en ellos se contienen cinco principios de la buena oración mental, significados por los padres de Saalfad hasta llegar a José, y cinco efectos y frutos de ella significados en sus cinco hijas.

Deseo de perfección.

Saalfad quiere decir *cogitavi*, que es pensé, y significa el buen pensamiento y la oración mental, como declara Ruperto. El primero de sus abuelos de Saalfad, llamado José, quiere decir aumento, y según San Juan Crisóstomo significa a Cristo; según Beda, el deseo de la vida perfecta. Porque el primer principio de la buena oración, principalmente en los devotos de San José, es llegarse a Cristo y pedirle se la dé y desear aumentar la gracia en su alma para caminar a la perfección. De José nace Manasés, que quiere decir olvido (2), porque, según San Agustín y San Bernardo, conviene que el que quisiere oración se olvide de las cosas del siglo para que vacando guste y vea cuán suave es el Señor (3). Y porque no solamente las hijas de Jerusalén, que son los cuidados del siglo, distraen de la oración, sino también despiertan de este sueño las pasiones interiores, conviene lo tercero que tenga ejercicio de mortificación para tenerlas rendidas el que quisiere ser buen orador, y así nace Maquir, que quiere decir trillado. Porque quien ofrece a Dios un corazón contrito, trillado, machacado, desmenuzado y hecho polvos con la contrición y mortificación, muy agradable oración alcanza. De esta mortificación nace sufrir un cierto género de martirio y trabajo

Olvido del mundo.

Mortificación de pasiones.

Constancia en la oración.

1 Josue., XVII, 3. 2 Gen., XLI, 51. 3 Ps. XLV, 11.

interior para perseverar en la oración mental, que saben por experiencia los que la ejercitan cuánto sudor cuesta esta perseverancia, y es el misterio que de Maquir nace Galaad, que quiere decir montón de testigos, y declara San Agustín que es el deseo de padecer hasta derramar sangre, y sin esta perseverancia que cuesta trabajo y sudor y es un cierto género de martirio, créanme que no se llega a descubrir los tesoros de la oración. De Galaad nace Hefer, que quiere decir, paso, y, según Ruperto, es el tránsito que hay de la vida activa a la contemplativa, y este misterio se encierra en ser Hefer el padre de Saalfad; de suerte que mediante el deseo de la perfección y de allegarse a Jesús y el olvido del mundo, mortificación de pasiones, paciencia y perseverancia en la oración y paso para la vida contemplativa desde la activa, acudiendo a comunicar con Dios y las virtudes que se ejercitan, se alcanza la verdadera oración mental. Cuánto aumento haya alcanzado en ella el nuestro José, que su mismo nombre significa aumento, considérelo quien meditare el familiar trato que tuvo con Jesús, cuán olvidado estuvo del mundo y de todo lo criado, cuán libre de pasiones, cuánta paciencia y perseverancia mostró en sus tribulaciones; y cómo en todas sus obras de la vida activa, pues que eran ejercitadas con Cristo, pasaría a la vida contemplativa.

Tránsito de vida activa a contemplativa.

Efectos o diferencias de la buena oración.

Dicho habemos de los padres de Saalfad, que son los principios de la buena oración, digamos ahora de sus hijas, que son algunas diferencias que hay en la oración mental y como frutos y efectos de ella. La primera se llama Maala, que quiere decir vihuela, y ésta es el verdadero discurso de la meditación, que no es otra cosa sino como quien pone los dedos en los trastes, que son como los puntos que ha de meditar y busca las consonancias o conveniencias que hay entre los misterios y las virtudes del alma. Con esta consonancia se rinde la voluntad y se hace una música y armonía dulcísima al Espíritu Santo que lanza el espíritu malo de la conciencia (1) mejor que la música del arpa de David. Esta armonía y consonancia declaró el Evangelio en aquellas palabras: María guardaba estas cosas confiriéndolas en su corazón (2). Esto mismo hacía José en los misterios que veía y en la Sagrada Escritura que había leído. Noa quiere decir sosiego o quietud, y, según Orígenes y San Ambrosio, es el detenimiento que hace la razón en un concepto, cuando le está mirando de hito en hito, sin pestañear ni apartar de él los ojos interiores. Con esta quietud y sosiego se enciende el alma en amor de Dios y algunos la llaman contemplación. Melca quiere decir reina, y aunque Filón declara que significa la astrología, porque dejando las cosas de la tierra se sube a considerar las del cielo, se entiende por Melca una libertad de espíritu, excelencia de ánimo y alteza de corazón que se halla en los varones contemplativos, los cuales gustando de Dios a quien tienen en la oración propicio, ponen todas las cosas criadas debajo de sus pies. A esta libertad de espíritu, quietud y sosiego de contemplación llegó José con grandes ventajas, pues de su puerta adentro tenía por súb-

Meditación.

Contemplativa.

Libertad y señorío de espíritu.

1 I Reg., XIX, 9. 2 Luc., II, 19.

ditos al Rey y a la Reina de todo lo criado. La cuarta hija se llama Hegla, que quiere decir en hebreo becerro, o carro o cosa redonda, y aunque se podía declarar en ella la obediencia a las inspiraciones divinas entendida en el becerro o el ímpetu de los deseos que nacen en la oración, paréceme que le conviene aquel efecto espiritual que declara David, cuando dice: Jerusalén que se edifica como ciudad, su participación de él para él (1); porque en la buena oración se procede de Dios a Dios y se pide por Dios para Dios; que el alma que quiere orar bien, hace cuenta que Cristo ora en ella al mismo Cristo, y pide como a Señor la honra y gloria de Cristo, y al mismo Cristo pone por intercesor. Que es lo mismo que dice el Apóstol: Porque de él y en él y por él son todas las cosas; para él sea la gloria en los siglos de los siglos. Amén (2).

Circulación de Dios para Dios.

De este nombre Tersa leo en el Diccionario Complutense que significa agradable, amadora, suave y la que corre, y según San Jerónimo significa doctrina de verdad, y es el último de los grados o afectos de la buena oración que hace al alma agradable a Dios y a las gentes, amadora de Cristo y de la verdad, suave en su trato y conversación con ángeles y con hombres, y la que corre con ímpetu de virtud en virtud hasta subir a lo más alto del espíritu y finalmente la que sabe y entiende doctrina de verdad. Entre las almas que he conocido más devotas de San José fué una la madre Teresa de Jesús, natural de Avila, de noble linaje, fundadora en la tierra de promisión, que es la Iglesia, de monasterios de San José de Carmelitas Descalzas, agradable en su trato y conversación, encendida en amor divino, suave en sus palabras, impetuosa en el obrar cosas grandes por Dios, y que dejó escrita doctrina muy verdadera y de mucho espíritu y con la devoción de este Santo venció muchas dificultades y ha hecho milagros en vida y en muerte.

Doctrina de verdad.

Teresa de Jesús.

Algunos dicen que Teresa es nombre derivado de Dorotea, nombre latino de donde el español tomó Teresa, como Menga de Domingo; y si así es, Doroteas ha habido en la Iglesia a quien la madre Teresa pudo imitar. De una cuenta Eusebio que fué natural de Alejandría, cuya fe y castidad procuró corromper el tirano Majencio y puesta en oración se desapareció de él, y hallándose en el desierto congregó muchas doncellas deseosas de perfección y fundó un monasterio de la misma Orden antigua de Elías que siguen ahora las hijas de la madre Teresa de Jesús. Otra Dorotea fué martirizada en Cesárea de Capadocia y reformó en la fe a Crispa y Calixta, que habiendo sido primero cristianas, apostataron y después fueron mártires con Teófilo, a quien Dorotea envió con un ángel rosas del paraíso. No menos gloriosa fué Dorotea, hermana de Eufemia, prima de Tecla y Erasma, a quien su propio padre, Valenciano, degolló después de haber sufrido otros martirios, y su cuerpo enterró Ermachora en la misma casa de su padre, donde después se fundó una suntuosísima iglesia; así que esta santa en vida fué mártir y en muerte fundadora.

Dorotea de Alejandría.

Dorotea de Cesarea.

Dorotea, hermana de Eufemia.

A muchos parece que este nombre Teresa no es derivado del latino sino propio español, como Sancha y Urraca; y siendo así den-

Teresas españolas.

1 Ps. CXXI, 3. 2 Ad Rom., XI, 36.

Teresa de León.

tro de España ha habido Teresas célebres, agradables, caritativas y fundadoras. Teresa, hija del rey de León, de quien escribe el rey don Rodrigo y Valerio en sus Historias eclesiásticas, fué limosnera, devota y santa y fundadora de monasterios. No menos lo fué Teresa, hija del rey don Sancho de Portugal y de una hija del rey don Ramón de Aragón, que casó con Alonso, rey de León; y porque eran parientes no quiso dispensar el Papa en el matrimonio, aunque tenían hijos, mandándolos apartar; hacíasele de mal a esta Teresa por el amor que tenía a los hijos y marido, hasta que se llenó de lepra, y pidiendo a Dios remedio, le fué revelado que si quería sanar, fundase un monasterio de monjas en Portugal en la parte que un río hiciese una cruz y se hallase un laurel vano o vacío, que en portugués se llama *louro vam,* y así se fundó el monasterio de Loruan, cerca de Coimbra, que es de monjas Bernardas, donde vivió y murió muy santamente y está enterrada. Otra Teresa de Vildauri está en Valencia, fundadora de otro monasterio de Bernardas llamado la Zaidía, que siendo concertada de casar de secreto con el rey don Jaime de Aragón, él se casó con otra y el Papa le mandó que hiciese la costa para que la Teresa fundase aquel monasterio donde vivió muy santamente, y hoy en día a cabo de muchos años está su cuerpo entero y oloroso como el de la madre Teresa de Jesús.

Teresa de Portugal.

Teresa de Villauri, valenciana.

En Carrión, villa de Castilla la Vieja, en el convento de San Zoilo, de la orden de San Benito, está enterrada doña Teresa, que fué condesa de Carrión, la cual estando en toda su prosperidad y grandeza, muy amada y estimada de su marido, le acaeció que pidiéndole limosna una mujer pobre que traía dos niños al pecho, preguntándole la condesa si eran sus hijos y qué tanta más edad tenía el uno que el otro, respondió que eran sus hijos nacidos de un mismo parto; la condesa replicó que siendo del mismo parto, no debían de ser del mismo marido y afrentóla como adúltera con malas palabras. La pobre levantó los ojos al cielo, diciendo: Señor, vos sabéis que, aunque pobre, no os he ofendido en lo que la señora condesa me afrenta, volved Vos por mi honra que en vuestras manos pongo mi causa. Apenas había esto pasado, cuando la condesa concibió y parió dos hijos de un vientre, por lo cual el marido la afrentó como ella había hecho a la pobre, persiguióla, maltratóla y la echó de sí. Viéndose afligida la buena condesa, volvióse a Dios pidiéndole remedio y consuelo; aparecióle Cristo Jesús con mucho resplandor y díjole: que echase su manto sobre las aguas del río y se pusiese sobre él de pies, y donde el manto fuese a parar, allí saliese y fundase un monasterio. Anduvo algunas leguas sobre el manto en el agua y vino a parar a un ermita llamada San Juan el Verde, que está cabe la villa de Carrión. Salió del río y en aquella ermita acabó su vida con mucha penitencia, oración y santidad y murió habiendo hecho muchos milagros en vida y muerte y fundado aquel monasterio de San Zoilo, que se llamó así porque trajeron allí el cuerpo de este santo; el cual monasterio ha sido y es muy célebre y allí tienen el cuerpo de esta Teresa, su fundadora, con su epitafio, en que se contiene lo que hemos referido.

Doña Teresa de Quiñones.

Doña Teresa de Quiñones, hija de los condes de Luna, que fué

casada con el almirante de Castilla, fué de tanta virtud y oración que más parecía su casa monasterio que palacio. Fundó en Medina de Ríoseco un hospital donde ella por su mano servía a los pobres, y después de muerto su marido, fundó un monasterio de frailes Franciscos en Valdescopezo, cabe el cual se recogió en perpetua oración ejercitándose en continuas limosnas; y como faltase una vez trigo para dar a los pobres, puesta en oración mandó a sus criados que fuesen a buscarlo y hallaron las trojes llenas. Cuando murió quedó su cuerpo resplandeciente como cristal, oliendo suavísimamente. Su hija de esta señora se llamó doña Teresa Enríquez, que fué casada con el comendador mayor de Castilla; en vida de su marido hizo muchas limosnas y llevaba a la reina Católica doña Isabel y a sus damas a visitar los hospitales. Después de viuda gastaba toda su hacienda, que era mucha renta, en fábricas y limosnas. Fundó en Torrijos un monasterio de frailes Franciscos y un hospital; hizo la fábrica de la iglesia mayor; dos monasterios de monjas en Maqueda y Almería y alcanzó del Papa que saliese el Santísimo Sacramento con acompañamiento y palio. Instituyó que tañesen a prima noche por las ánimas del purgatorio. Por los tiempos que ella nació también nació Lutero en el mundo y poco después nació la madre Teresa de Jesús, fundadora de las Descalzas, permitiendo el Señor que contra la ponzoña que había de sembrar este perverso en desprecio del Santísimo Sacramento del Altar y de las Religiones y en daño de las ánimas del purgatorio, hiciesen antídoto y triaca en España estas dos Teresas. Conozco en Ibros e Iznatoraf, pueblos de Andalucía, dos Teresas, grandísimas siervas de Dios, de gran oración y espíritu; mas baste las que he nombrado, que pues voy diciendo alabanzas del señor San José de quien la madre Teresa de Jesús fué tan devota, no es fuera de razón nombrar otras devotas y santas Teresas.

Doña Teresa Enríquez.

Teresa de Iznatorase. Teresa de Ibros.

CAPITULO II

De los seis fines y cumbres de la altísima contemplación. Decláranse las causas por las cuales el glorioso San José subió a estas soberanas alturas.

Toda la fábrica de este mi Sumario va fundada sobre cinco palabras que hallo en el Evangelio, que se dicen de San José, las cuales declaradas con espíritu valen más que decir diez mil con sola la lengua. La primera, nómbrase José esposo de María; la segunda, padre de Jesús; la tercera, justo; la cuarta, muchas veces se dice que le aparecieron ángeles; la quinta, que estando pensando le hablaron en sueños. No hallo en los sagrados doctores quien limite estas cinco palabras para que explicadas no se digan las excelencias de San José que he dicho y muchos mayores que no sabré decir; y hallo muchos autores de donde lo he sacado; y así puedo en declaración de la postrera decir algo de lo que siento de la cumbre de oración y contemplación a que llegó esta alma. Declaré en el capítulo pasado sobre aquella palabra *cogitante* lo que es ordinario en almas contemplativas de buen espíritu; en éste declararé la pa-

labra que se sigue, apareció en sueños, y en la cumbre, alteza y soberanos fines a que llegó su oración.

Cuando se duerme se sueña, el que duerme está en silencio y en oscuridad, y suele tener los ojos cerrados y el alma apartada de hacer mal, y descansa y con más fuerza restriba sobre lo que le sustenta que si estuviera velando. Y leo en los doctores místicos seis fines del espíritu o seis cumbres y altezas de la oración, que son como las seis alas del serafín que he dicho o los seis palmos que tenía la medida del templo, y seis lámparas del candelero de oro, seis hidrias en las bodas espirituales y los seis días después de los cuales se transfigura el alma en el monte Tabor con la soberana contemplación. Y según la declaración de Orígenes, Isiquio, Jerónimo, Gregorio, Ruperto y la Glosa ordinaria significan estas seis cosas las excelencias espirituales a que llegan las almas. Que podemos nombrar seis fines del espíritu llamados *obdormitio liquescens,* sueño que derrite, *silentium internum,* silencio interior, *caligo transformans,* oscuridad que transforma, *puritas elevata,* pureza levantada, *quies in dilecto,* descanso en el amado, *adhaesio fixa,* firme allegamiento con Dios. Así como de una parte del trono estaba un serafín con seis alas y de la otra parte otro con otras seis (1) y en la mesa de la proposición se ponían seis panes de una parte y seis de otro (2), así estaba Cristo Jesús entre María y José, cada uno de ellos con estas seis alas que voy declarando.

Sueño que derrite es un adormecimiento de todas las potencias, así interiores como exteriores, cuando cesan de sus discursos, porque el alma está ocupada en recibir cosas sobrenaturales tan altas, que no le queda fuerza para dar vigor natural a los otros sentidos y potencias. Como acaece quedarse un hombre pasmado cuando ve un extraordinario espectáculo y todos los sentidos se le van a aquello que está mirando. Llámase este sueño en hebreo *tardemach,* y con él dormía Adán cuando le sacó Dios a Eva de su costilla (3), y Jacob cuando vió la escala (4) y S. Juan en el pecho del Señor (5). Porque entonces dice Aristóteles, que está el alma más apta para recibir las sutiles impresiones, cuando está libre del estruendo de los sensibles exteriores. En este sueño no está el alma ociosa y descansando, como acaece cuando dormimos ordinariamente, que antes está velando y más despierta y atenta que nunca; como si el rey mandase cerrar las puertas y reposar los porteros porque está ocupado en algún negocio de grande importancia y no quiere que nadie le distraiga; así hace el libre albedrío cuando se recoge en su retrete de la porción superior para recibir altísimos secretos del cielo, que manda dormir a todos los porteros de los sentidos para que no le distraigan con otros pensamientos. De esta manera era el sueño de José cuando le habló el ángel, porque aunque dormía, su corazón velaba, y no era sueño ordinario que se llama imagen de muerte, que mientras dura no hay diferencia del hombre a la bestia, pues

Sueño natural, cómo sea.

---

1 Isai., VI, 2.
2 Levit., XXIV, 5, 6.
3 Gen., II, 21.
4 Gen., XXVIII, 12.
5 Joan., XXI, 20.

que dice el texto que estando pensando se durmió. Y dícese éste sueño que derrite, porque en aquel pasmo y cesación de potencias, con la novedad de la alteza espiritual que se recibe toda el alma parece que se derrite, deshace y convierte en Dios, así como una gota de agua cuando cae en una copa de vino. Consideren los devotos de San José cuántas veces se quedaría este Santo durmiendo, abrazado con su amado, teniéndole el Niño Dios la mano izquierda debajo de su cabeza y la derecha sobre el cuello conjurando a las hijas de Jerusalén (1), que son los cuidados y criaturas, por las cabras y ciervos de los campos que no le despertasen (2). Y si Adán, Jacob, San Juan Evangelista y otros muchos que han dormido con esta manera de sueño, de una vez tanto bien recibieron ¿qué recibiría la Virgen y José que durmieron tantas?

Oscuridad que transforma se llama un altísimo conocimiento de Dios que nace de la consideración de las cosas criadas a que un hombre puede llegar, y queriendo entrar a entender con más luz la infinita Majestad del Criador que en ellas resplandece, se pierde de vista y queda deslumbrado y como ciego por haberle embestido la fuerza de algún rayo de aquel sol infinito, y sin saber lo que entiende, arroja el ímpetu de la voluntad en el amor de aquel soberano bien y se transforma en el amado; como quien se entra por una nube con la cual sabe que está cubierto el sol, y quedando como ciego, se halla abrasado de sus rayos y transformado en él. Después de la Virgen María por sin duda tengo que ningún alma alcanzó a conocer más altamente el misterio de la Encarnación que José; y que en el punto que el ángel se le reveló, puso los ojos en su Esposa, y como quien ve el sol dentro de una nube, los ojos repararían en el vientre virginal, mas el espíritu penetraría más adentro en la consideración de la infinidad del nuevo huésped, y quedándose ciego, porque la infinita luz no se puede ver en esta vida sin que el entendimiento ciegue con la oscuridad de la fe, se quedaría adorando el Niño escondido en su luz inaccesible en cuanto Dios y cubierto con el velo del sacratísimo vientre en cuanto hombre, deseando verle fuera de aquel relicario donde estaba encerrado para tomarle con sus manos y adorarle más familiarmente.

Silencio interior es una paz en todos los miembros del alma, un sosiego de la conciencia y quietud de todas las potencias que nace de las palabras secretas y escondidas que Dios habla dentro del corazón, según aquello del Real Profeta: Oiré lo que me habla dentro de mí mi Señor, porque hablará paz para sus siervos y en aquellos que se convierten al corazón (3). Diversa cosa es este silencio del sueño; porque éste acaece estando en vela en las almas de mucha oración en quien dice el profeta Isaías: Que se halla la justicia de asiento, cuya obra es la paz y la guarda de la paz es silencio y seguridad eterna (4). Acaecerá estar una persona perturbada e inquieta, y con cuatro palabras que le habla un siervo de Dios se pacifica, recoge y parece que descansa el corazón de las

1 Cant., II, 6, 7.
2 Ibid., III, 5.
3 Ps. LXXXIV, 9.
4 Isai., XXXII, 17.

turbaciones y desasosiegos que traía. Tenían tal fuerza las palabras de Cristo Jesús y de la sacratísima Virgen María para pacificar corazones, que aunque el de José fuera muy inquieto, oyendo siempre palabras de Madre y de Hijo, bastara para morar en este silencio interior que es un retrato de la bienaventuranza.

Pureza levantada se llama aquel sumo grado de pureza que hemos declarado en José con que se hallaba libre de pecados, y cuando el corazón está tan limpio, puro y cristalino que no tiene impedimento ninguno para la unión, por secretas y escondidas maneras le levanta Dios para sí y le imprime perfectísimamente su semejanza; y después de así levantado, detiénese la pureza en aquella altura con la perseverancia de la oración y no consiente que el corazón se abaje a cosa criada; porque le dan como alas de águila con que vuele a lo alto, y después que se halla en su esfera, tórnase todo fuego y júntase con el fuego infinito de Dios.

Descanso en el amado es un arrojamiento con seguridad que el alma hace en los brazos de Jesucristo, que nace de confianza y amor. Y así como cuando un niño se cansa, que le toma el padre o la madre en sus brazos donde está contento y alegre y cesa de llorar; así le acaecía a José, que viniendo cansado de los trabajos de su ministerio, cuando entraba por las puertas de su casa, tomaba el Niño en sus brazos para que la Madre más libremente se pudiese ocupar en los ministerios caseros, y descansando el Niño en los brazos de José, José descansaba en los brazos de Dios, y se le olvidaban todos los cuidados, quitaban las congojas y apartaban las aflicciones, porque arrojaba sus pensamientos en Dios y él le criaba como a niño en pago de que él criaba como niño a Dios.

Adhesión fija.

Firme apegamiento con Dios es un ímpetu del corazón, que no contento con la divina presencia y habla interior, se junta y llega fijamente a su Criador. Y así como de la cera blanda mientras con mayor fuerza se pega al sello más perfecta sale la figura, así de este ímpetu de la voluntad nace más perfecta unión. ¡Quién viera el Niño en algunas ocasiones colgar los brazos en el cuello de José, y al mismo José querer meter su Niño dentro de las entrañas y darle el corazón, no contentándose con los besos y abrazos exteriores! Bendito él sea, que por satisfacer a este deseo se puso en figura de pan y vino para que le metiésemos dentro de nuestras entrañas; y porque estas cosas son delicadas, baste lo dicho para haber declarado el sueño de José.

CAPITULO III

Del tránsito del glorioso San José. Declárase de qué edad murio, y tráense unas palabras de la Historia oriental que cuenta lo que sucedió a la hora de su muerte.

Habiendo escrito en el capitulo pasado a qué alteza de espíritu voló San José, y que después de la sacratísima Virgen parece que ninguno más se acercó a la gloria que puede haber en esta vida por el trato familiar que tuvo con Jesús, faltándome palabras para decir más adelante, querría tratar ya de su dichosísimo tránsito con

que subió a la bienaventuranza. Y cuanto a lo primero del tiempo en que San José murió, tengo por muy cierto lo que dicen San Epifanio, San Vicencio, Ubertino, Gersón y el Maestro de las Historias, que San José ya era muerto cuando Cristo comenzó a predicar; que si así no fuera y se hallara vivo cuando el Redentor expiró en la cruz, ni faltara del pie de ella con su Esposa, ni el Hijo la encomendara al discípulo y en las bodas de Caná se hallara presente, como tutor de la desposada, que se cree ser una de las dos hermanas que dijimos, hijas de María la de Alfeo y hermanas de Santiago el Menor, San José el Justo, y San Simón y Judas, o en algún lugar del Evangelio los sagrados evangelistas hicieran mención de él, desde el tiempo que escriben que el Señor comenzó a predicar (1). No hago caso de una opinión que refiere Isidoro de ciertos autores que escribieron que cuando San José murió, ya Cristo había llamado a sus discípulos y todos se hallaron a su muerte, porque los autores de esta opinión ni es gente de crédito ni se fundan en razón y autoridad alguna que sea de sustancia.

Del tiempo en que murió San José.

Tratando del precioso tiempo en que murió San José, a algunos, como a Ubertino, les parece que no fué mucho después que se halló el Niño perdido. Entre los santos graves que han escrito en esta materia ninguno determina el tiempo. El padre maestro Trujillo dice en su *Thesaurum Concionatorum*, que murió S. José cuando era Cristo de veintinueve años cumplidos, no mucho antes que fué bautizado por San Juan Bautista. Y aunque en estas cosas no son bastantes las razones, todavía hace mucho al caso para persuadir ser esto así, que el oficio de José fué servir y sustentar al Hijo y a la Madre según la pobreza que escogieron en este mundo. Y pues se lee que el Redentor hasta que comenzó a predicar estuvo siempre en silencio y oración, apartado de trato y conversación de hombres, déjase entender que para el trato del oficio de carpintería y buscar obras que hacer, y comprar la madera y vender lo que se hacia para el sustento, dejaría Dios a San José vivo hasta el tiempo que Cristo comenzase a salir a predicar, y que el Señor, aunque dentro de su casa trabajase en el arte, no entendería en los demás ministerios, y así tengo por cierta la opinión de Trujillo.

Lo que más puede hacer al caso en la doctrina de este capitulo es unas palabras de la Historia oriental de San José, que, como dije al principio, trae gran parte de ella Isidoro en su libro que escribió al papa Adriano VI; tomaré de lo que dice de su tránsito el mismo Cristo Jesús, que es lo siguiente. «Envejeció José y tenía ya muchos días, pero nunca le faltaron las fuerzas del cuerpo, ni sus ojos se enturbiaron, ni se pudrió diente de su boca ni le faltó un punto de la claridad de su entendimiento, sino que en tanta edad estaba firme y fuerte en todos sus miembros y fuerzas; y yo trataba y conversaba con él en todas las cosas como si fuera su hijo y en todo le era semejante, si no es en no haber yo tenido pecado, y llamaba a San José padre, y él me llamaba su hijo y obedecía a San José y a mi Madre en todo lo que me mandaban. Nunca traspasé mandamiento de los suyos, siéndolos en todo obediente como los hijos a sus padres, y amaba yo a José como a la niñeta de mis

Palabras de Cristo escritas en la Historia Oriental.

Qué hizo José viéndose cercano a la muerte.

ojos. Llegáronse los días de la muerte de José y aparecióle el ángel del Señor diciéndole que presto había de pasar de este siglo a sus padres. Temió la muerte, y fué a Jerusalén, y entró en el templo y oró con muy larga oración a Dios rogándole que le ayudase a la hora de su muerte y que enviase su santo arcángel Miguel para que le defendiese de sus enemigos; y rogó también que el buen ángel de su guarda con rostro alegre y agradable aspecto le apareciese y acompañase su alma al tiempo de la salida y que no permitiese que los espíritus contrarios y espantables llegasen a él.

»Hecha esta oración, volvióse a Nazaret, entró en su casa, cayó enfermo en la cama y agravóle en gran manera la enfermedad, acercóse la hora de la muerte y comenzóse a turbar; y entrando yo donde él estaba, le dije: Dios te salve, mi padre José, ¿por qué te turbas así siendo hombre bendito y santo?. El cual como oyó mi voz, respondió: Oh, Hijo mío, los dolores y temor de la muerte me rodean, mas al punto que oí tu voz mi alma se consoló, porque tú eres Jesús, Salvador y librador de mi alma, tú eres la cortina que cubre mis pecados, tu nombre en mi boca es dulcísimo. Jesús, tú eres la virtud de mis ojos, tú eres el oído que oye todo cuanto hay en el mundo; óyeme el día de hoy a mí, tu siervo, y suplícote que mires y recibas las lágrimas que derramo en tu presencia, porque yo creo que eres tú verdadero Dios y Señor mío como me lo dijo el ángel muchas veces; y no me imputes a pecado que tuve pensamiento de dejar tu santa y pura Madre virgen la primera vez que la vi preñada, que no sabía lo que me hacer, y el ángel del Señor me enseñó tu maravilloso misterio, y me guió y mandó que te pusiese nombre Jesús, y me dijo que tú eres el que ha de salvar su pueblo de sus pecados y tú eres verdadero Dios y verdadero Hijo de Dios. Y dichas estas palabras agravósele la enfermedad y quitósele el habla.

Oración de José a Jesús.

Expira José.

»Entonces yo me senté a la cabecera de José y mi Madre a los pies; y el viejo volvió su rostro a mí y con grandes suspiros me estaba mirando; yo me incliné y le toqué los pies y tenía su mano entre las mías por una larga hora, y José hacía señales como mejor podía que no le dejase, teniendo los ojos enclavados en mí. Vinieron dos ángeles, San Miguel y San Gabriel, a mi padre José y así con gran paciencia y alegría expiró. Y yo con mi propia mano cerré sus ojos y su boca y compuse su rostro. Y toda la ciudad oyendo la muerte de José se ajuntó, y los más familiares suyos lavaron su cuerpo y le ungieron con ungüentos olorosos, y entretanto hice yo oración a mi Padre, y acabada la oración, vino multitud de ángeles y mandé a dos de ellos que vistiesen el cuerpo, y ellos le vistieron con una vestidura blanca el cuerpo del viejo bendito José, y yo bendije su cuerpo para que no se pudriese y dije también: Yo bendeciré y favoreceré a cualquier hombre de la Iglesia de los justos, que en día de tu memoria, José, ofreciere sacrificio a Dios, y que meditare tu vida y trabajos y tránsito de este mundo. Y llevaron el cuerpo de José los más ancianos al sepulcro; y yo me acordé de aquellos días en que me llevaba a Egipto y de los muchos trabajos que sufrió por mí; y lloré inclinándome sobre su cuerpo y pusieron su cuerpo de José, mi padre, en el sepulcro cabe el cuerpo

Enterramiento de José.

de su padre Jacob. Murió a veinte de Julio». Estas son palabras que se hallan escritas en la Historia oriental, que dicen haber dicho Cristo a sus discípulos de la muerte del glorioso José, las cuales tienen grandes misterios que pueden considerar los devotos de este Santo.

CAPITULO IV

De algunas gracias y mercedes que han recibido del glorioso San José sus devotos a quien ha favorecido así en vida como en muerte.

Si quisiese particularizar los bienes, consuelos y mercedes que reciben los devotos de San José, así espirituales como temporales y así en vida como en muerte, sería necesario de solo esto hacer un gran libro. Remítome a lo que experimentarán los que quisieren tomar esta devoción, certificándoles que si de veras le imitan y como verdaderos devotos le aman, honran y celebran su fiesta y por darle gusto sirven mucho a Dios, recibirán consuelo en sus tribulaciones, ánimo en los temores, fortaleza contra las tentaciones, firmeza en los propósitos, fervor en la oración, ternura de espíritu, regalos interiores, valor para obras heróicas, perseverancia en los bienes y una muy particular, muy afable, muy gustosa y muy provechosa devoción con la Virgen María, su esposa y ferviente amor a Cristo Jesús; y que en todos los sucesos de su vida y en la hora de la muerte hallarán un buen amigo que siempre esté a su lado aparejado para su defensa. Quiero referir algunos ejemplos y bastarán pocos para que por ellos se entiendan otros innumerables que dejo de escribir.

San Vicente Ferrer refiere de un mercader valenciano que tenía devoción en el día del Nacimiento del Señor convidar un pobre viejo y una mujer pobre que criase a sus pechos un niño en memoria de Jesús y María y José; después de su muerte reveló este siervo de Dios, apareciéndose a personas espirituales que rogaban por él, que al tiempo del expirar se le apareció la Virgen con el Niño en sus brazos, acompañada del glorioso San José, su esposo, y le dijeron: Pues nos recibiste en tu casa, ven con nosotros, que te recibimos de buena gana en la nuestra; y así le llevaron con gran gozo a la bienaventuranza.

Fray Juan de Fanno en su Historia de San José cuenta que navegaban dos padres de la Orden de San Francisco para Flandes y anegóse la nave en que iban trescientas personas; los dos se abrazaron de una tabla y anduvieron tres días con sus noches sobre las ondas del mar, encomendándose al glorioso San José de quien eran muy particularmente devotos. Al tercer día se apareció en medio de ellos sobre la misma tabla en figura de un hermosísimo mancebo, saludólos afablemente, confortó sus ánimos descaecidos y alentó las fuerzas de sus cansados miembros y sanos y salvos salieron a salvamento. Los buenos frailes como se vieron en tierra, hincadas sus rodillas, dieron gracias a Dios por tan gran beneficio y al mancebo que les acompañó, suplicándole encarecidamente les

dijese su nombre; declaróles ser S. José y descubrióles los siete grandes dolores y siete gozos que recibió en los siete misterios de que se tiene tanta devoción, prometiendo de ayudar y favorecer en todas sus necesidades a cualquiera que en memoria de estos misterios dijese cada día siete Padrenuestros y siete Avemarías, y esta devoción usan muchos en Italia, principalmente los Padres Capuchinos.

Isidoro en su Suma escribe que en la ciudad de Venecia tenía un hombre principal y muy rico costumbre de hacer cada día oración delante una imagen de San José que en una pared estaba pintada. Vino a caer enfermo y a agravársele la enfermedad, que era muy peligrosa, de la cual sin duda peligrara su alma, si al tiempo que estaba con las grandes congojas del cuerpo y mayor olvido de su salvación, no viera por sus ojos entrar en su aposento al glorioso San José en la propia figura de la imagen a quien él saludaba, y luego vino en conocimiento de sus pecados con un perfectísimo dolor y contrición de ellos; y llamando al confesor se confesó enteramente; y al mismo punto que le absolvió, con mucho fervor y espíritu dió el alma a su Criador, poniéndola en manos del glorioso San José, y tiénese por muy cierto que se salvó, que éstas son las principales mercedes e importantes beneficios que hace este Santo, pues van encaminadas para llevar las almas a la vida eterna.

Un padre de los más graves del convento de Nuestra Señora de Monserrat era devotísimo del glorioso San José, especialmente en aquel paso cuando caminó a Egipto con la Virgen y el Niño; y acaecióle que viniendo para su convento perdió el camino en un monte, sobrevino la noche y hallóse afligido con temor de bestias fieras y de bandoleros; estando en esta congoja acertó a pasar por donde él estaba un buen hombre que guiaba una bestezuela y encima de ella iba una señora con un niño en los brazos. Preguntóles el religioso por el camino; respondió que se fuesen juntos, que él se le mostraría porque sabía aquella tierra: iban hablando en conversación de cosas de Dios todos tres, y con las pláticas de la que llevaba el Niño y del buen hombre que guiaba, sintió tan gran dulzura, devoción y suavidad el padre, que el corazón se le abrasaba dentro del pecho como a los dos discípulos cuando caminaban a Emmaús (1); y al cabo de algún tiempo que fueron juntos, llegaron a un camino cerca del pueblo donde iba, que ya no se podía perder, y habiéndole puesto en él y enderezado su jornada, desaparecieron la madre y el niño y el que los guiaba; y entonces cayó en la cuenta el religioso que era el glorioso San José y su Esposa con el Niño Jesús, que es camino, verdad y vida (2), quien le había mostrado el camino y quedáronsele impresas las palabras que oyó de la boca de la Señora y del glorioso San José en el corazón, que hasta que murió le duró la ternura y devoción de ellas y murió como un santo.

El doctor Francisco de Ribera, de la Compañía de Jesús, en el capítulo XIII del primer libro de la madre Teresa, y la misma

---

1 Luc., XXIV, 32. 2 Joan., XIV, 6.

madre Teresa de Jesús, en el libro que escribió de su Vida, cuentan las gracias y mercedes que ella recibió de este glorioso Santo. Y porque entiendo será más agradable estilo, referiré las mismas palabras que ella dice hablando en el capítulo VI de una enfermedad que había tenido muy grave, en la cual se vió desahuciada de la vida, sin esperanza de salud, que son éstas: «Como me vi tan tullida y en tan poca edad, y cuál me habían parado los médicos de la tierra, determiné acudir a los del cielo para que me sanasen... y tomé por abogado y señor al glorioso San Josef y encomendéme mucho a él. Vi claro, que ansí de esta necesidad como de otras mayores de honra y pérdida de alma, este Padre y Señor mío me sacó con más bien que yo le sabía pedir. No me acuerdo hasta ahora haberle suplicado cosa que la haya dejado de hacer. Es cosa que espanta las grandes mercedes que me ha hecho Dios por medio de este bienaventurado Santo, de los peligros que me ha librado, ansí de cuerpo como de alma; que a otros Santos parece les dió el Señor gracia para socorrer en una necesidad; a este glorioso Santo tengo experiencia que socorre en todas; y que quiere el Señor darnos a entender que ansí como le fué sujeto en la tierra, que como tenía nombre de Padre siendo ayo, le podía mandar, ansí en el cielo hace cuanto le pide.

»Esto han visto otras algunas personas, a quien yo decía se encomendasen a él también por expiriencia y... de nuevo experimentando esta verdad: procuraba yo hacer su fiesta con toda la solemnidad que podía... Querria yo persuadir a todos fuesen devotos de este glorioso Santo por la gran expiriencia que tengo de los bienes que alcanza de Dios. No he conocido persona que de veras le sea devota y haga particulares servicios, que no la vea más aprovechada en la virtud; porque aprovecha en gran manera a las almas que a él se encomiendan; paréceme, ha algunos años, que cada año en su dia le pido una cosa, y siempre la veo cumplida; si va algo torcida la petición, él la endereza para más bien mío. Si fuera persona que tuviera autoridad de escribir, de buena gana me alargara en decir muy por menudo las mercedes que ha hecho este glorioso Santo a mí y a otras personas... Quien no me creyere verá por experiencia el gran bien que es encomendarse a este glorioso Patriarca y tenerle devoción; en especial personas de oración siempre le habían de ser aficionadas. Que no sé cómo se puede pensar en la Reina de los ángeles en el tiempo que tanto pasó con el Niño Jesús, que no den gracias a San José por lo bien que les ayudó en ellos. Quien no hallare maestro que le enseñe oración, tome este glorioso Santo por maestro, y no errará en el camino» (1).

Y en el mismo libro en el capítulo XXXII, tratando del principio que tuvieron las fundaciones de los conventos de frailes y monjas carmelitas descalzos, dice estas palabras: «Habiendo un día comulgado, mandóme mucho Su Majestad lo procurase con todas mis fuerzas (fundar monasterios de carmelitas descalzas), haciéndome grandes promesas de que no se dejaría de hacer el monasterio (1), (va

1 Cfr. B. M. C., t. I, págs. 37-39.

hablando del primer monasterio que se hizo en Avila) y que se serviría mucho en él y que se llamase San Josef; y que a la una puerta nos guardaría él y Nuestra Señora la otra, y que Cristo andaría con nosotras, y que sería una estrella que diese de sí gran resplandor, etc.» (1). Hasta aquí son estas palabras de este libro; y por esta causa, según escribe el doctor Ribera, puso sobre la portería de todos sus monasterios que fundó a Nuestra Señora y al glorioso San José; y en todas las fundaciones llevaba consigo una imagen de bulto de este glorioso Santo, que ahora está en Avila, llamándole fundador de esta Orden.

Bien se ha visto por experiencia ser verdadera esta revelación por los muchos monasterios que en tan poco tiempo se han fundado, el gran número de almas que en ellos se salvan, las dificultades que en estas fundaciones se han allanado, el gran fruto que con el ejemplo y doctrina de los religiosos de esta Orden se ha despertado y la virtud de los que profesan esta Regla. Los cuales reconocen por fundador de esta reformación al glorioso San José con cuya devoción la fundó la madre Teresa, así como toda la Religión del Carmen reconoce por fundadora a la sacratísima Virgen María, a cuya devoción el profeta Elías dió principio a la vida religiosa de los Profetas en el Monte Carmelo, según escriben San Doroteo, San Juan, patriarca de Jerusalén y otros muchos autores. Y no solamente se debe a este glorioso Santo la reformación de esta Orden en nuestros tiempos sino la de otras que imitándola se han comenzado a reformar.

Suelen los santos ayudar con particular favor en necesidades concernientes a su oficio y ministerio; y así como el glorioso San José fué fabricador y trató con Cristo Jesús y su Madre la fundación de la Iglesia Católica, así demás de las fundaciones de todos los monasterios en la fábrica espiritual, en particulares fábricas de edificios ha favorecido milagrosamente. Entre otras contaré del monasterio de Avila con las mismas palabras que lo escribe la madre Teresa de Jesús, que son las siguientes: «Una vez estando en una necesidad, que no sabía qué me hacer... me apareció San José mi verdadero padre y Señor, y me dió a entender que no me faltarían, que los concertase; y así lo hice sin ninguna blanca, y el Señor por maneras que se espantaban los que lo oían, me proveyó, etc.» (2). De la manera que el glorioso San José hizo milagro en la fábrica de este monasterio podría contar de otros muchos, así de frailes como de monjas, que parece imposible haberse labrado si este glorioso Santo no hubiera puesto las manos en estas fábricas. Mas porque de estas fundaciones hay dos libros grandes escritos, uno por la madre Teresa de Jesús y otro que tengo días ha compuesto que algún tiempo saldrá a luz, baste por ejemplo de que sea devoto de este santo carpintero quien tuviere edificios que hacer.

Y en el mismo capítulo XXXIII dice lo que se sigue: «Estando el día de Nuestra Señora de la Asunción en un monesterio de la Orden del glorioso Santo Domingo, estaba considerando los muchos

1 Cfr. B. M. C., t. I, pág. 268. 2 Ib., pág. 279.

pecados que en tiempos pasados había en aquella casa confesado y cosas de mi ruin vida. Vínome un arrobamiento tan grande que casi me sacó de mí. Sentéme... Parecióme estando ansí, que me vía vestir una ropa de mucha blancura y claridad y al principio no vía quien me la vestía; después vi a Nuestra Señora hacia el lado derecho y a mi padre S. Josef a el izquierdo que me vestían aquella ropa. Dióseme a entender, que estaba ya limpia de mis pecados. Acabada de vestir, y yo con grandísimo deleite y gloria. Luego me pareció asirme de las manos Nuestra Señora. Díjome que la daba mucho contento en servir al glorioso San Josef que creyese que lo que pretendía del monesterio se haría, y en él se serviría mucho el Señor y ellos dos... que ellos nos guardarían, que ya su Hijo nos había prometido andar con nosotras; que para señal que sería esto verdad me daba aquella joya. Parecíame haberme echado a el cuello un collar de oro muy hermoso, asida una cruz a él de mucho valor. Este oro y piedras es tan diferente de lo de acá que no tiene comparación, porque es su hermosura muy diferente de lo que podemos acá imaginar, que no alcanza el entendimiento a entender de qué era la ropa ni cómo imaginar el blanco que el Señor quiere que se represente, que parece todo lo de acá como un debujo de tizne, etc.» (1). Hasta aquí son palabras de este libro.

El año de 1574 iba la madre Teresa de Jesús a la fundación del monasterio de Beas con algunas monjas, y caminando por Sierra Morena se hallaron metidas entre unos riscos muy ásperos, perdido el camino, cabe una hondura muy grande, y no pudiendo volver atrás ni ir adelante los carreteros, la Madre mandó a las monjas pidiesen a Dios y a su padre San José las encaminasen. Vieron en la hondonada un hombre anciano que les daba voces diciendo: Teneos, que vais perdidos y os despeñaréis si pasáis adelante; diéronle voces los hombres que iban con las monjas, diciendo: Pues, padre, ¿por dónde iremos? Respondió que por una parte por donde era imposible pasar los carros, y milagrosamente se hallaron en camino llano, libres de aquel peligro; y habiendo ido algunos de los que iban con ellas a buscar el hombre, dijo la Madre: No sé para qué los dejamos ir, que era mi padre S. José que nos libró de aquel peligro y no le han de hallar. Y así fué que se volvieron sin saber rastro, quedando todos con gran devoción y lágrimas del beneficio que les hizo este glorioso Santo. Esto escribe la Madre en el libro de sus Fundaciones y testificó la madre Ana de Jesús con juramento en su dicho para la canonización de la santa madre Teresa. Otras muchas cosas pudiera decir que han acaecido a esta misma Madre con el glorioso San José, y las sé por haberla confesado y sido su prelado mucho tiempo. Y no solamente ella sino de otros muchos de esta Orden tengo noticia de semejantes mercedes. Y de mí puedo certificar que siendo niño, la primera vez que me dieron suertes de los santos de los meses, como se acostumbra, me cupo el glorioso San José, y como de primer devoto juntamente con Nuestra Señora he experimentado muchas mercedes.

---

1 Cfr. B. M. C., t. I, págs. 280, 281.

CAPITULO V

Pónense en suma cincuenta privilegios del glorioso San José con que se hace un epílogo de todo lo contenido en esta obra para que los devotos de este Santo puedan por las cuentas del rosario acordarse de sus excelèncias.

Por último capítulo de este quinto libro y remate de toda la obra me pareció recopilar los privilegios de San José, reduciéndolos a cincuenta, diez en cada uno de sus cinco títulos: algunos no he tocado, en que me detendré algo más, y de los que he ya escrito no haré más de traerlos a la memoria, haciendo un epílogo que servirá para que quien quisiere ser devoto de este Santo, en breve escritura tenga sumadas sus excelencias; y quien quisiere rezar una tercera parte del rosario o hacer una letanía y en cada cuenta acordarse de uno de estos privilegios, pueda con más fervor alcanzar de él lo que pretende.

Puntos para prueba de la seguridad de la doctrina.

Primero que comience a contar estos privilegios, para confirmación de ellos y de todo lo que he dicho será bien advertir algunos puntos. El primero, que la Escritura, como hemos dicho, llama a San José esposo de María, padre de Jesús, varón justo y santo, y dice que tuvo revelaciones del ángel del Señor. San Bernardo dice que seguramente puede cada uno abundar en su sentido, leyendo la Sagrada Escritura cuando no es contrario a razón cierta ni autoridad manifiesta. El segundo, que no hallo en la Sagrada Escritura ni he leído en Concilios, ni decretos de papas ni en santos proposición alguna que me constriña en contrario de los privilegios de San José, que aquí escribiré. Dice San Agustín estas palabras: Cuando alguno en las Escrituras Santas procura entender lo que entendió de ellas el que las escribió, ¿qué mal hace, Señor mío, si entiende lo que tú, que eres luz de todas las almas, le declaras? Digo esto, porque si de la Sagrada Escritura y de las palabras que dice de San José, tan preñadas de misterios y alabanzas, quisiere entender los privilegios que he escrito y escribiré, no habiendo cosa en contrario, no hay para qué sea reprendido.

El tercero, cuando la razón con buen discurso colige alguna excelencia de un santo, no teniendo cosa contraria, no hay para qué atajarle los pasos ni tapar la boca a los loores de los bienaventurados, y así el mismo San Agustín dice: cuando no hallamos autoridad, busquemos con razón lo que viene bien. Y en otra parte dice: Lo que se te ofreciere que es bien hecho, cree que lo hará Dios autor de todo bien, etc. Y sin duda que es muy bien hecho que a quien Dios desposó con su Madre y dió nombre de padre de Jesús, que le haya dotado de todos los privilegios que después de su Madre se pueden conceder a cualquier otra criatura. El cuarto, unas proposiciones hay de fe, que decir lo contrario sería herejía; de otras hay opinión, que no siendo determinada la verdad, unos autores tienen una y otros otra; y otras proposiciones se llaman piadosamente creíbles, que aunque no son de fe y libremente se pueden creer,

con todo eso los ánimos piadosos y devotos se inclinan más a aquella proposición que a la contraria. En este género son muchos de estos privilegios que diremos de San José, aunque algunos son de fe.

PRIMER TITULO

San José fué esposo de la Virgen María.

PRIVILEGIOS

1. San José dicen algunos que fué santificado en el vientre de su madre como San Juan Bautista. Trae este privilegio Juan Gersón y Jacobo Cristopolitano, a los cuales refiere Villegas y también le traen otros autores. Pruébale Isidoro porque la razón de ser santificado Jeremías y el Bautista fué por haber de ser profetas expresos de Cristo, que Jeremías le profetizó claramente y el Bautista le señaló con el dedo; pues siendo José ordenado para padre de Cristo, que es oficio más encumbrado y más llegado al Redentor, convenía que fuese santo antes que naciera. Cita este autor a Teófilo y a Crisóstomo y da crédito a quien en ellos lo ha leído. Bien sé que habrá algunos a quien se hará muy nuevo este privilegio, porque las Divinas Letras solamente le conceden al Bautista y a Jeremías, mas yo no le afirmo con más certidumbre que citando los autores que se le dan.

2. A San José o se le quitó el *fomes peccati* y la concupiscencia de la sensualidad o de tal manera le tuvo atado y encadenado, que no sintió rebeldía del apetito contra la razón. Refiere este privilegio el mismo Juan Gersón, y pruébase por que siendo predestinado *ab eterno* y criado y escogido para esposo de María, era conveniente tener tanta paz y concordia entre la sensualidad y razón, que ni un solo movimiento sintiera de sensualidad.

3. San José nunca pecó mortalmente en toda su vida; el autor de este privilegio es San Agustín.

4. San José fué confirmado en gracia como fueron los apóstoles con la venida del Espíritu Santo. Esta es doctrina de Juan Gersón.

5. San José fué el fin y remate de los patriarcas antiguos en quien se sumaron y encerraron las virtudes y perfecciones de que ellos fueron adornados, y de aquí es que fué figurado por los más de ellos. Este privilegio es de todos los que escriben la vida de San José.

6. San José fué el primer cristiano del mundo; pruébase por que cristiano es aquel que conoce, cree, sirve y glorifica a Cristo después de venido al mundo. Que aunque los antiguos se salvaban por la fe del Mesías, porque era antes que Cristo viniera, no se llaman cristianos sino israelitas, mas San José fué el primero que después de María Virgen conoció y adoró a Cristo encarnado.

7. San José fué escogido entre todos los mortales para ser esposo de la Madre de Dios.

8. San José recibió por dote de tal desposorio y por remuneración de su Esposa los inefables dones y talentos que arriba llamamos bendiciones de pechos y de vientre.

9. San José fué servido, honrado y reverenciado de la Reina del cielo, a quien todas las demás criaturas del mundo, ángeles y hombres, cielos y elementos sirven, adoran y reverencian como verdadera Madre de su Criador.

10. San José hizo oficio de padre, tutor, marido, compañero, guarda y consejero de la Virgen María a quien ella reveló sus purísimos secretos.

SEGUNDO TITULO

San José fué llamado padre de Jesús.

1. San José fué el que más tiempo aprendió doctrina de Cristo Jesús, que es maestro y doctor, en quien se encierran todos los tesoros de ciencia y sabiduría escondidos, (1), pues conversó con él cerca de treinta años.

2. San José fué ayo del Príncipe celestial, hijo único del Rey de los reyes y Señor de los señores.

3. San José fué padrino que puso el nombre a Cristo Jesús por ordenación divina y revelación del ángel.

4. San José fué tutor del que siendo mayor que millones de mundos que hubiese, por engrandecernos se hizo menor y pequeñito, y dice de sí que es gusano y no hombre, oprobio de hombres y desecho de la ciudad (2).

5. San José fué amo nutritivo de Cristo Jesús, que habiendo criado el mundo, vino a ser criado con la leche de los pechos de una doncella, que fué su madre y ama de leche, y el marido de esta Señora como amo le traía en brazos, adormecía y acallaba y hacía los demás oficios de amo de leche.

6. San José mandó a Cristo Jesús, que es el patrón y señor de todo el mundo, al cual todos obedecen y siendo obediente hasta la muerte (3), quiso obedecer a José y hacía sus mandados como súbdito.

7. San José fué el primero que después de la Virgen adoró a Cristo Jesús recién nacido.

8. San José fué defensor y conservador de la vida temporal de Dios, porque le libró del rey Herodes huyendo con él a Egipto y le sustentó con el sudor y trabajo de sus manos dándole de comer y de vestir.

9. San José fué consejero de la fábrica de la Iglesia como carpintero viejo que ayudó a hacer los modelos, plantas y traza de la nueva Jerusalén.

10. San José fué muy amado de Cristo Jesús por todas las razones universales de amor y por algunas causas particulares que se hallaron en él y no en otro ninguno.

---

1 Ad Colos., II, 3. 2 Ps. XXI, 7. 3 Ad Philip., II 8.

TERCER TITULO

San José fué varón justo.

1. San José fué el hombre a quien se le ofreció la ocasión más grave de mostrar lo supremo de la justicia así en no castigar como en reverenciar y no juzgar mal, pues viendo su Esposa preñada y sabiendo que él no había llegado a ella, sin entender el misterio de la Encarnación, se hubo en este caso tan justa, recta, santa y prudentemente que mereció renombre de justo.

2. San José tuvo por guía de sus virtudes, rectitud y perfección a Cristo Jesús y a su madre la Virgen, de cuyas palabras y ejemplo de vida gozó muchos años, en que pudo aprender lo que se puede pensar de doctrina de bien vivir.

3. San José fué el hombre más semejante a Cristo y a su madre la Virgen en rostro, habla, complexión, costumbres, inclinaciones y manera de trato que ningún otro de los criados, consideradas las edades de Jesús, María y José.

4. San José fué el que después de la Virgen más veces abrazó, besó, habló, vió y conversó a Cristo Jesús, de donde como más allegado en lo exterior de la humanidad, teniendo su alma bien dispuesta con las virtudes y santidad que hemos dicho, se entiende que tuvo su alma muy unida con la divinidad de Cristo y llegó a muy alto grado de perfección.

5. San José entre todos los nacidos, después de su Esposa, fué a quien el mismo Cristo Jesús besó con su boca divina, se le colgó del cuello, limpió el sudor con sus benditas manos e hizo otros inefables regalos que los niños tan amorosos suelen hacer a sus padres, que cualquiera de ellos bastara para enriquecer de bienes espirituales al alma más distraída que hubiera.

6. San José se vió en ocasiones de amor donde pidiendo mercedes a Dios, ninguna cosa se le negara, en las cuales ningún otro, después de la Virgen, se ha hallado, como cuando lo llevaba en brazos por los caminos y se hallaba a solas con él regalado con regalos de espíritu.

7. San José recibió la gracia de los Sacramentos ya que no participase de los mismos Sacramentos porque no estaban instituídos, teniendo esta gracia por el mismo Dios que los instituyó.

8. San José sustentó con su propio sudor la vida de Cristo, la cual el Espíritu Santo obró en el vientre virginal mediante la encarnación, por lo cual mereció ser enriquecido de sus divinos dones.

9. San José dicen algunos santos que vió en la tierra la esencia divina, como se puede ver de paso, de la manera que Moisés y San Pablo en este rapto, y alcanzó inefables regalos espirituales en el trato familiar que tuvo con Cristo Jesús.

10. San José fué bendito del Señor alcanzando las bendiciones del cielo.

CUARTO TITULO

San José fué varón angélico.

1. San José hizo oficio de ángel de guarda de Cristo Jesús, llevándole en sus brazos y guardándole en todos sus caminos.

2.. San José, como arcángel, fué ministro de embajadas del cielo enviadas a Jesús y María y a los tres Reyes Magos.

3. San José gobernó a Cristo Jesús, que es ángel del gran consejo, enviado del Padre Eterno para la salvación del mundo ejercitando oficio de principados que gobiernan los demás ángeles.

4. San José fué ministro del mayor milagro que se vió en la tierra, que es Dios hecho niño llorando y necesitado del favor y sustento humano, como las virtudes son ángeles por cuya mano hace Dios los milagros.

5. San José entrando en Egipto llevando consigo a Cristo fué instrumento de que cayesen los ídolos, así como los poderíos son ministros de los castigos que hace Dios en la tierra.

6. San José como gran Señor excedió las dominaciones en señorío, pues fué servido del Rey y de la Reina de todo el universo.

7. San José, haciendo el oficio de trono, tuvo muchas veces en sus brazos y sentado en sí al juez eterno, Cristo Jesús.

8. San José mereció ser guarda del paraíso terrenal como querubín, pues guardó a la Virgen soberana, que es paraíso de deleites con el árbol de la vida, Cristo Jesús, plantado en sus entrañas.

9. El seráfico San José abrasado y encendido en amor en compañía de la Reina de los serafines, su esposa, merecieron muchas veces tener en medio de sí al nuestro propiciatorio, Cristo, rey de la bienaventuranza.

10. San José fué perfectísimo virgen, purísimo santo, y en padecer trabajos y abundar de consuelos y regalos de espíritu tuvo las ocasiones mayores que se hallaron.

QUINTO TITULO

San José contemplativo.

1. San José aprendió oración de los dos más aventajados espíritus que jamás se pueden imaginar, que son Jesús y María; en su compañía oraba y a los mismos que mandaba como a súbditos, rogaba como a Dios y a Madre de Dios, que este privilegio de oración ninguno le alcanzó.

2. San José consiguió todos los fines de la contemplación, de los cuales unos santos alcanzan unos y otros otros.

3. San José murió en los brazos de Jesucristo y de la Virgen María, teniéndolos presentes en aquella última hora; Cristo le cerró los ojos, compuso su rostro, animó en el tránsito y mandó a innumerables ángeles asistiesen con su bendita alma al tiempo del expirar.

4. San José conoció la hora de su muerte y la previno apare-

jándose para ella con Cristo Jesús y su madre la Virgen, que son los más verdaderos amigos en aquella hora.

5. San José vió muchas veces luces y resplandores en Cristo, y oyó los cantares angélicos y la música celestial de los espíritus bienaventurados que se alegraban con Cristo.

6. San José hasta la hora de su muerte vivió sano con fuerzas para trabajar, no le faltó diente ni oscureció la vista de los ojos, ni menguó la viveza de su entendimiento ni padeció otros defectos que en otros viejos suelen ser causa de imperfecciones.

7. San José fué precursor al limbo dando noticia a los santos padres de la venida y excelencias del Mesías prometido.

8. San José resucitó con Cristo entre otros muchos santos que dice la Escritura que resucitaron y aparecieron a muchos. Este privilegio predicó públicamente el glorioso San Bernardino, de la Orden del seráfico padre San Francisco, como refiere Isidoro, que le prueba; porque no convenía que dejara Cristo podrir en la tierra y comer a los gusanos el cuerpo que tantas veces le trajo en sus brazos y sudó y trabajó para que él y su madre la Virgen tuvieran que comer. Y pues esta benditísima Señora tantas angustias padeció al tiempo de la pasión, convenía que resucitando Cristo le diera cumplido contento, y seríale muy grande entre los otros santos resucitados que le vinieron a dar el parabién, ser uno San José, su esposo, gozándose con él en la gloria de la resurrección en lugar de todos los trabajos, aflicciones y sobresaltos que juntos padecieron.

9. San José está en cuerpo y en alma en la bienaventuranza gozando de mucha gloria esencial, y demás de esto goza de alguna particular, reconociéndole en el cielo por padre y esposo del Rey y Reina de la bienaventuranza.

10. San José es el primer santo canonizado en la Iglesia Católica por boca del Espíritu Santo, escribiendo el proceso y sentencia de su canonización los sagrados evangelistas. Porque entonces se canoniza un santo cuando la Iglesia declara ser justo, estimado de Dios y haber padecido por Cristo y tenido revelaciones, visiones y bienes sobrenaturales. Y pues en el santo Evangelio se declara que fué Esposo de María, llamado padre de Jesús, varón justo, y que temió y se afligió y huyó a Egipto como perseguido, y los ángeles se le aparecieron y revelaron inefables misterios, el Evangelio determina estos artículos necesarios para la canonización, y así fué como santo canonizado del Nuevo Testamento a quien conviene que celebremos y pongamos por intercesor para que nos alcance la bienaventuranza de la gloria y los bienes que en esta vida deseamos.

SERMONES

DECLAMACIÓN EN QUE SE TRATA DE LA PERFECTA VIDA Y VIRTUDES HERÓICAS DE LA BEATA MADRE TERESA DE JESÚS Y DE LAS FUNDACIONES DE SUS MONASTERIOS

A LA MADRE FRANCISCA DE LAS LLAGAS, PRIORA DEL MONASTERIO DE LAS CARMELITAS DESCALZAS DE CONSUEGRA FR. JERONIMO GRACIAN DE LA MADRE DE DIOS.

Por muerte de mi hermana María de San José, priora que ha sido de este convento, y la llevó Nuestro Señor a 7 de mayo de este año 1611, hereda Vuestra Reverencia el gran amor que yo la tenía como a hermana de padre y madre, y el que la debía por sus muchas virtudes y por lo mucho que me amaba. Y demás de este amor, el que tengo a Vuestra Reverencia por ser quien es, y la estima y reverencia a su persona y el agradecimiento de las buenas obras que yo y mis hermanos hemos recibido y continuamente recibimos de sus hermanos, los señores marqués de Caracena, virrey de Valencia, y marqués de Almazán y doña Luisa Fajardo, me tienen continuamente deseoso de hacerla algún servicio y enviarle de esta tierra algún regalo; y no hallo al presente otro más a propósito que un sermón que prediqué a nuestras hermanas las Carmelitas Descalzas de Bruselas, día de San Francisco, en las exequias de la beata madre Teresa de Jesús, donde traté de sus fundaciones, del principio y fin y compañeras con que fundó esta Orden de las Descalzas y Descalzos Carmelitas; y de las perfecciones y virtudes heróicas de su alma; de la vida perfecta religiosa que han de procurar sus hijas, dando luz de las imperfecciones y de los ejercicios espirituales con que las han de quitar para caminar a la perfección.

No será mucha la doctrina, porque en una hora poco se puede decir, y escriben de ella muy a la larga el obispo de Tarazona, el padre doctor Ribera, de la Compañía de Jesús, y otros muchos libros; mas lo poco que diré será muy cierto, que lo sé como de testigo de vista que sabe bien las virtudes de esta Santa, pues como Vuestra Reverencia ha visto firmado de su nombre, me hizo voto, y le cumplió, de no me encubrir cosa alguna de su espíritu y obedecerme mientras viviese. Reciba Vuestra Reverencia este pequeño presente con la voluntad que se le ofrezco y encomiéndeme siempre a Dios para que acierte a escribir contra los herejes, que es ahora mi principal ejercicio, que yo continuaré en mis oraciones y sacrificios en rogar a Nuestro Señor le dé tanta vida, gracia, salud, espíritu y amor suyo, como deseo.

PRIMERA PARTE

EN QUE SE TRATA DE LAS FUNDACIONES QUE HIZO LA BEATA MADRE TERESA DE JESUS. DIVIDESE EN CUATRO PUNTOS.

TEMA:

Confiteor tibi, Pater, Domine caeli et terrae, quia abscondisti haec a sapientibus et prudentibus, et revelasti ea parvulis (1).

SALUTACION

Pudiera tratar hoy de los ángeles, pues es su octava, y del seráfico padre San Francisco, que es su día; pero es forzoso razonar del tránsito, vida y fundaciones de la beata madre Teresa de Jesús, que tal día como éste se fué al cielo, año de 1582, cuando se reformó el año en los diez días. Y para principio de este razonamiento me parecieron a propósito aquellas palabras del *Apocalipsis*: *Vidi alterum Angelum ascendentem ab ortu solis, habentem signum Dei vivi, etc.* (2). Angel del gran consejo se llama Cristo por el profeta Isaías y ángel del testamento por Malaquías (3); y es gran dignidad de los ángeles que alabando Dios a su Unigénito Cristo le llama ángel. También al glorioso Bautista llama ángel el mismo Malaquías, y este otro ángel, que aquí dice San Juan, podemos llamar al glorioso San Francisco, pues la Iglesia le llama seráfico, y sus perfecciones y virtudes fueron angélicas. Dícese que sube del oriente y oriente llama el profeta Zacarías a Cristo porque el principio de la perfección de San Francisco fué imitación de Cristo, que es sol de divina justicia; y así como el sol subió diez líneas en el reloj del rey Acaz (4), para salud del rey Ecequías, así este seráfico Padre investido e incorporado, y como dice Dionisio, hecho deiforme con los rayos del divino sol, subió en este concertado reloj de la religión por diez líneas y grados de perfección. La primera, una verdadera determinación de servir a Dios; la segunda, perfecta renunciación del mundo con soberana pobreza; la tercera, contemplación soberana y con ella entró en la cuarta, de los júbilos y regalos de espíritu; la quinta, la devoción grande que tuvo a la Virgen y a los santos; la sexta, la paz interior y alegría espiritual de su corazón; la séptima, muerte sabrosa de amor divino; la octava, fuego abrasador de caridad; la novena, éxtasis y raptos; la décima, soberana unión con Cristo llegando a unirse con él en el entendimiento, voluntad, apetitos y sentidos hasta la milagrosa unión con que recibió las llagas en su cuerpo. En honra y gloria de estas cinco llagas, que llama San Juan señal de Dios vivo, y dejando aparte alabanzas de este Santo y la declaración de las diez líneas

Dignidad de los ángeles: Cristo y S. Juan Bautista se llaman ángeles. S. Francisco ángel.

Diez grados de perfección de San Francisco.

---

1 Matth., XI, 25.
2 Apoc., VII, 2.
3 Malach., III, 1.
4 Isai., XXXVIII, 8.

espirituales por donde subió, quiero decir cinco puntos de cómo fué fundadora la madre Teresa de Jesús, y en el último, a honra de la llaga del costado, dilatarme en declarar la perfección que tuvo invocando la gracia y favor del mismo Cristo Jesús y de su bendita Madre.

1.—*Historia colegida de los Números en que se funda la doctrina.*

Léese en los *Números* que las hijas de Salfaad parecieron en presencia de Moisés y de Eleazar, sacerdote, y de todos los príncipes del pueblo de Israel a la puerta del tabernáculo y dijeron estas palabras: Nuestro padre murió en el desierto y no se halló en la alteración de los amotinados de Coré; no tuvo hijos varones; pues ¿por qué hemos de quedar sin fundar nosotras en la tierra de promisión? (1). Parecióle cosa grave a Moisés y consultó el negocio con Dios. Respondió su divina Majestad que pedían cosa justa las hijas de Salfaad, y que era su voluntad que fuesen fundadoras, y así las dieron sitio y suertes donde fundaron. Y dice el texto que Salfaad fué hijo de Hefer, nieto de Galaad, biznieto de Maquir, tataranieto de Manasés, que fué hijo de José, y que estas señoras hermanas se llamaban Maala, Noa, Hegla, Melca, Tersa. Habiendo revuelto yo algunos diccionarios hebreos para entender la interpretación de estos nombres y fundar en ellos lo que pienso decir, hallo en la Biblia que el año de 1525 se imprimió en Lovaina, que José quiere decir aumento, Manasés olvido, Maquir vista, Galaad testimonio, Hefer medida, Salfaad espejo, Maala coro, Noa movimiento, Egla becerra, Melca reina, Tersa hermosa. Y siguiendo estas declaraciones diré de las fundaciones, vida, virtudes y excelencias de la beata Madre y los principios de la hermosura del alma, que es la perfección.

Nombres de las hijas de Salfaat y de sus antecesores.

Interpretación de estos nombres.

2.—*Que la beata madre Teresa fué fundadora, y decláranse los fundadores de las principales Religiones de la Iglesia.*

Dice la letra que los varones fundaban en la tierra de promisión y que esta Tersa y sus hermanas vinieron a ser fundadoras, Y así es la verdad, que las más Religiones fundadas en la Iglesia de Dios tuvieron principio de varones santos. Elías y Eliseo dieron origen a la antiquísima Orden del Monte Carmelo; San Pablo y Antonio a los Padres del Yermo; San Basilio a los Basilios; San Benito a los Benitos y Bernardos; San Bruno a los Cartujos, San Agustín a los Agustinos y las veintisiete Ordenes que le siguen; Santo Domingo a los Predicadores Dominicos; San Francisco a los Franciscanos, Capuchinos y Mínimos, y el Beato Ignacio de Loyola a los Padres de la Compañía de Jesús. Y después de todos ellos vino la madre Teresa por fundadora de los Carmelitas Descalzos, frailes y monjas, con autoridad del Sumo Pontífice, y de los príncipes eclesiásticos y particular luz y revelación de Dios para ser

Principio de algunas Religiones fundadas por varones santos.

Fundó la Madre su Orden con licencia del Papa y revelación divina.

1 Num., XXVII, 1.

fundadora. Fundó primero el convento de Avila de las Carmelitas Descalzas y después otros conventos, y alcanzó licencia para fundar los Padres, como se lee en los libros de su vida y en el libro que ella escribió de sus *Fundaciones*.

3.—El fin que tuvo la beata madre Teresa en estas fundaciones fué ganar almas para Dios siguiendo con el celo, recogimiento, aspereza y oración, que es el espíritu doblado de Elías.

Los amotinados de Core significan los herejes.

Salfaad no se halló en la rebelión de los amotinados de Coré. Significa Coré en hebreo hielo y pluma, y muy al propio significan estos amotinados de Coré contra Moisés y contra el pueblo del Señor a los herejes, que estando fríos como un hielo en la caridad con la malicia, que, según dice Jeremías, hace fría el alma como el agua la cisterna (1), vienen a tomar la pluma y escribir contra la fe católica amotinándose contra la Iglesia Romana. Estos desventurados herejes han sido muchos y sembrado diversas herejías desde el principio de la Iglesia, como Simón Mago que dió principio a los malos clérigos simoníacos, Nicolao Antioqueno a los nicolaitas, y gnósticos y a otros herejes deshonestos: Arrio, Sabelio, Nestorio y Eutiques, Wiclef y Juan Hus y los demás heresiarcas, autores de todas las otras herejías condenadas en los Concilios hasta Lutero, que fué principio de los calvinistas y de los demás que han llegado al ateísmo que ahora vemos, el cual fué condenado en el Concilio Tridentino.

Nómbranse algunos heresiarcas.

Quién fué Lutero y cómo dilató su herejía.

Nació Lutero el año de 1483; comenzó a sembrar su secta el de 1517; casóse con doña Catalina Bora, priora de monjas cistercienses de Sajonia el año de 1525, y a su imitación se casó con otra monja Ecolampadio fraile y Wolfrango Capitonio y Bucero, frailes apóstatas, Carlostadio hizo lo mismo con otra. Y esta mala monja, después de haber andado dos años ganando disolutamente con su cuerpo, se casó con él y le ayudó a sembrar la herejía, porque tenía Lutero en su casa, como maestro de latinidad y retórica, por pupilos, los hijos de señores principales de Alemania, Sajonia y Polonia y otros de aquellas partes, que comenzaban a leer y a estudiar por sus libros heréticos; y así sembró en ellos sus abominables errores inficionando su entendimiento, y su mujer doña Catalina Bora les inficionaba la voluntad trayéndoles damiselas con quien pecasen, y buscándoles los manjares más regalados y más delicados vinos para sus deleites, a fin que lo que el marido Lutero iba destruyendo del conocimiento de la fe, con los sensuales gustos del apetito se fuese estragando la voluntad de aquellos miserables príncipes; vinieron después a ser cabeza de sus provincias y a fomentar, dilatar y defender la herejía luterana.

¡Oh, bondad de Dios!, ¡cómo da medicina para las enfermedades y remedio para las llagas, y cría el antídoto contra la ponzoña que el demonio causa y siembra! Por el tiempo en que co-

1 Jerem., VI, 7.

menzó a predicar públicamente Martín Lutero, que fué el año de 1517, se entregó a Dios de veras un soldado español, llamado Ignacio de Loyola, y dejando las libertades soldadescas creció en tanto espíritu, que fundó la Compañía, de donde han salido tan valerosos soldados de la capitanía de Jesús, que han resistido, resisten y resistirán a la herejía tan valiente y esforzadamente como vemos, enarbolando la bandera de Cristo en la China y otras muchas partes de las Indias Occidentales y Orientales, ganando innumerables almas para la Iglesia Católica Romana. Y al mismo año que Lutero se amotinaba contra la Iglesia por causa de unas indulgencias y otras cuestiones del libre albedrío, antes que públicamente predicase su herejía, que fué el de 1515, nació en Avila, de buenos padres la beata madre Teresa de Jesús; y el mismo año que se casó Lutero con la monja doña Catalina Bora, que fué el de 1525, se determinó la santa niña Teresa a dejar el mundo y hacía ermitas en el huerto de su padre como si fueran monasterios, habiendo salido poco antes con un hermano suyo, movidos con decir que hay eternidad, a buscar martirio por dilatar la fe; y el año de 1536, teniendo veintiún años, cuando la mala monja Bora borraba la virtud de los príncipes de Alemania y se casaban los frailes y monjas que hemos nombrado, la santa madre Teresa de Jesús tomó hábito de monja en la Encarnación de Avila, para que por medio de damiselas vírgenes y castas reparase los daños de la herejía y convidase tantas almas a la perfección y defensa de la fe católica, así de hombres como de mujeres, dando principio a la Reformación de los Carmelitas Descalzos.

El celo de la converisón de almas fué espíritu de la M. Teresa.

De aquí se sigue que el fin para que se fundó esta Orden y el celo con que la Madre la fundó fué para resistir a los herejes y convertir gentiles e infieles a la fe. Con este celo vivió, ese dejó escrito en sus libros y aconsejó de palabra a sus amigos, súbditas y sucesores, mandando a sus religiosas que siempre rogasen por los que defienden la fe; y rogando a los religiosos que se ejercitasen en este ministerio como en su principal vocación. Porque aunque es verdad que unas Religiones tienen por principal intento el celo, la predicación y el traer almas a Cristo, como los Dominicos y Jesuítas, y otras, el recogimiento, clausura y aspereza de vida, como la Cartuja; esta Religión del Carmen, siguiendo el espíritu doblado de Elías, abraza por principal fin entrambos a dos ministerios, celo de almas y quietud de espíritu, predicación y aspereza de vida, amor de Dios y del prójimo, oración y ministerio de almas, imitando a sus antecesores, como a Elías, Eliseo, Cirilo, Caprasio, Guido, San Angelo, San Alberto, Tomás Waldense y los demás que, siguiendo vida áspera, espiritual y recogida, ganaron muchas almas para Dios convirtiendo infieles, gentiles y pecadores y defendieron contra herejes la fe católica.

4.—*Fundaciones de los monasterios de monjas y frailes Carmelitas Descalzos, y de cómo comenzaron y quién fueron las primeras monjas.*

Ya que hemos dicho el fin de estas fundaciones, veamos ahora cómo comenzaron y en qué parte de la tierra de promisión de la Iglesia católica tuvieron estas hermanas Carmelitas Descalzas descendientes y devotas de José, no el patriarca, sino el esposo de la Virgen María, lugar y sitio para fundar sus casas y conventos. Dice el texto que con Tersa eran otras cuatro hermanas, Maala, Noa, Hegla y Melca, etc. Estas significaban las cuatro primeras monjas descalzas del convento de San José de Avila llamadas Antonia del Espíritu Santo, María de la Cruz, Ursula de los Santos, María de San José; que si quisiésemos declarar los cuatro nombres de las hijas de Salfaad y decir sus vidas, virtudes y perfecciones, se vería claro el cuidado que Nuestro Señor tuvo de esta primera fundación, que se hizo día de San Bartolomé, y fué bien necesario el auxilio de este Santo para que encadenase al demonio que revolvía gran baraúnda y contradicción, alborotándose todo el infierno, como aquel que temía el gran daño que le había de hacer aquella pequeña casá que se fundaba. Sacó también la beata Teresa del convento de la Encarnación de Avila otras sus hermanas de las Calzadas, que, repartidas hicieron fruto en diversas partes de Castilla; y las principales fueron Ana de la Encarnación, priora que fué de Salamanca; Inés de Jesús, de Medina del Campo y estas dos eran primas hermanas de la santa Madre; Ana de los Angeles, priora de Toledo y de Cuerva, María Magdalena que dió gran luz de virtud y devoción con las almas del purgatorio en Malagón; María del Sacramento ejemplo de paciencia y sufrimiento en Alba. Estas fueron de las primeras que salieron con la Madre de la Encarnación a fundar.

Las monjas calzadas que salieron de la Encarnación a otros conventos con la M. Teresa.

Y demás de ellas, las primeras que entraron en la Orden y no habían sido de las Calzadas y fueron las que la dilataron en diversas provincias, se llamaban María de San José, que llevó la Orden a Portugal fundando el monasterio de San Alberto, en Lisboa; Catalina de Cristo, en Navarra y Cataluña; Tomasina Bautista, que desde Burgos dió principio a las de Vitoria y a otras; Maria Bautista que, siendo priora de Valladolid, crió y doctrinó a María de San José que vino a Consuegra y dió principio a los monasterios de la Mancha. Ana de Jesús, primera priora de Beas, que fundó el convento de Granada y crió siendo priora de Madrid a Catalina de Jesús, que viniendo a Génova dió principio a los monasterios de Italia, y ella (1) con sus compañeras Ana de S. Bartolomé, (que fué mucho tiempo compañera de la beata madre Teresa y después fundó en Tours), Isabel de los Angeles, Beatriz de la Concepción, Isabel de San Pablo y Leonor de San Bernardo vino a Francia, donde se han fundado conventos en París, año de 1604; Pontois, el de 1605; Dijon, el mismo año; Amiens, año de 1606, y se van multiplicando en otras partes; y de Francia pasó a Flandes y ha fun-

1 Ana de Jesús.

dado conventos en Bruselas, el año de 1607, y el mismo año, en Lovaina y Mons de Henao, el de 1608. Y de ellas se espera se fundarán conventos en Polonia, que ya hay frailes descalzos en Cracovia, con ánimo de dilatar la Orden en Moscovia, ahora que el rey polaco, que es católico, por las muchas victorias que ha alcanzado se hace señor de ella, y de ahí pueden pasar a Persia para ayudar a los Padres Descalzos que han fundado en Aspa, principal ciudad de Persia, y fundarán en Alemania y Sajonia, reparando el daño que la mala Catalina Bora de Sajonia hizo en Alemania y aquellas partes en compañía de Lutero.

Cuando se fundaron estos conventos de Portugal, Italia, Francia y Flandes ya la santa madre Teresa estaba en el cielo y los que ella por su persona fundó, fueron: el primero, de San José de Avila, el año de 1562. El segundo, el de Medina del Campo, 1567; el tercero, el de Malagón, 1568, y el mismo año el de Valladolid y pasóse a mejor sitio el año de 1569; este mismo año el de Toledo y el de Pastrana y el 1570 el de Salamanca; el año de 1571 fundó el de Alba de Tormes; el de 1574 el de Segovia; el de Beas 1575; el de Sevilla, 1575 y el 1576 el de Caravaca. Y porque a este tiempo hubo gran persecución en la Orden, cesaron las fundaciones hasta el año de 1580 que se fundó el de Villanueva de la Jara y el mismo año el de Palencia; el 1581 el de Soria; el de 1582 se fundó el de Granada; el mismo año el de Burgos, y el mismo año, tal día como hoy de San Francisco, se fué al cielo.

No solamente fué la santa madre Teresa fundadora de las monjas Carmelitas Descalzas, sino también de los frailes. Pues el año de 1568 persuadió a los padres fray Antonio de Jesús y fray Juan de la Cruz, que eran de los Calzados, que renunciando la mitigación del papa Eugenio IV se hiciesen descalzos; y habiéndoles alcanzado licencia del general fray Juan Bautista Rubeo de Ravena, declarándoles ella y enseñando las constituciones de Descalzos que habían de seguir, fundaron el primer convento de Descalzos en un pequeño pueblo que se dice Duruelo; de ahí se pasaron a la villa de Mancera. Y estos dos padres fueron los primeros fundadores que habían sido calzados. El año de 1569 negoció que el padre fray Mariano de San Benito y su compañero fray Juan de la Miseria, que eran ermitaños en una sierra llamada el Tardón, cabe Córdoba, fundasen el monasterio de Pastrana, y de allí se fundó el colegio de Alcalá el año 1570, y otro en una sierra llamada Altomira en la Mancha, 1571, y fueron los primeros que hubo en la Orden de los Descalzos que no habían sido calzados. En este monasterio de Pastrana tomamos el hábito el padre maestro Roca, que se llamó fray Juan de Jesús y yo, que entonces me llamaban el maestro Gracián y después fray Jerónimo de la Madre de Dios, y con autoridad de comisario apostólico fundé el monasterio de los Remedios de Sevilla el año de 1574 y otros monasterios y envié a Italia al padre fray Nicolás Doria de Jesús María y otros frailes a las Indias Occidentales, otros a los reinos de Congo, en Etiopía, todo con consejo y ayuda de la misma Madre y así se han fundado conventos de frailes y monjas.

SEGUNDA PARTE

EN QUE SE PONEN DIEZ REGLAS Y CAMINOS PARA SUBIR A LA PERFECCION DECLARADAS EN LOS DIEZ NOMBRES DE LAS HERMANAS Y PADRES DE TERSA QUE SIGUIO LA BEATA MADRE TERESA DE JESUS. DIVIDESE EN DIEZ PUNTOS.

Venite ad me omnes qui laboratis et onerati estis, et ego reficiam vos (1).

Muchas cosas pudiera decir de las fundaciones de frailes y monjas de esta Orden, de la cual en poco tiempo hay más de ciento cuarenta y cuatro conventos fundados de siervos y siervas de Dios, que podemos decir tienen la señal de Dios vivo como los ciento cuarenta y ocho mil del *Apocalipsis*. Pero porque de esto está escrito largamente en los libros que tratan de la historia de esta Orden y mi principal intento es el provecho de las almas, especialmente de las de esta Religión, encaminándolas a la perfección, quiero por los nombres de las hermanas y padres de Tersa y por sus significaciones, que son diez, declarar diez partes de la perfección que son como diez caminos para subir a lo alto del espíritu, diez reglas de vivir religiosa y santamente y las diez cuerdas del Salterio (2) con que se puede hacer a Dios la agradable música del alma tocando en cada uno brevemente, si el Espíritu Santo, que es dedo de Dios, me da luz, una virtud heróica y una parte de la perfección que tuvo la madre Teresa, cuyas honras hoy celebramos, y la que han de procurar sus verdaderos hijos e hijas por el orden siguiente.

1.—*José, aumento.—Del aprovechamiento en la virtud y profunda humildad.*

Aprovechamiento en las virtudes.

La primera regla de perfección es ir siempre aumentando virtudes con nuevos deseos de subir a la perfección y nunca contentarse de lo que hubiere alcanzado y hecho ni teniéndose el alma por perfecta ni buena, sino como si entonces comenzase decir con David: *Nunc caepi, haec mutatio dexterae Excelsi* (3). Este aumento nace de la humildad profunda con que el alma conoce ser nada y sobre este nada se funda la tierra del espíritu. Y también nace de conocer lo mucho que Dios merece ser amado por ser infinito; y es bien contraria esta humildad y deseo de crecer en virtud a la soberbia de los herejes de nuestros tiempos, especialmente de los nuevos anabaptistas, que se llaman perfectos.

De dónde nace.

Herejia de los Perfectistas.

Esta humildad quiere Cristo que aprendamos de él, pues siendo Dios infinito, se llama por David gusano y no hombre, etc. (4). Y con esta profunda humildad y deseo de más aprovechar cada día y crecer en virtud fué hermoseada y enriquecida la hermosa Teresa de Jesús, de la cual podríamos decir lo que dijo Jacob de su hijo José en el *Génesis*, y Moisés, cuando le echó las bendiciones en el *Deuteronomio*: que pues esta Santa fué tan devota de San José, el

1 Matth., XI, 28. 2 Ps. XXXII, 2. 3 Ps. LXXVI, 11. 4 Ps. XXI, 7.

Señor la enriqueció con los dones espirituales figurados en los que dice el Patriarca y la letra del *Génesis*; comienza así: *Filius accrescens Joseph, filius accrescens, etc.* (1). Llámase Teresa de Jesús hija que crece, hija que crece dos veces, porque fué creciendo en aumento de gracia y virtudes y en aumento de hijos e hijas que llevó para Dios; llámase José hermoso de rostro y que las hijas corrían a las murallas para ver su hermosura cuando entraba en alguna ciudad; y fué nuestra Teresa agradable a Dios, a los ángeles, y a los santos y a todas las personas que la conocieron. Dícese de José que le hicieron contradicción y tuvieron envidia los que tenían dardos porque fué envidiado y padeció muchas contradicciones; y la nuestra Teresa tuvo muchas toda la vida, especialmente en la fundación de su primer convento de Avila, pero al fin salió con victoria, por la mano del poderoso de Jacob y del pastor, Cristo, piedra de Israel. Alcanzó de Dios las bendiciones del cielo y de la tierra, de pechos y de entrañas y de los collados eternos, porque la dió el Señor dones y gracias sobrenaturales y del cielo, y buenos talentos naturales, que son bendiciones de la tierra; y tuvo también devoción del pecho abierto con la llaga de Cristo, y de los pechos, leche y entrañas de la Virgen María de que fué singularmente devota, que son las bendiciones de pechos y de vientre que dice Jacob, y las bendiciones de collados eternos, que se llaman así las profecías y revelaciones que tuvo.

Y como se colige del *Deuteronomio* dióla Dios manzanas del cielo, y rocío de la tierra y manzanas del sol y de la luna (2), porque recibió en la oración, demás de muchas revelaciones, gustos, regalos y otras dádivas, sobrenaturales perfecciones que se dicen manzanas del cielo, y por el rocío de la tierra se significa su buen ingenio y apacible condición con que Dios le enriqueció; y llámanse manzanas del sol y de la luna los trabajos de dolores en que imitó a Cristo y las aflicciones de compasión que padeció en honra de la Virgen María. Todas estas bendiciones la vinieron por la verdadera devoción de San José, esposo de la Virgen María, que siempre tuvo en su alma.

2.—*Manasés, olvido.—Del menosprecio y renunciación del mundo y sus vanidades.*

Manasés quiere decir olvido, y olvidarse el alma de todo lo que no es Dios o para Dios es la segunda regla y el segundo camino para ir a la perfección. De este olvido nace el menosprecio del mundo y la verdadera renunciación de lo que estorba el seguir a Cristo. Por este principio comenzó la vida religiosa, pues las primeras palabras con que Dios la instituyó, fué mandando a Elías, *recede hinc et vade contra orientem, etc.* (3). Esta siguieron los apóstoles, y así dijo San Pedro en nombre de todos ellos a Cristo: *Ecce nos reliquimus omnia et secuti sumus te* (4). Señor, todo lo hemos dejado por seguirte, renunciando a nuestros padres, herma-

Principio de las Religiones fué la vocación de Elías.

1 Gen., XLIX, 22-26.
2 Deuter., XXXIII, 13-16.
3 III Reg., XVII, 3.
4 Matth., XIX, 27.

nos, parientes, amigos y nuestras casas y hacienda y aun hasta nuestra propia alma y vida; y esta renunciación les había declarado el Señor diciéndoles, que el que no renunciare todo lo que posee no puede ser mi discípulo (1); y aun hasta su propia alma se ha de dejar y aborrecer para no perderla (2). Abrahán salió de su tierra de Hur y dejó sus parientes para venir a la de promisión. Jacob con solo el báculo vino a la tierra de Labán donde se desposó con la hermosa Raquel y la fecunda Lía; Moisés dejó a Egipto y se entró a lo interior del desierto para ver la zarza de donde el Señor le habló. Elías renunció a Samaria y así subió a la cumbre del Monte Carmelo. De la misma manera el que tuviere todo lo criado en estima de basura para enriquecer a Cristo, como hacía S. Pablo (3), ese llegará a la tierra de promisión de la vida perfecta, alcanzará el desposorio de Lía, que significa la vida activa, y de Raquel, que es la contemplativa; conocerá la zarza de la Virgen María abrasada con el fuego abrasador que es nuestro Dios, y subirá a la perfección y cumbre del Monte Carmelo, que es la Carmelitana Religión, como hizo la buena madre Teresa de Jesús, que abrazada con su Esposo, cuya mano izquierda, que significa las cosas temporales, tuvo debajo la cabeza, y la derecha, que es el amor y consideración de las eternas, tenía siempre delante de sus ojos creyendo y obedeciendo aquellas palabras Oye hija y ve, olvídate de tu pueblo y de la casa de tu padre, etc. (4).

3.—*Maquir, vista.—De la fe viva y alta oración.*

Hablando Job de la elevación del espíritu y oración perfecta en figura del águila, que por ser reina de las aves y tener tan aguda vista significa las almas espirituales, dice estas palabras: ¿Por ventura a tu mandamiento se levantará el águila, y pondrá su nido entre los pedernales y peñascos más altos? de donde mira el manjar y enseña a sus hijos a lamer la sangre, y viendo el cuerpo muerto, allí se abalanza, etc. (5). Las cuales significan muy al vivo la altísima oración, como la que tuvo la bendita madre Teresa de Jesús, que comenzando por la meditación ayudada de la oración vocal subió a lo alto del espíritu, y con visiones y revelaciones divinas puso el nido de su Orden en los pedernales, que significan los conceptos altos, cuando encierran dentro de sí el fuego del amor de Dios, y éstas son las verdaderas meditaciones de quien dice David: *In meditatione mea exardescet ignis* (6). Desde allí enseñó a sus pollitos, que fueron sus hijos e hijas, a lamer la sangre del Crucificado meditando en su pasión y abatiéndose al cuerpo muerto en la cruz con imitación verdadera de obrar y padecer con Cristo, que es la oración segura y más alta, en la cual llegando a visiones y revelaciones provechosas, trató con el Señor de su perfección y de la fundación de su Orden.

Modo de oración de la M. Teresa.

Con mi meditación se encenderá el fuego.

---

1 Luc., XIV, 33.
2 Joan., XII, 25.
3 Ad Philip., III, 8.
4 Ps. XLIV, 11.
5 Job., XXXIX, 27-30.
6 Ps. XXXVIII, 4.

4.—*Galaad, testimonio.—De la encendida caridad, deseo de martirio y aprobación de vida y espíritu.*

Por dos causas se puede llamar esta bendita Madre Galaad, que quiere decir testimonio o montón de testigos. La primera, porque su oración, su vida y su espíritu fué bien testificado, examinado y aprobado por los hombres más doctos y más espirituales que en su tiempo florecieron en España, obedeciendo a lo que Dios manda en el *Deuteronomio* (1) a los que tuvieren cosas extraordinarias, cuales son visiones o revelaciones, que es acudir a los sacerdotes levitas y darles parte de lo que en su corazón pasa para que lo aprueben si fuere bueno, y si es malo, desengañen. Y este dar cuenta del espíritu y de lo interior mandó la madre Teresa con mucha fuerza a sus hijas, y mientras lo guardaren, irán bien encaminadas, y en queriendo confiarse de sí y creer a su propio espíritu se perderán.

El deseo de martirio es señal de gran fe y caridad.

La segunda, porque lo mismo que en hebreo se dice Galaad, en griego se llama mártir, que quiere decir testigo; y el martirio es un verdadero testimonio de la fe que el alma tiene cuando está aparejada para morir por cualquier artículo de ella y llega a lo más alto de la caridad, pues como dice el Señor: Ninguno tiene mayor caridad que el que da la vida por sus amigos (2). De este deseo de martirio que esta sierva de Dios continuamente tenía, le nació una divina paciencia y sufrimiento en sus trabajos. tribulaciones, angustias, dolores y enfermedades insufribles que padeció con gran alegría, y de ella han de heredar sus hijas este continuo deseo de martirio y ejercitarse en actos interiores y exteriores de él, pues son como cabellos de cabeza que tanto padeció y sufrió, y entonces de ellas se puede entender lo que se dice en los *Cantares*: Tus cabellos, esposa de Cristo, son como manadas de cabras que descienden del monte Galaad (3). Porque estas manadas y congregaciones de sus monasterios, si padecen trabajos y asperezas, es por el continuo deseo de martirio que traen en su corazón.

Paciencia en las tribulaciones es testimonio de la perfección.

5.—*Hefer, medida.—De la rectitud, prudencia y justicia universal.*

Dicen los filósofos que la bondad consiste en modo, especie y orden, y mejor lo dice el Espíritu Santo por estas palabras: *Omnia in numero, pondere et mensura constituisti, Domine* (4). Esta medida, número y peso, orden, modo y forma que dice el Espíritu Santo y los filósofos es lo mismo que justicia universal, bondad y rectitud de conciencia cuando no hay exceso ni extremo en las virtudes, que en habiendo exceso y saliendo de medida no serán verdaderas virtudes sino vicios, pues la virtud consiste en el medio y los extremos son viciosos. Virtud es la penitencia, pero con medida y que sea prudente y no dañosa a la salud, y así las demás virtudes. Esta orden y medida

Qué sea justicia universal.

Bondad, qué sea.

1 Deuter., XXVIII, 8, 9.
2 Joan., XV, 15.
3 Cant., IV, 5.
4 Sap., XI, 21.

en las virtudes en todas las palabras, obras y pensamientos no la he visto mayor que la que tenía la santa madre Teresa, que con ser tan fervorosa, arrojada e impetuosa en el servicio de Dios, tenía un nivel, cartabón y regla de tan soberana prudencia, que todas sus cosas hacía con concierto, discreción, aviso y consejo para no errar. Solamente en el amor de Dios, que como es fuego y no tiene peso ni medida según se colige de Esdras, dejaba ir su espíritu sin rienda y abrasar la candela de su corazón sin ponerla debajo de medida sino sobre el candelero para alumbrar a todos. Celo tenía, pero medido con recogimiento; aspereza seguía y la enseñaba a sus hijas, pero pesada con misericordia para que no pesase más una balanza que otra, y con este peso y medida se conservó tanto tiempo en la virtud y fundó Orden tan ordenada.

Prudencia es la medida de todo lo bueno.

5.—*Salfaad, espejo.—De la vida ejemplar y celo de almas.*

Mandó el Señor a Moisés que hiciese una fuente en el templo de los espejos de las mujeres que velaban a la puerta del tabernáculo para que en ella se lavasen los sacerdotes (1), y para lavar muchas almas de religiosos y religiosas y de sacerdotes seglares puso Dios la vida ejemplar de la Beata Teresa. Y de los espejos de virtud de sus hijas ha formado una divina fuente de Religión, que hace gran fruto en la Iglesia de Dios. Y este buen ejemplo que dan, les nace de estarse siempre mirando al espejo sin mancilla, resplandor de la luz eterna, Cristo Jesús (2), que cuando le ponen crucificado delante de sus ojos, mirándose en él, atavían sus conciencias con tanta hermosura y gala espiritual, que viendo la aspereza y modestia de sus vestiduras de sayal, muchas de las que dice Isaías que romperá Dios sus espejos el día del juicio han dejado las galas y vanidades de las superfluas vestiduras, siguiendo a Dios con aspereza de vida. Pudiera contar de esto muchos ejemplos si la brevedad del tiempo no me forzara a ir a declarar los nombres de las hijas de Salfaad.

7.—*Maala, coro.—De la oración vocal, oficio divino y frecuencia de Sacramentos.*

Llamábase la primera de ellas Maala, que en hebreo quiere decir coro. Hay personas que por darse mucho a la oración mental dicen que les estorba la vocal; y otras que rezan mucho vocalmente pero sin atención y no tienen oración mental. Esta sierva de Dios parece que había visto el trono de la gloria de Dios que vió Isaías con los dos serafines, uno de una parte y otro de otra, que se estaban mirando y alababan a Dios continuamente, diciendo Santo, Santo, Santo, eres Dios de las batallas (3). Porque juntaba el ser muy puntual en el coro glorificando a Dios, y no faltar un punto de sus obligaciones y de muchas ocupaciones que tenía con las fundaciones y gobierno de sus monjas; y como si fuera ermitaña de las más apartadas o inclusa de las más encerradas, estaba continuamente en la

Cuando se juntan la oración vocal con la mental es lo más perfecto.

---

1 Exod., XXXVIII, 8. 2 Sap., VII, 26. 3 Isai., VI, 2, 3.

presencia divina glorificando a Dios, y con esta presencia andaba caminos cuando iba a fundar, y trataba y comunicaba con muchos para que muchas almas le sirviesen. Tenía muchas horas de oración mental y no faltaba del divino oficio en el coro, y de rezar el rosario de Nuestra Señora y otras muchas devociones con tan gran atención y espíritu, que cumplía puntualmente lo que manda el papa Inocencio III en el Concilio Lateranense, que es recen el divino oficio con la mayor atención y devoción que pudieren. En lo interior de su corazón adoraba a Dios con espíritu y verdad, y siempre tuvo mucha diligencia y curiosidad en el ornato del templo y con las imágenes y culto divino exterior. Cada día oía misa y muchos años comulgó cada día con obediencia y consejo de los hombres más doctos, más graves, más espirituales y devotos de España, que esta frecuencia de Sacramentos es de mucha importancia para la perfección.

8.—*Noa, movimiento.—De la vida activa y diligencia en obrar con fervor.*

Entre otros nombres que tiene Cristo Jesús, le llama Isaías date priesa aceleradamente a robar y a quitar despojos (1). Porque quien de veras le tiene en su corazón, no sabe cesar un punto del servicio de Dios; y como dice San Ambrosio: *Nescit tarda molimina Spiritus Sancti gratia.* Como quien dice: Quien tiene al Espíritu Santo en sí no es flemático, perezoso ni detenido en obrar bien. Sino que así como el fuego cuanto más se llega a su esfera y la piedra a su centro corren y se mueven más aceleradamente; así esta sierva de Dios, mientras más anciana y cansada estaba de trabajos, más fervorosamente y con mayor ímpetu corría a su esfera y centro, Cristo Jesús. Y muchas veces noté este dicho de San Ambrosio y otro de San Agustín que dice: *Pondere feror quocumque feror,* y el movimiento impetuoso de virtud de esta bendita alma para caer en la cuenta de la devoción grande que tenía con el Espíritu Santo, que pues no consiente *tarda molimina,* de allí le venía sin duda la solicitud y diligencia con que obraba.

9.—*Hegla, becerra.—De la perfecta obediencia y rendimiento interior y exterior.*

Cuán buena sea la obediencia.

Entre otras de sus virtudes heróicas, la mayor, a mi parecer, fué la obediencia perfecta que siempre guardó a sus prelados y confesores cautivando su entendimiento a lo que mandasen con fe viva, que el que a ellos obedece obedece a Dios y quien los menosprecia, menosprecia a Dios (2). Y aunque deseaba hacer muchas buenas obras y sacrificios de su salud con rigores y penitencias, bien sabía que dice el Señor que es mejor la obediencia que el sacrificio (3), pues a la verdad con obediencia se conserva esta máquina del mundo, que es como un reloj concertado, que en queriendo cualquiera de las ruedas inferiores andar más apriesa o más despacio que lo que las supe-

1 Isai., VIII, 3. 2 Luc., X, 16. 3 I Reg., XV, 22.

riores las mueven, todo se desconcierta. Y es cosa maravillosa que algunas veces y aun muchas se hallaba esta sierva de Dios a pies de confesores que no tenían experiencia ni luz de las cosas de espíritu ni de los negocios de sus fundaciones, y ella les daba parte y pedía su consejo, obedeciéndoles con sinceridad de corazón, y Dios les daba tal luz, como él promete por Ecequiel (1), que bien parecía hablaba en su lengua y salían más acertados los negocios que hacía con esta obediencia que los que trazaba con su discreción. Verdad es que todo el tiempo que yo la goberné, que fueron casi diez años, en todas las cosas que yo le mandaba o aconsejaba, primero quería saber de ella su parecer y la mandaba que lo comunicase con el Señor, pidiendo le diese luz acerca del negocio que tratábamos, mandándole por obediencia que me dijese con llaneza y verdad lo que sentía y lo que el Señor le había dado a entender en la oración; y así pocas veces discrepábamos porque yo tenía gran fe con su discreción y espíritu y ella mayor con mi obediencia.

10.—*Melca, reina.—De la magnanimidad y libertad de espíritu.*

El daño que es atarse a respetos humanos.

Muchas personas se pierden por estar atadas a respetos humanos y a dar contento a criaturas, unas veces con pusilanimidad y falta de ánimo para no atropellar el dar disgusto a los hombres por dar gusto a Dios; otras veces se pierden siguiendo la falsa razón de estado, pareciéndoles que para mayor bien y mejor expediente de los negocios conviene tener gratos a los príncipes y señores, aunque se falte y no se cumpla con alguna de las Constituciones y reglas. La santa madre Teresa, que con razón por esta causa la podemos llamar reina, tenía un ánimo tan real y tan grande para las cosas de Dios, que atropellaba todo lo contrario, y de ninguna cosa temía a trueque de llevar adelante la bandera de la cruz y de la imitación de Cristo, y como dijo un corregidor de Palencia:

Dicho de un corregidor de Palencia.

Parece que trae esta madre Teresa en su pecho una provisión del consejo real de Dios para que todos la obedezcamos. La magnanimidad de su corazón fué extremada y de mucha gloria del Señor, con la cual subiendo al corazón alto y magnánimo era ensalzado Dios (2). Y aunque esta grandeza de ánimo le nacía del mucho

Buen linaje es raiz de la benignidad.

espíritu y desasimiento de las cosas humanas, también ayudaba para ésta el noble linaje de su sangre, que no en balde escriben los evangelistas la nobleza de Cristo y de su Madre y de S. Juan Bautista, dando a entender que de buena cepa de ordinario nace buen sarmiento, y de buen linaje y buena sangre y nobleza grandeza y corazón.

---

1 Ezech., XIV, 7. 2 Ps. LXIII, 7.

TERCERA PARTE

EN QUE SE TRATA QUE SEA PERFECCION Y DE LAS IMPERFECCIONES A ELLA CONTRARIAS Y DE LOS EJERCICIOS ESPIRITUALES PARA SALIR DE ELLAS Y LLEGAR A LA VIDA PERFECTA. DIVIDESE EN CINCO PUNTOS.

Discite a me, quia mitis sum et humilis corde, et invenietis requiem animabus vestris (1).

1.—*Tersa, hermosa.—Qué sea perfección y hermosura del alma.*

Dicho habemos de las fundaciones y virtudes heróicas de la beata madre Teresa de Jesús declarando los diez nombres hebreos de las hermanas y padres de Tersa; declaremos ahora este nombre Tersa y la perfección que los hijos, hijas y devotas de esta Santa es bien que imiten de su vida. Diré lo primero qué sea perfección; lo segundo, cuánto importa que los religiosos de esta Orden sean perfectos para pelear contra los herejes; lo tercero, qué sean imperfecciones naturales y cómo se ha de haber el alma en ellas; lo cuarto, qué sean imperfecciones libres y voluntarias; lo quinto, con qué medios y ejercicios se quitan para caminar los religiosos a la perfección.

Lo que se ha de tratar en esta tercera parte.

Tersa en hebreo quiere decir hermosa, y hermoso, según Platón y otros filósofos, se dice, *quod visu vel intelectu perceptum, animum ad se trahit atque allicit,* que quiere decir: que quien tiene hermosura atrae y lleva tras sí el ánimo de quien la ve o entiende. Esta hermosura es lo mismo que perfección; y a la perfección del alma llaman los santos unión con Cristo, cumbre de la caridad, la cual caridad es la primogénita de la gracia. Y así lo que es perfecto y hermoso es agradable, amable y apacible. Tres maneras hay de hermosura y perfección: la primera, hermosura del cuerpo; la segunda, hermosura de la buena condición; la tercera, la hermosura del alma. Hermosa se llama una mujer de buen rostro, etc. y hermosa, apacible y agradable una buena condición, buen trato y buena manera de proceder. Y hermosura del alma, cuando está en gracia de Dios, y ama y es amada de Cristo y procura subir a lo más perfecto del amor. Nuestra beata Teresa no fué en su tiempo fea de rostro. Que aunque algunos retratos suyos que andan por ahí no muestran mucha hermosura, es porque se retrató siendo ya de sesenta años, y yo por mortificarla, siendo su prelado, mandé que la retratase un fraile lego llamado fray Juan de la Miseria, que en el claustro del convento de monjas de Sevilla estaba haciendo ciertas pinturas y no era muy buen pintor. Que de otra manera no hubiera retrato suyo, ni ella ni yo consintiéramos la retratara nadie. Tenía hermosísima condición y tan apacible y agradable, que a todos los que la comunicaban y trataban con ella llevaba tras sí y la amaban y querían, aborreciendo ella las condiciones ásperas y desagradables que suelen tener algunos santos crudos, con que se hacen a sí mismos y a la per-

Declárase el nombre de Teresa.

Qué sea perfección.

Tres maneras de hermosura.

Teresa de Jesús fué hermosa de tres maneras.

Por que se dejó retratar.

Condición de santos crudos.

1 Matth., XI, 29.

fección aborrecibles. Era hermosa en el alma, que la tenía hermoseada y perfeccionada con las diez virtudes heróicas, partes y caminos de la perfección que decíamos.

Tres maneras de perfectos.

Perfección infinita de solo Dios.

Tres maneras hay de perfectos y perfecciones: la primera, la infinita perfección que se halla en solo Dios, y por eso dijo Cristo; *nemo bonus nisi solus Deus* (1), porque solo Dios es bueno y perfecto infinitamente. A esta perfección infinita llama el profeta Jeremías hermosura de justicia (2). Y porque en el Santísimo Sacramento del Altar está el mismo Dios, tan hermoso y tan perfecto como en el cielo, y las especies sacramentales de pan y vino son con que muestra a los hombres su infinita humildad y el infinito amor con que los ama, pues para más comunicarse con ellos se vistió de estas especies, que son con vestiduras de pan y vino que le hermosean, por esa causa llamó el profeta Zacarías lo bueno y perfecto de Dios a este divino Sacramento, diciendo: *Quid bonum ejus, et quid pulchrum? frumentum electorum et vinum germinans virgines* (3). Como quien dice: lo más bueno y hermoso que hay en el mundo es el pan de los escogidos, que es la hostia, y el vino del cáliz del altar que engendra vírgenes.

Perfección sumaria en pura criatura que es la de la Virgen Maria.

La segunda manera de hermosura y perfección es la suma más alta, más cumplida y más llena que puede haber en pura criatura que no sea Dios, y esto es cuando vive sin mácula e imperfección alguna. Esta hermosura y perfección es de sola la sacratísima Virgen María, de quien dice su Esposo: *Tota pulchra es amica mea, et macula non est in te* (4). Y por esa misma causa la llamó el ángel *gratia plena*; y no hay criatura ninguna ni habrá que llegue a esta plenitud de perfección y hermosura de la Virgen. La tercera manera de perfección es la que se halla en los justos, que ni es infinita como la de Dios ni suma como la de la Virgen María, antes tiene algunas faltas, manchas e imperfecciones. Que son los hombres tan flacos mientras están en esta vida que, por santos que sean, dice de ellos el Espíritu Santo: *Septies in die cadit justus* (5) y de esta tercera manera de perfección hablamos aquí y pretendemos declarar qué sea.

Qéu sea perfección. Quinta esencia de todas las virtudes. Salud del alma.

Es la perfección hermosura del alma, fin de la caridad, unión con Cristo, como hemos dicho, y no es sola una virtud sino la quinta esencia que se destila en la alquitara del corazón con el fuego del amor de Dios, de las flores de todas las virtudes. Y así como la salud del cuerpo no consiste en solo un humor sino en la igualdad de la sangre, cólera, melancolía y flema y los demás humores y partes del cuerpo cuando están templadas entre sí, así la perfección es una composición de las virtudes con proporción e igualdad de jus-

Armonía admirable y música concertada.

ticia, bondad y rectitud. Y así como la perfección de la música no consiste en sola una voz o tono sino en la consonancia de las voces, contralto, contrabajo, tenor y tiple, en la buena armonía de voces y tonos, así la perfección con que se da música y gusto a los oídos de Dios es una divina música con armonía y concierto. Perfecta espada llamaremos a la que tiene buen temple, y buen temple resulta

---

1 Luc., XVIII, 19.
2 Jerem., XXXI, 23.
3 Zachar., IX, 17.
4 Cant., IV, 7.
5 Prov., XXIV, 16.

de buen hierro, buen acero, agua y fuego, cuando todo se junta con cierta igualdad y proporción, y así es la perfección el buen temple de muchas virtudes.

De aquí se sigue que el que quisiere subir a la perfección del alma, procure alcanzar las diez virtudes heróicas que arriba dijimos tuvo la beata madre Teresa de Jesús, que son aumento de virtudes, que nace de humildad profunda significada en José; olvido y desprecio del mundo en Manasés; vista de viva fe y oración en Maquir; testimonio de deseo de martirio y aprobación de vida y espíritu en Galaad; medida y concierto de bondad y rectitud en Hefer; espejo de vida ejemplar y celo de almas en Salfaad; coro, oficio divino y frecuencia de Sacramentos en Maala, la primera hija de Salfaad; movimiento, merecimiento y diligencia en la vida activa en Noa; becerra y obediente verdadera ha de ser la religiosa perfecta, significada en Hegla, y finalmente reina, señora, libre de espíritu y magnánima como significa el nombre de Melca. De estas diez virtudes heróicas se compone la vida perfecta; éstos son los caminos de la perfección, los manantiales del agua divina que lava las manchas de las imperfecciones y las han de imitar las hijas de su madre Teresa. Y no sin gran misterio son diez, pues en diez palabras de diez mandamientos escritos con el dedo de Dios en las tablas de piedra (1) se encierra toda la ley; y la buena guarda de ella es la perfección y verdadera caridad. Por diez varones justos leo en el *Génesis* que perdonara Dios a Sodoma (2). Diez cortinas de color rojo y azul se dice en el *Exodo* (3) que cubrían el tabernáculo, y cuando San Pedro y San Andrés hallaron a Cristo y dieron principio a la fe cristiana, dice S. Juan que fué a las diez horas (4); y así el alma que quisiere ser perfecta guardando la ley de Dios haga su corazón tabernáculo divino con perfección, aplaque la ira del Señor que tiene contra los pecadores, imite en nuestra santa Teresa hermosa y perfecta las diez heróicas virtudes que hemos dicho.

Recopílanse las virtudes de la Santa Madre.

2.—*Del celo que los que siguen esta Reformación han de seguir, principalmente contra los herejes de nuestros tiempos. Refiérense diez principales errores colegidos de los diez nombres de las hermanas y padres de Teresa.*

Dije que se fundó esta Orden de Carmelitas Descalzos para ir contra los herejes y convertir infieles, peleando los frailes con letras y las monjas con oración por los que contra ellos disputan, y todos con ejemplo de buena vida. Y porque leo en el *Apocalipsis* que el dragón bermejo tenía diez cuernos (5) y otros diez dice Daniel que tenía la bestia de los dientes de hierro (6), para animar a los de esta Orden al celo contra herejes, principalmente contra los de nuestros tiempos, sucesores de Lutero, me pareció sería bien reducir las principales de sus herejías y los mayores daños que hacen a diez errores, colegidos de los mismos diez nombres en que fundé las partes de la perfección de la beata Teresa, para que conociendo

1 Exod., XXXI, 18.
2 Gen., XVIII, 32.
3 Exod., XXVI, 3.
4 Joan., I, 39.
5 Apoc., XVII, 3.
6 Daniel., VII, 7.

los enemigos y las armas con que pelean, se sepa con qué armas y contra quien se ha de hacer la batalla.

1. Error de los perfectistas.

José decíamos que quiere decir aumento; y el primer error que aquí nombramos es de los nuevos anabaptistas, que algunos llaman menonistas y ellos se llaman perfectos. que dicen que han llegado a la cumbre de la perfección y que no pueden aumentar más merecimiento ni subir a más alto espíritu que el que tienen, con una soberbia tan endemoniada que, como tengo escrito largo en la quinta de mis lamentaciones contra los ateístas, dicen de sí que son tan perfectos como Cristo, y aun algunos afirman que son el mismo Cristo y el Mesías prometido.

2. Error de los loisistas.

El segundo error declarado en Manasés, que quiere decir olvido, es decir que Dios se olvida de las cosas humanas y no tiene cuidado ni providencia de cosa alguna, y que no hay juicio ni infierno, y así que cada uno puede vivir a sus anchuras siguiendo sus gustos, apetitos y vanidades del mundo, con seguridad que el alma, que dicen ser impecable, en saliendo de las carnes se va derecha al

3. Error de los libertinos.

cielo. Lo tercero dicen que tienen verdaderas visiones y revelaciones de Dios, y en éstas fundan sus errores y falsa doctrina negando la fe y Sacramentos de la Iglesia creyendo a su propio espíritu y a

4. Error de los luteranos.

sus ilusiones. Lo cuarto niegan todos los testimonios de la Iglesia, Concilios y sagrados doctores, interpretando la letra de la Biblia como

5. Error de los calvinistas.

ellos quieren. Contradicen lo quinto todas las Ordenes y Religiones de la Iglesia y destruyen el concierto del sacerdocio, queriendo que todos, hasta los bodegoneros, sean sacerdotes, y derriban los templos, imágenes

6. Error de los luteranos.

y monasterios. Lo sexto hacen burla de todas las ceremonias de la Iglesia y del culto divino exterior, pareciéndoles que basta sola la

7. Error de todos los calvinistas.

fe y dan muy mal ejemplo con su vida. Quitan lo séptimo la misa, el oficio divino, los cantos de la Iglesia y los Sacramentos, porque dicen que todo es invención de los papas, como se ve en los nuevos artículos de Hesia, impresos y publicados en Zelanda el año de 1608, y van contra el merecimiento de la gracia y el movimiento del libre albedrío, diciendo que todo lo que viene sucede acaso o por sola la predestinación divina.

8. De muchos anabaptistas.

Quieren que la unión y perfección sea del todo pasiva y que el libre albedrío no tenga parte en ella; niegan la obediencia al papa

9. De los munseranos.

y a los prelados eclesiásticos. Y en tiempo de Munsero, discípulo de Lutero, pusieron en cabeza a los vasallos que tomasen armas y pretendiesen libertad peleando contra sus señores, y murieron enton-

10. Error de muchos ateistas y maquianelistas.

ces en Alemania en estas revueltas más de cien mil villanos. Finalmente predican libertad de conciencia y que cada cual se puede salvar en cualquiera ley que quisiere, aunque sea moro o turco, etc., y solamente siguen lo que les está bien por razón de estado. No quiero referir más errores de estos ni de otros herejes, ni los de los gentiles, moros y judíos contra quien los verdaderos y perfectos carmelitas han de mostrar el celo de su padre Elías, predicando los frailes el Evangelio a todas criaturas como mandó el Señor a los apóstoles (1), cuyos discípulos, dice Josefo Antioqueno, que

---

1 Marc., XVI, 15.

somos los de esta Orden; y rogando a Dios las monjas y los frailes que no son llamados para este ministerio desde su recogimiento y clausura, para que Dios dé virtud y esfuerzo a los que pelean por la fe, y ésta es la vida perfecta y el fin de esta Reformación del Carmen que pretendió introducir la beata madre Teresa de Jesús como muchas veces trató conmigo.

3.—*De las imperfecciones del alma para conocerse y procurar quitarlas.*

Cuando se desposó Rebeca con Isaac, léese en el *Génesis,* la envió Abrahán diez cargas de camellos de joyas y riquezas (1). Lo que pretendemos los religiosos es un verdadero desposorio con Cristo, que ésta es la unión y perfección del alma, y para que sepamos cómo hemos de alcanzar este desposorio, se advierta que tres cosas ha de tener la esposa para ser amada y estimada de su esposo. La primera, estar viva, y no muerta; la segunda, ser sana y no enferma; la tercera, estar hermosa y galana y no fea, sucia ni descompuesta. La vida del alma quita el pecado mortal, y así como ninguno se desposa con mujer muerta, así no puede haber vida religiosa y perfecta en el alma que está en pecado mortal. El pecado venial es enfermedad que dispone para el mortal, así como si no se cura el cuerpo enfermo de la enfermedad, se le sigue la muerte. La hermosura y gala del alma es la perfección, y así las muchas fealdades del alma, cuando no llegan a ser pecados mortales ni veniales, se llaman imperfecciones.

Qué tal ha de ser el alma para esposa de Cristo.

Los religiosos y religiosas que caminan a la perfección bien saben que han de vivir y salir de pecados mortales mediante la penitencia, y así porque no saben de cierto si están en gracia de Dios confiesan a menudo. Y aunque no pueden evitar todos los pecados veniales, pues siete veces al día cae el justo (2), ponen esfuerzo en salir de ellos y evitarlos cuanto les fuere posible usando de los remedios que la Iglesia tiene para quitar los pecados veniales, cuales son el agua bendita y los demás remedios; y no es tan dificultoso conocer los pecados veniales y los medios con que se quitan cuanto es conocer las imperfecciones y buscar remedios contra ellas. De esta materia quiero tratar ahora, que entiendo será muy agradable y provechosa, y a mí me ha costado algún trabajo reducirla a método y orden y reducir en algún número las imperfecciones; y espero en Dios que, guiándome por los mismos nombres de las hermanas y padres de Tersa, acertaré a dar alguna luz.

El pecado mortal se quita con la penitencia.

El venial con nueve cosas.

De las imperfecciones naturales.

Dos maneras hay de imperfecciones: unas naturales y que no están en nuestra mano ni las podemos quitar; otras libres y voluntarias, de las cuales con el divino favor poniendo diligencia con los remedios y ejercicios espirituales que diré, nos podemos limpiar y perfeccionar. Y tratando primero de las naturales, para proceder con claridad consideremos que la vida del religioso es como

1 Gen., XXIV, 10. 2 Prov., XXIV, 16.

Ejemplo de imperfecciones naturales y viento de la mar.

la de un marinero, piloto o arraez que navega por el mar de esta vida hasta llegar al puerto de la perfección. Y, aunque como dice el Sabio, es dificultoso de entender el camino que hace la nao en medio del mar (1), veo que el piloto hace tres cosas en su navegación. La primera, mira muy bien por su aguja el viento que corre; la segunda, según el viento lo requiere, amaina o alarga las velas; la tercera, mueve el timón para tomar el rumbo más derecho al puerto donde va, conforme a lo que el viento y velas le dan lugar. Y si este marinero quisiese con sus fuerzas aplazar el viento recio o quitar el que corre en contrario, sería muy ignorante, perdería su tiempo, pretendería lo imposible y anegaría su nao, porque el viento no está en su mano; lo que está en su mano es gobernar las velas y timón conforme el viento que corre.

Las imperfecciones naturales son como el viento de la navegación, que no las podemos quitar por más que hagamos; a solo Cristo obedece la mar y los vientos (2). Podémonos reparar contra ellas porque no nos destruyan y usar de ellas para mayor perfección. Que he visto muchas almas perdidas por pretender quitar las imperfecciones naturales, y que por hacer fuerza en esto han dado al través anegándose en la amargura de corazón. Y sé de otras muchas que han perdido mucho fruto, espíritu y perfección por no se saber aprovechar de las imperfecciones naturales. De esta divina arte de navegar quiero tratar contando con el ejemplo de doce vientos que hay doce maneras de imperfecciones naturales, poniéndolas con algunos nombres, según el orden siguiente.

Enfermedad y flaqueza del cuerpo.

La enfermedad, falta de salud, flaqueza y pocas fuerzas del cuerpo es imperfección natural que no nos deja hacer penitencia y aspereza, estar en el coro y tener oración atenta y el espíritu que querríamos, pero no está en nuestra mano ser sanos, fuertes y gallardos. Lo que ha de hacer el enfermo, si quiere navegar bien, amaine del demasiado celo y penitencia, que con esa demasía destruirá la salud y nunca cobrará fuerzas. Dése a la paciencia y con los dolores haga, como pudiere, actos interiores de martirio, y acuérdese de los dolores del infierno y purgatorio, que por este rumbo con la enfermedad alcanzará mucha perfección, pues no en balde dice el Apóstol: cuando estoy enfermo, estoy más fuerte (3) y que la paciencia tiene obra perfecta (4).

Ignorancia y falta de ingenio.

Por que no supe letras entré en los poderios de Dios.

No todos tienen ingenio, sabiduría ni habilidad. El que se viere con ignorancia natural, cierre los ojos con fe viva y conténtese con saber la doctrina cristiana y con amar a Dios, amainando del estudio y de la meditación de puntos delicados; que muy bien sabemos que suelen ser fuertes los palos de ciego, y dice David: *Quoniam non cognovi litteraturam, introibo in potentias Domini* (5).

Agudeza demasiada.

Hay algunos por el contrario que tienen demasía de agudeza de ingenio y deseo de escudriñar y de saber muchas cosas, así suyas como de sus prójimos, y secretos de Dios, así presentes como pasados y futuros; y no es ésta pequeña imperfección natural que suele ane-

1 Prov., XXX, 19.
2 Matth., VIII, 27.
3 II ad Cor., XII, 10.
4 Jacob., I, 4.
5 Ps. LXX, 15.

gar el alma en ilusiones, juicios temerarios y vanagloria y vuelve la oración estudio. Cuando este viento le corriere, ocupe su entendimiento en considerar sus faltas, amaine de la demasiada especulación, pues dice San Pablo: *Non plus sapere quam quod oportet sapere, sed sapere ad sobrietatem* (1). Que yo aseguro que si endereza el timón al conocimiento de sí mismo y de sus faltas, que sea próspera su navegación y llegue al puerto de la profunda humildad, que es el principio de todo buen espíritu.

No es menester saber más de lo que conviene.

La blandura y condición amorosa y pegajosa y no inclinada al castigo de quien merece ser castigado ni a usar de rigor es imperfección natural, que si cuando este viento corre no se amaina la vela del trato y conversación con seglares y de ponerse en ocasiones, dará con la nave de la conciencia en algún bajío y cieno de sensualidad y torpeza; mas si una condición amorosa se da a hacer actos de amor de Cristo y revuelve el timón del amor de la criatura al amor del Criador, sin duda ninguna con este viento ganará mucha tierra en el amor de Dios como hizo la Magdalena, que habiendo sido muy enamorada de los hombres, todo el amor convirtió en amor de Dios, de quien dijo el mismo Señor: *Remittuntur ei pecata multa, quoniam dilexit multum* (2).

Condición blanda.

Perdonados le son muchos pecados por que amó mucho.

Hay condiciones desamoradas, ásperas, desapegadas y secas que suelen inclinar al aborrecimiento, odio, rencores, enemistades, bandos y daños de los prójimos, especialmente si no se refrena el celo indiscreto, que con ese título se han perdido muchas almas. Mas si con esta mala condición natural se navega por el rumbo del aborrecimiento de sí mismo y de sus pecados, degüéllase el amor propio, que es principio de todas las imperfecciones, y llega el alma al aborrecimiento de sí misma y de las ofensas de Dios, según aquello ***iniquitatem odio habui, etc.*** **(3).**

Condición áspera.

Aborrécese la maldad.

Es terrible imperfección natural la tristeza y melancolía; mas si el que de ella fuere combatido, se abstiene de la desconfianza, y pensamientos y meditaciones que entristecen, como la del infierno, muerte, etc. y cuando se ve muy triste y lloroso, si se acuerda de sus pecados, y los llora y tiene de ellos contrición (pues que ya las lágrimas y tristeza están en campaña), sin duda ninguna por el camino de esta gran contrición alcanzará mucha gracia y con ella mucho amor de Dios y perfección. Acuérdome haber leído en Plutarco, que consolando a un amigo suyo que estaba con gran tristeza y lloraba amargamente porque le habían muerto a puñaladas un solo hijo que tenía, le dijo: No te aconsejo que no te entristezcas ni llores, porque eso es natural, mas ruégote que cuando te apretare la tristeza, te acuerdes de todos los pecados que has cometido contra los soberanos dioses y los llores muy de veras, porque les harás un muy agradable sacrificio; ¿qué más pudiera decir este gentil si fuera cristiano?

Tristeza.

La alegría y contento natural que algunos tienen, por más que hagan no la pueden echar de sí; pero el que se viere de esta condición, alégrese con acordarse de ser Dios quien es, y que cumpla

Alegría.

---

1 Ad Rom., XII, 3. 2 Luc., VII, 47. 3 Ps. CXVIII, 163.

su voluntad en todo lo que se hace y absténgase de la alegría vana, que esta alegría en Dios es unión de la voluntad y perfección semejante al espíritu de la Virgen María que canta de sí, *exultavit spiritus meus in Deo salutari meo* (1). El temor y miedos naturales y la pusilanimidad del corazón es falta que tenemos de nuestra cosecha, y principalmente acaece en mujeres, que cuando van a orar de noche, que con cualquier cosa que les parezca fantasma, se perturban y dejan la oración, y también hay hombres muy pusilánimes que con cualquier contradicción se inquietan. Quien tuviere esta imperfección natural dése al temor de Dios, principalmente al temor filial y reverencial, y tema el castigo eterno que tendrán los malos en el infierno según aquellas palabras del Señor: Temed al que después de muerto el cuerpo, puede echar el alma en el infierno (2), y de este buen temor concibe el corazón y pare espíritu de salud, como dice Isaías (3).

Temor.

Atrevimiento.

La osadía y atrevimiento natural y el corazón grande que algunos tienen, si no se refrena con humildad, suele poner a peligro de perderse el alma; mas si se junta con la confianza en Dios y dice con San Pablo, todo lo puedo en aquel que me conforta (4), y aunque se armen contra el ánima magnánima todos los ejércitos infernales, esperando en el Señor, no teme (5); con esta magnanimidad se hacen grandes bienes en la Iglesia de Dios, como hizo la madre Teresa, y se alcanzan las virtudes heróicas. Hay algunas almas de su condición coléricas, airadas y que el primer ímpetu no le pueden resistir. Estas tales procuren lo más presto que pudieren componerse con quien se enojaron, y refrénese la ira antes que se ponga el sol y procuren no dormir sin haber hecho paces con sus enemigos. Mas si con esta ira natural se navegare hacia el celo discreto, acudiendo como Finées a quitar pecados públicos, y como Elías a descabezar los profetas de Baal y como Cristo a echar los profanadores del templo, es ya ira de gran perfección y provecho. Hay personas tan amigas de hablar que reventarían si callasen la boca. Ejerciten sus palabras en alabanzas divinas y en predicar, confesar y aconsejar almas, que algunas veces el silencio es dañoso, como dice Isaías (6), y el que hablare como si hablase palabras de Dios, según aconseja San Pablo, alcanzará grandes bienes. Finalmente llamo al último de estos doce vientos y naturales imperfecciones la curiosidad, que hay almas que de su naturaleza son pulidas, aseadas y curiosas. Absténganse éstas de querer agradar a las criaturas y empleen su curiosidad en aderezar curiosamente la sacristía y ornamentos del altar, y verán cuánto fruto hacen y cuánta perfección alcanzan.

De las diez imperfecciones libres y que están en nuestra mano.

De las imperfecciones libres y voluntarias que están en nuestra mano y podemos quitar muchas con el favor divino es más dificultoso hablar con claridad. Deparóme Dios para tratar de esta materia

1 Luc., I, 47.
2 Matth., X, 28.
3 Isai., XXVI, 18.
4 Ad Philip., IV, 13.
5 Ps. XXVI, 3.
6 Isai., VI, 5.

el ejemplo de la lepra en el cual considero estas cosas: la primera, que la lepra no es muerte ni enfermedad mortal, pero es enfermedad muy fea y asquerosa; y así las imperfecciones de que aquí quiero hablar, no son pecados mortales que matan al alma ni muchas de ellas llegan a ser veniales, aunque son muy hermanas de los pecados veniales, porque todos los veniales son imperfecciones y fácilmente se comete un pecado venial. La segunda, que así como es dificultosísima cosa sanar de la lepra, así cuesta gran dificultad quitar las imperfecciones del alma. Porque si en los pecados veniales cae el justo siete veces ¿qué hará en las imperfecciones siendo como somos tan flacos? La tercera, admíranse el gran cuidado que pone Dios en el *Levítico* en dar a entender las muchas maneras que hay de lepra, y las raíces de donde nacen, y de este cuidado colijo que le será muy agradable reducir a método y poner nombres a las imperfecciones libres y voluntarias. Y es necesarísima esta doctrina para dar luz a los religiosos que están obligados a caminar a la perfección y su principal ejercicio es limpiarse de las imperfecciones. Porque si no las conocen ¿cómo se podrán librar de ellas? y andando con este cuidado ofreciéronseme los mismos diez nombres de las hermanas y padres de Tersa, para ir por el camino contrario nombrando las imperfecciones según el orden siguiente:

La lepra, ejemplo de la imperfección

Redúcense a decir las imperfecciones.

José quiere decir aumento; y llamemos a la primera imperfección negligencia en aumentar las virtudes y en caminar a la perfección, que suele nacer del descuido y complacencia de sí mismo. La segunda sea vanidad, y acordarse y tener memoria de cosas del mundo o de deleites pasados, y olvidándose de las obligaciones que tiene al servicio de Dios, pues Manasés quiere decir olvido. Sea la tercera falta de oración mental, que podemos llamar indevoción, cuando se quiebra el hilo de la meditación o se va de mala gana a meditar, o se hace demasiado caso de visión y revelaciones y cosas que no son partes de oración perfecta. La cuarta es la tibieza en el amor de Dios contraria al ímpetu y fervor de los que apetecen el martirio. También es imperfección el poco sufrimiento de los trabajos y la repugnancia en no dar cuenta de su espíritu para que sea aprobado y seguro. La quinta manera de imperfección es la demasía y mal concierto en el mucho tiempo que gasta en hacer las obras en que entiende. Pues que es imperfección el demasiado ayuno y también el demasiado cuidado de su salud; llamo imperfección a esta demasía cuando no llega a ser causa de pecar, que en tal caso las demasías ya serán pecados mortales o veniales.

Negligencia contraria al aumento, significado en José.

Vanidad en Manasés, olvido.

Indevoción en Manaquir, vista.

Tibieza contra el fervor en Galaad.

Demasías contra las medidas en Hefer.

La descompostura y falta de modestia, y dar algún mal ejemplo y hacer exterioridades que, aunque no sean malas, juzgan mal de ellas los ignorantes, llamo la sexta imperfección. La séptima sea desatención en el coro y en rezar el oficio divino, no estar en la misa, oración vocal con la atención que pudiere ser, aunque esto lo más ordinario es pecado, a lo menos venial. La octava es la ociosidad, obras, palabras o pensamientos cuando cesa de los buenos y admite los ociosos, que el verdadero siervo de Dios no se le ha de caer una hoja y en todo lo que hiciere ha de ir en aumento. La novena es

Descompostura contra Salfaad espejo.

Desatención contra Maala coro.

Ociosidad contra Noala que corre.

Falta de obediencia contra Hegla becerra.

la falta de obediencia, haciendo de mala gana lo que el prelado manda o juzgando de él cosa que no sea buena, como es, que quiere más a otro súbdito que no a él, etc., o discurriendo sobre lo que le mandan, que todas estas son imperfecciones y por la mayor parte pecados, y sería más perfección obedecer y callar. Sea la décima respetos humanos, cortesanías, cumplimientos y cosas semejantes que usan los seglares, como los vestidos delicados de los que moran en las casas de los reyes, etc. (1). Con estas pocas palabras que he dicho de las imperfecciones se conocen muchas, y tuviéramos mucho que decir si hubiera tiempo.

Respetos humanos.

Pero torno a advertir que hablo aquí de estas diez cosas, negligencia, vanidad, etc. y las llamó imperfecciones cuando no llegan a pecado mortal ni venial, aunque lo más ordinario es ser pecados veniales. He notado que así como la lepra es en castigo de alguna falta pasada, porque María quedó leprosa por haber murmurado de Moisés, Giezi por ser propietario y tomar los dones de Naaman Siro, y Ozías por quererse entremeter en lo que no era su oficio, que fué sacrificar; así es muy ordinario castigar Dios a los religiosos con imperfecciones importunas por algunos pecados pasados, y de aquí infiero que no hay mejor medio para quitar las imperfecciones que la verdadera y continua penitencia y contrición de pecados.

Siete remedios contra las imperfecciones libres con que el alma alcanza mayor perfección.

Muchos remedios pudiéramos traer para contra estas imperfecciones colegidos de lo que Dios ordenaba para curar la lepra; mas quiero, teniendo por maestro a Eliseo que para curar a Naaman leproso le mandó lavar siete veces en el río Jordán, poner siete remedios para lavarse el alma de la lepra de estas imperfecciones; que aunque en cada uno hubiera mucho que decir, solamente los quiero nombrar por el orden siguiente.

Presencia de Dios.

El primero es la presencia de Dios, procurando traerle siempre delante en alguna de estas cuatro maneras: la primera, presencia real y exterior del Santísimo Sacramento o de las imágenes; la segunda, interior de la imaginación; la tercera, intelectual con fe; la cuarta, unitiva con amor. Que con cualquiera de estas cuatro presencias no se mueve el alma, ni se perturba ni cae en las imperfecciones, conforme aquello de David: *Providebam Dominum in conspectu meo semper, quoniam a dextris est mihi, ne commovear* (2).

Imitación de Cristo.

El segundo, imitación verdadera de las obras, palabras y pensamientos de Cristo Jesús. Que así como la esposa cuando se quiere ataviar, y engalanar y quitar sus fealdades y desatavíos toma un espejo en que se mira, así el alma que quisiere quitar sus imperfecciones, ponga delante de los ojos a Cristo crucificado y vaya imitando sus obras, palabras y pensamientos, pues que es espejo sin mancilla, que con esto dijo un santo del Yermo a un su discípulo que le pidió el modo con que se había de gobernar para quitar las

Doctrina de un Santo del Yermo.

---

1 Matth., XI, 8. 2 Ps. XV, 8.

imperfecciones y guardar perfectamente su regla, que alcanzaría su deseo.

El tercer remedio es la frecuencia de los Sacramentos buscando confesor docto, devoto, espiritual y experimentado en materias de oración, o algún buen maestro de espíritu con quien tratar sus imperfecciones y el remedio para ellas y procurar resistirlas como si fuesen pecados. Que con esta resistencia se van quitando, mediante la luz que viene de los que tiene Dios puestos por luz del mundo para que descubran los rincones y más mínimos átomos de imperfección que hay en las almas, y por sal de la tierra que den sabor y sazonen las conciencias, quitando lo desabrido de las imperfecciones. El cuarto es la lectura de buenos libros, especialmente de libros devotos, que tratan de perfeccionar las almas, porque éstos dan testimonio de Cristo y de su vida perfecta, según aquellas palabras: *Scrutamini Scripturas, quoniam ipsae testimonium perhibent de me* (1).

Frecuencia de Sacramentos.

Lectura de buenos libros.

El quinto, examen continuo de conciencia en el cual no solamente el alma piense y examine los pecados mortales y veniales que hubiere cometido sino también las imperfecciones, así naturales como libres y voluntarias, en que ordinariamente cae y busque remedio contra ellas. Que cuando este examen va acompañado del fuego del divino amor, consume toda la escoria de las imperfecciones, así como se purifica la plata con el fuego de que dice David: *Igne me examinasti, et non est inventa in me iniquitas* (2).

Examen de conciencia.

El sexto es el ejercicio continuo de actos interiores de amor de Dios y de las otras virtudes de la manera que las pudiere hacer; que con esto crecen las mismas virtudes, según aquellas palabras: *Credo, Domine, adjuva incredulitatem meam* (3), y se purga el alma de las imperfecciones y faltas que se hallan en la poca virtud. Finalmente, la memoria de la muerte y de los otros paraderos, juicio final, infierno, purgatorio y gloria, aprovecha mucho para quitar los pecados e imperfecciones, según aquellas palabras: *Memorare novissima tua, et in aeternum non peccabis* (4). Especialmente cuando con la memoria se va ejercitando de lo que allí pasa, como es, ir meditando en la muerte, y hacer cuenta que se está muriendo y hacer las mismas preparaciones que haría si muriese de veras. Medita en el cielo y ejercita lo que hacen los santos en la bienaventuranza. Cuando se medita el juicio va respondiendo a Cristo como si le fuese preguntando y examinando de todo lo que ha hecho durante la vida. Con estos siete remedios y ejercicios se limpia un alma de las imperfecciones voluntarias, y se aprovecha en las imperfecciones naturales y se arma contra los enemigos de la fe y alcanza, para imitar a la beata Teresa de Jesús, aumento de virtudes, desprecio del mundo, oración perfecta, fervor de caridad, rectitud de alma, vida ejemplar, atención en el coro, ejercicio de la vida activa, verdadera obediencia, magnanimidad de corazón; y llega a ser hermosa y perfecta en esta vida y en la otra alcanza con muchas ventajas la bienaventuranza de la gloria *quam mihi et vobis, etc.*

Memoria de los paraderos.

Resúmese todo el sermón.

---

1 Joan., V, 39.
2 Ps. XVI, 3.
3 Marc., IX, 23.
4 Eccli., VII, 40.

SERMON

DEL ORIGEN Y FUNDACIONES DE LA ORDEN Y CONVENTOS DE NTRA. SRA. DEL CARMEN, PREDICADO DELANTE DE LOS SERENÍSIMOS PRÍNCIPES ALBERTO E ISABELA EL DÍA DE LA DEDICACIÓN DE LA IGLESIA DEL CARMEN DE BRUSELAS, A 28 DE AGOSTO DE 1611.

TEMA Y SALUTACION

Hodie huic domui salus a Deo facta est, etc. (1).

Entró el Señor en Jericó, y un hombre llamado Zaqueo deseaba verle, pero no podía porque era pequeñó de cuerpo, y subió sobre un sicomoro, etc. (2). Hay muchos de estos árboles en Palestina, y según muchos autores significan los doctores sagrados, porque así como la higuera da primero fruto que hojas, y las hojas del moral aprovechan para criar los gusanos de la seda, así los sagrados doctores primero dieron fruto de buenas obras, y de sus palabras y conceptos, que son como hojas del moral, nos aprovechamos los predicadores para el fruto de los oyentes que quisieren ser humildes volviéndose como gusanos, que así se llama Cristo por David, diciendo: Yo soy gusano y no hombre, etc. (2), y al mismo David llama el Espíritu Santo ternísimo gusano. Con esta humildad alcanzaremos la gracia que Dios promete a los humildes, si pedimos a la humildísima Virgen María nos la alcance humillándonos con el ángel y diciendo Ave, María.

Propónense diez puntos de que se ha de tratar y los autores de donde se coligen.

Hodie huic domui, etc. Hoy se celebra en esta iglesia la fiesta del origen de la Orden del Carmen; de la fábrica de sus primeros conventos; de la primera iglesia de Nuestra Señora que se fundó en el Monte Carmelo; de la dedicación de todas las iglesias de esta Orden y de cómo comenzó en Europa; del principio de la Hermandad y Cofradía del escapulario carmelitano; de la fundación de este convento de Bruselas; del principio de la Cofradía del Toisón; las honras de Juana, duquesa de Brabante y Guillermo Niño, su sobrino, y finalmente, de la reedificación y reformación de este nuestro convento que debemos a Vuestras Altezas Serenísimas. Quisiera yo tener mucho lugar para dilatarme en estos diez puntos, mas

1 Luc., XIX, 9. 2 Ib., 1-6. 3 Ps. XXI, 7.

por la brevedad del sermón recogeré en pocas palabras lo mucho que acerca de esto se escribe en las Divinas Letras, y refieren Juan, patriarca XLIV de Jerusalén, en su libro de la *Historia del Carmen,* San Cirilo Alejandrino, Cirilo el Griego, Tomás Waldense, Juan Baconio, Arnoldo Bostio, Juan Hisdelhen, Juan Cimineto, Guillermo de Samuco, Sisberto de Beca, y otros muchos autores de los nuestros, que se refieren en el *Speculum Ordinis Carmelitarum,* sin lo que se lee en Josefo Antioqueno, Sozomeno y en la Crónica Jerosolimitana y Romana y en otras historias de nuestra Orden y en las de los Duques de Brabante.

Autores.

Año de la creación del mundo de 3045 (1), siendo Acaz rey de Israel, Sisostres rey de Egipto, Agesilao rey de Corinto, viviendo el gran poeta Homero, tuvo origen nuestra Religión de las palabras con que Dios llamó a Elías, que son las siguientes: Apártate de ahí, camina contra el Oriente, escóndete en el arroyo de Carit, y ahí beberás del arroyo, que a los cuervos he mandado te sustenten, etc. (2). De las cuales se coligen siete partes de virtudes heróicas en que consiste nuestra perfección y la de todas las demás Religiones. Lo primero, de decir apártate de ahí, se entiende el dejar el mundo y el siglo y la renunciación de todo lo criado. Lo segundo, porque Oriente significa la mala inclinación con que nacimos del pecado original, camínase contra el Oriente con la penitencia y mortificación. Lo tercero, el esconderse da a entender la clausura y recogimiento necesario para guardar castidad. Lo cuarto, Carit, que significa caridad, es el amor de Dios y del prójimo, principio, fin y esencia de toda la perfección y Religiones. Lo quinto, beber del arroyo, como hicieron los soldados de Gedeón, es la pobreza, abstinencia y ayuno que profesamos. Lo sexto, los cuervos que dan el sustento significan los prelados, predicadores, confesores y maestros, y de aquí se colige la obediencia y disciplina regular. Finalmente, la confianza de Elías nos enseña la que debemos tener en Dios que no nos desamparará, pues que en ella y en el silencio será nuestra fortaleza (3).

Origen de la Orden del Carmen.

Eliseo, sucesor de Elías y sus discípulos, los hijos de los profetas, comenzaron los primeros conventos de esta Orden fabricando unas enramadas o barracas pobres de ramas que cortaron de árboles, cuando a uno de ellos se le cayó el hierro del hacha, que por milagro de Eliseo nadó sobre el agua (4); de donde aprendimos no hacer nuestras fábricas muy suntuosas, pues, como decía la santa madre Teresa, todos estos edificios se han de caer el día del juicio y darse unas piedras con otras, y no parecerá bien que nuestros conventos hagan mucho ruido. De este principio de pobres chozas tomaron los profetas antes de la venida de Cristo el edificar sus pobres conventos en Galgala, Efraín, a las orillas del Jordán, y cabe Samaría y otras partes.

Fábrica de nuestros primeros conventos.

Fundación de la primera iglesia de Ntra. Señora del Carmen y título de la Orden y de algunos conventos antiguos.

Y después que el Señor subió al cielo, en el mismo lugar donde Elías vió la nubecita, que significaba a la Virgen, y la misma Se-

Fundaciones de los

1 Véase la primera nota de la pág. 379.
2 III Reg., XVII, 3.
3 Isai., XXX, 15.
4 IV Reg., VI, 5, 6.

conventos en Tierra santa.

ñora puso muchas veces sus pies, como nuestros autores refieren, fundaron los apóstoles un templo e iglesia que se llamó Santa María del Carmen, de donde con otras diez razones toma esta Orden su título y los seglares devotos de la Virgen la devoción del Carmelo.

Fuéronse por este tiempo fundando conventos en diversas partes de Siria y Palestina, como el de Sta. Ana de la puerta Aurea de Jerusalén y los que fundó Enoch de Amatin, compañero de S. Manos en Egipto; porque, según José Antioqueno, estos antiguos hijos de Elías en compañía de los apóstoles y ayudándoles a predicar la fe, se dividieron por el mundo; y por esta causa celebramos en nuestra Orden fiesta de *Divisione Apostolorum*; y éste fué el principio de las ermitas y conventos de los padres del Yermo de Egipto, Palestina y otras partes. Otros muchos conventos se fundaron, como el que fundó San Cirilo cabe el río Jordán, Sta. Elena, madre de Constantino, etc., de que había mucha abundancia en la Tierra santa, de suerte que en tiempo de Homar, Holman, Hali y Abibucar, sucesores de Mahoma, fueron martirizados más de ciento cuarenta mil de los nuestros, y quedó la Orden muy deshecha y arruinada.

Fundaciones de los conventos del Carmen en Europa.

Mas por los años de 1200, estando nuestros padres congregados en capítulo general con mucha aflicción de verse tan perseguidos en aquellas partes, se les apareció la sacratísima Virgen, y les dijo estas palabras: La voluntad de mi Hijo es que no solamente en Siria y Palestina, sino por todo el mundo resplandezca mi Orden del Carmen. En aquel capítulo fué elegido por prior general San Bertoldo y pasaron los nuestros frailes a Europa, fundando conventos en Alemania, Inglaterra, Francia y Flandes con ayuda de San Luis, rey de Francia, y de otros caballeros; y la infanta doña Mofalda, hija de San Luis, rey de Francia, fundó el primer convento de esta Orden en España en la villa de Gibraleón, y el año de 1562 comenzó la reformación de los Carmelitas Descalzos, de que se han fundado más de doscientos conventos de frailes y monjas, desde el primero que se fundó en Avila el año de 1562 hasta el que Vuestras Altezas Serenísimas han fundado en esta villa de Bruselas.

Principio de la Hermandad y Escapulario de la Orden.

Por los años de 1250 fué elegido en prior general un gravísimo, doctísimo y santísimo doctor inglés, llamado Simón Stock, y viendo la Orden entonces muy perseguida a causa de no dejar fundar conventos los émulos que teníamos, diciendo ser contra un decreto del Concilio Lateranense celebrado en tiempo del papa Inocencio III, en que se mandaba no se fundasen conventos de nueva Religión, y que no fuese confirmada por Pontífice Romano y privilegio apostólico, el santo General acudió por remedio a nuestra madre la Virgen, y le hizo esta oración: Flor del Carmelo, cepa florecida, resplandor del cielo, Virgen y parida, da privilegios a tus Carmelitas, estrella del mar. Aparecióle la Reina de los ángeles con el escapulario de esta Orden en la mano, diciéndole estas palabras: Toma, querido mío, este escapulario de tu Orden en señal de salud y remedio en los peligros, señal de paz y pacto sempiterno. También se le apareció al papa Honorio III, diciéndole que confirmase su Orden con estas palabras severas: En las cosas de mi Religión nadie ha de contradecir lo que yo mando ni disi-

mular, en que doy a entender que tengo gusto; y así el Papa confirmó la Orden, y en memoria de estos dos milagros, celebramos una fiesta a 16 de Julio, que se intitula de Nuestra Señora del Hábito. Después, el año de 1322 se apareció la misma Virgen al papa Juan XXII, mandándole instituyese la Cofradía y Hermandad del Carmen, y concediese gracias e indulgencias a los que por su devoción trajesen su escapulario, y desde entonces muchas personas devotas, y reyes y príncipes traen el escapulario de nuestra Orden, y entre otros de los primeros fueron San Luis, rey de Francia, Eduardo, rey de Inglaterra, Enrique, duque de Lencastria, santo varón, y otro Enrique, conde de Nortumbría, Angela, hija del rey de Bohemia, Juana y Ana, señoras tolosanas, y nuestra reina Margarita se le puso pasando por Milán, y a Vuestras Serenísimas Altezas le damos el día de hoy ofreciéndoles más particulares oraciones.

Fundación del convento del Carmen de Bruselas.

En tiempo de este general, San Simón Stock, se fundó este convento de Bruselas, como consta por nuestras escrituras y por unas palabras que están sobre la puerta de nuestra sacristía, y dicen así: La fundación de este convento comenzó el año de 1249, en tiempo del papa Inocencio IV, siendo general el maestro Simón Stock, que hizo milagros y reinando Enrique III, duque de Brabante.

Este gran duque, llamado por sobrenombre el Magnánimo, porque no quiso ser emperador, aunque el papa Inocencio IV le convidaba con la imperial corona, casó primera vez con María, hija de Felipe, rey de romanos, y tuvo en ella cuatro hijas, llamadas Matilde, María, Beatriz y Margarita. Esta Margarita fué religiosa y muy santa en un monasterio que su padre fundó dos leguas de Lovaina. Casó segunda vez Enrique con Sofía, hija de Isabel de Turinga, mujer tenida por santa, de quien hubo a Enrique IV, duque de Brabante, y porque dijimos que esta Isabel fué santa y tiene Vuestra Alteza por nombre de Isabel Eugenia Clara, advierto, que demás de Santa Isabel, madre del Bautista, y la santa Isabel, reina de Hungría, tiene de su tierra Isabeles en el cielo. Que cerca de aquí, más acá de Tréveris, floreció una Isabel el año de 1152, llamada Esconaugiense, de gran santidad y del más alto espíritu y mayores revelaciones de su tiempo, como he leído en un su libro que tengo en mi poder donde trata muy largo la materia de los verdaderos éxtasis y revelaciones, de los caminos de Dios y del martirio de las once mil vírgenes. Y según escriben los historiadores de estas tierras, una señora llamada Matilde, hija de Florís XIII, conde de Holanda, fué casada con Hermán de Eneburg, y por ocasión de ciertas palabras desabridas que dijo a una pobre parió de una vez trescientos y sesenta y tres, la mitad hijos varones y la mitad hijas, todos nacieron vivos, y fueron bautizados por Otón, su tío, obispo de Utrech, y a todos los hijos llamaron Juan, a todas las hijas Isabel, que el mismo día que los bautizaron se fueron al cielo con su madre.

Santa Isabel madre del Bautista.

Santa Isabel reina de Hungría.

Santa Isabel Esconaugiense.

Las hijas de Matilde.

Léase pro autor Delfio en la historia de los duques de Brabante.

Principio de la Cofradía del Tuson.

Isabel se llamaba la hija del rey don Juan de Portugal, que casó con Felipe el Bueno, duque de Borgoña, que parió a Carlos, llamado el Audaz. En tiempo de este buen Felipe se juntaron los ducados de Borgoña y Brabante, condado de Flandes y Holanda. Y

el primer año de su casamiento, que fué el de 1429, fundó la real Cofradía del Toisón.

Y uno de los principales capítulos y más importantes de esta Cofradía se celebró el año de 1500 en este coro, presidiendo en él, como maestro, el príncipe don Felipe, duque de Borgoña y Archiduque de Austria, bisabuelo de Vuestras Altezas. Y en esta tumba están los vultos de la señora Juana, duquesa de Brabante, y de Guillermo, su sobrino.

Honras de Juana, duquesa de Brabante.

Fué esta señora duquesa, cuyas honras hoy celebramos, hija mayor de Juan III, duque de Brabante, y gobernó estos estados cincuenta y un años, y aunque fué casada primero con Guillermo, conde de Henao, y Holanda y Zelanda, y segunda vez con Venceslao, duque de Luxemburgo, murió sin hijos, porque el niño que está a su lado es su sobrino Guillermo, hijo de Antonio, duque de Brabante, que murió de tierna edad el año de 1418, y le enterraron cabe su tía en este entierro de los duques de Brabante.

Reedificación de este convento de Bruselas.

Por todas las razones de este mi sermón esperamos que harán siempre Vuestras Altezas merced a este su convento, pues son duques de Brabante, condes Flandes, cofrades del Toisón, y de nuestra Hermandad del Escapulario, devotos de la Virgen María, patrones de este convento y bienhechores de nuestra Orden del Carmen. Pero la más principal de todas es ser restauradores, reedificadores y reformadores de él, así en lo espiritual como en lo temporal. En lo espiritual, porque con su mucho celo han procurado que se guarde el Concilio Tridentino y la clausura con mucho rigor, y no sólo en este convento sino en los demás de sus estados. Y en lo temporal, porque con su favor y asistencia el padre fray Fernando San Vítores, provincial de Alemania la Baja, que está cantando la misa, ha fabricado desde el año de 1603 hasta ahora la nueva fábrica que ven, y procurando el sustento de cuarenta frailes, que antes en trescientos años, ni había celdas, ni oficinas bastantes ni se sustentaban sino cuando mucho quince. Nuestro Señor nos guarde a Vuestras Altezas muchos años con aquel aumento de gracia, espíritu, salud y vida que deseamos y rogamos, y a todos nos dé la bienaventuranza de la gloria.

VELO DE UNA RELIGIOSA

SERMÓN PREDICADO ANTE SUS ALTEZAS CUANDO TOMÓ EL VELO LA HERMANA ANA DEL ESPÍRITU SANTO, EN EL MONASTERIO DE LAS CARMELITAS DESCALZAS DE BRUSELAS, EL SEGUNDO DOMINGO DESPUÉS DE PASCUA DE RESURRECCIÓN DE 1612.

DIVÍDESE ESTE TRATADO EN TRES PARTES

PRIMERA PARTE.—Declara qué sea Religión y renunciación del siglo.

SEGUNDA PARTE.—Del desposorio del alma con Cristo y qué dote y riquezas la comunican su Esposo, la Virgen y el Espíritu Santo.

TERCERA PARTE.—Se declara qué significa el velo negro y la corona de oro que sobre él se pone, y se escriben las virtudes de la buena religiosa y las faltas de la que no lo es.

PRIMERA PARTE

DECLARASE QUE SEA RELIGION Y RENUNCIACION DEL SIGLO.

TEMA:

Veni, sponsa Christi, accipe coronam.

SALUTACION

Esta fiesta que hoy celebramos, Serenísimos Señores, es toda del Espíritu Santo; la misa que se canta es del Espíritu Santo; el desposorio de esta alma con Cristo hace el Espíritu Santo, y el Espíritu Santo es el portero que abre la puerta por donde entran las ovejas, que son las almas religiosas, a buscar su pastor, Cristo Jesús, como se canta en el Evangelio de la dominica que se había de predicar el día de hoy; llámase la profesa Ana del Espíritu Santo y las monjas cuando entraron en el coro acompañándola, cantaron este himno *Veni, Creator Spiritus,* que compuso San Ambrosio al Espíritu Santo. Y así para que yo acierte a predicar hoy quiero implorar la gracia y espíritu del Espíritu Santo, diciendo con la declaración de este mismo himno: Ven, Criador Espíri-

Declárase el himno.

tu, por quien Dios crió el mundo: Visita las almas de tus siervos, llena de gracia soberana del cielo los pechos y corazones que criaste. Y pues te llaman Paracleto, que quiere decir consolador o abogado, consuela nuestras conciencias. Eres don del altísimo, danos bienes eternos y como fuente viva comunícanos el agua divina que da sabiduría, gracia y vida a las almas. Fuego abrasador, caridad y unción; enciéndenos en amor y devoción. Tú eres el don de las siete formas; danos tus siete dones. Dedo de Dios, escribe en nuestros corazones más empedernidos que la piedra la ley del Señor para que la guardemos. Y pues eres prometido del Padre, enriquece nuestras lenguas con palabras: Enciende lumbre en nuestros sentidos, infunde amor en nuestros corazones, confirma con tu virtud lo enfermo y flaco de nuestros cuerpos. Destierra nuestro enemigo que vaya lejos de nosotros. Y danos tu paz para que guiados por tal capitán evitemos todo lo que nos daña. Por tí conozcamos al Padre y al Hijo y en todo tiempo te creamos; y pues llenaste con gracia los pechos sagrados de los antiguos, perdona nuestros pecados y danos tiempos quietos, etc. Cuando el ángel saludó a la Virgen María, entre otras, le dijo estas palabras: *Spiritus Sanctus superveniet in te, et virtus Altissimi obumbrabit tibi* (1). Por el Espíritu Santo recibió la Virgen al Verbo divino en sus entrañas y le concibió para nuestra salvación; y así para que podáis recibir la palabra de Dios, y concebirla en vuestros corazones y yo la acierte a declarar, supliquemos al mismo Espíritu Santo nos dé gracia y espíritu, poniendo por intercesora a la gloriosísima Virgen, y diciendo la misma salutación del ángel, que es el Avemaría.

Veni, Sponsa Cristi, etc.

Propónese todo lo que se hace en el recibir del velo.

Habéis prometido, esposa de Cristo, vuestros tres votos de obediencia, castidad y pobreza en que consiste la esencia de la Religión. Habéis entrado en el coro cantando las monjas *Veni, Creator Spiritus.* Bendícese el velo que os ponen sobre la cabeza, y para recibirle cantáis; *Amo Christum in cujus thalamum introibo, etc.*, y las monjas para que Dios os dé la gracia que pedís cantan el salmo *Exaudiat te Dominus, etc.* Entregáis vuestra alma en los brazos de Cristo como su esposa, diciendo: *Suscipe me, Domine, etc.* Póneos el sacerdote el velo sobre la cabeza, diciendo: *Accipe velum sacrum, etc.* Y en acabándole de recibir, decís cantando: *Posuit signum in faciem meam.* Daos las bendiciones y para que le recibáis dice estas palabras de mi tema: *Veni, sponsa Christi, etc.*

De todo el discurso que aquí pasa, y principalmente de estas palabras, se colige qué sea la Religión que profesáis, cuán excelente estado alcanzáis de esposa de Cristo y qué corona sea este velo negro que sobre la cabeza os ponéis.

Qué sea religión.

Los antiguos, aunque no conocieron a Cristo, entre otras virtudes de que escriben trataron divinamente de la virtud de la religión. Llámala Plutarco *Scientia rerum caelestium et divinarum*, como quien dice: es la religión sabiduría de las cosas celestiales y

1 Luc., I, 35.

divinas para saberlas seguir y ejercitar menospreciando las terrenales y humanas. Festo Pompeo llama la religión orden que enseña huir de todo mal y obrar todo el bien: *Ordo docens omnia mala fugienda et bona facienda,* Filón: *Cultus Dei clarus et expressus,* honra de Dios declarada y cierta. Cicerón dice que la religión es *obsequium divinum, peculiaribus ceremoniis exercitum,* servicio de Dios ejercitado con particulares ceremonias.

Y entre los cristianos Arnobio dice que la religión es *Vita in qua anima redditur recta et sincera ad divina,* como quien dice, nueva vida que hace al alma sincera y buscar con rectitud las cosas divinas. El gran Basilio la llamó *dignitas angelica cujus vita apparet terrestris et est caelestis,* dignidad de ángeles cuya vida parece de la tierra y es celestial. Y San Agustín llama a la religión *in qua Deum reeligimus quem amiseramus negligenter,* tomando la etimología de *reeligo* que quiere decir tornar a escoger, porque en ella escogemos de nuevo a Dios a quien con negligencia habíamos perdido en el siglo. Y del verbo *religo,* que quiere decir tornar a atar, toma San Isidoro la etimología diciendo ser la religión *in qua uni vero Deo religamur.* Una estrecha atadura con que nos tornemos a atar, juntar y unir con Dios otra segunda vez. Estábamos atados con Dios la primera vez cuando en la eternidad de su esencia, antes que nos criase y diese ser, nos entendía y amaba el Padre Eterno, porque éramos ideas, y la misma divina esencia del Verbo divino, su Hijo, el cual Hijo y Padre amándose espiraron al Espíritu Santo; mas después que Dios nos crió y dió el ser finito y criado que tenemos, ya somos criaturas miserables. Mas algunas almas, queriendo imitar aquella atadura que tenían antes que Dios las criase, todo su ejercicio ponen en amar y ser amados de Dios, conocerle y ser conocidos de su divina Majestad con las virtudes de la caridad y contemplación, de donde les nace la vida espiritual que se profesa en la Religión; y por esta causa se llama segunda atadura con que nos tornamos a juntar con Dios.

Qué sea el fin de la religión.

San Bernardo llama a la Religión *domus sufficiens diviti, pauperi abundans.* Porque el que entra en ella, por rico que sea en el siglo, tiene en la Religión lo que le basta, y el que era pobre en el mundo halla en ella abundancia de bienes temporales y espirituales y no tiene que temer que le falte comida ni vestido. El glorioso San Antón de Siria, según declara Sozomeno, la define diciendo ser *stagnum aquae clarae ubi spiritus vivit et extra moritur,* estanque y fuente de agua clara, donde vive el espíritu como el pez en el agua y fuera de ella muere. En el decreto leemos de la Religión ser *vita poenitentiae in qua religiosus plangit sua et aliena peccata,* porque de los que viven en Religión su ejercicio es hacer penitencia y llorar sus pecados y los ajenos, que no vienen a buscar gustos y regalos sino penitencia y llanto, apartándose con soledad de las conversaciones del mundo, que eso quiere decir en griego *monachus,* uno y triste.

San Dionisio Areopagita en su libro de la *Eclesiastica Hierarchia,* dice del estado de los religiosos estas palabras: *Initiandorum omnium sublimior atque excellentior est ordo monachorum, sacra dis-*

positio et sancta distinctio: suarum exercitationum castigatione mundatus, et divinae operationis quantum sibi fas est speculator et operator factus, etc. En las cuales divinamente da a entender que el estado de los religiosos es el más alto que hay en la Iglesia de Dios después del de los obispos, que no se llaman *initiandi* sino *magistri et capita,* y que toda su perfección consiste en saberse apartar santamente de los seglares y en ordenar y disponer sagradamente sus cosas y en ejercitarse y limpiarse con pureza de todos sus defectos y en contemplar e imitar las divinas obras. El apóstol San Pedro, cabeza de la Iglesia, confesó delante del Señor lo mismo diciendo *Ecce nos reliquimus omnia, et secuti sumus te* (1): dando a entender que en dejar todas las cosas y seguir a Cristo consistía el bien de la Religión.

La madre de las religiosas y del esposo Cristo Jesús, la Virgen María, en pocas palabras declaró todo lo que pertenece a la verdadera Religión diciendo ser: *Exercitus Regis Angelorum, in quo est abundantia virtutum, firmitas bonorum operum, et splendor boni exempli.* Llama a las Religiones ejército del rey de ángeles, porque su capitán es Cristo y la vida de los religiosos ha de ser angélica, adornada con abundancia de virtudes, firmeza de buenas obras y resplandor de buen ejemplo.

Y, finalmente, el Esposo divino en dos palabras declaró toda esta doctrina diciendo: *Qui vult venire post me, abneget semetipsum, et tollat crucem suam et sequatur me* (2). Quien quisiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame; en las cuales se encierra todo el bien y doctrina que se puede decir de la Religión. Porque en decir el que quisiere venir en pos de mí, da a entender el Señor ser libre cualquier alma para tomar este estado. Y venir es apartarse de una parte a otra, y así el que viene se aparta del lugar donde primero estaba y se llega a otro de nuevo. Esto hace el alma religiosa cuando profesa, que se aparta, renuncia y deja toda la hacienda que tiene o puede tener con el voto de la pobreza; los deleites sensuales con el de la castidad y la propia voluntad con el de la obediencia: sufre trabajos y lleva su cruz en imitación de Cristo como esposa suya y sigue a Cristo coronado de espinas caminando por los pasos de las tribulaciones que él anduvo. Por esta causa nuestra madre la Iglesia ordenó que el que os da el velo en nombre de Cristo, os diga: *Veni, sponsa Christi, accipe coronam.*

La raiz de los tres votos es la verdadera renunciación.

Las tres partes de la Religión.

Tres cosas se os declaran en estas palabras: la primera, que vengáis a Cristo; la segunda, que os desposéis con él, y la tercera, que recibáis su corona. En las cuales os quiero declarar tres puntos principales y tres partes de la Religión. El primero, como habéis de renunciar al mundo y venir a Cristo mediante los tres votos que habéis profesado, y la aspereza, penitencia, mortificación, clausura, silencio y recogimiento que habéis de guardar. El segundo, el desposorio que habéis de hacer mediante el amor de Dios ayudada del

1 Matth., XIX, 27. 2 Luc., IX, 23.

Espíritu Santo y ejercitando la caridad y contemplación. Y el tercero, los frutos y corona que por este amor y desposorio recibiréis.

Qué sea renunciación verdadera: Veni.

Dice el Señor que vengáis a él y os apartéis de toda soberbia y vanagloria con profundísima humildad, que es cimiento de las virtudes de los religiosos, que dejéis todas las maldades y vicios con la penitencia y todas las novedades y vanidades del mundo con la mortificación, todas las alegrías y gustos sensuales con las lágrimas de devoción, compasión y compunción, y todas vuestras pasiones y apetitos desordenados. Y eso dió el mismo Esposo a entender en aquellas palabras: *Veni de Libano, sponsa mea, veni, coronaberis de capite Amana, de vertice Sanir et Hermon, de cubilibus leonum et de montibus pardorum* (1). Que leyendo en el vocabulario hebreo las declaraciones de estos nombres, hallo que Líbano quiere decir blancura, Amana malo, Sanir novedad, Hermon alegría o maldición de tristeza; y de aquí colijo que os llama el Señor a la Religión para que dejéis toda soberbia, que es significada por la blancura que el alma piensa que tiene. Que soberbia es tenerse por puro, blanco y limpio el que no lo es, así como Naaman Siro era leproso y se llamaba Naaman, que quiere decir limpio; y que dejéis todo género de pecados y maldades, significados por Amana; todas las novedades y vanidades del mundo, que significa Sanir, y finalmente cualquier alegría y gusto sensual significada por Hermon, y todas las cuevas de los leones, que son vuestras pasiones, y los montes de los leopardos, que son los ímpetus de los dañados apetitos. Oid la voz de vuestro esposo que os dice: *Veni in hortum meum soror mea sponsa; messui myrrham meam cum aromatibus meis: comedi favum cum melle meo et bibi vinum meum cum lacte meo* (2), Ven, hermana y esposa mía, a mi huerto de la Religión, donde hallarás la mirra y olores de la mortificación y virtudes ejemplares que yo seguí, y gustarás de la miel y dulzura del panal del espíritu que yo comí cuando desquijaré el león en la cruz, como hizo Sansón (3), y beberás del vino de mi espíritu y leche de mi devoción que yo bebí. Llamé a Abrahán y vino de Hur de los Caldeos a la tierra de promisión (4). A Isaac y salió a recibir a su esposa Rebeca (5). A Jacob y con solo su báculo pasó el río Jordán y alcanzó el desposorio de Lía y Raquel (6). A Moisés y salió de Egipto y subió en el monte Sinaí, donde escribí con mi dedo mi ley en las tablas de piedra (7). A Elías que salió de Samaria y subió al Monte Carmelo donde recibió las divinas mercedes espirituales y alcanzó fuego del cielo con que se abrasaron los quincuagenarios del rey Ococías (8). Y para que diese principio a la Religión le llamé del mundo con estas palabras: *Recede hinc, et vade contra orientem, et abscondere in torrente Carit, et ibi de torrente bibes, corvis etiam praecipi, ut*

Humildad.

Penitencia.

1 Cant., IV, 8.
2 Cant., V, 1.
3 Judic., XIV, 6.
4 Gen., XI, 31.
5 Ib., XXIV, 64-67.
6 Gen., XXVIII, 1-5.
7 Exod., XXXII, 15, 16.
8 IV Reg., 1.

pascant te ibi (1). Ven, pues, esposa mía, sal de la tierra de Hur, que es el fuego de la concupiscencia, a la tierra de promisión de la vida religiosa: sal a mi desposorio como hizo Isaac, y contenta con solo el báculo de mi cruz, pasa el río Jordán de la vida del mundo; hallarás las dos vidas, activa y contemplativa, significadas por Lía la legañosa y Raquel la hermosa. Sal de Egipto del siglo y ven al monte de la Religión, donde con el dedo de mi espíritu santo escribiré mi ley en tus entrañas. Apártate de Samaria con tu padre Elías, camina contra el oriente de tu amor propio; escóndete en el arroyo de Carit, que es la caridad y amor de Dios, y del prójimo; bebe del arroyo, gustando con solas las manos sin abalanzarte, como hicieron los soldados de Gedeón (2), a beber de los bienes temporales, siguiendo observancia y pobreza y no tengas temor que cosa alguna te falte, espiritual o temporal, que a los cuervos, que son los prelados, predicadores y confesores, he mandado te den el necesario sustento.

Resúmense las definiciones de la religión.

Ea, sierva de Dios, esposa de Cristo y hermana nuestra, oye y ve, y olvídate de tu pueblo y de la casa de tu padre (3). Ejercítate en saber las cosas celestiales y divinas; aprende la doctrina de lo que has de huir y seguir; sirve a Dios con asperezas y particulares ceremonias: sé sincera, busca la vida angélica; sigue espíritu, torna a escoger a Dios, si con negligencia le has perdido y júntate y únete con él, no tengas miedo que nada te falte, llora tus pecados y los ajenos, purifica tu alma, date a la contemplación e imitación de Cristo, ejercita las virtudes y está firme en las buenas obras y en el resplandor de buen ejemplo, niégate a ti misma; toma tu cruz y sigue al Señor, y arrojándote en sus divinos brazos como de verdadero esposo, dile con espíritu: *Suscipe me, Domine, secundum eloquium tuum et vivam, et non confundas me ab expectatione mea*: Recíbeme, Señor, según tu palabra y viviré y no confundas mis esperanzas.

SEGUNDA PARTE

DEL DESPOSORIO DEL ALMA CON CRISTO, Y QUE DOTE Y RIQUEZAS LA COMUNICAN SU ESPOSO Y LA VIRGEN Y EL ESPIRITU SANTO.

Sponsa Christi.

Quién se halla en este desposorio.

En este desposorio que hoy se celebra, la esposa es Ana del Espíritu Santo; el esposo Cristo Jesús; la madre del Esposo y esposa y madrina de las bodas es la Virgen María; el padrino el Espíritu Santo; asisten a él los ángeles y bienaventurados con toda la corte celestial con cantares y músicas del cielo, por lo cual cantan la esposa y sus hermanas las religiosas el responsorio que el bienaventurado San Ambrosio compuso a la gloriosa Santa Inés cuando desposándose con Cristo, cantaba: *Amo Christum, in cujus thalamum introibo, cujus mater virgo est, cujus pater feminam nescit, cujus mihi organa modulatis vocibus cantant. Quem cum amavero, casta sum; cum*

1 III Reg., XVII, 3, 4. 2 Judic., VII, 5-7. 3 Ps. XLIV, 11.

tetigero, munda sum; cum accepero, virgo sum. Annulo sua subarrhavit me, et tanquam sponsam decoravit me corona Amo a Cristo con quien me desposo, cuyo Padre y Madre son vírgenes, y sus órganos con voces suavísimas me hacen música; que con su amor quedo casta; cuando a él llego limpia y virgen; cuando le recibo por esposo con su anillo me ha dotado y dado arras, y como a esposa me ha coronado con esta corona, etc.

Quién dota a la esposa.

La esposa no trae dote ni tiene que dar a su Esposo, antes, como dice Ecequiel (1), el Esposo la halló echada en un muladar, sucia con su propia sangre; levantóla, crióla a sus pechos, vistióla y adornóla con preciosas joyas, sustentóla con manjares delicados, y por solo amor se desposó con ella, porque habiendo nacido en pecado original, que ese es el muladar y suciedad de sangre donde la halló, el mismo Esposo la levantó a la gracia y lavó con el agua del bautismo, vistióla y adornóla con virtudes, sustentóla con su divino cuerpo y el día de hoy la recibe por esposa.

De qué manda se ha de disponer el alma para el desposorio con Cristo.

Pero con condición que haga lo que se manda en el *Deutreonomio* donde leemos que si algún capitán, volviendo de la guerra victorioso con despojo de cautivos y cautivas, entre ellos viere alguna esclava a quien se aficionare y quisiere recibir para esposa, córtela los cabellos de raíz y las uñas a cercén; desnúdela de las vestiduras de la gentilidad con que venía vestida, vístala en traje de hijas de Israel y métala en casa de su madre donde sea enseñada en buenas costumbres, y hecho esto celebre su desposorio (2). Esto hacéis vos, Señor mío y Rey mío, Esposo de las almas, el día de hoy, que siendo valeroso capitán, cuyo renombre es omnipotente, después de haber vencido, subiendo a lo alto y llevando cautiva la cautividad (3) no sé yo por qué dote, que, como dice un Concilio, no tiene el hombre de su cosecha otra hacienda que pecado y mentira, os habéis aficionado a esta vuestra esposa, y para celebrar el desposorio habéis mandado que un año antes de las bodas entre en casa de vuestra madre, la Virgen, donde la corten a raíz los cabellos y con la oración deje los pensamientos superfluos, las uñas de las ocasiones dañosas con la clausura y desnudándola de las vestiduras seglares, la enseñen costumbres religiosas a fin que viniendo de esta suerte a ser muy enamorada de vos, pueda el día de hoy cantar: *Amo Christum in cujus thalamum introibo.*

Qué dote da Cristo a su esposa.

¡Oh, qué tálamo, esposa de Cristo! ¡Oh, qué desposorio tan divino! donde recibís por esposo a aquel Señor *cujus pulchritudinem sol et luna mirantur*; y no sólo el sol y la luna se admiran de su hermosura, sino los ángeles mismos desean verse en su rostro (4) como en espejo; y por arras y dote recibís el anillo de la fe, luz y gracia y corona de la bienaventuranza, cumpliendo aquella promesa que os dió por el profeta Oseas: *Desponsabo te mihi in fide*; *desponsabo te mihi in misericordia, et miserationibus, desponsabo te mihi in sempiternum* (5). Daréte, dice, por arras y dote cuando me despose

---

1 Ezech., XVI, 6.
2 Deuter., XXI, 10-13.
3 Ad Ephes., IV, 8.
4 I Petr., I, 12.
5 Osee., II, 19.

contigo la fe viva, la misericordia de mi gracia, las miseraciones de mi espíritu y la corona de mi eterna gloria.

Qué la da la Virgen y el Padre Eterno.

Pureza y castidad.

Este es el dote que os da el Esposo; veamos ahora con qué os adorna y viste la madrina, Virgen, madre de este buen Señor y su Eterno Padre. ¿Con qué otra vestidura mejor os puede adornar que con la ropa blanca y resplandeciente de castidad y pureza con que ella salió a las bodas?, como dice San Juan: *Uxor Agni praeparavit se, et datum est ei ut se induat byssino splendenti et candido* (1).

La mujer del Cordero se atavió y diéronle que se vistiese una vestidura blanca y resplandeciente.

Esta Señora, mujer del Cordero y madre suya y vuestra, cuando salió a las bodas vino vestida de blanco muy resplandeciente, y en señal de ese color ponéis la blanca capa del Carmelo, y así desposada con tan puro, casto y limpio Esposo amándole con puro y verdadero amor, podéis cantar *quem cum amavero, casta sum, etc.*

El Espíritu Santo la da amor.

La madrina y el Padre Eterno os dan la pureza y castidad; sepamos ahora con qué os adorna vuestro padrino el Espíritu Santo cuyo nombre habéis tomado. ¿Con qué otra cosa os había de adornar sino con amor? pues es amor eterno y procede del Padre y del Hijo por amor infinito, enriqueciendo vuestra alma con todas las prendas de amor que responde a sus divinos nombres, porque Espíritu Santo se llama don de Dios, paráclito y consolador, fuego, nube, viento grande, lengua, fuente viva, paloma, vino, óleo y dedo de Dios. De los cuales doce nombres colegiré yo doce propiedades de amor de Dios y caridad, que vos y todas las religiosas habéis de procurar para ser verdaderas esposas de Cristo.

Doce nombres del Espíritu Santo que contienen doce maneras de amor.

Amor espiritual.

Por el primer nombre que tiene de Espíritu Santo, procurad que vuestro amor sea santo y espiritual huyendo de todo amor malo y sensual.

Siete dones.

Y pues es don, pedidle los siete dones que nacen del verdadero amor de Dios y se llaman entendimiento, sabiduría, ciencia, consejo, fortaleza, piedad y temor de Dios.

Consuelo.

Y como a consolador pedidle que todos vuestros consuelos sean en el amor de Dios, huyendo de cualquier otro consuelo y regalo en todas las aflicciones y trabajos que tuviereis de aquí adelante.

Fervor.

Es fuego abrasador, no os contentéis con cualquier amor frío y tibio, sino buscad amor fervoroso y ardiente, que abrase vuestras entrañas.

Devoción.

Y si os viereis con sequedades de espíritu, rogadle que como nube os envíe el rocío de Hermon y devoción y ternura para que fructifiquen las plantas de vuestros buenos deseos.

Vehemencia.

Sea vuestro amor vehemente y fuerte como lo era el vehemente viento que vino sobre los apóstoles (2) y el que recibió Elías en el Monte Carmelo (3). Y no solamente quede dentro de vuestro corazón, sino que, pues vino sobre los apóstoles en lenguas de fuego, os dé palabras tan fervorosas, devotas y encendidas en Dios, que encendáis con caridad a todos los que os oyeren hablar.

Palabras encendidas.

Principio de merecer.

Sea vuestro amor fuente viva de donde manen los arroyos de todas las virtudes, obras, palabras y pensamientos que tuviereis, porque saliendo de tan buena fuente todo tendrá vida de merecimiento.

Sinceridad.

Hágaos el amor sencilla como paloma. Lave todas vuestras heridas con el vino y y aceite con que lavó el divino Samaritano las de aquel herido de

---

1 Apoc., XIX, 7, 8. 2 Act., II, 2. 3 III Reg., XIX, 12, 13.

Jericó, que significaba al hombre pecador, dándoos amor puro y casto. Y finalmente, pues el Espíritu Santo es dedo de Dios, escriba su divina Majestad su ley en vuestro corazón para que siempre la guardéis según las palabras del Evangelio de hoy: *Si quis diligit me, sermonem meum servabit, etc.* (1). El que me amare guardará mis mandamientos.

Pureza. Castidad. Observancia.

Ea, señoras religiosas, hermanas de la esposa, ayudadla rogando a Dios con el real profeta David que oiga sus oraciones y cantad aquel salmo: *Exaudiat te Dominus in die tribulationis, protegat te nomen Dei Jacob, etc.* (2). Oigate el Señor en el dia de tu tribulación. Ampárete el nombre de Dios de Jacob. Envíete favor y ayuda de lo alto y sea tu guarda desde Sión. Acuérdese del sacrificio que hoy le haces de tu alma y sea con abundancia y grosura de devoción este holocausto; cumpla todos los deseos de tu corazón y confirme tus consejos. Alegrarémonos con tu salud y en nombre de nuestro Dios te engrandeceremos y cumpla Dios todas tus peticiones y deseos. Amén.

Declárase este salmo.

TERCERA PARTE

EN QUE SE DECLARA QUE SIGNIFICA EL VELO NEGRO Y LA CORONA DE ORO QUE SOBRE EL SE PONE, Y SE ESCRIBEN LAS VIRTUDES DE LA BUENA RELIGIOSA Y LAS FALTAS DE LA QUE NO LO ES.

Accipe coronam.

De la doctrina de religión que dijimos al principio declarando la palabra *Veni,* y de la luz, pureza y amor con que enriquece el esposo Cristo y el Padre Eterno, la Virgen y el Espíritu Santo a esta alma, que se contenía en aquella palabra *sponsa Christi,* se sigue la declaración de la corona que hoy se le pone sobre la cabeza. Diré de las doce estrellas, que son doce principales virtudes de las Religiones, y principalmente de ésta de la Virgen del Carmelo de que ahora quiero tratar.

Veo en la cabeza de esta sierva de Dios un velo negro, que han llamado corona cuando la dijeron: *Veni, sponsa Christi, accipe coronam,* y también le llamaron velo diciendo *accipe velum sacrum pudoris et reverentiae signum, quod perferas ante tribunal Christi, et vivas in saecula saeculorum.* Toma este sagrado velo, que es señal de vergüenza y reverencia, el cual has de llevar ante el tribunal de Cristo para que vivas en los siglos de los siglos. Considero que este velo negro denota tristeza, congoja, trabajos y tribulaciones; y veo que sobre el velo negro han puesto una corona de oro con perlas y piedras preciosas, que es señal de gozo, alegría, contento y premio. No sé qué quiere decir juntar estas dos coronas ni me parece que lo acertara bien a entender si no hubiera leído cierta historia de una divisa que dicen sacó en tiempo de la reina Sabá el rey Salomón en sus anillos y reposteros. Esta era una corona de espinas enlazada y entretejida con otra corona de oro y piedras preciosas, y alrede-

La divisa del Rey Salomón.

1 Joan., XIV, 23. 2 Ps. XIX, 2.

dor de esta corona estas seis letras A. C. F. R. I. C. y en medio de ella este letrero *Victoria amoris.* Y dicen que no entendiendo los de su casa esta nueva divisa, rogaron a la reina Saba le preguntase lá significación de ella, y que Salomón la respondió que aquellas dos coronas juntas significaban la victoria del amor y el fruto de la caridad, y las letras querían decir: *Aurea Corona Fortissimus Regnat In Caelis,* con corona de oro el fortísimo reina en el cielo. Y tornándolas otra vez a leer declaró las letras de otra manera: *Aspera Corona Filius Dei Redimitus Inferiora Calcat,* que quiere decir: con ás pera corona coronado el Hijo de Dios acocea el infierno. De las cuales palabras así declaradas se colige que el Hijo de Dios, Cristo Jesús, vuestro esposo, por haber sido coronado en esta vida con corona de espinas con la cual venció al infierno, es coronado en el cielo con la real corona de gloria. Y que esta es la victoria del amor que nos tuvo venciendo con amor la muerte mediante su corona de espinas, cruz y muerte, por lo cual alcanzó nombre sobre todo nombre, etc. (1). Bien a propósito nos venía esta historia así declarada para la fiesta que hoy se celebra en algunos conventos de nuestra Orden del Carmen, de la corona de espinas, aunque cayó el viernes pasado, y no viene fuera de propósito para juntar las dos coronas: la una del velo negro y la otra la corona de oro que veo sobre vuestra cabeza, y declarar en estas coronas la victoria del amor y su fortaleza que os da vuestro padrino, el Espíritu Santo, y las virtudes religiosas que de este amor se siguen con otra declaración de las seis letras, y otras seis palabras que dió el mismo rey Salomón, que fué, *Amoris Cognita Fortitudo, Regalium Insigniorum Copulatio*: como quien dice, la fortaleza del amor conocida junta las dos insignias reales de Cristo, que son gloria y trabajos, cruz y bienaventuranza, divinidad y humanidad; y en vuestra alma el mismo amor junta el padecer y gozar significado por el velo negro y corona do oro. No hallo autores graves antiguos, aunque los he buscado, que escriban esta historia de Salomón; solamente hallo algún rastro

Aristeas.

de esta corona en un librico que compuso Aristeas, oidor del Consejo real de Tolomeo Filadelfo, rey de Egipto, donde cuenta que entre otras joyas del presente que llevaba al sumo sacerdote Onías para traer los setenta intérpretes de la Biblia, iba una corona semejante a ésta en la mesa de oro de la proposición. Mas sea como fuere, que con estas dos coronas que yo tengo por divisa me parece poder declarar a mi propósito los efectos del amor de Dios que alcanzan las esposas de Cristo y la declaración del velo religioso.

Del velo negro.

El velo negro, semejante a la corona de espinas, es señal de que la religiosa no ha de tener otro amor que el de Cristo, como ella lo promete, diciendo: *Posuit signum in faciem meam, ut nullum praeter eum amatorem admittam, etc.* Y es sagrado y señal de vergüenza y reverencia, como dice el sacerdote que le pone sobre la cabeza diciendo: *Accipe velum sacrum, pudoris et reverentiae signum, etc.* Todas las vestiduras religiosas benditas y consagradas con que exteriormente nos vestimos significan las virtudes con que in-

1 Ad Philip., II, 9.

teriormente hemos de vestir nuestras almas, según declaró la sacratísima Virgen a Sta. Brígida en una revelación donde trata de lo que ha de hacer la persona devota cuando se vistiere. La túnica interior la castidad; el hábito la justicia y rectitud; el escapulario que con él hace cruz la paciencia; la cinta el recato; la capa blanca la pureza. El velo que se ponen sobre la cabeza es señal de la observancia de los diez mandamientos de Dios y de los de la Iglesia, de la guarda de la Regla y Constituciones, de la reverencia que se ha de tener cuando hablamos con Dios, de la vergüenza y empacho de haberle ofendido, de la humildad profunda, del fervor de espíritu, de la continua contemplación de cosas divinas. Y todas estas virtudes son frutos y efectos del amor de Dios que el Esposo comunica a su esposa por medio del Espíritu Santo. Y porque llevemos esta doctrina más bien fundada, quiérola colegir de las palabras del mismo Espíritu Santo en la sagrada Biblia, advirtiendo lo que dice el apóstol San Pablo, que todo lo que está escrito es para nuestra doctrina (1). Y así cuando en la sagrada Biblia se trata del velo del tabernáculo, del velo del templo, del velo del propiciatorio, del velo del rostro de Moisés, del velo que dió Abimelech a Sara, esposa de Abrahán, del velo que puso sobre el pozo la mujer de Bahurín para esconder a Jonatás y Aquimaas, del velo o vela del navío de Tiro y del que dice San Pablo que ha de poner sobre su cabeza la mujer cuando entrare a orar, es por señal de lo que ha de hacer la esposa de Cristo desde que le ponen el velo hasta que muere, y de los frutos del amor de Dios que le vienen con el velo si le recibe como conviene.

Significaciones de las vestiduras religiosas.

Significaciones del velo.

En el *Exodo* se lee que mandó Dios poner sobre el tabernáculo un velo de diez cortinas de color blanco, azul y rojo, y que se cubriese con otra cobertura de pieles de cabras y de carneros colorados y azules (2). Este velo significa la observancia de los diez mandamientos de la ley de Dios que la buena religiosa debe guardar toda la vida con pureza, amor y celo, significadas en los tres colores, blanco, colorado y azul, conservando esta observancia con aspereza y mortificación, que significan en las pieles de cabra, que son ásperas, y en las de los carneros muertos y desollados. Y esta observancia de la ley es el primer fruto del amor de Dios, según aquellas palabras del Evangelio de San Juan: *Qui diligit me, mandata mea servabit* (3): El que me ama guardará mis mandamientos. El velo del templo, que cuando expiró Cristo en la cruz se rompió en dos partes, es señal de la observancia que ha de guardar el alma a los mandamientos de la Iglesia.

Virtudes que ha de procurar la esposa de Cristo.

Observancia a la ley de Dios.

Pureza.
Amor.
Celo.
Aspereza.
Mortificación.

En el *Paralipomenon* se lee que fabricó Salomón el propiciatorio con dos querubines guarnecidos de oro, y sobre estos dos querubines puso un velo de colores rojo y azul (4). Este velo significa la observancia y guarda de la Regla, constituciones y estatutos de la Reli-

Observancia de los mandamientos de la Iglesia.

1 Ad Rom., XV, 4.
2 Exod., XXXVI, 8.
3 Joan. XIV, 23.
4 II Paralip., III, 10-14.

Observancia de su regla y constituciones.
Guarda del corazón.

gión, que es propiciatorio de Cristo donde se ejercitan las vidas activa y contemplativa significadas en los dos querubines.

Cuando Moisés salía de hablar con Dios para hablar con los hombres se ponía un velo sobre el rostro para que le pudiesen mirar, que de otra manera deslumbrábales la claridad que de su rostro salía, como se lee en el *Exodo* (1). Este velo que ponéis sobre vuestro rostro, esposa de Cristo, da a entender la guarda que habéis de poner en vuestro corazón para que el resplandor que habéis recibido en lo interior cuando oráis no se pierda con el trato de las criaturas ni le descubráis los secretos divinos y mercedes sobrenaturales que Dios os hubiere dado en el espíritu, guardando, como dice San Bernardo, vuestro secreto para vos si la obediencia no mandare otra cosa.

Humildad y confusión de sí misma.

Leo en el *Génesis* que cuando el rey Abimelech tomó a Sara, esposa de Abrahán, pensando ser su hermana, y sin tocar a ella se la restituyó, dijo: *Ecce mille argenteos dedi fratri tuo*; *hoc erit tibi in velamen oculorum ad omnes qui tecum sunt, et quocunque perrexeris, memento te deprehensam, etc.*: que quiere decir: Mil monedas de plata he dado a tu hermano para un velo que te pongas sobre los ojos porque te acuerdes que te tuve en mi poder y no te hice daño, etc. De aquí colijo que este velo que os ponen sobre los ojos para que no veais sin él a ningún seglar, es en señal de la confusión, vergüenza, empacho y afrenta que habéis de tener de lo que hiciste en el mundo, aunque el mundo no os haya manchado; y que entiendan los seglares que sois esposa de Cristo y no de Abimelech, que por esa causa se llama este velo *pudoris signum*.

Temor, recato, recogimiento y clausura.

Aprovechóles a Jonatás y Aquimaas el velo que una criada de un hombre rico de Bahurín puso sobre la boca de un pozo, donde ellos se escondieron para no ser hallados y muertos por los enemigos que seguían el consejo de Aquitofel y eran siervos de Absalón, como se lee en el segundo libro de los *Reyes* (2). Y de aquí colijo que este velo significa el temor, recato, recogimiento y clausura que habéis de guardar mientras viviereis estando siempre escondida y encerrada si no queréis caer en manos de vuestros enemigos.

Atención a lo interior y a las inspiraciones.

Velum se dice en latín la vela de la nao, como se colige de Ecequiel donde dice que las velas de las naos de Tiro estaban amarradas a sus árboles, que eran de ciprés, y porque la vela recoge el viento con que se navega, os doy por significación de este velo la atención interior que habéis siempre de guardar al favorable viento del Espíritu Santo. Que si la lleváis tendida siempre os dará en popa hasta arribar al puerto de la perfección y bienaventuranza para donde navegáis.

Reverencia.

Omnis mulier orans aut prophetans non velato capite, deturpat caput suum, dice el Apóstol (3), escribiendo a los de Corinto; con que da a entender que la mujer que entrare en la iglesia o en cualquiera otra parte a orar o a hablar cosas de Dios ha de llevar sobre su cabeza el velo, que es señal de respeto y reverencia, y así se llama *pudoris et reverentiae signum*. Porque de otra manera será aborrecida y tenida en poco de Dios y de sus santos como sería la

1 Exod., XXXIV, 33. 2 II Reg., XVII, 19. 3 I ad Cor., XI, 5.

que entrase con la cabeza descubierta y desnuda delante de los hombres. Otras muchas cosas os pudiera decir que significa el velo negro, aplicando al velo lo que la gloriosa santa Hildegardis escribe de la capilla de los frailes, que dice que la traemos sobre la cabeza como quien trae una nube y le esconde de todas las cosas del mundo para que esté siempre pensando y amando a Dios: mas basta ahora esto del velo negro.

Premios de los que aman a Dios.

Vamos a la corona de oro y piedras preciosas que veo puesta sobre él, y a los premios, gloria y excelencias espirituales que recibe quien amando a Dios guarda sus mandamientos y consejos con humildad, reverencia y recato y las demás virtudes significadas por el velo negro.

Leo en el profeta Zacarías que manda Dios poner una corona de oro sobre la cabeza de Jesús, sacerdote grande (1), y en el salmo dice David del mismo Cristo que le puso Dios sobre su cabeza una corona de piedras preciosas: *Posuisti in capite ejus coronam de lapide pretioso* (2): Veo al rey Salomón y a los demás reyes coronados con coronas de oro, y que la hermosa Ester heredó la corona que la reina Vasti perdió por ser desobediente al rey Asuero, su marido (3).

Leo en el *Apocalipsis* de San Juan a la mujer vestida del sol, que tiene la luna debajo de sus pies, coronada con una corona de doce estrellas (4). Y por otra parte leo en Isaías la corona de soberbia de los borrachos de Efrain (5) y la corona del ídolo Melcom, de quien se dice en el *Paralipomenon* (6), que era de oro y piedras preciosas y se la quitó David de sobre la cabeza.

La diferencia que hay de la buena a la mala religiosa.

Leo las langostas coronadas del *Apocalipsis* (7), y finalmente a la mujer Babilonia sobre una bestia de siete cabezas coronadas (8). De todas estas escrituras colijo cuán diferente corona de premio en esta vida y en la otra recibirá la religiosa que, siendo la que debe, guarda las condiciones del velo que habemos dicho o la que olvidándose de ellas las quebrantare y relajadamente viviere. Porque la buena sigue a su esposo coronado de oro y piedras preciosas, Jesús, sacerdote grande; y la mala, aunque traiga la corona del ídolo Melcom gozando de la honra vana, Cristo, su esposo, le quitará la honra de sobre su cabeza y quedará tan vil y desaprovechada como la sal desvanecida que no vale para otra cosa sino *ut mittatur foras et conculcetur ab hominibus* (9). La buena religiosa entrará a gozar del reino de la perfección y gloria mediante la perfecta obediencia, que la desobediente, como otra reina Vasti, perdió. Los religiosos y religiosas hipócritas, aunque estén coronadas como lo estaban aquellas langostas del *Apocalipsis,* pues salen del pozo profundo de su soberbia, no recibirán la corona de piedras preciosas que promete el Señor como corona de justicia a los que pelearen y vencieren en esta batalla del mundo. Y finalmente, las que se sentaren sobre el dragón del demonio de las siete cabezas coronadas, serán lanzadas en el mar y abismo del infierno,

---

1 Zachar., VI, 11.
2 Ps. XX, 4.
3 Esther., II, 17.
4 Apoc., XII, 1.
5 Isai., XXVIII, 1.
6 I Paralip., XX, 2.
7 Apoc., IX, 7.
8 Apoc., XVII, 3-5.
9 Matth., V, 13.

como la piedra de molino que arrojó el ángel en el mar porque escandalizaron al mundo; y como dice San Gregorio: *Nullus est qui in Ecclesia Dei magis noceat, quam qui perverse agens nomen vel ordinem sanctitatis habet, etc.* No hay quien más daño haga en la Iglesia que los malos religiosos que tienen nombre o estado de santidad. Porque a éstos nadie osa reprender y con su mal ejemplo hacen gran daño. Pero la buena religiosa que vestida del sol de divina justicia pone la luna de todo lo criado debajo de los pies, es coronada de las doce estrellas, que en la otra vida significan la vista de la divina esencia, el amor y abrazo seguro de la divinidad de Dios; las cuatro dotes del cuerpo, ligereza, sutileza, claridad e impasibilidad y las tres laureolas o coronas de mártires, confesores y vírgenes con la compañía de los bienaventurados y hartura de todas las potencias. Y en esta vida alcanzará los doce afectos del divino amor que se llaman júbilo, alegría espiritual, paz interior, devoción, celo, muerte y fuego de amor divino, entrañamiento en Dios, éxtasis, raptos y unión; y podrá responder con seguridad cuando le dijéremos *Veni*, que renuncia al mundo siguiendo verdadera religión y *sponsa Christi*, que recibe luz, pureza y amor para tan alto desposorio y la corona de la verdadera observancia a los mandamientos de Dios, a los de la Iglesia y a los de su Regla con humildad profunda, temor, recato y reverencia, y coronada con estas virtudes en esta vida será coronada en la bienaventuranza de la gloria. Amén.

Declaránse las doce estrellas de la corona.

Doce partes de la bienaventuranza.

Doce afectos del divino amor.

Recopilación.

ÍNDICE DE CAPÍTULOS

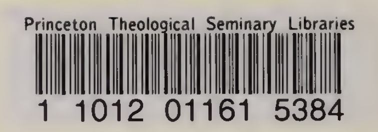
Página

Página

Página

FE DE ERRATAS

Pág.	Línea	Dice	Debe decir
8	13	menosprecio	menosprecia
9	24	quiere	quiera
23	44	de	dí
98	4	d esus	de sus
142	33	Señor imitadlos	Señor: imitadlos
150	20	tenie	tiene
183	3-4	exsutavit, saelutari, rexpesit	exsultavit, salutari respexit
189	12	recibiereis	recibieseis
219	20	artillulía	artillería
234	10	cuanto	cuando
238	44	al que con mala condenación	al que con mala, condenación
256	5	Bruselias	Bruselas
336	21	Gobirno	Gobierno
398	43	lsa	las
411	45	vigüela	vihuela
471	18	precioso	preciso


Princeton Theological Seminary Libraries
1 1012 01161 5384

